SUSANNA HERRERO



Y quiero en estéreo

CAR 2



Aquella relación íntima entre los rivales ya no es un secreto, aunque ojalá fuera ese su único problema.
Las bombas de relojería han explotado y ahora toca recoger los pedazos y pensar qué hacer con ellos.
¿Y el pacto? Nunca un pacto se quebrantó de una manera tan brutal.

Sorpresas.
Dolor.
Traición.
Luces y sombras.
Nuevos comienzos.
Y… más secretos.

Bienvenidos de nuevo al CAR, donde todo ha saltado por los aires.

Y QUERERTE EN ESTÉREO

SUSANNA HERRERO

© Susanna Herrero

1ª edición, diciembre de 2022

Ilustración de portada: Gabriela Rey.

Ilustraciones interiores: Gabriela Rey.

Maquetación: Lynda Lamb @ Refinery.

Corrección: Violeta Moreno.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright* . La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

1: «¿Escuchas el susurro de las olas, Chris?»
2: Un lugar bonito en el que vivir
3: Que se pare el mundo
4: «Media hora, Andrés. Pon el cronómetro en ese reloj tuyo tan completo». «No tiene pila». «Pues cuenta mil ochocientos segundos. Puedes empezar ya»
5: Como un delfín asustado por el sonido de un sónar
6: «Fuimos novios una vez. Ahora ella tiene una relación seria, un perro y una casa con piscina y jardín. Yo tengo Tinder»
7: «Quiero cogerte de la mano todos los días de mi vida»
8: «No hay nadie a tu alrededor y estás a punto de saltar a una piscina. No ves el fondo. No sabes si está llena o vacía. Pero ellos están dentro y podrían sujetarte. O no. Porque también podrían dejarte morir. ¿Qué harías, Andrés? ¿Saltarías?»
9: «Quiero estar en tu regazo dos veces al día, por lo menos»
10: «Ahora ya lo sabes»
11: Como ver un salmonete en el Amazonas o una trucha en el Mediterráneo
12: «¿Has visto cómo mira a tu hermano?». «Pues no me he fijado…»
13: «Una vez vi un unicornio. Bajaba por un arcoíris. Desbocado»
14: Somos una corydora, un bardo atigrado y un borrachito que ya no nadan en cardumen
15: Tantas como despertarme con branquias (que puede resultar un poco asqueroso, así a priori, pero lo molaría todo)
16: «¿Qué sientes por Arturo Claramunt?»
17: Como una gaviota ante un bufé libre de percebes
18: «¿Qué sientes por Andrés Claramunt?»
19: «Y un pez globo puede inflarse en el aire»
20: Ahora mismo quiere comerme de un solo bocado, estoy seguro
21: «¿Qué sientes por Aitana Claramunt?»
22: «Quiero que tires bolas de golf por la ventana siempre que lo necesites»
23: «La última vez que folló fue en pesetas. Mil duros le costó. Y era su prima»
24: «Quiero comprarte helados de cocholate en mitad de la noche»
25: «Estamos haciendo la ruta del cacahuete. Solo vamos a sitios donde pongan cacahuetes»
26: El alcohol me corre por las venas al igual que los salmonetes serpentean en una corriente de agua
27: Algunos peces pueden cambiar de color
28: ¡No somos peces que se fecundan delante de los otros peces!
29: «¿Qué sientes por ti mismo?»
30: «Quiero que saltemos juntos desde todos los puentes del mundo»
31: «Brillas como un pez bioluminiscente»
32: «Esto es confraternizar a lo grande con un alumno»
33: «Un caballito de mar puede atacar en un milisegundo»
34: «¿Mala suerte? Se sienta en un pajar y se clava la aguja»
35: «Una pérdida de equilibrio para el lado equivocado y… a la mierda todo. ¿Y sabes lo que puede provocar esa pérdida de equilibrio? Un soplo de aire. Un. Simple. Y. Jodido. Soplo. De. Aire. ¿De verdad quieres seguir jugándotela?»
36: «Quiero ver una película contigo cada miércoles»
37: «¿Vosotros os creéis que soy gilipollas?»
38: Atrapados entre callejones sin salida

39: ¿Cómo consigue un ser humano acercar la mano a la boca de un caimán y alimentarlo?
40: «El corazón del camarón está en su cabeza»
41: «Quiero verte entrenar»
42: He tenido una epifanía
43: Andrés…
44: «Cuelga tú…»
45: La familia de Arturo
46: Ojalá tuviera memoria de pez, aunque solo sea un mito
47: «Hay más tontos que ventanas. Y mira todas las ventanas que hay»
48: El plan
49: «En cualquier caso, es el destino el que actúa y decide por mí»
50: «Y, después de ese todo, lo quiero otra vez. Te quiero otra vez. Y otra vez. Y otra vez…»
51: «No vas a tener suficiente cielo para volar»
52: En Wimbledon todo es blanco
Epílogo 1
Epílogo 2
Epílogo 3
Noticia

Agradecimientos
Acerca del Autor

1: «¿Escuchas el susurro de las olas, Chris?»

CHRIS

«Ocho minutos. Ocho minutos. Ocho minutos».

Zambullirme en el agua en picado —sin saber lo que voy a encontrarme debajo, sin tener ni idea de la profundidad que hay ni de si voy a estrellarme contra una muerte segura— nunca fue menos peligroso porque en cuanto he visto a Arturo y a su puta moto saltar por los aires y caer al mar yo ya he muerto por dentro. Yo he saltado con él.

He saltado en mil pedazos.

Supongo que alguien los encontrará desperdigados por ahí junto a las marcas de los neumáticos del Porsche de Andrés. O no. Quizá nadie los encuentre nunca. Quizá las huellas del dolor son invisibles.

Me hundo en el agua con el peso de la ropa, de las deportivas y del miedo que corre a través de mis venas, pero ahogarme es un capricho que no puedo permitirme. Tengo que encontrar a Arturo y sacarlo de aquí. Por eso abro bien los ojos y buceo en su busca hasta que los pulmones me arden.

«Ocho minutos. Ocho minutos. Ocho minutos».

Salgo a la superficie y cojo todo el aire que me permiten los pulmones, a pesar de que el pánico que anida en mi estómago a duras penas me deja respirar. Me seco los ojos en un intento desesperado de ver mejor debajo del agua y me sumerjo de nuevo. Desciendo, desciendo y desciendo. Hay mucha más profundidad de la que se aprecia a simple vista.

«¿Dónde estás, Arturo?».

Los músculos de los brazos me queman mientras me muevo lo más rápido que puedo. Y no entiendo por qué el agua es tan sombría cuando desde fuera se ve de puto color turquesa. Ni siquiera sé si estoy buscando en el lugar correcto; me siento tan desorientado que apenas recuerdo dónde ha caído Arturo. Me quedo sin aire solo de recordarlo y no puedo quedarme sin aire. No puedo permitir que la desesperación y la angustia me ganen la partida porque, por cada segundo que yo malgasto, el delgado hilo de seda del que pende su vida se deshilacha. Hasta que se rompa del todo. Y ya no habrá vuelta atrás.

«Ocho minutos. Ocho minutos. Ocho minutos».

Dispongo de ocho minutos hasta que el daño en su cerebro sea irreversible.

Cuando se acabe esta mierda voy a llamar a mi padre para agradecerle con toda mi alma que me apuntara a aquellos cursos de vela donde me enseñaron primeros auxilios.

Y entonces lo veo. Distingo a Arturo entre la espesura del agua y el corazón se me hincha dentro del pecho. Aunque por poco tiempo. La explosión de felicidad se desvanece en cuanto mis ojos lo enfocan de cerca. Porque está inerte, bocabajo. Ese precioso cuerpo suyo, que yo adoro y beso siempre que puedo, está inerte, bocabajo. El pánico y la adrenalina prenden en mi interior, una combinación que me insta a que nade más rápido hacia él, aunque mis brazos griten en señal de protesta y aunque me queme la garganta como nunca porque no me queda una pizca de aire en los pulmones. Ahora no puedo subir a por más. No puedo perderlo de nuevo. O salimos juntos de esta o no salimos.

Cuando lo alcanzo, lo agarro por debajo de las axilas y subo con él a toda velocidad hacia la superficie. Su cuerpo es como un peso muerto y a mí apenas me quedan fuerzas. Ni aire. Aun así, no dejo de mover las piernas. Estoy a punto de despegar los labios y tragar una bocanada de agua salada, supongo que es puro instinto de supervivencia cuando estás cerca de ahogarte, pero aguanto dos segundos más —los últimos que me quedan— y salimos.

Ocho minutos. Ocho minutos. Ocho minutos. No han pasado ocho minutos. No han podido pasar ocho minutos. «Por favor, que no hayan pasado ocho minutos». Renuncio al tenis con tal de que no hayan pasado los ocho minutos. Mi vida por la suya. ¿Dónde tengo que firmar?

Intento deshacerme del casco, del que manan riachuelos de agua, al mismo tiempo que nos sostengo como puedo. Y doy gracias por que el puerto esté resguardado por los rompeolas y no haya apenas oleaje, pero… Mierda. Joder. No puedo. No puedo deshacerme de él. Necesito sujetarme a algo y recuperar el aliento.

«Vamos, le has quitado el casco a Arturo millones de veces. Siempre que venías a Barcelona a verlo y él acudía a tu encuentro subido en esa moto suya. Te deshacías de él para enredarle los dedos en el pelo que se le pegaba a la frente y besarlo en la boca. Hazlo como entonces, pero con una mano, Chris, con una sola mano, aunque tengas los dedos entumecidos a causa del frío o del terror, porque con la otra tienes que sujetarlo para que no se hunda en el agua de nuevo».

Emito un gruñido salvaje que me llena de fuerza y lo intento de nuevo. Y esta vez sí lo consigo. Tiro del cierre de doble hebilla y dejo que el casco caiga al agua y se hunda en las profundidades. «Respira, tete. Respira». Arturo tiene los ojos cerrados y la cabeza le cae hacia atrás. Le despejo la frente.

—Te tengo, Arturo. Te tengo. ¿Puedes oírme? ¿Tete? Por favor. —Lo zarandeo con suavidad para que responda, pero él no lo hace y mi voz ni siquiera parece mi voz. No la reconozco. Suena ronca y asustada. Suena a desaliento. A impotencia. Nunca en mi vida me había sentido tan impotente—. Tete…

Le observo el pecho. No respira. Arturo no respira. Tengo que sacarlo del agua.

Lo coloco bocarriba con la cabeza, el cuello y la columna alineados y tiro de él hasta unas escaleras amarillas que surgen del agua y suben por el muro de piedra que da a la calle. Unas escaleras que prometen salvarnos de esta pesadilla. «Por favor». Me agarro con una mano a la barandilla de metal y cojo aire un par de veces en un intento de recuperar algo de fuerza. Pruebo a subir a Arturo, pero pesa demasiado. Yo solo no puedo hacerlo. Es imposible.

—¡Ayuda! ¡Por favor! —grito sin demasiada esperanza. Este es un puerto muy pequeño. Familiar. Apenas alberga una docena de botes de los vecinos de la zona.

Echo un vistazo alrededor y veo el camino donde he abandonado el coche de Andrés. Es una pendiente empedrada que llega hasta el agua. Son solo unos metros de distancia desde nuestra posición. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Rodeo con uno de mis brazos el pecho de Arturo y nado hacia allí. En cuanto mis pies tocan tierra ya estoy levantándolo a pulso. Cuando lo tengo fuera del agua lo tumbo con cuidado en la

piedra y caigo de rodillas junto a él. Está pálido, tiene el rostro hinchado y los labios azules. Me acerco todo lo que puedo a su pecho para sentir su respiración. No hay respiración. Me aproximo a su boca para sentir su aliento, nunca he deseado con tanta fuerza sentir su aliento, pero no hay aliento.

«¿Escuchas el susurro de las olas, Chris?».

Entonces no pienso. No espero. Solo actúo.

Coloco las palmas de las manos sobre el ¿tercio inferior de su esternón? Mierda, ¿es aquí? Sí, creo que sí. Tiene que ser. «Memorizaste todos los pasos porque tu padre te obligó, Chris. Tráelos aquí».

Su cuerpo está frío y húmedo. Y duele. Duele tocarlo. Duele en el corazón. ¿Me está dando un infarto? Siento que me falta el aire. No puede faltarme el aire si ya estoy fuera del agua. No puede faltarme el aire si tengo que dárselo a él. Comienzo a administrarle las treinta compresiones y me aseguro de empujar lo bastante fuerte. Tiene que ser fuerte para que su pecho se mueva y la sangre le fluya hacia el cerebro. «Mejor una costilla rota que una vida perdida». Eso lo recuerdo bien. El miedo me sube por la garganta mientras cargo todo mi peso sobre él. En el curso de primeros auxilios no me enseñaron a gestionar las emociones. Solo a ejecutar compresiones y respiraciones a un desconocido.

No me enseñaron a salvarle la vida a Arturo.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce…

«Vamos, tete. Por favor».

Lo estoy empapando. Me chorrean gotas del pelo y del rostro y van todas hacia él. No quiero mojarlo más de lo que está, pero tampoco puedo retirar las manos de su cuerpo y secarme.

Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós…

—Vamos, Arturo. ¡Vamos!

«No vas a morirte en mis brazos».

—No vas a morirte en mis brazos. ¡¿Me oyes?! Por favor…

Apenas soy consciente de que ahora sí hay gente a mi alrededor, gente que intenta decirme algo. Apenas soy consciente y no es por voluntad propia. Veo vida, veo personas que mueven los labios y veo gaviotas que descienden y alzan el vuelo una y otra vez a nuestro lado, pero no escucho nada. Solo hay silencio. Y en el mar nunca hay silencio, Arturo me lo ha asegurado cientos de veces, pero yo no capto nada. Solo existimos él y yo. Y no necesito más. No necesito escuchar nada que no sea su respiración.

«¿Escuchas el susurro de las olas, Chris?».

¡Basta!

—¡Llamad a una ambulancia! —Es lo único que soy capaz de decir sin dejar de empujarle en el pecho con las palmas.

Veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta.

Le coloco una mano en la frente y la otra en la barbilla y le inclino con suavidad el cuello hacia atrás. Pongo mi boca sobre la suya y le doy dos respiraciones lentas asegurándome de ver su pecho levantarse con cada una. Sus labios no saben a él. Saben a salitre y a terror. A terror a perderlo. Y los tiene helados. Nunca los había tenido tan fríos. Ni siquiera cuando jugamos a embadurnarnos de nieve en el jardín de la casa de Lucerna. Arturo no es frío. Arturo es cálido. Tan cálido como el mejor abrazo que puede cubrirte en medio de una tormenta. Arturo es lo más cálido que he conocido en la vida. Y ahora está inmóvil, helado, bajo mis manos.

—Por favor —le suplico—. ¡POR FAVOR !

Vuelvo a las compresiones.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce…

Me detengo para cerrar de nuevo la boca sobre la suya y le suministro dos respiraciones más.

Y otras treinta compresiones.

Dos respiraciones más.

Treinta compresiones.

No responde.

No responde. No responde. No responde. No responde.

No. Esto no puede estar sucediendo. No. Me niego a que esto suceda.

«¿Escuchas el susurro de las olas, Chris?».

Pierdo la cabeza del todo y me transporto al día en que Arturo me acercó al oído una caracola gigante de mar que me compró mi padre cuando yo tenía seis años y que ahora decora nuestro dormitorio de Lucerna. «¿Escuchas el susurro de las olas, Chris?», me preguntó. Estábamos tumbados en la cama, ambos bocarriba. Su cabeza reposaba en mi pecho y jugueteaba con la caracola entre las manos. Las yemas de mis dedos le acariciaban el suave vello del abdomen. «Sí», respondí distraído. «Pues solo es una amplificación del sonido generado por el movimiento del aire».

Recuerdo que me dejó sin palabras. Arturo siempre me deja sin palabras cuando me descubre los secretos del universo a través de sus especies acuáticas. Porque es lo más jodidamente interesante que he oído en la vida. Todo lo que me cuenta él es lo más jodidamente interesante que he oído en la vida. Son mis momentos favoritos con Arturo. Incluso cuando al instante me abruma con sus charlas sobre el ecosistema marino y su diversidad y me echa la bronca del siglo por tener caracolas marinas en casa.

Sacudo la cabeza. No sé por qué estoy recordando esto ahora.

Entonces, de pronto, después de darle una respiración, Arturo tose y vomita. Lo coloco de costado para que no se ahogue.

—Arturo… Dios, Arturo —suspiro aliviado al mismo tiempo que le retiro el pelo de la frente —. Por fin.

Cuando se acabe esta mierda no voy a llamar a mi padre para agradecerle con toda mi alma que me apuntara a aquellos cursos de vela donde me enseñaron primeros auxilios. Voy a ir a casa y voy a ABRAZARLO CON TODAS MIS FUERZAS .

Arturo apenas puede mantener los ojos abiertos y yo me muero por estrecharlo entre mis brazos y no soltarlo jamás, porque en mi regazo nunca podrá pasarle algo malo, pero no quiero hacerle daño.

El sonido lejano de una ambulancia me transporta de golpe al puerto y a la realidad que estamos viviendo. Mis oídos se hacen eco del ruido de la sirena y de las luces de emergencia de color azul que me ciegan por un instante. Todo empieza a cobrar sentido. Y entonces el mundo a mi alrededor transcurre a cámara lenta. Y lo veo borroso. Como cuando buceaba con los ojos abiertos debajo del agua. Andrés y Aitana se bajan de un coche que no reconozco y vienen hacia nosotros. Él corre como si su vida dependiera de ello. Ella llora. Creo que gritan. Ambos gritan. Los técnicos de emergencias sanitarias también llegan hasta nosotros. Me preguntan «¿qué ha ocurrido?». Me preguntan «¿cuánto tiempo ha pasado en el agua?». Me preguntan muchas cosas, tantas que me abruman, porque yo solo soy capaz de decirles que creo que han pasado menos de ocho minutos.

A Arturo lo levantan en una camilla y lo meten en la ambulancia. Las luces azules continúan perforándome las retinas. Arturo apenas está consciente. Y solo puede subir uno con él. Solo puede acompañarlo uno de nosotros. Nos preguntan si somos familiares y Andrés les explica que

es su hermano. Solo necesitan echar un vistazo rápido a sus putos rostros idénticos para que lo permitan subir a él. Porque es su gemelo y yo no soy nadie. Y Andrés ni siquiera lo duda. Sube sin mirar atrás.

La puerta se cierra tras él y la ambulancia se aleja. El reflejo de las luces aún me hace daño en los ojos. Y cuanto más se alejan ellos peor me siento yo. Porque me encuentro en el lugar más solitario del mundo. Arturo me habló de él en una ocasión. Es un rincón remoto en el océano Pacífico en el que apenas hay vida y se lo conoce como Punto Nemo. Pero se equivocó. Porque el lugar más solitario del mundo no es ese. Es aquel en el que él no está a mi lado. Tengo que decírselo. Tiene que saberlo.

Alguien me llama…

—*Chris. Vamos, Chris. ¡Por favor!*

… y me obliga a incorporarme. Me arrastra hasta el Porsche. El puto Porsche del puto Andrés Claramunt.

Andrés Claramunt.

Creo que nunca lo he odiado tanto como en este momento.

2: Un lugar bonito en el que vivir

ANDRÉS

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Dicen que si a un gemelo le duele algo —un brazo, el estómago, el corazón…— el otro también puede sentirlo.

No es verdad.

Arturo podría estar muerto y yo no lo sabría. Necesito estar cerca de él y mirarlo a los ojos para percibir sus dolencias, sus emociones o sus pensamientos. Necesito estar cerca de él y mirarlo a los ojos para advertir que le pica el cuello porque la camiseta le aprieta demasiado, que se ha sentido pletórico o hastiado dos minutos antes o que no le convence el menú del comedor.

Pero lo que sí es cierto es que…

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

… cuando lo he visto a punto de estrellarse contra el muro del puerto, una parte de mí se ha hundido en un abismo tan profundo como asfixiante.

Cuando lo he visto a punto de estrellarse contra el muro del puerto me he sumido en la desesperación y sé que no voy a salir a flote hasta que llegue a él y compruebe con mis ojos y mis manos que todo está en su lugar.

Cuando lo he visto a punto de estrellarse contra el muro del puerto también he abandonado el alfeizar de la ventana donde estaba sentado antes de que ocurriera. No sé si ha sido una buena idea, porque ahora mi cabeza imagina cien desenlaces diferentes, a cada cual peor. Hay una imagen, una puta imagen de mi hermano hecho trizas en el suelo, inerte, que se repite en bucle. En puto bucle. Me ahogo. Tiro del cuello de la camiseta, en un gesto tan suyo que incluso me siento un usurpador, y aun así me ahogo. Y el corazón me late más rápido que nunca. Está enloquecido, a punto del infarto. Pero no me puede dar un infarto, porque tengo que ir a rescatar a mi hermano. Si a Arturo le ocurriera algo, el mundo ya no sería un lugar bonito en el que vivir. Sería un infierno.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Corro lo más rápido que puedo hacia las escaleras, pero Rafa se asoma desde la habitación contigua y yo me freno sin remedio.

—¡¡La llave!! —le grito.

—¿Andrés? ¿Qué coño haces fuera de la enfermería?

—¡¡La llave!! —repito.

—¿La qué?

—LA PUTA LLAVE DE TU COCHE.

Me acerco a él y busco en sus bolsillos, frenético. Y soy tan rápido que para cuando él se da cuenta de lo que quiero ya la tengo en la mano.

—Ey, ey, ey. —Intenta evitarlo, pero ya es tarde—. ¿Qué haces? ¿¿Qué coño pasa??

No contesto. Continúo corriendo escaleras abajo. De dos en dos, incluso de tres en tres y saltando el último tramo de cuatro.

—*Andrés.*

—*¡Andrés!*

Hay personas en las escaleras, pero no distingo caras. Todo está borroso. Y oscuro. No oigo, no veo, no siento. Mi único objetivo es llegar a Arturo y todos mis sentidos están puestos en eso y en la imagen de él hecho trizas en el suelo, inerte. «Vete, joder. ¡Vete!».

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—*Andrés. ¡Andrés!*

Llego a la calle y cruzo el aparcamiento en busca del coche de Rafa; lo encuentro enseguida porque siempre lo aparca en el mismo lugar.

—¡ANDRÉS!

Estoy a punto de abrir las puertas cuando alguien me frena, me agarra por detrás y me envuelve entre sus brazos. Sin embargo, yo no dejo de moverme. Porque estoy temblando. No era consciente.

—Andrés —me susurra alguien al oído. ¿Patrick?

—Arturo —es lo único que soy capaz de responder.

—Lo sé, lo sé. Lo he visto. —Me pone una mano en el pecho y ejerce presión—. Estás al borde de una taquicardia y no puedes dejar que ocurra. Tienes que respirar y calmarte. Vamos, respira conmigo. Venga.

Y de pronto se separa de mí y la llave del coche ya no está en mi mano. Está en la suya. Se la lanza a Rafa sin pensarlo. Todo ha sido una estratagema. Lo miro con dolor. Con más dolor si cabe.

—Lo siento —se disculpa con una de las miradas más tristes que jamás he visto en él—. Pero tú no puedes conducir en este estado. Lo de la taquicardia iba en serio.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Me la suda la taquicardia. Voy directo a la puerta del copiloto.

—Rápido —le apremio a Rafa.

—Al puerto —añade Patrick detrás de mí—. Ha caído al agua.

¿Qué?

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Me toco el pecho en un intento de que se me calme el corazón; apenas puedo respirar de lo rápido y fuerte que late. La imagen de Arturo hecho trizas, inerte en el suelo, es sustituida por otra igual de desgarradora, porque él continúa sin moverse, ahora en el agua.

Nos incorporamos a la carretera de los acantilados que ha recorrido Arturo pocos minutos atrás.

—Más rápido, Rafa.

—Hay que llamar a una ambulancia —dice alguien entre sollozos. ¿Aitana?

Asoma la cabeza entre los asientos delanteros y enseguida me llega su olor. Sí, Aitana. Intenta frenéticamente desbloquear su móvil.

—Ya he llamado yo. Vienen de camino. —¿Nicki?

Miro hacia atrás y la veo sentada junto a mi hermana. Aitana no ceja en el intento de desbloquear el móvil.

—Tani, ya he llamado yo. —Nicki intenta frenarla, pero Aitana no hace caso. Le pone la mano en la suya y la mira con ternura y decisión al mismo tiempo—. Ya. He. Llamado. Yo.

Aitana parece entenderlo, porque deja caer su teléfono.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Echo un vistazo rápido a Nicki. Tiene los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Ojalá pudiera abrazarme y decirme que todo va a estar bien. Yo la creería. Me aferraría a sus brazos y la creería, a pesar de toda la mierda que hay entre nosotros. Aitana no deja de llorar de pura angustia. Ojalá pudiera reconfortarla.

Arturo.

Arturo ha tenido un accidente.

Es real.

Esto es real.

Me falta el aire y me duele el pecho. No puedo respirar.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—¡Vale ya, joder! —grito a mi corazón. No lo soporto más. Tengo que ver a mi hermano. Tengo que… Espera. Chris. Chris estaba con él. Iba justo detrás de él—. Un teléfono. Necesito un teléfono. Necesito llamar a Chris. ¿Quién coño tiene el teléfono de Chris?

—Yo —responde Nicki—, pero no creo que…

—Dame tu móvil —la interrumpo, estirando el brazo.

Me lo tiende y voy directo a la agenda. Busco por la C. Aún estoy temblando, pero puedo llegar a la puta C y enseguida lo veo. «Te tengo». Lo llamo.

«Vamos, vamos, vamos». En la última curva el corazón casi se me sale por la boca. No puedo permitírmelo ahora mismo. Patrick tiene razón. Y Arturo está bien. Arturo tiene que estar bien.

—Vamos, coge el puto teléfono. ¡Vamos!

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, deja tu mensaje.

Piii.

—¡¡Joder!! Rafa…

—Voy lo más rápido que puedo. Hay muchas curvas. ¿Quieres que nos matemos todos por el camino?

—Solo quiero llegar a Arturo.

Me muero por llegar a Arturo.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Ya llegamos.

En la última curva, cuando cogemos la salida hacia el puerto, estoy a punto de abrir la puerta del coche y lanzarme a la calle a lo loco, pero Patrick intuye mis intenciones y me sujeta con fuerza del brazo sano.

—Espera.

No espero mucho más, Rafa baja la cuesta que da al agua y yo abandono el coche antes de que llegue a frenar del todo. La ambulancia llega en el mismo momento que nosotros. ¿Dónde está Arturo?

—¡Arturo!

—¡¡Arturooo!!

Corro hacia el tumulto, a pesar de que las extremidades me gritan en protesta a causa de la puta tensión que llevan encima. Miro hacia el frente y entre una grieta de gentío veo a Chris de rodillas en el suelo junto a Arturo. «Oh, Dios mío, Arturo. No. No. No. No. No».

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—¡Arturo!

Llego hasta ellos y apenas me da tiempo a hacer nada. Solo a comprobar que mi hermano tiene los ojos medio abiertos y respira. El nudo de la garganta se me desinfla lo suficiente como para dejarme coger un resquicio de aire. Chris está llorando, pálido. Mucho más pálido de lo habitual. Una de sus manos se aferra al cuerpo de mi hermano y creo que ni siquiera se da cuenta.

El personal médico habla con Chris, pero apenas escucho lo que dicen hasta que levantan a Arturo en la camilla y lo meten en la ambulancia. Solo puede acompañarlo uno de nosotros. Subo yo porque estoy acojonado de que le ocurra algo. Podría ponerme en el lugar de Chris, pero soy demasiado egoísta. Aun así, siento un pinchazo de culpa en el pecho. Y estoy a punto de decirle que lo siento, pero todo sucede muy deprisa.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Le has salvado la vida —le dicen a Chris antes de cerrar las puertas. Creo que no lo escucha.

Conectan a Arturo a un montón de aparatos y él cierra los ojos. ¿Por qué cierra los ojos? «No cierres los ojos».

—Ey. Ey, ey, ey, Claramunt.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Dos personas se encuentran junto a mi hermano, llamándolo, atendiéndolo y comprobando sus constantes vitales, mientras nos dirigimos a toda hostia hacia el hospital más cercano.

—Vamos, Claramunt.

Arturo ha cerrado los ojos y no ha vuelto a abrirlos. ¿Por qué no abre los ojos? ¿POR QUÉ NO ABRE LOS OJOS?

—Eh. —Me zarandean con suavidad y enfoco la mirada en la persona a mi lado, que me mide la tensión sin que me haya dado cuenta. No llamaba a Arturo. Me llamaba a mí—. Dime cuál es tu nombre. Dime quién de los gemelos eres.

—Andrés.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Vale, tú eres Andrés. Pues escúchame. Estás en taquicardia sinusal. ¿Te sientes mareado?

Sí.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—No.

—Tienes que calmarte, ¿vale?

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—¿Por qué mi hermano tiene los ojos cerrados?

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Voy a administrarte un ansiolítico.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Estoy bien.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Siéntate.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Así, muy bien.

—*Tío, son los gemelos Claramunt.*

—*Lo sé.*

—*Joder… Y el del puerto era Christopher Lacoste.*

—*Lo sé.*

—*¿Qué habrá pasado?*

Me obliga a sentarme, me dice no sé qué de la frecuencia cardiaca, me pide permiso para inyectarme algo en vena y me hace un montón de preguntas sobre mi salud, alergias y no sé qué mierdas más. El pinchazo ni lo siento, estoy demasiado concentrado en Arturo, tumbado en la camilla y rodeado de cables. Lo han tapado con una manta. Tiene el pelo empapado y continúa con los ojos cerrados. Nunca lo he visto tan frágil. Es aterrador. Es como ver tu casa arder en llamas. Arturo es mi hogar. Arturo es un lugar bonito en el que vivir. No puedo perderlo.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

Bum. Bum. Bum. Bum. Bum. Bum.

Bum… Bum… Bum.

Bum.

3: Que se pare el mundo

PATRICK

He visto a Arturo dirigirse con su moto a toda velocidad a un accidente seguro. He sido testigo de cómo salía volando por los aires con su moto y caía al agua. Y me he sentido con las manos atadas. Nos encontrábamos demasiado lejos el uno del otro. Pero es ahora, que estamos tan cerca que casi puedo tocarlo por fin, cuando el terror se apodera de mí. Porque es ahora cuando se hace real. El suelo se agita bajo las suelas de mis zapatillas, como si se hubiera desencadenado un terremoto, y un escalofrío me trepa por la columna vertebral provocando que me estremezca de pies a cabeza. Esto está pasando.

Está pasando.

Veo cómo se llevan a Arturo casi inconsciente y… Y sigo teniendo las manos atadas. Sigo sin poder hacer nada. Los pensamientos me vuelan en todas las direcciones mientras trato de recordar lo que se supone que debo hacer. Hospital. Tenemos que ir al hospital. A Arturo van a llevarlo al hospital. Tenemos que ir al hospital.

Cojo la mano de Tani y la aprieto con fuerza. «Oh, Tani». ¿Se puede sufrir por el mismo motivo desde dos perspectivas diferentes? Porque Arturo no es solo parte de mi familia. También es el hermano de ella. Y ella me duele. Siempre me ha dolido, pero hoy me duele más que nunca. Me duele como jamás pensé que podría dolerme. Ella, que está inmóvil en medio de la nada sin perder de vista a la ambulancia que acaba de llevarse a su hermano, a pesar de que ya no se encuentra al alcance de nuestros ojos. Le aprieto la mano de nuevo, aunque no sé si siente algo. No voy a dejarla caer. Nunca. No importa lo que pase entre nosotros. No importa que nos hayamos metido de cabeza en el mayor error de nuestras vidas, no importa que nos arrepintamos de lo que hemos hecho, no importa que no volvamos a hablarnos en lo que nos resta de vida, no importa que nos hayamos saltado cada regla del puto acuerdo, consciente o inconscientemente, ni que la hayamos cagado a lo grande. No importa que nos hayamos jodido para siempre. Yo jamás voy a dejarla caer.

Sin soltarla, la arrastro a donde está Lacoste, aún arrodillado en el suelo.

— Lacoste, vamos —le apremio—, tenemos que ir al hospital.

No me escucha. Tiene la mirada perdida en el mismo lugar que Tani. El sonido de la ambulancia aún resuena alrededor y es desquiciante. Y los murmullos de la gente. Gente que habla entre sí. Gente que nos habla a nosotros. A Lacoste. A Tani. A mí. ¡Que se callen todos, joder! ¡Que se pare el mundo! Necesito concentrarme.

—Lacoste —insisto con un tono tan suave, en contraste al entorno que nos rodea, que me sorprende hasta a mí—. Lacoste, por favor. Tenemos que seguir a Arturo. No podemos quedarnos aquí. No voy a dejarte aquí.

Sigue sin haber respuesta y yo suspiro desesperado.

—¡Christopher! —grito, y por fin obtengo una respuesta, una pequeña. Apenas dirige los ojos hacia los míos, pero es suficiente. Lo sujeto del brazo con la mano que tengo libre y lo obligo a incorporarse—. Chris. Vamos, Chris. ¡Por favor!

Pesa. Está helado. Empapado. Y tiembla. Pero no creo que sea a causa del frío.

Los llevo a ambos hacia el coche de Andrés, aparcado de malas maneras en medio de la carretera. Ambos están igual de perdidos. Igual de desolados. Igual de necesitados. Esquivo personas y caos con un único objetivo: sacarnos de aquí. Meto a Chris en el asiento del copiloto, cierro la puerta y… mierda, ¡joder! Este coche solo tiene dos plazas. Me llevo la mano libre al pelo, desesperado. ¿Cómo lo hago?

—Patrick. ¡Patrick, joder! ¡Escúchame!

Sobresaltado, miro por encima del hombro y veo a Rafa y a Nicki. Me miran de la misma manera en que yo miraba a Chris. Me miran como si llevaran media vida intentando llamar mi atención. No los he oído en ningún momento. Es este puto ruido de alrededor que no cesa. Y el pitido en los oídos. Como si se hubiera detonado una bomba demasiado cerca.

—Solo tiene dos plazas —digo en voz alta, señalando el coche. ¿Me oyen? ¿Pueden oírme? ¿O también les pita tanto el caos que solo me ven mover los labios?

—Iremos en el mío —dice Rafa. Vale, sí, me oyen. «Bien. Bien, joder».

—Nosotros llevamos a Tani —me ofrece Nicki.

—No.

—Patrick —Rafa me sujeta por los hombros y me obliga a mirarlo a los ojos—, yo no puedo conducir el coche de Andrés. No tengo ni puta idea de cómo conducir el coche de Andrés. Así que tienes que hacerlo tú. Voy a cuidar de ella, te lo prometo. Confía en mí. Nos vemos en el hospital.

Todo sucede muy rápido. Demasiado rápido. Aitana se aferra a mi mano con tanta fuerza y yo agarro la suya con tanta firmeza que es como separar dos imanes pegados entre sí, pero al final lo consiguen. Nicki la aleja de mí y noto el vacío al instante. Cruzamos una última mirada y le prometo con todo lo que tengo, con el corazón y lo más profundo del alma, que la espero en el hospital. Las llaves del coche aún están puestas. Me veo a mí mismo sentándome en el asiento del conductor y arrancando el motor; me veo acelerando a toda hostia y serpenteando la carretera que rodea el acantilado hasta alcanzar la ambulancia, pero es como si otra persona se hubiera apropiado de mi cuerpo porque ni siquiera siento el cuero del volante bajo los dedos.

El viaje al hospital lo hacemos en silencio. En un silencio que no debería existir. Es ensordecedor. Es brutal. Duro. Prefiero el caos del puerto. Ahora quiero regresar al caos del puerto. Quiero el pitido en los oídos. ¿Dónde está el pitido? Se ha ido. Y nos ha dejado solos. Ni siquiera se oye la sirena de la ambulancia y eso que la tenemos justo delante. Si ella adelanta por la izquierda, nosotros adelantamos por la izquierda. Si ella adelanta por la derecha, nosotros adelantamos por la derecha. Si ella se abre camino entre los coches, nosotros lo aprovechamos como si el puto Moisés nos hubiera dividido el mar. Pero nunca escuchamos la sirena. No sé si porque la han apagado o porque se me han atrofiado los sentidos. Y siento el impulso de apretar el muslo de Chris con una de mis manos, para infundirle apoyo, porque está más muerto que vivo, pero no me atrevo. Porque él es intocable. Es Christopher Lacoste. Y él y yo no somos amigos.

Llegamos al hospital, aparco en el primer sitio libre que veo y salimos los dos del coche al mismo tiempo, a la carrera. Es una puta resurrección. No hubiera apostado una mierda a que él se moviera solo. Alcanzamos a Andrés en el mismo momento en que le dicen que no puede pasar más allá. Que tiene que esperar. Que tenemos que esperar. Y nos cierran la puerta en las narices. ¿Estaba Arturo inconsciente? ¿Por qué estaba Arturo inconsciente? Chris lo ha salvado. Chris lo había salvado. No lo entiendo. Respiraba y estaba despierto. ¡No lo entiendo! ¿Y qué mierda le han dado a Andrés en esa ambulancia? Está tan relajado que asusta. No es natural. No es natural en él.

Estoy a punto de preguntárselo, incluso Andrés está a punto de abrir la boca para decirnos algo, pero entonces llega Rafa con Tani y Nicki.

—¿Dónde está Arturo? —pregunta Tani mirando hacia todos lados.

—Por favor —nos dice una chica de bata blanca—, tenéis que ir a la sala de espera. Aquí obstaculizáis el paso.

—Pero… —añade Tani—. Mi hermano… Es mi hermano. ¿Dónde está mi hermano?

Qué impotencia siento. Qué puta impotencia.

—Tu hermano está en observación —le informa un chico, uno de los que iban en la ambulancia con él, supongo, por el uniforme.

—¿Pero está bien? —pregunta Rafa.

—Está en observación —repite él, recalcando cada palabra—. Casi se ahoga después de recibir un impacto muy fuerte contra el agua. Ha estado en parada cardiorrespiratoria varios minutos. El cerebro ha podido sufrir algún tipo de lesión. Vamos a monitorizarlo y a asegurarnos de que todo está en orden, ¿de acuerdo?

—Pero…

—Está vivo. Y eso es lo más importante. Lo peor ha pasado. Id a la sala de espera, por favor. Vamos a hacerle un escáner y a acomodarlo. Os avisamos en cuanto podáis ir a verlo.

No nos da tiempo a dirigirnos a ninguna parte. Chris se acerca a Andrés, lo mira con odio, tiene los ojos enrojecidos y llenos de dolor, pero aun así es capaz de mirarlo con un odio visceral, y le indica con la mirada que lo siga. Andrés, confundido, lo hace. Sin rechistar. Y yo voy detrás.

—¡Andrés! ¡Christopher! ¡Me cago en la puta! —grita Rafa, provocando que cada persona que hay en Urgencias gire la cabeza en nuestra dirección.

Lo calmo con la mano y le aseguro con la mirada que yo me ocupo de ellos.

—¡Joder! —masculla entre dientes. Después me habla directamente a mí—. Más te vale que me los devuelvas a los dos de una sola pieza. No es el momento para esto. No es el puto momento.

Nicki me sigue con la mirada, preocupada. Tani no deja de contemplar la puerta por la que ha desaparecido Arturo. No es consciente de que Andrés y Chris se han ido. «Nicki, cuida de ella, por favor», le suplican mis ojos.

Los alcanzo en la calle, en el aparcamiento de Urgencias. Chris va un par de metros por delante de Andrés, rodea las ambulancias con paso decidido, como si supiera a dónde se dirige, y nos lleva a una especie de patio trasero. A cuatro paredes que no llevan a ninguna parte. No hay salida. No hay nadie. Estamos solos. Andrés, Chris, la desesperación, la tensión que nos aprieta y hace el espacio más pequeño y yo.

Chris se detiene y Andrés y yo también lo hacemos. Entonces se da media vuelta y…

—¡Vamos, pégame! —grita fuera de sí, como si de pronto algo o alguien lo hubieran poseído, desgañitándose la voz, señalándose la cara—. ¡Aquí estoy! ¡Pégame! ¡Ya ha salido toda la mierda a la luz! ¡Matémonos el uno al otro y acabemos con esto de una puta vez! ¡Ya no me

importa! ¡¡Ya no me importa nada!! ¡Vamos, Andrés! ¡VEN A POR MÍ!

Y, de nuevo, todo sucede tan rápido que no me da tiempo a reaccionar. Quiero gritarle a Andrés que no lo escuche, que mantenga la calma; quiero decirle a Chris que se calme, que todo va a salir bien; quiero ponerme en medio y detener lo que sea que va a suceder aquí, pero… todo pasa tan rápido que no me da tiempo a reaccionar.

Andrés cierra el puño del brazo sano —el otro no puede ni moverlo—, aprieta la mandíbula y se lanza hacia él con la fuerza de un huracán a punto de desatarse. Ambos se lanzan hacia el otro con la fuerza de un huracán a punto de desatarse. Todo se ve gris. De un gris devastador. Amenazador. ¡No! Yo comienzo a correr, con los brazos en alto, pero no sirve de nada. No llego a tiempo y ellos impactan. Me quedo sin aliento y me detengo. Me detengo, aún con los brazos en alto, cuando veo que, de repente, de la nada, sale el sol. En medio del huracán, ha salido el sol. Porque, cuando han impactado, Andrés lo ha abrazado con fuerza mientras Chris rompía a llorar sin consuelo entre sus brazos. «Joder. ¡Dios!». Ambos caen al suelo, de rodillas, pero nunca dejan de abrazarse.

Chris necesitaba ese abrazo más que el aire para respirar y Andrés lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Chris ha sido el único testigo del accidente de Arturo. Ha sido el que se ha lanzado al agua para intentar alcanzarlo. Ha sido el que lo ha salvado. Y ha estado solo en todo momento. Solo. Me imagino el miedo que ha tenido que pasar ahí abajo. El miedo que ha tenido que vencer para sacar a Arturo con vida.

Andrés cierra los ojos con fuerza, aprieta con la mano sana la cabeza de Chris y lo agarra del pelo. Chris se aferra a él y esconde la cara en su cuello. Me acerco a ellos, me agacho y los envuelvo a ambos entre mis brazos. Aquí nadie está solo. Nadie está solo.

Nos quedamos en la misma postura hasta que Chris deja de llorar, no sé cuánto tiempo después. Me queman los brazos y las piernas, pero nunca dejo de rodearlos. Y creo que también estoy llorando. Llevo rato llorando.

—Gracias por haberle salvado la vida —susurra Andrés de pronto.

Chris no responde. Solo hipa y asiente con la cabeza.

—Todo va a salir bien —añado yo—. Él va a estar bien.

—Sí —responde Andrés en automático—. Arturo va a estar bien.

Chris no deja de asentir.

—Hemos… hemos tenido mucha suerte. Arturo ha caído al agua y tú lo has sacado. Todo va a salir bien.

—No ha sido suerte —me dice Chris sin abandonar el refugio que le supone el abrazo de Andrés.

—¿Qué? —le pregunto extrañado. Incluso Andrés mira hacia abajo con el ceño fruncido.

—Que no ha sido suerte. Habría muerto si no hubiera caído al agua y él lo sabía. Se lo vi en los ojos. Vi el instante en que se dio cuenta de que estaba a punto de matarse. Y en el último segundo buscó una salida. Una salida desesperada. Se agarró a la vida. Se dirigió al puerto e intentó saltar el muro. No mide más de un metro. No lo consiguió, pero él eso ya lo sabía. Solo buscaba la manera de caer al agua con la moto. Era la única oportunidad que tenía de salvarse. El agua. Su agua. Su mar.

Las palabras de Chris me caen como una bomba. Tanto Andrés como yo lo apretamos con más fuerza. Yo cierro los ojos. «Dios, Arturo». Se me revuelve el estómago y tengo ganas de vomitar. Y de gritar. Pero no puedo. Hay cosas más importantes que hacer.

—Vamos —les insto a ambos a que se levanten—, arriba. Volvamos dentro.

Y solo entonces me doy cuenta de que Chris continúa empapado y en manga corta, en pleno

diciembre.

—Quítate esa camiseta y ponte esto. —Me quito la sudadera y se la ofrezco.

—Estoy bien.

—¿Puedes escucharnos por una vez en tu vida? —le reprende Andrés—. Estás empapado y vas a coger lo que no tienes. Y ya vamos bastante servidos.

Chris lo mira con los ojos entornados durante unos segundos. Andrés, muy lejos de sentirse intimidado, le devuelve el mismo gesto. Hasta que el primero cede y se quita la camiseta.

—Buen chico —le dice el otro, satisfecho, justo antes de dirigirse a mí—. Hay…

—Ropa seca en tu coche —lo interrumpo—. Lo sé.

—Sí. Os espero dentro. Voy a ver si hay noticias de Arturo.

—Vale. Ahora vamos.

Sigo con la mirada a Andrés mientras se aleja. Esta misma mañana estaba en una camilla con el hombro y la muñeca jodidos, a punto de ser escayolado. Cuando se le pase el efecto de la adrenalina, va a fliparlo. De hecho, dudo que ahora no le duela. Solo se está aguantando.

Nos acercamos al coche de Andrés y abro el maletero. Cojo unos pantalones de chándal, calcetines y deportivas de la mochila de repuesto y se lo ofrezco a Chris. Se desnuda en medio del aparcamiento, sin ningún pudor.

No lo pierdo de vista mientras se viste. Esto parece un mal sueño, una pesadilla. Porque sé que es él, si no jamás me habría creído que el chico que tengo enfrente es Christopher Lacoste. Ni una sola persona viva en este maldito planeta que lo viera ahora mismo pensaría que el chico que tengo enfrente es el intocable Christopher Lacoste. Es como si una puta estrella se hubiera caído del cielo. Y ver caer a alguien como él, que siempre está en lo más alto, que siempre te mira por encima del hombro, que lleva más de media vida siendo un puto estirado, podría ser satisfactorio, de alguna manera. En plan, «te lo has ganado a pulso, machote. Por subnormal».

Pero no.

Lo conozco desde hace diez años. Diez años en los que no ha dejado de tocarme los huevos cada vez que tenía ocasión. Y yo no le he hecho nada, salvo ser parte de los Claramunt. Nunca le he deseado ningún mal (salvo que se tropezara en algún partido contra Arturo y cayera de cara al suelo rompiéndose los dientes en el camino) y nunca me he planteado si me gustaría verlo caer, pero tampoco pensé que podría dolerme.

Sin embargo, me duele.

Me duele verlo triste y herido.

Destrozado.

Humano.

Desesperado por que su novio esté bien.

Su novio. Mi familia.

No sé si empatizo con él de esta manera tan brutal porque Arturo es una de las personas que más quiero o porque en algún momento Chris se me ha metido debajo de la piel sin que me diera cuenta y he comenzado a…

¿Apreciarlo?

¿Cuándo ha sucedido? ¿Y cómo?

Andrés :

Ya podemos ver a Arturo.

Joder, sí.

¿Cuánto tiempo hemos estado fuera?

Patrick :
¿Está bien?

Andrés :
No lo sé. Todavía no lo he visto. Solo nos han dicho que podemos ir a verlo y que está consciente.
Andrés :
Pero, si nos dejan verlo, es una buena noticia, ¿no?

Patrick :
Es la mejor noticia.
Patrick :
Va a ponerse bien.

Andrés :
¿Y su cerebro?

Patrick :
Su cerebro va a ser el mismo de siempre. Él va a ser el mismo de siempre y antes de que nos demos cuenta estará hablando de sus animales marinos.

Andrés :
Vale. Sí. Animales marinos. Eso es. Animales marinos.

Patrick :
Vamos para allá.

Andrés :
No tardéis.

4: «Media hora, Andrés. Pon el cronómetro en ese reloj tuyo tan completo». «No tiene pila». «Pues cuenta mil ochocientos segundos. Puedes empezar ya»

NICKI

La imposibilidad es una mierda y existe.

La imposibilidad de hacer lo que quieres. Aquí y ahora.

La imposibilidad de cruzar puertas cerradas. De atravesar paredes.

La imposibilidad de tocar lo que deseas. O a quien deseas.

«Vista arder una gasolinera, vistas todas». Eso fue lo que me dijo Andrés la noche de la llamada que nos partió en dos. Esa noche yo en verdad sentí el horror de presenciar arder una gasolinera. Y ver a Arturo chocar con la moto con un muro y saltar por los aires ha sido como ver arder otra gasolinera. Ya van dos. La gente normal solo ve una. Ya debería haber sido suficiente para nosotros. Pero no. Porque ahora mismo siento que estamos en medio de un incendio mientras veo que Aitana rompe a llorar junto a las puertas por donde acaba de desaparecer su hermano. Me cuesta agarrarla. Me cuesta contenerla. Porque lo que quiero es que cruce las puertas. Y cruzarlas yo con ella.

—Tani —susurro. Sin fuerza. Sin convicción.

No hay respuesta.

—Tani —lo intento de nuevo, y ahora sí la cojo con las manos y la envuelvo entre mis brazos por detrás. Escondo la cabeza en su espalda—. Vamos, Tani, cariño. Tenemos que esperar.

Ella se gira hacia mí y me mira con los ojos llenos de lágrimas. Yo tengo que apretar los labios y contener las mías.

—¿Esto es una pesadilla? Si es una pesadilla, despiértame, por favor. Despiértame. Y si no lo es y a mi hermano le pasa algo, no me despiertes nunca. Prefiero quedarme para siempre en este hospital. Porque aquí todavía hay esperanza.

—Tani. Todo va a salir bien. —La abrazo con fuerza—. Todo va a salir bien.

—Si es una pesadilla despiértame, por favor. Por favor. Por favor. Despiértame —solloza una y otra vez entre mis brazos.

Ha pasado media vida. Media vida desde que Andrés, Chris y Patrick desaparecieron detrás de la puerta giratoria de Urgencias. Media vida sin tener noticias de Arturo. Media vida desde que nos sentamos en la sala de espera. Media vida sin ser capaz de despertar a mi mejor amiga de esta pesadilla. ¿Por qué no nos han dicho nada todavía?

Acaricio la espalda de Aitana, sentada con las rodillas en alto y la cabeza escondida entre ellas y en perpetuo movimiento, adelante y atrás, en un intento de paliar el dolor. Odio los accidentes. Los odio con todas mis fuerzas.

¿Y qué están haciendo esos tres ahí fuera? ¿Por qué no han vuelto todavía? He estado a punto de levantarme e ir a buscarlos unas ocho veces, pero no quiero dejar sola a Tani.

—Arturo está bien. Está vivo y va a recuperarse —dice Rafa de pronto.

—Lo sé.

—Dentro de unos días estará brillando de nuevo en una pista de tenis. Sano y salvo.

—Lo sé.

—Y Andrés también va a estar bien.

—Sí.

—Patrick ha ido con ellos.

—Sí.

—No va a pasarles nada malo a ninguno de los dos. No van a matarse entre ellos. No van a matarse a hostias.

Tani se estremece bajo mis manos y yo la acaricio con más firmeza.

—No —respondo a Rafa.

—No van a matarse a hostias. No van a matarse a hostias. No van a matarse a hostias…

—Claro que n…

Dejo de contemplar el punto muerto en las puertas giratorias que me mantenía entretenida y lo miro a él. Él no me mira a mí. Ni me habla a mí. Solo se lo repite una y otra vez para ver si se lo cree.

—Subluxación en el hombro y fractura en el escafoides de la muñeca.

Abro los ojos y miro de nuevo a Rafa. Ahora sí me habla a mí, pero no entiendo a qué se refiere. Tani vuelve a estremecerse.

—¿Qué?

—Andrés tiene una subluxación en el hombro y una fractura en el escafoides de la muñeca.

Se me detiene el corazón y la respiración. Todo a la vez.

—Íbamos a colocar la articulación de nuevo en su lugar y a escayolarle la muñeca cuando ha sucedido todo. Necesitamos hacerlo ya. Cuanto más tiempo pase más riesgo de que no sane en condiciones corremos. En cuanto regrese, voy a cogerlo del pescuezo y a…

—Arturo me dijo que estaba bien —murmuro con un hilo de voz, más para mí misma que para él, e intento hacer memoria. Intento reproducir la conversación telefónica que mantuve con él—. Me dijo que iba a salir de la enfermería por su propio pie.

—Bueno, ha salido de la enfermería por su propio pie. Eso es innegable.

—Hay que curar a Andrés —susurra Tani sin dejar de balancearse en la silla—. Esto es una pesadilla. Esto es una pesadilla. Esto es una pesadilla…

¿Subluxación en el hombro y fractura en el escafoides de la muñeca? No puede ser. ¿Cómo ha podido ocultarme algo así? Lo he mirado de arriba abajo mientras bajaba las escaleras de la enfermería corriendo tras él. Mientras íbamos en el coche. Mientras se subía en la ambulancia con Arturo. Lo he mirado de arriba abajo no una vez ni dos… ¡Lo he mirado cien veces! Y nunca eran suficientes. Cada centímetro de él, cada pelo de la cabeza. No me lo puedo creer.

—Mierda —exclama Rafa al mismo tiempo que observa su teléfono, que vibra—. Es Robert.

—¿Papá? —pregunta Tani, resucitando de pronto—. Quiero hablar con él.

—Tani, cuando lo hemos llamado para contarle lo de Andrés, él y tu madre estaban de viaje. Se han puesto de camino hacia aquí de inmediato, pero no saben nada de lo de Arturo.

—Yo se lo digo.

—¿Estás segura?

Tani carraspea y coge aire con fuerza por la nariz. Lo suelta por la boca.

—Sí.

Se levanta, alcanza el teléfono de Rafa y se va a un rincón a hablar con sus padres. Me duele el corazón y eso que no oigo lo que dicen. Pero me lo imagino. ¿Y la desesperación de los Claramunt por estar tan lejos? Esa también la siento. En carne viva.

Andrés llega, cruza la puerta giratoria y yo lo miro de arriba abajo, una vez más. Está intacto. Parece intacto. Me muero de ganas por acercarme a él y tocarlo. Me muero por quitarle la ropa y buscar las heridas, encontrarlas, acariciarlas y sanarlas. Pero no puedo hacerlo. Por la imposibilidad. Porque la imposibilidad existe y es una mierda.

—¿Familia de Arturo Claramunt? —pregunta de pronto una chica.

—Sí. Soy su hermano —dice Andrés. Está calmado. Demasiado calmado para todo lo que ha pasado y para venir de donde viene. ¿Qué te pasa, Andrés?

—Ya podéis ir a verlo —nos dice—. Seguidme.

Aitana viene corriendo hacia nosotros sin colgar el teléfono.

—¿Está bien? —pregunta.

—Está consciente.

Todos respiramos, seguimos a la chica y de camino nos explica el horario de visitas y un montón de normas más. Aitana cuelga el teléfono y Andrés trastea con el suyo. ¿Dónde están Chris y Patrick? ¿Por qué no han venido con él?

No podemos entrar todos a la vez. Andrés y Aitana lo hacen juntos y Rafa y yo nos quedamos fuera. Hay una especie de sala de espera con cuatro sillas y un bidón de agua, pero no me apetece sentarme. Y tengo la garganta cerrada. Apenas me pasa la saliva. Rafa habla con Robert. El silencio que reina en la sala es tan potente que escucho su voz, a pesar de no estar en altavoz. Escucho con claridad todo lo que dice. Las decenas de preguntas. La desesperación. Y me engulle.

Chris y Patrick aparecen. Vienen corriendo. Chris se ha puesto ropa seca, pero no le hace tener mejor aspecto. Lo miro de arriba abajo por primera vez. Lleva los cordones de las zapatillas desatados y la ropa desalineada, como si le importara una mierda estar vestido o desnudo. Y las ojeras. Tiene el rostro más pálido de lo normal, así que el cuadro total es fantasmagórico. Eso sí, está intacto, al menos en lo que al físico se refiere. No hay signos de pelea, aparte del pelo hecho un desastre. El deseo de abrazarlo es brutal. ¿Él me dejaría acercarme? ¿Me permitiría consolarlo?

Rafa cuelga el teléfono y les dice que no pueden entrar. Rafa aún no sabe quién es Chris. No sabe quién es él para Arturo. Lo sé porque de lo contrario no lo trataría con tanta indiferencia. Dios, no tiene ni idea, a pesar de haberlo visto, como lo hemos visto todos, agachado en el suelo del puerto junto a él y aferrado a su cuerpo como si su vida dependiera de ello. En ocasiones, aunque tengamos la verdad delante de nuestros ojos y estemos mirándola de frente, no somos capaces de verla. Nos encontramos a oscuras en una habitación llena de luz.

—¿Arturo está bien? —pregunta Chris.

—Está consciente —repite el otro en automático.

Chris, resignado, se apoya en la pared y se frota los ojos. No conocía al Chris resignado. No me gusta.

—Gracias por ayudarlo —dice entonces Rafa. Ha debido de recordar de pronto la escena del puerto—. Porque tú lo has sacado del agua, ¿no?

—Sí.

—¿Qué hacíais juntos fuera del CAR?

—Discutir.

—¿Sobre qué?

—Es personal.

Rafa bufa.

—¿Personal?

—Sí, personal.

—¿Qué puedes tener tú personal con Arturo?

—Es personal —repite Chris sin inmutarse.

Rafa bufa de nuevo.

—¿Y qué coño ha pasado para que cayera al agua?

—Iba demasiado rápido.

—¿Por qué iba demasiado rápido? —Rafa se acerca a Chris con los brazos en jarras y le clava la mirada llena de furia—. ¡¿Por qué coño iba demasiado rápido, Lacoste?! ¡¡Explícamelo!! ¡Dame alguna respuesta, joder! Porque Arturo no conduce rápido. ¡Nunca! ¡Así que dime por qué coño iba demasiado rápido!

Chris se envara y Patrick se mete en medio de los dos. Coloca una mano en el pecho de Rafa y frena su avance.

—Ahora no, Rafa.

Rafa se aleja, porque Patrick tiene ese poder, y se lleva las manos a la cabeza. Impotente. Ansioso. Desesperado. Yo me acerco a Chris y le doy un abrazo. Ya no me aguantaba las ganas. Él me lo devuelve y ya no sé quién abraza a quien. Solo sé que Chris tiembla bajo mis brazos. Y que yo le susurro una y otra vez que todo está bien, que ya ha pasado lo peor y que él no podía haberlo hecho mejor. Que le ha salvado la vida a Arturo. Le doy un beso en el pelo y me separo de él lo justo para meter la mano en uno de los bolsillos de mi pantalón y alcanzar el teléfono.

—Mira —le digo—. Mira lo que tengo aquí. Es… una maravilla. Te va a encantar. He intentado borrarlo millones de veces. Las mismas que lo he rescatado de la carpeta de eliminados antes de que fuera demasiado tarde. Ahora me alegro de haberlo conservado. Es demasiado especial. Y es tuyo, si lo quieres. Puedo enviártelo.

Chris me mira confundido mientras yo recupero el vídeo de las tripas de mi teléfono. Lo encuentro y le doy a reproducir. La música de *Smooth criminal* , de Michael Jackson, y los gritos y aplausos de aquel día en la cafetería del centro, tantos años atrás, enseguida llenan el silencio de la sala. Chris coge el móvil con las manos y lo observa alucinado.

—Es del día que conocí a los gemelos —le explico—. Así fue como se presentaron ante todo el CAR. Dando la nota.

Chris sonríe sin poder evitarlo, los ojos anegados de lágrimas, y Patrick se acerca a verlo.

—Lo recuerdo —nos dice. También sonríe.

Chris acaricia con el pulgar del dedo índice a Arturo, bailando detrás de la pantalla, justo en el momento en que salta y se sube los pantalones de chándal hasta dejarlos fijos encima de los tobillos. Ríe y yo también lo hago. Porque Chris siempre reconoce a Arturo a la primera. Nunca duda.

—Tenían dieciséis años.

—Sí —susurra Chris, reconociendo el aspecto físico de Arturo a esa edad.

—Ya era guapo en aquella época —afirmo yo poco después. Y no sé si me refiero a Andrés o a Arturo. O a los dos. Dios, no lo sé. «Claro que lo sabes».

—Siempre ha sido el chico más guapo en un millón de kilómetros a la redonda —responde él sin dudar—. Y siempre lo será.

Chris se refiere a Arturo. Cero dudas.

Escucho un grito ahogado y levanto la cabeza. Rafa nos mira con los ojos fuera de las órbitas. Rafa está flipando. Está flipando mucho.

—Pero ¿qué coñ…?

La puerta se abre, interrumpiéndonos, y tras ella aparece Andrés. A mí ni me mira, pero yo sí lo miro a él lo suficiente como para darme cuenta de que ha estado llorando. Solo se dirige a Chris y Patrick, una vez ha comprobado que nadie del hospital nos ve.

—Pasad.

Chris ni se lo piensa. Pausa el vídeo, me devuelve el teléfono con un mensaje velado en la mirada de «luego me lo pasas» y entra. Antes de que Patrick haga lo mismo y Andrés desaparezca de nuevo, Rafa lo llama.

—Andrés, tienes que…

—Ahora no.

—Te quiero fuera en media hora —le ordeno yo, tajante.

Me mira a los ojos por primera vez. Por primera vez desde el cóctel de Navidad. Desde que hicimos el amor en su coche. Por primera vez desde que he sabido la verdad sobre la noche en que se acostó con Elvira. Su mierda de declaración de amor. Y la alergia que casi lo mata. Hay desafío en ellos, pero también tristeza, aunque intente ocultarla con esa actitud pasivo-agresiva que tan bien le queda. En los míos no sabría lo que hay ni aunque me mirara en un espejo. Yo solo quiero abrazarlo.

—¿Fuera dónde? —responde de malas maneras. Provocador, como es él.

—Fuera aquí. Y no me obligues a que entre a buscarte. En un segundo vuelvo —le digo entonces a Rafa.

Entro en la habitación con la intención de acercarme a Arturo, besarlo en la mejilla y prometerle que enseguida estoy con él, pero Chris está a su lado y se susurran cosas el uno al otro al oído, y soy incapaz de interrumpir ese momento. Sonrío, cruzo una mirada con Aitana, que mira a su hermano y a Chris con ternura, sin dejar de llorar, y me dispongo a abandonar la habitación.

—Media hora, Andrés. Pon el cronómetro en ese reloj tuyo tan completo —le advierto antes de irme. Él solo me mira con los ojos entrecerrados.

—No tiene pila.

—Pues cuenta mil ochocientos segundos. Puedes empezar ya.

Y entonces sí me marcho.

—Nicki —me llama Rafa en cuanto salgo—, espera.

—Me voy —respondo.

—¿A dónde?

—A ocuparme de las lesiones de Andrés.

—¿Oficial o extraoficialmente?

—¿Qué significa eso?

—Oficialmente significa que vas a ocuparte de Andrés en calidad de entrenadora. Significa

que vas a ayudarme, como compañera de trabajo, porque yo ahora mismo solo tengo la cabeza para ver cómo está Arturo.

—¿Y extraoficialmente?

—Ya lo sabes.

—Y tú sabes la respuesta.

—Vale. Joder, me crecen los enanos. Voy a llamar al CAR para avisar a todo el mundo.

—OK.

—Nicki, ¿qué pasa entre Arturo y Lacoste? ¿Por qué le has enseñado ese vídeo?

—Intentaba reconfortarlo.

—¿Y por qué tenías que reconfortarlo?

—Usa tu imaginación.

Me alejo de él y me dirijo a recepción. De camino llamo al CAR y hablo con Samuel. Me pone al día y me pasa el expediente médico y las radiografías de Andrés. Hago más de diez llamadas y lo organizo todo.

5: Como un delfín asustado por el sonido de un sónar

ARTURO

—Arturo… Dios, Arturo. Por fin.

Tengo frío. Siempre me entra frío después de nadar. ¿Hemos nadado? Me estremezco. «Abrázame, Chris. Tú siempre me das calor, aunque estemos empapados».

Una corriente de aire me golpea, pero es irrespirable. ¿Por qué me cuesta respirar? Abro los ojos. Chris. Chris está aquí. Clava una mirada suplicante en la mía. Está aterrorizado. No quiero que esté aterrorizado. Quiero abrazarlo y que deje de tener miedo. ¿Por qué tiene miedo? Esto no tiene sentido. Quiero comunicarme a voz en grito, pero no me salen las palabras. He perdido la capacidad de hablar. Me quema la garganta. Me quemo. Me estoy quemando por dentro. Chris… «Chris… No llores. Estoy aquí. ¿Qué está pasando?».

…

—¡Arturo! ¡Arturooo!

—Solo puede subir uno.

—Le has salvado la vida.

—Andrés, estás en taquicardia sinusal. ¿Te sientes mareado?

¿Andrés? ¡Andrés!

…

—… unidad de vigilancia… vamos a monitorizarlo… escáner… lesión cerebral… parada cardiorrespiratoria… ¿Lo sedamos?

—No. Vamos a esperar unos minutos a ver si responde.

Lesión cerebral.

Lesión cerebral.

Lesión cerebral.

Lesión cereb…

Lesión…

Les…

…

Chris me dejó conducir su Jaguar descapotable amarillo una tarde de junio. Lucía un sol tan radiante que casi rivalizaba con su aspecto. El pelo más rubio que de costumbre. Los ojos más azules que la noche previa pero menos que la posterior. La sonrisa más ancha que el río de la

Plata. Con los años aprendí que a Chris el sol le pone de buen humor. Y los ojos más azules. Y el pelo más rubio. Con los años aprendí que si quiero sentarme detrás del volante de su adorado descapotable tiene que ser cuando brille el sol. Él iba a mi lado, me acariciaba el muslo con una de sus manos y a través de los altavoces sonaba Like my father*, de Jax. Él iba a mi lado porque por muy buen humor que tuviera no me dejaría con su coche a solas ni loco.*

Nos acercamos a la playa de arena del lago y bajamos del coche. La vista panorámica era impresionante. Y no me refiero ni al paisaje alpino ni a Lucerna. La panorámica de Chris acercándose a tocar el agua con los dedos de los pies, descalzo y con los pantalones vaqueros subidos hasta las rodillas, hizo que se me detuviera el corazón. Las escenas cotidianas con Chris suelen detenerme el corazón. Qué tontería, ¿verdad? Me acerqué y lo salpiqué. No pude resistirme. Y nos batimos en el duelo más bonito de nuestra historia. También nos besamos.

Cuando regresamos al coche los granos de arena, el olor a salitre y las sonrisas no se nos despegaban de la piel. Y me senté de nuevo detrás del volante, solo que en aquella ocasión era yo quien le acariciaba el muslo a él. Hasta que entrelazamos las manos y no volvimos a separarlas. Las marchas las cambiábamos juntos. Conducir con una mano y sujetar a Chris con la otra lidera la lista de mis cosas favoritas de la vida.

Más tarde hicimos el amor en su cama, o en nuestra cama (que, aunque solo sea un cambio en el adjetivo posesivo, la hace aún más bonita), cobijados bajo el edredón de pelotas de tenis. Mantuvimos las manos entrelazadas y caímos rendidos al terminar. Los granos de arena, el salitre y las sonrisas seguían entre nosotros. Adheridos ya no solo a nuestras pieles, sino también a las sábanas y al ambiente.

Por la mañana me desperté y él no estaba a mi lado, pero olía a café. Me levanté, bajé a la cocina y cuando lo vi frente a los fogones con mis pantalones vaqueros del día anterior desabrochados y el pecho al descubierto, corrí y me subí a su espalda. Él debió de sentirme, porque me cogió a la primera y terminó de preparar el desayuno conmigo colgado como un monito.

Recuerdo que nunca dejé de tararear la canción de Jax.

Abro los ojos y los muevo de un lado a otro. «Chris. ¿Dónde estás?».

—Hola, chico guapo. ¿Cómo te encuentras?

Dirijo la mirada a la chica que me habla. Todo está borroso y… «Tú no eres Chris. ¿Dónde estoy?».

—Tranquilo —me dice con afecto—. No intentes hablar todavía. Estás en el hospital, en la unidad de vigilancia. Has tenido un accidente, pero ya ha pasado. Descansa. Todo va a ir bien. Voy a avisar a tu familia de que estás despierto. Están deseando verte.

¿Accidente? ¿He tenido un accidente? ¿Cómo? ¿Cuándo? Cierro los ojos y aprieto los párpados. Me siento desorientado. Como un delfín asustado por el sonido de un sónar. Nado hacia la superficie más rápido de lo que mi cuerpo puede soportar y cuando por fin estoy fuera del agua me siento igual de perdido. Y sin aliento. Herido. Desamparado. No reconozco el agua que me rodea. Nado (nado, nado, nado y nado) y llego a una playa desconocida para mí. Estoy varado.

Quiero irme a casa.

Quiero irme a casa.

Chris…

…

El sol se cuela por la ventana y el cielo está azul, salpicado por cuatro nubes blancas

desperdigadas. Tengo colocada una vía intravenosa en el brazo derecho y estoy tumbado en una cama. Dos bultos que respiran se aferran a mí.

—Tienen forma de cetáceos.

Uno de los bultos se incorpora y me observa con inquietud. Es Andrés. ¿Es real? Cruza una mirada con ¿Aitana? Sí, Aitana es el otro bulto que no ha dejado de abrazarme por mi lado izquierdo, pero sí ha levantado la cabeza.

—Arturo, tus idas de olla con los animales marinos suelen parecerme soporíferas y adorables al mismo tiempo, pero ahora mismo… no me asustes, ¿vale? ¿Qué dices de los cetáceos?

—Que las nubes tienen forma de cetáceos. Hay un delfín, una orca y dos rorcuales boreales.

Intento señalarle las nubes a Andrés, pero me cuesta mover el brazo. Pesa demasiado. Él ni siquiera hace el esfuerzo de mirar hacia la ventana, solo rompe a llorar y me abraza de nuevo. Me empapa el cuello. No quiero que Andrés llore.

—Ey —le digo en un tono muy suave a la vez que hago el esfuerzo de mi vida para acariciarle el pelo. La vía se mueve y tuerzo el gesto ante el pinchazo—. ¿Por qué lloras?

—Porque tú estás viendo un rorcual boreal en el cielo y yo ni siquiera sé qué coño es.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Es muy bueno, Arturo. —Levanta la cabeza y agarra la mía con sus dos manos—. Dios, cómo te quiero.

—¿Recuerdas lo que te ha pasado, tete? —me pregunta Aitana.

Andrés ahoga un lamento y se incorpora al instante.

—No lo llames así, joder.

—Mierda. Es verdad.

—Y hablando del tete, ¿dónde se ha metido?

—¿Qué? —pregunto confundido.

—Ahora vuelvo.

Andrés se limpia las lágrimas y abandona la habitación. Yo intento incorporarme y Aitana enseguida me ayuda y me coloca el almohadón detrás de la espalda. Un segundo después entra Chris.

«Chris».

Por fin.

—Arturo…

Viene corriendo hacia mí y me abraza como solo él sabe abrazarme. Como las estrellas abrazan los planetas. Como los truenos abrazan los rayos antes de una tormenta de verano. Como el calor abraza la vida de los seres vivos. De una manera inherente. Natural. Abierta. Y al instante, con ese abrazo, la mayor parte de la desorientación que todavía me apretaba la garganta desaparece. La playa donde me he quedado varado ya no es desconocida. Es nuestra playa de arena de Lucerna. Me siento en casa. Por fin me siento en casa.

—¿Dónde estabas? —le pregunto.

Chris levanta la cabeza y se sorbe la nariz. La congoja apenas lo deja hablar.

—Esperándote.

Yo examino cada centímetro de su rostro. La frente. Los ojos. La nariz. Los pómulos. La barbilla. La boca. Tiene una pinta horrible. Como si una ballena le hubiera pasado por encima. «¿Qué te ha pasado, tete?». Apoya una mano en la cama y con la otra me aparta el pelo del rostro y me acaricia el cuero cabelludo.

—He soñado contigo —le confieso en un susurro, acariciándole la mejilla con la mía y respirándolo con toda la fuerza de la que soy capaz. Necesito empaparme de su aroma.

—¿Sí? —me pregunta clavando su mirada azul en la mía.

—Sí. Con tu Jaguar. Creo que era un recuerdo, pero no estoy seguro. Quizá solo ha sido un sueño.

—¿Qué hacíamos?

—Tú me dejabas conducirlo. Íbamos a la playa y acabábamos hechos un desastre. Luego regresábamos a casa y a la mañana siguiente preparabas el desayuno conmigo subido a tu espalda.

A Chris le brota una lágrima del ojo y se le desliza por la mejilla. Se la limpio con uno de mis dedos. Él nunca deja de acariciarme la cabeza ni de apartarme el pelo de la frente.

—¿Subido a mi espalda como si fueras un koala abrazado a un árbol?

—En el sueño yo me describo a mí mismo como un monito.

Chris ríe y me da un beso en la frente. Cierro los ojos. «Dame otro, por favor. Y métete en la cama conmigo. Te hago sitio. Necesito sentirte a mi lado». Lo agarro de la cabeza y uno nuestras frentes. Quiero besarlo. Quiero besarlo muy fuerte.

—También me vale —me dice tan cerca de mi boca que casi nos estamos besando. Siento sus labios cerca de los míos. Rozándose. Sí. ¡Sí!

Abro los ojos.

—¿Es real?

—Sí. Sucedió el año pasado. Tú me salpicaste y acabamos de arena hasta el… culo, joder —ríe de nuevo, esta vez sobre mi boca, a la vez que otra lágrima se le desliza por la mejilla—. Más tarde el coche también estaba lleno de arena. Y la cama.

—Y tu pelo.

—Sí. Tuve que lavarme la cabeza dos veces para quitarlo todo.

—Pero no te importó.

—No.

—Y me dijiste que nunca más ibas a dejarme conducir tu coche, pero era mentira.

Nos rozamos la nariz, besándonos como los esquimales.

—Lo era. Soy incapaz de decirte que no a nada.

—Y porque siempre te pones de buen humor cuando sale el sol.

—Si quieres llamarlo así. *Merde* , Arturo —exclama antes de abrazarme de nuevo—. Me has asustado.

Lo abrazo de vuelta y lo respiro una vez más, huele como aquel día en la playa, a mar y a… ¿Arturo? ¿Me está llamando Arturo? Chris nunca me llama Arturo cuando nos abrazamos.

Alguien carraspea.

Muevo la mirada y descubro a mis hermanos y a Patrick, mirándonos. Aitana sonríe y llora a la vez. Andrés tiene el ceño fruncido. Patrick nos mira de hito en hito. Y entonces soy consciente por primera vez de la realidad que nos rodea. No solo de que Chris y yo no estamos solos, sino de todo lo demás.

«Oh, Dios».

De. Todo. Lo. Demás.

De lo que sucedió en el cóctel de Navidad. Del beso de Chris con aquella chica, que vuelve a dolerme como la primera vez que lo vi. De mi discusión con él al día siguiente. De que le confesé que lo quería y él se rio de mí. De que le dije que no tenía corazón por no socorrer a mi hermano. Se me corta la respiración y dejo de abrazarlo, avergonzado. Me alejo de él y me recuesto de nuevo en la cama. Chris levanta la cabeza una vez más y me mira con la frente arrugada.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Siento interrumpiros —nos dice Andrés en otro carraspeo, que me impide contestar—, pero tengo que irme en veinte minutos y necesito hablar contigo, Arturo.

—¿A dónde tienes que irte?

—A una gestión sin importancia, no te preocupes. —Se acerca al otro lado de la cama—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

Hago memoria y busco mis últimos recuerdos. Busco, busco, busco, busco.

De pronto, la discusión con Chris me taladra la cabeza con tanta potencia y es tan real que es como si peleáramos de nuevo.

Ambos llevábamos la ropa del día anterior. Ambos estábamos enfadados. Ambos nos hicimos daño.

—Tu casa no es la que era por tu culpa, Chris. Tu familia no es la que era por tu culpa. La relación con tu padre no es la que era por tu culpa. La noche de los viernes en familia se fue a la mierda porque tú así lo quisiste. Y la música a máximo volumen los fines de semana. Los partidos de tenis en Lucerna. ¡Todo lo mataste tú cuando tu madre se fue! Y a tu padre no le quedó más remedio que resignarse y esperarte. Pero nunca llegas. Eres tú el que no ha seguido adelante con su vida, no él. Llevas años protegiéndote porque tienes miedo de convertirte en tu padre, pero tú ya eres tu padre. Esos muros que has levantado a tu alrededor no valen para nada, solo para que no hayas podido enamorarte de mí.

…

—Quizá lo que tienes que entender tú es que el sexo no es de color de rosa. No siempre sucede entre sábanas de seda, besos y caricias. Quizá te he malacostumbrado. Tu primera vez fue floja, Arturo. Digna de un animal protegido en peligro de extinción.

—Fue dulce.

—Pero si a ti no te gusta el dulce, Arturo.

—Chris y yo discutimos —recuerdo con un hilo de voz. No sé si por la angustia que me invade al acordarme o porque el mismísimo infierno se me ha instalado en la garganta. Quema. Apenas puedo tragar saliva.

—Sí, os vimos desde la ventana —me dice Andrés—. Llamabais demasiado la atención. Nadie puede saber que estáis juntos, Arturo. Debéis tener cuidado.

¿Juntos? ¿Estamos juntos? Hago memoria de nuevo. Me estrujo la cabeza y me duele horrores, pero me da igual, necesito recordar y… Una astilla se me clava en el corazón cuando recuerdo que le dije que lo nuestro se había acabado.

—Vives encerrado en una pecera, Chris. En una pecera donde tú mismo te has metido. Y un pez de pecera no sabe lo que hay fuera de ella hasta que sale. No sé si saldrás algún día. Mi consejo es que lo hagas, pero ahora ya solo depende de ti.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Se acabó.

Claro, por eso me llama Arturo y no «tete».

—Ya no estamos juntos —susurro.

Chris se tensa a mi lado.

—¿Cómo que no estáis juntos? —pregunta Aitana, mirándonos primero a uno y luego al otro.

Y yo me doy cuenta por primera vez de que estamos hablando de nuestra relación en voz alta. Y de que acabamos de vivir un momento íntimo delante de ellos. De que nos hemos tocado y nos hemos susurrado al oído. Nuestro primer momento íntimo en público y ya ni siquiera estamos juntos. Ellos no parecen sorprendidos por nuestra cercanía. Lo saben. Pero… ¿desde cuándo? ¿Cómo? Andrés ha dicho que nos vieron discutir desde la ventana. ¿Desde qué ventana? «Piensa, Arturo, piensa. Piensa, piens…». Oh. Desde la ventana de la enfermería.

—¿Desde cuándo estáis juntos?

…

—Desde Wimbledon.

…

—Decidme una cosa, parejita ¿Os habéis dejado ganar alguna vez?

—Sí, todas al puto frente se las lanzo, no te jode.

—Tú cállate.

—Tú a mí no me das órdenes.

—¡No me toques la moral, Lacoste! Me va a reventar la cabeza y eres peor que el ruido de ur puto taladro un domingo por la mañana. ¿No tienes suficiente con haber estado tirándote a mi hermano durante los últimos nueve años?

—Andrés…

—Relaja, Andy. A ver si te va a subir la tensión.

—Ya te gustaría. Dame tu móvil, Arturo.

—¿Qué?

—Tu puto móvil. Que me lo des. ¿Estás sordo?

Se me revuelve el estómago y se me tensan todos los músculos cuando recuerdo a Andrés en la camilla de la enfermería. Hago caso omiso al terrible dolor de cabeza y tiro hacia atrás en mi memoria.

—Subluxación en el hombro y fractura en el escafoides de la muñeca . Le han hecho unas pruebas y están valorando si basta con poner un yeso o si hay que meter cirugía. En cualquier caso, reposo y fisioterapia deportiva entre diez y doce semanas. Bye bye, *tenis, en una buena temporada. Felicita al gilipollas en moto.*

—¡Tu brazo, Andrés!

—Mi brazo está bien. Ahora estamos hablando de ti.

Le observo el brazo con lupa, pero no veo nada con la sudadera de invierno que lleva por encim… Esa sudadera es de Chris. Es mi favorita. Es de color turquesa y suele volverme loco cuando se la pone. Loco de amor. La llevaba la noche del cóctel. ¿Por qué la tiene ahora Andrés? ¿Y por qué no le han escayolado la muñeca?

—¿Por qué no te han enyesado?

—Porque se les ha acabado el yeso. Estamos esperando a que traigan más.

—Andrés… —le advierto.

—Arturo tiene razón —añade Aitana—. Tienen que curarte ya.

—Estoy bien —nos dice a los dos—. Ahora cuéntame cómo te encuentras tú.

—Estoy bien.

—Ahora cuéntame la verdad, me refiero.

—Tienen que curarte el brazo —le suplico.

Suspira y aproxima su rostro al mío.

—Ey —me sujeta de la barbilla—, mírame a los ojos. Mírame. Estoy bien y voy a curarme en cuanto tenga claro que tú estás bien. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Dime qué sientes.

—Me quema la garganta y me duele un poco la cabeza.

—Vale. ¿Algo más?

—No.

—¿Quieres que te traiga agua? —me pregunta Aitana.

«Sí, por favor». Necesito agua. No aguanto más.

—No sabemos si puede beber agua.

—Puedo preguntar.

—Vale. Ve.

Aitana abandona la habitación y nos quedamos los cuatro solos.

—Supongo que todo es normal. Te caíste al agua y estuviste varios minutos sin respirar —me dice Patrick.

Chris carraspea.

—¿¿Me caí al agua??

—Sí —responde extrañado—. ¿No te acuerdas?

—No.

—¿Qué recuerdas, Arturo? Estabas discutiendo con Chris. ¿Y después?

—Después… después no hay nada.

—¿Nada?

Intento hacer memoria, pero estoy en blanco. Estaba discutiendo con Chris y un segundo después ambos nos encontrábamos en Lucerna, salpicándonos agua y arena el uno al otro. Luego yo buceaba en las profundidades del océano e intentaba salir a la superficie y, cuando por fin lo conseguía, me quedaba varado en un lugar desconocido.

—Cogiste la moto. ¿Recuerdas coger la moto?

Chris carraspea de nuevo y le dirige una mirada asesina a Patrick.

—No —respondo.

—Ey —Andrés vuelve a cogerme de la barbilla—, no pasa nada si no te acuerdas. Solo queremos asegurarnos de que sabes por qué estás en el hospital. Puedes hacernos todas las preguntas que necesites.

—¿Iba rápido? —pregunto. Me acuerdo de ir rápido en la moto. Pero quizá solo es un recuerdo anterior.

—Sí —me confirma mi hermano—. Y tú nunca vas tan rápido.

—¿Por eso tuve el accidente? ¿Porque iba rápido?

—No lo sabemos. Solo vimos que no frenabas y que…

—¿Qué?

—Que chocabas con un muro.

Casi me quedo sin respiración, pero hago un esfuerzo sobrehumano e intento controlar mis emociones. Por suerte, es una de las cosas que mejor sé hacer. Me imagino que estoy en la pista y que esto no es más que otro partido al que tengo que enfrentarme.

—¿Con qué? —susurro.

Chris carraspea por tercera vez. Ahora también mira a Andrés con mala leche.

—Con un muro —responde mi hermano en voz baja sin dejar de mirar a Chris con cautela—. Caíste al agua y… ¿Por qué coño no frenaste? Llevas conduciendo motos desde los dieciséis —añade más para sí mismo que para mí.

—¿Cómo he salido del agua?

—Chris iba detrás de ti —me explica Patrick.

—¿En la moto? —pregunto alterado. Lo miro de arriba abajo y compruebo que todo está bien.

—No. En mi coche.

—¿Por qué?

—Supongo que para… —mira de reojo hacia donde está Chris, que permanece callado— hablar y arreglar las cosas, no sé.

—No me acuerdo —me giro hacia Chris—. ¿Ibas detrás de mí?

—Sí —responde escueto.

Algo no me cuadra.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Nada.

—¿Por qué apenas hablas?

—Te estoy escuchando.

—No tienes que estar aquí si no quieres —le digo con suavidad, aunque me parta el alma—. Estoy bien. Te lo prometo.

—No voy a molestarme en responderte a eso, Arturo.

Supongo que, aunque ya no estamos juntos, hay cosas que nunca cambian.

—¿Por qué no frenaste? —me pregunta Andrés, pero al segundo se dirige a Chris—. ¿Por qué no frenó?

—Lo intentó, pero… —Chris me mira con reserva antes de continuar— los frenos no funcionaban. Entonces perdió el control de la moto y… Fue todo muy rápido.

Andrés se incorpora al instante.

—¿Cómo que los frenos no funcionaban? ¿Qué quieres decir?

—Que los frenos no funcionaban.

—¿Cómo es eso posible? ¿Por qué no iban a funcion…? Oh, Dios —se lamenta entonces, horrorizado—. Ha sido por mi culpa. Debieron de joderse después de mi caída. Habría una fuga del líquido de frenos o quizá me cargué la bomba. No me di cuenta. No lo pensé. —Se lleva las manos a la cabeza—. Joder, casi te mato.

—¿Qué posibilidades hay de que ocurriera algo así? —pregunta Patrick.

—Andrés, no es culpa tuy…

—Es una explicación más que probable —nos interrumpe Chris.

—Joder… —repite Andrés—. Lo siento. Dios, lo siento mucho. Arturo…

—Ven aquí. Andrés, ven aquí.

Se acerca a mí, lo obligo a agacharse y ahora soy yo el que lo agarro por la barbilla.

—Incluso si esa fuera la explicación, no ha sido culpa tuya. Ha sido un accidente. Y yo estoy bien. No le des más vueltas, ¿de acuerdo? Prométemelo. Prométeme que no vas a darle más vueltas. Prométeme que vas a olvidarlo. Yo no debí haber cogido la moto después de que tú tuvieras un accidente con ella. Debí asegurarme antes de que todo estaba bien y no lo hice.

—¿No lo hizo? —le pregunta Patrick a Chris.

—No. No lo hizo. Estaba nervioso y… ya os he dicho que todo fue muy rápido.

—Qué raro —añade Patrick—, con lo meticuloso que es Arturo, ¿no?

Pi, pi, pi, pi, pi pi, pi pi, pi pi, pi pi, pi.

—¿Qué coño es eso?

—Mi cronómetro —responde Andrés, apagándolo—. Tengo que irme. Vuelvo enseguida. ¿Os traigo algo? ¿Lacoste? Tienes muy mala pinta. Necesitas comer algo.

—No tengo hambre.

—Insisto. Necesitas comer algo.

—Estás al borde del desmayo —añade Patrick.

¿Andrés y Patrick se… preocupan por Chris? ¿¿Quieren que coma algo??

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunto.

—Unas horas.

Entonces he debido de despertarme en un mundo alternativo. Nada tiene sentido. Me toco la cabeza por si en esta realidad paralela me han crecido cuernos u orejas puntiagudas, pero todo parece estar bien. Eso sí, ellos me miran raro.

—Pídele un bocadillo de mayonesa —le digo a mi hermano. No sé por qué de repente es tan amable con Chris, pero no voy a desaprovecharlo—. No va a poder resistirse.

—Vale. ¿Mayonesa con qué?

—Con pan. Mayonesa con pan —le aclaro. Andrés arruga la nariz—. Es lo que más le gusta de nuestro país.

—Creo que lo que más le gusta de nuestro país eres tú, pero lo conoces mejor que yo, así que… lo que tú digas.

Andrés abandona la habitación y yo dejo salir un prolongado suspiro que llevaba tiempo pidiéndome paso. Patrick se acerca a la cama. Se sienta en el colchón a mi lado y me da un beso en la cabeza.

—¿Qué pasa, campeón?

—Estoy preocupado por Andrés.

—Nicki se está ocupando de él. Va a estar bien. No te preocup…

La puerta se abre de nuevo y aparece Aitana con una botella pequeña de agua. Rafa viene detrás de ella.

—Enseguida viene el médico a verte, pero me han dicho que podemos darte agua. Y que solo podemos entrar de dos en dos.

Aitana, Patrick y Chris se miran los unos a los otros y ninguno muestra intención de irse. Patrick coge la botella y me la acerca a la boca. Chris se aleja de la cama y se deja caer en un sillón que hay cerca. Lo observo con preocupación. En verdad está al borde del desmayo.

—Sorbos pequeños —me dice.

—Arturo, ¿cómo estás? —me pregunta Rafa.

Dejo de beber y levanto la mirada.

—Bien.

—Sí, de puta madre. Déjame verte. —Viene hacia mí, me da un abrazo y después me mira a los ojos—. Entre tu hermano y tú vais a acabar conmigo. Júrame que estás bien.

—Me duelen un poco la cabeza y la garganta, pero nada más.

—¿Seguro?

—Seguro. —Entonces me percato de algo—. ¿Dónde está Dami?

—Oh, mierda.

Mi hermana alcanza su teléfono y teclea en él.

—¿Y esto desde cuándo está sucediendo? —nos pregunta Rafa apuntándonos con el dedo a Chris y a mí.

—Ya no estamos juntos —aclaro.

—Ya. No es eso lo que te he preguntado. —Se da la vuelta y coge la botella de agua de las manos de Patrick. Vuelve a mirarme—. ¿Desde cuándo, Arturo?

Bebe un sorbo y…

—Desde hace nueve años.

… no escupe el agua porque ya se la había tragado, pero le entra por otra vía y comienza a toser. Patrick lo ayuda a que pase.

—¡Joder!

6: «Fuimos novios una vez. Ahora ella tiene una relación seria, un perro y una casa con piscina y jardín. Yo tengo Tinder»

NICKI

Cinco minutos antes

Cuando regreso a la habitación, más de media hora después, Andrés está fuera con Rafa. Esperándome. Lo cojo de la mano, sin darle explicaciones, y aunque él no me devuelve el apretón ni entrelaza los dedos con los míos, tampoco se suelta. Tiene la mano cálida en contraposición a la actitud indiferente que exuda por cada poro de la piel. Quizá los chispazos que siento se deban a eso, al impacto de las temperaturas. Oh, ¿y el placer de tocar por fin lo que quieres tocar? Luego me recrearé a gusto, cuando pueda cerrar los ojos y evocar el recuerdo con una sonrisa. Ahora tengo una misión.

Caminamos juntos de la mano por medio hospital, o más bien yo arrastro a Andrés por el pasillo hasta la sala de yesos, y él solo… se deja llevar. Frunzo el ceño. Andrés nunca se deja llevar.

—¿Te han dado algo en la ambulancia para calmar los nervios?

—Algo.

—¿El qué?

—No lo sé.

—Estás demasiado tranquilo, pero al mismo tiempo siento que has explotado por dentro. —Andrés no dice nada—. ¿Te duele? —susurro.

—¿El qué?

Buena pregunta.

—El hombro o la muñeca.

—No.

—Es por la adrenalina. Una subluxación en el hombro es muy dolorosa. Enseguida empezará a dolerte. En cuanto tu cabeza asimile que Arturo está bien.

—Hummm…

Continuamos en silencio, sin mirarnos, hasta que llegamos a nuestro destino, donde una médico ya nos espera. Parece joven. Treinta y pocos. Pelirroja. Alta. Me han dicho que está especializada en medicina deportiva y que es la mejor. Debe de ser un portento.

—Necesito entrar con él y supervisarlo todo —le explico a ella muy profesional al mismo tiempo que le enseño mi identificación del CAR. No puedo decirle que necesito entrar porque mi

vida depende de que él esté bien, pero sí puedo disfrazarlo—. Andrés Claramunt entrena en el Centro de Alto Rendimiento y yo soy entrenadora allí.

—¿Eres su entrenadora? —me pregunta con la ceja arqueada.

—No, pero estoy aquí en representación del centro. Andrés es un activo muy importante y…

—Sí, claro, lo entiendo. No te preocupes, puedes pasar. Sé quién eres. Me encanta la natación y tú eres la mejor para mí.

—Gracias.

—Estoy deseando volver a verte en el agua.

Y yo.

Nos invita a entrar y yo le cedo el paso a Andrés.

—No sé yo si es la más indicada para supervisarme… —dice entonces él como quien no quiere la cosa—, ella y yo tenemos un tema pendiente con el comité…

—Cállate —escupo a su cogote, con los labios apretados. Luego miro hacia atrás y sonrío a la médico todo lo que puedo.

—¿Qué comité? —pregunta ella con la frente arrugada pero llena de curiosidad al mismo tiempo.

—El comité deportivo —añade Andrés—. Hay un formulario en el que…

—Cállate —repito—. No hay ningún formulario —le explico a ella—. Andrés solo está más impertinente de lo normal. La fama y tal… Tiene días tontos.

Andrés levanta una ceja.

—Y que eso me lo digas tú. Qué valor…

—Oh, cállate —le digo por tercera vez.

De pronto, el olor a yeso me impacta. No es un olor que nos guste a los deportistas. Es nuestra kriptonita. O una de ellas. Nos desarma. Y nos hace pequeñitos. Nos hace darnos cuenta de que ni somos invencibles ni somos deporte hasta que nosotros queramos. Odio que Andrés tenga que estar aquí. Odio que él se sienta vulnerable. Y estoy preocupada.

Hace frío y no sé si es porque hoy las temperaturas son más bajas de lo normal o porque en los hospitales hace frío. En contra de la creencia popular, para mí siempre hace frío en los hospitales.

A través del hilo musical suena *Tacones rojos* , de Sebastian Yatra, y agradezco el cambio de ritmo respecto a los villancicos que escucho sin descanso desde hace días. Entibia el ambiente, de alguna manera. También recuerdo a Andrés bailándola con su hermano hace unas semanas en los pasillos del CAR y sonrío para mis adentros.

Mientras la médico revisa la radiografía lo ayudo a desprenderse de la sudadera con muchísimo cuidado de no hacerle daño, recorro con la mirada su cuerpo desnudo y…

—¿Esta sudadera no es de Chris?

… cuando veo la avería que tiene en el hombro se me cae el mundo encima. La hinchazón. El moretón. Y el húmero dislocado. «Oh, Dios». Con la ropa no se le veía. Voy a matarlo cuando se ponga bien. Le quito también la camiseta mientras me muerdo la boca para no gritarle.

—Primero vamos a colocar el hombro —le dice la médico—. ¿Estás listo?

—Claro.

—¿Sientes entumecimiento, hormigueo o debilidad en el brazo, la mano o los dedos?

—No.

—Túmbate en la camilla.

Andrés obedece y durante todo el proceso apenas se mueve. Ni se queja. Ni habla. No hay chistes. No hay comentarios fuera de lugar. Creo que nunca lo había visto tanto tiempo callado.

Inmóvil. Inerte. Inexpresivo. No entiendo cómo alguna vez he deseado que cerrara la boca. No forma parte de él. No es su naturaleza. Está desolado. Ha tocado fondo. Mi precioso Andrés.

Nos buscamos con la mirada cada pocos segundos. Yo alterno entre su hombro y sus ojos hasta que la médico acaba la maniobra y a Andrés se le descompone el rostro. A mí se me encoge el estómago. Le cojo la mano buena al instante, se la estrujo con cariño y le aparto el pelo sudado de la frente. Él solo aprieta la mandíbula y cierra los ojos. Y cada centímetro donde nos tocamos duele. Duele de recuerdos y de no haber hecho las cosas mejor. Duele porque quiero besarlo para reconfortarlo, pero no puedo porque él no quier… A la mierda.

—Shhh —susurro al mismo tiempo que le doy un beso rápido en la boca. Le arden los labios y están agrietados, pero no por eso me aparto antes. Y no me rechaza. Ni se aleja—, ya está, cariño. Ya está.

—Ha ido bien —nos dice ella en un carraspeo—. Ahora intenta no mover el brazo, ¿vale? Voy a colocarte el yeso en la muñeca.

—¿Vas a quedarte aquí hasta que termine? —me pregunta Andrés.

—Sí.

—No hace falta.

—Sí hace falta.

—Ya has *supervisado* —tonito— la reducción del hombro.

—Sí. Y, por cierto, eres un irresponsable. —Supongo que no me he mordido la lengua lo suficiente—. Hacer lo que has hecho con estas lesiones, Andrés… Podías haberla liado muy grande. Tu futuro está en juego.

—¿Ahora te preocupas por mi futuro?

—Ahora me preocupo por ti.

—¿Desde cuándo?

Suspiro.

—Estabas más guapo callado.

Mierda. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Has empezado tú a hablar.

—Porque no me gusta que estés en silencio.

—Decídete, mujer.

—Pero luego abres la boca y recuerdo que puedes llegar a ser muy exasperante.

—Es un don —le explica él a la chica, que no dice ni mu. Solo nos mira con el rabillo del ojo a uno y otro, como en un partido de tenis, al mismo tiempo que coloca el yeso en la muñeca de Andrés. No sé si habrá escuchado alguna vez los rumores de nuestro «idilio» en la prensa, pero si lo ha hecho supongo que ya tiene su confirmación—. A menudo me dice que me meta la lengua en el culo.

—Por Dios, Andrés.

—Niégalo.

No puedo.

—Ya veo —responde ella—. Voy a darte analgésicos en cuanto acabe. Aguanta solo un poco más.

—No hace falta. Estoy bien.

—Sí hace falta. Y los tomarás durante la próxima semana. No más.

—No voy a morirme de dolor.

—Ya sé que no vas a morirte de dolor, pero cosas peores se han visto.

—¿Como qué?

—¿Qué?

—Ponme un ejemplo de cosas peores que hayas visto que morirte de dolor.

—No sé —sonríe de nuevo a la vez que arruga la frente—, era una forma de hablar.

—Alguien que trabaja en un hospital debería saber de muertes raras.

—No hay muertes raras. Las muertes, muertes son.

—Que se lo digan a Freddy Krueger, que se murió porque le picaban los hue…

Carraspeo antes de que acabe la frase…

—…vos.

…, pero se la suda.

La médico sonríe de nuevo.

—Andrés —le digo yo con seriedad—, no te hagas el fuerte ahora, ni el autosuficiente. Si te duele, pides analgésicos. Si te molesta, lo dices. Si te encuentras mal, te quejas. Si necesitas ayuda, la pides. No a mí, a quien sea. Vas y la pides. ¿Entendido?

—Me has puesto cachondo y todo con tanta orden. ¿Puedo mantener relaciones sexuales? —le pregunta a la chica, pasando totalmente de mi advertencia.

Por Dios, Andrés.

—Puedes hacer lo que te dé la gana con tal de que no muevas el brazo. Así que hacedlo con precaución, por favor.

¿Hacedlo?

—No estamos juntos —se apresura a explicar él—. Fuimos novios una vez. Ahora ella tiene una relación seria, un perro y una casa con piscina y jardín. Yo tengo Tinder.

Pero ¿cómo puede ser tan trolas? Es que no se le mueve ni un pelo. Es un don.

—¿Estás enfadado conmigo, Andrés? —le suelto a quemarropa.

—Sí.

—Pues yo también.

—¿Contigo misma? Eso es una novedad.

—Estoy enfadada por lo mal que hicimos las cosas hace un año, por lo mal que lo hicimos los *dos* , pero no es el momento ni el lugar. Ya hablaremos tú y yo.

Andrés no dice nada y a mí me gustaría continuar y hacerle saber que también me muero por besarlo, tocarlo y curarle las heridas a base de amor, pero… La imposibilidad. La mierda de la imposibilidad.

—Listo. Todo tuyo, entrenadora —me dice ella, con énfasis en lo de «entrenadora».

—Gracias.

—Mantén el hombro inmovilizado durante diez días. Y después rehabilitación a tope, es mi recomendación.

—Genial, ¿puedo irme?

—Sí y no. Espera, que te ayudo a levantarte. —Lo incorporamos entre las dos—. Necesito hacerte una radiografía para ver que el yeso está bien puesto.

Lo ayudamos a que se vista y le ponemos el cabestrillo para que mantenga el brazo inmovilizado.

—No hace falta que me acompañes esta vez —me dice Andrés a mí antes de abandonar la sala.

Yo miro a la médico y suspiro.

—Por cierto —añade Andrés antes de irse del todo—, ¿dónde puedo conseguir un bocadillo de mayonesa?

—¿De mayonesa con qué? —le responde la chica.

—De mayonesa con pan. No preguntes.

—Supongo que podrán prepararte uno en la cafetería. ¿Es para ti?

—No, joder. Qué puto asco.

Y entonces se marcha de verdad. Ella me desea suerte y sale detrás de él.

«Suerte», dice.

Si solo fuera eso.

Prueba con una alineación de planetas. O mejor, prueba con que Venus transite por delante del Sol, una alineación perfecta entre el planeta, el Sol y la Tierra que solo sucede una vez cada cien años.

Soy consciente de que Andrés y yo la liamos a lo grande por no sentarnos a hablar. Por no leernos entre líneas. Por no leernos ni a nosotros mismos. Me daría cabezazos contra la pared. Cuando se quiere a alguien de verdad, no puedes permitirte perderlo con tanta facilidad.

Con un poco que hubiera hecho yo, lo habríamos arreglado.

Con un poco que hubiera hecho él, lo habríamos solucionado.

Con un poco que hubiéramos hecho los dos, las cosas habrían sido diferentes.

Pero no se puede cambiar el pasado. Y ahora ¿qué?

No lo sé. De momento sonrío con timidez en medio de esta mierda de día. Porque Andrés ha sido él. Cien por cien él. Con sus chorradas, sus frases y sus pedanterías. Y eso es lo más importante.

Todo va a salir bien.

7: «Quiero cogerte de la mano todos los días de mi vida»

AITANA

Tani :
Ven al hospital.
Tani :
Es Arturo.

BUM. BUM. BUM.

—¡Joder! ¿Es una broma? ¡Nueve años! ¿Nueve putos años? ¿¿Vosotros dos?? ¿Juntos? ¿Juntos juntos los nueve años? ¿Nueve putos años? ¿En serio? Tiene que ser una broma. Tiene que ser una puta broma. ¡Nueve años!

Otro que ha entrado en bucle. Y no entiendo cómo puede seguir hablando. Aún no ha recuperado del todo la respiración y tiene la cara tan roja que parece un globo de cumpleaños a punto de explotar.

Patrick le da un par de palmadas más, Chris lo mira con indiferencia (como si el asunto no fuera con él) y Arturo cierra los ojos. Le duele la cabeza mucho más de lo que nos ha dicho. Me acerco a la cama y me hago un hueco a su lado, recuesto medio cuerpo a la altura de su pecho y comienzo a masajearle las sienes con suavidad. Suele funcionarle. A Arturo no le gusta automedicarse (ni siquiera para calmar un dolor de cabeza) y Andrés y yo llevamos media vida turnándonos para ayudarlo cuando le molesta. Yo también cierro los ojos. Tengo el estómago revuelto y… ya no debería estar revuelto. Arturo está bien. Está vivo y lo estoy tocando. No se ha ahogado. No se ha ahogado. No se ha ahogado. Y todo parece estar bien. Su cerebro parece estar bien. Ha visto cetáceos en el cielo y ha recordado un viaje con Chris del año pasado.

Por favor, que su cerebro esté bien.

Por favor.

BUM. BUM. BUM.

Arturo me mira de pronto y frunce el ceño.

—¿Estás bien? —me pregunta en un susurro.

—Sí.

—El corazón te late muy fuerte. Lo escucho desde aquí.

«Yo también lo noto. Pero no sé cómo hacer para que pare».

—Estoy bien —le aseguro.

—¡¿Es que ninguno vais a decir nada?! —continúa Rafa.

Yo cruzo una mirada con Chris. No tiene pinta de querer abrir la boca. Porque lo he visto con mis propios ojos, si no, por su actitud, juraría que él no es uno de los implicados en esta historia.

Yo sí quiero decirle algo a él. Quiero decirle que venga aquí, a la cama con Arturo, porque lo está deseando. Quiero decirle que no esté triste, que mi hermano está bien y que ellos dos van a arreglar las cosas. Quiero decirle que el reencuentro que han vivido ha sido lo más bonito que he visto en mucho tiempo y que les ha salido así, espontáneo, hasta que de pronto Arturo se ha dado cuenta de que ya no estaban juntos y ambos se han alejado. No quiero que se alejen. Me gustan juntos. Parecen hechos el uno para el otro. Como los trampolines y las piscinas.

—¿Tú también vas a preguntarme si no había otro? ¿Y también crees que me he dejado ganar? —le pregunta Arturo a Rafa.

—Por supuesto que no te has dejado ganar. Jamás se me ocurriría. Además, conozco tu juego mejor que nadie y me habría dado cuenta. Pero, joder, es algo con lo que vamos a tener que lidiar si vuestra relación se hace pública y…

La puerta se abre de sopetón y Dami entra como un vendaval.

—¿Arturo? —Viene corriendo hacia la cama y lo abraza con cuidado—. Oh, Dios, Arturo.

—Estoy bien —le dice él, acariciándole la espalda—. Tranquilo, Dami, estoy bien.

Lo veo temblar desde aquí y nunca había visto a Dami temblar.

BUM. BUM. BUM.

—Pero ¿qué ha pasado? Te he dejado hace unas horas en el aparcamiento del CAR y estabas bien. Estabas perfectamente bien.

No deja de tocarlo por todas partes.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —le pregunto yo.

—Venía de camino cuando me has escrito. La noticia ha salido en el Senticar y ya está en todas partes. En todos los periódicos digitales.

—¿La prensa ya se ha enterado? —pregunta Rafa, alterado.

—Sí. Aunque no se sabe si es Arturo o Andrés.

—Si la prensa se ha hecho eco, es porque alguien del puerto ha dado el aviso. Era… gente mayor, sin redes sociales, pero… ¿Cuáles son las posibilidades de que en un grupo de veinte personas nadie reconozca a un gemelo Claramunt teniéndolo a menos de tres metros? Y si han reconocido también a Lacoste… Joder, esto puede ser un desastre de dimensiones épicas.

—¿Por qué? —pregunta Patrick—. Tú no te has dado cuenta de que pasaba algo entre ellos hasta que has visto la reacción de Chris al vídeo de Nicki.

—¿Qué vídeo? —pregunta Arturo.

Yo me encojo de hombros. No tengo ni idea. Chris, apoltronado en el sofá, solo mira fijamente a Rafa sin decir nada.

—Yo no me he dado cuenta porque todos mis sentidos estaban puestos en Arturo, pero, ahora, viéndolo en retrospectiva, creo que la imagen de Lacoste no daba lugar a dudas.

—¿Qué imagen de Chris? —insiste Arturo.

—Voy a ocuparme de eso —nos dice Rafa, ignorando las peticiones de mi hermano—. Arturo, ¿necesitas algo?

—Sí, respuestas.

—Esas pídeselas a tu novio —responde al mismo tiempo que se dirige a la puerta.

Nicki entra y choca con Rafa. Está exhausta, física y emocionalmente. No hay más que verla.

—¿Y Andrés? —le pregunta Rafa.

—Le están haciendo unas radiografías para ver que todo está bien.

—¿Le han escayolado la muñeca?

—Sí.

—¿Y el hombro?

—En su sitio.

—Gracias, Nicki. ¿Puedes acompañarme?

—¿A dónde?

—El accidente de Arturo ya está en las noticias. Alguien del puerto se ha ido de la lengua. Voy a ver si puedo controlarlo. Y tengo como mil llamadas del CAR. La mitad de Miguel y Juan Carlos. Necesito tu ayuda. Necesito tu ayuda en calidad de entrenadora del CAR. Yo solo no puedo con esto.

Nicki duda, quiere quedarse con nosotros…

—Por favor.

…, pero acaba aceptando.

—De acuerdo.

Se acerca a darle un beso a Arturo, le dice algo al oído y ambos se marchan sin más ceremonias.

BUM. BUM. BUM.



Media hora después, Arturo se ha quedado dormido con la cabeza medio recostada en el cuerpo de Dami, que no se mueve ni un ápice por miedo a despertarlo.

Chris sigue sentado en el sillón y no aparta la mirada de Dami y Arturo.

Yo estoy apoyada en una de las paredes, junto a la ventana, y Patrick está a mi lado, ambos con los brazos cruzados a la espalda. Hace un rato no nos tocábamos, pero nos hemos ido acercando paso a paso, mis deportivas cada vez más cerca de las suyas, de manera inconsciente, o nos ha ido acercando la gravedad, no sé (¿la gravedad también funciona con las personas, provocando que orbitemos entre nosotros como los planetas lo hacen con el Sol?), y ahora mi costado derecho y el suyo izquierdo se están tocando. Los brazos. Las caderas. Las piernas. No nos miramos, pero sí nos tocamos. Y siento la necesidad de apretarnos más. Siento la necesidad de él. Y no quiero separarme. Nuestras manos, en la pared, se encuentran a milímetros de distancia. Un solo movimiento y podríamos entrelazarlas, pero entre esos milímetros que nos separan hay un abismo enorme.

¿Él y yo también somos un trampolín y una piscina?

Me gustaría decirle a mi trampolín que el corazón está a punto de salírseme del pecho. Que estoy asustada porque no se detiene. ¿En verdad puede salirse del pecho? Nunca lo he sentido tan potente, ni siquiera cuando estoy a punto de saltar desde los diez metros. Me gustaría decirle que necesito que él lo toque y lo detenga. Me gustaría decirle que lo necesito. Que no tengo ni idea de lo que somos ni de lo que siento, pero que lo necesito.

BUM. BUM. BUM.

Y entonces entra Andrés. El impacto de verlo con cabestrillo me desestabiliza. Detrás de él vienen mis padres y los de Patrick, han debido de encontrarse en los pasillos.

—Pues ya estamos todos —exclama Andrés al vernos—. O casi todos.

Nicki. Le falta Nicki. La está buscando con la mirada, pero no la encuentra.

—Está con Rafa, controlando a la prensa —le digo yo.

—¿Quién?

—Ya sabes quién, Andrés.

Mi madre va directa a la cama de Arturo y se mete el puño en la boca para no llorar. Dami se aparta al instante y le deja hueco. Mi padre también se acerca. Está desolado, al borde del llanto. No lo apretuja entre sus brazos porque no quiere despertarlo. Su cara de alivio cuando ve que está entero y perfecto es visible para todos. Yo, por puro instinto, abandono el (casi) contacto con Patrick y me acerco a ellos. Me meto en medio y los abrazo con todas mis fuerzas. Mi madre rompe a llorar y a mí se me escapan más lágrimas.

—Todo va a ir bien, cariño —me dice mi madre sin dejar de apretarme—. Todo va a ir bien.

Yo solo asiento con la cabeza y aprieto los párpados con fuerza.

BUM. BUM. BUM.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta de pronto mi padre.

Abro los ojos. Chris. Le está hablando a Chris. El silencio se apropia del ambiente. Los padres de Patrick, que también se han acercado a la cama de Arturo, dirigen la vista a donde la tiene mi padre y se hacen conscientes de Chris; no lo habían visto. No hay agresividad en el tono de mi padre, solo curiosidad y una pizca de desconfianza.

—¿No querías conocer al novio de Arturo, papá? —responde Andrés con naturalidad—. Pues ahí lo tienes. Es un encanto. Y un partidazo. Obviad el juego de palabras, me sale solo. Rubio y de ojos azules. Y tenista, como a ti te gusta. De buena familia… ¿Qué más se puede pedir? ¿Nos lo quedamos? —Se acerca a Chris y le ofrece con el brazo bueno un bocadillo envuelto en unas servilletas y un café para llevar.

Chris se levanta del sofá, esquiva a Andrés y se acerca a la cama y le ofrece la mano a mi padre por encima del cuerpo de Arturo. El resto de nosotros nos hemos quedado petrificados.

—Señor —le dice a mi padre.

Oh.

Madre.

Mía.

Si yo esto lo hubiera vivido hace unos meses, quizá habría pensado que la seguridad que irradia Chris y la firmeza con la que ha extendido el brazo es digna de admiración. Pero ahora lo conozco lo suficiente como para darme cuenta de que detrás de ese gesto de seguridad y confianza en sí mismo solo hay un chico asustado al que acaban de presentarlo ante el padre de la persona más importante de su vida.

Yo le aprieto la cintura a papá, para que reaccione, y él le devuelve el apretón, indeciso. No sé si porque lo ha pillado por sorpresa y la educación se ha encargado del asunto, porque yo lo he incitado o porque de verdad quiere darle la mano al novio de su hijo. Me inclino por una mezcla entre lo primero y lo segundo.

—Pero… pero… —tartamudea sin acabar de arrancar. Está a punto de pasarse la mano por el pelo, como si lo viera, es lo que hace cuando se pone nervioso o algo no le cuadra.

Patrick padre se ha quedado sin habla por primera vez en su vida y mi madre y Aurora observan a Chris sin pestañear. Y entonces mi padre se lleva la mano al pelo. Estaba claro.

—¿Esto es en serio? —pregunta, sin haberse recuperado del impacto.

—Sí —responde Andrés—. Y atendiendo a las preguntas que estoy seguro vais a hacer: no, no había otro. Llevan nueve años juntos, desde su primer partido de Wimbledon Junior, y no se han dejado ganar. Nunca. O eso dicen ellos… Y Lacoste es el chico de los panes de ajo a domicilio, pero no seré yo el que os diga «os lo dije». Aunque os lo dije. Os dije que estaban superliados. Bueno, papá, al menos alégrate de que solo fuera un apodo. La salud de tu hijo está

en buenas manos, Chris come superbién. Obvia también este bocadillo de mayonesa. Creo que no me dejo nada. Ah, bueno, Arturo se habría ahogado hoy si no hubiera sido por él. Dadle las gracias. —Y entonces se acerca de nuevo a Chris y le ofrece el café—. Tómate al menos esto. Qué silencio más incómodo, ¿no? —Le da un mordisco al bocadillo y pone cara de asco, pero no deja de comer.

—Pero… —Patrick padre intenta decir algo. No lo consigue.

Andrés se acerca a él y le da una palmada en el hombro con la mano que sujeta el bocadillo.

—¿A que tú te alegras de que no sea el de los panes de ajo a domicilio? Lo sabré yo.

—Pero tú eres Christopher Lacoste —insiste mi padre, aún no lo ha asimilado.

—Sí, señor.

—Mi hijo ha perdido más de diez Grand Slam contra ti.

—Sí, señor.

—Ni siquiera os caéis bien.

—Señor, a mí su hijo me cae de maravilla y me atrevo a decirle que yo a él también.

—¿Nueve años? ¿En serio?

—Sí, señor.

—¿Cómo coño os habéis ocultado del mundo durante tanto tiempo?

—Robert… —le advierte mi madre. Mi padre solo dice palabrotas cuando está a punto de perder el control.

—Con mucho cuidado, señor.

—Dios —mi padre vuelve a pasarse las manos por el pelo—, no puedo enfrentarme a esto ahora mismo. No puedo. Ya hablaremos tú, mi hijo y yo largo y tendido.

—Sí, señor.

—Ahora necesito saber qué ha pasado hoy. ¿Alguien puede explicármelo, por favor? —nos pregunta mi padre a todos. Nadie dice nada—. Andrés. Habla.

—No puedo, tengo la boca llena —responde sin dejar de masticar.

—Esta mañana he recibido una llamada en la que me informaban de que tú te habías caído de la moto de tu hermano —continúa mi padre, ignorándolo— y cuando estoy de camino me entero de que Arturo…, de que Arturo…

BUM. BUM. BUM.

Mi padre no puede ni hablar y el padre de Patrick toma la palabra.

—Chicos, solo queremos saber qué ha pasado.

—Papá —Andrés cambia el semblante, aprieta la mandíbula y se convierte en el niño asustado y culpable que es una vez cada diez años—, creo que ha sido culpa mía.

—¿Culpa tuya?

—Sí, yo…

—No, no ha sido culpa suya —lo interrumpe Chris—. Arturo cogió la moto después de que él tuviera el accidente y no la revisó. Yo tampoco le dije que lo hiciera. Dimos por hecho que no había ningún problema, pero sí lo había. Un escape en el líquido de frenos y… no pudo frenar.

—Oh, Dios —exclama mi madre sin poder evitarlo.

—No ha sido culpa de nadie —añade Chris.

—Pero Arturo lleva desde los dieciséis años conduciendo motos —le dice Patrick padre a Chris, sin acritud, solo en un intento de entender lo que ha sucedido— y nunca ha tenido el mínimo percance. Es la persona más responsable del mundo. No lo entiendo. —Niega con la cabeza—. No entiendo que no la revisara.

—Estaba nervioso, estábamos disc…

—Estaba nervioso por mi accidente —acaba Andrés por Chris.

BUM. BUM. BUM.

—¿Por qué tengo la sensación de que os estáis intentando quitar la culpa el uno del otro? —pregunta mi padre.

—Porque todos estamos nerviosos —responde Patrick—. Han pasado muchas cosas y cada uno de nosotros tenemos la sensación de que si hubiéramos actuado de otra manera no habría pasado nada, pero ha pasado y lo importante es que Arturo está bien. Andrés no tiene la culpa de haberse caído de la moto y Chris no tiene la culpa de que Arturo no la revisara. Ha ocurrido. Punto. Vamos a dejar de culparnos, ¿de acuerdo?

—¿Por qué sigo teniendo la sensación de que os estáis cubriendo? —repite mi padre.

Porque se están cubriendo. Chris, Andrés y Patrick unidos por primera vez en la vida. Chris se siente culpable, pero no cree que Andrés lo sea y quiere quitárselo de la cabeza. Andrés se siente culpable, pero no cree que Chris lo sea y quiere quitárselo de la cabeza. Patrick no quiere culpables, ni en un lado ni en otro. Aunque ya no existen lados. Y ahora que los observo bien me doy cuenta de que Chris lleva la ropa de Andrés, pero la sudadera de Patrick. Andrés sigue con la sudadera de Chris y Patrick está en manga corta. Ninguno lleva la ropa que le corresponde. ¿Qué ha pasado entre ellos?

La puerta se abre una vez más. Es el médico de Arturo.

—Señor Claramunt, por favor, no pueden estar tantas personas aquí, no es un capricho. Es por la salud de su hijo.

—Sí, lo siento, nosot…

—Andrés —lo llama Chris—. ¿Vamos fuera?

Mi hermano asiente con la cabeza y sale detrás de él, pero retrocede en el último momento.

—Arturo ha dicho que solo le dolía un poco la cabeza y la garganta —le explica al médico—, pero es mentira. Le duele mucho. Todo lo que te diga multiplícalo por diez.

—Lo tendré en cuenta —le responde el médico con una pequeña sonrisa.

Entonces Andrés sí se va. Y Patrick los sigue. Y Dami. Y el resto mira hacia la puerta como si acabaran de ver a un extraterrestre. O a dos. Primero por la familiaridad con la que Chris ha tratado a mi hermano, hace seis meses se revolcaban en el suelo de Wimbledon entre patadas y puñetazos, y segundo por la naturalidad con que el otro ha aceptado y lo ha seguido, sin replicar. Y Andrés todo lo replica, absolutamente todo. Todo y a todos, aunque solo sea por el placer de llevar la contraria.

—Nosotros salimos también —dice la madre de Patrick—. Rafa nos ha llamado para avisarnos de que está tratando con la prensa. Vamos a ayudarlo y a preparar el comunicado oficial. ¿Os traemos algo? —Se acerca a mi madre y le da un apretón.

—No, gracias, Aurora.

—Estamos aquí para lo que necesitéis. Vamos a reservar también un par de habitaciones en el hotel más cercano. Cualquier cosa, me llamas.

Mi madre asiente con la cabeza, me suelta y se mueve por la habitación, rodea la cama de Arturo, que sigue dormido, acerca el sillón, ahora vacío, coge la mano de mi hermano y se sienta. Dudo que alguien consiga separarla de su lado en las próximas horas.

BUM. BUM. BUM.

—¿Tenemos ya los resultados de las pruebas? —le pregunta mi padre al médico. Se tratan con tanta familiaridad que entiendo que han hablado antes de venir a la habitación de Arturo.

—Sí, a eso venía. Todo parece estar bien…

—Oh, gracias a Dios —exclama mi madre, expulsando el aire que llevaba rato conteniendo.

—…, Arturo ha sufrido una parada cardiorrespiratoria por ahogamiento. Su corazón ha dejado de mandar sangre con oxígeno al organismo. Y sin aporte de oxígeno el cerebro muere en cinco o diez minutos. Las paradas se vuelven irreversibles cuando nadie las presencia o cuando, incluso presenciándolas, no pueden o no saben actuar para intentar revertirla. Afortunadamente, no ha sido el caso de Arturo. Lo han sacado rápido del agua y han realizado las maniobras de RCP de una manera impecable, y eso, sin duda, no solo le ha salvado la vida, sino también de posibles lesiones cerebrales. Si hubiera pasado más tiempo en parada, sus neuronas podrían haber sufrido un daño irreparable. De todas formas, vamos a mantenerlo cuarenta y ocho horas en observación, para asegurarnos.

—Sí, por supuesto —responde mi padre con la voz acongojada—, el tiempo que haga falta.

—Y solo uno de ustedes puede quedarse a dormir con él. Necesita descansar.

—De acuerdo.

—Bien. Cualquier cosa, no duden en ponerse en contacto conmigo. Cuando Arturo se despierte, quiero hablar con él. No se preocupen, serán preguntas protocolarias.

El médico se va y yo me quedo a solas con mis padres.

—Ven aquí —me dice mi madre.

Me acerco a ella y me hace hueco en el sofá. Me abraza y yo escondo la cabeza en su costado. «Oh, mamá. Necesito contarte tantas cosas. Necesito contarte que me pasó una cosa horrible hace siete años. Y que yo tuve la culpa de la paliza que le dieron a Andrés. Él solo velaba por mí. Necesito contarte que he conocido a un chico y que no sé lo que siento por él. Hemos discutido y no tengo ni idea de lo que va a pasar a partir de ahora. Ese chico se llama Patrick. Tú lo conoces desde que nació y lo quieres como a un hijo. Necesito que hagas que deje de palpitarme el corazón como si fuera a salírseme del pecho y necesito decirte que si a Arturo o a Andrés les pasa algo yo me muero. Pero, sobre todo, necesito que me abraces, mamá. Necesito que me abraces con mucha fuerza».

—Ha sido Chris el que ha sacado a Arturo del agua y ha realizado las maniobras de RCP —le digo en su lugar—. Él le ha salvado la vida.

Mi padre y mi madre se miran y hablan entre ellos sin necesidad de abrir la boca.

—¿Mamá?

Levanto la vista. Arturo se ha despertado.

—Hola, mi vida —le dice ella.

Sonrío, pero las ganas de vomitar siguen conmigo. Y el corazón no deja de retumbarme en el pecho. «Para ya, por favor».

BUM. BUM. BUM.

—Hijo. —Mi padre se acerca a la cama y lo besa en la frente—. ¿Cómo estás?

—Bien —responde y escanea la habitación—. ¿Dónde está todo el mundo?

—Si preguntas por tu novio…

—Papá…

—Hijo, de verdad, ¿no había otro? —le dice con una sonrisa, en un intento de sacarle otra a él. No lo consigue.

—Lo hemos dejado. Así que ya no importa.

—¿Por qué? —le pregunta mamá—. ¿Qué ha pasado?

—Diferencias irreconciliables.

—¿Diferencias irreconciliables después de nueve años?

—Sí.

—Háblame de esas diferencias irreconciliables, cariño.

—Mamá…

—¿Qué? Quiero saberlo. Quiero saber cómo os conocisteis.

—Se conocieron en Les Petits As, mujer…

—Eso ya lo sé, pero quiero saber cómo surgió la chispa —continúa mamá, ignorando a papá —. Quiero saber lo que habéis estado haciendo todo este tiempo.

—Menos la parte del sexo… —aclaro yo.

Papá deja salir un grito ahogado.

—Aitana, por Dios —responde mi hermano al mismo tiempo que se le suben los colores y se tapa la cara con el brazo. Mi hermano sonrojándose es bastante adorable.

—Sí —admite mamá—, eso te lo puedes guardar.

Pero sonreímos los cuatro. Sonreímos de verdad. Y por primera vez nos olvidamos de que estamos en un hospital y del motivo por el que hemos llegado aquí. Ahora solo somos una familia cualquiera en la que un hijo le habla a su madre en presencia de su hermana y su padre sobre el chico del que está enamorado.

—Todo comenzó en Wimbledon…

Y entonces mi hermano nos relata su gran historia de amor con Christopher Lacoste mientras mi madre lo ayuda a beber agua de vez en cuando. Yo me recuesto en el sofá y lo escucho con atención.

BUM. BUM. BUM.

8: «No hay nadie a tu alrededor y estás a punto de saltar a una piscina. No ves el fondo. No sabes si está llena o vacía. Pero ellos están dentro y podrían sujetarte. O no. Porque también podrían dejarte morir. ¿Qué harías, Andrés? ¿Saltarías?»

CHRIS

—¿Qué ocurre? —me pregunta Andrés en cuanto salimos.

Ocurre que tengo miedo.

Ocurre que estoy acojonado.

Ocurre que te necesito, joder. Te necesito para que me ayudes a cuidar de Arturo. Y necesitarte a ti, Andrés, justo a ti, es una puta mierda. Pero confío en ti. Más que en nadie.

Me recuesto en la pared junto a la puerta de la habitación, no me siento capaz de alejarme a más de cinco metros de Arturo. ¿Y si él me necesita y no estoy? ¿Y si me llama? Que yo no responda no es una posibilidad.

Cojo aire, a veces tengo la sensación de que sigo debajo del agua y me cuesta respirar, pero antes de que pueda abrir la boca los padres de Patrick se unen a nosotros. Su madre se acerca a él, le da un abrazo y le frota los brazos desnudos. Su padre le da otro abrazo.

—Hijo, ¿no tienes frío? —le pregunta su madre.

—Estoy bien.

—Vale, pero ponte algo por encima. —Le da un beso en la mejilla y se dirige a su marido—. ¿Vamos, Patrick?

—Sí, espera un momento. —El hombre se acerca a Andrés—. Nada de tonterías, Andrés. No muevas ese brazo, no hagas movimientos bruscos ni andes de aquí para allá sin necesidad. Descansa y aliméntate bien. Y si necesitas algo me llamas. ¿Entendido?

—Sí, papá —responde el otro con sorna.

Patrick padre nos mira a todos por última vez, mueve la cabeza, como para despertarse de un sueño, pero al ver que seguimos en el mismo lugar se da media vuelta y se marcha. Aurora le da un beso a Andrés antes de unirse a su marido. Y en cuanto los perdemos de vista, Andrés se coloca frente a mí con el brazo sano en jarras. Mentiría si dijera que me es indiferente verlo con el brazo en cabestrillo. Y mentiría si dijera que toda esta gente me la suda. Son la familia de Arturo.

—¿Qué ocurre? —me repite Andrés.

—¿Qué coño os pasa con hablarle a Arturo sobre el accidente con pelos y señales? —ataco yo sin poder evitarlo—. No hay necesidad. Se ha dado una hostia con la moto. Punto. Él no lo recuerda y es mejor que sea así. No le metáis en la cabeza imágenes que ha olvidado. Le vais a crear un puto trauma, joder.

—Solo intentábam…

—Pues dejad de intentarlo.

—Pero tiene que saber que le has salvado la vida.

—No, no tiene que saberlo.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿No quieres que te vea como un héroe?

—¿Tú te habrías lanzado a por él? —le pregunto a Andrés. Él no dice nada en un primer momento, solo me mira a los ojos sin apenas pestañear—. Vamos, contéstame.

—Sí. Sin pensarlo.

—¿Y crees que eres un héroe?

—No. —Niega con la cabeza y aprieta la mandíbula—. Nada más lejos de la realidad.

—Bien. Pues asunto zanjado. Y ahora necesito hablar contigo de algo importante.

—¿No era esto lo que querías decirme? —me pregunta con el ceño fruncido.

—No. Esto solo era una puntualización. Necesito contarte algo.

—Murnuais, lárgate —dice al momento, sin mirarlo—. Parece que tenemos una charla familiar entre manos y tú no estás invitado.

—Que te jodan, Andrés —escupe el otro—. No pienso moverme de aquí.

Andrés solo eleva los ojos al cielo.

—¿Confías en ellos? —le pregunto a Andrés, señalando a Patrick y Murnuais, uno a cada lado de él.

—¿En qué sentido?

—No hay nadie a tu alrededor y estás a punto de saltar a una piscina. No ves el fondo. No sabes si está llena o vacía. Pero ellos están dentro y podrían sujetarte. O no. Porque también podrían dejarte morir. ¿Qué harías, Andrés? ¿Saltarías?

—Al lado de Patrick sin pensarlo —responde al instante—. Al de Murnuais, ni de coña.

—QUE TE JODAN, ANDRÉS —repite Murnuais más alto y fuerte.

Andrés lo mira impertérrito.

—¿Me cogerías? —le pregunta.

—Por supuesto que te cogería, imbécil. ¿Por quién me tomas?

—¿En serio me salvarías la vida?

—Eres un gilipollas y siempre vas a ser un gilipollas.

Andrés vuelve a elevar los ojos al cielo. Después me mira. Y yo lo miro. Nadie dice nada.

—Entonces, ¿qué? —insisto—. ¿Confías en ellos? Yo no lo hago, pero sí confío en ti y necesito que me asegures que lo que tengo que contarte puedo hacerlo aquí y ahora.

Tanto Patrick como Murnuais arrugan la frente. Andrés continúa mirándome sin pestañear. Es admirable el control férreo que tiene sobre sus emociones cuando se lo propone. El problema es que no siempre se lo propone.

—Murnuais no es santo de mi devoción —dice por fin—, pero Arturo confía en él, así que yo confío en él. ¿Qué pasa, Lacoste?

—¿Quién es tu mayor enemigo?

—Tú.

—¿Y después?

—¿En una pista de tenis?

—No. Eso lo tengo cubierto. Me refiero fuera del deporte. Me refiero a reyertas personales.

—No lo sé. —Andrés le dirige una mirada a Patrick, pidiéndole ayuda, pero este se encoge de hombros—. ¿Por qué?

—Necesito que me prometas algo.

—¿El qué?

—Que no vas a volverte loco. Prométeme que diga lo que diga no vas a volverte loco o te ato, Claramunt. —Lo señalo con el dedo—. Te juro que te ato y te pongo una mordaza. Estamos a una pared de distancia de Arturo y no voy a consentir que lo alteres con tus gritos de mierda. Es lo último que necesita.

—Si tan seguro estás de que voy a gritar, vámonos a otra parte.

—No quiero alejarme de él. Por si me necesita.

Odio la vulnerabilidad en mi voz. La he oído hasta yo, joder.

—Está bien —acepta Andrés—, te prometo que lo intentaré. Y habla ya. Me estás poniendo de los nervios. ¿Qué pasa?

Cojo aire.

—Acabo de mentirle a tu padre a la puta cara —río sin ganas—. Es la primera vez que hablo con él en toda mi vida y le he mentido a la puta cara. Y a ti también.

—¿Cuándo?

—Cuando os he dicho que Arturo no revisó la moto. Porque sí la revisó. Tu padre tiene razón —le digo a Patrick—, Arturo es demasiado obsesivo compulsivo como para no hacerlo. Jamás se le pasaría algo así. La miró de arriba abajo antes de montar.

—¿Y por qué nos has dicho que no?

—Porque él no lo recuerda y yo no quiero que lo haga.

—¿Por qué?

—¿Lacoste? —me pregunta Damián con el ceño más fruncido que nunca—. ¿Qué pasa?

—La moto no perdía líquido de frenos. Lo habríamos visto y en todo caso el chivato nos lo habría dicho. Pero no había ningún aviso de nada. La moto estaba en perfecto estado, al menos, en apariencia.

—¿Y entonces?

Cierro los ojos y recreo el momento en mi memoria. Recuerdo que toqué el claxon repetidas veces, en un intento de llamar su atención. Recuerdo que aceleré, que me comí el carril contrario y me coloqué a su lado. Recuerdo que me palpitaba el corazón dentro del pecho como un puto poseso. Íbamos a más de cien kilómetros por hora. Recuerdo que bajé la ventanilla del copiloto y que le grité: «¡Disminuye la puta velocidad! ¡Vas a matarte!». Y recuerdo la cara de terror con la que él me miró cuando lo intentó y no pudo. Y el pánico en su voz cuando me gritó de vuelta: «¡No frena!». Entonces él lo supo. Supo que todo iba a acabar mal. Y yo lo supe también. Lo único bueno de esta mierda es que él jamás va a recordar esos momentos de angustia antes de estrellarse. «Por favor, que no lo recuerde nunca».

—Creo que no fue un accidente.

—¿Cómo que no fue un accidente? —me pregunta Patrick—. ¿Qué quieres decir?

—La moto no frenó porque… Creo que alguien ha intentado hacerle daño a Arturo a propósito.

Ahí es cuando Andrés se vuelve loco. Se le encienden dos llamas en los ojos, me agarra de la

camiseta con la mano sana, la encierra en el puño, me empuja contra la pared y acerca su rostro al mío.

—¡¿Qué coño estás diciendo?!

—Suéltame —le advierto, sin alterarme un ápice—. Y no grites. Si vuelves a gritar, te tapo la puta boca. Tu hermano está al otro lado de la pared y no puede enterarse de nada de esto.

Afloja el agarre, pero no se aleja de mí. Entiendo su reacción, Andrés es visceral y no lleva horas digiriendo la posibilidad como yo, pero me importa una mierda. Que se controle.

—¿Crees que han intentado… —traga saliva— matar a Arturo?

—Creo que han querido darle un susto. Pero casi lo matan en el intento.

—Esto es una locura —susurra Damián—. No puede ser.

—¿Estás seguro? —me pregunta Andrés, temblando. Suplicándome en silencio que esté equivocado.

—No —acepto.

—¿No? —repite Patrick—. ¡Joder, Chris! No se dice algo así sin estar seguro.

—¡Es una posible explicación! —susurro con agitación al mismo tiempo que me libero del todo del agarre de Andrés—. Y no pienso ignorarla si hay una mínima posibilidad de que sea cierta porque entonces significa que hay alguien ahí fuera que tiene a Arturo en su punto de mira.

—Pero ¿quién querría hacerle daño a Arturo? No tiene sentido.

—¿Dónde está la moto? —pregunta Andrés de pronto.

—En el agua, supongo —responde Patrick.

—Llevamos horas en el hospital, los *mossos* ya la habrán encontrado. ¿Qué van a hacer con ella?

—No lo s…

—Averígualo. Esa moto es la única prueba que tenemos. Necesito que te hagas cargo de esa moto, Patrick. Necesito que la encuentres y que te asegures de que nadie la toca sin que tú la veas primero. No confío en nadie, absolutamente en nadie. Si esto es verdad y alguien ha intentado hacer daño a mi hermano…

—Voy a llamar a Julián.

—¿Qué parte de «no confío en nadie» no entiendes?

—La parte en la que tú confías en mí. No quiero moverme del hospital y alguien tiene que ir a por esa moto. Julián es el hombre perfecto. Yo confío en él. Yo me lanzaría a una piscina vacía si él me estuviera esperando abajo. Confiad en mí —nos suplica—. Por favor.

Yo solo miro a Andrés. Que decida él.

—Está bien —acepta.

—Voy a llamarlo ya. —Patrick coge el teléfono y marca un número de memoria—. Julián. Sí. Sí, está bien. No. Juls. Juls. ¡Escúchame! Necesito que averigües dónde se encuentra la moto de Arturo y necesito que te encargues de ella. Creemos que alguien la ha manipulado y que por eso Arturo ha tenido el accidente. No lo sabemos. No. No sé, nec… Necesito que la encuentres y la guardes. Y la necesito virgen, Julián. Tal y como la condujo Arturo justo antes de estrellarse. Si alguien la toca y elimina las pruebas, a la mierda todo. Sí. Es una Honda Goldwing. Por si acaso. Está bien. Sí. Gracias. —Cuelga—. Hecho. Me va a llamar en cuanto la tenga.

—Bien —dice Andrés—. Ahora necesitamos hacer una lista de sospechosos.

—¿Y si hubiera sido él? —pregunta Murnuais.

—¿Él, quién?

—Lacoste.

A este tío en cualquier momento le pego dos hostias y a tomar por culo todo.

—Él no ha sido —afirma Andrés sin atisbo de duda.

—¿Por qué no? ¿Por qué confías ciegamente en él?

—Porque sí. No es mi persona favorita del mundo, de hecho, es la segunda menos favorita, la primera eres tú —le aclara, por si tenía alguna duda—, pero él no ha sido.

—Claro que no ha sido —lo secunda Patrick—. ¿Podemos centrarnos en buscar sospechosos de verdad?

—Yo tengo un nombre —confieso.

—Y yo otro —añade Andrés. Los tres lo miramos con sorpresa—, pero empieza tú.

—Mi entrenador de tenis.

—¿Stefan?

—No. Mi *exentrenador* de tenis.

—¿Ivanisevic?

—Sí.

—¿Y por qué tu exentrenador de tenis querría hacerle daño a mi hermano?

—Porque él y yo nos acostamos juntos.

—¿Te follabas a tu entrenador?

—Sí.

Entonces Andrés hace cuentas. Porque Andrés no es gilipollas.

—¿Cuándo? —me pregunta con suspicacia—. Porque llevas toda la vida con mi hermano. ¿Estabas con los dos a la vez?

—No. Nunca he estado con los dos a la vez.

—Pero, entonces…, ¿cuántos años tenías?

—Trece.

—Joder. —Andrés se lleva la mano sana a la cabeza y me mira con los ojos desorbitados.

—¿Trece años? —exclama Patrick horrorizado—. ¿Cuántos tenía él?

—Veintitantos.

—Joder…

—Arturo se enteró —susurra Andrés.

—Sí.

—¿Cuándo? ¿En qué año?

—¿Qué importa?

—A mí me importa. ¿Fue antes o después de que entráramos en el CAR?

—Después —respondemos Damián y yo al unísono. Lo miro con los ojos entrecerrados. Claro, por supuesto que él lo sabe.

—¿Tú sabías todo esto? —le pregunta Andrés.

—Yo estaba con Arturo el día que se enteró. Lo acompañé a una sesión fotográfica y…

—¿Qué hizo Arturo cuando lo descubrió? —me pregunta Andrés, pasando de Murnuais—. Se volvería loco. Joder, se volvería loco.

Sí, se volvió loco. Y sé que Andrés conoce a Arturo mejor que nadie, sé que por eso intuye cuál fue la reacción de su hermano, pero, aun así, aquí hay algo más. Algo que Andrés no nos está diciendo.

—Darle de hostias —respondo—. Nunca lo había visto así. Quería matarlo. Entre mi padre y yo conseguimos separarlos y…

—¿Tu padre estaba presente?

—Sí.

—¿Tu padre sabe que Arturo y tú estáis juntos?

—Sí. Desde hace años.

—¿Y qué pasó después?

—Que mi padre despidió a Ivanisevic.

—Lo recuerdo —susurra Andrés, haciendo memoria—. Recuerdo el comunicado de prensa. Fue en diciembre, justo antes del Abierto de Australia.

—Sí.

—Arturo llegó a casa de esa sesión fotográfica con la mano jodida y el ánimo por los suelos. Fue la noche que tú dormiste en su habitación. La noche que tuve que cubriros.

—Sí.

—Así que fue por eso… —piensa Andrés en voz alta—. Por eso Arturo estaba hecho una mierda.

—Ivanisevic amenazó a Arturo —les explico—. Le dijo que se anduviera con ojo. Y por eso él es mi primer sospechoso.

—Pero han pasado años —dice Patrick—. Lo habrá olvidado. Damián tiene razón, todo esto es una locura.

—Para la venganza no existen años —le rebate Andrés.

—Yo me ocupo de Ivanisevic —les digo yo, zanjando el tema—. ¿Quién es tu sospechoso?

Andrés mira a Patrick. Y duda. ¿Qué pasa aquí?

—¿Andrés?

—Hay un chico… —comienza él.

—¿Qué chico?

—Tuvimos una pelea con él.

—¿Tuvimos? ¿Quiénes tuvisteis?

—Arturo y yo. Bueno, o solo yo.

—¿Arturo y tú o solo tú? Decídete, Claramunt.

—En realidad, yo. Pero a él le habría dado lo mismo. Creo que ni siquiera fue consciente de que era yo. Éramos uno de nosotros dos, un gemelo Claramunt, y con eso bastaba. Y por eso es un sospechoso.

—¿Cuándo sucedió eso? —pregunta Murnuais con la frente arrugada.

—¿Qué pelea? —pregunta Patrick al unísono.

—Sucedió hace siete años.

—¿Siete años? —murmura en alto Murnuais, más para sí mismo que para nosotros—. ¿Qué pasó hace siete años?

—¿Siete, Andrés? —añade Patrick—. Ni «seis», ni «ocho», ni «cinco», ni «diez». «Siete». Eso es mucho recordar. Y tú solo recuerdas con esa precisión las cosas importantes. ¿Qué pelea fue esa? ¿Por qué ocurrió?

—¿Fue una pelea importante? —indaga Murnuais. La sorpresa es evidente en su voz y en sus expresiones. No había oído hablar de ello y eso me confunde más a mí, porque ¿cuál fue el motivo que llevó a Arturo a no decírselo a su mejor amigo cuando se lo cuenta todo? Y tampoco me lo dijo a mí—. Me refiero, ¿importante como para que el chico quiera llegar a Arturo de nuevo?

—Sí, fue una pelea importante.

—¿Qué pelea es esa, Andrés? ¡Contéstame, joder! —grita Patrick—. ¿Por qué coño yo no me he enterado de esto antes?

—Tú no te enteras de todo.

—Claro que me entero de todo. He vivido en primera línea cada movida que habéis tenido

Arturo o tú, que en el caso de Arturo es ninguna y en el tuyo son doscientas. Y conozco cada una de ellas. Al dedillo. ¿Por qué nunca había oído hablar de esta pelea?

—Porque no era asunto tuyo.

—Pero ¿qué coño me estás contando, Andrés? Espera —Patrick parece recordar—. Hace siete años tú estuviste en el hospital. Saliste solo de fiesta, le tocaste los huevos al tipo equivocado y te dieron una paliza él y sus amigos. Te destrozaron.

Sí, joder. Lo recuerdo. Arturo me llamó un día por teléfono y cuando respondí él solo rompió a llorar. Estuvo llorando durante más de media hora, sin consuelo, sin decirme nada, solo llorando, hasta que por fin pudo hablar y me dijo que a Andrés le habían dado una paliza. Recuerdo la impotencia que sentí al no poder abrazarlo y recuerdo que le pregunté sobre ello, pero fue muy vago al respecto. Supuse que no quería hablar porque le hacía daño decirlo en voz alta. Ahora ya no estoy tan seguro de que fuera eso.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con Arturo? —pregunta Murnuais—. Fue algo anónimo. Una paliza a un borracho subnormal en un bar. Ni siquiera presentaste cargos. No recordabas quién te había pegado.

—A lo mejor eso es mentira. Y a lo mejor solo fue uno el que me pegó. A lo mejor Arturo y yo fuimos a por él y ahora él viene a por nosotros.

—¿Por qué mentirías?

—Porque… —Andrés duda. Y Andrés nunca duda. En serio, ¿qué coño está pasando aquí?

—¡¿Por qué, Andrés?!

—Porque estaba protegiendo a alguien.

—¿A quién?

—A alguien.

—Andrés —le digo yo—, nos estás dando muy pocos datos. Necesito un nombre. Dame un nombre.

Silencio.

Silencio. Silencio. Silencio. Silencio.

—Ernesto Nomdedeu —nos dice por fin.

No me suena de nada. Jamás he oído ese nombre de la boca de Arturo.

—¿El chico aquel con el que salía Tani?

—Vaya, Patrick, qué memorión.

—¿Le hizo daño a Tani? —pregunta Murnuais de pronto.

¿Qué? No. No puede ser. Si alguien le hubiera hecho algo a Tani, Arturo me lo habría dicho. Aunque…

«Y Tani ha vuelto a brillar».

«¿Ha vuelto a brillar? ¿Dejó de brillar en algún momento?».

«Sí».

Oh, joder.

—Andrés —repite Patrick más asustado que nunca en la vida—, ¿le hizo algo a Tani?

—Oh, Dios —exclama Murnuais—. Oh, Dios. Por eso Arturo se volvió loco cuando se enteró de lo de Lacoste. Porque ya lo había vivido.

A mí se me detiene el corazón de nuevo y se me pone el vello de la nuca de punta. No puede ser. Dios, no puede ser. Tani… Dios, Tani.

—¿Abusó de ella? —insiste Murnuais al ver que Andrés no responde. Solo mira a Patrick con dolor.

—No, eso es imposible. —Patrick niega con la cabeza al mismo tiempo que camina hacia

atrás. Hasta que choca con la pared y se recuesta en ella—. Eso es imposible.

Pero entonces su cabeza comienza a funcionar a toda velocidad y de alguna manera ata cabos. No sé qué putos cabos son esos, pero él sí. Se separa de la pared y va corriendo hacia la puerta de la habitación de Arturo. No me da tiempo a detenerlo. Entra y…

—Aitana —escuchamos desde fuera, la contención visible en su voz—. ¿Puedo hablar contigo un momento, por favor? Sí. Fuera. Ahora.

Unos segundos después Patrick y Aitana salen de la habitación. Patrick ni siquiera se molesta en esperarla o en explicarle nada. Solo camina hacia la salida con la seguridad de que ella va a seguirlo. Tani cierra la puerta y nos mira al pasar, sin entender lo que sucede. Los dos desaparecen por el pasillo y Andrés está a punto de salir detrás de ellos.

—No vayas —le pido—. Tienen que arreglarlo ellos. Ahora son una pareja. No te metas en medio.

Lo acepta y…

—¡Tú eres subnormal! —le grita entonces a Murnuais. Después lo empotra en la pared.

—¡Y yo qué coño sabía! —se defiende él—. Pero ¿cómo…? ¿Cómo nos habéis ocultado algo así?

—¡Porque no era de tu incumbencia! Y ahora Patrick lo sabe gracias a tu puta bocaza.

—¡Iba a enterarse de todas formas! ¡Que llegara a la misma conclusión que yo era cuestión de segundos! ¡¡Segundos!!

—Suéltalo, Andrés —le digo yo acercándome a él y apretándole el hombro bueno.

—¡Joder! —grita preso de la frustración, pero me obedece.

—Esta mierda iba a saltar por los aires desde el instante en que decidiste que era un sospechoso —insiste Murnuais.

—Aitana no va a perdonármelo en la vida —susurra.

Claro, Aitana les prohibió contarlo. Por eso Arturo fue tan vago al respecto en aquella llamada. Porque me estaba mintiendo. Y no quería mentirme.

Dios, Aitana…

La puerta de la habitación se abre de pronto, sobresaltándonos a todos.

—¿Qué pasa aquí? —nos pregunta Robert, enfadado—. Se os oye desde dentro.

—¿Arturo? —pregunta Andrés.

—¿Arturo? ¿Ahora te acuerdas de Arturo?

—¿Está despierto?

—Sí.

—¿Ha escuchado algo?

—No, solo vuestros gritos. ¿Qué está pasando?

—Nada. Damián ha dicho algo que no debería y yo me he alterado. Lo siento.

Robert mira a Damián y este levanta la barbilla.

—No hagáis ruido, ¿de acuerdo?

Niega con la cabeza y vuelve dentro. Cierra la puerta tras él. Yo suspiro y me rindo por hoy. No puedo más.

—Yo, si Arturo está despierto, entro ya —les digo a ambos justo antes de dirigirme a la puerta—. Ya seguiremos. Porque puede que ellos dos sean los principales sospechosos, pero aquí no se libra ni Dios. Por lo que a mí respecta, cualquiera puede ser culpable. Cualquiera del CAR y fuera de él.

Abro la puerta y la cierro con cuidado. Me interno en la habitación y Arturo me mira desde la cama.

—Hola —digo yo.

9: «Quiero estar en tu regazo dos veces al día, por lo menos»

AITANA

Sigo a Patrick hasta un patio exterior cerca de la entrada de Urgencias. Él ha ido unos pasos por delante y me espera de espaldas, con las manos apoyadas en una de las paredes y la cabeza gacha.

—¿Qué pasa, Patrick?

BUM. BUM. BUM

Se da la vuelta y me observa con furia, con desesperación y con la mandíbula y los puños apretados. Se acerca a mí en un par de zancadas bruscas. Tiene un brillo en los ojos que… No, no es brillo. Tiene los ojos rojos, inyectados en sangre. Me asusta. Porque nunca lo había visto así.

—¡Me mentiste! —grita entonces, y rompe a llorar—. ¡Me mentiste en mi puta cara!

Y lo sé al instante. Sé que lo sabe. No sé cómo ni por qué, pero lo sabe.

Patrick no llora. Patrick nunca llora. Y no sé qué me golpea más fuerte, si la recriminación, sus lágrimas o el hecho de que lo sepa todo.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—Ahora no, Patrick —le digo con toda la calma de la que soy capaz—. Ahora no.

—¡Ahora sí!

—No, ¡ahora no! Ahora no tengo tiempo ni ganas para estas mierdas.

Se me acelera la respiración y el corazón me late tan rápido que apenas siento que me llegue el aire a los pulmones. Intento tragar saliva, pero tampoco puedo. Tengo la garganta cerrada. Comienzo a temblar de puro terror. Necesito respirar. Necesito respirar. «Por favor, que pare ya».

—¡Ya lo creo que tienes tiempo para estas mierdas, Aitana, joder! ¡¡Joder!! —grita sin dejar de llorar. Es desgarrador—. ¿Cómo me has ocultado algo así? ¿¿CÓMO??

No puedo respirar.

—¡HE DICHO QUE AHORA NO! ¡AHORA NO ! —grito. Y algo debe de ver Patrick en mi expresión porque recula. Levanta los brazos y me mira con preocupación.

—Vale. Vale, vale, vale. Aitana. Aitana, para, por favor.

Pero yo no puedo contenerlo durante más tiempo.

—UNO DE MIS HERMANOS SE HA JODIDO EL HOMBRO Y LA MUÑECA Y EL OTRO CASI SE AHOGA. ¡AHORA NO ES EL PUTO MOMENTO PARA HABLAR! TENGO EL CORAZÓN A MIL POR HORA Y ESTOY A

PUNTO DE EXPLOTAR. ¡ESTOY A PUNTO DE EXPLOTAR, JODER! —No puedo respirar. No puedo respirar. No puedo respirar—. Mierda.

Camino unos pasos hacia atrás. Asustada.

—Aitana —Patrick intenta acercarse a mí, pero yo sigo andando hacia atrás—, no voy a insistir más. Te lo prometo. Tranquila. Lo siento. Lo siento, lo siento, lo siento. No me digas nada. Ahora no es el momento. Tienes razón. Tienes toda la razón.

BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM. BUM.

—¡NO PUEDO MÁS! —continúo yo—. ¡NO PUEDO MÁS! ¡Y MI MADRE NO SABE NADA! NO PUDE DECÍRSELO. ¡NO PUDE! No pude —repito sin descanso—. No puedo más. No puedo. Voy a explotar. ¡Voy a explotar!

BUUUM.

Y exploto. Caigo de rodillas al suelo y dejo salir el grito más desgarrador de mi vida. Las lágrimas me brotan de los ojos a borbotones y, lejos de acabar conmigo de una vez por todas, siento alivio por fin. Así que sigo llorando sin parar.

Patrick se agacha junto a mí y me abraza. Noto que tiembla. Y tiene los brazos helados. ¿Por qué va en manga corta si hace frío? Estamos en diciembre. Me gustaría abrazarlo para que entrara en calor. Siempre que abrazo a Patrick siento calor, pero estoy entumecida y no puedo moverme. Me susurra algo al oído, no sé el qué, no capto el significado de sus palabras, pero me alivian. Así que mientras yo sigo llorando él continúa susurrándomelas. Cierro los ojos y me dejo acunar.

Cuando los abro tiempo después, Patrick está sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared y yo estoy tumbada con la cabeza en su regazo. Él no deja de acariciarme el pelo. Respiro con normalidad y he dejado de llorar. Ya no hay más bums, por fin, aunque el rastro de las lágrimas secas en las mejillas no se ha borrado del todo.

—Esto no tendría que estar pasando así —susurro—. Tú no tenías que haberte enterado así. Yo quería decírtelo. En algún momento… Quería decírtelo. Tenía pensadas las palabras y todo. Me las sé de memoria.

—Dímelas ahora. No estamos aquí, en este hospital, y tus hermanos están bien. Andrés no ha tenido el accidente con la moto y Arturo no se ha caído al agua. De hecho, están los dos en mi habitación, escondidos debajo de la cama, esperando a que llegue yo para gastarme una de sus estúpidas bromas, pero no voy a llegar porque estoy flotando contigo en la piscina, en una competición de quién aguanta más tiempo haciendo la estrella. Te he visto por el rabillo del ojo flaquear y recomponerte, pero me he hecho el tonto y seguimos compitiendo.

Me veo, me veo totalmente allí, y por eso cierro los ojos y comienzo a hablar.

—¿Te acuerdas de que hace siete años solía quedar con aquel chico del club de tenis? Yo tenía quince años, él diecisiete. Se llamaba Ernesto. No era nada serio, pero llevábamos toda la vida coincidiendo en el club y nuestros padres se conocían. Nos enrollamos unas cuantas veces. Él justo comenzaba la universidad ese año, iba a estudiar aquella carrera tan rara en Cornwall. ¿Te acuerdas? Ciencia y Tecnología del Surf. Sí, seguro que lo recuerdas porque Andrés y tú solíais reíros de él. Y soltabais mil chorradas por la boca cuando aparecía en vuestro radar. Siempre habéis sido unos niñatos.

»Él me gustaba. Era mayor. Y se había fijado en mí. Fuimos un par de veces al cine y otras tantas a compartir una pizza en Nicanora o una hamburguesa en el sitio aquel que tanto nos gustaba y que después cerraron. Él siempre la pedía sin pepinillos y a mí me recordaba a Andrés. Pero no tenía nada que ver con Andrés —susurro, aguantándome nuevas lágrimas. Carraspeo y continúo—. Está a años luz de Andrés, tan lejos que ni vuestro Halcón Milenario conseguiría

unir los puntos en un millón de años. Una noche nos quedamos solos en el club, jugando al tenis. Ya era tarde, pero aún había sol. Era verano, yo acababa de regresar de mi primer año en el CAR y estaba pletórica. Tú habías quedado en venir a recogerme, pero te retrasabas. —Patrick deja de acariciarme el pelo y se le tensan los músculos bajo mi cuerpo—. Él y yo ya nos habíamos besado, pero no nos habíamos tocado de manera íntima. Ni siquiera por encima de la ropa. Terminamos de jugar y nos dirigimos a las duchas. Recuerdo mirar hacia atrás, antes de abandonar del todo las pistas, por si justo aparecías. Pero no lo hiciste. Me duché y tú seguías sin dar señales de vida. Él se coló en mi vestuario y me vio desnuda. Se acercó a mí y comenzó a tocarme. Me gustó. Pero llegó un momento, cuando ambos estábamos desnudos, yo tumbada encima de uno de los bancos del vestuario y él encima de mí, en que dejó de gustarme. No estaba segura de querer hacerlo y miré hacia la puerta, por si tú aparecías y me ayudabas a salir de ese lío en el que yo solita me había metido. Pero no lo hiciste. Nunca apareciste. Te olvidaste de mí. Más tarde me lo dirías. Y él no se detuvo. A pesar de que le pedí que lo hiciera. A pesar de que le dije que no estaba segura de querer llegar hasta el final. «Claro que quieres», me dijo él.

»Recuerdo el peso de su cuerpo sobre el mío, los susurros, el sudor, el dolor… Llegué a casa destrozada. Anímicamente destrozada. Fue él quien me dejó en la puerta. Me dio un beso en la mejilla justo antes de que me bajara del coche. Fui directa a mi habitación y me froté la cara con una esponja hasta que me hice sangre. Después vomité en el baño y empecé a llorar muy fuerte. Tan fuerte que caí al suelo. Tan fuerte que Andrés y Arturo me oyeron. Y supieron que algo grave había sucedido en el instante en que me vieron. Creo que si hubieran pasado unos días no hubiera podido contárselo. Pero yo temblaba, estaba asustada y me sangraba la mejilla. Se lo conté todo y horas después nos quedamos dormidos en mi cama. Cuando Arturo y yo despertamos, Andrés ya no estaba con nosotros. Había ido a por él. Llamaron a casa desde el hospital y el destino quiso que Arturo cogiera el teléfono. Fuimos a verlo y les hice prometer que no se lo dirían a nadie. Unas semanas más tarde entraron en el CAR para estar cerca de mí. Y tú con ellos.

Me giro y lo miro a los ojos. Tiene la mirada perdida y llora en silencio. Las lágrimas se le resbalan por las mejillas y le llegan a la boca.

—Te he culpado durante años —continúo—. Pero quiero que sepas que ya no lo hago. Ya no te culpo. Y tampoco me culpo a mí. Durante mucho tiempo pensé que quizá tenía que haber dicho que no más alto. Más fuerte. Pero ya no lo pienso. Ya no me torturo. Durante mucho tiempo pensé que, por estar ahí tumbada con las piernas abiertas, era tarde para decir que no, porque ya había dicho que sí, pero estaba equivocada. Porque nunca es tarde para decir que no. Nunca. Arturo me ayudó a conseguirlo. Él es el más analítico de los tres. Andrés lo veía todo rojo —río sin ganas—. Andrés siempre lo ve todo rojo. Quiere protegernos del mundo a toda costa y no ve más allá. Arturo sí ve más allá y, cuando se le pasó el dolor, fue la voz de la cordura. Lleva años repitiéndonos a Andrés y a mí que no fue mi culpa, ni la tuya, Patrick. Lleva años repitiéndonos que no es culpa de nadie más que de Ernesto. Y yo ahora sé que tiene razón. Fue culpa de Ernesto. Solo de Ernesto. No mía. Y mucho menos tuya. Pero eso no quita que te cayeras del pedestal en el que yo te tenía. Y que no haya conseguido subirte de nuevo. Me he quedado congelada en ese momento y no puedo dejar de estar enfadada contigo. ¿Por qué no puedo dejar de estar enfadada contigo? —le pregunto.

Él no me contesta. Ni siquiera me mira. Continúa con la mirada perdida en el mismo lugar y otra lágrima le brota de uno de los ojos. Abandono su regazo y me pongo de pie. Me doy media vuelta y regreso al hospital.

10: «Ahora ya lo sabes»

ANDRÉS

El perdón está infravalorado. O sobrevalorado. Depende del momento. No es lo mismo pedir perdón por chocar sin querer con alguien en la calle que pedir perdón por haber traicionado la confianza de una de las personas más importantes de tu vida. En el primer caso pides disculpas, pero te la suda ser disculpado o no. O, desde luego, a mí me la suda. En el segundo, se te abre un boquete en el pecho y el verbo «perdonar» no es lo bastante poderoso como para cerrártelo.

—No tenías ningún derecho a hacerlo —me recrimina Aitana en cuanto regresa con el rostro lleno de dolor. Y de traición. Sabe que he sido yo. ¿Quién más? Me acusa con el dedo—. No lo tenías.

—Lo siento —respondo lo más inexpresivo posible.

—¿Lo sientes? ¿Y ya está? ¿Ni siquiera te vas a molestar en justificarte? ¿En darme una explicación?

«No puedo darte una explicación porque no puedo decirte que alguien ha intentado hacerle daño a Arturo, así que tenemos que tirar con esta mierda en la que yo finjo haberte traicionado y tú te llenas de decepción».

—Pues ¿quieres que te diga una cosa? —continúa, ante mi negativa a responder—. ¡Una mierda lo sientes, Andrés! ¡UNA MIERDA LO SIENTES! Tú solito has decidido que Patrick tenía que saberlo y tú solito lo has hecho. Felicidades. Joder, Andrés —me reprende frustrada, dolida y cabreada—. ¡No has tardado ni cinco minutos! ¡Ni cinco putos minutos! ¿Te has quedado a gusto?

—¿Ni cinco putos minutos? ¡He aguantado siete años, Aitana! Siete putos años. Patrick merecía saberlo.

Miro de reojo a Damián y le advierto con una mirada demoledora que no abra la bocaza que tiene y vuelva a cagarla o lo entierro vivo. Aitana no puede saber en qué circunstancias esta mierda ha salido a la luz.

—No era tu decisión —insiste.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—Te quiero con toda mi alma —se limpia las lágrimas con el brazo—, pero esta vez has cruzado la línea.

—Lo superarás, Tani.

Aitana baja el brazo y se echa hacia atrás como si acabara de recibir el mayor sopapo de su

vida. Cuando se recompone abre la boca para devolvérmela, pero Damián se mete entre nosotros, extiende los brazos y coloca una mano en mi pecho y otra en el de Aitana.

—Ahora no es el momento. No es el puto momento. Arturo puede oíros y no es lo que más le conviene. Eso lo entendéis, ¿verdad? —Ninguno de los dos decimos nada, tampoco retiramos la mirada el uno del otro—. Bien. Pues recomponeos y entrad ahí con la cabeza alta y la mejor de vuestras sonrisas.

—Entra tú —le digo a Aitana, no tengo ganas ni de levantar la cabeza ni de mostrar la mejor de mis sonrisas—. Yo tengo que hacer algo.

—¿Algo?

—Sí, algo.

—Vete a la mierda, Andrés —me dice con dolor. Y no entiendo la patada que siento en el estómago. Soy un experto en engañar y dañar a mi familia. Ya debería estar acostumbrado. Qué caprichosas, las costumbres.

Me doy media vuelta y voy en busca de Patrick, hastiado y hasta los cojones de todo. Hasta yo me canso de mentir. Hasta yo me canso de mirar a la cara a mis hermanos y soltarles mierdas y más mierdas. Hasta yo me canso de mí mismo. Hoy no tengo el día.

Salgo a la calle y me llama la atención que haya anochecido. Ahí dentro no pasaba el tiempo. Voy directo al patio a donde nos llevó Chris nada más llegar al hospital. Estoy seguro de que Patrick está ahí. Es una intuición. O quizá lo conozco más que a mí mismo. Podría elegir su comida y sus pantalones de chándal durante el resto de su vida y acertaría. Podría elegir yo su puta profesión y lo haría mejor que él.

La visión de Patrick sentado en el suelo, contra una de las paredes del patio apenas iluminado, con las rodillas dobladas y la cabeza escondida entre las piernas no hace más que darme la razón. Me acerco y me siento a su lado en una postura similar. Las rodillas dobladas y los brazos apoyados en ellas, a la altura de los codos. Nuestros cuerpos están tan cerca el uno del otro que incluso nos tocamos. Necesito tocarlo. Y él no me rechaza. Acepta mi cercanía. Me pregunto durante cuánto tiempo. Recuesto la cabeza en la pared y cierro los ojos.

—¿Por qué no lo mataste? —me pregunta sin levantar la cabeza, con la voz llena de resentimiento.

—Porque él era más fuerte que yo —respondo con naturalidad. Una naturalidad que me ha costado siete años de terapia y a Fernando un par de úlceras en el estómago—. Y me ganó.

—Eso es una excusa de mierda.

Sí, lo es. Pero también es una verdad como un templo. Una verdad muy jodida. Ir a matar a alguien y acabar destrozado en una cama de hospital… No sabes si sentirte aliviado o cabreado. No sabes si dar las gracias por no haber cruzado esa línea para la que no hay vuelta atrás o si cagarte en la puta vida. Yo todavía me lo pregunto cada mañana, mientras desayuno enfrente de mi hermana y veo sus heridas invisibles aún en carne viva. El hijo de puta que se las infligió cruzó esa línea. Y no ha pasado nada. No ha pasado absolutamente nada. Él continúa jugando al golf los domingos, estoy seguro, rodeado de bromitas insulsas, canapés de postín y putas adulaciones. Y nosotros estamos aquí. Jodidos.

—¿Tú lo sabías? —continúa Patrick, una vez se ha asegurado de que he interiorizado su último comentario. Un «no estuviste a la altura» en toda regla. Oh, lo conozco demasiado. Y somos expertos en hacernos daño el uno al otro—. ¿Sabías que yo había quedado en ir a buscarla ese día?

—Sí. Aitana nos lo contó a Arturo y a mí.

—Nunca entendí por qué estaba tan enfadada conmigo. Ni por qué dejó de hablarme. Nunca

lo entendí…

—Lo sé —susurro.

Patrick levanta la cabeza y me mira a los ojos, con los suyos destrozados. Ojalá solo estuvieran enrojecidos por culpa del llanto. Ojalá solo fuera eso. Pero hay mucho más. Hay todo un abismo en su mirada que amenaza con engullirnos. Y quién sabe cuándo nos escupirá. O si lo hará.

—Y te pregunté sobre ello. Una y otra vez. Te pregunté mil veces si habías hablado con ella. Si sabías qué había pasado. Si sabías qué le había hecho yo para que estuviera tan enfadada conmigo. Que tu hermana no quisiera saber nada de mí me dolió en el alma. Era tu hermana. Y una parte fundamental de mi vida.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —susurro de nuevo, sin retirarle la mirada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque te culpo por lo que pasó.

Nos mantenemos la mirada durante unos instantes y ambos la apartamos al mismo tiempo. Sí, Patrick y yo somos especialistas en hacernos daño el uno al otro, pero qué jodido es hacerlo mirándonos a los ojos. Yo miro al frente, al infinito. Una ráfaga de viento frío me azota el rostro y me arrebujo en la sudadera. Patrick tiembla a mi lado y me acerco más a él sin que se dé cuenta.

—Creo que yo también me culpo —reconoce tiempo después en otro susurro. Entonces nos miramos de nuevo.

—Llevo años cabreado contigo —confieso—. No podía contártelo porque, si lo hacía, traicionaba la confianza de mi hermana. O quizá era mi manera de castigarte, no lo sé. Y seguimos adelante. Pero yo lo tenía guardado en el pecho y me mataba cada día, lentamente, como un puto carcinoma. Cuando tú y yo discutíamos por cualquier disputa de mierda, yo me recreaba. Era el único momento en que podía desquitarme a gusto. El único momento en que podía gritarte y sacármelo del pecho. Qué locura, ¿no?

—Locura es que yo sabía que había algo más. En nuestras broncas, yo sabía que había algo más. Pero no sabía qué.

—Ahora ya lo sabes.

—Sí, ahora ya lo sé. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—¿Qué?

—¿Te acuerdas del día que estábamos en la playa y decidimos enrollarnos Arturo, tú y yo para «probarme»?

—Sí.

—Hubo un momento, un instante, después de besarnos entre nosotros, en que pensé que ojalá Tani también estuviera allí y participara en el experimento. No sabía por dónde me daba el aire, pero deseé que ella me besara. Me pareció una locura, pero… no tanta. Porque una parte de mí quería saber lo que sentiría al besarla.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque si no te lo digo ahora, no te lo digo nunca.

—¿Seguro? ¿No será que quieres justificarte por haberte liado con ella a mis espaldas?

—Ahora mismo me la suda habértelo ocultado. Qué curioso —Patrick ríe sin ganas—. Jamás pensé en este desenlace. En mi cabeza tú te enfadabas conmigo como nunca y yo te pedía perdón de rodillas.

—Pero eso no evitó que siguieras haciéndolo.

—No. No lo hizo. Pero me sentía culpable. Y ahora no siento una mierda.

—¿Y por mi hermana? ¿Qué sientes por mi hermana?

—No lo sé.

—Hueles a ella. Llevas meses oliendo a ella y no me he dado cuenta. El aroma me resultaba familiar, femenino, pero no lo relacioné. Olías a princesa Disney y mi hermana siempre huele a princesa Disney, pero no lo relacioné.

—Supongo que estamos empatados en cuanto a ocultarnos mierdas importantes.

Sí. Supongo. Y entonces me viene a la mente un recuerdo. Un recuerdo de nosotros dos riendo. Y me doy cuenta de que no lo sitúo en el tiempo, o sí, pero no en un momento concreto, porque Patrick y yo llevamos media vida riendo juntos. ¿Cuándo fue la última vez que lo hicimos? Hago memoria. Oh, sí. Fue en el cóctel de Navidad del centro. Yo dije una de mis chorradas, él la continuó y… reímos.

—¿Lo superaremos, Patrick? —susurro—. ¿Sobreviviremos tú y yo a esta mierda?

Patrick cierra los ojos.

—¿Sabes dónde estoy ahora mismo?

—¿Dónde?

—En la mente de Arturo. Siete años atrás. Lo veo sufrir. Sufrir por su hermana y sufrir por mí, por ser testigo de la agonía en la que me encontraba y no poder tenderme una mano. Le había hecho una promesa a Aitana y la puso por encima de todo. La puso por encima de mí. De Chris. Y de sus propios padres. No lo culpo. Arturo es leal. Se equivoca constantemente, pero siempre desde el corazón. ¿Sabes lo que habría hecho yo en su lugar? ¿Si fuera yo el que estuviera viendo sufrir a Arturo y el que le hubiera hecho una promesa a mi hermana?

—¿Qué?

—Lo mismo. La habría puesto a ella por encima de todo. Ahora pregúntame dónde estoy, Andrés.

—¿Dónde estás?

—En tu cabeza. Hace siete años. Te veo sufrir por tu hermana. Y por Arturo. Por tus padres. Te veo haciéndole esa promesa a Aitana. Te veo viéndome sufrir. Y veo la rabia que te consume, como un carcinoma. Te veo anteponer esa promesa por encima de mi bienestar, por pura rabia. No por lealtad. Y te veo flagelarte cada vez que me has mirado durante estos siete años y me has odiado. Te veo sentirte como una mierda. Tú siempre te sientes como una mierda cuando haces el mal, pero no por eso dejas de hacerlo. ¿Sabes lo que habría hecho yo en tu lugar? ¿Si fuera yo el que estuviera viéndote sufrir a ti y el que le hubiera hecho una promesa a mi hermana? Me habría pasado por el forro de los cojones esa puta promesa. Te habría puesto por encima de todo. Porque eres mi mejor amigo. Porque te quiero. Te quiero más que a Arturo. Y te exijo más que a Arturo. No os mido con la misma vara. Y comportamientos que en él puedo pasar por alto, a ti no puedo perdonártelos. El amor es un arma de doble filo. —Patrick abre los ojos y me mira, pero yo continúo con la vista fija en un punto indeterminado enfrente de mí—. Pregúntame de nuevo si lo superaremos. Vamos, Andrés. ¿Qué pasa? —insiste, cuando ve que no abro la boca —. ¿Te has quedado mudo? Ya lo hago yo por ti. ¿Creo que tú y yo sobreviviremos a esta mierda? No. Yo creo que no. Tú no me quieres. Ni te quieres a ti mismo. Y yo, aquí y ahora, tiro la toalla. Me rindo contigo, de una vez por todas. Nuestra amistad se acaba en este instante. Y si en algún momento de tu vida te acuerdas de nosotros y te preguntas qué pasó… Puedes echarle la culpa a tu puta mierda de corazón, que no sabe querer.

Me quedo sin aire y me aguanto las ganas de llorar. Me lo esperaba. Llevo años esperándomelo, pero el golpe es igual de mortífero. O más. Nos quedamos en silencio un buen rato, como si ninguno quisiera dar el paso de separarnos, porque va a ser definitivo, hasta que

suena el teléfono de Patrick. Es Julián. Intercambian cuatro frases y Patrick cuelga.

—¿Tiene la moto? —le pregunto.

—No. Aún no la han sacado del agua. No es tan fácil. Va a tardar unos días.

—¿Días?

—Sí, días. Pero Julián sabe lo que hace. Haznos a todos un favor y déjalo en sus manos, ¿de acuerdo? Voy a… voy a ver si puedo acelerar algo.

—OK. Llévate mi coche.

—No hace falta. —Patrick se levanta, matando el contacto de nuestros cuerpos sin anestesia, y mete las manos en los bolsillos del pantalón. Encuentra las llaves y me las lanza—. Todo tuyo. Y no olvides mirar izquierda y derecha antes de salir del aparcamiento cuando puedas volver a conducir.

—Patrick… —le suplico. Aun no sé lo que le suplico, pero algo le suplico. O sí. Perdón. Le suplico perdón.

—¿Me harías un favor, Claramunt? —me pregunta sin emoción.

—¿Qué?

—A ti no te quiero ver ni en pintura, pero Arturo es importante para mí. No me dejes fuera de esto. Quiero ayudar. Si Julián nos confirma que no ha sido un accidente, quiero encontrar al que le ha hecho esto.

Asiento con la cabeza.

—Ah, y, por cierto —añade—, le he contado a Nicki todo. Le he dicho lo que pasó la noche de la fiesta. Le he dicho que estás enamorado de ella y que casi te suicidas por comer una pizza de marisco. Parece que ya no estamos empatados. Dos a uno, *patito.*

Yo asiento de nuevo con la cabeza y él me abandona a mi suerte sin más ceremonias. Y me pregunto si acabo de perder a mi mejor amigo o si lo hice hace siete años, cuando no lo antepuse a todo y a todos y me sinceré con él. En cualquier caso… Escondo la cabeza entre las piernas y rompo a llorar como pocas veces en mi vida.

PATRICK

Nunca me ha gustado correr. No en el sentido deportivo. Sí creo que a veces hay que hacerlo para llegar a un lugar si no dispones de un medio de transporte. Pero yo nunca lo había necesitado. Hasta hoy.

En cuanto dejo atrás el aparcamiento de Urgencias corro todo lo que no he corrido en mi vida, todo lo que mis piernas dan de sí, y cruzo carreteras, puentes y colinas hasta que llego al CAR al borde del desfallecimiento. Las piernas me arden y los pulmones están a punto de salírseme por la boca, pero no me detengo. Tengo miedo de hacerlo porque no sé qué va a pasar después.

Cuando llego a donde quiero, abro la puerta sin llamar primero.

—Ayúdame, por favor —suplico.

AITANA

—Tani… —Dami me coge la mano en cuanto Andrés nos deja solos.

Y solo por el tono triste y doloroso con que ha pronunciado mi nombre sé que él también lo sabe, así que me despido de mis padres y me voy al CAR con él. Una vez en mi dormitorio, se lo cuento todo. Lo de Ernesto. Y lo de Patrick. Y él me abraza con cariño y… No sé cuántas veces nos hemos abrazado Dami y yo, pero no es hasta ahora que me doy cuenta de que no estoy enamorada de él. Y de que quizá nunca lo he estado.

11: Como ver un salmonete en el Amazonas o una trucha en el Mediterráneo

ARTURO

—Hola —nos saluda Chris con toda la naturalidad del mundo en cuanto regresa a la habitación.

Pero no es real. La tensión que carga sobre los hombros no me pasa desapercibida, aunque él se muestre natural. Chris siempre se muestra natural. En la pista. En las interacciones sociales. En las ruedas de prensa. Y en un noventa por ciento lo es. Pero hoy no. Hoy está nervioso. Y a mí me encantaría decirle «hola, tete, ¿dónde estabas? Te he echado muchísimo de menos y me muero por abrazarte», pero no puedo hacerlo porque él y yo ya no estamos juntos.

Ya no estamos juntos.

Tenerlo aquí, en la misma habitación junto a mis padres, es tan irreal como ver un salmonete en el Amazonas o una trucha en el Mediterráneo. Tan irreal que no parecemos nosotros. Y no será porque no me lo he imaginado cientos de veces. Pero nunca sucedía así.

En mi sueño más recurrente éramos nosotros los que se lo contábamos al mundo. Juntos. Agarrados de la mano. No sucedía por una fatalidad en la que yo casi me ahogaba. Y no estábamos separados.

En mi sueño más recurrente papá y mamá le daban un cálido abrazo de bienvenida cuando venía a cenar a casa por primera vez. Chris traía una botella de mi cava favorito, una sonrisa de escándalo y ayudaba a papá a preparar la salsa. Ni siquiera sé por qué. No es que sea un as en la cocina. Pero en esa ocasión especial se arremangaba y le ofrecía su ayuda. Papá le daba instrucciones y Chris se movía por la estancia como si se tratara de una pista de tenis. Seguro. Soberbio. Pletórico. Mamá y yo los observábamos con una sonrisa dibujada en el rostro. Mamá, en un momento dado, se acercaba a papá y le daba un beso en la mejilla, como tantas veces hace. Chris y yo compartíamos una mirada y él me guiñaba un ojo. Yo me estremecía, le echaba un par de huevos, tan grandes como los de la ballena franca austral, que pesan una tonelada, y le daba un beso rápido en los labios, justo después de probar la salsa para las almejas.

«Buenísima, tete», le susurraba al oído. Y él iluminaba todavía más la cocina de casa de mis padres con su sonrisa. Porque cómo brillaba su sonrisa esa noche. Cómo habría brillado.

Pero aquí estamos. Los cuatro juntos, sí, pero no hay almejas con salsa americana en ciernes. Ni sonrisas cómplices. Ni besos.

Mis padres lo miran, yo lo miro y se hace un silencio incómodo, pero él entra con la cabeza alta y se apoya en una de las paredes, cerca de la ventana.

—¿Ponemos un partido de tenis? —pregunta mi padre, por romper el hielo, supongo. Nunca

he sabido calcular hasta dónde llega su obsesión por el tenis.

—Robert —le reprende mi madre.

—¿Qué? Al chico le gusta el tenis. Eso lo sabemos. El tenis y nuestro hijo.

Papá, por Dios.

—¿Por qué no vamos a por un café?

—No quiero dejar solo a Arturo.

—Arturo está bien y no va a quedarse solo —dice ella, mirando a Chris.

—No me refería a eso —se defiende mi padre—. Quiero decir que quiero estar aquí por si viene el médico o tienen que hacerle alguna otra prueba.

—Suele costarle pillar las indirectas —le explica mi madre a Chris—. No es lo suyo. Algún día te contaré cómo surgió nuestra primera cita. ¿También te pasa a ti con Arturo?

«Mamá, por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es. No lo quieras desde ya. Sé que es complicado no adorarlo desde el primer minuto, pero… No es para nosotros».

—A veces —responde él con una de esas sonrisas tímidas pero matadoras para mi salud mental.

Sin embargo, hoy no es suficiente. Las sonrisas de Chris tienen el poder de borrar toda la mierda que existe en mi vida. Las sonrisas de Chris en la pista y fuera de ella, en la cama y fuera de ella, me han dado la fuerza para seguir adelante con nosotros todos estos años, contra viento y marea. Hasta hoy.

—¿Qué indirectas? —pregunta mi padre.

—La de que nos vayamos y los dejemos un rato solos para que puedan hablar de sus cosas.

—Oh —mi padre cae en la cuenta—, claro, claro. ¿A por un café, decías?

—Sí, cariño.

—Me parece perfecto. Tengo unas ganas locas de café. Me lees el pensamiento.

Me besan en la frente y se marchan juntos. Antes de cerrar la puerta del todo oímos su conversación alta y clara, a pesar de que susurran. Es algo que hacen a menudo. Susurrar a gritos. Alguien debería decirles que no funciona así.

—Dime que todo esto es tan raro para ti como para mí, Miranda. ¡Es Lacoste!

—Es el chico del que tu hijo está enamorado.

Gracias, mamá. Toda esta situación no era lo suficientemente violenta. «Arturo, no mires a Chris. No mires a Chris. No mires a Chris».

—Es uno de los mejores jugadores de tenis del mundo. Es una bestia en la pista. Inteligente. Rápido. Valiente. ¡Es extraordinario!

—¿Desde cuándo lo admiras, Robert?

—Desde siempre. Pero no podía decirlo en voz alta delante de los niños. Vaya ojo tiene Arturo. Estaría orgulloso si no fuera porque también es un problema.

—No es un problema. Es el chico del que tu hijo está enamorado.

Me llevo los dedos a los lagrimales. Que se vayan ya, por favor.

—Sí es un problema. Es el máximo rival de mi hijo desde hace diez años. Tú sabes mejor que nadie el dinero que mueven sus partidos.

—No se han dejado ganar.

—Eso díselo a los gilipollas que mueven el mundo. Sus carreras están en juego. Y, además… ¡Es el imbécil de Lacoste! ¿Tú recuerdas si Arturo lo ha llamado alguna vez así?

—¡Robert! Pueden oírte.

—Qué va.

—Sí, papá —grito yo sin apartar los dedos de los ojos, todo lo que me da la voz, que no es

demasiado—. Podemos oírte.

—*Mierda.*

Y se cierra la puerta. Yo niego con la cabeza al tiempo que la recuesto en la almohada. Y entonces soy consciente de que nos hemos quedado solos y de que por primera vez no quiero quedarme a solas con él porque… va a doler. Va a doler muchísimo. Va a doler como nada.

—Me ha picado la curiosidad. ¿Alguna vez me has llamado así? —me pregunta Chris juguetón a la vez que se acerca a la cama y se sienta a mi lado en el colchón.

—Nunca —respondo muy serio.

—Ya lo sé —susurra. Se inclina sobre mí, me acaricia la mejilla y deja escapar otra tímida sonrisa.

—¿De qué hablabas fuera con mi hermano? —le pregunto.

—Andresito tampoco sabe susurrar. Es cosa de familia, por lo que veo.

—Estabais discutiendo…

—Qué va.

—…, pero algo ha cambiado entre vosotros.

Busca mi mirada y la encuentra.

—¿Tú crees?

—Sí. Y también creo que…

—¿Qué?

—Que jamás volveríais a poneros un dedo encima. No para pegaros.

Nos mantenemos la mirada durante unos segundos. Podría haber vivido en sus ojos para siempre.

—Yo no me apostaría una mano —me advierte, jocoso—, por si acaso.

—¿No me vas a contar por qué habéis discutido?

—¿Qué has oído? —responde con cautela. Yo frunzo el ceño. Chris y la cautela no suelen ir de la mano. Él es más de caminar con la imprudencia. Van juntos hasta al supermercado.

—Solo subidas de tono. Nada inteligible. ¿Qué ha pasado?

—A veces, para llegar a un entendimiento, hay que poner las cartas sobre la mesa y discutir.

—Mi hermano lleva tu sudadera azul.

—¿En serio? —responde extrañado.

—¿*En serio* no te has dado cuenta?

—No, no me he dado cuenta. Yo no me fijo en tu hermano. Me fijo en ti.

—Y tú llevas la ropa de tenis que guarda en el coche para emergencias y la sudadera de Patrick —continúo, mirándolo de arriba abajo.

—La mía se ha mojado —me explica.

—¿Por qué?

—Porque te he ayudado a salir del agua —susurra.

—Gracias —susurro de vuelta.

—Quedarme mirando no era una opción.

—Chris…

—Tu padre piensa que tienes buen ojo. Quién lo diría, ¿eh?

—Mi padre te admira.

—Y me halaga, pero… Yo lo que quiero es que seas tú el que me admire tanto como yo te admiro a ti.

—Te admiro. Más que a mi padre. Más que a mi hermano. Más que a nadie. Te admiro desde que tenía catorce años, pero… no es suficiente.

—Arturo…

—Yo… Yo me creí especial. Durante años me he creído especial. Especial para ti. Pero la realidad es que no he sido suficiente.

—Arturo, por favor, no sigas por ahí. Si te refieres a la chica que besé la otra noch…

—No —lo interrumpo—. No me refiero a esa chica. No me importa esa chica. Me importas tú. Me importa que tú huyas de mí como si fueras un cervatillo perdido en medio de la noche y yo los faros de un todoterreno.

—Yo no huyo.

—Llevas años huyendo.

—No huyo, Arturo —repite enfadado antes de levantarse de la cama—. Pero quizá tú sí.

—¿Yo?

—Sí. Mi entorno más íntimo sabe que estamos juntos desde hace mil años. Mi padre. Mi entrenador. Toda la gente que trabaja en Lucerna.

—Lo saben por motivos circunstanciales.

—Lo saben porque a mí me ha dado la gana que lo sepan. No te equivoques, Arturo.

—¿Ahora vas a decirme que querías que se supiera?

—Te estoy diciendo que mi entorno lo sabe. Que yo jamás te he negado. Pero ¿tú a mí? Llevas nueve años negándome. En mi cara y a mis espaldas. Y ahora que por fin tu familia sabe de nosotros das un paso atrás, como tus jodidos cangrejos.

—No es así. No es porque mi familia lo sepa. Necesito distanciarme. Los dos lo necesitamos. Si yo vuelvo a estar contigo, es con la intención de que sea para siempre. Y no sé si tú y yo somos para siempre. Ya no lo sé. Quizá nos hemos querido tanto desde tan jóvenes que no hemos sabido gestionarlo. Quizá no nos hemos querido en absoluto. Quizá éramos dos hormonas revolucionadas. Estoy aterrado de vivir lejos de ti porque apenas recuerdo una vida sin ti, pero necesito hacerlo. No quiero seguir perdiendo los mejores años de mi vida.

Chris se echa hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada. Y yo siento que se la he dado. Que nos la he dado. Me arrepiento al instante. Quiero echar el tiempo atrás y no dejar que esas palabras salgan de mi boca, porque no son ciertas. Estar con él es lo más bonito que me ha pasado.

—El amor no se dice —afirma con la mandíbula apretada—, se demuestra.

—¿Y cuándo me lo has demostrado tú? ¿Cuando me decías que solo era sexo? ¿Cuando te alejabas de mí a la mínima intimidad? ¿Cuando te arrepentiste de hacerlo sin preservativo? ¿Cuando me dijiste que nuestra primera vez fue floja? ¿Cuando me respondiste «no me jodas» a mi primer «te quiero»?

«Te quiero. Estoy enamorado de ti».

«No me jodas, Arturo».

—Te voy a decir una cosa y te la voy a decir muy bajita porque no estás en condiciones de que te grite. —Se acerca de nuevo a la cama, se sienta a mi lado y me peina con las yemas de los dedos con una suavidad nada acorde con el mensaje de sus palabras. Incluso nada acorde con el tono de su voz. Me retira el pelo del flequillo hacia la derecha, pero el muy rebelde regresa a su lugar un segundo después. Por eso Chris insiste. Una y otra vez—. Pero tú imagínatela elevada a la enésima potencia, con muchos signos de exclamación, y haz como si no te estuviera acariciando, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Vete a la mierda, Arturo. Vete a la puta mierda. Y duerme un poco, a ver si te relajas.

Suspiro y vuelvo a recostarme. Cojo aire un par de veces y giro la cabeza para mirarlo. Una

lágrima se me desliza por la mejilla. Porque él aún no ha retirado las manos de mi cabello y yo ya anhelo su toque. El que me ha llevado al lugar más bonito del mundo durante los últimos nueve años: sus brazos. No me puedo creer lo que estoy a punto de hacer.

«Te quiero. Estoy enamorado de ti».

«No me jodas, Arturo».

Cierro los ojos y aprieto los párpados. ¿Por qué no puedo sacarme su respuesta de la cabeza? ¿Por qué se repite una y otra vez?

—Chris…

—No. Por favor, Arturo. No nos hagas esto.

—Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo por nosotros. Hemos llegado a un callejón sin salida.

—¿Qué callejón?

—Uno en el que nos hacemos daño el uno al otro. Nos dijimos cosas horribles.

—Todos decimos cosas que no sentimos cuando estamos enfadados. Todos decimos cosas horribles cuando discutimos. Tú también lo haces.

Es verdad.

«Tanto jactarte de que podías diferenciarnos incluso con los ojos cerrados y el día que nos confundes nos metes en el lío de nuestras vidas».

—Pero yo no quiero decírtelas a ti —susurro.

—Tú y yo siempre nos hemos peleado. Tú aceleras y yo levanto el pie. Es lo que somos. Es como funcionamos. ¿Qué lo hace diferente ahora?

—No quiero odiarte. Me aterra odiarte. Llevamos nueve años escondiéndonos, ¿no estás agotado? ¿No estás cansado de vivir en silencio?

—Ya no tenemos que vivir en silencio.

—¿De verdad? ¿Vas a gritarle al mundo que estamos juntos y a arriesgarte a tirar tu carrera por la borda? ¿A que crean que llevamos años engañándolos en la pista? Ya has oído a mi padre.

Chris duda. Duda porque no sabe qué contestar. Y no lo culpo. Ha luchado como un titán toda su vida para llegar a donde ha llegado. Ahora no puede perderla. Cierra los ojos y los mantiene así durante unos segundos. Cuando los abre, una lágrima brota de cada uno de ellos.

—Por favor. Tete…

—Lo siento.

—No lo hagas, por favor —me suplica—. No te rindas.

—Nada ha cambiado entre nosotros. Sigo pensando lo mismo.

—¿Vas a dejarme porque no te he dicho que te quiero? —me pregunta con dolor.

—No —respondo a todo correr—. ¡No! —repito con vehemencia—. No es por eso.

—Entonces ¿por qué? ¿Crees que no te quiero? ¿De verdad crees que no te quiero?

Sí, de verdad lo creo. Levanto el brazo y ahora soy yo el que le acaricia la mejilla a él. Le limpio las lágrimas. Mi niño bonito. «Creo que estás confundido. Creo que te has dado un susto de muerte con mi accidente. Creo que me quieres, pero no me amas».

—Ya no sé qué creer, Chris —le digo—. Llevamos juntos desde los catorce y…

—Lo sé. Yo también he estado ahí.

—Dijimos que hasta que nos aburriéramos y a otra cosa.

—¿Te has aburrido de mí?

Es tan fuerte el dolor que siento al escuchar salir esas palabras de su boca que incluso me da un vuelco el corazón.

—Nunca —confieso, apretando el roce de mi mano en su mejilla—. De ti nunca. Te quiero

demasiado. —Chris cierra los ojos y se frota la mejilla contra la palma de mi mano—. Creo que nos hemos quemado —susurro de nuevo, sin dejar de tocarlo. Necesito tocarlo—. No somos el Chris y el Arturo de catorce o dieciocho años. Necesitamos separarnos. Sanar. Ver quiénes somos el uno sin el otro. Nos hemos quedado suspendidos en una relación que no va a ninguna parte. Pensé que podría caminar sin rumbo a tu lado para siempre, pero no puedo. No quiero. Creo que, aunque me parta en dos, necesitamos tomar distancia y ver si…

Dios, ¡qué difícil es esto! No puedo ni hablar. Chris comienza a llorar y yo lo hago con mucha más fuerza.

—¿Si nos queremos de verdad? —acaba él por mí—. Porque no estoy de acuerdo. —Me coge una de las manos con las suyas al mismo tiempo que se sorbe la nariz—. Podemos arreglar lo que sea que hayamos jodido, tete. Y podemos arreglarlo juntos. Yo no quiero separarme de ti. Decir «te quiero» no va conmigo, pero puedo decírtelo, si es lo que necesitas escuchar. ¿Quieres que te diga que te quiero? ¿Quieres que te lo diga ahora? —me pregunta desesperado, sin dejar de llorar.

—No. —Entonces soy yo el que rompe a llorar como nunca—. Por favor, no. No me digas ahora que me quieres. No así. Por favor —le suplico—. No cuando he tenido un accidente.

Porque no quiero creerle. No puedo creerle. Chris está tan asustado por lo que me acaba de pasar que sería capaz de hacer o decir cualquier cosa con tal de mantenerme a su lado. Y no puede ser así. El motivo por el que volvamos a estar juntos no puede ser que yo haya tenido un accidente, porque dentro de un tiempo, cuando se nos pase la euforia, volveremos a estar en el mismo punto. El mismo punto donde Chris tiene miedo a comprometerse. Donde tiene miedo a amar.

—Vale. Vale, vale, vale. No te lo digo, tete. No te lo digo. Te lo prometo. Pero no me dejes, por favor. No me dejes… —solloza al mismo tiempo que une nuestras frentes.

—Tengo miedo —reconozco sin dejar de llorar. Ninguno dejamos de llorar.

Tengo miedo a estar separados. Miedo a que sea para siempre. Miedo a no poder volver a besarlo.

—Tete, por favor…

—Siento que me asfixio.

—Tete…

—Siempre pensé que serías tú el que me dejarías a mí. Nunca imaginé que yo… podría hacer algo así. Te quiero mucho. Pero conmigo no eres feliz. Y yo lo único que quiero es que tú seas feliz.

Rompo a llorar a lágrima viva y Chris se muerde la boca con desesperación.

—No nos hagas esto, por favor. Tete…, por favor.

El murmullo en la puerta llega tan rápido que apenas nos da tiempo a reaccionar y cuando entran mis padres aún estamos con las frentes unidas y las lágrimas inundándonos los rostros. Chris carraspea al darse cuenta de que no estamos solos y se limpia el dolor con el brazo antes de levantarse de la cama y acercarse a la ventana, de espaldas a nosotros. Papá y mamá nos miran con pena y sin saber qué hacer.

—Podemos volver más tarde —dice mi madre.

—No —responde Chris sin volverse—. Ya hemos acabado.

12: «¿Has visto cómo mira a tu hermano?». «Pues no me he fijado…»

ANDRÉS

Cuando regreso a la habitación de Arturo…, algo ha pasado. Me doy cuenta al instante. Mi hermano tiene cara de haber discutido con Lacoste. No. Discutido no. Es algo peor. Mucho peor. Se lo ve desolado, tumbado en la cama con pinta de haber destrozado su vida. Lacoste está apoyado en la pared y parece… roto. ¿Qué ha ocurrido? Mi padre se encuentra al lado de Lacoste ¿viendo un partido de tenis? Lo fliparía mucho si estuviera de humor. Mi madre está sentada en la butaca, perdida en sus pensamientos.

Me acerco a mi madre y me siento en el reposabrazos. Ella, al instante, me da un apretón en el muslo y me acaricia la espalda en círculos. Creo que es instintivo.

—¿Aitana y Damián? —le pregunto en voz baja. Jamás se me ocurriría interrumpir la concentración de mi padre y su recién conocido hijo político. Supongo que ya no puede llamarlo el imbécil de Lacoste… ¿Lo echará de menos o ya ha pasado página? ¿Se alegra por Arturo o se está cagando en todo?

—Se han ido al CAR, a descansar un poco —me dice mi madre—. Y tú deberías hacer lo mismo. Solo puede quedarse uno a dormir aquí con tu hermano.

—¿Y quién va a ser el afortunado?

Mi madre señala a Chris con la mirada.

—Lo has aceptado muy rápido, mamá —le digo sin dejar de mirar a Lacoste. Yo llevo años haciéndome a la idea.

—¿Has visto cómo mira a tu hermano?

Sí.

—Pues no me he fijado…

—Papá también lo ve.

Sí, y supongo que ahí tengo la respuesta a mi pregunta.

—¿Qué ha pasado entre ellos? —susurro en voz aún más baja—. No tienen buena cara.

—Ahora no, cariño. Robert —lo llama mi madre al mismo tiempo que se levanta para darle un beso a mi hermano—. ¿Vamos yendo hacia el hotel? Arturo tiene que descansar.

Mi padre retira la mirada del televisor y lo conozco tanto tanto que sé al momento que no estaba atendiendo al partido. ¿En qué estabas pensando, papá?

—Sí, claro. ¿Necesitas algo, hijo? —le pregunta a Arturo.

—No. Estoy bien.

Sí, de puta madre.

—OK. Os quedáis un rato con Andrés, por si necesitáis algo antes de meteros a dormir.

—¿Por qué me castigas a mí? —pregunto yo, fingiendo enfado por tener que ocuparme de los tortolitos—. ¿Yo qué te he hecho?

—Pero no te quedes a dormir, Andrés —continúa él, ignorando mi pregunta—. Bastantes prerrogativas nos han concedido ya.

—Descuida, no entraríamos los tres en la cama y tengo cero ganas de que Lacoste se me lance por error.

Todos me miran excepto Arturo, que apenas me presta atención, no sé si porque por fin se ha cansado de mí o porque su cabeza está a otras cosas.

—Más quisieras —me responde Lacoste. Y yo estoy a punto de soltar la primera carcajada real del día (Dios, la necesito como el respirar), pero en el último momento se me atraganta. Como si no me la mereciera. «Gracias por casi dármela, Chris».

Mi madre me da un beso, sonríe al mismo tiempo que niega con la cabeza a las últimas palabras que hemos intercambiado Chris y yo y se acerca a él.

—Hasta mañana —le dice—. Cuídamelo, por favor.

Chris no es capaz ni de responder. Debe de estar el hombre en un bucle infinito de emociones. Mi padre me abraza, más fuerte de lo habitual, me pregunta al oído si estoy bien, yo le digo que sí y él a continuación le da un apretón a Chris en el hombro. Ambos se marchan y bueno… pues nos hemos quedado solos. Arturo tose de pronto y Chris se acerca a darle agua. Es más rápido que yo. Coge la botella de agua fría y echa un poco en un vaso. Después hace lo mismo con la del tiempo. Porque sabe que a mi hermano le gusta mezclada. Ni demasiado fría ni demasiado del tiempo.

—Tú deberías de cenar algo —me dice a mí después de dar de beber a Arturo.

—No tengo hambre.

Chris suspira, acerca la butaca lo máximo posible a la cama de mi hermano y se sienta.

—No has comido en todo el día —insiste.

—Le he dado un par de mordiscos a ese bocadillo tuyo de mierda.

Nos quedamos en silencio y Arturo enseguida se queda dormido. Supongo que la medicación que le han dado le ha hecho efecto. A Chris lo noto suspirar de nuevo en cuanto se percata de la respiración regular de mi hermano, pero entonces a Arturo se le forma una arruga de dolor en el rostro y Chris al instante se la quita con un roce de su mano. Y le da un beso en la frente. Y le coge la mano y ya no se la suelta. Y yo no puedo dejar de preguntarme ¿cuándo ha pasado esto? ¿Cuándo coño ha pasado esto? Sabía que mi hermano y él llevaban años follando a escondidas, pero esto no es follar. Esto es otra cosa. Esto es mucho más.

Ahora los dos vemos dormir a Arturo como un par de gilipollas y a mí no se me va de la cabeza que alguien haya podido hacerle esto a propósito.

—¿Chris?

—¿Qué?

—Tú eres listo, ¿no? Más listo de lo normal, me refiero. No hay más que verte en la pista. —No me responde, ni siquiera deja de mirar a Arturo, solo asiente—. Pues necesito que uses esa puta cabeza tuya y que encuentres al que le ha hecho esto a mi hermano.

Entonces sí se gira.

—Voy a hacerlo. Te lo juro. —Nos miramos a los ojos y nos mantenemos la mirada. Después soy yo el que solo asiente—. Y tú, ¿con quién has discutido a lo grande? —me pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, aunque intentes disimularlo, desde la última vez que te he visto hasta ahora ha pasado algo. Algo que te ha dejado tocado.

«Pues sí. He perdido a mi mejor amigo».

—Estoy bien.

—¿Tiene que ver con Aitana y Patrick? ¿Con lo que nos has contado?

—No me apetece hablar.

Lacoste no insiste y yo se lo agradezco. Lo último que necesito es una conversación a corazón abierto con la persona que menos soporto en el mundo.

—¿Andrés? —me llama poco después.

—¿Qué?

—¿Por qué ya no me odias? ¿Por qué confías en mí?

—Porque me he dado cuenta de que mi hermano te adora. Y lo que él adora es sagrado para mí.

—También adora a Murnuais y tú no lo soportas.

—Oh, no. No te confundas. Mi hermano no adora a Murnuais. Lo quiere como amigo. Y eso no es suficiente para mí. Y acábate el bocadillo. —Señalo la comida encima de la mesa al lado de la cama de Arturo y repito sus palabras—. No has comido en todo el día. Apenas te has tomado el café.

—Porque no tengo hambre, Claramunt.

—Comételo.

—Luego.

—O mejor vamos a la cafetería. Venga, levanta de ahí. —Le hago un gesto con la cabeza.

—No quiero dejar solo a Arturo.

—Está dormido. Y es una marmota cuando duerme.

—Ya lo sé, pero aun así no quiero dejarlo. ¿Me dejas tu teléfono? Necesito hacer una llamada y el mío está en el fondo del mar.

En el fondo del mar, como el teléfono de mi hermano. Como *mi hermano* hace unas horas. La respiración se me atora en la garganta.

—Como las llaves, matarile rile rile ron…. —digo en su lugar.

Chris me mira confundido, pero no dice nada. Y yo no entiendo el arrebato de sinceridad que me seduce.

—Es una canción infantil. A veces siento la necesidad de…

—Decir chorradas cuando algo te duele y no quieres recrearte en ello. Lo sé.

—Sí —acepto, sin entender el motivo.

Todo esto es surrealista, joder. No tengo ni idea de por qué estoy dándole explicaciones al puto Lacoste. Y él no le da demasiadas vueltas. Desbloqueo el teléfono y se lo ofrezco. Marca un número de memoria y se lo lleva al oído.

—*Papa* …

Casi se le rompe la voz, está descompuesto, pero aguanta y continúa hablando con su padre. Entiendo que le habla de Arturo, creo captar el nombre de Arturo, pero no sé, no tengo ni puta idea de francés. Me acerco a la ventana y contemplo la calle. Apenas son las nueve de la noche, pero el cielo está tan oscuro que parece más tarde. El invierno, supongo. Chris cuelga pocos minutos después y me ofrece el teléfono. Mando un mensaje rápido a mi padre.

Andrés :

Arturo y Lacoste han perdido los teléfonos en el agua.

—Quédatelo —le digo, ofreciéndoselo—, por si lo necesitáis.

—Gracias.

—De nada.

Carraspeo y me dirijo a la puerta.

—¿Te vas ya? —me pregunta.

—Sí. Mañana a primera hora vengo. *Adeu.*

—*Au revoir.*

Yo con este tipo tengo la sensación de echar un pulso a diario. Qué agotador todo. Abandono la habitación y me dirijo al aparcamiento, aunque no sé para qué. No puedo conducir. Y tampoco puedo pedir un taxi porque le he dejado el teléfono a Lacoste. «De puta madre, Andrés». Bueno, siempre puedo dormir en el coche. La idea coge fuerza en mi cabeza y entonces…

Entonces llego al aparcamiento y veo que Nicki me espera, apoyada en mi coche. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos, para asegurarme. Sí, es ella. Mierda. No estoy preparado para esto. Con Nicki o vuelo hasta tocar las nubes más altas en el cielo o me hundo en lo más profundo del océano. Y odio ambas sensaciones. Porque no importa si vuelo o si me hundo. No tengo el control. Nunca.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto.

13: «Una vez vi un unicornio. Bajaba por un arcoíris. Desbocado»

NICKI

Nicki :
Julia te ha dejado la llave de la habitación de Chris en tu mesita de noche.
Nicki :
¿Puedes coger a René y llevarla a la tuya, por favor? Lleva todo el día sin ver una cara conocida. A partir de mañana me la quedo yo hasta que regrese Chris, pero esta noche necesito que me hagas el favor.

Tani :
Ni la había visto.
Tani :
Ahora mismo voy.
Tani :
Dame unos minutos mientras llego.
Tani :
Vale. Estoy.

Nicki :
¿Está muy desordenada la habitación?

Tani :
Ni te lo imaginas.

Nicki :
¿Entiendes ahora los tics en el ojo de Arturo de los últimos meses?

Tani :
Entre otras cosas.

Nicki :

Tani… ¿estás bien?

Tani :
Estoy.

Nicki :
Te llamo.

Tani :
Mejor hablamos mañana. Necesito meterme en la cama.

Nicki :
Vale.
Nicki :
Te quiero mucho.

Tani :
Y yo a ti.
Tani :
Si hablas con Chris, dile que voy a ser la mejor tía que René pueda tener.

Nicki :
Díselo tú cuando estés con él.
Nicki :
Le va a encantar.
Nicki :
Tú le encantas, Tani
Nicki :
Llevo tiempo con ganas de gritarte algo.

Tani :
¿El qué?

Nicki :
Sois cuñados.

Tani :
Me has sacado una carcajada.
Tani :
Gracias.

Nicki :
Buenas noches. Descansa. Arturo está bien y todo va a estar bien.

Tani :
Buenas noches.

Levanto la mirada del teléfono en cuanto lo siento salir por las puertas giratorias de emergencias. Podría ser cualquiera, pero yo sé que es Andrés. El aire cambia cuando él se acerca a mí, como si de pronto se levantaran colores en el viento. Y esta noche hay mucho viento. Si existiera un dios del viento pensaría que de alguna manera ha podido ver la tormenta que se ha desatado en nuestro interior y que esta corriente huracanada es su forma de decirnos: «Eh, relajaos, humanos, que de las tormentas me ocupo yo. Vosotros seguid viviendo».

Andrés camina distraído, mirando hacia delante, con el pelo alborotado a causa del aire, sin prestar atención a lo que hay a su alrededor (como siempre), hasta que me ve y abre los ojos a causa de la sorpresa. «Te pillé, *patito*» . Tiene la frente superdespejada, como a mí me gusta. Se captan mucho mejor las expresiones de su rostro.

—¿Qué haces tú aquí?

Suspiro.

—¿La verdad? Esperarte. Y concederme cinco minutos de tranquilidad. Estoy al borde de la extenuación.

—¿Cuántas horas has estado al teléfono?

—Cuatro. He perdido la cuenta de todas las personas con las que he hablado. Y he rechazado más de cuarenta llamadas. Todos están preocupados por Arturo, pero yo también lo estoy y no doy más de mí.

—¿Nicki Miliki reconociendo que no puede más?

Hago una mueca.

—Eso parece.

—Arturo está bien. Se ha quedado dormido hace un rato. Chris está con él.

Asiento con la cabeza y vuelvo a suspirar.

—Bien.

—¿Y cómo ha ido con la prensa? ¿Sabéis ya quién ha filtrado la noticia?

Pero míranos, hablando como dos personas civilizadas y todo.

—Sí. Uno de los hombres del puerto. Vive justo al lado, estaba asomado a la ventana y ha visto a Arturo… —carraspeo—. Ha visto a Arturo…

—Saltando por los aires. Puedes decirlo en voz alta. Me niego a que esas cuatro palabras juntas sean más fuertes que yo. Me niego a que puedan conmigo y me hagan más pequeño aún. Si las decimos en alto, perderán fuerza.

Me da un vuelco el corazón y suspiro de nuevo. Tengo un nudo en la garganta que no acaba de irse y la espesura que nos envuelve no ayuda demasiado.

—¿Andrés Claramunt reconociendo que no puede más? —susurro para aligerar el ambiente.

—Eso parece —admite con los ojos clavados en los míos.

Nos mantenemos la mirada durante unos segundos que ojalá fueran interminables. Siempre me han gustado sus ojos. Si te concentras lo suficiente, puedes leer sus emociones. Las de verdad. No la mierda de actitud que muestra en un primer golpe de vista. Ahora mismo está asustado. Muy asustado. «Oh, Andrés».

Carraspeo de nuevo y continúo.

—Sí, ha visto el accidente de Arturo y ha avisado a los vecinos, ha llamado a la ambulancia, que ya estaban al corriente e iban de camino, y ha bajado a todo correr. Para cuando han llegado, Chris ya lo había sacado del agua. Por suerte, ha sido muy vago al comunicarse. Ni siquiera ha

podido decir si eras tú o Arturo, solo ha informado de que un Claramunt ha tenido un accidente de moto y que espera que no sea grave. Y lo ha hecho sin maldad, creo que se ha sentido en la obligación de dar la noticia, siendo quienes sois Arturo y tú.

—¿Y quiénes somos Arturo y yo?

—Deportistas de élite muy queridos por los españoles.

—¿Y Chris?

—Salvado. Antes de que empezaran los rumores hemos explicado que él y Arturo venían de un entrenamiento en la playa. La moto de Arturo ha sufrido un percance, todavía no sabemos el motivo, y Chris ha ido a ayudarlo. ¿Quién no lo ayudaría? ¿Y quién no se desesperaría al ver que un compañero se muere entre sus braz…? ¿Andrés?

Algo ha cruzado por sus ojos. Algo malo.

—¿Qué?

—¿Qué pasa?

—Nada. Estoy cansado.

No cuela, pero lo dejo pasar.

—Vamos, te llevo a casa.

—¿Vas a conducir mi coche?

—Si puedo follar en él, puedo conducirlo. —Le abro la puerta del copiloto y le indico que pase.

—Si tú lo dices…

Doy la vuelta y me acomodo en el asiento del conductor. Pues allá vamos.

—Iba a dormir aquí —me dice Andrés antes de arrancar.

—No si yo puedo evitarlo.

Hacemos la primera parte del trayecto en silencio. No es la primera vez que conduzco este coche. Andrés me enseñó a hacerlo hace unos años. Él está recostado en el asiento del copiloto con los ojos puestos en el paisaje detrás de la ventana y los míos están en él.

—¿Qué me miras? —me pregunta de pronto sin girar la cabeza. Debe de haber sentido el peso de mi mirada.

—Tienes algo en la mejilla —me invento sobre la marcha al mismo tiempo que me señalo la mía—. ¿Has comido chocolate?

Gira la cabeza y me mira con el ceño fruncido.

—No.

—¿Galletas?

—No.

—¿Mayonesa?

Andrés arruga aún más la frente.

—No tengo nada en la mejilla. Te lo estás inventando.

—Sí que lo tienes. Compruébalo. Llévate la mano a la mejilla izquierda y compruébalo.

—No pienso hacerlo.

—Tú mismo. Me sorprende que no notes el pegote…

Dirijo la mirada al frente en el mismo momento en que Andrés gruñe y se lleva la mano a la mejilla izquierda, comprobando que no tiene nada.

—Qué idiota eres —me dice sin poder esconder una sonrisa.

Yo solo me río más. Entonces, las ráfagas de viento impactan contra las ventanas, su silbido se nos cuela en los huesos y Andrés se estremece.

—¿Tienes frío?

—No. No es frío.

Enciendo el reproductor de música y lo pongo a máximo volumen hasta que *House of memories* , de Panic! At The Disco, retumba en todo el coche. Él me enseñó a hacerlo. Me enseñó a ver un cielo despejado en medio de la tormenta a través de la música. Me enseñó a sacar la tormenta de las entrañas a través de la música. Y funciona. Llorar lo indecible a través de la música siempre funciona. Andrés cierra los ojos, deja escapar las lágrimas que contenía y no vuelve a abrirlos hasta que llegamos al centro. Yo sigo mirándolo cada pocos segundos durante todo el trayecto. Siempre.

Vamos derechos a su dormitorio. Es medianoche y no nos cruzamos con nadie en los pasillos.

—¿Puedo entrar? —le pregunto antes de cerrar la puerta tras de mí.

—Ya has entrado.

Andrés casi siempre suena igual que su coche por fuera, pero, donde él cree que es música para los oídos a más de nueve mil revoluciones por minuto, en realidad es bastante exasperante. Hoy su respuesta no ha sonado exasperante, ha sido algo más sosegado, más parecido a cómo suena su coche por dentro. Y solo ha constatado un hecho.

Como bien dice, ya estoy dentro, así que lo ayudo a quitarse la ropa y a ponerse una camiseta de tirantes. Como no opone resistencia, también lo enfundo en unos pantalones cortos de chándal. Está para comérselo a besos, incluso con el brazo en cabestrillo. Sonrío.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Túmbate. Tienes que descansar.

Y me obedece, hasta ahí llega su cansancio. Se tumba bocarriba en la cama y yo voy a por un poco de agua. Alcanzo las pastillas que me ha dado la médico del bolsillo de mi pantalón y se las tiendo.

—Tómate esto.

Le ofrezco el agua y las pastillas. Se las toma sin rechistar y me tumbo a su lado. Tiene los ojos superabiertos. La adrenalina de todo lo que ha pasado hoy aún le corre por las venas. Tengo que cansarlo. Tengo que conseguir que se rinda. Necesita dormir. Física y emocionalmente.

—¿Puedo tumbarme?

—Ya te has tumbado.

—Dime algo que no sepa.

—Una vez vi un unicornio. Bajaba por un arcoíris. Desbocado.

No sé si romper a reír a carcajadas o besarlo. Tengo esta horrible sensación en el pecho y… Tengo que cansarlo. Tengo que conseguir que se rinda.

Decido agarrarlo de la parte posterior del cuello, decido cerrar la distancia entre nuestras bocas y decido besarlo. Es algo que me nace de lo más profundo del alma y siento que es lo más correcto que he hecho en mucho tiempo. Y que me roba el aliento. Porque lo necesito más que la piscina para respirar. Andrés me responde al instante, me sostiene la cara mientras me abre más la boca con la suya y presiona su cuerpo contra el mío, y lo que iba a ser solo una sesión de besos interminables donde él se sintiera querido y acabara exhausto desemboca en algo más.

Desemboca en una reclamación de la boca del otro.

En una riña de nuestras lenguas por llegar más profundo que el otro.

En algo abrumador.

Desemboca en mi cuerpo aterrizando encima del suyo.

En mis labios que se desplazan hacia su garganta al mismo tiempo que él abre la boca para gemir.

Desemboca en manos que tocan por todas partes.

En piel de gallina y abrazos desesperados.

Desemboca en que nos bajemos los pantalones de chándal y la ropa interior.

Lucho contra los escalofríos, pero no contra las ganas de amarlo con todo lo que tengo aquí y ahora. Me estiro y alcanzo un preservativo de la mesita al lado de la cama, sé que los guarda ahí. Se lo pongo y…

Desemboca en que Andrés entre en mí de un movimiento limpio y certero.

Y aunque es él el que me penetra soy yo quien le hace el amor con el movimiento de mis caderas. Un movimiento duro y tierno. Andrés echa la cabeza hacia atrás y gime con cada estocada que yo misma nos doy. Gime sin parar y a mí me encanta ese sonido.

Desemboca en que nos corramos al mismo tiempo unos minutos después mientras yo escondo la cabeza en el hueco de su cuello y él cierra sus labios en mi garganta. Una garganta a la que por fin se le ha ido el nudo que la comprimía.

Ambos suspiramos. Supongo que los dos lo necesitábamos. Necesitábamos este desahogo a todos los niveles y este contacto entre nosotros después de todo lo que ha pasado. Desde luego que yo lo necesitaba, lo anhelaba, y por eso no me muevo un ápice. No quiero dejar de sentir su cuerpo.

Andrés se desprende del preservativo y nos acaba moviendo. Caigo al colchón bocarriba, a su lado. Giro la cabeza y lo miro. Está concentrado en el techo y se le caen los párpados cada pocos segundos. Se está rindiendo al cansancio. Por fin.

—¿De verdad acabamos de follar? —Despierta de pronto y se cubre los ojos con el brazo bueno—. Joder, cuando se lo he planteado a la doctora lo decía de coña. Nicki, somos… somos un puto desastre.

No puedo estar más de acuerdo.

—Lo siento. Necesitaba dejarte fuera de combate.

Ahora me mira con los ojos desorbitados inundados de indignación.

—¿Perdona? ¿Me has follado para cansarme?

—Te he follado por muchos motivos y uno de ellos era cansarte, sí. Mátame.

—En cuanto recupere mi brazo.

Le cierro los ojos con cuidado con un movimiento de mi mano. Que se viniera arriba no era el plan.

—Cuéntame lo que pasó aquella noche —susurro. Él sabe a lo que me refiero.

—Ya sabes lo que pasó aquella noche —susurra de vuelta unos segundos después—. Patrick te lo contó. Y me apuesto la mano buena a que lo hizo con pelos y señales.

—Deja de apostarte partes de tu cuerpo. Quiero oírlo de tu boca.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito.

Andrés lo medita durante unos segundos y acaba aceptando. Comienza a hablar, o a susurrar porque habla en voz muy baja, y me lo cuenta todo sin dejar de mirarme a los ojos. Es la misma versión de Patrick. Exacta. La fiesta. El tonteo. La llamada. Elvira. La pizza de marisco. El hospital. Tengo que tragar saliva varias veces y contener las lágrimas unas tantas más.

—No estuve a la altura de tus expectativas —le digo en cuanto acaba. No lo niega—. Por eso lo hiciste. Por eso te acostaste con ella. Porque te decepcioné, ¿verdad? Te decepcioné por no entender lo que querías decirme. Por no leerte bien. Tenía que haberlo hecho. Te conozco de sobra. No creas que no lo hago. Dios, qué gilipollas fui.

—Nicki…

—Eres demasiado exigente. Contigo. Conmigo. Con nosotros. Y un desastre en el ámbito de las declaraciones de amor, tengo que decirte.

Consigo sacarle una sonrisa tímida.

—Se llama inseguridad —reconoce entonces.

—¿Inseguridad de qué?

—De que me rechazaras.

—¿Cómo iba a rechazarte? Dios, Andrés. Estaba loca por ti. Loca por ti.

—¿Y yo tenía que saberlo? No eres fácil. Nada fácil. Tengo un ojo de la hostia.

Nos quedamos en silencio, ambos interiorizando todo lo que nos estamos diciendo.

—¿Me habrías dicho que sí? —me pregunta poco después—. Si te hubiera preguntado de manera directa si querías tener algo serio conmigo, ¿me habrías dicho que sí?

—Con los ojos cerrados, a pesar de mis propios miedos e inseguridades. Pero lo entendí todo mal.

—Tú siempre lo entiendes todo mal.

—¿Y tú? ¿De verdad crees que esta mañana no iba a ir a verte a la enfermería? Me encontraba en las escaleras. Estaba enfadada contigo, pero me encontraba en las escaleras. —Andrés solo suspira—. Yo también tenía miedo. Mucho miedo. Nunca había sentido algo por alguien, no quería hacerlo, y de repente llegas tú con tu canción del Equipo A y el resto de bobadas, con esa forma de ser que me vuelve loca y esa cara tan bonita y remueves todo mi mundo.

—¿Yo remuevo tu mundo? —me pregunta con timidez.

—Bastante, sí. ¿Sabes cuándo me di cuenta de que empezaba a quererte demasiado?

—¿Cuándo?

—Cuando comencé a temer que te subieras a un avión cada vez que ibas a un partido.

—Nicki…

Andrés se coloca de lado y se acerca a mí. Yo no dejo que me interrumpa. Tengo que sacarme esto de dentro.

—Siempre he envidiado la ignorancia de los niños que no saben que los aviones se estrellan. A veces quiero volver allí, a aquellos años en que ver un avión surcar el cielo o hacer uno de papel era parte de la diversión, pero luego me doy cuenta de que yo nunca he estado ahí. No he tenido esa clase de infancia. Pero también me he dado cuenta de que no quiero que defina mi vida. No quiero que mi pasado defina mi futuro. —Le paso el brazo por encima del cuerpo hasta llegar a su espalda y le hago cosquillas; las caricias en la espalda después de hacer el amor siempre lo han dejado superfuera de combate—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Hoy te ha dado por pedir permiso para todo.

—¿Te has desenamorado de mí?

—Nicki…

—Soy consciente de que hacerlo puede costar tan solo un aliento. Y yo he perdido muchos. —Andrés va a arrancar a hablar, pero me adelanto—. Quiero proponerte algo.

—¿Qué?

—Quiero que empecemos de nuevo. Como si no nos conociéramos. Como si nunca nos hubiéramos visto ni hablado. Sin rencores, sin enfados, sin recriminaciones, sin malos recuerdos. Yo estoy dispuesta a hacerlo. Estoy limpia, Andrés. No tengo nada que echarte en cara. Los dos nos equivocamos, los dos la jodimos, y no pienso recrearme más en ello. Te perdono. Y me perdono. Reiniciamos. Tú mereces la pena. Mereces toda la pena. ¿Qué me dices, tenis? Quieres intentarlo? Porque yo me muero por hacerlo.

Esto no estaba planeado, no estaba planeado para nada, pero lo ansío con tanta fuerza que supongo que… me he rendido. Me he rendido y he dejado de luchar contra mí misma y contra mis enemigos imaginarios. He dejado de luchar contra molinos de viento. Estoy locamente enamorada de Andrés y quiero estar con él. Quiero quererlo. Dios, ¿por qué ahora parece todo tan fácil? Qué locura. Él no dice nada hasta que…

—Entonces, ¿Nicolasa?

Sonrío sin poder evitarlo.

—Sí. Nicolasa.

—En mi barrio hay una pizzería que se llama igual.

Andrés cierra los ojos y yo ya no interrumpo más su sueño. La ventana se abre de pronto por la fuerza del viento y me levanto a todo correr a cerrarla. Cuando regreso a la cama, sonrío porque está tan dormido que ni se ha enterado de lo de la ventana. Sin embargo, mientras lo observo, le entra un escalofrío y se le pone la piel de gallina. Tiro el edredón como puedo sobre él y me marcho en contra de mi voluntad porque es lo mejor que puedo hacer. Es lo que tengo que hacer. Si Andrés y yo acabamos de conocernos y apenas hemos intercambiado los nombres (él ni siquiera me ha dicho el suyo), no puedo dormir en su cama, a pesar de que aún sienta el sabor de su saliva en mi garganta. Quiero hacer las cosas bien, así que tendré que esperar a encontrármelo mañana en los pasillos del centro para volver a hablar con él.

Lo estoy deseando.

14: Somos una corydora, un bardo atigrado y un borrachito que ya no nadan en cardumen

ARTURO

Estoy en el fondo del mar. Suspendido en el fondo del mar, a más de mil metros de profundidad. Siempre pensé que rebosaría vida marina, pero me encuentro solo. Miro hacia ambos lados y no hay nada. Ni un ser vivo, aparte de mí. El agua no está fría, al contrario, la noto cálida. Demasiado cálida. Tanto que comienza a molestarme. A quemarme. Tiro de la camiseta, que me aprieta el cuello, y de pronto siento que no puedo respirar. No puedo respirar. Estoy en el fondo del mar y no puedo respirar. Nado hacia arriba lo más rápido que puedo, pero nunca llego a la superficie. Ni me acerco. Las zapatillas deportivas me pesan más que nunca. El traje de tenis me pesa más que nunca. Me arrastran hacia el fondo, como una especie de fuerza gravitatoria. Me hunden.

Me hundo.

«No, por favor. No quiero morirme».

No.

¡No!

—Arturo. ¡Arturo!

Por favor.

No.

—Arturo, despierta, por favor. Estás bien. Todo está bien.

Abro los ojos de golpe, desorientado. ¿Dónde estoy? Me toco el pecho. Respiro. Estoy respirando. Tomo bocanadas enormes de aire y me lleno los pulmones, pero no es suficiente.

—Me ahogo —sollozo.

—Respira, Arturo. Respira, joder. Respira conmigo.

Es Andrés el que me habla. Está sentado en la cama junto a mí. Me mira con una mezcla de lástima y preocupación. Hago lo que me dice. Imito sus movimientos y recupero la respiración. Regreso a la habitación del hospital.

—Estabas teniendo una pesadilla —me dice.

—Me ahogaba —confieso.

—Estás fuera del agua, Arturo. Está todo bien.

Asiento con la cabeza. Nunca pensé que estar fuera del agua me proporcionaría alivio.

—¿Qué hora es? —pregunto al mismo tiempo que me incorporo.

Lo primero que hago es mirar hacia la butaca en la que recuerdo ver sentado a Chris antes de

quedarme frito. Es instintivo, supongo. Sigue ahí. No se ha ido. Está dormido, hecho una bola, con los pies encima del asiento, y respira con normalidad. Debe de tener frío, por eso está acurrucado. Siempre se queda frío cuando duerme. Se despertará enseguida y entonces… se marchará. Ya tenía que haberse ido, pero… El corazón me da otro vuelco y vuelvo a frotarme el pecho. Recuerdo lo que ha sucedido cuando papá y mamá han entrado en la habitación y nos han visto llorando.

Mamá ha venido a la cama y me ha abrazado.

—¿Qué ha pasado, hijo? —me ha preguntado.

—Lo que debió haber pasado hace mucho tiempo.

Chris, que tenía la vista perdida en la ventana, se ha girado y me ha mirado con dolor.

—Espera al menos a que me vaya para hablar con esa frialdad de nuestra relación, ¿no?

—No es eso —he respondido con el mismo dolor—. Estoy pensando en tu carrera deportiva.

Algo en lo que debí haber pensado hace mucho tiempo. Él y yo nunca hemos jugado en la misma liga. Estábamos en desigualdad de condiciones. Yo no quiero dedicarme al tenis y tarde o temprano iba a explotar. Estaba dispuesto a dejarlo todo por él, pero porque no perdía nada. Nada que me importara. En cambio, él…, él lo perdería todo. Si nos hubieran descubierto, lo habría perdido todo. Pero fui lo bastante egoísta como para pasarlo por alto.

—¿Por qué no pensamos bien las cosas? Tiene que haber una solución —ha dicho mi madre —. ¿Robert?

—Encontraremos una solución. Salvaremos vuestras carreras deportivas.

Papá me lo ha servido en bandeja. Era mi oportunidad para contarles que quiero dejar el tenis, pero cuando he abierto la boca Chris ha dado un paso al frente, intuyendo mis intenciones, y me ha advertido con la mirada de que ni es el lugar ni el momento.

—No creo que los gilipollas que mueven el mundo piensen lo mismo —he dicho en su lugar, parafraseando sus palabras y aceptando de alguna manera que ese es nuestro único problema. No lo es, pero no estaba dispuesto a destapar nuestros problemas de pareja delante de mis padres.

—Con Andrés y tú lo hemos salvado. Os habéis enfrentado varias veces y nadie ha dudado de vuestra profesionalidad.

—Porque he ganado yo siempre, papá. Y no es lo mismo. No es lo mismo para nada.

—Tendrán que creerlo, no hay más que ver vuestros partidos.

—No funciona así.

Entonces nos hemos quedado en silencio.

—¿Quién va a quedarse a dormir? —ha preguntado papá poco después, rompiendo el silencio y las cavilaciones de cada uno de nosotros—. Solo puede hacerlo uno.

—Va a querer quedarse Andrés —ha dicho mamá.

—No —he respondido yo al momento—. Andrés no puede. El hombro. Tiene que descansar.

—Pues a ver quién lo convence de lo contrario.

—No va a aceptar nada, excepto…

Papá se ha callado y ambos han mirado a Chris.

—No —he negado en rotundo—. Ni de coña. ¿Qué parte de que acabamos de dejarlo es la que no habéis entendido?

—No me importa —ha respondido Chris—. Puedo hacerlo.

—No.

—Si no lo hago yo, tu hermano y su hombro jodido van a querer quedarse. Y todos sabemos

lo que pasa cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

—Buscaré otra manera de convencerlo.

—No la encontrarás. Tómatelo como un último favor que te hago, Claramunt. O como una despedida. Te dejo elegir. Ya sabes lo generoso que soy siempre contigo.

—Chris…

—Vamos, el cadáver de nuestra relación aún no se ha enfriado del todo. Toma ventaja de ello.

Yo lo he mirado con dolor y él lo ha hecho con indiferencia. No me ha convencido, pero todos lo han aceptado.

—Entonces, ¿qué? —ha dicho papá, acercándose a Chris y masajeándole los hombros—. ¿Ponemos ese partido de tenis?

—¿Arturo? ¡¿Arturo?!

Sacudo la cabeza.

—¿Qué?

—Digo que son las cinco de la mañana.

—Ah, vale. —Me seco el sudor de la frente, sin dejar de observar a Chris, y entonces giro la cabeza para concentrarme en mi hermano de nuevo—. ¿Y qué haces aquí? Deberías estar descansando.

—No podía dormir. Demasiadas emociones.

—¿Qué tal el hombro?

—Bien.

—¿Seguro? ¿Te duele?

—Apenas. Nicki me ha dado un montón de drogas y me las he tomado todas.

—Y ni eso te ha tumbado del todo.

Ambos reímos, pero su sonrisa no le llega a los ojos. Su sonrisa no es una sonrisa. Y lo noto triste.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Mentira. Me muevo hacia la izquierda, hacia la butaca, y le hago sitio en la cama.

—Métete conmigo, pero antes ¿puedes echarle algo por encima a Chris, por favor?

Andrés busca por la habitación y encuentra una manta en el altillo de un armario. La coge y cubre a Chris con ella. Él ni se inmuta. Está agotado. Andrés regresa al otro lado de la cama y se acuesta junto a mí. Nos quedamos en silencio, los dos mirando hacia el techo, y la ansiedad de la pesadilla muere casi al instante. Con Andrés tan cerca de mí me siento seguro.

—Lo siento —me disculpo yo entonces.

Andrés me mira.

—¿Por qué?

—Por haberte mentido durante nueve años.

—Arturo…

—No. Déjame hablar. Ni siquiera voy a intentar justificarme porque no existe justificación posible. Debí hablarte de Chris desde el primer momento. Desde nuestro primer Wimbledon. Debí confiar en ti. Debí decirte que me había encontrado con él en los baños y que había pasado algo increíble. Que tenía miedo de lo que podía significar, pero que también estaba eufórico. Debí decirte muchas cosas. Pero ya no hay vuelta atrás. Ahora solo espero que puedas perdonarme.

Andrés me abraza con fuerza, sin esperármelo, y le devuelvo el gesto al instante. Me aferro a él como nunca. Une nuestras cabezas y a mí se me escapa una lágrima. Por él. Por Chris. Por mí.

—Pensé que era culpa mía —me dice—. Que no me lo contabas porque no iba a saber estar a la altura y apoyaros.

—No. ¡No! Ni de coña fue eso. Lo habrías hecho. No tengo ninguna duda. Habrías sido nuestro mejor apoyo. Todo ha sido culpa mía. Me empeñé en ocultárselo al mundo y… Lo he hecho todo fatal. Chris me ha dicho algo y… tiene razón.

—¿Qué te ha dicho?

—Que todo su entorno lo sabía. Y es verdad.

—¿Todo su entorno? ¿Qué es todo su entorno?

—Su padre. Su entrenador.

—¿Stefan también lo sabe? Joder, Arturo. Y tú decides contárselo al puto Murnuais.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Es un buen amigo.

—Sí, lo que tú digas.

Volvemos a quedarnos en silencio, mirando hacia el techo. Él sigue triste. «¿Qué te pasa, Andrés?».

—Te quiero muchísimo. Eso lo sabes, ¿verdad? —susurro poco después—. Necesito que lo sepas.

—Claro que lo sé. Y ya estás perdonado, Arturo. No hay Chop sin Chip.

Río de nuevo.

—Gracias.

—Y si lo pensamos en frío, me has hecho un favor.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Me has hecho menos malo. Tú también cometes errores de campeonato.

—Tú no eres malo —remarco—. Y claro que cometo errores de campeonato. Más que tú. Soy un desastre, Andrés. Me dedico a una profesión que no me gusta desde hace mil años y he ocultado a mi novio de mi familia.

—Oye, en cuanto a lo del tenis…

La puerta de la habitación se abre de pronto, interrumpiendo lo que Andrés fuera a decir, y Aitana aparece en nuestro campo de visión.

—Hola —nos saluda con timidez.

—Hola —respondemos Andrés y yo al unísono. Yo lo hago con alegría, pero Andrés lo hace forzado.

Aitana se acerca a la cama, se quita los zapatos y se sienta a lo indio a nuestros pies, como tantas veces hemos hecho durante toda nuestra vida cuando nos quedábamos hablando hasta las tantas a escondidas de mamá y papá. Pero no es igual. Estamos raros. No nos movemos coordinados en la misma dirección. Somos una corydora, un bardo atigrado y un borrachito que ya no nadan en cardumen. Y no es nuestra naturaleza. Nosotros siempre nadamos juntos.

—¿Qué sucede entre vosotros dos? —les pregunto.

—Nada —responde Andrés.

—No cuela. ¿Qué ha pasado? ¿Qué os ha pasado?

—Le he contado a Patrick lo que le ocurrió a Tani hace siete años —confiesa mi hermano.

¿Qué?

—¿Por qué? —pregunto sin entender nada.

—Porque merecía saberlo. Llevas meses acostándote con él, Aitana —le dice a ella—. Lo

has usado a tu conveniencia y se trata de Patrick. No es cualquier tío. Tú también has cruzado la línea. Así que no me concedas todo el mérito a mí.

Me he perdido. ¿Aitana ha usado a Patrick y Andrés ha decidido traicionar su confianza? No. Aquí hay algo que no me cuadra. Él nunca haría eso.

—No tenías derecho —le recrimina ella.

—¡Tú tampoco!

—Shhh —les digo—. Vais a despertar a Chris.

—Dios nos libre.

—¿Y cómo que lo ha usado? —continúo—. ¿A qué te refieres, Andrés?

—Que te lo cuente ella.

Y eso hace. Me lo cuenta todo. Desde el principio. Me cuenta que se bloqueó en la cama con un compañero del equipo nacional de saltos y que unos días después le propuso a Patrick que la ayudara, pero sin explicarle los motivos. No los reales, al menos. Así que por eso estaban juntos. Por sexo. Pero algo no me encaja, porque no fue eso lo que Chris me contó. Y Chris sabe distinguir el sexo casual del sexo de pareja mejor que nadie. Me cuenta que han estado meses manteniendo relaciones sexuales y que se acabó cuando Patrick me besó porque ella dudó de él y esa era una de las reglas. Una de tantas. Y me cuenta que hoy Andrés ha decidido contárselo todo a Patrick y que han vuelto a discutir. Que han salido a la luz todas las mierdas del pasado y que él ya lo sabe todo. Absolutamente todo.

—¿Cómo se lo ha tomado? —pregunto yo.

—Mal —responde Andrés por Aitana—. Muy mal, como era de esperar. Y, por cierto, si veis que durante el resto de nuestra vida él y yo no nos dirigimos la palabra es porque nuestra amistad ha muerto. Os lo digo para que no os pille por sorpresa.

—¿Qué? —preguntamos Tani y yo al unísono.

Andrés se encoge de hombros.

—No quiere saber nada de mí.

Oh, y ahí está. Ahí está la razón de su tristeza. Por mucho que lo haga parecer casual, yo veo su corazón hecho añicos, porque Patrick le corre por las venas. Estiro el brazo, le cojo la mano y se la aprieto. «Lo arreglaremos, Andrés».

—Tú no tienes la culpa —le dice Aitana.

—Claro que la tengo —susurra él de vuelta—. Y se ha rendido. No lo culpo. Ha aguantado mucho más de lo que lo haría cualquier persona con dos dedos de frente.

—Andrés… —comienzo a decirle, pero él se sorbe la nariz y me interrumpe con un gesto de su mano, que se suelta de la mía.

—No quiero hablar de Patrick. Por favor —nos suplica. Aitana y yo asentimos con la cabeza. De momento, al menos. Se lo debemos por todas las veces que él hace cosas por nosotros—. Cuéntame tú qué ha pasado hace unas horas con Lacoste. Os he visto las caras cuando he vuelto a la habitación. Se supone que teníais que arreglaros, ser felices y comer perdices durante el resto de vuestras vidas.

—¿Por qué discutisteis en primer lugar? —me pregunta Aitana—. En el aparcamiento, me refiero. ¿Por qué lo dejasteis de repente?

—No fue de repente —susurro. Duele demasiado como para decirlo en voz alta—. Nosotros… Chris y yo hemos tenido nuestros problemas a lo largo de los años.

—Como todas las parejas, Arturo.

—Discutimos muy fuerte y nos hicimos daño.

—¿Discutisteis por mi accidente de moto? ¿Fue porque vuestra relación salió a la luz a raíz

de él?

—No. Ya habíamos discutido antes de que tú cogieras mi moto. Pasó algo en la discoteca. Él hizo algo y… Nos encerramos en el baño. Patrick nos pilló. Después entraron Elvira y compañía y… Patrick tuvo que besarme para cubrirnos. A la mañana siguiente Chris y yo discutimos de nuevo y yo le dije que lo quería por primera vez en nueve años.

—¿En serio no os lo habíais dicho? Pues ya os ha costado.

—¿Sabéis lo que respondió él? ¿Literalmente?

—¿Qué?

—«No me jodas, Arturo».

Cuatro palabras que se me siguen clavando en el corazón. Tanto Andrés como Aitana fruncen el ceño en un gesto tan idéntico que nadie podría negar que son hermanos.

—Mira —me dice Andrés—, por descontado que Lacoste no es santo de mi devoción, ya lo sabes. No sé por qué te respondió con semejante estupidez, pero desde luego que no es porque no te quiera. Cuando me caí de la moto, vino corriendo a socorrerme. Y estaba acojonado. Me di cuenta al instante de que me había confundido contigo. Le importas mucho. ¿Y cuando te caíste al agua? Él te sacó. Tendrías que haberlo visto.

—Llevamos nueve años liados, si tengo un accidente y no se preocupa por mi vida, apaga y vámonos.

—No era preocupación, Arturo. Era terror. Absoluto terror. No te pongas cabezota ahora, que cuando tú entras en bucle, no hay quien te saque. ¿Y cuando me vio borracho en mi habitación? Me puso de costado por si vomitaba, me cubrió con una manta y me quitó las llaves del coche. Y Lacoste *me odia* . Lo hizo por ti.

—¿Que Chris hizo qué? —Arrugo la frente—. No fue eso lo que me dijo. Me dio a entender que te había dejado ahí tirado.

—Ya. Me parece a mí que tu querido tenista monegasco se guarda mucho más de lo que habla. Y mira que habla, joder. No calla el tío. Pero tenéis que arreglar las cosas. La gente cree en el puto amor por parejas como la vuestra. No podéis dejarlo. No podéis. Lo superaréis, Arturo. Tenéis que superarlo.

—No lo sé —susurro—. Tenemos demasiados problemas, demasiados frentes abiertos, y yo ya no estoy seguro de nada.

Me recuesto en la almohada y se hace el silencio de nuevo. ¿En serio Chris ayudó a Andrés? ¿Por qué no me lo dijo?

—Me he acostado con Nicki —dice Andrés de pronto.

Me incorporo al instante.

—¿Otra vez? —pregunto yo.

—¿Cuándo? —pregunta Aitana al mismo tiempo.

—Hace unas horas. Me ha pedido que empecemos desde cero.

—¿Y tú qué has respondido?

—Que en mi barrio hay una pizzería que se llama como ella.

Rompemos a reír a carcajadas y yo enseguida les ruego silencio con el dedo cuando me doy cuenta de que podemos despertar a Chris, pero sin que se me borre la sonrisa.

—Estoy ilusionado —nos confiesa mi hermano—. Qué fuerte, ¿no? Con toda la mierda que tengo ahora mismo encima.

Pero míralo. Le ha cambiado hasta la cara, con lo perdido que parecía.

—Un rayo de luz en medio de la oscuridad —digo en voz alta.

—Tampoco te pongas tan cursi. Pero sí, joder. Es justo eso —se le escapa otra carcajada.

Sonrío, suspiro y me recuesto una vez más.

—Chicos… —Ninguno de mis hermanos me contesta, solo me miran—. ¿En qué… En qué circunstancias me sacó Chris del agua? Me refiero… ¿Qué fue lo que pasó? No pude frenar y… ¿con qué muro choqué? ¿Cómo llegué al agua y cómo me ayudó Chris a salir? No recuerdo nada y necesito saberlo.

Aitana abre la boca para hablar, pero Andrés se le adelanta.

—Chocaste con un pequeño muro del puerto. Nada grave, por suerte. Caíste al agua y Chris bajó a ayudarte porque habías perdido el conocimiento. La ambulancia llegó enseguida.

Aitana y Andrés cruzan una mirada y yo sé al instante que me ocultan algo.

—¿Un muro de qué puerto? ¿Y qué es lo que no me estáis diciendo?

—Detalles…, pero porque no los necesitas. No pienses en eso ahora, ¿de acuerdo? Lo importante es que estás bien.

Cierro los ojos y me dejo llevar por el cansancio. Cuando escucho voces y los abro de nuevo papá y mamá están en la habitación hablando con Miguel y Juan Carlos, Chris se encuentra en la puerta, a punto de irse, y mis hermanos están dormidos en la cama conmigo, Andrés estirado junto a mí y Aitana acurrucada al final.

—¿Qué hora es? —pregunto en voz baja. Y me contengo lo indecible para no mirar a Chris. Ni siquiera puedo culparlo por haber estado a punto de marcharse sin despedirse.

—Las ocho de la mañana —me dice mi madre—. ¿Qué tal estás, cariño?

—Arturo —Miguel y Juan Carlos se acercan a la cama y me dan un par de apretones. Miguel incluso me besa en la cabeza. Se los ve aliviados y preocupados al mismo tiempo.

—Estoy mucho mejor —les digo a todos.

—Acabamos de hablar con el médico. Enseguida vendrán a hacerte más pruebas. En principio, mañana te dan el alta. ¿Qué tal has pasado la noche? ¿Has dormido del tirón?

—Sí —miento.

—¿Con estos dos gandules en la cama? —Papá señala a mis hermanos con el dedo.

—Sí —respondo con una sonrisa tímida, por responder algo, porque todos mis sentidos están en Chris—. ¿Te vas ya? —le pregunto sin poder evitarlo.

—Sí.

No sé si lo he dicho, pero una de las cosas que menos me gustan en la vida es que Chris se muestre así de serio y que sea tan escueto en sus respuestas. Aunque, una vez más, no puedo culparlo. Pero cómo duele.

—Esperad —nos dice mi padre—. Tomad.

Nos ofrece una caja a cada uno. Primero a Chris, que le pilla más cerca, y luego a mí.

—¿Y esto?

—Teléfonos nuevos. Solo tenéis que recuperar la última copia de seguridad.

—Gracias —le dice Chris un tanto asombrado.

—De nada. Hijo —mi padre se dirige a mí—, Elsa y Bruno me han llamado veinte veces por lo menos. No se conforman con lo que yo les digo, quieren hablar contigo y ver que estás bien. Cuando te sientas con fuerzas dales un toque, ¿de acuerdo?

Elsa es la madre de Dami.

—Vale.

Y entonces se despierta Andrés. Nos mira desorientado, emite un suspiro al ver tanta gente alrededor y vuelve a cerrar los ojos.

—Buenos días, cariño —le dice mi madre. Se acerca a él y comienza a darle mimos. Andrés se queja, pero en el fondo está ronroneando. Papá también viene a la cama y le da un beso en la

cabeza.

—Bueno, yo me voy ya —nos dice Chris—. Recupérate, Claramunt, y gracias de nuevo por el móvil.

Estoy a punto de echarme a llorar una vez más cuando se abre la puerta y aparece el señor Lacoste. Alucino un poco, la verdad.

—*Papa.*…

—Buenos días —nos saluda en inglés un segundo antes de fundirse en un abrazo con su hijo. Contengo las lágrimas de puro milagro. Es la primera vez que los veo abrazarse. «Oh, Chris. Qué imagen más bonita».

—No tengo el gusto —les dice a mis padres y a Miguel y Juan Carlos cuando se desembaraza de su hijo—. Soy el padre de Christopher. Me llamó ayer para contarme lo que había sucedido y siento presentarme así, pero aprecio mucho a Arturo y quería venir a verlo. Solo serán unos minutos.

Todos estamos alucinados, no solo yo. Miguel y Juan Carlos los que más (entiendo que Rafa aún no les ha hablado de mis escarceos amorosos). Papá incluso le pregunta a Andrés en un susurro de los suyos «¿se conocen?» justo antes de que mamá reaccione y se acerque a la puerta a darle la bienvenida.

—Encantada —le ofrece la mano—. Yo soy Miranda, la madre de Arturo.

—Sí. Te he visto en los partidos. No te pierdes uno.

Miguel y Juan Carlos son los siguientes en saludarlo, aunque siguen alucinados. Juro que tienen la mandíbula en el suelo.

Y por último, papá.

—Yo soy Robert. —Le ofrece la mano.

El padre de Chris lo mira con admiración y le devuelve el apretón, entusiasmado.

—Es un placer, Robert. Soy un gran admirador tuyo. Lamento que nos hayamos conocido en estas circunstancias. —Entonces se acerca a mí—. Hijo, ¿cómo estás?

—Estoy bien. Mañana me dan el alta.

—Bien. Reposo absoluto, Arturo, que nos conocemos.

«¿Se conocen?», vuelve a susurrarle mi padre a mi hermano. Yo elevo los ojos al cielo, Miguel y Juan Carlos aguardan la respuesta de Andrés, que no se molesta en responder, y yo elevo los ojos al cielo de nuevo.

—Sí. Lo prometo —le digo al señor Lacoste.

—Por cierto, ¿dónde vas a reposar? —me pregunta mi hermano, aún tumbado a mi lado en la cama—. ¿Vas a Barcelona o te quedas en el CAR? Para hacer las maletas, digo.

—¿Reposar? No puedo reposar. Tengo que estudiar. Los exámenes están a la vuelta de la esquina.

—Pues tendrás que esperar a la próxima esquina. No te plantees estudiar en lo que queda de mes, porque no va a pasar —dice Chris. Y nadie lo corrige. Eso sí, Miguel y Juan Carlos alucinan aún más si cabe.

—Y de ninguna manera vas a ir al CAR —añade papá—. Te vienes a casa con nosotros.

—Estoy bien, papá…

—O también puedes venirte conmigo a Mónaco unos días —me ofrece el padre de Chris.

—¿A Mónaco? —preguntamos todos a la vez. Todos. Incluso Chris.

—Sí, para que cambies de aires y despejes la cabeza. Te vendrá bien. Solo serán unos días, llegarás a tiempo a pasar las Navidades con tu familia.

La sorpresa me dura unos instantes. El señor Lacoste y yo hemos hablado mucho en los

últimos años y mantenemos una relación muy estrecha. Él me conoce y yo lo conozco. Él intuye que no quiero a mi familia noche y día encima de mí y me ofrece una salida. Sabe que Mónaco es perfecto. No estoy solo, pero tampoco agobiado por todos mis seres queridos. Y yo siempre me he sentido a gusto con él. Encajamos desde aquella primera llamada en que cogí el teléfono de Chris y hablamos por primera vez.

Miro a mis padres, no les horroriza la idea, porque no se han negado en rotundo, como con el CAR, así que lo dejan en mis manos.

—No conozco Mónaco —pienso en voz alta.

—¿Cómo que no conoces Mónaco? —pregunta Andrés indignado, y se dirige a Chris—. ¿Nueve años juntos y no lo has llevado a conocer tu reinado ninguna de las veces que ha jugado allí, Príncipe Malvado?

—No es que dispusiera de demasiado tiempo —responde Chris—. Apenas lo dejabais solo unas horas.

—¿Y qué hacíais en esas horas si no era ver la ciudad?

—¿Tú qué crees?

Se me suben los colores al instante, lo noto hasta en las orejas. ¿Pues qué íbamos a hacer? Ir al hotel de turno a follar. Pasear juntos de la mano no estaba en el catálogo. El resto llega a la misma conclusión. Mis padres. Su padre. Miguel y Juan Carl…

—¡¿Estáis liados desde hace nueve años?! —pregunta el último.

—Vale, ahora me encaja todo mucho más —añade el otro.

«Joder, Andrés». Lo miro con mala cara, pero no parece arrepentido. Y entonces Aitana se despierta. Abre los ojos y se incorpora. Nos mira a todos con la frente arrugada.

—Hombre, bella durmiente —la saluda Andrés—. Por fin nos deleitas con tu presencia. ¿Que qué te has perdido? Arturo se va a Mónaco.

Me froto los ojos y recuesto la cabeza en la almohada.

—En serio, ¡¿nueve años?!

Joder.

15: Tantas como despertarme con branquias (que puede resultar un poco asqueroso, así a priori, pero lo molaría todo)

ARTURO

Mónaco. Día 1

Nunca había visitado Mónaco en diciembre. No al menos en cuerpo y alma. Pero sé que el sol sale a las ocho de la mañana y se oculta a las cinco de la tarde. Y que necesito ropa de invierno, a pesar del clima mediterráneo. Que hay un árbol de Navidad de dieciocho metros y miles de adornos en blanco y negro en la plaza del casino de Montecarlo y que el espectáculo de luz y sonido siempre queda eclipsado por la voz y la sonrisa de Chris en el fondo de la pantalla de mi teléfono. Oh, y también sé que la brisa es fría pero sopla suave. A Chris apenas se le revuelven los mechones del flequillo en esta época del año, aunque las mejillas siempre se le tiñen de un color carmesí. Pero es que eso es tan habitual en él como reprimir una risa inapropiada. La que reprimo yo cuando veo que se le suben los colores cada dos por tres. La primera vez que me percaté de esa peculiaridad de su piel fue en nuestro primer partido. Apenas llevábamos quince minutos jugando y a él ya se le colorearon los mofletes. Yo pensé que estaba cansado y que ganarlo era pan comido. Nada más lejos de la realidad.

—Ya estamos.

Salgo de mi ensimismamiento y regreso a la limusina que nos ha recogido al padre de Chris y a mí en el aeropuerto. Hemos llegado a su casa. Y no importa que ya haya caído la tarde, ni que esta noche no brille la luna llena, ni que yo haya estado aquí miles de veces a través de las videollamadas casi diarias con Chris, el aspecto de la prestigiosa villa me golpea con tanta fuerza que me deja sin aire. Y no es por su majestuosidad imponente, sino por el recuerdo de percibirla mientras hablaba con él. Mientras compartíamos la vida gracias a la tecnología del siglo XXI.

Ignoro el dolor en el pecho y subo las escaleras de piedra que dan acceso a la entrada principal. Huele a salitre y a Chris. Todo huele a salitre y a Chris. Escucho el sonido de las olas y lo reconozco. Sé que el mar se encuentra justo al lado, bajo el acantilado, y que las vistas a la bahía son impresionantes. Sé que hay una pista de tenis a menos de cincuenta metros. Y el mármol, las columnas, las chimeneas, los techos altos del interior de la vivienda… Es como si este lugar y yo ya nos conociéramos, a pesar de que es la primera vez que nos vemos. El color blanco de las paredes atesora un matiz grisáceo muy clarito del que no me había percatado a través del teléfono. El padre de Chris me acompaña al piso de arriba, a mi dormitorio, o al que va a ser mi dormitorio durante estos días, y solo necesito un segundo para darme cuenta de que…

—Estamos en la habitación de Chris —digo en voz alta, casi sin aire.

No he soñado yo veces con estar aquí. Tantas como despertarme con branquias (que puede resultar un poco asqueroso, así a priori, pero lo molaría todo). El cabecero de madera. La galería de cuadros y láminas que viste la pared de color azul marino y la ropa de cama en tonos grises a rayas y cuadros a juego con la alfombra que cubre el suelo. Oh, y el reloj despertador con forma de pelota de tenis en la mesita de noche de madera blanca en línea con los cuadros. Y su aroma. Está por todas partes con mucha más intensidad que en el resto de la casa.

—Sí. He pensado que así te sentirías en casa. Él no está aquí y no tiene ningún sentido que te quedes en una de las habitaciones de invitados. A no ser que tú así lo prefieras.

—No. Está bien. Gracias.

—Arturo…

—Aún no le he pedido disculpas —lo interrumpo, fuera lo que fuera a decirme.

—¿Disculpas por qué?

—Por traicionar su confianza. Me habló de su vida privada y yo no tenía derecho a decírselo a Chris. No tenía derecho a decirle que había rehecho su vida. Pero sentí que tenía que saberlo y… Él está por encima de todo. Lo siento.

—No tienes nada por lo que disculparte. Yo habría hecho lo mismo. Y ya era hora de que lo supiera. Creo que hemos dado un paso adelante gracias a ti.

—O uno hacia atrás…

Depende de cómo se lo haya tomado Chris.

Entro en el dormitorio y voy directo a la mesita de noche al lado de la cama. Llevo años viendo en nuestras llamadas una foto de él de pequeño y me podían las ganas por contemplarla de cerca. Y que ya no estemos juntos no ha acabado con ellas. Ni de lejos. La foto es de Lucerna, tal y como me temía, y Chris tiene unos cinco años. Está de pie encima del sofá de cuero blanco donde él y yo tantas veces hemos hecho el amor (lo siento por eso, señor Lacoste) y ríe por algo. Rozo la imagen con el dedo índice de la mano derecha. Chris ya era guapo desde entonces. Más que un mar lleno de peces. Más rubio que ahora, pero con los mismos ojazos azules que quitan el hipo. Pero está solo en la foto. Echo un vistazo general al dormitorio, busco a propósito alguna imagen de su madre, pero no veo ninguna. Aún me quedaba esa esperanza… Suspiro. Esto solo me demuestra hasta qué punto no lo ha superado. Y me reafirma en mi decisión de separarnos. Chris no está preparado para comprometerse en una relación sentimental. Aún tiene demasiado miedo a amar.

Vuelvo al presente y me doy de bruces con la mirada preocupada de su padre. Carraspeo y dejo la foto en su lugar.

—Solo espero que a Chris no le moleste que yo duerma aquí.

Sonríe.

—Créeme. No le molesta.

Yo no estaría tan seguro. No sé nada de él desde hace dos días. Se marchó del hospital poco después de que yo aceptara venir a su casa y… hasta hoy. Cero comunicación. Y duele. Duele no verlo. Duele no escucharlo. ¿Cuándo va a dejar de doler?

Entonces advierto una goma de pelo negra enganchada en el tirador del primer cajón de la mesita de noche y un coletero de flores en el segundo. El coletero no lo había visto en mi vida, pero la goma de pelo la reconozco. Era de Aitana. Se la pedí prestada hace mil años para usarla a modo de pulsera, en mi época de «me gustan las pulseras y esto me sirve», pero un día desapareció. La perdí. O eso pensaba yo. Me siento en la cama.

—¿Se lo ha consultado? —le pregunto.

¿Por qué siento esta necesidad de saber de él, aunque solo sea para ver si ha hablado con su padre de mi visita a su casa?

—No ha hecho falta. ¿Sabes por qué mi hijo entró en tu CAR?

—Por lo que pasó en Wimbledon con mi hermano. Fue un castigo.

—No. Prueba mejor con una recompensa. Entró porque él quiso. Entró porque él me lo pidió. Lo hizo de esa manera velada tan suya, como puedes imaginarte, pero el mensaje fue claro. Quería estar allí contigo. Acabar con la distancia entre vosotros de una vez por todas. Y yo lo disfracé de castigo. Moví los hilos necesarios, hablé con su entrenador y con el tuyo, que habló con tu padre, y el resto ya lo sabes.

¿Chris entró al CAR por mí?

—Nunca me dijo nada —susurro.

—No es su estilo.

—¿Por qué me lo cuenta ahora?

—No me culpes por querer lo mejor para mi hijo. Y tú eres lo mejor para mi hijo. Lo sé desde hace años.

No puedo responder. No puedo ni de levantarme de la cama.

—Ya no estamos juntos —digo por fin.

—Lo sé. Me lo ha dicho. Anda —me ayuda a incorporarme—, vamos a cenar. Te hemos preparado uno de tus platos favoritos: espaguetis con aceite y sal. Te van a encantar.

—¿Hemos? —le pregunto con una sonrisa un tanto forzada.

—¿Quién te crees que le ha dado las instrucciones a Isabelle de la cantidad de aceite y sal?

Isabelle es la cocinera, supongo…

—Claro, claro…

Mamá :
Cariño, llámame en cuanto llegues.

Nicki :
¿Has llegado ya?
Nicki :
Disfruta y descansa.
Nicki :
Por aquí todo estará justo como lo dejaste.

Arturo :
¡Cuídame los libros!

Nicki :
Ja, ja, ja.
Nicki :
Hecho.

Patrick :
¿Has llegado ya?

Arturo :
Sí.

Patrick :
OK.

Arturo :
Aunque nos separen los kilómetros siempre estaré cerca para ti.
Arturo :
Lo sabes, ¿verdad?
Arturo :
Voy a echarte de menos.
Arturo :
Nos vemos a la vuelta.

16: «¿Qué sientes por Arturo Claramunt?»

PATRICK

15 de diciembre. Tercera sesión con Fernando

—¿Qué sientes por Arturo Claramunt?

—¿En qué sentido?

—Eso no es una respuesta.

—Pues es mi respuesta.

—Bien. Vamos a ver si encontramos una mejor. ¿Quieres?

—¿Importa lo que yo quiera?

—Sí.

—Bien. Dale.

—¿Te preocupas por él?

—Sí, claro.

—¿Y harías cualquier cosa por ayudarlo?

—Sí.

—Incluso besarlo en la boca y fingir que estáis juntos delante de una multitud para sacarlo de un apuro, tal y como me contaste ayer. Ni siquiera lo dudaste.

—No.

—¿Crees que él habría hecho lo mismo por ti?

—Sí.

—¿Qué sentiste cuándo creías que se mataba en el accidente de moto?

—Se me abrió un agujero en el pecho.

—¿Y qué sentiste horas después cuando descubriste que te había ocultado algo importante durante siete años?

—No lo hizo con maldad.

—Esa no es la pregunta. No quiero escuchar lo que tu sentido común te dice que tienes que pensar o sentir. Quiero escuchar lo que *tú* piensas y sientes. ¿Te dolió que Arturo te ocultara lo que le sucedió a Aitana?

—Yo también lo habría hecho en su lugar.

—Es una pregunta de «sí» o «no», Patrick. ¿Te dolió?

—Sí.

—¿Crees que tiene razones para estar enfadado contigo por lo que pasó?

No respondo.

—¿Quieres estar tú enfadado con él?

—Sí.

—Pero no te permites estarlo.

—Porque no lo hizo para hacerme daño. Y por… el accidente.

—¿Crees que no puedes estar dolido con él porque casi se mata?

No respondo.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Acabo de ver pasar un sentimiento de puro terror por tus ojos. Justo después de que yo dijera que Arturo casi se mata. ¿Por qué?

—Estoy… preocupado por él.

—¿Por qué? Arturo está bien. En Mónaco. En la casa de los Lacoste.

—Estoy preocupado por que tenga secuelas a causa del accidente.

Silencio.

Silencio.

—¿Qué me estás ocultando?

«Alguien ha intentado hacerle daño y no sabemos quién».

—No puedo decírtelo.

Silencio.

Silencio.

—¿Por qué miras tanto la hora? ¿Quieres irte?

—No quiero cruzarme con Andrés.

—No vas a cruzarte con Andrés.

—¿Has movido sus sesiones?

—Olvídate de Andrés por un momento e imagínate que Arturo no ha tenido el accidente. ¿Qué le dirías?

Silencio.

—¿Nada?

—Es complicado ponerse en situación.

—Inténtalo. Cierra los ojos.

Rompo a llorar.

—No puedo. Ahora no puedo.

—Está bien. Tranquilo.

—Tengo miedo.

—Arturo está bien. Patrick —Fernando se acerca a mí por primera vez y me abraza—, Arturo está bien. Jamás ha tenido un accidente, pero sí te ha ocultado lo que le pasó a su hermana. ¿Qué le dirías? Vamos. Deja que salga todo.

—¿Siete años? ¿Siete putos años? —grito de pronto sin dejar de temblar y de llorar sobre su hombro—. ¡Vete a la mierda, Arturo! Vete a la puta mierda.

—¿Qué harías después?

—Abrazarlo muy fuerte.

—Bien. Y ahora dime, ¿qué sientes por Arturo Claramunt?

17: Como una gaviota ante un bufé libre de percebes

ARTURO

Mónaco. Día 2

Dami :
¡Buenos días!
Dami :
¿Qué tal por la pequeña ciudad-estado independiente en la costa mediterránea de Francia, conocida en todo el mundo por sus lujosos casinos, la bahía bordeada de yates y la prestigiosa carrera de Fórmula 1?
Dami :
Ya me contestarás cuando puedas.
Dami :
Disfruta de unas merecidas vacaciones. Yo te guardo el fuerte.

Sonrío. Dami siempre consigue sacarme una sonrisa.

Arturo :
Buenos días.
Arturo :
Por aquí todo en orden.
Arturo :
¿Tú estás bien?

Dami :
Sí.

Arturo :
¿Seguro? Te noté preocupado cuando nos vimos antes de irme.

Dami :
Me has dado un susto de muerte, Art.

Arturo :
Estoy bien.

Dami :
Lo sé, pero a mí aún se me tiene que pasar el susto.

—¿Más zumo de naranja antes de irnos?

—No, gracias —le respondo al señor Lacoste al mismo tiempo que dejo el móvil sobre la mesa. También tengo un par de mensajes de Andrés, pero luego los veo.

Desayunar es tan cotidiano como levantarse de la cama cada mañana.

Desayunar en la cocina del padre de Chris, después de haber dormido en su cama (en la de Chris), es tan inaudito como Rariphotic, una nueva región oceánica en la que se han encontrado un montón de nuevas especies de peces jamás conocidas por el ser humano. Pero no es solo una anomalía, también es un «hallazgo sin precedentes que se muestra al mundo como uno de los descubrimientos más impresionantes de los últimos años».

Yo podría haber descubierto Rariphotic.

Y puede que me encuentre ahora mismo allí, tan a gusto como un pez en el agua.

Yo podría vivir en Rariphotic.

Entonces oímos el ruido de la puerta y ambos nos miramos extrañados porque ¿quién tiene llaves de esta casa y entra por la puerta principal aparte de él?

Chris.

Chris tiene llaves de esta casa y entra por la puerta principal.

—Hola —nos dice como quien no quiere la cosa en cuanto aparece en el umbral con una maleta de viaje en la mano.

Yo estoy flipando, pero antes de abrir la boca a causa de la sorpresa, me pierdo unos segundos en su apariencia. En el pelo engominado, el brillo en los ojos —que no sé cómo interpretar— y la ropa casual: vaqueros, deportivas, camiseta y sudadera. Reconozco que me cuesta reaccionar. Cualquiera diría que acaba de bajar de un avión. Está guapísimo. Y parece tan joven. Más joven de lo normal. Más joven que en la pista. Parece un chaval de veintipocos años, no un tenista de élite. Y aunque me flipa el Chris deportista, siempre he disfrutado muchísimo más del Chris más mortal.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunta su padre.

—¿En mi casa te refieres? ¿O ya me has desheredado?

—Se suponía que no vendrías —consigo decir yo por fin.

—¿Y cómo lo sabes, Claramunt? No es que me hayas preguntado por mis planes.

—Lo asumí.

—Tú siempre asumes muchas cosas.

—No me dijiste que tuvieras intenciones de venir.

—Ya, bueno, mientras te decidías a dejarme y tal no surgió el tema —dice despreocupado. Después echa un vistazo a los platos vacíos encima de la mesa y a nuestros atuendos—. ¿Ibais a salir?

—Sí —responde el padre de Chris al mismo tiempo que carraspea—. Quiero enseñarle a Arturo… eso. —Ambos se miran—. Ya sabes.

—Oh —A Chris se le ilumina la mirada—, ¿me concedes el honor, papá?

—Claro, es todo tuyo. Si no supone un problema —nos dice, mirándome a mí.

—Ningún problema —responde Chris por los dos—. Hemos quedado en buenos términos. ¿Verdad, Arthur? Venga, vamos.

No es que me dé opciones a negarme.

—Eh, claro —contesto nada convencido al mismo tiempo que me levanto—. Pero ¿de qué trata todo esto?

—Ya lo verás. Tú sígueme.

Vaaale.

—Ahora vuelvo —le digo al señor Lacoste.

—No os apuréis por mí.

Y me sonríe. Yo giro sobre mis talones y sigo a Chris hacia la entrada principal. Y como se forma un silencio incómodo entre nosotros aprovecho el trayecto para leer los mensajes de mi hermano.

Andrés :
Hace horas que he perdido de vista al Príncipe Encantador.
Andrés :
O está encerrado en su cuarto llorando por las esquinas porque le falta su tete del alma o, llámame intuitivo, va para allá.
Andrés :
Suerte, tato. ;)
Andrés :
Me gusta tato. Y no está vilipendiado.
Andrés :
Oh, mierda, ¡acabo de ver que Lacoste me ha dejado al cuidado de la puta coneja!
Andrés :
¡No me lo puedo creer! Será cabronazo.
Andrés :
Verás cuando vuelva. ¡Le voy a dar bien por el culo!
Andrés :
No literalmente. Tú me entiendes…

Arturo :
Se llama René.
Arturo :
Su culo no. La coneja.

Andrés :
Gracias por la aclaración. A mí me has evitado un trauma y a Fernando que pete de una vez por todas.

Arturo :
Trátala bien.
Arturo :
No la entretengas mucho por la noche. Cuanto más tarde se duerme antes se levanta y

antes va a despertarte a ti.

Arturo :
Y que no coma más tarde de medianoche.

Andrés :
¿Qué es? ¿Un puto gremlin?

Arturo :
Suerte, tato. ;)

Arturo :
Me gusta tato.

Andrés :
No me cameles.

Arturo :
¡Te quiero!

Andrés :
Recuérdalo cuando quiera cobrarme el favor.

—Arturo.

Levanto la cabeza y me detengo al instante. Sin darme cuenta, Chris se ha parado en la puerta de un garaje y yo casi choco con él.

Arturo :
¡Te dejo! Y, sí, Chris está aquí.

—¿Con quién hablas? —me pregunta.

—Con mi hermano.

Chris sonríe.

—¿Ha encontrado ya el regalito que le he dejado en la puerta de su dormitorio?

—Sí. Y está cabreado.

—Bien. Me gusta el Andrés cabreado. Sobre todo cuando estamos a cientos de kilómetros de distancia y no tengo que verle el careto. —«Estás viendo el mío, que es el mismo»—. Y ahora cierra los ojos.

—¿Yo?

—¿Ves a alguien más por aquí?

—¿Por qué tengo que cerrarlos?

—Tú ciérralos.

—No quiero cerrar los ojos.

—Hazlo, por favor —me pide con el mismo tono de voz dulce que usaba cuando se ponía cariñoso conmigo en la cama—. Confía en mí.

Suspiro y los cierro. Espero unos segundos y entonces noto los aspavientos que hace con las manos delante de mis ojos.

—Estoy notando los aspavientos —le digo.

—Es para asegurarme de que no ves nada.

—No veo nada.

—¿Lo juras por las tortugas estrelladas de Madagascar?

Golpe bajo. Son mis favoritas. Menos mal que no estoy haciendo trampa.

—Lo juro por las tortugas estrelladas de Madagascar.

—Vale.

Levanta la persiana, o eso creo por el ruido, y se acerca a mí.

—Oye, Claramunt —me susurra al oído. Se me ponen los pelos de punta. En la nuca. En los brazos. Y hasta en las piernas—. Ahora voy a tocarte, ¿de acuerdo? Es solo para situarte.

Se me encoge el corazón. Chris lleva tocándome desde los catorce, cuando le ha dado la gana y donde le ha dado la gana, y jamás me había pedido permiso antes, excepto aquella primera vez en los baños de Wimbledon. Se me hace lo más triste del mundo. Lo más triste que hemos vivido. Ya no somos nosotros. ¿Qué ha sido de aquellos dos chavales? ¿Cuándo ha pasado toda esta mierda y… por qué?

—De acuerdo —acepto.

Me sujeta por los hombros sin recrearse demasiado, es más bien un toque frío, y me indica que me gire y me mueva unos pasos.

—Ya está. —Deja de tocarme, pero yo aún puedo sentir el fantasma de sus manos en la piel. Y sé que va a ser así durante las próximas horas—. Puedes abrir los ojos.

Los abro y… Oh, madre mía. Es una colección de motos. Una colección de motos impresionante. Hay más de cien. ¡Doscientas, por lo menos! Guau. Entro y comienzo a pasearme entre ellas como una gaviota ante un bufé libre de percebes. Esto es un paraíso terrenal. No sé ni por dónde empezar. Hay Montesas, Ossas, Bultacos, Kawasakis, Ducatis, Derbis, una Monet Goyon… Dios, ¡una Monet Goyon!

—¿Son de tu padre? —le pregunto por mera asunción, sin dejar de pasear y acariciarlas. A Chris no le gustan demasiado las motos.

—Sí. Lleva más de veinte años buscándolas y restaurándolas.

—Qué pasada. No tenía ni idea de que a tu padre le gustaban las motos.

—Es algo que tenéis en común.

«Aparte de nuestro amor por ti, ¿dices?».

—¿Por qué nunca me habías hablado de ello? —le pregunto, examinando la Goyon de arriba abajo.

—Porque esperaba enseñártelas algún día. Y quería que fuera una sorpresa, como ahora. Deberías verte la cara.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada. Me doy cuenta de que el tono jovial de los últimos minutos ha desaparecido y de que me mira como nunca me ha mirado. Con pena.

—¿Quieres probar alguna? —me pregunta entonces.

—¿Puedo?

—No sé. —Se acerca a mí—. ¿Puedes? ¿Te sientes capacitado para coger una moto?

—Sí —respondo sin dudar.

—¿Estás seguro? —insiste mirándome a los ojos.

—Sí —repito sin apartar la mirada.

—Bien. Pues son todas tuyas. Elige.

—¿Cualquiera?

—Cualquiera.

Sonrío y él lo hace conmigo, por fin, aunque la pena sigue ahí, rodeándonos, estrangulándonos. Ojalá pudiera borrarla del mapa. Elijo, sin dudar, una Bultaco Lobito. Me acerco a ella y la acaricio con las yemas de los dedos.

—Quiero esta. Es una moto todoterreno del 73. Doble horquilla delantera. Doble conjunto muelle-amortiguador trasero. Asiento plano al más puro estilo *café racer* . Neumáticos de tacos con unas medidas de escándalo. Y frenos de tambor en ambos ejes, suficientes para detener sus más de ochenta y ocho kilos.

Vuelvo a levantar la vista y veo que Chris me mira con una ceja arqueada. A ver, no es que haya memorizado sus características. Bueno, quizá un poco. Pero es que me encanta esta moto. Es como una bicicleta con motor, y es increíble que aún funcione.

—De todas las que hay —me dice él de camino hacia el armario de las llaves—, tenías que quedarte con la de la marca española, fundada en Barcelona.

Sonrío y me subo a la moto. Buah, la sensación de estar aquí sentado… Es como viajar en el tiempo y protagonizar una película en blanco y negro. Chris podría ser Marlon Brando. Me ofrece las llaves y yo me muero de ganas por compartir esto con él, así que…

—¿Te llevo?

—No sé. ¿Me llevas?

Por supuesto que sí.

—Vamos, sube, rubiales, que te doy un voltio.

—¿Un qué? —pregunta divertido.

—Un voltio.

—¿Voltio? ¿Eso es catalán?

—No, es español. Es…

Un recuerdo de hace mucho tiempo, un fogonazo, se cuela en mi cabeza, impidiéndome continuar.

—¿Sabes qué? Estás muy gracioso cuando te emborrachas. Y me miras de una manera muy cómica también.

—Eres un poco guapete tú.

—¿Guapete? ¿Eso es catalán?

—No, es español. Es una manera cariñosa de llamarte guapo.

—¿Es qué? —me pregunta Chris, trayéndome al presente de nuevo.

—Una manera de decirte si quieres que te dé una vuelta.

—¿Una manera cariñosa?

Y otro vuelco al corazón. Él también lo ha recordado. Carraspeo y sigo a lo mío.

—Vamos, sube. Moteemos hasta el amanecer.

Chris asiente y me pasa un casco muy *vintage* de color verde. Mientras se pone el suyo, azul, sube en la moto. Acomodamos mi trasero y sus caderas para que entremos los dos de manera cómoda y ajusto los espejos ignorando lo mejor que puedo la sensación de su cuerpo pegado al mío. Chris me pasa un brazo por encima del hombro y con el otro me rodea la cintura.

—Arranca —me susurra al oído. Los cascos *vintage* nos dejan las orejas libres. Y yo solo espero que el escalofrío que me ha recorrido la columna vertebral le haya pasado inadvertido. Siento que me arden las orejas. Eso es difícil de esconder.

—¿A dónde? —susurro de vuelta.

—Yo te voy guiando. Arranca.

Arranco y… él me va guiando. Me guía durante más de diez horas y se convierte en el viaje más increíble de mi vida, por tantos motivos que no sé si voy a saber exponer, pero voy a intentarlo.

Es el viaje más increíble porque el día está despejado y el sol brilla con fuerza mientras recorremos la ciudad. Porque Chris me susurra al oído la dirección que tengo que tomar mientras cruzamos sin detenernos la fuente de la plaza del gran casino de Montecarlo, el anfiteatro al aire y las catedrales.

Es el viaje más increíble porque, cuando pasamos por el Hotel de París, Chris me cuenta que es el hogar de la cava de vinos más grande del mundo y porque vuelve a susurrarme al oído:

—Aquí Sean Connery y Pierce Brosnan recitaron algunas de las líneas más memorables de James Bond.

Es el viaje más increíble porque, cuando llegamos al puerto, Chris me hace reír como hacía días que no reía.

—Yates —me dice divertido—. Más yates —continúa un minuto después. —Y más yates —ríe en mi oído.

Es el viaje más increíble porque, cuando tomamos la carretera secundaria que recorre la costa azul, Chris apoya la cabeza en el hueco de mi cuello y suspira. Y ya solo vemos el mar. Y arena fina y dorada. Y no puede ser más perfecto. O sí. Porque entonces Chris vuelve a susurrarme al oído:

—En lo alto de esa colina —retira el brazo de mi hombro y me señala el lugar— se encuentra el pueblo de Èze. Tiene una de las vistas sobre el litoral más espectaculares.

Es el viaje más increíble porque yo no dejo de conducir durante horas, a pesar de la grandeza de las localidades por las que pasamos. Todas y cada una de ellas convertidas en susurros en mi oído que difícilmente podré olvidar. Y es que hoy no se trata de conocer lugares, sino de… motear hasta el amanecer. Solos, él y yo.

—Niza.

Y unos kilómetros después…

—Antibes.

Y después…

—Mougins.

Y…

—Grasse.

Y…

—Cannes.

Es el viaje más increíble porque en Saint Tropez nos detenemos en una gasolinera a repostar y comprar algo de comida. No nos quitamos los cascos y entramos a la tienda con las gafas de sol puestas. En la radio suena *New York* , de Snow Patrol. Y mientras Chris paga con su teléfono yo me fijo en una caja de cartón que hay en el mostrador llena de bolsas de patatas fritas, cubierta por todas partes de pegatinas con el precio. Tres euros. ¿Estarían probando la etiquetadora? Se lo digo a Chris en voz baja, el dependiente nos da el recibo y justo antes de marcharnos Chris le pregunta:

—Perdona, ¿las patatas cuánto valen?

Rompo a reír y salgo corriendo seguido muy de cerca por él.

Es el viaje más increíble porque, cuando llegamos a Marsella, damos la vuelta y regresamos a casa. Otra vez, sin detenernos. Me duele el trasero, llevo cinco horas al volante, pero no podría importarme menos.

Y es el viaje más increíble porque, cuando volvemos a pasar por Antibes, Chris me indica que me detenga en una cala. Porque está a punto de caer el sol y no hay ni un alma. Porque bajamos de la moto, nos sentamos en las piedras y, mientras comemos los restos de los sándwiches, contemplamos juntos la puesta de sol más impresionante que he visto hasta ahora.

—¿Me has traído hasta aquí para asegurarte de que no le tengo miedo a la moto después del accidente? —le pregunto cuando ya casi ha desaparecido el sol en el horizonte.

Chris mastica el último trozo y se lo traga. Yo me quedo ensimismado en el recorrido de la comida por su garganta. Y en su pelo. Ya no está tan repeinado como esta mañana, ahora la brisa le mece el cabello e incluso le tapa los ojos en alguna ocasión.

—Sí —responde en cuanto acaba de tragar—, y para evitar a mi padre.

—Te preocupas por tu padre más de lo que jamás admitirás.

Sonríe. Y juro que es como si el sol volviera a salir. Pero no lo hace. Me arrebujo en la cazadora y Chris se pone el gorro de la sudadera. Ahora que el sol se ha ido, la temperatura ha disminuido unos cuantos grados.

—No tanto, ¿eh? —me dice por fin.

—¿Habéis hablado?

—Solo de ti —reconoce, mirándome a los ojos.

—Habla con él, Chris. Tenéis muchísimas cosas que contaros el uno al otro.

—Hummm. Lo tomaré en consideración.

Le doy un empujón en el hombro.

—Mi hermano tiene razón —bromeo—. Eres un estirado.

Me devuelve el empujón.

—Estirado, ¿eh? ¿A que no te atreves a bañarte, Claramunt?

—¡No! Estamos en diciembre.

—¿Y?

—Hace frío.

—Mejor estará el agua. Venga, vamos.

Lo veo levantarse y comenzar a quitarse la ropa. La sudadera. La camiseta de manga larga. Las deportivas. Los calcetines. Los pantalones vaqueros. Verlo casi desnudo debería enfriarme, dada la temperatura, pero el efecto es justo el contrario. Me levanto y me quedo inmóvil, analizando la situación.

¿Estás seguro, Arturo? Porque estás enamorado de este hombre hasta las trancas. Ya solo estar a su lado es más peligroso que bañarte en una piscina con un cocodrilo del Nilo. Imagínate nadar a su lado casi en pelotas.

Pero Chris no tiene cara de cocodrilo. Para empezar, es mucho más guapo. Y cuando estamos juntos como ahora parece menos vulnerable. Y sonríe de verdad. Ya solo por eso merece la pena el riesgo. Y entonces ya estoy desprendiéndome de la ropa de camino a la orilla. Chris ya se encuentra en el agua. Las piedras me machacan los pies, pero no me importa. Una vez me he metido hasta las caderas, me lanzo de cabeza en la próxima ola. El agua está congelada y mi cuerpo grita en protesta casi tanto como mi voz.

—¡Diosss!

Chris sonríe y me llama flojo. ¿Flojo? «Ahora verás». Voy directo a hacerle una ahogadilla. Apenas mantengo su cabeza sumergida en el agua durante un segundo cuando me coge de la cintura y me hunde con él. Así es como comenzamos a jugar. Y jugamos, o hacemos el gilipollas, durante tanto tiempo que incluso comenzamos a tiritar, a pesar de no estar quietos. Salimos del agua a todo correr. Es noche cerrada y no vemos nada; no hay iluminación en la

cala. Nos quitamos la ropa interior, uno frente a otro, sin dejar de mirarnos nunca a los ojos, y nos vestimos con la ropa seca. Yo juro que tengo hasta convulsiones. Y no sé si es por el frío. Guardamos la ropa mojada en la mochila de Chris y emprendemos el viaje de regreso a casa.

Y vuelve a ser el viaje más increíble porque, cuando siento la tiritona de Chris detrás de mí, cojo uno de sus brazos y le animo a que me abrace con más ímpetu. Y él lo hace. Se agarra a mi cintura con más fuerza que nunca.

Y vuelve a ser el viaje más increíble porque volvemos a parar para repostar y en la gasolinera suena la misma canción de Snow Patrol de antes. Los últimos kilómetros los hago más despacio que nunca, tarareando la letra de *New York* . Y es casi ilegal circular a esta velocidad. Pero ni yo acelero ni Chris me dice que lo haga.

Y vuelve a ser el viaje más increíble porque, cuando llegamos a casa, son más de las diez de la noche y Chris me acompaña a su dormitorio rodeados del silencio sepulcral pero agradable de la vivienda. Me encanta esta casa.

—Siento haberme apropiado de tu habitación por la cara —le digo, aún tiritando.

—No te preocupes.

—Si quieres, puedo dormir yo en la de invitados.

—No, tú has llegado primero. Y siempre has tenido una cara muy bonita.

Se me suben los colores y casi me caigo de espaldas.

—¿Seguro? —No sé ni cómo soy capaz de continuar con la conversación.

—Seguro.

—Vale.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro durante una eternidad.

—Gracias por este día —le agradezco de corazón—. Me han encantado las motos.

«Y tú también me has encantado». Quiero abrirme en canal y confesárselo, pero no lo hago porque lo confundiría, y es lo último que quiero.

—Ahora ya puedes decirle al subnormal de tu hermano que conoces Mónaco y sus alrededores.

Río.

—Se lo diré. Buenas noches, Chris.

—Buenas noches.

Me dispongo a entrar en su dormitorio, pero…

—Espera —me dice.

Saca algo del bolsillo del pantalón, una bolsa de seda superpequeña, y me la da. Reconozco el logotipo de una de las joyerías más famosas del mundo.

—¿Qué es esto?

—Ábrela.

—¿Es un regalo?

—No exactamente. Ábrela.

Y eso hago. Desato el cordón, abro la bolsa y… alucino con lo que veo dentro. Es un delfín de oro, engarzado en un collar muy fino, de oro también.

—Chris…

—Lo tenía guardado desde hacía algún tiempo. Iba a dártelo en Navidad, pero qué sentido tiene ahora, ¿no? No lo uses si no quieres —se apresura a decirme—. No tienes que ponértelo. En mi bolsillo ya no pintaba nada. Por eso te lo he dado y… —carraspea—. Buenas noches.

Y se marcha. Y yo me quedo en medio del pasillo sin saber qué hacer ni qué pensar. Nunca unas buenas noches fueron tan bonitas y dolieron tanto al mismo tiempo. Ni siquiera me ha

dejado responderle. No me ha dejado darle las gracias ni decirle que es perfecto.

Cierro la puerta de la habitación y me apoyo en ella con la esperanza de que haga de barrera y evite que vaya corriendo a buscarlo. Porque no puedo hacer eso. Nos besaríamos, haríamos el amor y nos encontraríamos en el mismo punto muerto en el que estábamos antes de mi accidente.

«O quizá no. Quizá él no quiere hacer el amor contigo nunca más».

Suspiro y alcanzo mi teléfono del bolsillo del pantalón.

Arturo :
Hoy he vuelto a conducir una moto.

Patrick :
Me alegro.

Arturo :
¿Cómo vas?

Patrick :
Bien.

Arturo :
Patrick…

Patrick :
Ahora no, Arturo.

Me pongo el collar, me separo de la puerta con otro suspiro y comienzo a desvestirme. No es hasta que me quito la camiseta que me doy cuenta de que no es la mía. Es la de Chris. Hemos debido de intercambiarlas mientras nos vestíamos en la oscuridad de la noche. Me la vuelvo a poner —es instintivo— y me quedo dormido entre sus sábanas y su olor, reproduciendo el día en mi cabeza en bucle, con el delfín quemándome el pecho.

Al día siguiente me quito el collar. No puedo llevarlo en el pecho. No puedo.

18: «¿Qué sientes por Andrés Claramunt?»

PATRICK

16 de diciembre. Cuarta sesión con Fernando

—¿Qué sientes por Andrés Claramunt?

—No siento una mierda por Andrés Claramunt.

—¿Qué sentías hace un mes por Andrés Claramunt?

No respondo.

—¿Quieres que bordeemos el asunto?

—Quiero que no hablemos de Andrés.

—Cierra los ojos. Y piensa en él. Solo en él. En el Andrés de hace un año. El Andrés de las Navidades pasadas, por ejemplo. ¿Qué ves?

Silencio.

—Es Nochebuena y tu madre os ha obligado a Andrés y a ti a poner la mesa —continúa Fernando—, como todos los años. A ti se te resbala una copa y Andrés la coge al vuelo y la salva.

—¿Cómo sabes tú eso?

—¿De verdad hace falta que te responda?

—Te lo ha contado Andrés.

—Vamos, Patrick. A ti se te resbala una copa y Andrés la coge al vuelo y la salva. ¿Qué ves?

Suspiro.

—A mí se me resbala una copa por hacer el gilipollas y Andrés la coge al vuelo y la salva. Y entonces dice una de sus chorradas, no me acuerdo de cuál de todas, una más, pero sí recuerdo que…

—¿Qué?

—Que me hace reír y se me cae otra copa. Y esa sí cae al suelo.

—¿Cómo te sientes en ese momento?

—Contento.

—¿Solo contento?

—Contento. Dichoso. Feliz. A gusto. Despreocupado. Y con mi gozo fuera de mi pozo. ¿Quieres más sinónimos?

—¿Soléis guardaros secretos el uno al otro?

Río sin ganas.

—Ya lo creo que sí.

—Seguimos en las Navidades pasadas. No salgas de ahí. ¿Soléis guardaros secretos el uno al otro?

Silencio.

—¿Patrick?

—No.

—¿Ni siquiera íntimos?

—¿A qué te refieres?

—Si te masturbas en la ducha, ¿se lo cuentas?

—Depende.

—¿De qué?

—De si hay algo que contar.

—¿Algo como qué?

—Si me he masturbado sin más no se lo cuento porque me parece innecesario. Pero si mientras lo hacía me ha pasado algo… reseñable, pues sí.

—¿Algo reseñable como qué?

—Como que el agua caliente se corte de repente mientras me corría *jodiéndome* todo el asunto.

—Y si tienes un mal día, ¿se lo cuentas?

—Sí.

—¿Si te pasa algo bueno?

—Es el primero al que llamo.

—Ayer hablábamos de cuando os enrollasteis a los catorce. ¿Por qué os enrollasteis, Patrick?

—Porque yo tenía dudas.

—¿Qué dudas?

—Dudas en cuanto a mi sexualidad. Él se había besado con varias chicas y le atraían otras cien. A mí no me gustaba ninguna.

—Y a Andrés se le ocurrió que os besarais. Para ver si te gustaban los chicos.

—Sí.

—Grande, Andrés.

—Supongo que sí.

—Y avisasteis a Arturo.

—Sí.

—Y allá que fue él. Al rescate.

—Sí.

—Te enrollaste con ellos.

—Sí.

—Y no te gustó.

—No.

—Decidisteis dar un paso más y masturbaros juntos.

—Sí.

—Y tampoco te gustó.

—No.

—Y decidisteis que, como con catorce años no te atraía ninguna chica y tampoco tus dos mejores amigos, eras alguien que no podía enamorarse.

—Así dicho… parece una estupidez.

—Parece no. Lo es.

—Tú no estuviste allí. Yo sé lo que sentí y lo que no sentí.

—Tenías catorce años. ¿Te das cuenta de que aquellos experimentos te han condicionado de la peor manera? ¿De que te han bloqueado emocionalmente?

No respondo.

—¿Os habéis cuestionado la sexualidad de Andrés o Arturo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ellos no tenían dudas.

—¿Andrés nació sabiendo que era heterosexual?

—No.

—¿Y entonces?

—Llegó una edad en que empezaron a gustarle las chicas.

—¿Y cómo sabe que no es bisexual, por ejemplo?

—Porque nunca le ha gustado un chico.

—De momento. Puede que algún día le guste alguno. ¿Y entonces qué pasaría?

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—¿Arturo nació sabiendo que era homosexual? ¿Es acaso homosexual? ¿O es bisexual? ¿O demisexual?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. Nunca nos lo hemos preguntado.

—¿Por qué?

—Porque Arturo nunca se lo ha preguntado.

—¿Por qué?

—Porque no le ha hecho falta.

—¿Y por qué a ti sí?

No respondo.

—Dejémoslo ahí de momento. Vamos con otro asunto. Arturo y Andrés tenían claro con catorce años que querían jugar al tenis.

—Sí.

—Pero tú no.

—No.

—No sabías a qué dedicarte.

—No.

—Tenías catorce años. La mayoría de los chicos y las chicas a esa edad no saben a qué quieren dedicarse. Ni a esa edad ni a los dieciocho. Ni a los treinta, si me apuras. Tú tienes veintitrés. ¿Ves por dónde voy, Patrick?

No respondo.

—¿Sabes con cuántos meses anduvo mi sobrina?

—No.

—Con siete. ¿Y mi sobrino?

—Ni idea.

—Con dieciséis. ¿Sabes a qué edad comenzó a hablar con fluidez mi sobrino?

—No.

—A los dos años. ¿Y mi sobrina?

—No.

—A los cuatro. Los gemelos Claramunt sabían a qué querían dedicarse con catorce años. Y también conocían su sexualidad porque a Andrés le habían gustado un par de chicas y a Arturo un chico. Pero tú no. Y por eso había algo raro en ti. ¿Ahora ves a dónde quiero llegar?

—Un poco —reconozco.

—Si Andrés y Arturo hubieran dicho sus primeras palabras dos años antes que tú y hubieras sido consciente quizá habrías pensado que no podías hablar y no lo habrías hecho nunca.

—Tampoco te pases.

—¿Te parece exagerado?

—Sí.

—Pues es lo que has hecho. No has vivido tu vida, Patrick. No has dejado que las cosas fluyeran. Te has comparado con lo que tenías al lado, has sido impaciente y solo te has preguntado y preguntado y preguntado. Has entrado en un bucle infinito del que crees que no puedes salir y te has condicionado. El cerebro humano tiene un poder inmenso. Puede hacernos creer lo que a él le dé la gana. Puede hacernos creer que nos quedamos sin aire. Y realmente sentimos que nos quedamos sin aire. Te sorprendería saber la cantidad de gente que acude al hospital convencida de que está sufriendo un paro cardiaco. Y no es verdad. Pero ellos lo creen. Y lo sienten.

Silencio.

—Me veo… dentro de un laberinto. Y no consigo salir.

—Tú solo te has metido y tú solo tienes que salir.

—¿Cómo?

—Deja de dar vueltas en círculo y encuentra la salida. Salta. Vuela. Escarba un agujero en la tierra y pasa por debajo.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque así no funciona. Es de… primero de laberintos.

—¿Quién lo dice?

No respondo.

—¿Por qué no saltas, Patrick?

No respondo.

—¿Qué tal está Andrés?

—No lo sé. No nos hablamos.

—Pero él es tu mejor amigo. Tu alma gemela.

No respondo.

—¿Estás enfadado con él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me vio sufrir durante siete años y le dio igual.

—¿Eso crees?

—Eso sé.

—¿Crees que él tiene razones para estar enfadado contigo?

No respondo.

—Te sientes traicionado.

—No es eso.

—¿Y entonces?

—Yo confiaba en él, más que en nadie. Le pregunté millones de veces qué le pasaba a su hermana conmigo y me miraba a la cara, a la puta cara, y me decía que no lo sabía.

—Pero le hizo una promesa.

No respondo.

—¿Tenía que romperla?

No respondo.

—Patrick. ¿Qué tenía que hacer Andrés?

—Tenía que quererme.

19: «Y un pez globo puede inflarse en el aire»

ARTURO

Mónaco. Día 3

Tani :
¿Cómo vas, tato?

Mamá :
Nos ha parecido oír que cierto tenista monegasco anda por allí…

Arturo :
No me digas…

Papá :
Los puntos suspensivos son para que nos saques de dudas no para que nos crees más…

Mamá :
Gracias, cariño.

Papá :
De nada, rubia.

Andrés :
Yo solo sé que me ha encasquetado a la coneja/gremlin. Da más guerra que él, que ya es decir. Y me mira con deseo.

Mamá :
Pero si estás encantado…

Andrés :

Qué mentira.

Tani :
IMAGEN

Andrés :
Esa foto está trucada. No somos nosotros.

Papá :
¿Con «nosotros» te refieres a la coneja y a ti?

Arturo :
Sí que te mira con deseo…
Arturo :
Aunque, ¿cómo no hacerlo? Con ese besazo en los morros que le estás dando.
Arturo :
Le salen corazones y todo.

Andrés :
A ti sí que te salen corazones.

Mamá :
Oh… Yo sé de uno que le va a costar devolver a la pelotita de pelo a su dueño…

Andrés :
Pero ¿qué os ha dado hoy por los puntos suspensivos?
Andrés :
Bah, paso de vosotros.

Tani :
Eso, eso, vete con René…
Tani :
Que te estoy viendo, tato…

Andrés :
Les saca un dedo

El Oceanográfico de Mónaco se construyó al borde de un acantilado sobre el mar Mediterráneo. Es un palacio que te deja sin aliento, no puedes apartar la vista de su estructura ni aunque te dé el sol de frente, y, aun así, es más bonito por dentro que por fuera.

Los acuarios son de escándalo, la isla de la tortuga cuesta abandonarla y la pecera gigante, más conocida como la laguna de los tiburones (contiene cuatrocientos cincuenta mil litros de agua de mar), te deja con la boca abierta. Pero el lugar donde llevo horas de pie, sin apenas moverme ni pestañear, es la sala donde se encuentra suspendido a varios metros del suelo el

esqueleto de una ballena de dieciocho metros de largo y casi tres toneladas de huesos. Están a punto de cerrar el museo y me he quedado solo, pero soy incapaz de irme.

Yo podría vivir aquí. Podría trabajar aquí. Y no me refiero solo al museo. Me refiero a Mónaco. Yo podría vivir y trabajar en Mónaco. El pensamiento me golpea tan fuerte que es como si el esqueleto se hubiera estrellado contra el suelo. Nunca me había planteado dejar Barcelona y a mi familia. Nunca había pensado que sería capaz de separarme, sobre todo, de Andrés. Hasta ahora.

—Sabía que te encontraría aquí.

Me giro sobresaltado hacia la voz.

Chris.

—Hola —lo saludo con sorpresa.

—Hola. ¿En qué pensabas? Estabas muy concentrado. Si buscabas una manera de llevarte la ballena a casa, desde ahora te digo que no me entra en el coche.

Sonrío. No me haría falta llevármela a casa si pudiera verla a diario.

—Pensaba en que yo podría trabajar aquí, en este museo —confieso en un ataque de sinceridad—, y vivir aquí. En Mónaco.

—¿Y por qué vendrías a vivir aquí?

—Por ti —susurro—. Habría venido por ti. Para estar contigo.

Me cruzo con su mirada. Él se acerca a mí.

—Yo jamás te habría separado de tu familia. Jamás te habría separado de Andrés. Habríamos encontrado otra manera.

Asiento con la cabeza y nos quedamos en silencio, mirando la ballena.

—Tenemos una invitada para cenar —me dice poco después.

Arrugo la frente y lo miro.

—¿Quién?

—La novia de mi padre.

—Oh.

—Quiere conocerme.

—Yo también querría conocerte si fuera ella. Eres el hijo de su pareja. No seas un estirado, ¿vale?

—Lo intentaré, pero ¿y si no me gusta?

—No tiene que gustarte a ti, tiene que gustarle a tu padre.

—¿Y por qué crees que le gusta a mi padre?

—No lo sé. No la conozco, pero le atraerá de alguna manera. ¿Por qué a las personas nos gustan otras personas? Por una mirada. Por una sonrisa. Por un físico que nos llama la atención. Por una personalidad que nos llama la atención. Porque las admiramos. No sé. Tampoco soy un experto. Solo me ha gustado una única persona en mi vida.

Chris traga saliva y me mira a los ojos.

—Y la siguiente persona que te guste, ¿se parecerá a mí o será alguien opuesto?

—No lo sé —respondo con sinceridad—. No me lo he planteado.

—¿Crees que ella se parecerá a mi madre y que por eso le gusta a mi padre?

Oh, mi niño. Así que aquí querías llegar. Debí habérmelo imaginado.

—Chris, sea lo que sea que haya visto en ella, no va a reemplazar a tu madre. Ni al amor que tu padre sentía por ella. Tu madre siempre será tu madre. Y tu padre guardará su recuerdo en el alma y en el corazón durante toda su vida. Pero no se puede vivir de recuerdos. Y tu padre aún es joven.

—Lo sé. Lo sé. Y tenías razón —susurra—. Tenías razón en todo. Necesitaba decírtelo. Soy yo el que no ha superado la muerte de mi madre. Y le he hecho la vida imposible a mi padre. —Se le anegan los ojos de lágrimas y me mira con dolor—. Joder, lo siento —se disculpa entonces, secándose los ojos con la manga de la sudadera—. Últimamente la puta vida me supera.

Hago lo primero que se me pasa por la cabeza: lo atraigo hacia mí y lo estrecho entre mis brazos. Le cepillo el pelo con los dedos y le froto la espalda, tratando de consolarlo. Él se agarra a mí con toda la fuerza de sus brazos y se me rompe el corazón. Está indefenso. Y perdido. Y yo lo único que quiero es encontrarlo y protegerlo. Siempre.

Nos quedamos abrazados durante unos minutos, yo acariciándole el pelo y frotándole la espalda, y él aferrándose a mí como si le fuera la vida en ello. Murmura algo en mi pecho, pero no lo entiendo.

—¿Qué? —le pregunto al mismo tiempo que me separo unos centímetros de él. Su rostro queda tan cerca del mío que podría tragarme hasta sus respiraciones si quisiera.

—Gracias —me dice.

—No tienes que darme las gracias por nada. Estoy aquí para lo que necesites. Estaré siempre aquí para lo que necesites.

—¿Eso significa que somos amigos? ¿Crees que podemos… serlo? ¿Tú quieres que lo seamos? Porque eres una de las personas más importantes de mi vida y no quiero perderte del todo. No puedo perderte del todo.

Sonrío.

—Claro que quiero ser tu amigo. Es lo que más deseo en el mundo.

—¿Los amigos pueden tocarse sin tener que pedir permiso? —me pregunta sujetándome la cabeza por la nuca con una de sus manos.

Imito su gesto y coloco una de las mías en la suya.

—Sí —respondo.

Encierro varios mechones de su cabello en mi puño y lo miro con anhelo. Con el anhelo de lo que fuimos. Dos chavales que nos sentimos atraídos el uno por el otro desde el primer momento y que crecimos juntos, en todos los sentidos, experimentando con nuestros cuerpos, con nuestros sentimientos, nuestras sensaciones y nuestras ganas de vivir, palmo a palmo, beso a beso, piel contra piel. No hay un solo centímetro de su cuerpo que yo no haya explorado ni aspecto de su vida que no conozca. Y viceversa. Ya somos los mejores amigos del mundo. Solo que no lo sabíamos.

No sé lo que piensa Chris en este momento, pero juro que su mirada me traspasa y me parte en dos. Mi respiración se vuelve más espesa y… Alguien carraspea.

—Cerramos ya, chicos.

Eh, vale. Sí. Hay que irse. Nos soltamos y abandonamos la sala de la ballena. Y yo ya estoy deseando volver.

Cuando una hora más tarde entramos en su casa, una mujer rubia que no he visto en mi vida sale a recibirnos. Ella esboza una sonrisa amable y yo la miro de arriba abajo. No es mi mejor momento, lo reconozco (no suelo ser tan descarado), pero es que me ha pillado por sorpresa. Y ella también me mira a mí, así que me siento algo mejor (aunque estoy seguro de que es por la sudadera que llevo debajo de la cazadora con el dibujo de un calamar). Es alta, esbelta, ha pasado los cuarenta y va vestida de manera casual pero elegante. Camisa blanca recogida por dentro de los pantalones vaqueros y zapatos de tacón. Quizá sea el fular de colores que lleva a modo de corbata lo que le da ese toque exquisito. O quizá es que hay personas que son elegantes por naturaleza. En cualquier caso, es una mujer muy guapa.

—¡Claire! ¿Son los niños? —grita en inglés el padre de Chris desde la cocina.

Su sonrisa se ensancha y la mía también. ¿Los niños? Chris está inmóvil a mi lado. Me gustaría darle un empujón, pero sería demasiado obvio y no quiero que parezca vulnerable.

—¡Sí, Louis! —grita de vuelta sin dejar de mirarnos—. Son los niños.

—¿Y qué hacéis todavía allí? ¡Vamos, venid!

Ella mira a Chris con timidez.

—Perdonad que os reciba yo, pero Louis está en los fogones y me lo ha pedido.

Me lanzo a darle la mano en primer lugar al ver que Chris no acaba de reaccionar.

—Hola. Yo soy Arturo. Encantado.

—Hola, Arturo. Yo soy Claire. He oído hablar mucho de ti.

—Todo bueno, espero.

—Todo muy bueno. Louis te aprecia muchísimo. Hola, Christopher —le dice entonces a Chris—. Es un honor y un placer conocerte.

Y como sigue sin reaccionar, le doy un pisotón sin que se note. O eso espero.

—Hola —responde por fin.

Bien. Escueto pero natural. Chris es muy de «hola».

—Qué bien huele —añado yo, acercándome a la cocina.

Cuando entro, el aroma y la sensación a hogar me impactan en el rostro. La iluminación es tenue y proviene tanto del exterior, de las luces de la piscina que nos llegan a través de los ventanales frontales, como del interior, de la lámpara que cuelga del techo al fondo de la estancia y cae hacia la mesa de madera y el esquinero acolchado que la rodea. De las cazuelas del centro de la isla sale humo a raudales y, aunque la campana lo absorbe casi todo, permanece en el ambiente un cierto halo de espesura fina que huele a tomate, ajo y especias. Se me hace la boca agua. Me deshago de la cazadora y la sudadera, las dejo sobre uno de los taburetes y voy directo a donde el padre de Chris.

—Buenas noches, señor Lacoste.

Le robo una aceituna de la ensalada que tiene al lado, encima de uno de los fogones apagados de la isla, y me la meto a la boca. Estoy famélico.

—Hijo, ¿algún día vas a llamarme Louis y a tratarme de tú?

—Algún día… ¿Bacalao? —pregunto al asomarme a uno de los fogones. Y cojo otra aceituna. Están buenísimas.

—Sí, *stocafi* .

—¿Lo has probado alguna vez? —me pregunta Claire.

—Sí, con Chris.

Le encanta. Es uno de sus platos favoritos. Lo hemos pedido varias veces al servicio de habitaciones del hotel al que solíamos ir cuando yo venía a jugar aquí. Él se relamía después del atracón y luego yo lo relamía a él. Porque cuando Chris está contento te entran ganas de comértelo entero. Bueno, y cuando está de mala hostia también, para qué engañarnos.

—¿Puedo ayudarle con algo? —le ofrezco al señor Lacoste.

—¿Puedo *ayudarte* con algo? —me responde recalcando mucho el «ayudarte»—. Vamos, inténtalo.

Vale, me rindo.

—¿Puedo ayudarte con algo?

Sonríe.

—Sí, puedes escoger la bebida. Allí, al fondo. —Me señala la vinoteca que decora una de las esquinas.

Y allá voy, pero primero decido poner un poco de música en mi teléfono a un volumen moderado, para aligerar el ambiente. La música siempre es bien. Elijo *The good part* , de AJR. Dejo el móvil sobre la encimera y me dirijo a la vinoteca. Tengo ganas de bailar. Se me van los pies. Echo de menos bailar. Me aguanto las ganas como puedo.

No soy un entendido en vinos, pero sé que con el pescado pega más el blanco que el tinto. Estoy echando un vistazo a las posibilidades cuando la sombra de Chris se cierne sobre mí. Reconozco su silueta. Se ha apoyado en la pared y me mira con diversión. Yo sigo a lo mío. Repaso las botellas de vino blanco de la primera hilera y no me convence ninguna. Paso a la segunda hilera. Mmm, champanes. También le pega. Y de champanes sí entiendo, aunque solo sea por todos los que me han tirado por encima cuando he ganado un torneo. Leo las etiquetas y… Lo tengo.

—*Voilà* —digo en voz alta. Y se lo enseño a Chris. Él lo ve, sonríe y asiente con la cabeza. Pues he acertado.

—¿Hablas francés, Arturo? —me pregunta Claire.

—No —responde divertido Chris detrás de mí mientras nos dirigimos a la mesa, él con cuatro copas de champán y yo bailoteando un poco. Al final no me he aguantado las ganas, es superior a mis fuerzas.

Vuelvo la cabeza y lo miro indignado.

—Me defiendo bastante bien —afirmo—. Sobre todo en palabras malsonantes. Chris siempre jura en francés.

Dejo el champán en la mesa y me fijo en lo bonita que está decorada. A todo detalle. Cubiertos dorados a juego con los candelabros y las anillas que envuelven las servilletas de color ocre. Flores naturales en el centro que huelen de maravilla. Y una bandeja de patatas cocidas con cebollino que tiene una pinta estupenda. Miro de reojo al padre de Chris y a Claire; esta cena es importante para ellos. Y me encanta que vayamos a cenar en la cocina, a pesar del comedor gigante que hay cerca del salón, porque hace que me sienta en casa.

—Tomad asiento, chicos. Esto ya está.

Chris es el primero en sentarse y yo lo hago a su lado. El señor Lacoste se sienta al otro lado de su hijo y Claire lo hace junto a mí.

—Todo tiene una pinta estupenda —digo yo.

—Que aproveche, hijos. Y haz los honores, Arturo —me pide el señor Lacoste, señalando el champán.

Lo abro, el corcho rebota en el techo y todos aplauden. No es mal comienzo. Les sirvo y comenzamos a cenar. Todo marcha bien, distendido, hasta que Claire hace alusión a un partido que vio de Chris y mío hace tres años… con el señor Lacoste.

—¿Hace tres años? —pregunta Chris—. ¿Ya estabais juntos hace tres años?

—Sí, hijo. No estaríamos cenando con vosotros si fuera cosa de dos días.

Entonces se hace el silencio y yo me veo en la necesidad de rellenarlo.

—Algunos peces son hermafroditas. El serrano pálido, por ejemplo. Cambia de roles sexuales con su pareja hasta veinte veces al día.

¿En serio, Arturo? ¿¿No tienes nada mejor??

Todos me miran con la copa en los labios. Han decidido tirarse a la bebida y no me extraña.

—Y un pez globo puede inflarse en el aire —añado, para salvar la situación, a pesar de que mi subconsciente me grita «para ya, por favor». Pero no lo escucho y sigo. He entrado en bucle —. Y algunas especies pueden volar. Primero alcanzan una velocidad bajo el agua de unos sesenta kilómetros por hora y luego se elevan a una altura superior a un metro y planean durante

doscientos —carraspeo—. Metro arriba, metro abajo.

—¿Algunas especies de pez globo? —me pregunta Claire a la vez que me sirve las patatas.

—No, no. Especies de peces. A secas. Gracias —le agradezco por las patatas.

—Arturo estudia Biología Marina —le explica Chris—. Nunca lo habrías adivinado, ¿verdad?

—Oh, ahora entiendo la sudadera con el calamar.

¡Sabía que me estaba mirando! Si hay un animal que nunca pasa desapercibido, ese es el pez.

—No es mi favorita —añade Chris.

—Si pudieras ser un animal marino, ¿cuál elegirías? —me pregunta Claire.

—Un delfín —respondo sin dudar. Y al momento, sin pensarlo, me llevo la mano a la muñeca y toco el collar de Chris. Me lo he enroscado ahí a modo de pulsera y lo he escondido bajo la camiseta de manga larga y la sudadera.

—¿Por qué?

—Porque son inteligentes. Montaría una revolución y lucharía por nuestros derechos. De los peces en general, me refiero.

Chris niega con la cabeza. Lleva años negando con la cabeza cuando le hablo de los derechos de los peces. Que yo entiendo la pirámide alimenticia y la respeto, de hecho, como pescado, pero eso no quita que se cometan atrocidades con la pesca y yo quiera frenarlas.

—¿Y tú, Christopher? ¿Qué animal marino serías?

—Una tortuga estrellada de Madagascar —responde también, sin dudar.

Clavo los ojos en él. No estoy seguro del motivo por el que ha elegido mi animal favorito. ¿Me está vacilando, muy en su línea, o qué?

—¿Por qué?

—Porque están en peligro de extinción. Montaría una revolución y lucharía por nuestros derechos.

Sonrío sin poder evitarlo. Sí, me estaba vacilando.

—¿Entiendes de peces, Christopher?

—No —respondo yo, devolviéndosela por lo del francés.

—Me defiendo bastante bien —me parafrasea él—. Sobre todo, en palabras malsonantes. Arturo siempre jura nombrando peces.

—¡Qué mentira! —exclamo yo, superindignado.

Todos ríen.

—¿Y tú, Claire? ¿Qué pez serías? —le pregunta Chris. Y tanto el señor Lacoste como yo contenemos el aliento. Es la primera vez que se dirige a ella por iniciativa propia.

—¿Yo? A ver, déjame pensar… Oh, lo tengo. Una estrella de mar.

—¿Por qué?

—Porque la estrella es lo que mejor sé hacer en el agua.

Chris está a punto de soltar una carcajada, pero se contiene. Aun así, se le dibuja una curva preciosa en la boca. Su padre lo mira con amor y yo le cojo la mano por debajo de la mesa, se la aprieto y entrelazo nuestros dedos, en señal de apoyo y de «lo estás haciendo genial; estoy muy orgulloso de ti». Chris no me mira en ningún momento, pero tampoco rechaza mi contacto. Yo continúo comiendo con la mano izquierda.

El resto de la cena transcurre sin más sobresaltos hasta que el señor Lacoste le pide a Chris que le pase la ensalada. Él justo se llevaba la copa a los labios y entonces levanta la otra mano, la que aún tenía debajo de la mesa. La mano que sigue enganchada a la mía. Tanto los ojos de su padre como los de Claire se dirigen al mismo punto, a nuestras manos unidas, y nosotros nos

soltamos al instante, pero ya es tarde. Lo han visto. Se me suben los colores y bebo más champán hasta que empiezo a sentirme aletargado. Decido que es hora de que me vaya a la cama. Me da muchísima pena, porque me siento genial y en casa, pero ellos tres se merecen estar un rato a solas, porque ellos tres son familia y tienen mucho de lo que hablar. Yo ya he cumplido con mi cometido. Chris puede continuar solo a partir de aquí.

—Bueno, yo me voy a dormir —les digo, levantándome con mi plato y mi copa en las manos.

—¿Ya? —me pregunta Chris.

—No, por favor —me pide su padre—, deja eso en la mesa.

—Sí, estoy derrotado —le respondo a Chris mientras vuelvo a dejar el plato y la copa sobre la mesa—. Antes de que me encontraras en el Oceanográfico me he recorrido media ciudad. Ha sido una cena estupenda, señor Lacoste. Muchísimas gracias. Y un placer conocerte, Claire.

—Lo mismo digo, Arturo.

—Hasta mañana —les digo a todos.

—Hasta mañana.

Cuando paso cerca del padre de Chris, me da un apretón en la pierna en señal de agradecimiento. Le sonrío de vuelta y deseo con todas mis fuerzas que todo salga bien entre ellos. De camino al dormitorio de Chris, reparo en una foto que hay sobre una mesa al pie de las escaleras. Es una foto de su madre, la he visto varias veces al pasar, pero nunca me había fijado en el coletero que lleva en el pelo. Es el mismo que tiene Chris colgado en el tirador del segundo cajón de su mesita de noche. Me lleno de esperanza. Sí que guardaba algo de su madre. Quizá no está todo perdido para él. Quizá algún día pueda volver a amar a alguien.

Arturo :
ENLACE.
Arturo :
Escucha esta canción.
Arturo :
Creo que te va a gustar.

Patrick :
No está mal.

Arturo :
Hoy he tenido una ballena gigante sobre mi cabeza.

Patrick :
Espero que haya sido fuera del agua.

Arturo :
Sí.
Arturo :
Sonríe

20: Ahora mismo quiere comerme de un solo bocado, estoy seguro

ARTURO

Estoy en el fondo del mar. Suspendido en el fondo del mar. Miro hacia arriba. Solo hay agua. Toneladas y toneladas de agua. Noto su peso sobre mi cabeza. Está oscuro. No hay un solo rayo de luz. Y el silencio. El silencio es atronador. Necesito salir de aquí. Intento moverme, pero estoy paralizado. Es tan fuerte la presión que ejerce el agua sobre mi cuerpo que no me permite ni mover los brazos. Los tengo en cruz y siento como si sujetaran el peso del mundo.

—Arturo, despierta. Arturo.

¿Estoy dormido? No, tengo los ojos abiertos. Veo el agua que me rodea. Me encuentro en el fondo del mar. Grito desesperado, pidiendo ayuda. El agua me entra por la boca y se me atasca en la garganta, pero no dejo de gritar.

—Arturo, ¿puedes oírme?

¡Sí! ¡Aquí! ¡Estoy aquí! Sigo gritando para que quien me esté llamando me ayude. Para que me saque de aquí. Hasta que siento la ausencia del aire. No estoy respirando. No puedo respirar.

No.

No. No. No. No. No.

¡No!

—Tete, despierta, por favor. Estás teniendo una pesadilla. Vamos, despierta.

Algo me sacude el cuerpo con suavidad. O alguien. Abro los ojos. Noto el corazón a mil por hora, a punto de salírseme del pecho. Entro en pánico. Necesito que se calme. No escucho nada que no sea el bamboleo frenético de mis latidos, ni siquiera mi propia respiración. Hay alguien junto a mí. Advierto el peso de una mano encima de mi pecho. La miro. Conozco esa mano. Me resulta familiar. Muy familiar. Me tranquiliza. La agarro con fuerza con las mías, temblorosas. Todo yo tiemblo. ¿Qué está pasando?

—Haz que pare. Haz que pare, por favor —suplico con voz ronca, la sensación de picazón en la garganta es horrible, como si me hubiera comido una cucharada enorme rebosada de sal—. Por favor. No puedo respirar.

—Shh, tranquilo. —Me acaricia el pecho—. Ya está. Ya se está ralentizando. Y estás respirando. Estás respirando, Arturo. Shh, tranquilo. Solo ha sido una pesadilla. Estás bien.

Tardo unos segundos en registrar esas palabras. Una pesadilla. Solo ha sido una pesadilla. No estoy en el agua. Estoy a salvo. Gimo de pura dicha. Sí. Sí. Me escucho respirar. Y el tic tac de un reloj despertador, cerca de nosotros. Recuerdo haberme quedado dormido con él. ¿Dónde

estoy?

Enderezo la mirada hacia el sonido de la voz y la enfoco en la persona que está sentada en la cama junto a mí y que me mira con preocupación. Chris. Es Chris. De pronto me hago consciente de que estoy encharcado en sudor, las gotas me resbalan por las sienes y la ropa me pesa. No. Otra vez no, por favor. Quiero seguir respirando. Aparto la mano de Chris de mi pecho, sacudo la sábana y el edredón con los pies en un intento de quitármelos de encima y me desprendo de la camiseta empapada. La lanzo al suelo. Mejor. Mucho mejor. Dios.

Me recuesto de nuevo en la cama y cierro los ojos. Cojo aire con fuerza y lo retengo en el abdomen. Lo suelto. Y así varias veces.

—Gracias —le digo a Chris.

—¿Qué soñabas? Tú nunca has tenido pesadillas. —Su voz es áspera y distante de pronto. ¿Se ha separado de mi lado?

Abro los ojos y lo veo parado de pie junto a la cama. Por supuesto que se ha separado de mi lado. Solo ha venido a despertarme y ya estoy despierto. Y no puede dolerme. No puede dolerme porque no tengo derecho a que me duela. Solo… tengo que acostumbrarme. Están siendo unos días muy intensos y… Que esté sin camiseta no ayuda. Y que el pantalón de pijama le caiga hasta la altura de las caderas y esté descalzo, mucho menos. ¿Cómo es posible que cada día esté más guapo? Cada día desde hace nueve años ha estado más guapo. Cada. Día. Ahogo un gruñido. Él está supertenso. E incómodo. Incómodo en mi presencia por primera vez en su vida. Lo he despertado y Chris odia que lo despierten por la noche. Ahora mismo quiere comerme de un solo bocado, estoy seguro.

—¿Arturo? —repite con sequedad.

—Es la segunda vez que me pasa —confieso.

Chris arruga la frente, otorgándole una dulzura que no busca, pero que a mí me lo sube todo.

—¿Cuándo fue la primera vez?

—En el hospital.

—No fui consciente de que tuvieras una pesadilla en el hospital —me dice con la voz mucho más suave.

—Estabas dormido.

—Lo siento.

—No —me apresuro a decirle—. No tienes nada que sentir.

—Tenías que haberme despertado.

—Estabas agotado y Andrés estaba ahí.

—¿Qué soñabas?

—Que me ahogaba.

Chris me mira con dolor. Y con pena. Hace el amago de acercarse, pero parece pensárselo mejor y se mantiene en su posición, a un metro de mí. Y cómo duele ese metro. Me duele en el alma.

—Estoy en las profundidades del mar y no consigo salir a la superficie —le explico entre susurros. La garganta me sigue quemando—. Está oscuro y no puedo respirar. ¿Quizá es mi cabeza que trata de recordar algo de lo que pasó?

—No. No lo creo. —Chris se acerca a mí, por fin, y se sienta de nuevo en la cama, pero no me toca. Se cuida mucho de tocarme. Y no lo entiendo. Porque habíamos quedado en que podíamos tocarnos como amigos. Antes me estaba tocando. ¿Por qué ha cambiado de actitud de repente? «Porque has apartado su mano de tu pecho». Oh, pero no ha sido porque su contacto me sobrara. Ha sido por el calor. «Eso él no lo sabe» —. Estuviste muy poco tiempo debajo del

agua. Te sacamos enseguida. Es solo tu cabeza poniéndose en el peor escenario. No lo permitas. Tú la controlas a ella, no al revés. Desbloquea ese miedo ya.

Asiento con la cabeza.

—Y ahora trata de descansar.

Se levanta y se dirige a la puerta.

—Sí. Gracias por despertarme.

Se da la vuelta y bufa.

—No me des las gracias, Arturo, joder. Te he oído chillar desde la habitación de invitados. ¿Cómo no iba a venir? —Se lleva las manos a la cabeza y se revuelve el pelo con fuerza, un tanto desesperado—. Duérmete y si necesitas algo, me lo dices.

—Vale.

Se marcha y yo me tumbo de nuevo. Miro el reloj despertador con forma de pelota de tenis: son más de las dos de la madrugada. Cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco, pero todavía estoy demasiado excitado y el susurro de las olas del mar que me llega a través de la ventana me está matando. Carraspeo en un intento de acabar de una vez con la quemazón de la garganta. No funciona. Solo la intensifica más. Quema. Necesito beber agua. Me levanto y me dirijo a la cocina con sigilo. Camino descalzo y doy gracias al mármol de las escaleras por refrescarme los pies. Es una delicia. Diviso una luz muy tenue en la cocina y me aproximo con el ceño fruncido. ¿He despertado también al padre de Chris?

Entro y… no. No es el padre de Chris. Es Chris. Está buscando algo en la nevera. De ahí la luz tenue.

—Hola —digo detrás de él.

Gira la cabeza, me mira de arriba abajo y cierra la nevera de un golpe. Sigue sin camiseta.

—Te he dicho que si necesitabas algo me lo dijeras.

Se me había olvidado lo borde que puede llegar a ser.

—Puedo ponerme un vaso de agua yo solito. Increíble, ¿eh?

Me acerco a la nevera y él se echa a un lado, indicándome con la mano «sírvete tú mismo, Claramunt». Juro que intuyo el Claramunt.

Abro la puerta y alcanzo la botella de agua fría. Necesito agua fría. En esta casa hace un calor que no se puede soportar. La calefacción debe de estar a tope. Bebo sin apenas respirar, deleitándome en el frescor que me deja el agua en los labios, gimiendo de puro placer, hasta que elimino del todo el escozor de la garganta y vuelvo a dejarla en su sitio. Cierro la nevera y me encuentro a Chris muy cerca de mí.

—¿Mejor? —me pregunta.

Trago saliva.

—Sí.

—Todavía estás todo sudado.

Levanta uno de los brazos y en un gesto espontáneo, como si aún fuéramos los Chris y Arturo del pasado, me enreda la mano en el pelo de la parte frontal de la cabeza, con la intención de probar su afirmación, eliminar la humedad o…, no sé, la verdad es que no tengo ni idea de con qué intención me toca de esa manera, lo único que sé es que los dos nos tensamos y nos miramos fijamente a los ojos, inmóviles, y comenzamos a respirar muy fuerte. El corazón me late con fuerza y un segundo después ambos nos lanzamos a la boca del otro, hambrientos y desesperados. Gemimos al unísono y me doy cuenta de que él también acaba de beber de la misma botella que yo, porque siento sus labios fríos, húmedos, y le saben a agua. A agua y a Chris. Uno de los mejores sabores del mundo.

Gruño, llevo ambas manos a su pelo, las enredo allí, encerrando todas las hebras que me caben en los puños, y tiro con fuerza para acercarlo más a mí. Su lengua entra en mi boca con la fuerza de un aluvión, llevándose por delante todo lo que encuentra a su paso, incluso mi sentido común, y lo único que puedo hacer es comérmela entera, golpe tras golpe, mientras lo empujo hacia atrás contra la puerta panelada de la nevera. Nuestros pechos desnudos se tientan, se tocan, se frotan, pero no es suficiente. Necesito más. Necesito sentir su piel suave y lisa en cada fibra de mi ser. Necesito traspasarla y que me traspase. Que me llegue al alma.

Bajo las manos hasta su espalda, lo aprieto más contra mí, y lo empotro más contra la puerta, lo que sea con tal de sentirlo cerca, y él empuja sus caderas hacia adelante, acoplando nuestras pollas empalmadas y creando una fricción perfecta. Pero tampoco es suficiente. Más. Quiero más. Intento follármelo con la boca y la polla, empujando, atropellando su cuerpo con violencia tal cual está, prisionero entre la nevera y mi cuerpo, jadeando en busca de aire, con tan solo los pantalones de pijama puestos.

—Arturo, más despacio —me suplica, arrancando su boca de la mía—. Quiero disfrutarlo.

Yo aprovecho para arrastrar la lengua hasta su cuello y lo aspiro, deleitándome con su aroma, al mismo tiempo que lo chupo, empapándome las papilas gustativas del exquisito sabor de su piel.

—No —respondo categórico.

Chris reacciona a mi negativa y me tira con fuerza del pelo, levantándome la cabeza y enfrentando nuestros ojos. Los suyos brillan de pura lujuria y de algo más arremolinado en las profundidades azules. Dios, qué guapo está, joder. Tanto que me falta el aire. Tanto que casi me hace perder el equilibrio. No hay nada más bonito en esta vida que él. Que la imagen de él mirándome de esa manera, con la boca destrozada por mis besos, suplicando por más. Continuamos mirándonos, bebiéndonos, mientras recuperamos el aliento. Él me contempla con mil preguntas en la punta de esa lengua suya que estoy a punto de comerme otra vez. Entonces se inclina y me susurra contra los labios.

—Quiero hacer el amor contigo.

—No vamos a hacer el amor, Christopher, vamos a follar —respondo, bajando una de mis manos por nuestros cuerpos hasta alcanzar su erección, dura y lista para mí. Primero la froto contra el talón de la mano y luego la envuelvo entera y doy un par de tirones lentos. Mi propia polla palpita contra su cadera, empalmándose todavía más. Yo me enamoré de él cuando me hacía el amor, y esto no trata de amor, trata de sexo, de correrno, de necesidad, de desahogo, de aliviarnos el uno al otro.

De despedirnos.

Desesperado, me lanzo a sus labios de nuevo y recupero el sabor de su lengua. Él se muestra reacio en un primer momento, permitiendo que le conquiste la boca pero sin responder a mi asalto, dudando entre aceptar o no que tan solo follemos como lo harían dos desconocidos en un callejón oscuro a la salida de la discoteca donde se han puesto cachondos el uno al otro en la pista de baile, pero no han pasado ni dos segundos cuando su lengua sale en busca de la mía, tomando la decisión de seguir adelante con lo que le ofrezco.

—¿Lo quieres duro? —me pregunta sobre la boca—. Pues ponte de rodillas y chúpame la polla. Pero chúpala bien, Arturo, porque es todo el lubricante que vas a obtener.

Dejo salir un gemido estrangulado y comienzo a arrastrar las manos por su pecho, que se estremece. Y cuando me muevo a uno de sus pezones, al del *piercing* , y lo pellizco, la piel de gallina estalla en cada palmo de su cuerpo. Le acaricio el vientre plano y estoy a punto de dejar de besarlo en la boca y llevar la lengua a sus caderas, que me vuelven loco, pero recapacito en el

último segundo. Ignoro la forma en que su cuerpo responde cuando lo acaricio. Ignoro la forma en que se derrite bajo mi tacto. Ignoro lo mucho que quiero tocar, besar y adorar cada centímetro de él. Ignoro mis emociones y me concentro en lo que estamos haciendo: follar. Solo follar. Me abro paso por debajo del elástico de su pantalón, tiro de la tela y mi boca abandona la suya. Me agacho hasta arrodillarme y empujo su pijama hasta el suelo, deshaciéndome de él y lanzándolo lo más lejos posible, dejando su cuerpo perfecto totalmente expuesto.

Saco la lengua y recorro la longitud de su polla, desde la raíz hasta la punta, antes de centrar toda la atención en la cabeza. Los dedos de la mano derecha de Chris se hunden en mi pelo y tira con fuerza de mí, más cerca. Con la mano izquierda coge su propia polla y la desliza por mis labios varias veces. Izquierda y derecha. Derecha e izquierda. Izquierda y derecha. La boca se me hace agua y me la como entera sin poder aguantarme más. Mi agarre sobre él se aprieta al mismo tiempo que comienza a empujar, moviendo las caderas hacia adelante y atrás a toda velocidad, deslizándome la polla por la lengua, y a mí su sabor y su aroma me abruman tanto que tengo que cerrar los ojos e imaginarme que estoy con ese tío desconocido en el callejón de la discoteca. Pero es imposible. Porque en cuanto capturo el sabor masculino de su primer destello de líquido preseminal me doy cuenta de que ese tío no sabría como Chris. Nunca. Nunca nadie sabrá como Chris. Y quiero más. Quiero mucho más. Quiero tragármelo todo. Estoy tan desesperado por él que es desquiciante. Enfermizo. Miro hacia arriba y me encuentro con sus ojos de nuevo. No los ha cerrado y me está mirando. Se lame el labio inferior y yo estoy a punto de correrme, una vez más, sin que tan siquiera me toque.

—Suficiente —me dice entonces—. No vaya a ser que te corras y nos jodas el polvo.

Tengo el tiempo justo para impregnarlo con mi saliva antes de que él mismo se libere de mis labios. Con las manos aún enredadas en la parte posterior de mi cabeza, tira de mí hasta que me pongo de pie. Me envuelve la cara entre las manos, lleva su boca a la mía y me da un beso tan abrasador que no solo provoca que un escalofrío me recorra la columna vertebral. Mi estúpido corazón enamorado también se estremece. Porque no es un beso de solo sexo. Es un beso nuestro.

No.

Así no.

Me separo al instante y el dolor del pecho se reduce.

Entonces Chris cambia nuestras posiciones y ahora es él el que me empuja a mí, pero no contra la nevera, sino contra la isla de la cocina.

—Quítate los pantalones, túmbate y abre las piernas. Coloca los talones en la encimera.

Obedezco. Nunca me había desnudado y abierto de piernas tan rápido sobre una encimera. Chris me mete cuatro dedos en la boca y yo los impregno con mi saliva. Los saca y entonces dos de ellos se hunden dentro de mí. Me encuentra el punto sensible a la primera, se sabe el camino de memoria, y juega conmigo hundiendo los dedos dentro y fuera de mí una y otra vez. Gimo. Jadeo. Me vuelvo loco.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Y otra vez.

Cuando los saca de nuevo, ya no vuelve a meterlos. Se coloca entre mis piernas, coloca una sobre su hombro y hunde la polla en mi interior de un solo golpe. Todo mi cuerpo comienza a arder. Más. Quiero más. Sale y, agarrándome de las caderas, me arrastra de vuelta a su polla. Cierro los ojos, estiro los brazos por detrás de la cabeza, no quiero tocarlo por error, y dejo que me folle despiadado, rápido y brutal. La cocina se llena de respiraciones aceleradas y de

gemidos, suyos y míos. Estoy a punto de correrme, pero entonces deja de follarme. Abro los ojos y lo miro confundido. Jadeando, pero confundido.

—¿Qué coño haces? —le pregunto—. Estaba a punto de correrme, joder.

—Qué sucia se te vuelve la boca cuando te cabreas, Arturo.

—No estoy cabreado.

—Ya lo creo que estás cabreado. Levanta.

Me coge de la mano y me obliga a incorporarme. Me baja de la encimera y se tumba él en mi lugar.

—Es hora de cambiar las tornas. Quiero que ahora tú me folles a mí. Y no me vas a romper, así que hazlo lo más fuerte que puedas.

—Descuida. Sé cómo hacerlo. Tú me has enseñado.

—Arturo…

—Cállate. No quiero oírte.

Me inclino sobre su cuerpo y dejo caer un hilo de saliva en su trasero. Miro hacia abajo y dejo caer otro hilo sobre mi polla erecta. La extiendo con la mano. Lo agarro por las caderas y ahora soy yo el que lo obliga a bajarse de la encimera. Me mira confundido y está a punto de decir algo, pero no le doy tiempo a que lo haga. Lo empotro de nuevo contra la nevera y lo levanto a pulso por los muslos, dejando su trasero totalmente expuesto y abierto para mí. Con el brazo izquierdo le sujeto el culo y con el derecho le rodeo la cintura. Él coloca una de sus manos en mi pelo y con la otra me rodea los hombros. Envuelve las piernas en mi cintura y nos miramos a los ojos.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Y me hundo en su interior de un solo movimiento. Él gime y…

—Fóllame, Arturo —me suplica—. Fóllame con fuerza. Si va a ser nuestra última vez, no quiero que se me olvide. Quiero tenerte marcado en mi piel durante el resto de mi vida.

Lo follo con la rabia de que hayamos acabado así, de que lo nuestro no haya funcionado y de que no vayamos a estar juntos hasta la eternidad. Y con aquella puta frase suya en mi cabeza.

«Quizá lo que tienes que entender tú es que el sexo no es de color de rosa. No siempre sucede entre sábanas de seda, besos y caricias. Quizá te he malacostumbrado. Tu primera vez fue floja, Arturo. Digna de un animal protegido en peligro de extinción».

Puede que nuestra primera vez fuera una mierda para él, pero la última va a dejarlo marcado.

Empujo. Empujo, empujo y empujo. Me estoy destrozando, me estoy haciendo añicos, pero no dejo de empujar hasta que un orgasmo interminable golpea cada centímetro de mí. Y mis últimos gemidos son el pistoletazo de salida para su propia liberación. Su agarre en mis hombros se aprieta lo suficiente como para hacerme daño hasta que se corre un instante después cubriéndonos a ambos de semen caliente. Hunde la cabeza en mi cuello, respirando con dificultad, y nos quedamos inmóviles. Se me crea un nudo en la garganta tan grande que apenas me deja respirar. Necesito aire. Aire y espacio. Necesito controlarme antes de cometer una estupidez más grande que la de enamorarme: llorar delante de él.

—Me voy a la cama —murmuro, liberándome de su abrazo y alejándome lo suficiente para que mi polla salga de su culo.

Chris posa los pies en el suelo, yo recojo mi pantalón de pijama, me lo pongo y me voy corriendo, tragándome el sollozo durante todo el camino hasta que me lanzo en el colchón de su

cama y escondo la cabeza en su almohada. Entonces sí me permito llorar. Con todas mis fuerzas.

Hasta que me quedo dormido.

CHRIS

Entro en mi dormitorio con sigilo y observo de lejos el bulto sobre la cama. Arturo se ha quedado dormido en posición fetal. Fogonazos de lo que acabamos de hacer hace apenas una hora, de la manera en la que hemos follado, se me han grabado a fuego en las retinas, impidiéndome dormir.

Lo he perdido.

He perdido a Arturo.

Me aguanto las ganas de llorar, me acerco a la cama y me tumbo junto a él. El corazón me late descontrolado y por un momento temo despertarlo, pero luego recuerdo que duerme como una marmota y me permito observarlo con atención. El perfil perfecto. Las pestañas en forma de medialuna. Los labios rojos e hinchados. El lunar de la mejilla. Arturo es tan bonito que duele. Duele que ya no sea mío.

Escucho su respiración sosegada y me deleito con el sonido. Debería coger el teléfono y grabarlo. Podría usarlo para dormir por las noches.

«Chris, eso es escalofriante incluso para ti».

Sí, pero me la suda.

Sin poder aguantarme más las ganas, levanto el brazo y le toco el pelo. No lo envuelvo en uno de mis puños y tiro de él, como antes en la cocina, solo le aparto los mechones de la frente y lo acaricio, memorizando la sensación. Algo que ya no me permite hacer cuando está despierto. Una lágrima se me escapa de los ojos. Me inclino hacia delante y presiono mi boca sobre la suya en un beso suave.

—Te quiero —susurro.

Me levanto de la cama y cojo su teléfono móvil de la mesita de noche. Lo desbloqueo, conozco la contraseña, y voy directo a la agenda telefónica. Memorizo el número que me interesa y dejo el móvil de nuevo en su sitio. Me dirijo a la habitación de invitados y busco mi propio teléfono. Lo encuentro en uno de los bolsillos del pantalón vaquero, tirado en el suelo. Hago uso del número que acabo de memorizar.

Chris :
No volváis a hablarle a Arturo del puto accidente.

Andrés :
Lo he intentado, ¿vale? Pero él me pregunta por ello cada dos por tres. Quiere saber lo que pasó. Quiere saberlo todo.

Chris :
Pues cambia de tema. Tiene pesadillas.

Andrés :
Lo sé. ¿Está bien?

Chris :
No, no está bien. Y os lo advertí.
Chris :
¿Qué coño haces despierto a estas horas, por cierto?

Andrés :
Lo mismo que tú.
Andrés :
Y es demasiado tarde para escuchar tus sermones.

Chris :
No tienes que escucharlos. Solo leerlos.
Chris :
¿Sabemos algo de la moto?

Andrés :
No. Julián todavía no se ha hecho con ella.

Chris :
¿Y a qué coño está esperando?

Andrés :
La conseguirá. No es tan fácil.
Andrés :
Mientras tanto, cuida de Arturo.
Andrés :
Por favor.

Chris :
Eso intento.
Chris :
Dejad de ponerme obstáculos. Tenéis totalmente prohibido hablarle del puto accidente.
Díselo a tu otra mitad.

Andrés :
Díselo tú. A mí no me habla.

Chris :
Me refería a Patrick.

Andrés :
Y yo.

Chris :

¿No os habláis?

Andrés :
No.

Chris :
¿Por qué? ¿Por lo de Aitana?

Andrés :
Es largo de contar.

Chris :
Tengo tiempo.

Andrés :
Pues ponte cómodo.
Andrés :
Ah, y por cierto, he empezado a llamar a mi hermano «tato»…

Chris :
Es un puto apodo. Supéralo ya.

Andrés :
Le saca un dedo

21: «¿Qué sientes por Aitana Claramunt?»

PATRICK

21 de diciembre. Séptima sesión con Fernando

—¿Por qué aceptaste la propuesta de Aitana Claramunt?

—Porque si no lo hacía conmigo iba a hacerlo con otro.

Silencio.

Silencio.

—Volvamos a empezar. ¿Por qué aceptaste la propuesta de Aitana Claramunt?

No respondo.

—¿Cuál era tu relación con ella antes del pacto?

—Inexistente.

—En la sesión del otro día me dijiste que te corriste en vuestro primer encuentro sexual.

—Sí.

—¿Y en el segundo?

—También.

—¿Hubo alguna ocasión en la que no te corrieras?

—No.

—Lo disfrutabas.

—Me gusta que me chupen la polla, qué le voy a hacer.

—Pero no te gustaría que Andrés o Arturo Claramunt te chuparan la polla.

No respondo.

—¿Aitana y tú teníais un calendario o dejabais que surgiera?

—Dejábamos que surgiera.

—¿Quién buscaba a quién?

—Los dos nos buscábamos.

—¿Por qué la buscabas tú?

—Porque me apetecía follar.

—¿Te apetecía follar sin más o te apetecía follar con ella?

No respondo.

—¿Era solo sexo?

—Ese era el pacto.

—No te pregunto por el pacto. ¿Era solo sexo?

—Sí.

—¿No hablabais?

—Claro que hablábamos.

—¿Le hablaste a Aitana del laberinto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Surgió.

—¿Y dormisteis juntos?

—Algún día.

—¿Interactuasteis alguna vez sin sexo por medio?

—Alguna vez.

—El libro del que me hablaste el otro día, el de Alfred Bester, *El lado oscuro de la Tierra* , ¿cuántas veces lo leísteis juntos?

—Unas cuantas.

—¿Qué es solo sexo?

—¿Qué?

—¿Qué significa «solo es sexo»?

—Que la relación se basa en follar.

—¿Solo en follar?

—Sí.

—Nada de conversaciones sobre laberintos, nada de dormir juntos y nada de leeros libros el uno al otro entonces, ¿no?

No respondo.

—¿Estás enfadado con Aitana?

Silencio.

—¿Patrick?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me utilizó.

—¿Cómo te utilizó?

—¿Follar con el tío al que culpas de lo que te pasó no es utilizar?

—¿Por qué dejaste a Aitana?

—Porque se saltó una de las reglas.

—Ambos os saltasteis muchísimas reglas. Todas ellas, me atrevo a decir.

—Pero esa era de las importantes.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿No será que te estabas enamorando de ella y te asustaste?

No respondo.

—¿Qué sientes por Aitana Claramunt? ¿Crees que lo sabes?

22: «Quiero que tires bolas de golf por la ventana siempre que lo necesites»

AITANA

Gabriel :
Me encantó verte en el campeonato.
Gabriel :
Deseo de corazón que tus hermanos se recuperen.

Mañana es Nochebuena. Hace apenas unas horas que he regresado de un campeonato de saltos; el hombre del tiempo ha dicho que iba a llover, pero hace un sol radiante; Arturo intenta ocultar a toda costa (sin éxito) la marca de un chupetón que tiene en el cuello y mi familia me ha arrastrado a la casa de los Figueroa porque, allá por el mes de octubre, Andrés, papá y los Patricks decidieron jugarse no sé qué información de Patrick padre en el campo de golf. Como Andrés no puede jugar, Arturo va a sustituirlo.

Hemos quedado en ir juntos al campo y aquí estamos, en el jardín frontal de los Figueroa, esperando a que Patrick hijo haga acto de presencia. Se supone que ahora baja. De momento, *Resistance* , de Muse, suena a tal volumen desde su ventana que deben de estar oyéndolo hasta en Diagonal. Nuestros padres hablan distendidos (a pesar del ruido), Andrés observa la ventana de Patrick sin parpadear, Arturo se mensajea con Dami (lo sé por la expresión de su cara, cuando habla con Chris tiene otra) y yo intento que las mariposas de mi estómago dejen de revolotear a su libre albedrío. Voy a ver a Patrick. Después de doce días, voy a ver a Patrick. La última vez que estuvimos juntos lo dejé sentado en el suelo del callejón de Urgencias con los ojos inundados de lágrimas y la mirada perdida. Yo me fui destrozada de allí. Y creo que necesitábamos este tiempo separados, pero ahora estoy nerviosa porque no sé qué Patrick voy a encontrarme. No sé qué Patrick y Tani voy a encontrarme. Ni siquiera sé qué Patrick y Tani quiero encontrarme.

Entonces una bola de golf sale volando de la ventana de su habitación.

—Pero ¿qué…?

Una bola de golf y un montón de cristales. Mi primera reacción es mirar confundida a mis hermanos. Arturo justo levanta la vista del teléfono y Andrés ya ha salido corriendo. Mi segunda reacción es salir tras él.

Entramos en la casa y subimos las escaleras de dos en dos. Recorremos el pasillo del segundo piso hasta el final y llegamos al dormitorio de Patrick. Si desde fuera se oía la música a tope, desde aquí es otro nivel. El sonido retumba de tal manera en las paredes y en el suelo que podría

saltar todo por los aires en cualquier momento. Entramos y…

Hay cristales por todas partes. Cristales de las ventanas. Cristales del espejo de una de las puertas del armario. Cristales del marco de la foto de la mesita de noche de un viaje a Sudáfrica que hicieron hace unos años mis hermanos y él. Está todo en el suelo, hecho añicos. Y hay bolas de golf por todas partes. Patrick aún tiene el palo de golf en la mano, no nos ha sentido llegar, y está a punto de lanzar otra bola vete a saber a dónde. Y está descalzo. Solo lleva unos pantalones de chándal blancos y una camiseta de manga corta negra. Ni calcetines. Ni deportivas.

Andrés se lanza a detenerlo, a pesar de que tiene escayolada una de las manos, pero Arturo se le adelanta. Le quita el palo a Patrick y lo aleja de él. Patrick se gira y nos ve. La expresión de su rostro me impacta. Me esperaba ira. Delirio. Frustración. Pero no hay nada. No hay emociones. Si acaso, apatía. Me entra un escalofrío.

—Devuélvemelo, Arturo —le dice con toda la parsimonia del mundo.

—No te muevas, por favor —le pide mi hermano—. Estás rodeado de cristales.

—Pero ¡¿qué coño ha pasado aquí?! —grita su padre, internándose en la habitación—. ¡¡¿Patrick?!!

Su madre entra detrás y ahoga un grito.

—Patrick, hijo…

—¿No queríais jugar al golf? Pues estoy jugando al golf. Al. Pu. To. Golf. Estoy calentando.

—¿Te has vuelto loco? ¡Hay cristales por todas partes!

—Ups.

La música cesa de pronto. Por fin. Ha sido mi padre. Se ha acercado al reproductor y lo ha apagado. Ahora mira a Patrick como si no lo reconociera. Y con preocupación.

—Hijo, ¿qué ha pasado? —le pregunta.

—Las explicaciones mejor se las pides a tus hijos. A la rubia y al irascible.

—Patrick… —lo llama entonces Andrés.

—¿Qué parte de «no quiero verte ni en pintura» es la que no has entendido, Andrés? Haznos un favor a todos y lárgate de aquí.

Andrés no se mueve. Ni Patrick. Solo se mantienen la mirada durante lo que parece una eternidad. Nadie dice nada. Creo que a todos se nos ha paralizado el corazón. Hay imágenes que te parten el alma. Andrés y Patrick enfrentados es una de ellas. El mundo no gira en el sentido correcto si ellos se miran como lo hacen ahora. Es imposible que el mundo gire en el sentido correcto si ellos se miran como lo hacen ahora. A mi hermano se le saltan las lágrimas, juro que se le saltan las lágrimas, y él casi nunca llora. Entonces aparta la vista y abandona la habitación sin mirar atrás. El crujido de los cristales que quedan aplastados debajo de sus deportivas es lo único que llena el silencio. Y aunque todavía estoy enfadada con él, se me rompe el corazón porque yo a Andrés lo quiero con locura. Patrick aprovecha la coyuntura y el descuido de Arturo, que observa con pena a Andrés marchar, para arrebatarle el palo de golf.

—Gracias, Arturito.

Comienza a pelotear de nuevo, destrozando aún más la ventana de su habitación. Destrozando lo que ya está destrozado. Entonces yo lo abrazo por detrás y escondo la cabeza en su espalda. En su camiseta de algodón, que huele a él. Oh, Patrick.

—Marchaos —les digo a los demás.

—Aitana…

—Yo me ocupo de él.

—Aitana, no cr…

—Marchaos, por favor. Y cerrad la puerta.

Algo en mi voz debe de convencerlos porque al cabo de unos segundos dejo de escuchar sus voces. Ahora solo escucho la respiración sosegada de Patrick, el crac de otro cristal que se rompe y a su corazón, que late a mil pulsaciones por minuto. A él no lo puede controlar. Siento la tensión en todo su cuerpo. Y el movimiento de sus brazos, que no han dejado de lanzar bolas de golf, a pesar de estar medio inmovilizados por mi abrazo. Lo he echado de menos. Los seres humanos somos emociones irracionales, o yo soy una emoción irracional en sí misma, no sé. Pero ahora que lo siento tan cerca de mí lo único en lo que puedo pensar es en que lo echo de menos. A él. Simplemente a él.

Crac. Otro trozo de ventana roto.

—Andrés no tiene la culpa —susurro—. Y él te quiere. Te quiere mucho. Pero te entiendo. Entiendo por lo que estás pasando y entiendo que estés enfadado con la vida y con todo. Acabas de enterarte de algo brutal y tienes que asimilarlo y aceptarlo. Esto es parte del duelo. Tienes que pasar el duelo. Nosotros ya lo hemos hecho. Lo hicimos hace siete años.

—Sí. Gracias por coger ese tren sin mí. —Patrick coge impulso y golpea otra bola.

Crac.

—Patrick…

—Respóndeme a una cosa. ¿Tanto me odias? —me pregunta con dolor frío—. ¿Tanto como yo me odio a mí mismo? ¿O más?

¿Qué? ¡No! Niego con la cabeza a todo correr.

—Yo no te odio.

Patrick ríe sin ganas. Percibo el movimiento de su abdomen debajo de mi abrazo.

—Yo no te odio —repito, más segura que en toda mi vida junta—. Y no quiero que te odies a ti mismo. Tú no tuviste la culpa. Tú no hiciste nada malo.

—Me olvidé de ir a buscarte. ¿Ya se te ha olvidado? Porque has estado siete años culpándome de lo que te pasó. Sí, créeme, tengo un puto duelo por delante de la hostia.

—A veces los astros se alinean de la peor manera. Pero te miro ahora y me doy cuenta de que… Te he perdonado por olvidarte de mí aquel día. Si es que acaso había algo que perdonar. No estoy enfadada contigo —lo aprieto más entre mis brazos—. Estaba equivocada en el hospital cuando te dije que seguía enfadada contigo. Fue el calor del momento.

—Un calor que te ha durado siete años. Si le pusieras tanto empeño a los saltos, serías invencible.

—Estaba obcecada. Tenía quince años. Quince años, Patrick.

—Y yo diecisiete.

—Lo sé. Y lo siento. Lo siento mucho.

—¿Lo sientes? ¿Qué sientes?

—Siento verte así.

Patrick deja caer el palo de golf al suelo, se da media vuelta, desembarazándose de mi abrazo y dejándome fría al instante, y me enfrenta.

—¿Verme así? Oh, ¿en serio? ¿Sientes verme así? ¿Sabes lo que siento yo? Siento… Ojalá… —Patrick aprieta los labios y niega con la cabeza—. Ojalá nuestros padres hubieran sido rivales fuera de la pista hasta la eternidad. Ojalá no hubieran acercado posiciones. Fue tu padre, ¿sabes? Tu padre se acercó al mío por primera vez. Ojalá el mío lo hubiera mandado a la mierda, pero lo admiraba demasiado. Ojalá nosotros hubiéramos crecido separados. Ojalá no os hubiera conocido nunca. Y ahora puedes largarte ya de mi habitación.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy en el dormitorio de Patrick después de más de siete años. Y de que me encantaba venir aquí cuando era pequeña. Era uno de mis lugares

favoritos. Me encantaba escabullirme a echar la siesta después de aquellas comidas copiosas que organizaban nuestros padres en el comedor que está justo debajo. Me encantaba abrir los cajones y los armarios en busca de tesoros. Me encantaba ir conociéndolo a través de sus pertenencias. Patrick siempre me pillaba, no es que me escondiera, y me echaba la bronca. Sobre todo en su peor época de preadolescente. Yo me reía y me tiraba en la cama. Le decía que tendría que sacarme a rastras. Y él me arrastró más de un día por el suelo. Y siempre acababa haciéndolo reír. Una vez encontré un álbum de cromos de *Campeones.* Así fue como supe que estaba obsesionado con Benji. Por eso pidió una portería unas Navidades y obligó a Andrés a que chutara balones en su dirección una y otra vez durante todas las vacaciones. No paraba ni la mitad, pero cómo sonreía. Y en lo único que puedo pensar ahora es en que quiero verlo sonreír. Porque la sonrisa de Patrick es muy difícil de ver y yo pagaría millones por verla. La sonrisa de Patrick es capaz de mutilar la historia universal, derribar imperios y borrar dinastías. Dios. Creo… creo que he estado enamorada de Patrick toda mi vida. Creo que lo he querido desde que tengo uso de razón.

—¿Aitana? ¿Me estás escuchando?

—Patrick… —susurro. «Te quiero».

—Yo a ti no te perdono.

—¿Qué?

—No te perdono que no me lo dijeras, no te perdono que no hayas sido sincera conmigo y no te perdono que me usaras de la peor manera posible. Yo no soy una cosa, Aitana. Soy una persona.

—Yo no te he usado.

—Te has follado como medio millón de veces al tío que se te cayó de un pedestal y que no has podido volver a subir. Dale una vuelta.

—Patrick…

—Vete, Aitana. Vete ya. Me agotas.

Te quiero. Te adoro. Pero…

—Qué gilipollas puedes llegar a ser.

—Yo también te quiero.

Por un instante se me detiene el corazón. Por un instante. Después, abandono la habitación. Bajo corriendo las escaleras con la esperanza de llegar a la puerta sin que nadie me vea, pero…

—¡Aitana!

—Ahora no, papá.

—Ahora sí. ¿Qué ha pasado entre Patrick y tú?

—¿No os lo ha contado Andrés? —pregunto con mala leche, y al instante me arrepiento. Mierda. Cierro los ojos.

—No —responde mi hermano—, pero a punto he estado, ¿eh? Te quedaban dos minutos. Has debido de olerme. Por cierto, ¿sabes que he estado durante meses oliéndote en la ropa de mi mejor amigo y no me daba cuenta? —Andrés ríe—. Qué fuerte.

—Andrés…

—Ahórrate las disculpas.

Y entonces desaparece escaleras arriba.

—¡Andrés!

No responde. Suspiro y me concentro en lo que tengo enfrente, que son cuatro padres mosqueados con ganas de respuestas y que acaban de escuchar a mi hermano decir que la ropa de Patrick olía a mí. Busco a Arturo, pero no lo encuentro. ¿Dónde se ha metido?

—Aitana —me insta mi madre.

—Patrick y yo hemos estado juntos durante unos meses.

—¿¿Qué??

—¿Perdona?

—¿Patrick y tú? ¿Nuestro Patrick y tú?

—¿Cómo juntos?

—Juntos sexualmente hablando, papá.

—Oh, Dios. —Mi padre se tapa los ojos con la mano—. ¿Patrick? ¿En serio? ¡Patrick es familia! Joder, entre Arturo y tú vais a acabar conmigo. ¿Por qué me complicáis la vida de esta manera? Pues no hay chicos en este mundo…

—Pero si sois como hermanos.

—No somos como hermanos.

—Ya, ya. Eso ha quedado claro…

—Yo pensaba que los que estaban enredados sexualmente eran Patrick y Andrés —deja caer Patrick padre.

—¿Qué?

—Pero ¿qué dices?

—Patrick nunca lo había echado de su dormitorio y Andrés no ha querido contarnos el motivo. He sumado dos y dos.

—Pues has sumado mal. Se habrán peleado sin más.

—Pues ha tenido que ser una bronca de la hostia.

—Aitana, ¿qué ha pasado?

Suspiro de nuevo y organizo mi cabeza. Mamá se ha acercado a mí y me ha cogido de la mano. Aurora me acaricia el pelo. Papá y Patrick exigen explicaciones. Arturo sigue sin aparecer.

—Diferencias irreconciliables —atajo yo.

—¿Las tuyas con Patrick o las de Andrés con Patrick?

Buena pregunta…

Yo al menos ya sé qué Patrick y Tani somos ahora.

Unos que no habíamos sido jamás.

PATRICK

Cuando era niño quería alcanzar la mayoría de edad, y solo Dios sabe el motivo. Porque ahora que la he alcanzado quiero ser niño otra vez. Cuando era niño Aitana Claramunt no me había roto el puto corazón. Pensé que una pelota de golf me ayudaría a quitarme este nudo en el estómago con el que convivo desde hace doce días. Al final han sido veinticinco bolas. El nudo no ha desaparecido del todo, pero al menos ya puedo respirar. Más o menos. Aitana me duele como la hebilla que se te clava en el vientre cuando te sientas. Pero esta es una hebilla de la que no consigo deshacerme ni para dormir. Se me clava en la piel segundo a segundo. Sin piedad. Se me ha tatuado su forma a mil capas de profundidad, y a veces me siento incluso anestesiado, como si ese dolor fuera una lámina más dentro del entramado de sentimientos de mi alma y nos hubiéramos dado la mano, aceptándonos el uno al otro. Pero entonces la veo y es como tomar asiento una vez más, y ahí está la hebilla dispuesta a recordarme que la insensibilidad no existe.

—¿Todo bien por aquí? ¿Estás más relajado?

Andrés entra en mi habitación sin mirarme y va directo a mi armario. Lo abre y rebusca en el interior. Estoy a punto de decirle que tenga cuidado porque puede cortarse con alguno de los cristales, pero me percato de que no va descalzo y me callo.

—Tú sigues igual de sordo, por lo que veo —le digo en su lugar.

Entonces me lanza unas deportivas a los pies y luego va directo hacia la ventana. Se asoma. «Cuidado, Andrés. Ahí sí que puedes cortarte».

—Haznos un favor a todos y póntelas —me dice sin mirarme—. Bastantes disgustos hemos tenido ya, ¿no crees?

Hago lo que me dice y me las pongo porque mi intención con todo esto no era cortarme los putos pies.

—Tus padres están preocupados —continúa—. ¿Quieres jugar al golf y romper cristales? Bien. Me parece fantástico. Colosal. Pero hazlo en otro sitio, no en tu habitación, ¿OK ?

—Tengo que hablar contigo —le digo sin responder a su exigencia. No me apetece una mierda hablar con él, pero tengo que hacerlo—. ¿Podemos hablar un momento tú y yo?

—Tú y yo —repite. Se da la vuelta y me mira por primera vez—. No sé. ¿Podemos? ¿Podemos tú y yo algo? Porque hace menos de quince minutos me has echado de tu puta habitación.

—Aún me quedaban un par de bolas de golf que lanzar y no quería estampártelas en la cara. Lo he hecho por ti. Yo siempre pienso en ti, ya lo sabes.

—Ya…

Desvía de nuevo la vista hacia la ventana y se encoge de hombros en un gesto tan ordinario que duele. Duele como la hebilla de Aitana. Porque Andrés también forma parte de esa puta hebilla.

—Hablé con Julián —le digo.

Él se tensa de arriba abajo y, ahora sí, me presta toda su atención.

—¿Ya tiene la moto?

—Sí.

—¿Y?

—Los discos de freno.

—¿Los discos de freno qué? —susurra. O suplica. Porque me está suplicando. Me está suplicando con los ojos que mi respuesta contradiga la teoría de Lacoste. Soy su última esperanza. Una última esperanza que no puedo darle. Es la primera vez en mi vida que no le doy algo que quiere. Ojalá me hiciera sentir de puta madre, pero no es así.

—Estaban impregnados de aceite. Por eso no funcionaron. Cada vez que Arturo intentaba fren…

—No sigas, por favor —me pide, roto de dolor—. No necesito más imágenes exprimiendo mi puto autocontrol emocional.

El deseo de abrazarlo es tan potente como el sistema de propulsión espacial, capaz de impulsar una nave por el espacio. Pero la hebilla empuja con más fuerza, así que me quedo donde estoy, viéndolo deshacerse en pedazos.

—Andrés…

—Alguien ha provocado a propósito que mi hermano se hostiara con la moto. Alguien quiere hacerle daño.

Y mira hacia la ventana de nuevo. Yo me acerco, sigo su mirada, curioso por saber qué es lo que hace que no pueda dejar de mirar hacia allí, y veo a Arturo en el jardín, escribiendo algo en el teléfono mientras recoge las bolas de golf que yo he tirado.

—O no. Quizá solo pretendía asustarlo un poco y no midió las consecuencias. Quizá se le fue la mano.

Los ojos de Andrés se encuentran con los míos y me miran, en un primer momento, como si no me conocieran. Una incomprensión que muta a la determinación en cuestión de segundos. Y de ahí a mirarme con la desgana con que trata al noventa y nueve coma nueve por ciento de la gente que se cruza en su camino solo hay un paso. Como si no leváramos toda la vida siendo amigos. Como si las páginas del libro que narran nuestra historia se hubieran quemado una noche de San Juan, sin dejar restos ni en las cenizas.

Se ha cerrado en banda. Y yo muero por preguntarle, ¿por qué? ¿Qué coño he hecho ahora? Pero no me importa lo suficiente. «Eso es. No te importa lo suficiente, Patrick, no le des más vueltas».

—Hay mucho lunático por el mundo —continúo—. Un mal gesto de Arturo totalmente involuntario hacia la persona equivocada y… Demencia activada. No tiene por qué haber un motivo de peso oculto. No tiene que haber alguien detrás de Arturo. Tal vez fuera fruto de un momento de pasión demente. Y ya pasó.

—Claro —responde Andrés con indiferencia—. Quizá sea eso. Algo coyuntural que no va a volver a repetirse. El puto loco que ha atentado contra la vida de mi hermano ya se ha quedado tranquilo. No hay de qué preocuparse.

—Yo no he dicho que no tengamos que preocuparnos.

—¿Tengamos? —ríe Andrés—. Qué bueno.

—Sí, tengamos —repito cabreado—. Solo trato de exponer todas las posibilidades sobre la mesa.

—Claro. Dime una cosa. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Desde cuándo sabes lo que le hicieron a la moto de Arturo?

—Desde hace diez días.

Andrés no dice nada, solo me mira con dolor. «Me has mentido. Me dijiste que Julián no tenía la moto».

—Al menos no han sido siete años —le digo.

Ríe sin ganas de nuevo, asiente con la cabeza y pasa por mi lado dispuesto a largarse, pero se

lo impido sujetándolo del brazo.

—No lo he hecho por eso. No te he mentido a propósito. No soy tan capullo.

—¿Y entonces por qué? —responde con rabia.

—Porque primero he tenido que digerirlo. Y después he querido asegurarme de que tú podías digerirlo.

—¿Cómo coño vas a entender mis emociones si no me hablas?

—Solo tengo que mirarte a los ojos durante un par de minutos.

Andrés se suelta de mi agarre y se dispone a abandonar la habitación.

—Mantenme informado —le pido.

—Claro.

—¿Puedes dejar de decir «claro»?

—*Claro* —repite—. Y muchísimas gracias por tu aportación. Lacoste y yo lo tendremos en cuenta.

—¿Y Damián?

—Damián está fuera. Le iré dando migajas para tenerlo contento.

—No me des migajas a mí.

—Cuenta con ello.

—Andrés. —Lo sujeto del brazo una vez más y me enfrento a sus ojos, imposibles de leer incluso para mí.

—He dicho que cuentes con ello —responde, soltándose una vez más de mi agarre de un tirón brusco.

—Quizá tendríamos que pedir ayuda a la policía.

—Ni de coña. Arturo no puede enterarse de nada de esto. Nunca. Y, por cierto, estás a punto de explotar, Patrick. Esto que has hecho hoy —señala el dormitorio— solo ha sido un aviso. Ten cuidado.

Se marcha y yo me llevo las manos a la hebilla del cinturón. No hay nada. Voy en chándal y el chándal no lleva cinturón. Pero no por eso dejo de sentirla.

ANDRÉS

Andrés :
Julián ya ha revisado la moto.
Andrés :
Tenías razón. Fue provocado.

Chris :
¿Cómo?

Andrés :
Aceite en los discos de freno.

Chris :
Hijo de puta.
Chris :
¿Y Arturo?

Andrés :
Lo tengo controlado.

Chris :
¿Seguro? Porque yo ya hice mi trabajo. Fui a Mónaco y no lo perdí de vista ni un segundo.

Andrés :
Sí, todos hemos visto el chupetón que tiene en el cuello.

Chris :
No lo perdí de vista incluso cuando él no se daba cuenta, tal y como me pediste. Ahora te toca a ti.

Suspiro. Lo sé. Lo sé, joder. Y recuerdo esa conversación con él como si la hubiéramos tenido ayer. Fue justo después de que su padre le ofreciera a Arturo ir a Mónaco. Lo pillé por banda cuando abandonó la habitación.

«Vas a aparecer en Mónaco, ¿a que sí?».

«No tengo intención…».

«Ya… Pues si de pronto te entra la intención, no pierdas de vista a mi hermano ni a sol ni a sombra. Si alguien va tras él… ».

«Lo sé».

«Bien».

«Pero yo no puedo estar encima de él siempre. Me ha dejado».
«Lo sé. Nos turnaremos».
«¿Y qué pasa cuando ni tú ni yo podamos vigilarlo?».
«Que lo hará Murnuais. Ahora hablo con él».

Chris :
¿Andrés?

Vuelvo al presente. A mi puto presente de mierda.

Andrés :
He dicho que lo tengo controlado.

Chris :
¿Dónde está ahora?

Andrés :
En el jardín de los Figueroa, mensajeándose contigo y recogiendo bolas de golf.
Andrés :
Alguien ha puesto en peligro su vida. No pienso permitir que vuelva a ocurrir.

Chris :
Encontraremos a quien ha hecho esto. Te lo juro.

Andrés :
Patrick dice que ha podido ser algún lunático al azar. Alguien con el que Arturo ha tenido un mal gesto sin darse cuenta.

Chris :
No podemos descartarlo.

Andrés :
¿No?

Chris :
No, claro que no.

Andrés :
Pues entonces quizá me he pasado con Patrick.

Chris :
¿Qué has hecho?

Andrés :

Nada.

Chris :
Andrés…

Andrés :
Me ha jodido que hablara con indiferencia de Arturo.

Chris :
¿Y qué más?

Andrés :
Y quizá he sido un poco borde. Es que… Joder. Quiero darle espacio a Patrick. Sé que lo necesita y no quiero agobiarlo. Y estoy preocupado por él, y acojonado, porque tengo la sensación de que va a explotar en cualquier momento. Y yo no puedo estar a su lado porque no me deja. Pero por otra parte han intentado hacerle daño a Arturo y… ¿Cómo puede no afectarle?

Chris :
Claro que le afecta.
Chris :
¿Por qué crees que está tirando bolas de golf por la puta ventana?

Andrés :
Ya no lo sé.

Chris :
¿Crees que a mí me afecta? Lo de Arturo, me refiero. ¿Crees que me afecta?

Andrés :
Joder, sí.

Chris :
He aceptado con naturalidad la propuesta de Patrick. ¿Por qué haces entonces la diferencia?

Andrés escribiendo...
Andrés escribiendo...

Andrés :
Dios.

Chris :
Estáis los dos a flor de piel y saltáis a la yugular el uno del otro. Patrick solo intentaba

buscar explicaciones a lo que ha pasado de una manera fría.
Chris :
Y no fría de «me importa una mierda», sino fría de «vamos a ser objetivos y a poner todas las posibilidades sobre la mesa».
Chris :
Y si lo has notado menos entusiasta de lo normal en cuanto a sentimientos se refiere, ¿en serio puedes culparlo? Acaban de caerle un par de bombas de parte de dos de las personas que más quiere.

Andrés :
Puede que tengas razón.

Chris :
Tengo razón.
Chris :
Y de todas formas Patrick siempre ha sido un poco ameba…

Andrés :
Patrick no es una ameba, solo indiferente con la gente que le importa una mierda.

Chris :
Si quieres llamarlo así…

Andrés :
Y…
Andrés :
Gracias, Chris.

Chris :
De nada.
Chris :
La próxima vez que tengas un arrebato contra tu otra mitad habla conmigo primero. No la cagues más.

Andrés :
OK.

Chris :
Y vigila a Arturo durante las vacaciones de Navidad. No lo dejes solo. Hablamos a la vuelta.

Andrés :
OK.

Chris :
Y tampoco te quedes tú solo. También existe la posibilidad de que todo esto fuera dirigido a ti.

Andrés :
Todo el mundo sabe que esa es la moto de Arturo.

Chris :
Todo el mundo sabe que tú la coges día sí y día también, según te convenga.

Andrés :
No lo había pensado.

Chris :
Pero yo sí.

Tres semanas después

23: «La última vez que folló fue en pesetas. Mil duros le costó. Y era su prima»

NICKI

10 de enero. Lunes. 08:55 de la mañana

Mentiría si no reconociera que estaba deseando regresar a la cotidianidad del CAR. A los pasillos atestados de gente. Al sonido de los deportes. A la cacofonía de los alumnos. Han sido unas vacaciones de Navidad diferentes. Bruno y yo no hemos ido a casa de los Claramunt, a pesar de que me moría de ganas. Pero, si quiero empezar de verdad de cero con Andrés, tenía que ser así. Y ya solo por el burbujeo que siento en el estómago al pensar que voy a verlo después de cuatro semanas ha merecido la pena. Estoy feliz. Emocionada. Y hacía mucho tiempo que no me sentía así. Incluso saludo a la gente que pasa por mi lado con la palma de la mano y una sonrisa, aunque la mayoría me mire con el rabillo del ojo con desconcierto. Creo que incluso escucho «control de dopaje» por la zona de las taquillas. Control de dopaje les voy a dar yo.

Bruno :
Feliz primer día, pitufa.

Ya estamos otra vez.

Nicki :
No entres en bucle.

Bruno :
¿Yo en bucle? ¿Desde cuándo?
Bruno :
Oye, pitufa. Quiero que me mantengas informado de todos los avances de la cantidad de fichas que le vas a meter a Andrés Claramunt para reconquistarlo.
Bruno :
He estado a punto de instalarte una cámara frontal en la cabeza, no te digo más.

Nicki :

Creo que me habría dado cuenta, pitufo.

Bruno :
Por eso no te la he puesto.
Bruno :
Recuerdas todos los consejos que te he dado, ¿no?

Nicki :
La verdad es que intento olvidarlos.

Bruno :
Luego te los mando por email, que ahora tengo que dar clase.

Nicki :
Sí, no vaya a ser que tu alumno picajoso te mire mal por usar el teléfono.

Bruno :
Si yo te contara…

Nicki :
Si tú me contaras, ¿qué?

Bruno :
¡Nada! ¡Te dejo!

Nicki :
¿Has tenido todas las vacaciones para contármelo, si es que hay algo que contar, y no lo has hecho? ¡Yo me he abierto en canal con lo de Andrés!

Bruno :
Y me ha encantado que lo hicieras. Era tu momento, pitufa.
Bruno :
Lucha por tu chico. ¡Te quiero!

Nicki :
¡Bruno!

No me lo puedo creer. ¿Qué habrá liado ahora? Niego con la cabeza y voy directa a la máquina de café. Chris no está en el centro, como tiene que irse en breve a Australia se ha quedado en Mónaco, pero tengo la esperanza de cruzarme con Andrés.

Bruno :
Y suerte hoy con los resultados de la revisión del oído. Luego te llamo.

Oh, los resultados de la revisión del oído que me hice la semana pasada. Hoy llegaban al CAR. Durante unos segundos me había olvidado de ello.

De camino a la máquina leo los cientos de mensajes del Senticar que le dan la bienvenida a Arturo. Hoy empieza a entrenar de nuevo. Se me escapa una sonrisa. Todo vuelve a la normalidad. También hay unos cuantos mensajes recordándonos que Arturo y Patrick se liaron en los baños en el cóctel de Navidad. Dios, se me había olvidado. Parece que han pasado siglos desde aquello.

Llego a la máquina, saco un café y me lo tomo apoyada en la pared, como siempre. Como si Chris y su *excelente* humor matutino estuvieran conmigo. Arturo debería hacer acto de presencia en tres, dos, uno…

—¡Nicki!

Sonrío y me lanzo a sus brazos, con raquetera incluida.

—Hola —le susurro al oído—. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí.

Tuerzo el morro.

—No suenas muy seguro. Poco a poco, ¿vale? Nadie espera que el mes que viene ganes un Grand Slam.

Él solo asiente con la cabeza.

—Luego te espera una sorpresa en tu habitación. Una sorpresa que está deseando verte.

Alguien carraspea a nuestro lado, y yo reconocería ese carraspeo hasta con tapones en los oídos. Dejo libre a Arturo y me enfrento al objeto de mis deseos. No viene solo, Dami está a su lado. Lo saludo con una sonrisa y centro toda mi atención en él. Dios, qué guapo está. Qué precioso está. Le brillan los ojos y luce una sonrisa tan canalla que tengo que contenerme para no besársela.

—Hola… ¿Arturo? —le pregunto con picardía.

Andrés suelta una carcajada y niega con la cabeza. Arturo también se ríe mientras saca su café y el de Dami. Dami me mira con el ceño fruncido.

—Andrés —responde el aludido.

—Andrés —repito, saboreándolo en la boca—. Me gusta. Es un nombre bonito.

—Gracias. ¿Es tu primer día?

—Sí.

—¿Deporte?

—Soy entrenadora. De natación. ¿Tú?

—Alumno. De tenis.

—No soy muy fan del tenis.

Andrés simula que le he clavado un puñal en el corazón.

—Me partes el corazón.

—¿Crees que con un café se te pasará? Venga, te invito a uno.

Andrés entrecierra la mirada y me mira con ojos traviesos.

—Dale.

Arturo se apoya en la máquina y nos mira con diversión mientras se toma el suyo. Damián sigue observándonos con la frente arrugada, pero ahora también hay un toque de diversión. Nuestras vidas son un desastre, pero siempre nos quedará la máquina de café. Meto la moneda en la ranura y me giro hacia él con la pregunta en la cara.

—Con leche. Y un montón de azúcar —me dice.

Arturo intenta reprimir sin éxito una mueca de asco.

—¿No tienes ningún sitio al que ir, Arturito? —le pregunta su hermano.

—La verdad es que no. Estamos aquí de maravilla. ¿A que sí, Dami?

—La verdad es que sí —responde el otro con sinceridad, medio parafraseándolo—. Esto es mejor que un partido de tenis.

—Y tanto.

—No sé si os habéis vuelto todos locos, pero me lo estoy pasando pipa.

Andrés carraspea y se dirige a mí.

—Así que entrenadora. ¿Y se te permite confraternizar con los alumnos?

Le ofrezco el café y lo miro con una ceja alzada.

—No estoy confraternizando contigo.

—Todavía…

Tanto Arturo como Damián rompen a reír a carcajadas.

—Ahí te has pasado, Andrés.

—Y tanto.

—Demasiado directo. Si me permites un consejo…

—No, gracias.

—…, tienes que ser más sutil si quieres —carraspea—, ya sabes, llevártela al huerto.

Andrés mira a su hermano un poco exasperado.

—¿Llevármela al huerto? ¿En serio? Pues sí que estás desactualizado. Vas a tener que salir un poco más si quieres *llevarte a cierto rubiales de ojos azules y sonrisa insufrible al huerto* .

—Ja.

—Jo. La última vez que folló fue en pesetas —me explica a mí—. Mil duros le costó. Y era su prima.

Damián estalla en otra carcajada y Arturo niega con la cabeza pero sin dejar de sonreír. También le da un codazo a Dami. ¿Cómo Andrés puede ser tan idiota? Me lo como a besos.

—Para tu información no quiero llevarme a nadie al huerto —le dice Arturo—. Pero a ti sí quiero acompañarte a la sala de rehabilitación antes del entrenamiento, así que acábate el café, casanova.

—¿Todo bien en ese brazo? —le pregunto yo señalándole el brazo malo. Lo escayolaron hace poco más de cuatro semanas, así que todavía le quedan otras seis de rehabilitación, pero ya no lleva el cabestrillo. Y la escayola estarán a punto de quitársela.

—Me han dicho que necesito cuidados. Estoy buscando una enfermera personal —me dice con todo su morro. Y lo peor de todo es que podría habérmelo soltado si en verdad acabáramos de conocernos. Desde luego, no seré yo la que no le siga la corriente. Me muero por tocarlo.

—Me saqué el título de entrenadora y el de enfermera personal al mismo tiempo, así que yo podría cuidarte.

Arturo y Damián vuelven a reír a carcajadas. A Arturo incluso le caen lágrimas de los ojos. Menudo par de subnormales. En serio, los miro con cara de «menudo par de subnormales estáis hechos» y ellos solo se ríen más. Arturo se limpia las lágrimas con la mano. Dios, todo esto sería mucho menos ridículo si ellos no estuvieran delante.

—No creo que estés preparada —me dice Damián, aún descojonándose.

—Va a pedirte tantas cosas que vas a acabar harta —continúa Arturo.

—Tengo mucha paciencia.

—Va a pedirte agua.

—Comida.
—Y agua otra vez.
—Que le acerques el teléfono.
—Y agua otra vez.
—Que lo acompañes al baño.
—Y agua otra vez.
—Comida.
—Que abras la ventana.
—Y que la cierres.
—Y…
—Agua otra vez —dicen los dos al unísono.

Lo peor de todo es que tienen razón. Voy a replicar, pero justo entra un mensaje nuevo en la pantalla del Senticar que tenemos enfrente y los cuatro nos giramos por instinto a leerlo.

¿ADIVINAD QUIÉN CUMPLE AÑOS MAÑANA? ¿Y ADIVINAD QUIÉN VA A CELEBRAR UNA FIESTA EN EL MEJOR BAR DEL PUEBLO?

@CRISTIAN.MONTAÑO

ANTES DE QUE EMPECÉIS A DESVARIAR… LAS RESPUESTAS SON: YO Y YO. Y ESTÁIS TODOS INVITADOS. ¡EMPEZAMOS BIEN EL AÑO! ¡VAMOSSS!

@CRISTIAN.MONTAÑO

ES A LAS 7PM, POR CIERTO. Y EL MEJOR BAR DEL PUEBLO ES EL SHOTERFUGIO (SUTER PARA LOS AMIGOS), POR SI HAY ALGÚN DESPISTADO POR AQUÍ

@CRISTIAN.MONTAÑO

—¿Qué me dices, Chip? —le pregunta Andrés a Arturo—. ¿Nos apuntamos?
—Nos apuntamos, Chop. Nos vendrá bien un poco de desconexión… Voy a avisar a Aitana.
—Sí, mejor avísala tú…

Andrés y Aitana llevan semanas enfadados. Le he preguntado un montón de veces a Aitana por ello, pero no quiere contármelo. Tampoco la he forzado. Jamás forzaré a nadie a que me cuente nada. Yo mejor que nadie entiendo de tiempos y de espacio. Entiendo más de tiempos y de espacio que Stephen Hawking.

—¿Nicki? —me llama Arturo.
—¿Sí?
—¿Te vienes a la fiesta para que mi hermano pueda seguir *llevándote al huerto* ?

Y otra carcajada de él y Dami. Andrés coge a su hermano por la oreja, con el brazo bueno, y lo acerca a él. Arturo se queja y se ríe al mismo tiempo. Entonces aparece Elvira. Oh, mierda, por un momento había olvidado que Elvira también está en el CAR.

—Hola —nos dice—. Qué contentos estáis todos. ¿Qué tal estás, Arturo?

—Muy bien —responde, aún con la mano de Andrés en su oreja—. Recuperado del todo.

—Me alegro. Se te echaba de menos por aquí. ¿Y tú, Andrés?

—De camino a rehabilitación. Si nos disculpáis… Contigo voy a hablar yo, graciosillo —le susurra a su hermano, llevándoselo de la oreja. Arturo alcanza como puede la raquetera del suelo y se la cuelga al hombro.

Pero entonces Andrés se gira y me guiña un ojo. Elvira carraspea.

—Te veo en la piscina en quince minutos —le digo.

Y me voy. No creo que Elvira llegue a caerme bien en algún momento, pero lo cierto es que no la culpo por lo que nos pasó a Andrés y a mí.

Nicki :
Le he dicho a Andrés que puedo ser su enfermera personal… Todo va viento en popa.

Bruno :
Oh, Dios…
Bruno :
Pagaría millones, si los tuviera, por vivir ahí con vosotros.

Nicki :
Y esta tarde tenemos una fiesta.

Bruno :
¿Otra vez?
Bruno :
¿Practicáis deporte en algún momento?

Nicki :
Te dejo, que tengo que irme a currar.

Bruno :
Ah, pero ¿tú curras?
Bruno :
Y yo no debería decir esto, pero… ponte sexi para esa fiesta.

Nicki :
;)

Nicki :
Necesito algo sexi para esta noche. Quiero ligarme a tu hermano.

Tani :
¿A Andrés?

Nicki :
Sí. El otro no es mi tipo. :)
Nicki :
¿Qué puedes ofrecerme?

Tani :
No creo que llevar la ropa de su hermana pequeña sea la mejor idea que has tenido.

Nicki :
Mierda.
Nicki :
Bien visto.

Tani :
Pero podemos ir de compras.
Tani :
Hoy tengo entrenamiento mañana y tarde. ¿Quedamos al mediodía y comemos algo por ahí?

Nicki :
Hecho.

Tani :
Le pido prestado el coche a Dami y quedamos en el aparcamiento.

Nicki :
Tienes una cita.

Nicki :
He estado con Arturo.

Chris :
¿Y?

Nicki :
No sabría qué decirte. Le he notado algo.

Chris :
¿Algo qué?

Nicki :
No lo sé. Ha intentado ocultarlo con sus sonrisas y justo Andrés y yo lo hemos hecho reír,

pero no cuela.
Nicki :
Quizá te echa de menos.

Chris :
No. No es eso.
Chris :
Échale un ojo por mí de vez en cuando, por favor.

Nicki :
¿Cuándo vuelves al CAR?

Chris :
En febrero.
Chris :
¿Cómo está René?

Nicki :
Perfecta. En un rato la llevo a la habitación de Arturo. A partir de ahora se la queda él.

Chris :
OK.
Chris :
Cuéntame luego qué tal la revisión del oído, ¿vale?

Nicki :
Vale.



—Tengo que contarte una cosa, Nicki Miliki —me dice Aitana mientras comemos.

—¿Qué pasa?

—Sucedió hace siete años…

Y me lo cuenta. Y a mí se me rompe el corazón en mil pedazos. También la abrazo muy fuerte.



—¿Qué hacéis aquí? —les pregunto a Robert Claramunt y a Bruno cuando entro en el despacho de Samuel y los veo cerca de la ventana hablando entre ellos.

—Hola, pitufa. —Bruno se acerca y me envuelve entre sus brazos—. ¿De verdad creías que iba a perdérmelo? No voy a soltarte nunca de la mano. Hazte ya a la idea.

Aprieto los labios y me aguanto las ganas de llorar. Robert me aprieta el hombro.

—¿Y tú cómo lo sabías?

No se lo he contado a los Claramunts porque no quería que estuvieran pendientes de mí con todo lo que tienen encima.

—Hija, la duda ofende.

—No tenías que haber venido hasta aquí.

—Iba a venir de todas maneras. Andrés tenía revisión y era bastante probable que le quitaran la escayola.

—¿Y se la han quitado?

—Sí. Todo va viento en popa. Y así va a seguir yendo.

Suspiro.

—Vamos a ello —le digo a Samuel.

Los cuatro tomamos asiento, Samuel en su lado del escritorio y nosotros tres en el otro lado.

—¿Cómo de directo quieres que sea, Nicki? Porque puedo hablarte de la lesión y de su desarrollo o puedo ir al grano y…

—¿Voy a poder nadar de nuevo? —lo interrumpo.

Toda la ansiedad que me ha estado apretando la garganta lentamente desde que me hice las pruebas y que he conseguido mantener a raya hace acto de presencia. Mi mente es un yoyó de cristal que baja a toda velocidad sin parar. Y cada vuelta es una posibilidad. Una posibilidad de nadar de nuevo o de no hacerlo nunca. La duda es ¿el yoyó subirá antes de estrellarse contra el suelo, aunque sea en el último segundo, o se romperá en mil pedazos a causa del golpe? Se me corta la respiración, pero me acuerdo del unicornio de Andrés que bajaba desbocado por un arcoíris y durante un segundo respiro de nuevo.

—Sí.

Creo que voy a vomitarle encima de la mesa a Samuel, voy a vomitarle y a… Espera. ¿Ha dicho que sí?

—¿Has dicho que sí?

—Sí.

Me llevo las manos a la cara y rompo a llorar. Aprieto los párpados y dejo que salga todo. Y la presión que llevaba meses soportando desaparece. Una palabra. Una sola palabra puede dirigirnos la vida. Advierto el abrazo de Bruno y Robert y escucho sus palabras. Mi mente ya no es un yoyó, ahora es una peonza que da vueltas sin parar, una vez más, desbocada.

—Nicki —me llama Samuel—. Escúchame. Hay un pero.

Levanto la cabeza, Bruno y Robert continúan rodeándome los hombros.

—¿Un pero?

No. No, no, no, no, no.

—No estás al cien por cien ni lo vas a estar. Una vez que la otitis aparece es difícil deshacerse de ella.

—¿Qué significa eso?

—Que tienes que tener cuidado, ¿de acuerdo?

—¿Pero puedo competir?

—Sí. Puedes competir a corto y medio plazo, pero a largo…

—Tendré que dejarlo.

—Es mi consejo. Imagínate el tímpano como un hilo grueso formado por decenas de hilos más finos. Tu otitis está cortando esos hilos. No dejes que corte el último, porque ya no habrá vuelta atrás.

—¿De cuánto tiempo dispongo?
—Años.
—¿Cuántos?
—No lo sé. Lo iremos viendo poco a poco.
—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?
—Decidir —me dice Robert.
—Eso es. Decidir. Decidir qué quieres hacer con tu carrera profesional y tu futuro.
Vale. Decidir.
Decidir.



¿A MÍ TAMBIÉN ME INVITAS AL CUMPLE, @CRISTIAN.MONTAÑO? OS HE ECHADO DE MENOS DURANTE LAS VACACIONES. ¿VOSOTROS A MÍ? ;)

@ENIGMATICAR

24: «Quiero comprarte helados de cocholate en mitad de la noche»

AITANA

Y aquí estoy, en otra fiesta del CAR. Una a la que aún no ha llegado nadie. Ni el cumpleañero. Ni el *tato* . No sé el resto de la gente, pero mis hermanos y yo vamos a emborracharnos a lo grande.

Arturo casi se mata en un accidente de moto, lo ha dejado con su novio después de nueve años y lleva semanas despertándose a medianoche creyendo que se ahoga.

Andrés tiene una subluxación en el hombro y una fractura en el escafoides de la muñeca, no se habla con su mejor amigo y a mí me ha traicionado de la peor manera.

Y yo… Yo mejor me callo y voy directa a la barra. Tampoco ha debido de llegar la luz porque es tan tenue que no es ni medio normal.

—¿No habéis pagado la factura de la luz? —le pregunto al camarero (¿Benji?, ¿Elliot?), que ya lleva su mítico trapo en el hombro. Se me hace hasta raro verlo en el CAR sin él.

Él solo sonríe y me guiña un ojo.

—Anda, ponme tres chupitos de tequila de fresa, por favor —le pido—. Hasta arriba.

—Sí, señora.

Al primero le cuesta entrar, así sin anestesia, pero los otros se me deslizan por la garganta como la seda. Me pregunto cuántos chupitos voy a tener que beberme para que Patrick deje de dolerme durante unas horas. Necesito un descanso. Necesito un maldito descanso. Y también necesito que él me deje estar a su lado, y quererlo, y perdonarnos, y hablar, pero eso no van a conseguirlo los chupitos. Me pregunto si algo lo hará. Apenas lo he visto desde el día de las bolas de golf. Nuestras familias han pasado las Navidades juntas, como siempre, pero él estaba tan ausente que era como si no estuviera. Ni siquiera cuando no nos hablábamos estaba tan ausente. Hoy nos hemos encontrado en la piscina. O, más bien, nos hemos casi chocado. Yo salía y él entraba. Ha pasado por mi lado sin apenas mirarme, porque ha dejado de mirarme. Yo he girado la cabeza con la esperanza de que él también lo hiciera, pero no lo ha hecho. Ha subido al trampolín y ha comenzado a entrenar. Y cuando he abandonado del todo la piscina he pensado que ojalá nos hubiéramos chocado, no casi chocado, porque así habría podido sentirlo, aunque solo fuera durante unos segundos.

—¿¿Eran los tres para ti?? —me pregunta el pobre camarero, anonadado, al ver que me los he tragado enteritos.

Vuelvo al presente. «Sí, chaval, sí. Eran los tres para mí». Hoy voy a ganar a Andrés y todo.

Y hablando de Andrés… Por ahí viene. Y se ha puesto todo guapo con su pelo engominado, su camisa de cuadros de manga larga, sus pantalones vaqueros apretados de color mostaza con sus bambas a juego y sus calcetines de animales. ¿Eso son zorros? Casi sonrío. Porque Andrés tiene el don de hacerme sonreír por muy enfadada que esté con él. Y ni siquiera tiene que pretenderlo.

—¿Qué tal sin la escayola? —le pregunto en cuanto llega a mí.

Andrés me mira con confusión, pero enseguida se recupera y me responde.

—Muy bien. Mañana empiezo con la rehabilitación a tope.

—Me alegro.

—Yo también.

—¿Arturo?

—Al teléfono, hablando con mamá. Ahora viene.

—¿Pedimos alcohol?

—Por supuesto.

—Bien.

Bien. No, bien no. Mierda. No quiero sentirme incómoda alrededor de Andrés. Él siempre ha sido mi héroe. «Dale un abrazo, Aitana. Vamos. Dale un abrazo. Sabes que no puedes vivir sin él». Estoy a punto de hacerlo, pero entonces el camarero (¿Benji?, ¿Elliot?) se acerca a nosotros y Andrés le pide una botella de no sé qué.

—Hola —nos saluda Arturo desde atrás a Andrés y a mí—. Hola, Benji.

Vale, Benji.

—Hola —respondemos nosotros dos al unísono, bastante secos, para qué negarlo.

—Hola, Claramunt. Me alegro mucho de verte por aquí. ¿Preparado para machacarlos a todos?

De momento viene preparado para machacar la botella de alcohol. Arturo también está guapo, pero porque es guapo, no porque se haya acicalado tanto como Andrés. Alcanzo los tres vasos de chupito que nos ha dejado Benji y los pongo en fila. Andrés coge la botella y nos echa un buen chorro a cada uno.

—Cuidado con ese brazo, Andrés —le advierto—. Te veo muy suelto.

—Ey, ey, ey —se queja Arturo cuando ve el chorrazo—, tampoco te pases.

—Lo necesitas, créeme. Bien —Andrés alza el vaso y nosotros lo imitamos—, por nosotros, supongo.

Chin chin. Me lo llevo a la boca y, ¡por Dios!, no me atraganto de puro milagro.

—¿Qué es esto?

—*Whisky* .

—¿A palo seco? Está asqueroso.

—¿Cómo que a palo seco? Lo he echado directamente de la botella.

—Pensé que vendría mezclado con algún refresco.

—¿Mezclado con algún refresco? Tú tienes menos mundo que Arturo.

—Ey —se queja el otro. Pero le pide otro trago. Y otro. Y otro. Y otro.

—Mirad lo que he traído —nos dice entonces Arturo sacando algo del bolsillo de su sudadera favorita de los Sex Pistols. Lo veo bastante entero para los cinco chupitos que se ha metido en el cuerpo. Arturo casi nunca bebe alcohol. Me apuesto una mano a que Andrés le está sirviendo menos cantidad. Es admirable cómo cuidan el uno del otro.

—Ni de coña —exclama Andrés cuando ve el juego de los retos justo antes de hipar. Me apuesto la otra mano a que el chorro de menos de Arturo se lo está bebiendo él.

—¿De qué tienes miedo, Andrés?

—De nada.

—Pues vamos a jugar.

Uy, Arturo. Qué valiente lo veo. Lo que no haga el alcohol…

—Muy bien, tú lo has querido. Dale.

Y le damos. Le damos bien a los chupitos, porque, de momento, ninguno aceptamos los retos, que hemos venido aquí a emborracharnos.

—¡Claramunts!

Tengo que darme la vuelta para ver quién nos llama y me llevo la sorpresa de mi vida cuando veo que la fiesta está hasta los topes. ¿De dónde ha salido toda esta gente? ¿Y cuándo? *Way less sad* suena a todo volumen y hay un montón de canapés en las mesas del fondo. Y globos de colores en el suelo y colgados en el techo. ¿Antes también había globos? Han debido de pasar horas y no nos hemos enterado. Eso sí, luz sigue sin haber. Esto es como estar bebiendo en una cueva.

Un montón de gente se acerca a saludar a mis hermanos y a preguntarles por su estado físico. Todos felicitan a Andrés por lo de la escayola y Arturo se lleva como veinte abrazos en el transcurso de un minuto. No está cómodo, no lo conozco yo ni nada. Nos escabullimos en cuanto podemos. Pedimos otra botella y nos retiramos a la mesa más alejada, la que está junto a la ventana. De camino, Andrés consigue hacerse con tres canapés diferentes, Arturo se pone un gorro rojo de fiesta en la cabeza (le sonrío porque está muy mono) y yo arrastro un biombo con forma de ramaje para camuflarnos mejor.

—¿Qué hora es? —pregunto en cuanto estamos solos.

—Las siete y media —responde Andrés mirando su reloj al mismo tiempo que se zampa de un bocado uno de los canapés.

—¿De la tarde?

—Sí.

—Pero si yo he llegado a en punto. ¿Solo llevamos aquí media hora?

—*Sip* —responde Andrés con la boca llena—. Venga, vamos, que os sirvo otra.

—¿A quién le toca reto? —pregunta Arturo.

—A ti.

Arturo saca un papel de su sudadera y comienza a leer.

—Pídele un helado de *cocholate* …

—Chocolate —aclaro yo, por si acaso. El alcohol empieza a hacer mella en él… Y Andrés casi se cae al suelo de la risa. Dios, menuda cogorza.

—… a tu exnovio. No —exclama en cuanto su cerebro recibe la información. Que le ha costado, todo hay que decirlo—. No, no, no, no, no. No puedo pedirle un helado a Chris.

—Te lo trae seguro, llámame intuitiva.

—Está en *Mólaco* .

Mónaco.

—Oh, es verdad. Está en *Mólaco* .

Mónaco.

Y los tres nos reímos a carcajadas. Dios…

—Bebe, Arturo —le dice Andrés.

—¿Por qué?

—Porque no puedes llamarlo para pedirle un helado. Se encuentra a más de quinientos kilómetros.

—El reto no es conseguir que me lo traiga, sino que yo se lo pida. Y eso es lo que voy a

hacer. Voy a llamarlo ahora mismo y a pedírselo.

—Arturo… —le advierte Andrés—. No hagas algo de lo que vayas a arrepentirte mañana. Piensa con claridad.

Habló el dios de la cordura…

—Estoy pensando con claridad.

Entonces alcanza su teléfono del bolsillo, lo desbloquea y llama a Chris. Pone el altavoz. Oh, madre mía.

—*¿Arturo?*

—¡Tete!

Tanto Andrés como yo nos llevamos la mano a la frente. Que alguien lo detenga, por favor. Andrés está demasiado ocupado negando con la cabeza, así que lo hago yo. Intento arrebatarle el teléfono de las manos, pero es más alto que yo y no lo consigo. Desisto.

—*Cocholate* .

—*¿Qué?*

—Que quiero que me traigas un helado de *cocholate* .

—*¿Me estás vacilando? Porque no tiene ni puta gracia.*

—No se lo cree —nos susurra a nosotros, alejando el móvil de su oreja, como si no lo estuviéramos oyendo todo.

—*¿Dónde estás?*

—En una *fiessa* .

—*¿En dónde?*

—En una *fiessssaaa* .

—¡Fiesta! —aclaro yo de fondo.

—*¿Estás borracho?*

—Un *copo* .

—*¿Qué?*

—Un *copooo* .

—¡Un pocooo! —grito yo.

—*¿Estás con Aitana?*

—Y con Andrés Tengo Un Hambre Que Da Calambre.

Carcajadas. Pero mogollón además.

—*¿Me tienes en altavoz, Arturo?*

—Nooo —responde, aún desternillándose de risa. Verás mañana—. Bueno, un *copo* .

—*¿Estáis los tres borrachos?*

—Síií.

—*Estoy flipando. Son las siete y media de la tarde. De un puto lunes.*

—Es el cumpleaños de Montaño.

—*¿De quién?*

—Y me he puesto un *gogo* en la cabeza.

—*¿Un qué?*

—No importa. Quiero que vengas y me traigas un helado de *cocholate* . Eres superrrguapo y juegas superrrbien al tenis.

Andrés sigue negando con la cabeza (sí que se han hecho amigos él y Chris últimamente), pero yo estallo en otra carcajada sin poder evitarlo.

—Shh —me pide Arturo sin dejar de reírse—, que al final se va a enfadar. Y tiene una mala hostia que flipáis en colores.

—*¿Cuánto has bebido?*

—Muchos *puchitos* .

—*¿Chupitos?*

—Eso. *Puchitos* .

—*Joder… ¿Cuántos?*

—No sé. He perdido la cuenta en la segunda botella de *whisky* . Pero me he acordado de ti en cada trago. En cada trago, tete. Y en esos pantalones tuyos de tenis que te quedan tan… puf, de puta madre.

—*Arturo, deja de hablar, y sobre todo de beber, y pásame con Andrés.*

—Uy, Andrés está peor que yo.

—*Pásamelo* .

—No puedo, te tengo que dejar, rrrubio *despa… despanate* . O, sea, *despapanate* . Mierda. Qué palabra más difícil, ¿no? *Au rrrevoire.*

—*¡Arturo, no me cuelgues! Ni se te ocur…*

Arturo cuelga y nos mira con aire triunfante. Alza el puño en señal de victoria.

—¡He ganado! Os toca beber a vosotros.

—El juego no es así —me quejo yo.

—A partir de ahora sí. Venga, bebed. Me acosté con él, por cierto —nos confiesa entonces —. En *Mólaco* .

Andrés se atraganta con la bebida. Yo abro mucho los ojos.

—¡Lo sabía! —grito—. Te vi el chupetón en el cuello.

—Bueno, me toca —dice Andrés.

—Eyy, ¿no vamos a seguir hablando de lo de Arturo y Chris?

—No —responde tajante—. Dame un papel, tato.

Arturo obedece, cómo no, saca otro papel de la sudadera y se lo ofrece.

—Sé sincero con alguien a quien quieres mucho —lee Andrés.

—No me suena ese reto…

—Vamos, dale —lo reta Arturo sin dejar de sonreír—. Lo estás deseando.

—Aitana —me dice entonces a mí, y me quedo sin respiración—, estoy un poco borracho y sé que no es el momento, pero siento *lucho* haber traicionado tu confianza. No puedo echar el tiempo atrás, pero sí puedo decirte que te quiero con *colura* y que jamás haría algo a p… p… propósito para hacerte daño.

—Yo también te q… q… quiero con *colura* —respondo al borde del llanto—. Y te echo de menos. Siento haberme enfadado tanto contigo. Y siento no haberte contado lo de Patrick y que por mi culpa no os habléis.

Entonces se acerca a mí y me abraza con fuerza. Y obliga a Arturo a unirse al abrazo. Y los tres nos abrazamos. Y la mierda que nos rodea pesa un poco menos. Siento que floto, y no es el alcohol. Son ellos. No sabía que necesitaba tanto este abrazo. No me había permitido necesitarlo. Solo… solo falta Patrick para que sea perfecto. Y tengo que dejar de mirar hacia la puerta. No va a venir. Ni de coña va a venir. Mierda. Necesito dejar de pensar en Patrick, aunque solo sea durante esta noche. Se supone que los chupitos iban a ayudarme. No he debido de beber los suficientes.

—No volvamos a enfadarnos entre nosotros nunca más, ¿de *aduerdo* ? —nos pide Andrés.

De acuerdo.

—De *aduerdo* —respondemos Arturo y yo al unísono.

—¿Chicos? —Los tres nos sobresaltamos. Yo me separo de mis hermanos y veo a Nicki y a

Dami—. ¿Qué hacéis aquí escondidos?

—Hola, Nicanora —le dice Andrés con un intento de mirada sexi. Este es el que peor va de los tres.

Nicki lo mira con los ojos entrecerrados. Andrés se acerca a ella y le susurra al oído: «Adivina cómo hacen las anchoas para que las aceitunas se metan dentro». Nicki ríe a carcajadas y niega con la cabeza.

—Vaya pedo llevas, tenis. Y no son ni las ocho.

Y carcajada que suelta Andrés. Después le intenta guiñar un ojo. ¿Y este es Andrés en acción, en plan ligoteo? Que yo sigo queriéndolo con locura, pero, madre mía, qué patético.

—¿Jugáis? —les pregunta entonces Arturo a Nicki y Dami.

Ellos aceptan y comienza el juego de nuevo.

—Te toca, Nicki.

Nicki mete la mano en el bolsillo de la sudadera de Arturo y saca un papel. Y juraría que lo ha tocado más de lo necesario. Abro bien los ojos. No puede ser. ¿Los chupitos producen alucinaciones?

—Llama por teléfono a alguien importante de tu familia y dile que estás embarazada.

¡Empezamos fuerte! Todos la vitoreamos mientras llama a Bruno y lo pone en altavoz.

—*¿Pitufa?*

—Estoy embarazada.

—*Felicita a Andrés de mi parte. Eso es puntería y lo demás son tonterías.*

Se desata una oleada de vítores y silbidos hacia Andrés y muchas risas.

—¡Bruno!

—*¿Qué?*

—Es una broma.

—*¿No me digas? No lo habría adivinado con el ruido de bar de fondo y las risas de los borrachos de tus amigos.*

Más risas.

—*¿Andrés? ¿Estás por ahí?*

—¡Presente! —grita mi hermano.

—*Te estoy vigilando.*

Y muchas más risas.

Después a Dami le toca compartir las últimas cinco fotos de su móvil y una de ellas es ¡de una chica del CAR! No recuperamos el juego hasta mucho tiempo más tarde cuando ya lo hemos sometido al mayor interrogatorio de su vida. A Arturo no lo pilla por sorpresa y Andrés parece saber más del asunto que cualquiera. Llevan tiempo tonteando y han quedado luego para ¡volver juntos al CAR! Me alegro mucho por él. Nunca lo he visto quedar con nadie ni salir con nadie, lo que corrobora mi teoría de que está enamorado de uno de mis hermanos. ¿Quizá ya ha tirado la toalla? Ojalá que sí porque se merece ser feliz.

A mí me toca poner de perfil en todas mis redes sociales la foto del chico que me gusta y yo tengo que poner una de Patrick. Elijo una que le saqué hace un par de meses. Una en la que está sonriendo de oreja a oreja. Es mi foto favorita de él y ni siquiera recuerdo por qué me sonrió así. No recuerdo de qué estábamos hablando, solo de que lo vi sonreír y abrí la cámara del teléfono.

—Volverá —me susurra Arturo al oído—. Solo necesita tiempo.

—¿Y si no lo hace?

—Le demostraremos todo lo que lo queremos, cuando baje la guardia y nos deje acercarnos, y no podrá resistirse.

Sonrío sin poder evitarlo.

Y cuatro rondas después mientras suena *Beggin* ', de Måneskin, a Arturo le toca quitarse los pantalones. Yo estoy casi segura de que va a negarse, pero entonces se sube encima de una silla, se desprende de las deportivas ¡y después los pantalones! ¡Arturo se quita los pantalones! Le saco un montón de fotos con el teléfono porque esto tiene que verlo mañana.

Y vuelve a tocarle a Nicki:

—Pasa la lengua por el cuello de alguien de este grupo.

Más vítores y risas. Pero entonces Nicki se acerca a Arturo y a mí se me corta la respiración. ¿Perdona? La miro con la boca abierta, incapaz de detenerla, mientras le baja un poco el cuello de la sudadera y le pasa toda la lengua por el cuello. Y la cara de Arturo es de puro placer. ¿Perdona? Entonces miro a Andrés y otra vez a Arturo y… Andrés y Arturo… ¡Los mato!

—¡¿Os estáis haciendo pasar por el otro?!

—¡Aleluya!

—¿Por qué no me lo habéis dicho?

—No pensábamos que tú ibas a confundirnos y te hemos seguido la corriente —me dice Andrés. El verdadero Andrés. ¡El que lleva la sudadera favorita de Arturo de los Sex Pistols! ¡Los mato, los mato!

—Pero… pero… ¡la llamada a Chris!

—¡Joder, es verdad —le grita entonces Arturo, que parece haberse acordado—. ¡Voy a matarte, Andrés!

¡No me lo puedo creer!

—¿Habéis llamado a Chris? —preguntan Nicki y Dami al unísono.

—¡Te he hecho un favor de la hostia! —le dice Andrés a Arturo—. Estabas deseando hablar con él.

—¡No he hablado con él! Lo has hecho tú y le has dicho que es superrrguapo y que juega superrrbien al tenis. Y le has llamado «rubio despampanante».

—Lo ha intentado… —dejo caer yo.

—¡Yo nunca lo llamaría «rubio despampanante»!

—Anda que no.

—¿Qué más habéis hecho, locos? —nos pregunta Dami.

—Andrés le ha pedido perdón a Tani —dice Arturo.

—No, tú le has perdido perdón a Tani —le replica Andrés.

Qué fuerte. Entonces caigo en la cuenta de algo.

—¿Cómo sabías que Arturo y Chris se habían acostado en *Mólaco* ? —le pregunto a Andrés.

—¿En dónde?

—¡¿Arturo y Chris se han acostado?!

—Por el chupetón —responde Andrés. Aún se me hace raro verlo con la ropa de Arturo—. Me la he jugado.

—Ostras, ¿en serio? ¡Por un momento he pensado que al final sí que íbamos a replicarnos los orgasmos y que por eso lo sabías! —Arturo ríe a carcajadas—. Fue el orgasmatrón.

—Joder, Arturo, ¿cuánto has bebido?

Que Arturo hable de orgasmos es una anomalía en el programa. Vaya pedo. Claro, por eso Andrés estaba tan borracho y Arturo tan poco borracho. ¡Porque estaban al revés! ¿Cómo he podido confundirlos? No me había pasado en la vida.

—Ni siquiera recuerdo cuándo o cómo me lo hizo.

—¿El orgasmatrón?

—No, joder. El chupetón.

—Chupando, Arturo. Chupando.

—Dios, me río por no llorar. Otra vez —continúa Arturo.

—¿Otra vez?

Arturo hace un gesto con la mano de «olvídalo».

—¿Tú sueles estar arriba o abajo? —le pregunta Andrés.

—No pienso contestarte a eso.

—¿Por qué no?

—Yo también quiero saberlo —añado.

—Pues vais a quedaros con las ganas.

Se lo volveré a preguntar dentro de un par de chupitos.

—Yo lo séé —suelta Dami.

—¡Cállate! —Arturo le da un codazo sin dejar de sonreír.

—¿En serio se lo has contado a Murnuais y a mí no? —le pregunta Andrés a Arturo todo indignado—. Flipo. Y, por cierto… —Andrés se acerca meloso a Nicki. A ver, un poco pedo sí que va. No tanto como Arturo, pero fino fino no anda—. ¿Tú desde cuándo sabes que yo soy yo?

Nicki le guiña un ojo y Andrés sonríe.

—Luego voy a sacarte a bailar —le dice.

—Y yo os acompaño —se apunta Arturo.

—No. Tú no vienes.

—Claro que voy.

—Así no me la *llevo al huerto* .

—Yo te ayudo, tato. Que yo entiendo.

—Arturo, vida mía, te has ligado a un solo tío en toooda tu vida.

—¡Pero a uno de los difíciles!

Ahí lleva razón.

Entonces *Levitating* , de Dua Lipa, suena por los altavoces y Arturo y Andrés comienzan a bailar. Yo no me aguanto las ganas y me uno a ellos. Y abrazo a Andrés por detrás. Al de verdad.

—Te quiero, tato.

25: «Estamos haciendo la ruta del cacahuete. Solo vamos a sitios donde pongan cacahuetes»

NICKI

Solo he tenido que ver el brillo en los ojos de Andrés cuando me ha visto llegar para darme cuenta de que él era Andrés, a pesar de ir vestido como Arturo y de haberse bañado, otra vez, en su colonia. Sonrío cuando veo a Aitana lanzarse a los brazos de Andrés y me alegro como nadie de que ya estén bien. Aunque Tani no lo está del todo. Se distrae con facilidad y… joder, que ha confundido a sus hermanos. Y eso no le había pasado en la vida. No es más que otra prueba de lo descentrada que se encuentra.

—¡Te toca reto, Andrés! —grita Dami.

Los Claramunt dejan de bailar y de abrazarse. Regresan con nosotros y continuamos con el juego.

—Interpreta una canción y dedícasela a la persona que te gusta —lee Andrés. Entonces se sube encima de una silla (aún en calcetines, calzoncillos y sudadera de los Sex Pistols) y grita hacia la barra—. ¡¡BENJI!! ¡DON´T STOP ME NOW!

La música cesa de pronto, el local queda inundado por la cacofonía de la fiesta de cumpleaños y un segundo después suena *Don´t stop me now* , de Queen. Y yo sé al instante que esto va a ser épico. Cruzo una mirada con Benji, que se encoge de hombros y me sonríe de vuelta, y niego con la cabeza.

Andrés baja de la silla, coge la botella de *whisky* vacía, se coloca frente a mí, para que no quede ninguna duda de que yo soy la persona que le gusta, y se la lleva a la boca a modo de micrófono. Vocaliza las primeras estrofas encima de la voz de Freddie Mercury, muy relajado y mirándome a los ojos, con aire soñador, en plan romántico, pero en cuanto llega la parte de «*and the world* » se sube encima de la silla de nuevo y gesticula con el brazo libre.

—¡El brazo, Andrés! —le grita Tani.

En el primer «*don´t stop me now»* mueve las caderas con maestría al ritmo de la música (muy mojabragas, tengo que decir) y en el segundo se sube a la mesa (por Dios, Andrés) y en el momento *«´cause I´m having a good time»* el biombo desaparece, o cierto equipo de *hockey* más mi alumno favorito lo hacen desaparecer, y Andrés queda expuesto a que todo el bar lo vea de pleno. Sí, en calzoncillos.

Y entonces todo el mundo se vuelve loco. Andrés comienza a cantar a lo grande y lo da todo, con un brazo sujeta la botella micrófono y con el otro interpreta la letra de la canción. Y sin dejar de bailar. Nunca deja de bailar. Las personas que estaban sentadas en las sillas se levantan y

Elliot, Álvaro, Kailyn y más chicos y chicas del equipo de *hockey* que no conozco juntan todas las mesas y las ponen en forma de «u» en medio del bar.

—Espero que eso sea refresco de cola —les digo yo acercándome a ellos y señalando sus copas.

—Por supuesto.

Andrés, cómo no, se pasea por las mesas, salta de una a otra, como si estuviera en el suelo. ¡Se va a resbalar con los calcetines!

—*¿Quién coño ha invitado a los niñatos de* hockey*?*

—*¡Tú!*

—*¡Felicidades, por cierto!*

—*¡Felicidades!*

—*¡Felicidades!*

—*Gracias, Arturo. Espera, tú eres Arturo, ¿no? Ey, niñatos, espero que eso sea refresco de cola.*

—*Por supuesto.*

—Baja de ahí —le grito yo a Andrés.

Pero no me hace caso. Y nunca deja de mirarme. Ni yo a él. Nuestros compañeros ríen, lo vitorean, aplauden y bailan al ritmo de la música. Damián, Aitana y Arturo, que en algún momento ha perdido el gorro de fiesta que llevaba en la cabeza, los que más. Benji y sus compañeros se mueren de la risa desde la barra y han puesto todos los focos del bar sobre su cuerpo. Álvaro, Benji y Kailyn son los que más aplauden y vitorean. Y yo me deshago por dentro. Estoy tan enamorada de Andrés que yo sí que voy a explotar. Esto es felicidad. Esto es querer a alguien.

En la parte del solo de guitarra, como Andrés quiere simular tocar una, le lanza la botella a Arturo, que la coge de milagro, de puto milagro (todos lo glorifican como si estuviéramos en la edad de piedra). Dios, me llevo las manos a los ojos. A ver, que Arturo las *coge todas al vuelo* , pero esto se nos está yendo de las manos. Para haberle hecho una avería y a ver cómo explico yo mañana en el CAR que, bajo mi supervisión, Andrés Claramunt le ha lanzado a su hermano una botella de *whisky* y le ha hecho una brecha en la cabeza.

—¡El brazo, Andrés, por Dios!

Julián aparece de pronto y va directo a donde sus chicos, a nuestro lado.

—Espero que eso sea refresco de cola —les dice, señalando sus bebidas.

—Por supuesto.

Julián, *por supuesto* , no se fía y coge la de Elliot sin que le dé tiempo a evitarlo. Se la lleva a los labios, la saborea y le susurra algo al oído. Elliot sonríe y le guiña un ojo. Julián no se la devuelve y yo no quiero saber lo que había dentro.

Y entonces llega el final de la canción. La voz de Freddie pierde volumen, el ritmo cae y todo se relaja. Y mientras Andrés canta «*ah, da, da, da, da* » regresa hacia mí, caminando una vez más entre las mesas, baja por la misma silla por la que ha subido y… nos encontramos. Yo le rodeo el cuello con los brazos y él hace lo mismo conmigo. Llevo las manos a su pelo, todo sudado, y lo acaricio, lo despeino y muevo los dedos en círculos sobre su cuero cabelludo. Andrés cierra los ojos y se recrea en la sensación. Es un gustazo estar así con él. Se me había olvidado. ¿Cómo se me había podido olvidar? La canción acaba y la gente se dispersa, pero nosotros no nos movemos. Comienza a sonar «*Hooked a feeling*» y Andrés y yo nos balanceamos con suavidad.

La gente habla alrededor de nosotros. Se mueven. Bailan. Beben. Brindan. Aitana viene a

darle un beso a su hermano y Arturo a decirnos que va al baño y que ahora vuelve.

—Haces que me olvide de mi mierda de vida —me dice con voz de borrachillo. Es admirable que aún pueda hablar con la que lleva encima—. Eres lo único bonito que me ha pasado desde que he vuelto al CAR. Gracias por hacerme reír esta mañana.

Sonrío y nos quedamos mirándonos a los ojos, solo mirándonos a los ojos, con los cuerpos pegados y los corazones retumbándonos en el pecho. Me muero por besarlo. ¿Alguna vez se me quitarán estas ganas locas de besarlo? Quiero arrastrar mis labios por los suyos. Y por su mandíbula. Por su garganta. Por su oreja. Y es extraño, porque lo he besado miles de veces y sé cómo sabe, pero al mismo tiempo siento que podría ser nuestro primer beso. Y me puede la expectación. Entonces Andrés arruga la frente y…

—¿Chris?

—¿Chris? —repito yo.

—Joder, Chris —continúa él.

—Joder, Chris, ¿qué?

—Que está detrás de ti.

—¿Quién?

—¡Chris!

¿Qué?

Suelto a Andrés y giro la cabeza.

—¡Chris! —exclamo en cuanto lo veo—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No estabas en Mónaco?

Viene con cara de mosqueo y en pantalones cortos de tenis. Con el frío que hace. Bueno, al menos se ha puesto una sudadera por encima. Se coloca justo frente a Andrés.

—¿Dónde está Arturo? —le pregunta.

—Joder —exclama Damián—, no falla nunca el tío, ¿eh? Es que no los confunde ni de coña. Ni a oscuras. Es admirable.

—Y eso que Andrés lleva la sudadera de Arturo.

—Esa sudadera se la compró con Lacoste. La tienen igual.

—¿En serio?

—Claro, por eso es su favorita.

—Ah, claro, claro. Qué pillín.

Chris les echa una mala mirada a Tani y Damián y vuelve a dirigirse a Andrés, pero antes de que pueda abrir la boca…

—¿Qué coño haces tú aquí? —le pregunta Andrés.

—Lo mismo que tú.

—¿En serio? Porque nosotros estamos haciendo la ruta del cacahuete. Solo venimos a sitios donde pongan cacahuetes.

Chris bufa y está a punto de echar fuego por la boca, como si lo viera.

—He venido a traerle a Arturo el puto helado de chocolate que me ha pedido.

—¿Has venido desde Mónaco en ropa de tenis para traerle un helado a mi hermano?

—He venido desde Mónaco porque cuando me ha llamado estaba en puto Mónaco. He venido en ropa de tenis porque cuando me ha llamado estaba jugando al puto tenis.

—¿Y dónde está el helado?

—En el puto jet de mi padre.

—Vale, antes de que te mosquees más… No ha sido él —Andrés sonríe—. He sido yo.

—¿Has sido tú el qué?

—Yo te he llamado por teléfono.

Chris echa la cabeza hacia atrás.

—¡¿Me estás vacilando?!

—Nop.

—¿Me has llamado tú?

—Sí, rubio despampanante —admite con orgullo—. Lo he hecho desde el móvil de Arturo. Aunque tengo que reconocer que por un momento he pensado que ibas a pillarme cuando he soltado lo de que los pantalones de tenis te quedan «de puta madre». Pero no has dicho ni mu. Te la he colado, Lacoste. Buajajaja. Espera, ¿has venido en pantalones de tenis porque creías que Arturo te había dicho que te quedaban de puta madre?

—Eres imbécil.

—Yo también te quiero.

—¿Dónde coño está Arturo?

—En el baño. Por cierto, me he acordado de algo. Reconoce que el día de la gastroenteritis me vomitaste encima a propósito. Estabas a punto, me viste ahí, frente a ti, y fue tu ocasión de oro.

Chris lo mira con los ojos entrecerrados y de pronto oímos aplausos. Y vítores. La gente se ha vuelto loca en la pista al ritmo de *A quién le importa* , de Alaska y Dinarama. Están animando a alguien, pero ni lo distingo desde aquí ni me *importa* . Seguro que es un borracho perdido. A saber…

—Chicos —nos llama Aitana—, ¿el que lo está dando todo en la pista con el pantalón desabrochado y unos calzoncillos de cangrejos a la vista no es Arturo?

¿Arturo? Oh, Dios. El borracho perdido…

—Mierda —exclama Andrés—. Se suponía que iba al baño a mear y volvía.

—¿Lo has dejado ir solo al baño, tal y como está? —le increpa Chris.

—No me grites, joder. Me va a reventar la cabeza. Creo que es resaca. ¿No se supone que la resaca tarda en llegar? Puto karma.

—Arturo ha hecho corro y todo. Lo rodean veinte personas por lo menos. —Aitana.

—Las veinte personas que hay en el bar. —Damián.

—No atina un solo paso de baile. —Aitana.

—Pero está muy gracioso. —Damián.

Joder…

—Que alguien lo saque de ahí. —Aitana.

—No está acostumbrado a beber alcohol. —Andrés.

—El último chupito lo ha matado. —Aitana.

—Si no lo quisiera con toda mi alma —añade Andrés—, le grabaría un vídeo. Para la posteridad.

—O para mañana. Que fijo que no se acuerda. —Aitana.

—Espera, que quizá no lo quiero lo suficiente. —Andrés alcanza su teléfono (o el de Arturo) del bolsillo del pantalón, pero Chris se coloca frente a él con los brazos en jarras y cara de «o guardas ese móvil o te lo parto en dos».

—Aguafiestas…

—Oh, oh.

—¿Y ahora qué pasa?

—Un chico le está comiendo toda la boca a Arturo.

Podría reaccionar con mil preguntas y signos de interrogación o exclamación, pero mis sentidos solo alcanzan a ver a Chris, que sale pitando hacia allí.

Se va a liar.

26: El alcohol me corre por las venas al igual que los salmonetes serpentean en una corriente de agua

ARTURO

Cinco minutos antes

Me doy cuenta de que estoy borracho perdido cuando no soy capaz ni de subirme la cremallera del pantalón después de mear. La culpa es de los pantalones de Andrés, son demasiado apretados, ¡no puedo meter ni las manos en los bolsillos! Tras cuatro intentonas, consigo abrir la puerta del retrete, pero tropiezo al salir con el cordón de la bamba. No me doy de bruces contra el suelo, ¡que no *panda* el *cúnico* !; aún mantengo los dientes en su sitio. Aunque por poco. El lavabo me frena en el último segundo. Afianzo las manos y silbo. O creo que silbo. En todo caso, un poco de saliva se me escapa de la boca. Y una carcajada. «Joder, vaya pedo llevas».

El último *whisky* me ha matado.

Me miro en el espejo. Soy un borrón. Me acerco al cristal e intento distinguir mi rostro. No hay manera. Entre el movimiento del baño, que da vueltas sin parar, y la escasa iluminación es imposible ver nada. Me abro los ojos con los dedos para verme mejor, «la cabeza te vas a abrir», pero lo único que veo es que tengo superrojo lo que debería ser blanco y que doy un poco de miedo. En plan zombi. Pero con mi estilo. Abro el grifo y me echo agua en la cara. Estoy sudando.

Regreso al bar y voy directo hacia la barra, necesito beber un litro de agua, pero justo antes de llegar choco con un objeto animado no identificado. O una persona. Creo que es una persona. No estoy seguro. Eso sí, la humedad la siento al instante en la camisa. Me miro a mí mismo. De abdomen para abajo estoy empapado y sigo con el pantalón desabrochado. Mis calzoncillos de cangrejos están a la vista de cualquiera, pero por alguna absurda razón no me importa. «*Whisky* . La absurda razón se llama *whisky,* y te has tomado más de quince». Se me escapa otra carcajada. Qué momentazo el de Andrés encima de las mesas. Qué máquina. Me abrocharía el pantalón si mis dedos obedecieran las órdenes de mi cerebro. No es el caso. Levanto la mirada y trato de enfocarla. Entrecierro los párpados. Tampoco mucho, no vaya a ser que me quede dormido. No le diría que no a una fiesta. Siesta. No le diría que no a una siesta. Carcajada. «Qué fuerte, Arturo». Hay un chico rubio frente a mí. Sonríe (creo) y lleva un vaso vacío en la mano. Oh, mierda. Eso lo he hecho yo.

—Lo siento —me disculpo—. Te saco otra *poca* .

Dios, la boca me sabe a un regustillo amargo y me cuesta mover la lengua. ¿Y he dicho

poca? Me ha sonado a poca. «Qué fuerte, Arturo». ¿He vuelto a reírme?

—*Poca* —repito más despacio—. Te saco otra *poca* .

¿Otra vez? «Céntrate».

—Mierda. Co-pa. Cooo-paaa. Copa.

Olé. Sonrío. Estoy orgulloso.

El chico me responde, pero vete tú a saber qué dice. Por encima del pitido en los oídos, el barullo de la gente y la música a todo volumen, no escucho casi nada. Él me sigue hasta la barra, así que supongo que sí acepta que le pague una copa en compensación por la que acabo de tirarle. O tirarme. Porque sigue en mi camisa, ahora superpegada a mi vientre. Me dejo caer en el primer taburete que veo libre y no beso el suelo de milagro, una vez más. Guauuu. Es mi día de suerte.

Benji se acerca a mí en cuanto me ve.

—¿Todo bien, Claramunt? —me pregunta.

—Agua —le suplico. Y me señalo la camisa, para explicarle que saque otra copa, lo que me hace perder el equilibrio y casi caer, por enésima vez en la noche.

—Voy —me dice—. Sujétate a la barra mientras tanto.

Escucho una risa. Hay un chico rubio sentado en el taburete de al lado, muy cerca del mío. ¿O es una chica? Entrecierro la mirada. Sí, sí, es un chico. ¿Qué quiere? ¿Y de qué se ríe? No es del CAR. No lo había visto en mi vida.

—¿Quieres que te ayude a sujetarte? —pregunta. ¿Es a mí?—. Me llamo Borja, por cierto. ¿Y tú?

A quién le importa suena por los altavoces y yo me bajo al instante del taburete sin dejarme los dientes en el suelo de puro milagro. Creo que esto ya lo he vivido. Buah. Temazo. Levanto los brazos, los muevo al ritmo de la musiquilla introductoria tan guay y voy bailando hasta la pista de baile, que no es más que el centro del bar, donde se aglomera la gente. Cierro los ojos y me dejo llevar. Con la cabeza. Con los brazos. Con las caderas. Con las piernas. ¡Con todo lo que tengo! Buah. Temazo. ¡Estoy eufórico! El alcohol me corre por las venas al igual que los salmonetes serpentean en una corriente de agua. El dolor que me atraviesa a diario de lado a lado por haber dejado a Chris ha desaparecido. Y el sentimiento de culpabilidad que me corroe por no haber tenido el valor de decirles a mis padres que quiero dejar el tenis ha expirado. No existen ni Chris ni el tenis. Esto es fantástico. Me marco unos pasos de baile y flipo de que las piernas me respondan. Estoy que me salgo. Incluso borracho soy el rey de la pista. ¡Vamos! «A quién le importa lo que yo haga…». Uy, llevo la camisa empapada. ¿Qué ha pasado? Y otra carcajada. Tengo sed otra vez. Abro los ojos y veo a una multitud que me rodea. Me aplauden e intentan imitar mis pasos de baile. Yo me vengo arriba. Si es que es un temazo.

—Me encantas —me dice alguien. ¿Un chico?

Carcajada.

Entonces me sujeta por las mejillas, acerca su boca a la mía y me mete toda la lengua. Me quedo paralizado y me echo hacia atrás con los brazos en alto, pero él viene conmigo. ¿Chris? ¿Eres tú? Era rubio, de eso no tengo duda. Casi ninguna, al menos. ¿Me estoy besando con Chris? Menudo desenlace. Pero ¿qué hace aquí? Se me escapa otra carcajada en su boca. «No te rías, Arturo. No deberías besar a Chris». Aunque algo no me encaja al besarlo. Las cosas han estado raras entre nosotros desde que follamos en Mónaco, a pesar de que no nos hemos visto, pero qué más da. Me gusta besar a Chris. Mmm, su boca. Estoy a punto de recrearme, pero alguien me coge del brazo y nos separa. Ohhh.

—*¡Eh! ¡¿De qué coño vas, tío?!*

—¿De qué coño vas tú?

—No me…

—¿No ves que está al borde del coma etílico? ¡No sabe ni lo que hace, imbécil!

—A mí no me insultes, payaso. ¡Lárgate y déjanos en paz!

—Lárgate tú.

—¿Eres su novio o qué?

—Te cuento hasta tres. O no respondo. Uno, dos…

—Vale, vale, joder. Todo tuyo.

Dios, estoy mareado. El volumen de la música, de pronto, me taladra la cabeza, la cantidad de gente me agobia y me siento como dentro de un barco que cruza el canal de la Mancha en uno de sus días malos. Se mece de lado a lado como si no hubiera un mañana. Y yo con él. Ha sido dejar de bailar y… naufragio. Necesito un naufragio. Y tumbarme. Necesito tumbarme. Todo da vueltas. Y qué calor. Tengo mucho calor. Me quito el sudor de la frente con el brazo y me rindo a los deseos de mi cuerpo.

—Arturo. ¡Arturo! Mierda.

¿Chris? Alguien ha apagado la luz.

—¿Chris? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a traerte un puto helado de chocolate.

—¿Un qué?

—Un helado de chocolate.

—¿Por qué?

—Joder. No, no, no. No te eches al suelo. Colabora un poco y sujétate a mí.

Dormir. Dormir. Dormir. Quiero dormir. Que alguien baje la música, por favor. Me pesa el cuerpo. Me pesa mucho.

—Arturo.

Alguien me da golpes en la mejilla. Me espabilo y abro los ojos.

—Vamos, tenemos que salir de aquí.

—¿Lacoste? ¿Necesitas ayuda?

—¿De dónde sales tú? ¿No estabas en Mónaco?

—Arturo, ¿estás bien?

—¿Arturo?

—¿Os apartáis para que pueda pasar o qué?

Echo un vistazo rápido a la salida. Hay que sortear como mil obstáculos. No llego ni de coña. Me rindo. A dormir.

—Voy a tener que hacer todo el trabajo yo, ¿verdad? Joder, Arturo, vaya borrachera llevas.

Y tanto. No puedo ni con mi alma en pena. Y entonces siento que vuelo. Uuuuh, qué mareo. Abro los ojos de nuevo y solo atisbo un suelo oscuro lleno de pies. Y un poco sucio, todo hay que decirlo. Y hay un charco. A alguien se le ha caído una bebida. ¿Estoy bocabajo? Tengo los brazos colgando y la sangre me está bajando a la cabeza. Mmm, este culo me suena mucho. Pues no me lo habré follado yo veces. Este culo es de Chris. Lo reconocería entre un millón de culos. O más.

—Deja de tocarme el culo.

Y otra carcajada.

—¿Arturo? ¿Estás bien?

—*Se ha desmayado.*

—*No me jodas.*

—*Eooo. Eooo. ¿Arturo?*

—*No estás llamando la atención ni nada con mi hermano sobre tu hombro.*

—Me la suda.

—*Ya veo…*

—*Te está mirando todo el mundo con la boca abierta.*

—*Mañana salimos en las noticias, fijo.*

—*Menos mal que la mayoría de la gente ya se ha ido.*

—*Sois lo peor, Claramunts. No sabéis beber.*

—*Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.*

—A mí no me hace ni puta gracia. Arturo está fatal.

—*Relaja la fresa, Lacoste.*

—Lo llevo al CAR.

—*Sí, a dormir la mona.*

Y otra carcajada.

—*¿Esa risa ha venido de Arturo?*

—*Coge mi coche.*

—*¡Está vivo!*

—¡Que dejes de tocarme el culo, Arturo, joder!

Veo una cabeza que asoma por debajo de la mía y unos ojos marrones que me miran con diversión.

—¿Estás ahí, tato?

Sonrío. Aquí estoy.

—Yo lo veo bien —dice Aitana. Luego se dirige a mí—. Eres un *paco* de *satatas* .

Y otra carcajada. Soy un *paco* de *satatas* .

—*¡Se dice saco de patatas, Aitana!*

—*Eso he dicho.*

—*Tu novio tiene un jet* — me dice Andrés—. *Qué nivel, nen.*

Nos movemos otra vez y enseguida pierdo de vista a mi hermana, que se despide de mí con la mano y sin dejar de sonreír. Andrés me guiña un ojo y vocaliza un «de nada, tato». Supongo que tengo que darle las gracias por algo, pero no me acuerdo de por qué. Salimos a la calle y gimo de placer en cuanto la primera ráfaga de viento me traspasa la camisa. Mmm, qué gusto. Me gusta el aire fresco. Quiero aire fresco. Cierro los ojos y me pierdo en el balanceo de los andares de Chris. Dormir. Dormir. Dormir. Dormir. Dormir. Dor…

—*Arturo. Vamos, despierta. Ya hemos llegado. ¡Arturo! No puedo cargar contigo durante cuatro pisos de escaleras. Vamos, sal de ahí.*

Con todo el esfuerzo del mundo, levanto los párpados. ¿Dónde estoy? Hay mucho verde. ¿Es un bosque de bambú? «No hay *tanto* verde, Arturo».

—Es el puto coche de tu hermano.

Su tono de voz es tan frío que no parece él. A mí nunca me habla así.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le has metido la lengua hasta la garganta a otro tío. Y lo estabas disfrutando, *putain* .

—¿Quién le ha metido la lengua hasta la garganta a otro tío?

—¡Tú!

Imposible. «Yo solo quiero meterte la lengua a ti. Durante el resto de mi vida». Pero tú sí quieres meterle la lengua en la boca a otras personas.

—Tú besaste a una chica…

—Y lo estoy pagando con creces, créeme.

Sin dejar de apoyarme en el asiento, giro la cabeza, que me pesa como nunca, hacia la derecha. Y ahí está él, agachado fuera del coche con uno de los brazos sujetando la puerta del copiloto. Oh, qué cosa más bonita. Sonrío como un idiota. Ya sé que suelo decir que la cara de Chris cuando hace un mohín es preciosa, pero es que la cara de enfurruñado es más preciosa si cabe. Me lo comería a besos de arriba abajo, hasta que las olas dejaran de mecerse en el mar. No importa lo que pase entre nosotros, mi cuerpo siempre suspirará ante el suyo.

—Estás delirando, Arturito —me dice con una sonrisa. Yo ensancho aún más la mía.

Tengo sueño y solo quiero dormir, pero un impulso inexplicable de verborrea me traiciona.

—Al principio me caías fataaal. Pero fatal fatal. Y mira que a mí poca gente me cae mal. Eras superestirado y me mirabas por encima del hombro…

—Era más alto que tú. Y lo sigo siendo.

—¡Por centímetros!

—Hombre, pues sí. Si llega a ser por metros…

—Qué bobo. El caso es que luego me tocaste la polla en el baño y seguías cayéndome supermal, pero quería que volvieras a tocarme. Soñaba contigo por las noches y veía todos tus partidos en bucle. Qué fuerza desprendías dentro de la pista. Buah. Y qué bueno estabas. El tío más guapo de toda la ATP. Te juro que incluso salivaba.

—Tienes la lengua muy suelta cuando estás borracho.

—Estoy más lúcido que nunca.

—Ah, ¿sí? —Chris acerca su mano a mi rostro—. ¿Cuántos dedos ves aquí?

—Unos muy bonitos.

—Lo que me imaginaba. Vamos —me sujeta por las axilas—, ayúdame a levantarte.

— No puedo moverme. Déjame aquí.

—No voy a dejarte durmiendo en el coche.

Ya no es «puto coche». Ahora solo es coche. Y ha utilizado ese tono de voz que solo usa conmigo.

—No te duermas. Venga, vamos —me toca la mejilla—, hay que llevarte a la cama.

Chris me coge del brazo y me obliga a salir del coche. Vuelco todo el peso de mi cuerpo en él. Así es como me sujeto. Cruzamos el aparcamiento de camino a la residencia. Debe de ser tarde, porque no se oye un ruido. Y no hay ni un alma. Me apoyo en la primera pared que encuentro. No puedo más.

—Súbete a mi espalda.

No sé cómo, pero consigo subirme a la espalda de Chris. Le rodeo el cuello con los brazos y apoyo la cabeza en su hombro. Me aprieto contra él y ya no me encuentro en desequilibrio. Su cuerpo es mi ancla. Él comienza a subir los cuatro tramos de escaleras, no tengo ni idea cómo. Cuando llegamos a mi habitación, Chris abre con su llave y va directo hacia la cama. Cae bocabajo de puro cansancio, conmigo encima, claro. Gruñe.

—Pesas un huevo.

No sé si consigo quitarme de encima. No, creo que no. Solo… solo…

—Estoy muy a gusto —susurro.

Advierto el suspiro de Chris y cómo coge postura debajo de mi cuerpo. René sube a la cama y se vuelve loca con él. Es el efecto que produce. Cierro los ojos.

—Hola, chiquitina —la saluda él.

—Dale un beso a papá —añado yo medio adormilado.

—Quiero contarte algo, Arturo —me dice entonces Chris.

—Cuéntamelo.

—Mañana no lo recordarás.

—Claro que lo recordaré.

—Claire está embarazada. Voy a tener un hermano. O una hermana. Y jamás pensé que podría emocionarme por ello, pero, cuando me lo dijeron, sentí que era algo… bueno. Aunque también se me salieron los ojos de las órbitas y casi vomito el café.

Abro los ojos y sonrío. Y se me escapa de la boca un hilillo de saliva, que cae a su sudadera, pero me da igual.

—Lo estás haciendo muy bien. Te quiero —balbuceo, sin dejar de sonreír—. Te quiero mucho. Como la *truchra* al *truchro* .

Siento su carcajada en todo el cuerpo.

—Ni siquiera sé cómo has podido pronunciar eso. Estás muy borracho. Pero quiero que sepas que… Lo hice por ti. Acepté esa primera cena en Mónaco por ti. Para demostrarte que podía superar lo de mi madre. El impulso me lo diste tú.

—No sé si estás preparado para un amor como el que yo siento por ti…

Cierro los ojos por última vez y me dejo llevar por el sueño. No puedo más.

CHRIS

«Claro que estoy preparado para un amor como el tuyo. Te robaría otro beso ahora mismo, estás precioso incluso durmiendo la mona, pero voy a contenerme porque saben mucho mejor cuando tú me los devuelves. Llevo veintitrés días pensando en cómo me comportaría contigo cuando nos viéramos otra vez. Después de lo que pasó en la cocina de mi casa… estaba seguro de que habías terminado conmigo del todo. Estabas tan enfadado. Y tan decidido a dar carpetazo a lo nuestro. Me supo a despedida. Pero ¿ahora? Ahora que has soltado un montón de mierdas preciosas por esa boca tuya de borracho, ahora que acabas de confesar que me quieres, ahora voy a por ti. Con todo lo que tengo. Voy a demostrarte que sí estoy preparado para tu amor. Así que prepárate. Para empezar, voy a mandarte unos mensajes, para cuando despiertes».

Lo hago y, antes de irme, aprovecho que tengo el teléfono en la mano para llamar a mi padre. Me coge al quinto tono.

—*¿Christopher?*

—Hola, papá.

—*¿Estás bien? ¿Todo bien por allí?*

—De maravilla.

—*Son las dos de la mañana.*

—Sí, lo siento por eso, pero necesito tu ayuda. Y como me dijiste que contara contigo para lo que fuera…

—*Claro. ¿Qué necesitas?*

—Quiero que me hables de mamá. De la época en que yo aún no existía. Háblame de cómo os enamorasteis. De cómo tú la enamoraste. Quiero saberlo todo.

—*Apunta, hijo.*

ARTURO

El de los panes de ajo a domicilio:
Buenos días, princesa.
El de los panes de ajo a domicilio:
Supongo que no recordarás lo que pasó anoche. Así que aquí va una pequeña actualización.
El de los panes de ajo a domicilio:
1: Sí, te he desnudado yo. Y me ha costado lo mío, los pantalones de tu hermano son lo puto peor, pero quitarle la ropa a tu exnovio empapado en alcohol tanto por fuera como por dentro es de primero de ayuda humanitaria.
El de los panes de ajo a domicilio:
2: No, no me has dicho nada que te haya puesto demasiado en evidencia. Hincapié en «demasiado».
El de los panes de ajo a domicilio:
3: Aparecí en la fiesta de cumpleaños porque tu hermano y tú me llamasteis por teléfono para pedirme un helado de chocolate.
El de los panes de ajo a domicilio:
Pd: el helado aún está en el jet de mi padre.
El de los panes de ajo a domicilio:
4: Sí, Claire y mi padre están embarazados. No lo has soñado.
El de los panes de ajo a domicilio:
5: No, no ha pasado nada entre nosotros. No me has follado contra la pared ni contra ninguna otra superficie vertical u horizontal. Tampoco creo que hubieras sido capaz, pero no puedo asegurarlo. No seré yo el que dude de tus habilidades sexuales.
El de los panes de ajo a domicilio:
Y hablando de follar contra la pared…
El de los panes de ajo a domicilio:
En Mónaco no te lo dije, pero… Bonita pulsera. Te queda como anillo al dedo.
El de los panes de ajo a domicilio:
;)
El de los panes de ajo a domicilio:
Ahora tengo que volver a casa. Y en unos días viajo a Australia.
El de los panes de ajo a domicilio:
Nos vemos a la vuelta.
El de los panes de ajo a domicilio:
Le da un beso en la mejilla

¿Chris ha venido al CAR porque Andrés y yo lo llamamos para pedirle un helado? ¿Cómo? ¿Cuándo?

¿Todavía tengo su contacto guardado como «el de los panes de ajo a domicilio»?

¿Empapado en alcohol?

¿¿Claire está embarazada??

Entonces se abre la puerta de mi dormitorio y aparece Andrés con su teléfono en la mano y la canción de *Good morning*, de Kanye West, sonando a tope.

—*Ohh, ohh, ohh, ohh, ohh, ohh, ohh, ohh, ohh* — canturrea él.

Me dejo caer de nuevo en la almohada.

Me cago en mi vida.

—Venga, vamos, que te invito a unos panes de ajo.

27: Algunos peces pueden cambiar de color

ARTURO

Apago el motor del coche de mi hermano y me quedo inmóvil, con las manos en el volante, la mirada perdida en el aparcamiento del CAR y la voz de Matt Bellamy entonando la letra de *Time is running out* en mi cabeza, a pesar de que la radio ha dejado de sonar. Esta mañana me he despertado con una resaca importante, he leído los mensajes de Chris, he aguantado el cachondeo de mi hermano y me he escondido debajo de las sábanas. Todo muy maduro. Después Andrés me ha arrastrado al pueblo a comer unos panes de ajo y ahora que hemos llegado de nuevo al CAR me siento incapaz de bajarme del coche. Por primera vez me siento incapaz de continuar con mi vida como si nada.

Tengo mal cuerpo desde que regresé al CAR y supongo que la borrachera de ayer me ha puesto en perspectiva. Jamás había bebido tanto, hasta casi perder el conocimiento, y no recuerdo gran cosa. Por no decir que no recuerdo nada. Solo que dejé de sentir dolor por Chris y que me sentía menos culpable por no hablar de mi futuro con mis padres. No quiero tener que beber de nuevo hasta desfallecer para dejar de sentirme culpable. Lo que quiero es no tener que sentirme culpable.

—¿Arturo? —me llama Andrés a mi lado.

Giro la cabeza y lo miro, aunque no lo enfoco del todo. Tengo la mirada perdida en un punto indeterminado detrás de su cabeza.

—¿Hummm? —murmuro.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿A dónde?

—A Barcelona.

—Acabamos de regresar de Barcelona hace dos días —afirmo en automático. Sé que es mi boca la que habla y mis ojos los que observan, pero no siento que esté aquí. Al contrario, me encuentro muy lejos de mi hermano.

—Pero tú vas a volver.

—He estado en casa con papá y mamá durante veintitrés días desde que regresé de Mónaco.

—Has estado en casa con papá y mamá durante veintitrés días recibiendo visitas a diario de decenas de familiares, algunos de los que ni yo era consciente de su existencia, celebrando las Navidades e intercambiando mensajes con Lacoste.

—Y no he encontrado el momento para decírselo.

—Y no ha surgido el momento para decírselo. Una vez más, ¿quieres que te acompañe?

—No —le aseguro con convicción—. Necesito hacerlo solo.

—Suerte entonces.

—Gracias —le digo de corazón mirándolo a los ojos por primera vez.

—Ven aquí.

Me agarra por el hombro y nos fundimos en un abrazo cómodo, a pesar de la palanca de cambios que nos separa.

—Todo va a ir bien —me dice al oído—. Mantente firme. No dejes que nadie gobierne tu vida. Al principio va a ser duro, no van a entenderlo, no es fácil entenderlo, pero aguanta, Arturo, tú eres más importante que cualquier otra cosa. Tú eres más importante que el tenis. Y eso es lo único que va a quedar al final.

Asiento con la cabeza, aunque no las tengo todas conmigo. Debí haber hecho esto mucho antes. Una eternidad antes. Andrés rompe el abrazo y me da un beso en la mejilla antes de bajarse del coche. Le digo adiós con la mano, con una sonrisa tímida, y arranco de nuevo el motor. Ya no suena la voz de Matt Bellamy. Ahora es otro tío al que no conozco. Patrick cruza el aparcamiento en nuestra dirección y, sin dejar de caminar, nos mira con suspicacia, a Andrés de pie cerca del coche, inmóvil, y a mí, dentro, a punto de irme. No se detiene, solo… pasa de largo, como si no nos conociera. Como si no fuera parte de nosotros. Así ha sido durante las últimas semanas en las que apenas lo hemos visto. Pero de pronto retrocede y se acerca a mi ventanilla. Le da un par de toques con los nudillos.

—¿Todo bien? —me pregunta en cuanto el elevalunas cae del todo y ya no supone una barrera entre nosotros. Se inclina y apoya ambos brazos en el marco de la ventana.

—Se me ha olvidado una cosa en Barcelona —le explico, vago.

—¿Y vas a volver?

—Sí.

—¿Tan importante es?

—Sí.

—¿Tiene esto algo que ver con Lacoste?

—No. No es él.

Patrick duda durante unos segundos, su cerebro funcionando a toda velocidad le dice que aquí pasa algo, pero al final asiente con la cabeza. Y todo sin dirigir la mirada hacia mi hermano ni un solo segundo. Llevo más de veinte días siendo testigo de esta nueva dinámica entre ellos y cada vez duele más. Nunca habían estado tan enfadados. Y nunca durante tanto tiempo. Andrés está cojo sin Patrick. Y Patrick camina con muletas sin Andrés. Se ve a leguas. Necesitan cogerse ya de la mano y sanar.

—Está bien —me dice—. Ten cuidado.

—¿Acompañas a Andrés a rehabilitación?

—No.

Da un golpe de despedida en el techo y se marcha. Cruzo una mirada con mi hermano. El dolor en sus ojos es visible incluso para mí, que me encuentro dentro del coche y con la ventana del copiloto subida. Estoy a punto de bajarme, pero él me lo impide con un movimiento de la mano.

—Vete ya, Arturo —vocaliza.

Obedezco y emprendo el camino de vuelta a casa con la vista pegada a la carretera y la mente en blanco. No quiero preparar ningún discurso. Con mis padres, no.

Media hora más tarde llego a casa. Aparco el coche en el garaje, al lado del de papá, y subo

las escaleras que me llevan directamente al recibidor.

—¿Papá? ¿Mamá? —grito en cuanto abro la puerta.

—¿Arturo? —Mi padre sale del salón, con el periódico en la mano, y me mira con preocupación—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Andrés está bien?

—Sí, todo está bien. Necesito hablar con vosotros. ¿Dónde está mamá?

—¿Arturo? —Mi madre baja las escaleras y me mira con la misma preocupación que mi padre—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Andrés?

—Él está bien. ¿Podemos…? —Señalo el salón—. ¿Sentarnos?

Ambos asienten con la cabeza y caminamos juntos hacia los sofás. Mamá me aprieta el hombro y me mira de arriba abajo para asegurarse de que estoy bien. Yo tomo asiento en uno, ella se sienta junto a mí y mi padre lo hace en el otro.

—¿Tiene esto que ver con Lacoste? —me pregunta papá.

—No.

—¿Cuándo viajará a Australia?

—Dentro de tres días, pero… —muevo la cabeza— no he venido a hablar de Chris. He venido a hablar de mi futuro. De mi futuro en el tenis.

Papá frunce el ceño. Mamá está inmóvil a mi lado sin dejar de mirarme. ¿Es posible que las madres tengan un sexto sentido? Porque juro que ahora mismo parece que me esté traspasando el alma.

—¿Qué le pasa a tu futuro en el tenis?

Trago saliva. Y allá voy.

—Que no existe.

Mi madre cierra los ojos con dolor y mi padre no consigue articular palabras hasta pasados unos segundos.

—¿Qué quieres decir con que no existe?

—Papá… ¿Tú qué crees?

Él niega con la cabeza.

—No, es que… No lo entiendo. Nos estamos perdiendo algo. Vale —levanta los brazos, que le tiemblan—, vamos a calmarnos todos.

—Yo estoy calmado.

Aunque el corazón me vaya a mil por hora ahora mismo.

—Está claro que nos estamos perdiendo algo —continúa, sin escucharme—. ¿Es por el accidente? ¿Necesitas descansar unas semanas más? Porque lo entendemos, hijo, de verdad que lo entendemos. Nos sentamos, revisamos el calendario de los torneos y lo ajustamos con base en lo que necesites descansar.

—Papá, no necesito descansar. Estoy bien. No se trata de eso.

—Todavía podemos llegar a Wimbledon. Te encanta Wimbledon.

—Papá, no quiero jugar al tenis.

La mano de mi madre encuentra la mía y me la aprieta.

—Llevas una muy buena temporada. Remontaremos. Aún quedan seis meses para Wimbledon.

—Papá.

—Quizá ya es hora de que dejéis el CAR tu hermano y tú. Podéis regresar a casa y entrenar en Barcelona. Yo puedo supervisaros junto a Rafa. Sí. Sí. Eso es lo que vamos a hacer. Todo va a salir bien, hijo. Todo va a salir bien.

—Papá —insisto.

—Robert —añade mi madre.

—Voy a llamar al CAR. Voy a llamar a Julia y a…

—¡Papá!

—¡No! —grita de pronto, levantándose del sofá y apuntándome con el dedo. Los ojos le brillan de puro dolor—. ¡No! ¡No ! ¡No te atrevas, Arturo!

Me estremezco y me quedo paralizado. Asustado.

—Papá… —susurro con los ojos anegados de lágrimas—. Lo siento, papá. Lo siento mucho.

Mi padre nunca me había gritado así. Ni siquiera cuando retraté a Andrés con pinturas de cera en una de las paredes del salón a los siete años. Ni cuando rompí sin querer la tele de la cocina con una bola de golf a los trece. Ni cuando descubrieron que llevaba nueve años acostándome con mi mayor rival en la pista. Y por descontado que nunca me había mirado como me mira ahora. No está enfadado. Es algo mucho peor. Él se lleva las manos a la cabeza, se tira del pelo y se acerca a la ventana, dándome la espalda. Advierto el temblor de sus hombros desde aquí. Está llorando.

—Papá…

Me levanto y voy en su busca. Lo abrazo por detrás, fuerte, con mis brazos adheridos a su cintura, y apoyo la cabeza en su espalda. Cierro los ojos y rompo a llorar. Él continúa inmóvil, excepto por las sacudidas que los sollozos provocan en su cuerpo, con la vista perdida en la pista donde aprendí a jugar, que se ve a través del cristal. Donde él nos enseñó a jugar a mis hermanos y a mí. Abandono el salón de mi casa y vuelo hacia los recuerdos. Hubo un tiempo en que me encantaba jugar al tenis. Me encantaba jugar con mi padre y mis hermanos. Pasábamos horas en la pista y mi madre venía siempre a buscarnos porque se nos pasaba la hora de comer. Me encantaba la sensación de felicidad que me embargaba cuando terminábamos, exhaustos y sudorosos. Me encantaba compartir esos momentos con ellos. Hasta que se volvió serio de verdad. Profesional. Y dejó de encantarme.

De pronto, siento unos brazos que me rodean a mí, pero no puede ser papá. Entonces me llega su olor fresco y afrutado. Salgo de mis recuerdos y regreso a casa. Es mamá la que me abraza. Tiene un aroma muy parecido al de Aitana, pero no es el mismo.

No sé cuánto tiempo nos quedamos los tres así, abrazados, pero cuando papá vuelve a hablar, el sol brilla sobre la pista de tenis. Y el sol no brilla sobre la pista de tenis hasta bien entrado el mediodía.

—Voy a volver a repetirte una pregunta y quiero que me respondas con la verdad —me dice mi padre.

—Te lo prometo.

Él no cambia de postura y yo no dejo de abrazarlo. Mamá tampoco deja de abrazarme a mí.

—¿Tiene esto que ver con Lacoste?

—¡No! No, papá —niego categóricamente—. No es por Chris. Ni siquiera estamos juntos. Ya no estamos juntos.

—Pero sería una salida para que pudierais estarlo.

—Chris jamás lo permitiría. Él ha sido un aliciente para mí. Él hacía que fuera menos difícil. Me gusta jugar contra él. Me encanta jugar contra él. Es de las mejores cosas que me ha dado el tenis.

—¿Lo sabe? ¿Sabe que quieres dejarlo?

—Sí —susurro.

—¿Y Andrés?

—También.

—¿Desde cuándo no quieres jugar al tenis?

—Desde los trece.

Mi padre da media vuelta con brusquedad, provocando que el agarre de mis brazos en su cintura caiga. Mi madre se tensa detrás de mí.

—Tienes veintitrés años, Arturo. ¡Veintitrés!

—Lo sé.

—¿Llevas diez años queriendo dejar el tenis? ¡¿Diez años?! ¿Y me lo dices ahora?

—No he encontrado el momento.

—¿En diez años? ¿En diez putos años no has encontrado el momento?

No. Y creo que es porque no quería encontrarlo. Si dejaba el tenis, me separaba de Chris. Y era la única manera que tenía de estar junto a él.

—Lo siento. No quería decepcionaros. No quería decepcionarte.

—Puedo entender que un crío de trece no quiera decepcionarme, pero ¿un adulto de veintitrés? No, Arturo. Un adulto de veintitrés, no. No me decepciona que quieras dejar el tenis. Me decepciona que no hayas tenido el valor de ser sincero y decírmelo. Eres un número uno. ¡Un número uno! Estás entre los tres mejores jugadores del mundo. ¿Tenías que llegar hasta ahí? ¿De verdad tenías que convertirte en lo que eres antes de soltarme esta puta bomba? ¿Y ahora qué? ¡¿Ahora qué?! —pregunta, desesperado—. ¿Lo dejas estando donde estás? ¿Emitimos un comunicado? ¿Convocamos una rueda de prensa y explicamos que lo dejas en lo mejor de tu carrera porque no te gusta jugar al tenis? El mundo no funciona así, hijo. ¡No funciona así! No puedes luchar por ser el primero para dejarlo cuando estás a punto de conseguirlo.

—¿Y qué querías que hiciera? —exploto—. ¿Que jugara mal? ¿Así habría sido más fácil dejarlo?

—¡No! ¡Lo que habría querido es que me lo dijeras hace diez años, antes de que te convirtieras en un fenómeno con un futuro prometedor! Pensé… pensé que te había educado mejor. De verdad que pensé que te había educado mejor que esto. Ya no sé si te conozco. Entre lo de Lacoste y esto… No sé quién eres, Arturo.

No rompo a llorar de nuevo porque contengo las lágrimas con todas mis fuerzas. Aunque algunas se me escapan de los ojos sin que pueda evitarlo.

—Robert…

—¿Quieres que convoque ya la rueda de prensa? —me pregunta a mí, haciendo caso omiso de la súplica de mi madre.

—Papá…

—¿Qué quieres, Arturo? Y sé sincero por una vez en tu vida.

—Quiero jugar Wimbledon.

—¿Ahora quieres jugar Wimbledon?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me encanta Wimbledon, papá.

—¿Pero de verdad o es otra de tus mentiras?

—De verdad —susurro—. En Wimbledon empezó mi historia con Chris.

—Muy bien —me dice con frialdad—. ¿Y después?

—Después convocamos una rueda de prensa y me retiro.

—Muy bien. Que así sea.

—Papá, por favor… mírame. Por favor, mírame —le suplico, sin dejar de llorar.

Él levanta la cabeza y me mira a los ojos por primera vez desde que nos sentamos en el sofá,

hace ya no sé cuánto tiempo. Los suyos están rojos. Dolidos.

—Siento no haberte dicho que no quería jugar al tenis profesional. Siento no haberte hablado de Chris y de mi relación con él. Y siento haberte decepcionado. Voy a esforzarme por hacerlo lo mejor posible a partir de ahora. Quiero que estés orgulloso de mí, papá. Te quiero mucho. Lo siento.

—No hay nada que puedas hacer para que yo esté orgulloso de ti.

Mi padre abandona el salón y yo me quedo en mi sitio, desolado, incapaz de mover un solo músculo. Ni siquiera sé si estoy respirando. La presión en el pecho y la falta de aire me asfixian, me ahogan, pero consigo mantenerme en pie.

—¡Robert! —lo llama mi madre.

Y entonces me mira, y luego mira a mi padre, que ya está en la puerta de casa, y otra vez a mí. Y decide quedarse conmigo. Viene hacia mí y me abraza con fuerza. No la habría culpado si se hubiera ido con papá.

—Está enfadado. Por favor, no creas ni por un segundo lo que te ha dicho. No creas ni una sola palabra. Escúchame a mí. Cariño —mi madre se separa de mí y me sujeta el rostro con las manos. Me limpia las lágrimas y se sorbe las suyas—, tu padre te quiere más que a sí mismo. Siempre ha estado orgulloso de quién eres y eso no va a cambiar porque no quieras jugar al tenis ni porque nos hayas mentido. Y antes de que te des cuenta estará hablándole al mundo de que su niño es el mejor biólogo marino que existe sobre la faz de la tierra.

La miro con sorpresa.

—¿Crees que no sé que eso es lo que más te gusta en la vida, aparte de ese tenista monegasco tuyo tan guapo que quita el hipo? Te conozco, mi vida —me dice con cariño, sin dejar de limpiarme las lágrimas—. Te conozco bien. Te he parido. Y no fue un parto fácil.

Consigue sacarme una tímida sonrisa por encima del dolor de mi corazón.

—Lo sé —le digo.

—Pero lo que no sabes es que no elegimos vuestros nombres hasta que nacisteis. Eran casi las dos de la mañana. Papá y yo no avisamos a nadie de que ya habíais llegado al mundo. Quisimos estar con vosotros durante esas primeras horas de vida. Los cuatro solos. Tu hermano no dejó de llorar en toda la noche. Papá estaba desesperado. No había manera de que se durmiera en la cuna del hospital, solo quería que lo cogiéramos en brazos. Mi abuela siempre nos contaba que mi tío Andrés fue un demonio de niño, pero se convirtió en una de las personas más nobles que yo he conocido. Por eso le pusimos ese nombre a tu hermano. Lo convertimos en una especie de tradición. Los niños demonios de la familia se llamarían Andrés y serían grandes personas. Entonces a tu padre se le ocurrió meter a Andrés en tu cuna. Apenas cabíais, estabais muy pegaditos, y tú debiste de sentirlo, porque abriste los ojitos, pero un segundo después los volviste a cerrar, a pesar de que tu hermano te berreaba en el oído. Y… —a mi madre se le salen las lágrimas—… Andrés se calló de pronto. Cerró los ojos y se durmió a tu lado. Él siempre a tu lado. Siempre seguro a tu lado, desde que eras del tamaño de un conguito. Porque incluso siendo tan pequeño, proyectabas una fuerza increíble. Tu padre fue el que quiso llamarte Arturo. —Me cae una lágrima por la mejilla—. ¿Sabes lo que significa?

—No.

—«Tan fuerte que parece un oso». Algunos dicen que es el guardián de la Osa Mayor.

Pues qué equivocado estaba.

—Andrés cuida más de mí que yo de él, mamá.

Mi madre me acaricia el pelo.

—Ambos cuidáis el uno del otro. Te quiero mucho, vida mía. Todo va a ir bien.

—Vale.

Asiento con la cabeza, aunque no estoy convencido de nada. El dolor en el pecho sigue ahí, no puedo ni tragar mi propia saliva.

—Papá volverá enseguida.

—Tengo que… voy a…

—¿A dónde?

—Necesito salir a airearme, mamá. A correr o… no sé.

—No vayas muy lejos.

—Daré vueltas alrededor de la zona de siempre.

—¿Por la catedral?

—Sí. Pero no me esperéis para comer.

—No vuelvas al CAR sin avisarnos.

—No. Te lo prometo. Voy a cambiarme de ropa.

Le doy un beso en la mejilla y subo a mi dormitorio. Vacío los bolsillos del pantalón vaquero y me lo quito. Me lo quito todo. Aun así, no dejo de sentir la asfixia. Me pongo unos pantalones de chándal, una camiseta de manga larga y una sudadera. Cuando salgo por la puerta principal mi padre aún no ha regresado. Tampoco lo esperaba.

En cuarenta minutos llego a la catedral. Sudando. Exhausto. Con el corazón latiéndome a mil por hora y los pulmones en carne viva. Me agacho y coloco las manos en las rodillas. Recupero un poco la respiración. Me incorporo y estiro los músculos. Me palpo los bolsillos para mirar la hora, pero no hay nada. Están vacíos. He salido a la calle sin teléfono, sin dinero y sin documentación. Me planteo regresar, pero lo descarto. No necesito nada de eso. Solo desconectar del mundo durante unas horas y hacer que el pecho deje de doler.

Me doy media vuelta y recorro Barcelona, a ratos corriendo y a ratos andando, deteniéndome en las fuentes para beber agua, perdido en mis pensamientos. Tan perdido que, para cuando quiero darme cuenta, ya es de noche. Muy de noche. Le pregunto la hora a un chico que pasa por mi lado.

—Las nueve —me dice.

Las nueve de la noche. Y sigo sin tener hambre. Decido volver a casa, no quiero que mis padres se preocupen, pero en lugar de ir directo desde donde estoy cruzo la ciudad y paso de nuevo por la catedral. No sé por qué. Verla me reconforta, de alguna manera. Me lleva a un lugar bonito en mi cabeza. Solo tengo buenos recuerdos alrededor de la catedral. Recuerdos con mi familia. A Andrés y a mí nos encanta venir corriendo hasta aquí y la panorámica de ella de noche es impresionante. Tengo un buen trecho desde donde estoy, una hora más o menos, así que comienzo a correr. La quemazón en los pulmones me sienta de maravilla.

Para cuando llego, más de una hora después, ha empezado a lloviznar, y estoy tan cansado que debo de ver alucinaciones, porque juro que hay un chico, sentado en las escaleras de piedra, que se parece un montón a Chris. Tiene los brazos apoyados en las rodillas, la cabeza agachada y el gorro de la sudadera puesta. No puedo verle la cara, pero…, mierda, es igual que Chris. Es su silueta. Y su manera de sentarse. Me atrevo a jurar que incluso son sus manos, a pesar de la distancia. Sacudo la cabeza y sigo corriendo en su dirección. Sé que es imposible que sea él, porque está en Mónaco, pero… yo sigo corriendo en su dirección. Entonces levanta la cabeza, me ve y se incorpora. Se sacude los pantalones en un gesto tan de Chris que… que yo… Abandona las escaleras y camina un par de pasos hacia mí. Distingo su rostro, a pesar de que lleva el cordón atado y el gorro le cubre casi toda la cara. Apenas se le ven los ojos y la nariz.

Pero son sus ojos y su nariz.

Es Chris.

Es él.

Me detengo a tres metros de distancia. El pecho me sube y baja a toda velocidad. El corazón me trona en los oídos. Las gotas de agua me empapan el rostro, a pesar de que yo también llevo puesta la capucha de la sudadera. Uno de los músicos que suelen andar siempre por aquí rasga las cuerdas de su guitarra al ritmo de *Chasing cars* ; la lluvia aún no ha podido con él. El dolor en el pecho continúa ahí, tan vivo como en el salón de mi casa. Yo tardo tres segundos en acortar la distancia que nos separa y abrazarlo. Y a él le lleva un segundo más cobijarme entre sus brazos. Rompo a llorar en su cuello, o en la tela de su sudadera. Él me aprieta más hacia él. Y me habla. Me habla con cariño. Me susurra palabras de consuelo. Aspiro su aroma. Su increíble aroma, abrazado a la humedad de la lluvia y al olor de Barcelona.

Cierro los ojos. Veintitrés días sin vernos, sin contar la borrachera de la que apenas recuerdo nada, y lo primero que hago es lanzarme a sus brazos y llorar. Y me importa una mierda quién pueda vernos. Me importa una mierda que a los ojos del mundo seamos Christopher Lacoste y Arturo Claramunt, los eternos rivales. No puedo más y me importa tan poco que continúo abrazándolo durante una eternidad, mientras él me acaricia la espalda y sigue susurrándome palabras de consuelo. Porque no hacemos nada malo. Porque por encima de todo y de todos, estamos él y yo. Y el mundo desaparece una vez más. Mi casa. Mis padres. Mis hermanos. La catedral detrás de Chris. Barcelona. La lluvia. *Chasing cars* . El tenis. La prensa. La opinión pública. Y hasta el universo. Solo somos él y yo.

—Estás más delgado —le digo un rato después. Se lo noto al abrazarlo. ¿Cómo ayer no me di cuenta?

—¿Y tu móvil, Arturo? —me devuelve, sin separarse de mí.

—Me lo he dejado en casa.

—Ahí está de puta madre. ¿Cómo voy a encontrarte si te dejas el móvil encima de la cama?

—Me has encontrado. —Levanto la cabeza y lo miro a esos ojos azules que lo son todo para mí—. En una superficie de cien kilómetros cuadrados de punta a punta.

Me limpia con la yema del pulgar las lágrimas mezcladas con las gotas de lluvia que me cubren el rostro.

—Podría decirte que yo siempre te encuentro, pero la verdad es que tu madre me ha dicho que andarías por aquí. Solo me he sentado a esperar.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Cuatro horas.

—¿Y no te ha reconocido nadie?

—No. Me he puesto la capucha de la sudadera. Después ha anochecido, ha empezado a llover y la gente ha ido desapareciendo poco a poco. Nos hemos quedado el músico y yo. Y algún viandante que pasa de vez en cuando. Nadie se fija en un chaval sentado en las escaleras de la catedral de Barcelona en una noche de lluvia. Podría ser cualquiera.

—Y se supone que tú estás en Mónaco.

—De hecho, esta mañana me han visto en Mónaco.

—Lo sé. Lo he visto en las noticias.

—Qué putada tener un exnovio famoso, ¿no? No te libras de mí.

Sonrío con debilidad.

—¿Qué haces aquí, Chris?

—He hablado con tu hermano de casualidad y me ha dicho que habías regresado a Barcelona a hablar con tus padres y me he acercado por si necesitabas algo.

—¿Te has acercado? Estabas en Mónaco. Otra vez.

—Ya. Bueno… Apoyo moral o lo que sea. Y quería verte antes de irme. Quería verte sobrio. Es la primera vez en años que no vamos a coincidir en Australia. ¿Y si siempre te he vapuleado allí porque me daba suerte verte?

—No me has vapuleado siempre en Australia.

—Sesenta cuarenta. No podía arriesgarme, tet…, Arturo. No podía arriesgarme, Arturo. Y he comido con tus padres.

—¿Has comido con mis padres?

—Sí. En su cocina.

—¿Cómo es eso?

—Primero tu padre me ha echado una bronca de la hostia. Y luego me ha invitado a comer.

—¿Mi padre te ha chillado a ti porque yo quiero dejar el tenis?

—No. Me ha chillado por habernos ocultado durante nueve años. Y me ha pedido mi opinión sobre tu decisión de dejar el tenis.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo mismo que te dije a ti. Que no estoy de acuerdo. Eres demasiado bueno para dejarlo. Y sé que la decisión es solo tuya, y voy a respetarla, pero no me pidas que la comparta. ¿Quieres ser biólogo? Bien, sé biólogo. Pero sé tenista también. Tienes toda una vida por delante para hacer ambas cosas. Eso no quita para que no me sienta orgulloso de verte trabajar entre tus peces.

—No quiere verme —susurro—. Mi padre. No quiere ni verme.

Chris solo suspira.

—¿No te acuerdas de cómo reaccioné yo? Tienes que darnos tiempo para asimilar las cosas. Que un fuera de serie quiera retirarse a los veintitrés no se ve todos los días. Impacta. Y más si es alguien que te toca de cerca. Tu hijo. Tu hermano. Tu novio. Pero no pensemos en eso ahora. Oye, ¿has comido algo?

—No tengo hambre.

—Ni dinero. Tu cartera también estaba encima de la cama. Voy a cogerte algo en ese bar de ahí enfrente y vas a comértelo entero.

—No hace falta, de verdad.

—Voy a soltarte, ¿de acuerdo?

¿Soltarme? Oh, seguimos abrazados. No hemos dejado de abrazarnos en ningún momento.

—De acuerdo.

—¿Estarás bien?

No.

—Sí.

—Vale. —Se separa y me mira con precaución—. Espérame aquí. Enseguida vuelvo.

Chris entra en uno de los bares que hay frente a la catedral y sale poco después con un sándwich en la mano. Ha dejado de llover, pero él no se baja la capucha de la sudadera hasta que se aleja del establecimiento y llega hasta mí. Yo también me la quito. No hay nadie a la vista. Incluso el músico está recogiéndolo todo. Nos sentamos en las escaleras y comienzo a comer. Es de jamón y queso. Me encanta el sándwich de jamón y queso. En cuanto le doy el primer bocado descubro que estaba a punto de morir de inanición.

—Menos mal que no tenías hambre, Claramunt.

Esbozo una sonrisa tímida, que se queda permanente en mi rostro. Porque mientras yo me como el sándwich, Chris no deja de mirarme. Y ninguno de los dos dejamos de sonreír. Pero

justo cuando termino, escuchamos a lo lejos «¿no es ese Christopher Lacoste?» y nos paralizamos. Bueno, yo me paralizo. Porque, por mucho que esté cansado de ocultarme, he recuperado la cordura. Porque Chris sí tiene una carrera por delante. Y no pueden verlo sentado en las escaleras de la catedral de Barcelona compartiendo miraditas con su máximo rival en una actitud íntima. Él sí reacciona rápido, me sujeta la cabeza, me inclina hasta su regazo y me esconde por dentro de su sudadera y camiseta. Dejo de respirar. Y no porque el grupo me haya podido reconocer, sino porque tengo la boca y la nariz, toda la cara, en realidad, pegada a los abdominales de Chris. Y podría quedarme aquí para siempre, pero comienza a faltarme el aire y mis pulmones gritan en protesta. Aun así, me aprieto más contra él y me refriego, como si fuera un gatito pidiendo cariño, solo me falta amasarle el vientre con las manos y ronronear.

«Arturo, deja las manos en su sitio, que te veo venir».

CHRIS

No aparto la mirada del grupo de chavales que pasa por nuestro lado. Son cinco y rondan los veinte años. Me observan con cierto reconocimiento, pero sin estar convencidos. Yo los miro con mala cara y los insto a que pasen de largo. Aquí no hay nada que ver, aunque ellos no piensan lo mismo, porque alternan las miradas entre mi cara y la cabeza de Arturo metida por debajo de mi sudadera. Al final pasan de largo, pero antes de desaparecer del todo, uno de ellos me saca una foto con la cámara del teléfono.

Estoy a punto de levantarme e ir a por él, pero destaparía a Arturo y lo confirmaría todo, así que tengo que morderme la lengua y contenerme.

Cuando por fin giran en la primera esquina, me dispongo a sacar la cabeza de Arturo, pero entonces me doy cuenta de que lo tengo en mi vientre. De que sus labios me están rozando la piel y… lo dejo ahí un poco más. Saboreando el momento. Empapándome del calor de sus respiraciones. Cierro los ojos y aguzo los sentidos. Entonces me percato de que se ha apretado más contra mí y de que ¿se está refregando en mi vientre como si fuera un gato?

«No te empalmes ahora, Chris. No es el puto momento».

—¿Respiras por ahí abajo? —le pregunto.

—¿Ya se han ido? —me devuelve sobre el vientre. Me hace cosquillas, y creo que es la sensación más bonita que he vivido en las últimas semanas.

—Sí —respondo.

Saca la cabeza, muy a mi pesar, y cuando le veo todo el pelo desordenado y las mejillas sonrosadas sí que tengo que contenerme para no agarrarlo y besarlo hasta que ambos perdamos el conocimiento.

ARTURO

—¿Respiras por ahí abajo?

—¿Ya se han ido?

—Sí.

Salgo de la sudadera y miro hacia todas las direcciones. Estamos solos de nuevo. Me arde la cara y me arde todo. Algunos peces pueden cambiar de color. Yo estoy seguro de que ahora mismo soy rojo chillón, como el *Carassius auratus* . Que no es que sea uno de esos peces que cambian de color, me refiero a que es rojo y yo estoy rojo, como él.

—He entrado en bucle en mi propia cabeza.

—¿Qué?

—Nada. —Niego con un gesto—. ¿Te han reconocido?

—Puede ser. Uno de ellos me ha sacado una foto.

—Mierda.

—Me da igual, Arturo. Me da exactamente igual. No estábamos haciendo nada malo.

—Estábamos muy juntos. Demasiado íntimo.

—¿Y? Eso no es malo.

—Ya lo sé. ¿Y ahora qué hacemos?

—Largarnos de aquí. ¿Me acompañas?

—¿A dónde?

—A buscar un hotel para dormir.

—¿No quieres quedarte en mi casa?

—¿Puedo?

Sonrío.

—Claro que sí. Puedes dormir en la habitación de Andrés.

—Vale.

Nos encaminamos juntos hacia mi casa a paso lento, ha dejado de llover y no tenemos prisa, o yo no la tengo. Pero tampoco Chris parece tenerla, camina incluso más despacio que yo y cuando llegamos es casi la una de la madrugada. Meto el código de la verja de fuera y entramos por la puerta de la cocina, que siempre está abierta. Vamos de puntillas hasta el salón, para no hacer ruido ni despertar a nadie, y cuando estamos a punto de subir las escaleras, escucho la voz de mi padre.

—¿Arturo?

Giro la cabeza y el corazón se me encoge al verlo y revivir todo lo que ha sucedido entre nosotros hace apenas unas horas. Mis mentiras. Su decepción. El dolor. Quiero pedirle perdón de rodillas, pero entonces él viene hacia mí y me estrecha entre sus brazos. Me quedo paralizado hasta que reacciono, me echo a llorar de nuevo y me aferro a él con fuerza. La presión en el pecho desaparece por fin y, como por arte de magia, me siento mejor.

—Lo siento, hijo —solloza—. Perdóname, por favor.

—No —niego con la cabeza—, perdóname tú.

—No tengo nada que perdonarte. Se me ha ido de las manos. Hijo —se separa y me sujeta por las mejillas—, cuentas con mi apoyo para todo, ¿me oyes? Para todo. Mañana hablamos con calma, pero necesitaba decírtelo. Te quiero y voy a estar siempre a tu lado.

—Gracias, papá.

—No tienes que jugar Wimbledon.

—Quiero jugar Wimbledon. Eso era verdad. Quiero que sea mi último partido.

—Entonces tenemos trabajo que hacer. Hay cierto tenista monegasco al que tenemos que ganar.

Chris ríe detrás de nosotros.

—Sí —asiento entusiasmado—. Me apetece muchísimo.

—Y a mí, hijo. Y a mí. Ahora vete a dormir. Mañana será otro día. Quiero que comas con nosotros. No hagas planes para ir al CAR, ¿vale?

—Vale. Y hablando de cierto tenista monegasco…, Chris se queda esta noche a dormir aquí.

Mi padre mira a Chris por encima de mi hombro y asiente.

—Bien.

Sonrío de oreja a oreja.

—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, señor —añade Chris.

—Buenas noches, chicos. Y ¿Chris?

—¿Sí?

—Puedes llamarme Robert.

A Chris se le ensancha la sonrisa y yo… yo estoy a punto de desmayarme, como en las películas.

—Lo intentaré.

Subimos las escaleras sin dejar de sonreír. Llegamos al pasillo y Chris reconoce enseguida la puerta de mi habitación. Me acuerdo de la primera vez que estuvo aquí. En aquel momento nadie podía saber que había entrado en casa y ahora mi padre le ha dicho que puede llamarlo Robert.

—La habitación de Andrés es justo la de al lado —le digo.

—Lo sé. Me acuerdo de la pecera gigante.

—Ya. —Ambos bailamos sobre nuestros pies sin saber qué hacer—. Pues… Buenas noches, Chris.

Voy a entrar en mi habitación, pero…

—¿Sigues teniendo pesadillas?

—A veces —reconozco—. Andrés ha estado durmiendo conmigo.

—¿Quieres que duerma yo contigo? Como amigos, digo. Por si acaso.

—Vale —responde mi boca antes de que mi cerebro procese la información.

—Vale.

Oh, por todos los peces del mar.

Entramos en mi dormitorio y mientras Chris lo observa todo, a pesar de que está igual que la última vez, yo veo las decenas de notificaciones de mi teléfono. Mensajes. Llamadas. Papá. Mamá. Rafa. Miguel. Juan Carlos. Andrés. Aitana. Chris. Patrick. Nicki. Dami. Y los padres de Patrick. La noticia ya ha dado la vuelta a la familia.

Le ofrezco unos pantalones de pijama a Chris y cojo otros para mí, y en el momento en que él comienza a desnudarse yo me voy al baño a esconderme, digo, a lavarme los dientes. Me quito la ropa y me quedo solo con los pantalones de pijama. Justo cuando termino me suena el teléfono y salgo a ver quién llama a estas horas.

Es Patrick, así que cojo al instante.

—*¿Vas a dejar el tenis?* — me pregunta en cuanto descuelgo— . *¿Por eso has ido hoy a Barcelona?*

Suspiro.

—Sí.

—*¿Desde cuándo te ronda la cabeza?*

—Desde siempre.

—*¿Por qué nunca me lo habías dicho?* —susurra. Advierto el dolor en su voz y cierro los ojos.

—Lo siento —me disculpo de corazón—. Lo siento un montón, Patrick. No se lo había contado a nadie hasta el día de mi accidente. Ni siquiera a Dami.

Patrick suspira.

—*Estoy saturado de vuestras disculpas.*

—Lo sé.

—*Entiendo que no quisieras decírselo a tu familia, pero ¿a mí? Yo también he estado ahí, Arturo. Toda la defensa que hiciste cuando yo lo dejé tiene sentido ahora. Lo hiciste por ti.*

Abro los ojos y niego con la cabeza.

—No lo hice por eso.

—*Joder* —ríe sin ganas—, *qué gilipollas soy.*

—Patrick, no lo hice por eso —insisto—. Lo hice por ti. Porque te quiero y quería apoyarte.

Chris se coloca delante de mí y me mira con el ceño fruncido. «¿Qué pasa?», me preguntan sus ojos. Yo niego con la cabeza.

—*Y una mierda. No era real. Nada ha sido real con vosotros. Con ninguno de los tres.*

—Patrick, yo…

—*Eras mi última esperanza con los Claramunt, iluso de mí. A la mierda todo ya.*

— Patrick, por fav…

Pi, pi, pi. Pi, pi, pi.

Ha colgado. Lo llamo de nuevo al instante, pero me cuelga. Una vez. Dos veces. Tres. Mierda.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Chris.

Me acerco a la cama, dejo el teléfono en la mesita de noche de mi lado y retiro el edredón y las sábanas.

— Patrick se ha enterado de que quiero dejar el tenis y no se lo ha tomado demasiado bien. Él también pasó por esto y… Se siente traicionado.

—¿Por qué?

Chris se dirige al otro lado y hace lo mismo: aparta la ropa de cama. Nos quedamos los dos con la sábana en la mano.

—Porque no se lo he contado y porque cree que en su día yo lo apoyé porque pensaba en mí.

—¿Y fue así?

—No. Claro que no.

—Pues que le den por el culo. No en el buen sentido, que luego seguro que le gusta. Por cierto, ya que hemos sacado el tema, ¿qué es eso que dijo Murnuais de que os besasteis y experimentasteis juntos Patrick y tú? ¿Cuándo sucedió eso?

—Cuando teníamos catorce años.

Chris arruga la frente.

—¿Antes o después de enrollarte conmigo?

—No me enrollé contigo, tú me masturbaste en un baño.

—Es lo mismo. Entonces, ¿antes o después de enrollarte conmigo?

—Después.

—Hummm —murmura con mala cara—. Háblame de eso, Claramunt.

—Otro día.

Le guiño un ojo y me meto en la cama. Chris hace lo mismo en la otra punta y… no nos tocamos para nada. Bien. Mejor así. Reviso el móvil antes de apagar la luz y voy directo a los mensajes de Andrés; necesito saber que está bien. Leo el último que me ha mandado.

Andrés :
He hablado con mamá y papá. Y sé que el principesco te ha encontrado. No te preocupes por mí, nos vemos en el CAR. Te quiero.

Apago la luz del dormitorio con el interruptor que tengo al lado de la cama.

Arturo :
Te quiero.

Chris y yo cogemos postura bocarriba y nos quedamos en silencio durante unos minutos, mirando hacia el techo. Su respiración se vuelve regular, como si se hubiera dormido, pero yo sé que no lo ha hecho. Nunca se duerme tan deprisa, a no ser que esté agotado.

—¿Chris? —lo llamo en un susurro.

—¿Qué?

—¿Estás dormido?

Ríe.

—No.

Eh, sí. Ha quedado bastante claro cuando me ha contestado la primera vez.

—¿Te acuerdas de aquella primera vez en los baños de la cena de campeones?

Chris tarda en responder, pero al final lo hace.

—Sí.

—¿Dije en voz alta algo así como «pégame un tortazo o tócame la polla, pero haz algo rápido porque esto es insostenible» y por eso lo hiciste o fue porque quisiste hacerlo sin más?

—Arturo, mírame.

Giro la cabeza hacia la derecha y me encuentro con su rostro muy cerca del mío. Me quedo sin aire.

—¿Te gustaría saberlo? —me pregunta, muy cerca de mi boca.

—Sí.

Entonces me guiña un ojo y me dice:

—Otro día.

Sonríe y vuelve a mirar hacia el techo. Yo tardo unos segundos en darme cuenta de que me ha respondido de la misma manera en que lo he hecho yo a lo de la experimentación con Patrick. Sonrío y lo dejo estar. Pero ya no miro hacia el techo, me muevo y me quedo de costado, observándolo a él. Es la mejor vista del mundo. Cierro los ojos, tengo que cerrarlos si pretendo dormir algo, e intento ignorar su presencia a mi lado. Por salud mental.

—¿Arturo? —me llama entonces él. Abro los ojos.

—¿Sí?

—¿Sabes por qué siempre os diferencio a tu hermano y a ti?

—¿Por qué?

Él gira la cabeza de nuevo y me mira.

—Por los ojos.

—Andrés y yo tenemos los mismos ojos.

—Sí, pero él jamás me mirará como lo haces tú.

Cojo aire con fuerza y lo expulso. Cierro los ojos y ya no vuelvo a abrirlos. No puedo abrirlos porque no puede pasar nada entre nosotros, porque aún es pronto y no sé si Chris está preparado, no sé si algún día va a estarlo, y porque si no los cierro y veo su preciosa cara de nuevo me lanzaré a su boca y a su cuerpo y le haré el amor durante toda la noche.

—Aquel día en los baños de la cena de campeones —continúa—, te lo leí en la mirada. Tú me hablas con los ojos, Arturo. Lo hiciste desde el primer momento.

Trago saliva y aprieto los párpados con fuerza.

—Me enrollé con Patrick después de que tú y yo nos encontráramos en el baño, pero antes de que nos besáramos en la boca. Después ellos quisieron continuar con los experimentos, pero yo ya no pude hacerlo.

Entonces siento un pequeño roce en mi dedo meñique y me estremezco. Se me pone la piel de gallina. Es su meñique. Su meñique que intenta coger el mío. Se lo doy. Los entrelazamos y… nos quedamos dormidos.

CHRIS

«Me he acostumbrado a dormir contigo en el CAR y ahora no concilio el sueño si tú no estás a mi lado. Así que quiero dormir contigo durante el resto de mi vida. Quiero ir a cenar contigo, a la luz de las velas o de la puta iluminación del restaurante de turno. Quiero ver películas contigo tumbados en cualquier superficie horizontal que encontremos al alcance. Quiero hacerte el amor en la cama. En la ducha. Contra la pared. Contra la nevera de mi casa. En todas partes. Quiero abrazarte hasta quedarme dormido. Quiero jugar al tenis contigo. Quiero apartarte el pelo de la frente cuando estés todo sudado. Quiero salir a bailar contigo. Quiero que nos tumbemos en el sofá y que solo hablemos. Me encanta escucharte. Para siempre. Nunca he estado más seguro en mi vida. ¿Sabes por qué lo sé? Porque cuando te toco nunca es suficiente y un segundo después de soltarte quiero tocarte de nuevo. Moriría tocándote. Tú tienes una parte de mí que nadie más tendrá: el último trozo de corazón que me quedó después de perder a mi madre».

28: ¡No somos peces que se fecundan delante de los otros peces!

ARTURO

Cuando me despierto estoy solo en la cama y no sé si he soñado a Chris, como cada noche, o si ha sido real y ha estado aquí conmigo. Estiro el brazo y acaricio la parte del colchón donde mi cabeza cree recordar que ha dormido. Está frío. Cierro los ojos y suspiro. La mañana siguiente después de que perdiera el control en la cocina de su casa tuve la misma sensación, pero supe que había sucedido, que en verdad había descargado toda mi rabia y mi frustración follándomelo contra una nevera, al mirarme en el espejo del baño y descubrir la marca de sus dientes en mi hombro, los restos de su semen en mi vientre y la esencia que bañaba cada palmo de mi cuerpo. Su esencia. Pero esta vez no ha…

—Buenos días.

Giro la cabeza y lo veo saliendo del baño que compartimos Andrés y yo, con el pelo húmedo y una toalla alrededor de la cintura.

—Hola —respondo indeciso.

—He usado tu cepillo de dientes, espero que no te importe.

Abro mucho los ojos, mi trastorno obsesivo-compulsivo no me deja compartir mi cepillo de dientes. Bueno, no sé si es por el trastorno o porque me parece una cerdada. Y eso que llevo media vida compartiendo mi saliva con Chris. Y me he tragado litros y litros de la suya. Por la boca y por el culo. A ver, así dicho parece una cerdada mayor que la de compartir el cepillo, pero no lo es. Sentir la saliva de Chris en la boca es una de mis cosas favoritas de la vida.

—Es broma —me dice con una sonrisa cuando me ve la cara—. En realidad, le he cogido uno a tu hermano que tenía sin usar. Estaba en su vaso. Voy a dejárselo de nuevo como si nada. Tú guárdame el secreto.

Sonrío y antes de que pueda abrir la boca para contestar…

—Arturo, tenemos que hablar —me dice en tono serio. Se acerca a la cama y se sienta a mi lado.

— ¿Qué ha pasado? —le pregunto con el corazón a mil por hora. Me he puesto nervioso de repente.

Chris alcanza mi teléfono, lo desbloquea y teclea algo. Me muestra la pantalla.

—Han subido la foto a internet. La que nos sacaron ayer en la catedral.

— ¿Qué?

Le quito el móvil y la veo. Se me cae el alma al suelo y el teléfono lo sostengo entre las

manos de puro milagro. Somos nosotros, sentados en las escaleras de la catedral. Es de noche y está muy oscuro, pero somos nosotros. Han utilizado el zum para acercar la imagen y la foto es de una calidad pésima, pero… somos nosotros. ¡Somos nosotros! Me llevo una de las manos a la frente y me retiro el flequillo de los ojos. En la instantánea, Chris mira hacia el objetivo, con los ojos entrecerrados y el semblante serio, y tiene las manos encima de mi cuerpo, como protegiéndome. O encima del bulto bajo su sudadera. Porque yo estoy bajo su sudadera. Solo se me ven las piernas y un atisbo de las caderas y la espalda, porque mi propio brazo me cubre.

—Ha dado la vuelta al mundo —me explica Chris. Yo no puedo dejar de mirarnos—. Nadie sabe que eres tú el que se esconde debajo de mi sudadera. Ni se lo imaginan. Incluso dudan de que el otro sea yo. Es de muy mala calidad. Está oscuro y apenas se me reconoce.

—Yo te reconozco.

—Tú no eres ellos. Tú me reconocerías incluso si no se me viera la cara.

Levanto la mirada y me encuentro con la suya.

—¿Qué hacemos?

—De momento, nada. Vamos a esperar. —Chris se levanta de la cama, deja caer la toalla y comienza a vestirse. Yo me concentro en la pantalla del teléfono—. Tengo que irme ya. Cojo el jet hacia Mónaco en menos de dos horas.

Me levanto al instante.

—Te llevo al aeropuerto. Son diez minutos. Iremos en el coche de mi padre, no llama la atención como el de mi hermano. —Saco un par de calzoncillos de uno de mis cajones y dos camisetas limpias. Le ofrezco una prenda de cada a Chris mirándolo solo a la cara. Lo que me cuesta horrores, por cierto—. Toma, ponte esto.

—Puedo coger un taxi —responde aceptando la ropa.

—Te llevo yo —le digo, categórico. No es un tema a discusión.

Me visto a todo correr, me lavo la cara y los dientes, me calzo y, cuando estamos a punto de salir, tocan a la puerta.

—Arturo, soy yo —exclama mi padre al otro lado—. ¿Estáis visibles?

Chris abre la puerta al momento y mi padre entra con el móvil en la mano y la foto en la pantalla.

—Supongo que lo habéis visto —nos dice.

—Papá, ¿tú dirías que somos nosotros?

—Ahora sí.

—¿Y antes?

—Antes me habría llamado la atención el chico que tiene la cabeza escondida bajo la sudadera del otro chico. Me habría picado la curiosidad porque esos pantalones de chándal y esas deportivas son como las de uno de mis hijos. Entonces habría reconocido sus piernas. Pero yo soy su padre. *Tu* padre.

—¿Y a Chris? ¿Lo habrías reconocido?

—Tendría mis dudas. Parece él, pero podría ser cualquiera con una cara parecida a la suya.

—¿Tú qué harías, papá? Si estuvieras en el lugar de Chris.

Mi padre suspira y se aproxima a la cama. Nos hace un gesto con el dedo índice para que nos acerquemos y nos sentemos. Él alcanza la silla de mi escritorio y se sienta enfrente.

—Nada. Absolutamente nada. A Christopher Lacoste jamás se lo ha visto en una actitud íntima con nadie, pero tampoco saliendo de fiesta, paseando por la ciudad o asistiendo a un partido de baloncesto, por poner un deporte al azar. Siempre ha mantenido su vida privada fuera de los focos. Y no será porque no se ha especulado sobre ella. Cuanto más en secreto mantienes

algo, mayores son las ganas de descubrirlo. Pero él nunca ha respondido a esas especulaciones. Solo tenis. Siempre tenis. Así que…, si yo fuera Christopher Lacoste, seguiría en esa línea. No alimentaría los rumores. Sin embargo, yo no soy Christopher Lacoste. —Mi padre mira solo a Chris—. Ese eres tú. Y nadie mejor que tú sabe si quieres seguir en silencio a partir de aquí o reconocer con naturalidad que hay alguien en tu vida. Que hay un chico en tu vida.

—Papá, Chris y yo no estamos juntos.

—No estoy hablando contigo, hijo. Y habéis dormido en la misma cama. Hablemos como adultos de cosas de adultos, ¿de acuerdo?

—¿Crees que sería una decisión acertada? —le pregunta Chris—. ¿Sacar a Arturo a la palestra?

—No, no lo sería. Arturo no es cualquier chico. Y nueve años juntos es mucho tiempo. Demasiado tiempo. Es toda vuestra carrera deportiva. Va a jugar contra vosotros. Tenemos que destapar vuestra relación de manera inteligente. Estoy en ello, no os preocupéis. Pero ¿que muestres de alguna manera que hay alguien en tu vida, manteniéndote en esa línea reservada tan tuya? Creo que sería un acierto y que nos facilitaría las cosas en el futuro.

Chris asiente con la cabeza y a mí me suena el teléfono. Es Andrés.

Andrés :
Olvida el mensaje de ayer de que ya hablamos en el CAR.
Andrés :
¡Llámame!
Andrés :
La foto está borrosa, pero dime, por favor, que no le estabas haciendo una mamada al Príncipe de las Tinieblas en las escaleras de la puta catedral de Barcelona.

Dios. Pero ¿cómo puede ser tan bruto?

—Arturo, tenemos que irnos ya —me dice Chris.

—Sí. Papá, voy a llevar a Chris al aeropuerto. Cojo tu coche.

—Vale. Hablamos cuando vuelvas. —Chris y yo nos levantamos a la vez y mi padre nos imita—. Y, ¿chicos?

—Sí.

—Todo va a salir bien.

Le da una palmada a Chris en la espalda, un apretón en el hombro y nos insta a que salgamos ya. Respondo a mi hermano de camino al garaje, justo después de que Chris se despida de mi madre con un beso y un abrazo.

Arturo :
Te llamo en cinco minutos desde el coche, pero ¡no le estaba haciendo una mamada!

Andrés :
¿Y qué hacíais?

Arturo :
¿Esconderme? ¿Taparme la cara?

Andrés :
Si tú lo dices…

Bufo de incredulidad. ¿Cómo voy a hacerle una mamada en medio de las escaleras de la catedral? ¡No somos peces que se fecundan delante de los demás peces! ¡Nos habríamos ido a un rincón! Digo yo…

Llegamos al garaje, alcanzo las llaves de repuesto que guardamos en un armario y nos metemos en el coche de mi padre. Llamo a Andrés con el manos libres en cuanto salimos de Pedralbes y me pongo en ruta.

—*¿Estáis juntos?* —pregunta nada más contestar. Por un momento creo que se refiere a si Chris y yo hemos vuelto y me quedo sin aliento, pero luego me doy cuenta de que se refiere a si estamos juntos *físicamente* .

—Sí. Vamos de camino al aeropuerto.

—*Que no os vean juntos.*

—No. Voy con el coche de papá. ¿Control de daños?

—*Se ve a leguas que sois Chris y tú, pero supongo que para alguien que no os conoce no es tan claro. Fuera del CAR es imposible que lleguen a ti. Imposible.*

—¿Y dentro del CAR?

—*Voy a ser superclaro, ¿vale?*

—Vale.

—*Todos los que quedaban en la fiesta vieron cómo Lacoste te separaba del pavo ese con el que te estabas enrollando* —¿con quién?— *y te sacaba del bar sobre sus hombros. Hay que ser muy tonto para no darse cuenta de que entre vosotros hay algo.*

Echo una mirada a Chris, que me mira con cara de «es lo que hay».

—Dios. Esto es el fin.

—*Espera. No vayas tan rápido. No has visto el Senticar las últimas horas.*

Dejo escapar un lamento.

—Y no quiero verlo.

—*No hay nada.*

—¿Cómo que no hay nada? —preguntamos Chris y yo al unísono.

—*A ver, no hay nada. Haber hay un montón, está que echa fuego, pero casi todo es de mi épica actuación y de mi acercamiento con Nicki.*

—¿Y Enigmaticar?

—*No ha dicho ni esta boca es mía.*

Chris y yo nos miramos extrañados. Qué raro…

—¿Cómo es eso posible? —pregunta él.

—*Estará con resaca…*

—Me refiero a los demás. Con toda la gente que me vio llevarme a Arturo…

—*Creo que los compañeros del CAR que os vieron os respetan demasiado como para decir nada. Os están guardando el secreto por lealtad. Y en cuanto al chico con el que te enrollaste, no ha salido nada en redes sociales, así que entiendo que será alguien que no tiene ni puta idea de tenis.*

—¿Me enrollé con un chico?

—*Hasta la garganta, Arturo.*

Se me suben los colores y evito mirar a Chris a toda costa. Carraspeo.

—Vale, entonces…

—Entonces en lo que respecta al CAR tenemos dos grupos. Las veinte personas que quedaban del cumpleaños y lo saben pero se lo están callando y el resto. Y para ese resto Lacoste ha estado en Mónaco en todo momento. Así que estáis salvados. Y, además, hay otra cosa a tu favor.

—¿Qué?

—No te imaginas la de gente que me saludó ayer a golpe de «hola, Arturo».

Chris resopla.

—Ahora que me han quitado el yeso, volvemos a ser invencibles. ¿Eso que he oído ha sido al imbécil de Lacoste resoplando?

—Sí.

—Pues te estoy salvando el culo, principito. Así que no resoples tanto y agradece que a mi hermano y a mí nos confundan constantemente.

—También podríamos decir que eras tú el de la foto —responde él con cachondeo—. Estamos locamente enamorados, pero no tanto como para que yo te haya dejado ganarme algún partido.

—Más quisieras. Luego voy a pasarme por la biblioteca. Me quedaré un par de horas.

—Coge los libros de Arturo, por lo menos.

—Jo, jo.

—¿Y Chris? —pregunto yo.

—Chris ¿qué?

—¿Qué pasa con Chris fuera del CAR? ¿Qué dice la gente de la foto?

—La mayor parte cree que no es él.

—¿Y la otra parte?

—La otra parte está especulando sobre la identidad del chico que intentaba ocultar. Ahora mismo en el mundo se habla más del presunto novio de Christopher Lacoste que de las Kardashian. Debéis tener más cuidado que nunca. Estáis en el punto de mira.

—Lo sabemos.

—A Rafa lo tenéis al borde del desmayo, tengo que deciros.

—Tengo que hablar con él. Y con Miguel.

—Sí, papá les ha adelantado la noticia, pero quieren hablar contigo. Y Juan Carlos también. ¿Cuándo vienes?

—¿Al CAR? Por la noche. Voy a comer con papá y mamá.

—Avísame cuando llegues . Y conduce con cuidado.

—OK. Te dejo ya. Estamos llegando al aeropuerto.

—OK.

—Adeu —me despido.

—Au revoire —responde.

Chris eleva los ojos al cielo. Yo me pongo el gorro de la sudadera antes de meterme de lleno en el aeropuerto, por si acaso me reconoce alguien. Llego a la zona de «salidas» y aparco junto a los taxis. Apago el motor.

—Me gustaría acompañarte más, pero…

—No sería la decisión más inteligente —acaba él por mí.

—No —reafirmo.

Nos quedamos en silencio. Mirándonos. Y mirándonos. Y mirándonos más. Si es cierto eso de que mis ojos le hablan, entonces él tiene que saber que yo… Yo lo anhelo más que nunca. Y que me gustaría decirle tantas cosas en voz alta. Me gustaría decirle que todo va a salir bien. Que

no se preocupe por nada, que yo estoy a su lado. Me gustaría abrazarlo. Y darle un beso de buena suerte en la mejilla para Australia. Por un momento creo que lo lee todo, porque sonríe y asiente con la cabeza, pero entonces…

—Bueno —dice, rompiendo el momento—, tengo que irme ya.

—Sí, claro.

Le hago un gesto con la mano y él abre la puerta del coche.

—Suerte en Australia —le digo antes de que se baje del todo.

Chris me mira por última vez.

—Adiós, Arturo. Gracias por acercarme.

—De nada. *Adeu* .

—Y…

—¿Sí?

—Llámame si tienes pesadillas. No importa la hora, voy a estar al otro lado.

—Vale —susurro— . Gracias.

Se baja del coche sin más preámbulos y yo no lo pierdo de vista hasta que desaparece del todo de mi campo de visión. Me quedo en el coche, aguantándome las ganas de salir e ir tras él, y vuelve a sonarme el teléfono.

Patrick :
Vaya liada, ¿no?

Es la gota que colma el vaso. Y exploto.

Arturo :
Vete a la mierda, Patrick.

Patrick :
¿Y ahora qué coño te he hecho?

Arturo :
¿Vaya liada? Puede que para ti esto sea digno de mofa, pero se trata de la vida privada de Chris, que es noticia en todo el puto mundo.

Patrick :
No me estaba mofando. Era un simple comentario para entablar conversación. Puede que esté cabreado contigo, pero sigo preocupándome por ti.

Arturo :
Sí, claro. Igual que te preocupas por mis hermanos. ¿Eres consciente de lo dura que está siendo la rehabilitación de Andrés física y emocionalmente? No, claro que no. Porque te la suda. Y de Aitana mejor no hablamos. Prefiero que no te preocupes por mí, Patrick.

Patrick :
Tarde.

Suspiro y arranco el coche. Mierda. Vuelvo a apagar el motor. No quiero volcar mis frustraciones contra Patrick. Él no tiene la culpa.

Arturo :
Lo siento. Llevo unas horas de mierda y tú no tienes la culpa.
Arturo :
Perdóname.

No responde y escribo a Tani al momento.

Arturo :
Estoy de los nervios y me he pasado con Patrick. Échale un ojo, por favor.
Arturo :
Luego hablamos.

Empezamos bien el año. Y, por primera vez, no me apetece una mierda regresar al CAR.
Ojalá me fuera a Australia con Chris.
Ojalá muchas cosas.

29: «¿Qué sientes por ti mismo?»

PATRICK

13 de enero. Decimocuarta sesión con Fernando

—¿Qué sientes por ti mismo? ¿Qué piensas de ti, Patrick?

—No estamos hablando de mí. Estamos hablando de Arturo. De que no solo no me ha contado que quería dejar el puto tenis, sino tambi…

—¿Crees que tenía que habértelo contado?

—¡Sí, joder!

—¿Por qué?

—¡Porque somos amigos! Putos amigos. ¡Somos familia!

—A veces a los amigos les ocultamos una parte de nosotros. ¿Por qué no le dijiste a Andrés que querías besar a Aitana cuando tenías catorce años? Con él hablabas de todo, incluso de felaciones y masturbaciones. Con él te masturbaste. ¿Por qué no le dijiste que te gustaba su hermana?

—Porque no me gustaba su hermana.

—¿Y entonces por qué querías besarla?

No respondo.

—Te gusta Aitana Claramunt desde los catorce. Creo que a estas alturas no va a explotar el mundo si lo reconoces. Tampoco habría explotado entonces. Te has acostado con ella infinidad de veces. Y lo has hecho porque ella te gustaba. Te gusta. Ya no tienes catorce. Tienes veintitrés. Y todo el derecho del mundo a enamorarte de ella. Como lo tenías antes. Pero no te lo permitiste. Porque era la hermana pequeña de Arturo y Andrés y en vuestro código de amigos se consideraba traición. Ella era la hermana pequeña de los tres. Pero lo cierto es que no era nada tuyo. Te reprimiste. No te gustaba ninguna otra chica porque te gustaba *ella* . Siempre *ella* . Pero era más fácil hacer experimentos que reconocerlo en voz alta.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

—¿Estás enfadado con Arturo porque no te dijo que quería dejar el tenis? Tú tampoco has sido sincero con él. No le dijiste que estabas manteniendo relaciones sexuales con Aitana. Ni tampoco a Andrés.

—Eso es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Porque estaba protegiendo a Aitana.

—¿Crees que el hecho de tener un motivo justifica los secretos?

—Sí.

—Puede que ellos lo tuvieran. El motivo. Los tres.

—Sí, claro que lo tenían. Y ese es el problema.

—¿Cuál era su motivo?

—Hacerme daño.

—¿Arturo no te dijo que quería dejar el tenis para hacerte daño?

—No. Joder, no. No me refiero a ese secreto.

—Pero has irrumpido en mi despacho porque Arturo no te había dicho que quería dejar el tenis.

No respondo.

—¿Te enfadaste cuando supiste que Arturo y Chris tenían una relación desde hace nueve años?

—No, claro que no.

—¿Por qué no? ¿Por qué un no tan rotundo? ¿Y por qué un sí a que no te contara lo del tenis?

Silencio.

—Patrick.

—Ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—¿Qué vaso?

—Mi vaso con los Claramunt.

Silencio.

—¿Tú querías hacerles daño a Andrés y Arturo cuando les ocultaste que te gustaba Aitana?

—¡No!

—¿Y por qué crees que ellos a ti sí cuando te ocultaban sus secretos?

No respondo.

—¿Por qué, Patrick?

No respondo.

—Patrick.

—No son sus secretos los que me duelen. Es ese secreto. El que me afectaba a mí directamente.

—¿Querían hacerte daño al ocultártelo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para castigarme.

—¿Crees que ellos querían castigarte?

No respondo.

—Patrick.

—No quiero hablar de eso. No estamos hablando de eso. Hoy no estamos hablando de eso.

—Estamos hablando de ti.

—No. Estamos hablando de Arturo.

—Bien. ¿Crees que Arturo está enfadado contigo?

—No estoy en su puta cabeza.

—Pero lo conoces muy bien. Casi mejor que nadie.

Silencio.

—Patrick, ¿por qué crees que Arturo está enfadado contigo?

—No está enfadado conmigo.

—Tú sí lo crees.

—Esta mañana ha malinterpretado un mensaje.

—No me refiero a por qué está enfadado hoy. Me refiero a por qué crees que está enfadado contigo desde hace siete años.

—No está enfadado conmigo desde hace siete años.

—¿Y entonces por qué crees que te ocultó ese secreto para hacerte daño?

No respondo.

—¿Crees que tenía derecho a estar enfadado contigo?

No respondo.

—¿Crees que tenía derecho a estar enfadado contigo?

No respondo.

—Patrick, ¿crees que Arturo tenía derecho a estar enfadado contigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le fallé —susurro.

—Habla más alto. Apenas te oigo.

—¡Porque le fallé! —grito con los ojos anegados de lágrimas.

—¿Cuándo?

—Hace siete años.

—¿Cómo le fallaste?

—Él confiaba en mí. Ellos confiaban en mí. ¡Incluso Robert Claramunt confiaba en mí! Y no tiene ni idea de lo que he hecho.

—¿Qué has hecho?

—Aitana era nuestra niña. Los tres la protegíamos. Siempre la protegíamos. Ella se enfadaba con nosotros. Nos gritaba cuando nos pasábamos de la raya y nos cerraba la puerta de su habitación en las narices. Como aquella vez, cuando tenía catorce años. La pillamos en las hogueras de San Juan hablando con un chico y nos la llevamos de allí como si tuviera ocho años. Estaba… tan enfadada. Tan cabreada. Pero no nos importaba. Nos sentíamos bien cuando interpretábamos el papel de hermano mayor. Porque ella era nuestra niña y moriríamos antes de que la hicieran…

—¿Antes de que la hicieran qué?

—Daño —susurro—. Moriríamos antes de que la hicieran daño.

—Continúa.

—Durante las vacaciones nos turnábamos para recogerla en el club de tenis. Aquel verano ella solo tenía quince años. Cada día iba uno de nosotros y… nos despreocupábamos. Yo me despreocupaba cuando Arturo o Andrés la recogían. Y ellos… ellos se despreocupaban cuando me tocaba a mí. Se despreocupaban porque confiaban en mí. Me confiaban el cuidado de su hermana, uno de sus mayores tesoros. Aquel día me tocaba ir a mí, pero había una chica. Nos encontramos, yo estaba obsesionado con mis experimentos y… Se me fue el santo al cielo. Ni siquiera lo recordé al día siguiente. No me acordé de que no había ido a buscarla. No hasta que, después de visitar a Andrés en el hospital porque unos tipos en un bar le había dado una paliza de muerte, choqué con Aitana y vi su mirada. «¿Estás bien, enana?», le pregunté. Y entonces se

desató la Tercera Guerra Mundial. No entendí nada. No entendí que se pusiera así y pensé que… era la adolescencia. Me hizo gracia, en cierto modo. Porque estaba superencendida y pensé que venían curvas. Pero yo sabría tomarlas. Las tomaría con ella. Como siempre. Sin embargo, no sucedió así. Aitana dejó de hablarme. Cambió. Ya no se colaba en mi habitación para fisgonear en mis cosas. Ya no me pedía ayuda con los deberes. Apenas me hablaba. Apenas me miraba. Nos convertimos en dos desconocidos. Y luego llegó el sarcasmo. Nos hicimos expertos en el sarcasmo.

—¿Crees que Aitana tenía derecho a enfadarse contigo?

—Sí.

—Más alto, Patrick.

—¡Sí! Ella confiaba en mí. Los tres confiaban en mí y les fallé, y por mi culpa ella… —se me rompe la voz—. Ella… Tenía quince años. ¡Quince años! Si no me hubiera olvidado de ir a recogerla, no habría pasado nada. Le he destrozado la vida. Les he destrozado la vida a todos. Ellos me culpan y tienen razón. Tienen toda la puta razón. Yo también me culpo y me odio. Deberían haber dejado de hablarme. ¡Estaban en todo su derecho!

—Pero…

—Pero yo los quiero con todo mi corazón. A los tres. Yo los habría perdonado. Los quiero demasiado para no hacerlo. Ellos no lo hacen. Ellos me han culpado durante siete años. Me han mirado a la cara durante siete años con esa bomba en su interior. ¡Siete putos años! Éramos una familia. ¿Qué puta familia se oculta algo así durante siete años?

—Patrick.

No respondo.

—Patrick, mírame.

Lo hago.

—Tú no tuviste la culpa. Tú. No. Tuviste. La. Culpa. La tuvo él. Ernesto. Y podía haberle pasado a Andrés o a Arturo. O incluso a Robert. Porque no dependía de vosotros. No dependía de una acción vuestra sino de una de *él* . Y habría ocurrido de todas maneras, ese día u otro. Tú no tuviste la culpa.

Silencio.

—¿Has hablado de esto con Andrés? —le pregunto.

No responde.

—Por supuesto que has hablado de esto con Andrés. Llevas siete años hablando de esto con Andrés. ¿Por qué no me dijo nada? —pregunto a la desesperada—. ¡¿Por qué no me dijo nada?! ¿Por qué me culpa si no es mi culpa? ¿Por qué me culpo yo? ¿Por qué Aitana no me dijo nada? ¿Por qué me culpa ella? ¿Por qué no me dijo que me culpaba? ¡¿POR QUÉ TODOS ME CULPAN DESPUÉS DE SIETE PUTOS AÑOS Y CUÁNDO VOY A DEJAR DE CULPARME YO ?

—Patrick.

—Tengo que salir de aquí…

—Patrick, no permitas que crezcan las paredes del laberinto donde te escondes. ¡Sal de ahí ya! Acéptate sin saber quién eres, con tus defectos y tus virtudes. Tienes veintitrés años. Yo tengo cuarenta y aún me pregunto quién soy.

—Tengo que salir de aquí…

—Eres un chico maravilloso. Uno de los mejores chicos que camina por estos pasillos.

—No puedo. No puedo…

—¡Patrick!

Abro la puerta del despacho y salgo corriendo con el rostro empapado en lágrimas y el

corazón roto en mil pedazos. Necesito respirar. Necesito dejar de tragarme mis propias lágrimas. Me ahogo. Bajo las escaleras y salgo a la calle. Me empapo del aire puro, pero sigo sin poder respirar. Es de noche y no veo nada a mi alrededor. Solo una carretera en línea recta y las paredes del puto laberinto. Una a cada lado. Continúo corriendo. Tengo que salir de aquí. ¡Quiero salir de aquí!

«Y decidisteis que, como con catorce años no te atraía ninguna chica y tampoco tus dos mejores amigos, eras alguien que no podía enamorarse».

«Así dicho… parece una estupidez».

«Parece no. Lo es».

Continúo corriendo.

«¿Arturo nació sabiendo que era homosexual? ¿Es acaso homosexual? ¿O es bisexual? ¿O demisexual?».

«No lo sé».

«¿No lo sabes?».

«No. Nunca nos lo hemos preguntado».

Continúo corriendo.

«Has entrado en un bucle infinito del que crees que no puedes salir y te has condicionado. El cerebro humano tiene un poder inmenso. Puede hacernos creer lo que a él le dé la gana».

«Deja de dar vueltas en círculo y encuentra la salida. Salta. Vuela. Escarba un agujero en la tierra y pasa por debajo».

«¿Por qué no saltas, Patrick?».

Continúo corriendo.

«Te gusta Aitana Claramunt desde los catorce. Creo que a estas alturas no va a explotar el mundo si lo reconoces».

Por fin me detengo. Apoyo las manos en las rodillas y jadeo. Todo me arde. Todo me duele. Incluso la respiración. Tengo que coger grandes bocanadas de aire y llenarme los pulmones para no caer redondo al suelo. El viento aquí es muy fuerte y me empuja. No sé bien hacia dónde. Y no sé si dejarme empujar o si luchar contra él. ¿Me causará daño la lucha? Estoy harto de sufrir. Levanto la mirada. No veo nada y no es porque haya anochecido y no haya ni rastro de la luna o las estrellas. Ni porque el viento arremeta contra mí. Hay un muro enorme del laberinto enfrente que no me deja ver más allá. Se acabó. No puedo más.

No. Puedo. Más.

Camino hacia atrás con decisión, aprieto los puños, cojo carrerilla y corro hacia el muro dispuesto a saltarlo por encima.

Y salto.

Salto por encima del seto y salgo del laberinto. Y me encuentro en el aire precipitándome al vacío desde un puto puente. Y es entonces, mientras caigo, cuando escucho el grito gutural, desesperado y horrorizado de Aitana Claramunt.

—¡¡PATRICK !!

30: «Quiero que saltemos juntos desde todos los puentes del mundo»

AITANA

Durante el transcurso de mi vida, no sé cuántas veces he pensado que no podía pasar más miedo. Son tantas que he perdido la cuenta. Siempre había una vez que superaba las demás. Y ninguna de ellas puede compararse con lo que siento ahora mientras desciendo por la ladera de la montaña a todo correr en busca de Patrick después de que haya saltado de un puente. Ni siquiera creo que sea miedo lo que siento. Ni terror. Es algo más. Algo mucho más potente. Tan potente que amenaza con acabar conmigo.

Creo que no dejo de gritar su nombre. No sé. Es todo muy confuso. Todo me da vueltas. El mundo da vueltas. El mundo tiembla. O quizá sea yo. Las piernas apenas me mantienen en pie. Podrían abrirme el pecho con un bisturí y no me enteraría. Desciendo con el corazón en la boca y sin dejar de llorar. Desciendo sin querer llegar y muriéndome por llegar. Si es que no estoy muerta ya.

Llego a la orilla del río en el mismo instante en el que Patrick sale del agua por su propio pie, totalmente empapado y con el pelo pegado a la frente. Sin dejar de correr, voy hacia él con el pecho agitado y una congoja que apenas me deja respirar. Lo miro de arriba abajo sin acabar de creérmelo. ¿Quizá estamos los dos muertos y esto es el cielo? Pues bendito cielo. Porque Patrick está entero. E intacto. Lo toco por todas partes y de pronto escucho el ruido de los coches que pasan a toda velocidad por las carreteras que nos rodean. Y el viento. Noto el viento. Había perdido los sentidos y no me había dado cuenta. Entonces estamos vivos, ¿no? El alivio es instantáneo, pero no dejo de llorar ni el corazón deja de palpitarme en todas partes menos en el pecho. Cierro los puños y comienzo a empujarlo.

—¡Imbécil! ¡ERES IMBÉCIL ! ¿ESTÁS LOCO O QUÉ COÑO TE PASA ? Me has dado un susto de muerte. Un puto susto de muerte. —No dejo de empujarlo y de golpearlo con los puños sin apenas fuerza, porque no me queda ninguna, y él se deja hacer—. ¡Creí que te habías matado! Diosss. ¡Podías haberte matado! ¿QUÉ COÑO TE PASA ?

Estoy temblando. Estoy más asustada que cuando lo he visto saltar porque creo que antes no me permitía pensar en la catástrofe que suponía todo. Y ahora sí. Ahora soy consciente de que podía haberse matado. Ahora me permito ser consciente de que podía haberse matado. Podría haberlo perdido. Para siempre.

Patrick reacciona por fin, me agarra las manos, impidiéndome que siga golpeándolo, y me abraza con fuerza. Me cobija entre sus brazos y yo escondo el rostro en su pecho y me permito

llorar lo que no está escrito. Lo abrazo y lo aprieto contra mí para convencerme de que está bien. Ileso. Al instante estoy helada. Patrick está empapado y se está… ¿riendo?

Levanto la cabeza y lo miro.

—¡¿Te estás riendo?! ¡¿En serio te estás riendo?!

Él vuelve a abrazarme, me dibuja círculos con la mano en la espalda y me susurra al oído:

—Shhh. Estoy bien. No me ha pasado nada. Estoy bien.

Me aparto de él y sigo gritando.

—¡Podías haberte matado! ¡Has saltado de un puto puente!

—No es la primera vez. Tú has saltado conmigo varias veces desde otros puentes. Lo tenía controlado. Sabía que podía saltar.

—¡Es de noche!

—Lo sé.

—¡Podías haberte matado, joder! Has saltado sin saber lo que había debajo. Es la regla número uno de los putos saltos. ¿Ese día no viniste a clase o qué?

—Lo tenía controlado. Y sabía lo que había debajo.

—Un salto en la oscuridad nunca está controlado. ¿Y si llega a estar la marea baja? ¡Son veinte metros de caída! ¡No eres Dios! ¡¡No eres Dios, Patrick!!

—Sabía que la marea estaba alta.

Me alejo de él y lo apunto con el dedo.

—¡Eres… IMBÉCIL !

Él se acerca a mí sin dejar de sonreír. Yo le grito y él sonríe.

—Siento haberte asustado.

—¡Una mierda lo sientes! ¿Y por qué estás tan contento?

—Tani…

Tani. Y la dulzura con que lo ha dicho… Una dulzura que me lleva a los pasillos del CAR, yo le hago cosquillas y él me dice «Vale ya, Tani», pero tampoco hace nada por detenerme. Una dulzura que me lleva a su habitación, estoy debajo de él y susurra mi nombre al oído una y otra vez. Una dulzura que me lleva a nuestra piscina, a una concentración de saltos, yo estoy a punto de saltar y él me anima desde abajo: «¡Vamos, Tani!». Una dulzura que me lleva a un Patrick y a una Tani juntos de los que estoy locamente enamorada.

—¿Qué?

—He salido del laberinto.

—¿Qué? —repito.

—Creo que por fin he salido del laberinto. ¡Joder! —Se lleva las manos a la cabeza como si él mismo no pudiera creérselo—. Fernando me dijo que tenía que saltar… Y he saltado.

—¿Fernando? ¿El psicólogo de Andrés?

—¡Sí!

—¿Y te ha dicho que tenías que tirarte de un puto puente para salir del laberinto?

—No literalmente. Pero me dijo que dejara de buscar la salida y que saltara o escarbara un túnel por debajo.

—Y tú has decidido tirarte de un puente.

—¡Sí! Necesitaba ponerme en perspectiva.

—¡¿Tirándote de un puente?!

—¡Sí! Necesitaba un golpe de adrenalina de los fuertes. Necesitaba caer y tocar fondo para poder subir de una vez por todas.

—¿Y has tocado fondo?

—Joder —ríe—. He visto mi vida pasar.

—¡No te rías! —Lo empujo de nuevo y él sonríe aún más—. ¡Casi me muero del susto! ¡Aún me tiemblan las piernas! —Y aún ríe más—. ¡Vale ya, Patrick!

—Y quiero seguir viviendo. Quiero seguir viviendo, Tani. Me gusta mi vida. Joder, me gusta mi puta vida.

—Patrick… —Me acerco y le acaricio la mejilla. El contacto es tan íntimo y perfecto, aunque yo aún tiemble de pies a cabeza, que casi me desestabiliza. Él cierra los ojos y casi ronronea.

—¿Qué haces aquí, Tani? ¿Cómo me has visto?

—Llevo todo el día siguiéndote.

Abre los ojos.

—¿Por qué?

—Arturo me ha mandado un mensaje esta mañana. Me ha dicho que se había pasado contigo y que te vigilara. Y menos mal que lo ha hecho.

Necesito dejar de temblar y quitarme el susto del cuerpo, así que me alejo de Patrick y me tumbo bocarriba en el suelo. Toco la tierra con las manos. Me afianzo. ¿Cómo puedo sentir vértigo cuando estoy en el suelo? ¿Cuando yo no tengo vértigo? Miro hacia el cielo, que está cubierto de nubes. Las veo a pesar de la oscuridad. Patrick se tumba a mi lado, pero yo no dejo de mirar hacia el cielo. Nos quedamos en silencio.

—¿Entonces has estado hablando con Fernando? —le pregunto poco después. El corazón ya no me late tan rápido.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día del accidente de Arturo. Desde que me enteré de lo que te hizo Ernesto.

Cierro los ojos.

—Yo no te odio, Patrick. Jamás podría odiarte. Por favor, tienes que creerme.

—Lo sé —me susurra al oído con los labios muy cerca de mi piel. Se me pone la piel de gallina; no lo he sentido incorporarse—. Te creo. Y lo siento mucho. Siento haberme olvidado de ti aquel día. No te imaginas cuánto lo siento.

Patrick vuelve a ponerse bocarriba en el suelo y yo abro los ojos. Me pongo de lado con la cabeza apoyada en una mano y el codo en la tierra.

—Sí me lo imagino. Y no fue culpa tuya.

—No. No lo fue. Pero tengo que… aceptarlo. Tengo que convencerme de que no lo fue. Y tengo que ser yo el que lo haga. Tengo que perdonarme. Poco a poco. Veo la luz al final del túnel y voy a ir caminando hacia ella. Sin prisas. Ya sé que está ahí. Y llegaré. Siento todo lo que ha pasado estas últimas semanas. Estaba enfadado conmigo mismo. Aún lo estoy. Lo veía todo negro y… pagué mis frustraciones con el mundo. —Gira la cabeza y me mira—. ¿Tú estás bien?

Lo miro a los ojos por primera vez. No sé de qué color son esta noche, si azules, verdes o grises, pero sí los veo brillar en medio de la oscuridad que nos rodea.

—Estoy bien.

—¿Me perdonas?

—Sí. ¿Y tú a mí?

—Sí.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—No lo sé.

«Quiero estar contigo y necesito saber si tú también quieres estar conmigo».

—¿Por qué me besaste en la piscina aquella tarde? —le pregunto. Es algo que llevo tiempo

preguntándome.

Patrick adopta una postura parecida a la mía, tumbado de costado con el codo en el suelo y la cabeza apoyada en la mano.

—Porque quería besarte desde los catorce.

—¿Qué?

—Creo que me gustabas —reconoce.

—¿Con catorce? ¿En serio?

¡No me lo puedo creer!

—¿Me lo habrías devuelto?

—Sí —respondo sin pensar—. Estaba loca por ti.

Estoy loca por ti. ¿Tú sigues queriéndome besar?

—¿De verdad?

—Sí.

—Pues menudo desenlace. En lugar de besarte a ti besé a tus hermanos. A los dos.

—Lo sé.

Me mira alucinado.

—¿Lo sabes?

—Andrés me lo contó en la enfermería. Me habló de vuestros experimentos. Experimentos de niñatos, tengo que decirte. Sois unos idiotas. Los tres.

—Fernando opina lo mismo. Cree que todo aquello me condicionó de la peor manera. Cree que me bloqueé emocionalmente.

—Yo también lo creo.

Patrick traga saliva.

—Tengo que asimilarlo. Tengo que asimilar muchas cosas. Y hablar con los idiotas de tus hermanos. Y… dejar los saltos.

¿Qué?

—¿Vas a dejar los saltos?

—Sí. Abandono. No es lo que quiero hacer.

—¿Y qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. Pero quiero averiguarlo.

—¿Vas a dejar el CAR?

—Supongo que sí. Ya no pinto nada aquí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Dentro de unas semanas. Primero quiero hablar con mis padres, pero no ahora. Prefiero esperar a… templarme. Después hablaré con Julia y… no sé. No tiene sentido que siga estando aquí si no voy a practicar ningún deporte, ¿no?

Supongo que no, que no tiene sentido, pero a mí se me rompe el corazón. Estoy acostumbrada a verlo a mi alrededor y di por hecho que sería así para siempre. Pero él tiene que encontrar su camino. Eso es lo más importante.

—Tienes todo mi apoyo —le digo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Lo sé.

—¿Vas a hacer las paces con Andrés?

—Voy a ir poco a poco. Y con ese hermano tuyo en concreto aún tengo cuentas pendientes.

—Él te va a esperar.

—¿Y tú? ¿Tú me vas a esperar, Tani?

—Sí.

Siempre. Lo veo sonreír y yo también lo hago. Vuelve a colocarse bocarriba y yo me muero por ir con él, tocarlo, besarlo y decirle lo mucho que lo quiero, pero no me atrevo. No quiero abrumarlo. Así que nos quedamos allí tumbados, en la orilla del río debajo del puente del que acaba de lanzarse. Todavía tengo ganas de matarlo. En su lugar, me acerco a su cuerpo y recuesto la cabeza en su pecho, donde el corazón le late a toda velocidad.

—Tani.

—¿Qué?

—Lo de hoy sí que ha sido de vida o muerte, ¿eh?

Estallo en una carcajada. Me encanta que Patrick me parafrasee.

—Eres idiota.



Tani :
SOS.
Tani :
¿Cómo se conquista a un chico?

Arturo :
Depende.

Andrés :
¿Es patito?

Tani :
Sí.

Andrés :
Pues lo tienes jodido.
Andrés :
Pero por suerte para ti…

Arturo :
Podemos ayudarte.

Andrés :
Exacto.

Arturo :
Apunta.

31: «Brillas como un pez bioluminiscente»

ARTURO

18 de enero. Abierto de Australia. Primera ronda

Arturo :
Suerte, Chris.



Arturo :
WOW.
Arturo :
Partidazo.
Arturo :
Ese revés tuyo es una fantasía.
Arturo :
Felicidades.

Chris :
Gracias.
Chris :
Y… ¿El primer revés de mi siguiente partido?
Chris :
Va para ti.

20 de enero. Abierto de Australia. Segunda ronda

Arturo :
Hoy lo tienes chupado.

Chris :
¿Hoy?

Arturo :
Creído.

Chris :
Qué agravio, Claramunt.

Arturo :
Lo superarás.

Chris :
No sé qué decirte, que Arturo Claramunt me llame creído… Me he llevado un varapalo.
Chris :
Por cierto, por aquí se habla mucho de ti.
Chris :
Se nota que no estás.

Arturo :
¿Se me echa de menos?

Chris :
Eso he oído.

Arturo :
¿Te siguen preguntando si el chico de la foto es tu novio?

Chris :
Cada día.
Chris :
Y yo sigo respondiendo lo mismo.

Arturo :
¿Les guiñas un ojo?

Chris :
;)

Arturo :
Cuidado. Yo me lo tomaría como una afirmación.

Chris :
Yo también.
Chris :
¿A ti te siguen mirando en el CAR con cara de «sé que el chico de la foto eres tú»?

Arturo :
Cada día. Y me guiñan un ojo.

Chris :
¿Y tú qué haces?

Arturo :
Me arden las orejas y bajo la cabeza.

Chris :
Ja, ja, ja, ja, ja.

Arturo :
Idiota.



Arturo :
¿Ves como lo tenías chupado?
Arturo :
Felicidades.

Chris :
¿Has visto tu revés?

Arturo :
Sí.

Chris :
¿Te ha gustado?

Arturo :
Ha sido el punto de set más bonito de toda tu carrera.

22 de enero. Abierto de Australia. Tercera ronda

Arturo :
La sala de ocio del CAR cada día está más abarrotada. Te estamos viendo y animando todos.
Arturo :
Mira, escucha el bullicio.
Arturo :
AUDIO.
Arturo :
Es por ti.

Chris :
A mí solo me importa que me veas y me animes tú.

Arturo :
Te veo y te animo.
Arturo :
Suerte, Chris.



Arturo :
Eres lo puto mejor de este deporte.
Arturo :
¿El cuarto punto del primer juego del tercer set? Pasará a la historia.

Chris :
Se lo he dedicado al chico de la foto.
Chris :
Por cierto, Claire y mi padre te mandan saludos.

Arturo :
Dales un beso de mi parte.

Chris :
Primero tendrás que dármelo tú a mí.

Arturo :
Da un beso a la pantalla del teléfono

Chris :
Se pega el teléfono a la mejilla

Arturo :
Suelta una carcajada

Chris :
Cierra los ojos y sonríe

24 de enero. Abierto de Australia. Cuarta ronda

Arturo :
Última ronda.

Chris :
¿Hoy no me deseas suerte?

Arturo :
Siempre.
Arturo :
Suerte.



Arturo :
¡Chris!
Arturo :
¡Estás en cuartos de final!
Arturo :
Estás jugando mejor que nunca.

Chris :
¿Te estoy gustando?

Arturo :
Me estás flipando.

26 de enero. Abierto de Australia. Cuartos de final

Arturo :
¿Cómo te encuentras?
Arturo :
Te he notado raro en el calentamiento. ¿El hombro?

Chris :
Estoy bien. Te lo prometo.

Arturo :
OK.
Arturo :
Suerte.



Arturo :
Chris. Estás en semifinales.

Chris :
Estoy en semifinales.

28 de enero. Abierto de Australia. Semifinal

Arturo :
Te deseo toda la suerte del mundo.

Chris :
¿Vas a ver el partido?

Arturo :
Cada segundo.
Arturo :
No te imaginas cómo está el CAR. No cabe ni un alfiler en la sala de ocio.
Arturo :
IMAGEN.

Chris :
Estirado y todo, me hago querer.

Arturo :
Eso he oído.



Arturo :
Felicidades.
Arturo :
Estás en la final del Abierto de Australia.
Arturo :
Has sido el mejor jugador del torneo, de largo.

Chris :
:)

30 de enero. Abierto de Australia. Final

Chris está a punto de jugar la final del Abierto de Australia y la sala de ocio vibra de emoción. Hay gente incluso bajo el marco de la puerta y en el pasillo. Allí es por la tarde, pero aquí es temprano por la mañana. Yo he venido dos horas antes y he cogido asiento en primera fila. Podría verlo más tranquilo en mi dormitorio, pero me veo incapaz de renunciar a la pantalla gigante.

—Arturo —me llama Andrés, tocándome el hombro.

—¿Qué?

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Fuera de aquí.

—¿Estás loco? El partido está a punto de empezar.

—Hazme caso y ven.

Andrés me obliga a levantarme y a seguirlo hasta la salida. Yo lo hago a regañadientes porque, a ver, tenía un sitio en primera fila y llevaba dos horas sentado en él. Recorremos el pasillo y llegamos hasta nuestra sala preferida, donde jugamos a rol o a lo que surja. Andrés me sonríe antes de abrir la puerta. Yo frunzo el ceño hasta que entro y veo la pantalla gigante.

—¡Sorpresa! —gritan Aitana, Nicki y Dami.

—¿Y esto?

—La hemos traído para que puedas desfogarte a gusto. Y para que sea más íntimo. Aquí podemos verlo en familia.

—Gracias, chicos —susurro de corazón.

Pero ¡si han traído hasta a René, que viene corriendo a recibirme! Casi estamos todos. Casi. Falta Patrick. Y lo echo de menos al instante. No ha vuelto a dirigirme la palabra desde los últimos mensajes que intercambiamos el día que dejé a Chris en el aeropuerto. Lo primero que hice cuando regresé al CAR fue ir a buscarlo para explicarle lo del tenis, pero me dijo que necesitaba tiempo. Y hasta hoy.

—Ey —exclama Dami, sacándome de mi ensimismamiento—, Lacoste sale ya.

Miro hacia el televisor y veo a Chris saliendo a la pista de color azul del Rod Laver Arena, rodeado de casi quince mil espectadores, con una bolsa colgada en cada hombro. Camiseta negra. Pantalones negros. Y deportivas verdes fosforitas. Brutal.

—Arturo, vigila esa baba, que nos vas a dejar el suelo perdido y no queremos más lesiones.

Ignoro a mi hermano y sigo a Chris durante todo el recorrido hasta su sitio. Deja las bolsas en el banco y coge el teléfono móvil. Se lo lleva a la oreja. El comentarista flipa en colores porque el partido está a punto de empezar, y a mí me suena el teléfono. Se me detiene el corazón. ¿Me está llamando a mí?

—Dime que el pirado de tu novio no te está llamado por teléfono delante de millones de personas justo antes de jugar una final de tenis.

Ignoro a Andrés una vez más. Oh, Dios. Me está llamando a mí. Descuelgo al instante.

—¿Chris?

—*Hola.*

Lo veo a través del televisor hablando por teléfono con la cabeza mirando hacia el suelo mientras da vueltas sobre sí mismo.

—Te estoy viendo por la tele. El partido está a punto de comenzar.

—*Necesitaba escuchar tu voz.*

Se me detiene el corazón por segunda vez.

—Vas a hacerlo genial.

—*¿Me mandas un beso? Un beso de amigos.*

—Mira hacia el cielo. —Veo cómo lo hace. La cámara no ha dejado de enfocarlo en ningún momento. Medio mundo está siendo testigo de cómo Christopher Lacoste habla por teléfono con alguien unos minutos antes de jugar la final del Abierto de Australia—. Está a punto de caerte encima —susurro.

Chris lo coge con la mano, lo encierra en el puño y se lo lleva a los labios. La reacción del público no se hace esperar. La escucho por el teléfono y por el televisor. Se ha vuelto loco. Completamente loco. La gente grita y los flases de las fotos se suceden unas detrás de otras sin descanso. Yo tengo que sentarme. El corazón me va a explotar dentro del pecho.

—*Lo tengo* —susurra—. *Y ahora debo colgar.*

—Suerte.

—*Gracias, tete.*

Guiña un ojo a la cámara y cuelga. Yo tardo unos segundos en reaccionar. Levanto la mirada y veo a mis hermanos, a Nicki y a Dami mirándome fijamente.

—¿Qué? —les pregunto.

—Nada —responden los cuatro al unísono.

Y entonces se abre la puerta y entra Patrick. No dice nada, solo cierra y apoya la espalda en la pared. En un acuerdo tácito, mis hermanos y yo lo dejamos a su aire y no le decimos nada porque no queremos asustarlo. Aunque no se me escapa la sonrisa que comparten él y mi hermana. Hace días que he notado que algo ha cambiado entre ellos. El plan de reconquista va viento en popa. A mí también se me escapa otra sonrisa.

Comienza el partido. Nos sentamos los cinco juntos y no apartamos la vista del televisor. Chasqueamos la lengua al unísono cuando Chris falla y cantamos victoria cuando puntúa. Y casi desde el principio advierto el dolor en el hombro que lo martiriza desde los dieciocho, su velocidad de saque no es la misma y el adversario también lo ve y toma ventaja, pero, por lo demás, todo igual. El mismo juego impresionante de siempre.

Cuatro horas después, Chris se proclama vencedor. Ha ganado el Abierto de Australia por primera vez en su vida y se ha convertido en el número uno en la lista de la ATP. Se lleva las manos a la boca y cae al suelo de rodillas. Sonríe de pura dicha y a mí se me saltan las lágrimas. Se levanta enseguida y se acerca a la red a darle la mano a su adversario. Intercambian cuatro palabras, Chris le da un apretón en la mano al juez de línea y lanza la raqueta por ahí. Entonces levanta los brazos y celebra su victoria por todo lo alto. Está a punto de llorar. El público enloquece y la cámara enfoca al equipo de Chris. Todos se abrazan. Stephan llora. Él va corriendo a encontrarse con su padre, que, junto a Claire, también llora a lágrima viva. El orgullo en cada una de ellas. Chris agarra a su padre del pelo y el señor Lacoste rodea con los brazos el cuello a Chris. La imagen es brutal.

Entonces siento que me abrazan a mí.

—Enhorabuena —me dice Andrés—. Menudo partidazo.

Nicki, Aitana y Dami también me abrazan, todos a la vez. Y luego Patrick, que no se ha separado de la pared en todo el partido.

—Felicidades —me susurra—. Es un fuera de serie. No lo dejes escapar, ¿vale?

—¿Te quedas a celebrarlo con nosotros? —le pregunto.

«Por favor. Siéntate con nosotros. Te echamos muchísimo de menos».

—Otro día. Te lo prometo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vale. Y… ¿Patrick?

—¿Qué?

—Llevo días intentando pedirte perdón por lo del otro día, por contestarte mal y por no contarte lo del tenis, y ahora que te pillo por banda no voy a desperdiciarlo. ¿Me perdonas?

—Sí, Arturo. Te perdono.

Sonreímos y él se marcha. Yo me abrazo a mis hermanos una vez más antes de coger el teléfono. Andrés no pierde de vista la puerta por donde se ha ido Patrick. Le aprieto el hombro con una mano mientras con la otra mando unos mensajes a Chris.

Arturo :
No sé cuándo podrás leer esto, pero…
Arturo :
Enhorabuena.
Arturo :
No te imaginas lo feliz que estoy por ti. Te lo has ganado. Eres el mejor. Brillas, Chris. Brillas como un pez bioluminiscente. Brillas en una pista de tenis. Brillas con luz propia. Brillas tanto que es cegador, pero jamás dejaré de mirarte. Disfrútalo.
Arturo :
Te mando un abrazo de parte de todos.
Arturo :
Y te veo en el CAR.

«Te quiero».

Me saco una foto con René y se la envío.

Arturo :
IMAGEN.

Papá ha añadido a Chris

Papá :
Felicidades, Chris. ¡Eres el número uno!
Papá :
Un partido para recordar.
Papá :
Soy Robert.

Papá Patrick :
¡Enhorabuena!
Papá Patrick :
Has jugado como un número uno y eres un número uno.

Papá Patrick :
Soy Patrick padre.

Andrés :
¿Ya lo habéis adoptado?

Patrick :
Por fin vais a poder hablar de tenis en este grupo de tenis.

El corazón me salta en el pecho cuando veo que Patrick ha contestado justo después de Andrés. Y el corazón de Andrés también salta. Lo noto. Compartimos una mirada de complicidad.

Patrick :
Felicidades, Lacoste. Tienes toda mi admiración.

Arturo :
Te esperamos con los brazos abiertos.

Andrés :
Sí, sobre todo tú.
Andrés :
;)

Le doy un empujón suave en el hombro sin dejar de sonreír.
—Tonto —le digo.
—Tonto tú.
—Bórralo antes de que lo lea Chris.
Ríe.
—Ni de coña.
También entro en el chat que tengo solo con él.

Arturo :
Hoy es un día perfecto para besar a Nicki Miliki.

Y tarareo al mismo tiempo:
—*Love is in the air… Everywhere I look around…*

Andrés :
¡Cállate!

Arturo :
Ni de coña.

Tenis España @RFETenis
El corazón de Christopher Lacoste ya no está solo en el tenis. Las imágenes completas del beso que recibió por teléfono antes de convertirse en el número uno de la ATP.

Punto de Break @PuntoDBreak
Nunca un beso al aire recorrió tan rápido el mundo. Christopher Lacoste es noticia dentro y fuera de la pista.

ATP Tour @ATP_Tour
¿Christopher Lacoste, enamorado?

Reacciones Tenis @ReaccionesATP
El mundo entero llora por la pérdida de Christopher Lacoste como el soltero de oro más codiciado.

Eurosport.es @Eurosport_ES
El épico beso que le concede la victoria definitiva a Christopher Lacoste.

Todo Sobre Tenis @tsobretenis
La noticia que mueve hoy el mundo no es solo que Christopher Lacoste se haya convertido en el número uno del tenis, sino que, además, tenga pareja sentimental. La llamó justo antes de disputarse la final de Australia y recibió un beso a través de su teléfono.

Tiempo de Tenis @Tiempodetenis1
¿Quién será la misteriosa persona que le ha robado el corazón a nuestro tenista más frío y calculador de la ATP?

Revista ¡HOLA! @hola
La reacción de Christopher Lacoste ante el romántico beso que recibe antes de su gran partido, paso a paso.

Mundo Deportivo @mundodeportivo
Christopher Lacoste y su beso épico.

32: «Esto es confraternizar a lo grande con un alumno»

NICKI

Con la adrenalina aún en el cuerpo observo el intercambio de gestos y sonrisas entre Andrés y Arturo sin que ellos sean conscientes. ¿Qué andarán escribiendo en los teléfonos? Sea lo que sea, que no acabe nunca. Que el día de hoy no acabe nunca.

Arturo se levanta de pronto, coge a René, rodea el hombro de Dami, se despide de todos y se alejan juntos. Aitana me guiña un ojo y se va con ellos. Toda mi atención se centra en Andrés, como siempre que él se encuentra cerca. Hace tiempo que dejé de mentirme a mí misma.

Está recostado en una de las sillas y tiene los pies apoyados en otra. No deja de escribir en el teléfono hasta que levanta la mirada y se encuentra con mi escrutinio. Le brillan los ojos y la sonrisa. Y yo me derrito por dentro.

—¿Qué? —me pregunta con chulería.

—¿Qué? —respondo con la misma actitud.

Se encoge de hombros y yo lo veo, ahí, tan pagado de sí mismo y tan bonito que lo único que se me ocurre es acercarme, pasar una de mis piernas por encima de las suyas y sentarme en su regazo. Y rodearle el cuello con los brazos. De cerca es aún más bonito. Le toco la mejilla con un dedo y lo arrastro por su cara. Qué gesto más insignificante, ¿verdad? Pero qué potente al mismo tiempo. Él se mueve para acomodarme y me abraza por la cintura.

—¿Qué? —repito.

—¿Qué? —responde con una sonrisa tan grande y poderosa que podría hacernos volar.

Y yo lo beso. Me lanzo a su boca y juro que los pulmones se me llenan de aire y el corazón de vida cuando mis labios por fin tocan los suyos. Ya no sé quiénes somos, si los Nicki y Andrés del pasado, que se conocen como la palma de la mano, o los de ahora, que juegan a ser dos desconocidos. Quizá este beso nos ha fundido en una nueva especie. No lo sé. Lo único que sé es que besarlo cuando sonríe y notar su sonrisa en la boca es mejor que nadar. Dios, es mejor que nadar.

Andrés afianza su agarre en mi cintura y me mete la lengua en la boca, que enseguida se encuentra con la mía. Sabe al refresco de cola que acaba de beber y a él. Gimo y aprieto mis caderas contra las suyas. Noto su excitación a través de sus pantalones de chándal y la busco. Me coloco justo encima. Él baja los pies al suelo y profundiza el beso. Yo no dejo de moverme. También podría besarlo así hasta la eternidad. Y frotarme así contra él hasta la eternidad. Podría correrme así, como si fuéramos un par de adolescentes, pero ahora me muero por hacer otra cosa.

Me separo de él y me bajo de su regazo. Me agacho, me pongo de rodillas y le bajo los pantalones. No lleva ropa interior. Oh, Dios. Me encanta tener a Andrés así. Me encanta poder besarlo por todo el cuerpo y hacerle el amor con cada fibra de mi ser y que él gima y se deshaga en mil pedazos. Me meto su erección en la boca y aprieto los dedos contra sus caderas. Él empuja hacia mi garganta y yo me enciendo aún más. Lo miro a los ojos. Tiene los suyos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, pero debe de sentir mi mirada porque los abre y nos damos de bruces. Está tan consumido por el placer que ahora mismo sería incapaz incluso de soltar una de sus bobadas. Me río por dentro.

—Joder, ¿de qué te ríes?

O quizá no tanto por dentro. Dejo de hacerle el amor con la boca y continúo con las manos.

—Te reto a decir alguna de tus payasadas.

—¿Qué? Dios, no pares.

Vuelvo a meterme su erección en la boca sin separar mis manos de ella y sin dejar de sonreír y él gime con más fuerza que nunca.

—Nicki. Nicki, voy a correrme.

Me vengo arriba y no dejo que salga de mi boca.

—Nicki…

Andrés se corre y yo no lo hago con él de milagro. Me ayuda a incorporarme y me besa, me mete la lengua hasta la garganta y se saborea a sí mismo. Creo que vuelve a excitarse porque lo siguiente que noto es que me coge en volandas y que mi espalda choca con algo. ¿Con una mesa? Andrés me quita los pantalones y la ropa interior, se lleva las deportivas por delante, coloca mis piernas sobre sus hombros y mete la cabeza dentro. Y la lengua, que va directa al clítoris como solo él sabe hacerlo. Tan suave. Tan perfecto. Ahora la que grita soy yo. Andrés me agarra de los muslos y yo sin dejar de mirar hacia el techo cojo su cabeza con una mano, subo las rodillas y le aprieto la cabeza. Le agarro el pelo, tiro y me corro. Creo que no me había corrido tan rápido en toda mi vida. Andrés sigue acariciándome con su lengua, yo veo su cabeza entre mis muslos y vuelvo a excitarme. ¿Voy a correrme otra vez? Oh, Dios. Cierro los ojos y disfruto de la sensación hasta que me doy cuenta de que lo que más me excita es verlo ahí abajo. Por eso vuelvo a abrir los ojos. Comienzo a gemir.

—Voy a correrme otra vez.

Y ya sé que su boca está en mi clítoris y que no puedo verla, pero lo noto sonreír. Hasta lo oigo sonreír.

—Andrés…

Vuelvo a correrme. Vuelvo a subir al cielo y a tocar las estrellas. Siempre es así con él. Después caigo rendida en la mesa, creo que estoy en una mesa, y Andrés se tumba a mi lado. Giramos las cabezas y nos miramos a los ojos. Reímos.

—Esto es confraternizar a lo grande con un alumno —me dice.

Rompo a reír a carcajadas. Dios, cómo lo quiero.

—Me ha encantado besarte —respondo—. Me ha flipado besarte, Andrés.

Me acerco a él y le doy un beso tierno en los labios antes de bajarme y vestirme. Una cosa es que no esté prohibido que Andrés y yo confraternicemos y otra que entre alguien y nos encuentre de esta guisa.

—Ha sido un placer, entrenadora —me susurra al oído, detrás de mí, mientras se coloca bien los pantalones. Se me pone el vello de punta y me giro.

—Quizá te deje repetir otro día.

—¿Sí? —pregunta fingiendo estar esperanzado.

—Dale las gracias a esa boquita que Dios te ha dado.

Sonríe, pero entonces recuerda algo y frunce el ceño.

—¿A qué te referías con eso de «te reto a decir alguna de tus payasadas»?

—Pues justo eso, que la próxima vez que estés a punto de correrte te reto a que me recites la canción del Equipo A o alguna de esas frases tuyas tan épicas. A ver si eres capaz.

—Trato hecho, entrenadora. La próxima vez…

Rompo a reír a carcajadas otra vez, abandonamos juntos la sala de ocio, nos separamos para ir cada uno a nuestro entrenamiento, no sin un pico rápido en los labios, y justo entra un mensaje en el Senticar.

FELICIDADES DE PARTE DEL CAR, LACOSTE. PARTIDAZO

@JULIA.TARRÉS

Y no puedo evitar contestar.

Y UN ABRAZO ENORME DE PARTE DEL EQUIPO DE ENTRENADORES
PD: ESTOY SUPERORGULLOSA DE TI

@NICKI.MONTESERIN

No puedo evitar contestar yo ni medio CAR.

TIENES AL EQUIPO DE HOCKEY REVOLUCIONADO. EST AMOS TODOS DESEANDO TENERTE DE VUELTA POR AQUÍ. ENHORABUENA

@JULIÁN.ALCALÁ

ESTOY: ENAMORADA

@MIRIAM.BARRANCO

Y YO: ENAMORADO

@MANU.CARRERA

ENHORABUENA, LACOSTE. CREO QUE ES LA PRIMERA VEZ QUE QUIERO VER POR SEGUNDA VEZ UN PARTIDO DE TENIS. ME LO TRAGARÍA ENTERO
PD: JULS, TU EQUIPO DE HOCKEY VIVE REVOLUCIONADO

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿QUÉ ES LO QUE TE TRAGARÍAS ENTERO, MONTAÑO?

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

ME TRAGARÍA ESA BOCAZA QUE TIENES, SCHMIDHEINY

@CRISTIAN.MONTAÑO

NO TIENES SUFICIENTE BOCA TÚ PARA TRAGARME. ;)

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

¡¡CÁLLATE, ELLIOT!!

@JULIÁN.ALCALÁ

100

@BENJI.MARTÍN

100 100

@KAILYN.ASTON

100 100 100

@ÁLVARO.STCLAIRE

DE TODAS FORMAS, NO TE ENAMORES, MONTAÑO, QUE, POR LO QUE HEMOS VISTO, LACOSTE YA ESTÁ COGIDO

@ISIDRO.GIMENEZ

¡NO ESTOY ENAMORADO DE LACOSTE!

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿ALGUIEN MÁS ESTUVO A PUNTO DE DESMAYARSE CUANDO COGIÓ EL BESO DEL CIELO Y SE LO LLEVÓ A LOS LABIOS? ¡PIERNAS DE GELATINA!

@ÁNGELES.ALEMANY

YO

@CARMELA.BAÑOS

YO

@NICKI. MONTESERIN

YO

@AITANA.CLARAMUNT

YO

@CORAL.MAZA

YO

@MARGARITA.DONAIRE

YO

@ANA.TEJERO

YO

@REBECA.MONTESINOS

YO

@FRANCISCO.SEVILLANO

YO

@DORITA.AROCA

YO

@ANA.CANALS

YO

@OCTAVIA.ROBLES

YO

@SANTIAGO.ABAD

YO

@KAILYN.ASTON

YO

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

YO

@ÁLVARO.STCLAIRE

YO

@BENJI.MARTÍN

YO

@SILVIA.TAPIA

YO

@ESTRELLA.POL

YO

@MARÍAPILAR.DONOSO

YO

@NACHO. BAYO-VALLÉS

YO

@LEYRE.SASTRE

YO

@PATRICK.VILLARDEFIGUEROA

NOS DAMOS POR ALUDIDOS. QUE VAIS A BLOQUEAR EL SENTICAR, JODER

@VICTOR.CAÑAS

ESTA CONVERSACIÓN YA LA HEMOS TENIDO. JUSTO UN SEGUNDO DESPUÉS DE QUE LACOSTE RECIBIERA EL BESO DELANTE DE MILLONES DE ESPECTADORES EN TODO EL MUNDO

@ZACARÍAS.FERRARA

BLOQUEO DE CUENTA EN 3…

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

DOS…

@BENJI.MARTÍN

UNO…

@ÁLVARO.STCLAIRE

@VICTOR.CAÑAS HA SIDO BLOQUEADO POR USO DE PALABRA MALSONANTE. COMUNÍQUESE CON ADMINISTRACIÓN, POR FAVOR

NO PUEDO CON EL EQUIPO DE HOCKEY. ME SUPERAN

@CRISTIAN.MONTAÑO

;)

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

¡VIVA LACOSTE!

@CEBRIÁN.PUNSET

AQUÍ CADA UNO A LO SUYO…

@MATÍAS.LOZANO

Llego a la piscina sin dejar de sonreír. Hoy está siendo un día muy bonito y eso que ni siquiera he nadado.



Once días después

¡GENTE, ABRO HILO!
¡PATRICK HA DECLARADO POR FIN SU AMOR POR ARTURO CLARAMUNT!
¡MUERO DE EMOCIÓN!

@SANDRA.MOLINA

¿Que Patrick qué?

33: «Un caballito de mar puede atacar en un milisegundo»

ARTURO

Unos minutos antes…

PARTIDA DE BOLOS CLANDESTINA EN LA BOLERA. ¿QUIÉN SE APUNTA?

@ÁLVARO.STCLAIRE

MENOS MAL QUE HAS ESPECIFICADO QUE LA PARTIDA DE BOLOS ES EN LA BOLERA

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿¿CLANDESTINA??

@TADEO.JENARO

PODRÍAMOS ORGANIZAR UNA COMPETICIÓN

@BENJI.MARTÍN

JUGAR A LOS BOLOS SIEMPRE ES UNA COMPETICIÓN

@DORA.VALENCIA

Y QUE EL GANADOR SE LLEVE UN PREMIO GORDO

@BENJI.MARTÍN

OS ESCUCHO, NIÑATOS

@VANESA.ARIÑO

¿QUÉ PREMIO?

@CECILIA.MARCO-CANET

REPITO: ¿¿CLANDESTINA??

@TADEO.JENARO

SÍ, CLANDESTINA. ¿NO OS HABÉIS DADO CUENTA DE QUE ESTOS MENSAJES NO APARECEN EN LAS PANTALLAS DEL SENTICAR? SOLO EN VUESTROS TELÉFONOS. Y SOLO A DEPORTISTAS. HEMOS ELIMINADO ADMINISTRACIÓN, ENTRENADORES, ETC… AH, Y A PATRICK VILLAR DE FIGUEROA

@ÁLVARO.STCLAIRE

¿¿CÓMO LO HABÉIS HECHO??

@DESIDERIO.ROMÁN

UN MAGO NUNCA DESVELA SUS SECRETOS

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

HABLÓ EL MAGO POP

@PANCHO.DELPINEDO

¿Y CÓMO VAMOS A COLARNOS EN LA BOLERA?

@FLAVIO.GOMILA

YA LO TENEMOS CUBIERTO

@ÁLVARO.STCLAIRE

NO PUEDO CON LOS NIÑATOS DE CATORCE AÑOS DE HOCKEY. ¿CÓMO LO HAN HECHO?

@CRISTIAN.MONTAÑO

QUINCE. YA TENEMOS QUINCE, MAJO. ;)

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

TÚ TIENES QUINCE, SEÑOR ENERO

@KAILYN.ASTON

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO, RUBIA

@BENJI.MARTÍN

ME HAS QUITADO LAS PALABRAS DE LA BOCA, PUMBA

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

ME AGOTAN

@CRISTIAN.MONTAÑO

MONTAÑO, ¿TE APUNTAS O NO?

@ÁLVARO.STCLAIRE

POR SUPUESTO QUE ME APUNTO

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿QUÉ OS HA HECHO FIGUEROA, POR CIERTO?

@NÉSTOR.TOMÉ

SER AMIGO ÍNTIMO DE JULIÁN. NO PODEMOS ARRIESGARNOS

@BENJI.MARTÍN

NO QUEREMOS QUE SE VAYA DE LA LENGUA…

@KAILYN.ASTON

POR ESA REGLA DE TRES, TENDRÍAIS QUE HABER SACADO A ANDRÉS CLARAMUNT TAMBIÉN. ESTÁ SUPERLIADO CON NICKI

@NÉSTOR.TOMÉ

TARDE…

@KAILYN.ASTON

QUE SE ENTERE LA ENTRENADORA ES UN MAL MENOR…
NO HABÉIS VISTO A JULIÁN ENFADADO… ES BRUTAL

@ÁLVARO.STCLAIRE

SE OS NOTA A LEGUAS EL TERROR QUE LE TENÉIS, SÍ…

@ESTHER.ACUÑA

LO VEMOS A DIARIO…

@ÁNGEL.SANTANA

¿ST. CLAIRE NO ES DEL EQUIPO DE NATACIÓN JUVENIL?

@TADEO.JENARO

NO PREGUNTES…

@VALERÍA.ARIÑO

Y METED A FIGUEROA, NIÑATOS

@CRISTIAN.MONTAÑO

ESTÁ BIEN, PERO BAJO VUESTRA RESPONSABILIDAD

@ÁLVARO.STCLAIRE

SI SE CHIVA, VUESTRO PROBLEMA ES

@BENJI.MARTÍN

OK, YODA

@MARÍA.PERERA

HECHO

@BENJI.MARTÍN

JUSTO LO TENGO ENFRENTE. A FIGUEROA, DIGO. ACABA DE COGER EL TELÉFONO

@SEBAS.JARA-RINCÓN

TRES…

@ÁLVARO.STCLAIRE

DOS…

@KAILYN.ASTON

UNO…

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

ESTO ES LA VIDA EN DIRECTO Y LO DEMÁS SON TONTERÍAS

@TADEO.JENARO

¿QUÉ ES ESTO?

@PATRICK.VILLARDEFIGUEROA

UNA PARTIDA CLANDESTINA DE BOLOS

@ÁLVARO.STCLAIRE

¿POR QUÉ NO APARECEN LOS MENSAJES EN EL SENTICAR?

@PATRICK.VILLARDEFIGUEROA

;)

@ÁLVARO.STCLAIRE

<u>REENVIADO</u> : METED A FIGUEROA, NIÑATOS
¿ME HABÉIS AÑADIDO A ÚLTIMA HORA?

@PATRICK.VILLARDEFIGUEROA

PUMBA, ¿LO HAS AÑADIDO CON ACCESO AL HISTORIAL DE MENSAJES?

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

UPSSS

@BENJI.MARTÍN

NO PUEDES DECIRLE NADA A JULIÁN. JÚRALO POR LO QUE MÁS QUIERAS

@KAILYN.ASTON

JÚRALO, FIGUEROA

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

NO SON DRAMÁTICOS NI NADA LOS NIÑATOS…

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿Y CÓMO SABEMOS QUÉ ES LO QUE MÁS QUIERE FIGUEROA?

@SELENA.INIESTA

EL PARKOUR

@LUCAS.AGUDO

A LOS CLARAMUNT

@CLOE.VILLAVERDE

A ANDRÉS CLARAMUNT

@ALONSO.PELAEZ

A ARTURO CLARAMUNT. SE ENROLLARON EN LOS BAÑOS

@LEONARDO.RODRIGO

DECRETAMOS DESPUÉS DE NAVIDADES QUE ESO HABÍA SIDO UN BESO FALSO PRODUCTO DE ALGUNA APUESTA BARRA RETO

@SANDRA.MOLINA

¿EN SERIO?

@LEONARDO.RODRIGO

29.384 SENTICARS LO ATESTIGUAN

@SANDRA.MOLINA

NI UNO MÁS, NI UNO MENOS. LO HE COMPROBADO

@CRISTIAN.MONTAÑO

ME LOS PERDÍ

@LEONARDO.RODRIGO

¿DÓNDE ESTABAS? ¿EN OTRA GALAXIA?

@ELI.LLORET

HUBO VOTACIÓN OFICIAL Y TODO

@SANDRA.MOLINA

¿QUÉ DIA FUE? ¿QUIZÁ ME PILLÓ EL DÍA QUE ESTUVE CON MONONUCLEOSIS?

@LEONARDO.RODRIGO

A VER, QUE NOS DESVIAMOS…

@VICTOR.CAÑAS

QUÉ FORMALITO TE VEO, VICTOR. ¿CUÁNTO TIEMPO TE BLOQUEARON LA CUENTA POR AQUELLA PALABRITA MALSONANTE QUE SE TE ESCAPÓ?

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

<u>REENVIADO</u> : ME AGOTAN

@VICTOR.CAÑAS

FIGUEROA NO HA HECHO EL JURAMENTO. NO PODEMOS SEGUIR ADELANTE. NOS JUGAMOS MUCHO

@BENJI.MARTÍN

LO JURO POR ARTURO CLARAMUNT

@PATRICK.VILLARDEFIGUEROA

¡LO SABÍA!

@NICO.DIEGO

100

@ÁLVARO.STCLAIRE

100 100

@KAILYN.ASTON

100 100 100

@BENJI.MARTÍN

100 100 100 100

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

NO ABRÁIS HILO AQUÍ COMENTANDO LA JUGADA, POR FAVOR. QUE

NOS ETERNIZAMOS. ¿HAY PARTIDA O NO HAY PARTIDA?

@VICTOR.CAÑAS

¡ABRO HILO EN SENTICAR OFICIAL!

@SANDRA.MOLINA

¡POR FAVOR!

@ÁFRICA.VELLIDO

FORMAD EQUIPOS DE TRES PARA LO DE LOS BOLOS Y MANDADME AL CORREO

@BENJI.MARTÍN

¿CUÁNTOS EQUIPOS PODEMOS CREAR?

@CLOE.VILLAVERDE

HAY QUINCE PISTAS EN LA BOLERA, ASÍ QUE QUINCE

@KAILYN.ASTON

LOS QUINCE PRIMEROS QUE MANDÉIS EL CORREO A BENJI ESTÁIS DENTRO

@ÁLVARO.STCLAIRE

VOY

@LEONARDO.RODRIGO

VOY

@SEBAS.JARA-RINCÓN

VOY

@SELENA.INIESTA

VOY

@LUCAS.AGUDO

VOY

@ALMA.AGUADO

LO PILLAMOS, ¿¿OKKK??

@VICTOR.CAÑAS

POR DIOS…

@ELI.LLORET

NO MANDÉIS MÁS, TENEMOS LOS QUINCE EQUIPOS

@BENJI.MARTÍN

¿¿YA?? QUÉ VELOCIDAD. ¡NO ME HA DADO TIEMPO NI A LEER QUIÉNES ÉRAIS LOS DE VOY VOY VOY!

@AROA.MORILLO

SE LLAMA MANIOBRA DE DISTRACCIÓN

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

¡QUÉ FUERTE!

@CLARA.DELFOLCH

POR AQUÍ ME LLAMAN ELLIOT. ;)

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

<u>REENVIADO</u> : ME AGOTAN SOBRE TODO, SCHMIDHEINY

@CRISTIAN.MONTAÑO

VALE. AQUÍ VAN LOS EQUIPOS GANADORES. NOMBRO UNO DE LOS TRES PARTICIPANTES PARA QUE OS RECONOZCAIS:
HOCKEY HIELO. YO (BENJI MARTÍN)
NATACIÓN JUVENIL. ÁLVARO ST. CLAIRE
NATACIÓN ADULTO. ELVIRA SANTIMAMIÑE
SINCRONIZADA. RUTH FEIJOO
VOLEIBOL. ALMA AGUADO
ATLETISMO. CRISTIAN MONTAÑO
TAEKWONDO. VICTOR CAÑAS
GIMNASIA RÍTMICA. ÁFRICA VELLIDO
TIRO CON ARCO. LUCAS AGUDO
HALTEROFILIA. SANTOS MURO
ESGRIMA. JOSÉ MANUEL CARBÓ
TENIS MESA. MARC DE TORRIJOS
BALONMANO. FRANCISCO BUSQUETS
SALTOS. AITANA CLARAMUNT
TENIS. ARTURO CLARAMUNT

@BENJI.MARTÍN

Y AHORA… HABLEMOS DEL PREMIO PARA EL EQUIPO GANADOR

@JOSÉMANUEL.CARBÓ

¿EQUIPO? NO. SOLO UN GANADOR

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

¿Y CÓMO LO HACEMOS?

@MARC.DETORRIJOS

FÁCIL. LA PERSONA QUE CONSIGA EL PUNTO GANADOR DEL EQUIPO GANADOR SERÁ EL GANADOR FINAL

@ÁLVARO.STCLAIRE

¿EL PREMIO ES ECONÓMICO? ¿EN PLAN PAGARLE UNA CENA O ALGO?

@JESSICA.LLUCH

QUÉ FLOJO

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

A VER, SEÑOR AVENTURERO, ¿TÚ QUÉ PROPONES?

@JESSICA.LLUCH

ALGO MÁS INTERESANTE. ALGO QUE SEA DIFICIL DE CONSEGUIR…

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

NO VAMOS A AYUDARTE A PERDER LA VIRGINIDAD, NIÑATO

@CRISTIAN.MONTAÑO

HE DICHO ALGO DIFICIL DE CONSEGUIR. PARA PERDER LA VIRGINIDAD PUEDO DARTE UN PAR DE CONSEJITOS. DE GRATIS. POR SER TÚ

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

TENGO VEINTICUATRO AÑOS, NIÑATO

@CRISTIAN.MONTAÑO

NO TE PONGAS MÁS EN EVIDENCIA…

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

ME REFIERO A QUE NO SOY VIRGEN

@CRISTIAN.MONTAÑO

LO QUE TÚ DIGAS…

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

CÓMO ECHO EN FALTA EN ESTE CHAT LOS «CÁLLATE, ELLIOT» DE JULS

@CRISTIAN.MONTAÑO

TE PONEN COSAS MUY RARAS, TÍO

@BENJI.MARTÍN

¡NO ME PONE! ME REFIERO A QUE ME GUSTA QUE LE CIERREN LA BOCAZA AL NIÑATO

@CRISTIAN.MONTAÑO

LO ESTÁS MEJORANDO…

@ÁLVARO.STCLAIRE

DIOS, NO LOS AGUANTO

@CRISTIAN.MONTAÑO

A VER, QUE NOS DESVIAMOS DEL TEMA OTRA VEZ…

@VICTOR.CAÑAS

ESTÁBAMOS HABLANDO DEL PREMIO. DE DARLE AL GANADOR ALGO DIFICIL DE CONSEGUIR

@SANTOS.MURO

¡UN BESO! UN BESO DE LA PERSONA QUE MÁS LE GUSTE

@RUTH.FEIJOO

ESO LO DEJARÍA CON EL CULO AL AIRE

@RAFAEL.LUQUE

DE ESO SE TRATA, ¿NO? ¿OTRO VIRGEN EN LA SALA?

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

100

@BENJI.MARTIN

100 100

@KAILYN.ASTON

100 100 100

@ÁLVARO.STCLAIRE

SIN COMENTARIOS…

@CRISTIAN.MONTAÑO

¿Y UN BESO ALEATORIO?

@FORTUNATA.SEGOVIA

¿UN BESO ALEATORIO CLANDESTINO EN UNA PARTIDA DE BOLOS CLANDESTINA? ¡ME GUSTA!

@MARÍACRISTINA.LOSADA

¡Y A MÍ!

@JESSICA.LLUCH

¡Y A MÍ!

@NICO.DIEGO

¡Y A MÍ!

@SELENA.INIESTA

¡Y A MÍ!

@LUCAS.AGUDO

¡Y A MÍ!

@DAMIÁN.MURNUAIS

YA ESTAMOS OTRA VEZ…

@VICTOR.CAÑAS

POR DIOS…

@ELI.LLORET

ME VAIS A PROVOCAR UNA ÚLCERA

@VICTOR.CAÑAS

ESPERAD. LO TENGO
¿UN BESO DE LACOSTE?
AHORA MISMO ES UNA DE LAS PERSONAS MÁS DESEADAS DEL PLANETA. Y LO TENEMOS EN EL CAR

@ELI.LLORET

OSTRAS. ME APUNTO

@MANU.CARRERA

DE CABEZAAAAAAA

@MIRIAM.BARRANCO

PERO QUÉ BUENAAA

@PALMIRA.RAMIREZ

DECIDME HORA Y LUGAR

@RUTH.FEIJOO

¿LA QUE HA DICHO «DE CABEZAAAA» NO ES DEL EQUIPO DE NATACIÓN? QUÉ MÁQUINA. CÓMO CUSTOMIZÁIS

@ALONSO.PELAEZ

ME DESMAYO SOLO DE PENSARLO

@SELENA.INIESTA

<u>REENVIADO</u> : OSTRAS. ME APUNTO

@KAILYN.ASTON

REENVIADO : OSTRAS. ME APUNTO

@JESSICA.LLUCH

REENVIADO : OSTRAS. ME APUNTO

@ELLIOT.SCHMIDHEINY

REENVIADO : OSTRAS. ME APUNTO

@ÁLVARO.STCLAIRE

REENVIADO : OSTRAS. ME APUNTO

@BENJI.MARTÍN

REENVIADO : OSTRAS. ME APUNTO

@MARÍACRISTINA.LOSADA

NO OS VOLVÁIS LOCOS/AS, POR FAVOR OS LO PIDO. LACOSTE NO VA A ACEPTAR.

@VICTOR.CAÑAS

PARA QUE NO PETEMOS LOS MENSAJES, HE CREADO UN EXCEL Y LO HE SUBIDO A CARPETAS COMPARTIDAS DEL CAR. ENTRAD Y VOTAD

@BENJI.MARTÍN

QUÉ CHICO MÁS EFICIENTE

@RAFAEL.LUQUE

EFICIENCIA LA QUE TENÉIS QUE DEMOSTRAR VOSOTROS. ELIMINAMOS LA CARPETA EN CINCO MINUTOS

@ÁLVARO.ST.CLAIRE

EN SERIO. NO PUEDO CON EL EQUIPO DE HOCKEY HIELO

@CRISTIAN.MONTAÑO

INSISTO. ¿ST. CLAIRE NO ES DE NATACIÓN?

@TADEO.JENARO

AQUÍ CADA UNO A LO SUYO… NO ENTIENDO CÓMO LLEGAMOS A ALGO

@MATÍAS.LOZANO

¿ES LA CARPETA QUE SE LLAMA «VOTACIONES PARA PINTAR EL HIELO DE LA PISTA DE HOCKEY DE COLOR NEGRO Y HACERLA DESCAPOTABLE»?

@FERMÍN.DÍEZ

¡CORRECTO!

@ÁLVARO.STCLAIRE

VOY

@FERMÍN.DÍEZ

VOY

@ALMA.AGUADO

VOY

@LEONARDO.RODRIGO

VOY

@SEBAS.JARA-RINCÓN

VOY

@SELENA.INIESTA

VOY

@LUCAS.AGUDO

ME QUITÁIS LAS GANAS DE VIVIR

@VICTOR.CAÑAS

¿CÓMO VAN ESAS VOTACIONES?

@JESSICA.LLUCH

QUÉ NERVIOS

@MIRIAM.BARRANCO

INSISTO. LACOSTE NO VA A ACEPTAR. ESTAMOS PERDIENDO EL TIEMPO

@VICTOR.CAÑAS

ESTAMOS HACIENDO RECUENTO

@BENJI.MARTÍN

LO TENEMOS

@ÁLVARO.STCLAIRE

QUÉ NERVIOS

@MIRIAM.BARRANCO

¡HA SALIDO QUE SÍ!

@KAILYN.ASTON

¿EN SERIO?

@VICTOR.CAÑAS

HABÉIS VOTADO QUE SÍ LOS EQUIPOS COMPLETOS DE NATACIÓN ADULTO, SINCRONIZADA, RÍTMICA, VOLEIBOL Y SALTOS Y PARTE DE LOS EQUIPOS DE NATACIÓN JUVENIL, TAEKWONDO, TIRO CON ARCO, ESGRIMA Y HALTEROFILIA

@BENJI.MARTÍN

ESTOY FLIPANDO

@VICTOR.CAÑAS

AH, Y EN LOS EQUiPOS DE HOCKEY HIELO Y TENIS TAMBIÉN GANA EL SÍ POR UNANIMIDAD

@BENJI.MARTÍN

¿TENIS? ¿EN SERIO?

@VICTOR.CAÑAS

¿LOS CLARAMUNT QUIEREN BESAR A LACOSTE?

@MARÍACRISTINA.LOSADA

SIP. Y SALTOS. LA TRIPLE A AL COMPLETO

@BENJI.MARTÍN

PAGARÍA POR VERLO. ESTOY POR DEJARLOS GANAR, NO OS DIGO MÁS

@MARÍACRISTINA.LOSADA

Y YO

@LEONARDO.RODRIGO

Y YO

@SEBAS.JARA-RINCÓN

Y YO

@SELENA.INIESTA

Y YO

@LUCAS.AGUDO

COMO ENTRE JULIA DE CASUALIDAD AL EXCEL Y VEA LA CANTIDAD DE GENTE QUE HA VOTADO QUE SÍ A LO DE LA PISTA DE HIELO VA A FLIPAR

@FERMÍN.DÍEZ

AHORA SOLO FALTA QUE LACOSTE ACEPTE

@MIRIAM.BARRANCO

POR ENÉSIMA VEZ, ¡NO VA A ACEPTAR! ESTAMOS PERDIENDO EL TIEMPO

@VICTOR.CAÑAS

ACEPTO

@CHRISTOPHER.LACOSTE

SE LE CAE LA MANDÍBULA AL SUELO

@VICTOR.CAÑAS



Son las dos de la mañana. Las puertas de la bolera nos las ha abierto de extranjis el hijo adolescente del dueño, que es colega del equipo de *hockey* ; las luces las han encendido en visión nocturna, todo es de color morado y rosa fosforito, incluso las pistas; somos cuarenta y cinco jugadores, pero aquí hay más de doscientas personas; un chaval menor de edad sirve de estraperlo bebidas alcohólicas detrás de la barra del bar y yo tengo un nudo en el estómago que apenas me deja respirar. No es por la ilegalidad de la situación, que tela marinera. Es de pura excitación. Y Chris ni siquiera está aquí. Se supone que hoy llegaba al CAR, pero después de dejarnos a todos con la boca abierta con una sola palabra no ha dado señales de vida.

Y aquí estoy yo, disputando una competición de bolos por un beso suyo. La cabeza la tengo dividida entre la cordura y el deseo. No es que se me den bien los bolos. De todas formas, sería un beso casto. Un pico. Algo rápido. ¿No? No es que fuera a tirarme encima de él delante de cientos de personas en cuanto sus labios tocaran los míos. Me entra un escalofrío solo de pensarlo.

Arturo, contrólate. Sois amigos. Solo amigos.

Me toco el corazón. Está acelerado. Chris me acelera el corazón y ni siquiera está aquí.

Me concentro en el problema más inmediato que nos ocupa: los equipos. Nos dijeron que nos juntáramos de tres en tres, Aitana se lo pasó por el forro y aquí andamos ahora, discutiendo.

—*Se supone que eran equipos de tres personas. Y en saltos solo está Aitana Claramunt.*

—¿Qué tiene que decir el niñato organizador al respecto?
—No conté, ¿OK? Sucedió todo muy rápido.
—Muy bien, niñato, muy bien. ¿Los goles que metes en portería los cuentas?
—Eh, a mi colega no le hables así.
—Al final la tenemos, lo veo venir.
—Desquitaos en la partida de bolos.
—¿La partida de bolos mal organizada, dices?
—Esto nos pasa por dejar que los niñatos de catorce nos organicen la vida.
—Quince.
—Ahora no, Elliot.
—Venga, que no tenemos toda la noche. ¿Qué hacemos con el equipo descompensado?
—Compensarlo. Aquí hay más gente que en la final de Lacoste en Australia.
El corazón vuelve a acelerárseme por la mención de su nombre.
—Pero no hay nadie de saltos.
Me ha robado el pensamiento.
—¿Qué más da?
Uy, lo que ha dicho.
—Que los equipos están organizados por deportes.
¡Exacto!
—Cuánto TOC hay en este centro.
Yo no me escondo.
—Me agotáis.
—Yo decía en serio lo de la úlcera.
—Cada vez que alguien nombra a Lacoste, juro que me pongo nerviosa.
Justo.
—Y yo.
—Y yo.
—Y yo.
Y yo.
—¿Podemos ir todos a una, aunque solo sea por hoy, por favor?
—La culpa es de los niñatos, como siempre.
—¿Siempre? Apenas llevan seis meses en el centro.
—¿Solo? Dios, parece toda una vida.
—¿Podemos seguir con el asunto del equipo de saltos, por favor?
—¿Ese no es Figueroa?
—Ostras, sí.
—Joder, ni recién caído del cielo.

¿Patrick? Sigo la mirada de mis compañeros y lo veo entrar. O lo veo discutir con otro adolescente que custodia la puerta (creo que es el sobrino del dueño de la bolera, colega también del equipo de *hockey*) hasta que alguien grita «¡déjalo pasar!». Echa un vistazo general al ambiente y nos ve, pero no nos saluda. Aún no hemos vuelto a ser los mismos y cada día lo echo más de menos. Cruzo una mirada con Andrés y Aitana. Ellos también lo echan de menos. Les falta el aire sin él alrededor. Hay piezas que necesitan estar unidas para que tengan sentido. Las columnas, las vigas y los tensores por sí mismos no dicen demasiado, pero juntos pueden gritar «casa» en voz alta. Los Claramunt sin los Figueroa no estamos completos. Y nosotros tres sin Patrick no somos nada. Ni queremos serlo.

—*¡Eh! ¡Figueroa!*

Patrick se acerca al corrillo que hemos formado cerca de una de las pistas.

—¿Qué? —responde desganado.

—*Aitana está sola en el equipo de saltos. ¿Te apuntas?*

Patrick no parece muy convencido.

—*Seguirían siendo dos.*

—*Vamos poco a poco, ¿OK?*

—O puedo moverme yo al equipo de mis hermanos —sugiere Aitana—. Lo de perder lo llevo fatal.

—*Pero entonces descompensaríamos el tenis. Seríais cuatro. Y Patrick se quedaría solo.*

—Gracias por eso, Claramunt —le dice Patrick a mi hermana. Pero se lo dice en plan jocoso. Y yo me centro en ellos. Solo en ellos. ¿Están tonteando?

—Siempre a tus pies, Figueroa.

¡Sí! Están tonteando. Cruzo otra mirada con Andrés.

—Yo puedo jugar con Patrick —añade Dami.

—*Me estáis liando los equipos.*

Y a mí me estáis machacando el TOC. Estoy a punto de abrir la boca, ¡no podemos mezclar deportes!, pero Andrés, a mi lado, me la cierra con la mano sin dignarse a mirarme, la vista fija en nuestros compañeros del corrillo.

—Ni una palabra, Arturo —susurra—. Queremos a Aitana en nuestro equipo y nos importa una mierda que se mezclen los deportes, ¿OK?

Asiento con la cabeza, nada convencido.

—*Esto es un desastre.*

—*A mí no me parece mal que la Triple A juegue en un equipo. Son un concepto en sí mismo.*

—*Pero no un deporte.*

—*Aitana juega al tenis.*

—*Pero no profesionalmente.*

—*Su padre es uno de los mejores tenistas de la historia.*

—*Insisto. Pero ella no.*

—*¿Votamos?*

—*Nos van a dar las uvas…*

—*Esas pasaron hace rato.*

—*Yo he venido aquí a jugar a los bolos.*

—*No sé si os habéis dado cuenta de que pase lo que pase siguen siendo dos en el equipo de saltos. Falta uno.*

—*Subastamos el hueco del tercer integrante.*

—*Yo he venido aquí a besar a Lacoste.*

—*Tú y cien personas más.*

Y entonces… Oh, y entonces…

—*¿¿Lacoste??*

—*Exacto. A besar a Lacoste.*

—*Me refiero a que… ¡¿Ese no es Lacoste?! ¡Por fin!*

¿Chris? ¿Dónde?

Me toco el corazón para que no se me salga del pecho. Vuelvo a mirar hacia la entrada y ahí está él, espectacular. Brutalmente espectacular. No nos hemos visto desde antes de que se fuera a Australia y… Dios, es casi inhumano. Él es casi inhumano. Pantalones negros anudados a la

altura de los tobillos por sus botas militares favoritas. Sudadera azul Munsell con la capucha sobresaliendo por encima de la cazadora amarilla. No es que me conozca los nombres de cada tonalidad de azul, pero sí de las que más le gusta llevar a Chris. La primera vez que se puso ese color tuve que buscarlo en internet. Después le dije: «Oye, guapito de cara, el azul Munsell te queda bien». Él me dio un beso rápido y no ha dejado de usar ese color. El cabello lo lleva despeinado sobre la frente, de la misma manera que acababa cuando hacíamos el amor y yo se lo toqueteaba entero. Y los labios se le curvan hacia la izquierda. Ganar un Grand Slam y convertirse en el número uno del mundo del tenis le ha sentado bien. Está para comérselo.

Daría lo que fuera por poder acercarme a él y abrazarlo, pero me quedo paralizado sin saber qué hacer, contemplando cómo el resto de mis compañeros se acerca a saludarlo y felicitarlo entre vítores y aplausos. Los tiene a sus pies, destilando admiración por cada poro. Eso sí, desde la distancia. Chris sigue desprendiendo ese halo de Dios del tenis intocable, inalcanzable para el resto de los mortales. El más atrevido le ofrece la mano y Chris, tras pensárselo durante unos segundos, acepta el apretón como si le estuviera haciendo el favor de su vida. Río para mis adentros, pero la sonrisa se me borra de sopetón en cuanto veo que Aitana y Andrés se acercan a él. ¿A dónde van? Aitana se lanza directa a sus brazos y él la recibe de buena gana sin dejar de mirarme a los ojos. El corazón sigue bailándome en el pecho mientras cuento los segundos que se mantienen unidos.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Seis segundos que yo no tengo. Seis segundos en los que no hemos dejado de mirarnos a los ojos.

Aitana se separa de él y Andrés ocupa su lugar. Yo parpadeo varias veces. Andrés y Chris se están abrazando.

Se.

Están.

Abrazando.

Mi hermano le da varias palmadas en la espalda y le susurra algo al oído. Y, aunque las ganas de tocarlo con mis propias manos no van a morir jamás, la felicidad que siento ahora mismo al verlos así va a vivir en mi corazón durante décadas. Y con eso me basta. Andrés se aleja de Chris y me mira. Y me habla. «Te toca», me dicen sus ojos. Y entonces lo entiendo. Mis hermanos se han acercado a abrazarlo para que yo también pueda hacerlo sin que llamemos la atención. Voy a abrazar a Chris. Oh, Dios. Voy a abrazar a Chris. Y delante de un montón de gente. «Gracias, chicos», les devuelvo con la mirada. Ellos sonríen. Patrick y Dami también lo han entendido así porque van a donde Chris antes de que yo llegue. Ambos lo envuelven y lo felicitan. A Dami le sonrío y con Patrick cruzo una mirada de agradecimiento. Él asiente con la cabeza y… Y entonces me toca a mí.

Me aproximo a él y antes de deshacerme en su abrazo me regala una sonrisa que podría reconstruir nuestro sistema solar desde cero. Me quedo sin respiración. Lo rodeo con los brazos y el mundo gira a mi alrededor con tanta rapidez que incluso pierdo el equilibrio, pero él me sujeta. La bolera da vueltas y vueltas y más vueltas. Estoy volando entre sus brazos. Cuando dejo de girar y soy consciente de que mis pies siempre han estado en el suelo firme, acerco los labios a

su oído.

—Felicidades.

—Gracias.

Él me aprieta más fuerte. Yo cierro los ojos, aspiro su aroma y cuento los segundos.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Seis.

Me separo y vuelvo a mirarlo a los ojos.

—¿Cómo estás? —le pregunto en voz baja.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Perfecto.

—Guapo estás un rato —susurra—. Me encantas cuando te cortas el pelo.

«No te ruborices. No te ruborices. ¡No te ruborices!».

—Eh —carraspeo—, gracias. ¿Qué se siente al ser el número uno?

—¿El número uno de quién?

No sé qué contestar y de repente me doy cuenta de que todos nos miran y aplauden. ¿Por qué aplauden?

—Qué profesionalidad, me quito el sombrero.

—Yo me he emocionado.

—Arturo y Lacoste siempre se han llevado bien.

—Llevan media vida compitiendo juntos, es normal que se hayan hecho amigos.

—¿Arturo era el primero que se ha acercado a abrazarlo o el segundo?

—Ni puta idea, tío.

—Llevo media noche diciéndoos que tenemos un problema gemelier, pero ni caso.

—¡Viva Lacoste!

—Que nadie le lance la ropa interior, por favor.

—Aquí cada uno a lo suyo…

—¿Veis como era mentira lo de que en Wimbledon Andrés y Lacoste se pegaron? Deberíamos cerrar ya esa apuesta.

—Mañana. Ahora volvamos a los equipos.

—Tengo una idea. Si los Claramunt forman equipo, serían dos de tenis y una de saltos. Y si Murnuais, Figueroa y Lacoste forman otro, serían dos de tenis y uno de saltos. No me digáis que no es poético. ¿Qué os parece?

—Yo lo veo bien.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Solo votos en contra, por favor.

—Gente del TOC, ¿estáis de acuerdo con que se mezclen tenis y saltos?

—Solo votos en contra, por favor. ¿Nadie? Pues listo.

—Deberíamos preguntar a Lacoste si quiere jugar. Digo, ¿eh?

—Ostras, es verdad.

—Lacoste, ¿te apuntas? Jugarías con Murnuais y Figueroa.

—Acepto.

Nunca una palabra tuvo tanta fuerza. Tengo que carraspear y alejarme unos pasos de él para no combustionar.

—¿Y si gana su equipo? ¿Se besaría a sí mismo?

—No, hombre. Nos iríamos al ganador del segundo grupo ganador.

—Joder, qué lío.

—¿Empezamos ya, por favor?

—Yo siento insistir con lo mismo, pero ¿alguien me puede explicar quién es Arturo y quién es Andrés?

—Yo no lo tengo claro .

—Tú nunca lo tienes claro.

—Ni tú, no te jode.

—Deberíamos ponerles una cinta o algo, para diferenciarlos.

—A mí no me parece bien que se hayan vestido igual.

—Es nuestro atuendo de bolos —se defiende Andrés, todo inocencia—. Aitana va igual.

Mis hermanos se acercan a mí y comienzan a dar vueltas a mi alrededor. Me cogen de la mano, nos entremezclan y… pero ¿qué hacen? Oh, nos están mezclando a Andrés y a mí. Hace un rato, justo cuando me estaba preparando para venir a la bolera, Andrés ha entrado en mi dormitorio y ha sugerido que nos vistiéramos igual. Y yo nunca me resisto a un intercambio de gemelos. Nos hemos puesto unos pantalones azules de chándal y una camiseta blanca, lisa, de manga larga. El pelo igual y los mismos zapatos de jugar a los bolos. Yo me he tenido que quitar el collar de Chris de la muñeca y lo he guardado en el bolsillo del pantalón. Somos dos gotas de agua. Me entra la risa y les sigo el rollo. Se detienen cuatro vueltas después y nos exponen al público. ¿Quién es quién?

—Eso tiene que ser trampa.

—Mira en el reglamento.

—¿En el reglamento de partidas ilegales de bolos dices?

—¿En serio no podéis diferenciarlos? —pregunta Chris—. Es pan comido.

Todos lo miran y él suspira. Entonces se acerca a Andrés y lo coge de la pechera, separándolo de mí.

—Ar-tu-ro —les dice a todos, recalcando cada sílaba. Después me señala a mí—. Y ese es Andrés. De nada.

Yo me quedo descolocado, incluso Patrick y Dami se quedan descolocados en un primer momento, no sé si porque sí me han reconocido y les alucina que él se haya confundido, ¿en serio nos ha confundido?, o porque no están seguros de quién es quién y les flipa la seguridad con que Chris nos ha desenmascarado (aunque juraría que me han reconocido a la primera), pero mi hermano reacciona al instante, sonríe y se acerca a una de las pistas.

—¿Empezamos o qué? Que mañana tengo entrenamiento y necesito por lo menos seis horas de sueño.

—Pues ya vas jodido, Claramunt.

—Venga, todos a sus puestos. ¡Comenzamos! Es una única línea, ¿OK?, para los más despistados esto es una partida de diez turnos con dos lanzamientos por participante. El equipo que más puntos acumule gana. Y la persona de ese equipo que consiga el punto ganador se lleva el premio gordo.

—¿Lo hemos entendido todos?

—¡Síííí!

—Y cuidado con las bolas, que algunas pesan más de siete kilos.

—Me toco las mías constantemente, creo que podré sujetarlas.

—Hala, el niñato fantasma.

—¡Cállate, Elliot!

—No le digas eso, joder, que pareces Julián y se me acelera el corazón.

—Tranquilos, no va a pillarnos. Está dormidito en su cama.

—«Dormidito» y «Julián» no pegan ni con cola. Prueba mejor con «duermo con un ojo abierto, así que cuidado conmigo».

—Juls no duerme con un ojo abierto. Es un puto mirlo.

—¿¿Perdona?? ¿Y tú cómo sabes eso, Schmidheiny?

—Porque se queda dormido en la pista mientras nos entrena.

¿En serio? Lo dudo mucho.

—A ver, a ver, repite ese apellido. Nunca sé cómo pronunciarlo.

—ES-MI-DEI-NI. Esmideini. Es fácil.

Madre mía…

—Tío, no se pronuncia así ni de coña.

—¿Ahora hablas sueco?

—No, pero, joder…

—Elliot, ¿a que se pronuncia así?

—No.

—¿Y cómo es?

—Schmid-hei-ny.

—Hostia, Benji, ¿y ese acentazo mojatodo? Creo que me he enamorado.

—Tiene catorce años.

—Muy bien llevados, tengo que decir.

—A mí verlo en el bar con el trapo en el hombro me pone un montón.

—¡Tiene catorce años!

—Ya, pues cuando tenga veinte, sálvese quien pueda.

—¡Venga, menos cháchara y a los bolos!

— Dale, Arturo —le dice Dami a mi hermano, mientras Aitana pone nuestros nombres en la pantalla. Arturo, Aitana y Andrés, en ese orden—. A ver si tiras más de dos.

Rompe en una carcajada (qué majo mi mejor amigo) y choca los cinco con Patrick y Lacoste. Qué rápido han hecho equipo estos tres, ¿no? Y en serio, juraría que Dami y Patrick me habían reconocido.

Chris mira a Andrés y este le guiña el ojo. Yo, como si no existiera. Me fijo sin remedio en los ojos de Andrés, en cómo mira a Chris. No hay odio, pero de ahí a que lo mire como lo hago yo hay un mundo. ¿En serio nos ha confundido? Entorno la mirada. Hummm… A ver, que estamos casi a oscuras y las luces estrambóticas rosas y moradas se nos reflejan en las caras, pero, aun así…, hummm.

Andrés coge una bola, se coloca en posición, lanza a una velocidad de vértigo y tres segundos después caen los diez bolos.

—¡Pleno!

Se da la vuelta con los brazos en alto, cantando victoria, y choca las manos con Aitana. Patrick y Dami contienen una sonrisa. Patrick y Dami saben que los bolos no son lo mío. Empiezo a sospechar que aquí pasa algo.

—Muy bien, Arturito —lo felicita Chris.

—Supéralo —le responde el otro.

Y comienzan a jugar, desentendiéndose de mí.

Aitana coge un bolo y se acerca a la pista. Patrick la imita. Les ha tocado el mismo turno. ¿Casualidad? Lo dudo mucho… «Ay, tontorrones». Andrés se pone a mi lado y no dice una sola palabra. No sé, algo como «tu exnovio nos ha confundido, me meo» tan propio de él. Mientras mi hermana lanza (muy bien, todo hay que decirlo, tumba todos los bolos en los dos lanzamientos), mi hermano se mezcla de nuevo conmigo, como quien no quiere la cosa, y cuando le toca (me toca) vuelve a salir él. Lanza y hace otro pleno. Lo celebra siendo Andrés, con bailecito a lo *moonlight* de Michael Jackson incluido, y choca otra vez las manos con Aitana. Yo río y niego con la cabeza al mismo tiempo. Vamos tres de tres.

—Lo siento, tato, pero odio perder a los bolos —me dice al oído.

¿Sí? ¿O acaso tiene esto algo que ver con el *premio gordo* ? Él ignora mi mirada de advertencia y nos habla a Aitana y a mí.

—Recuento de rivales. Necesitamos saber quiénes son nuestros máximos competidores. Natación en todas sus variantes, atletismo, rítmica, taekwondo, esgrima y halterofilia descartados. Cero preocupación. No saben hacer la o con un canuto. Voleibol, tenis mesa y balonmano tienen bastante puntería, pero tampoco me preocupan, lo suyo es más el aire que otra cosa. Nuestros vecinitos de al lado —esos son Chris, Dami y Patrick— tampoco suponen un problema. Ignoro la puntería de Lacoste en los bolos, pero los otros dos no me superan ni de lejos. Así que solo queda tiro con arco y *hockey* hielo. Ojo con esos dos equipos. Son los que tenemos que vigilar. Aunque si tenemos en cuenta que el equipo de *hockey* son los niñatos de Julián y…, pues eso, que son unos niñatos, me atrevo a decir que nuestro único problema es el tiro con arco. Os juro que tienen visión de rayos X o algo.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Aitana.

—Plenos. Sin fallar. Obviamente, Arturo no puede jugar.

—Gracias por lo que me toca —respondo yo.

—Yo también te quiero. Por suerte —continúa como si nada—, ya nos hemos ocupado de eso. Yo juego tus turnos.

—¿Y tu hombro?

—Mi hombro está perfecto. Mejor que nunca. Y lanzo con el brazo derecho.

—Pero también haces esfuerzo con el izquierdo. No quiero que lo cargues ahora que por fin has acabado con la rehabilitación.

—Si me noto cargado, te dejo lanzar un par de bolas. Lo prometo.

—*¿¿Qué tramáis, Claramunts??* — preguntan por ahí.

—Nada —respondemos al unísono. No es sospechoso ni nada…

—*¡Pues a jugar!*

Andrés se acerca a la pista una vez más como si fuera yo y… comienza el juego.

No negaré que me lo paso pipa, aunque no lance una sola bola. Ni que Andrés y Aitana se lo pasan aún mejor. Sobre todo Aitana… Las miraditas que se echan ella y Patrick cuando les toca lanzar… tendrían que verse. Da gusto. Por fin.

Tampoco negaré que me paso media noche observando cada movimiento de Chris. Y más aún cuando se quita la sudadera y me pierdo en los músculos de sus brazos y en esas posturas tan perfectas con que lanza las bolas, pero, sobre todo, cuando suena una versión instrumental de *Neutron Star Collision* , la canción con la que nos dimos nuestro primer beso hace ocho años. Él no parece reconocerla porque no pierde un segundo en mirarme. O si lo hace, solo tiene ojos para

Andrés. ¿En serio nos ha confundido? Oh, pero en el último momento, antes de lanzar la bola, me mira durante un segundo y se le escapa una sonrisa involuntaria. Te pillé. Él carraspea y lanza. Y yo me muero por decirle: «Tú no lo sabes, pero esta es nuestra canción».

También masajeo los hombros a mi hermano siempre que él hace de él y yo de yo. A trileros no nos gana nadie. Y él habla de peces cuando se hace pasar por mí.

—Un caballito de mar puede atacar en un milisegundo. Justo como yo. Mirad y llorad.

Lanza la bola y derriba todos los bolos. Esas últimas palabras no son muy yo, pero nadie dice ni mu.

Chris, Patrick y Dami están más flojos de lo normal y enseguida son descalificados. Y con la puntuación que están consiguiendo Andrés y Aitana, más de la mitad de los equipos quedan eliminados en el sexto turno. Es imposible que remonten.

El chico detrás de la barra sirve alcohol a mansalva. Las cervezas y los cubatas vienen y van. Y nadie pone ni un euro.

—Pero ¿quién ha preparado esto? Es puro alcohol.

—Pues el mío es puro refresco.

—¡Benji! Ponte detrás de la barra y demuéstrales cómo se prepara una copa. Yo me ocupo de tus bolos.

—¡Voy!

Ahí es cuando obtengo la pista definitiva de que el grupito de *hockey* hielo más Álvaro St. Claire formaban parte de las veinte personas que nos vieron a Chris y a mí en el Shoterfugio la noche de mi borrachera. ¿Dejan que Benji, que es su mejor lanzador, con diferencia, abandone el juego en la recta final? Nos están regalando la victoria.

—¡Y que alguien cambie la música! Poned algo de jazz*.*

—¿Qué dices, tío?

Quince minutos después nos encontramos en el último lanzamiento. Tal y como Andrés ha predicho, nos jugamos la victoria contra tiro con arco. La multitud nos rodea. Todos con los ojos fijos en la gran final. El último de ellos lanza y tira nueve bolos. Se llevan las manos a la cabeza. Ellos y medio CAR. Solo tenemos que tumbar dos bolos para ganar. ¡Dos! Andrés sonríe y, espoleado por los aplausos y la euforia grupal, lanza el bolo sin pensar. Sin pensar que, si consigue lanzarlos, se proclamará ganador absoluto y tendrá que besar a Chris. Entonces todo sucede a cámara lenta. Andrés se da cuenta de pronto de que tenía que haberme dejado lanzar a mí, porque lo veo girarse, mirarme y llevarse las manos a la cabeza, pero la bola ya está en marcha y más de doscientos ojos seguimos su trayectoria por la pista sintética teñida de morado. Va directa a su objetivo, más centrada que la raya del pelo de Aitana. Rueda, rueda, rueda y… pleno. Andrés hace otro pleno. Miro a Chris, también se ha llevado las manos a la cabeza y no las ha bajado. La gente se vuelve loca. Aitana se tapa los ojos con las manos y niega con la cabeza. Los gritos son atronadores. Patrick suelta una carcajada, la primera en semanas. La música (*Someone to you* , de BANNERS) suena más alta que nunca. Dami se muerde el labio inferior y me mira. Andrés y Chris tienen que besarse.

Mi hermano intenta venir hacia mí, supongo que para que nos intercambiemos, pero la marabunta no se lo permite. Están todos como locos.

—Beso, beso, beso —gritan.

—¡En la boca!

—¡Y con lengua!

—Con lengua ni de coña —responde Chris.

—Que alguien lo grabe, por favor.

—*A cámara lenta y a normal.*

—*Esto va a ser épico.*

—*Arturo Claramunt y Christopher Lacoste besándose en la boca.*

Oh, claro, ellos creen que soy yo.

—*¡Cámara preparada!*

Andrés no me mira. No quiere mirarme. Chris tampoco. Se acercan el uno al otro con reticencia. Nuestros compañeros no dejan de espolearlos. No hay salida.

—*¡Vamos!*

—*¡Beso, beso, beso!*

—¡BESO, BESO, BESO!

Y entonces Andrés cierra los ojos, coge a Chris del cuello de la camiseta y estampa su boca contra la de él. Chris se paraliza, estupefacto, se hace el silencio y yo no soy el único al que se le corta la respiración hasta que Chris reacciona y le devuelve el beso, cogiéndole la cara con ambas manos y apretándole tanto el rostro con el suyo que casi consigue que pierda el equilibrio. Todo un espectáculo. El público enloquece, Aitana lo graba todo con el teléfono, Patrick no deja de sonreír, Dami se tapa los ojos con la mano y yo… yo me echo a reír sin poder evitarlo. Madre mía… En esas estoy cuando se separan y ambos, al mismo tiempo, se limpian la boca con el brazo en un gesto tan espontáneo y real que hace que todos rompan a reír.

—De todos los tíos que existen en el mundo podemos eliminar a Arturo Claramunt como posible novio de Lacoste —grita Álvaro—. ¡Casi vomitan!

Sonrío con disimulo. «Gracias por eso, St. Claire».

—*Arturo está con Patrick.*

—*Qué va. A Figueroa se la suda que se hayan besado.*

—*¡Qué épico, joder!*

—*¡Faaan!*

—*¿Lo habéis grabado?*

—*Cada segundo.*

—*¡Amooo!*

Por si después de esto me quedaba alguna duda de si Chris nos había confundido, se acerca a mí cuando la multitud se dispersa y me habla bajito al oído.

—Buena partida, Claramunt. Enhorabuena.

—He mejorado en los bolos —respondo con una sonrisa. Él suelta una carcajada.

—No ha sido eso, Arturito.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Entonces?

Ahí es cuando espero que me diga que mi equipo ha ganado porque mi hermano ha lanzado todas mis bolas, pero…

—Ya sabes que siempre pierdo contra ti cuando hacemos el amor, y nuestra última vez en Mónaco todavía me vibra en el cuerpo.

Yo no me atraganto con mi propia saliva porque Dios no lo quiere, pero Patrick, que estaba justo al lado, dando un sorbo a una botella de agua, sí lo hace. Aitana tiene que acercarse a ayudarlo y todo.

—Por cierto —continúa Chris—, aunque en Mónaco estuviste soberbio, me quedo con nuestra primera vez. No fue floja, Arturo. Fue dulce. Fue emocionante. Fue especial. Fue perfecta. No la cambiaría por nada. Ojalá también hubiera sido mi primera. Y tenías razón con lo

de que ya no somos los mismos Chris y Arturo de catorce o dieciocho. Ahora eres mucho más guapo. Mejoras con los años, Claramunt, como el buen vino.

Me quedo sin aire por tercera vez en la noche, pero consigo sonreír. Sonrío de oreja a oreja. Porque este es el Chris que me gusta. Este es el Chris del que estoy locamente enamorado. El que tontea conmigo. El que me mira como si yo fuera todo su mundo. El que parece… estar enamorado de mí. Y un rayo de esperanza me ilumina el corazón. ¿Es posible que todavía nos quede una oportunidad? ¿De verdad es posible?

Y entonces las luces de la bolera se encienden. Y se escuchan unos aplausos. No en el buen sentido. Todos miramos hacia la puerta.

Son Julián y Nicki. No parecen contentos. Uno echa fuego por la boca y la otra por los ojos.

—Upss…

—Mierda.

—Esconded al menos el alcohol.

—Esto es producto de vuestra imaginación. En realidad, estáis dormiditos en la cama y…

—¡CÁLLATE, ELLIOT !

ANDRÉS

Seis horas antes

Chris :
Arturo es bastante malo a los bolos.

Andrés :
Lo sé. No es lo suyo.

Chris :
Dime que tú juegas de la hostia.

Andrés :
Soy el puto amo.
Andrés :
¿Por?
Andrés :
Espera.
Andrés :
¡No me jodas que vas a aceptar lo del premio solo por robarle un beso a mi hermano!

Chris :
Tú asegúrate de ganar y de que el beso lo reciba Arturo.

Tengo que cambiar su nombre de contacto. Si no lo hiciera, no sería yo.

Andrés :
Dalo por hecho, casanova.

El Príncipe Conquistador:
¿Estás con Arturo?

Andrés :
Lo tengo al lado.

El Príncipe Conquistador:
Sácale una foto con la reacción cuando lea que he aceptado y me la mandas.

Andrés :

Sí, claro, no tengo otra cosa que hacer, no te jode.
Andrés :
No soy tu puto sirviente.

El Príncipe Conquistador:
Y disimula, Andy. Que nos conocemos.
El Príncipe Conquistador:
Voy. Atento.

Andrés :
IMAGEN.

El Príncipe Conquistador:
Sonríe con socarronería.
El Príncipe Conquistador:
Lo tengo en el bote.

Andrés :
Tampoco te vengas tan arriba…



Andrés :
Tenemos una misión.

Aitana :
Te escucho.

34: «¿Mala suerte? Se sienta en un pajar y se clava la aguja»

NICKI

—*¡*CÁLLATE, ELLIOT *!*

Me ha quitado las palabras de la boca. Y no me puedo creer que Aitana y Patrick estén aquí también. ¡No me han dicho nada! Cuando Julián me ha llamado a las cinco de la mañana para pedirme que lo acompañara a la bolera a desmantelar una partida clandestina de sus juveniles pensé que era justo eso: una partida clandestina de sus juveniles. Más mi juvenil, claro. El que pasa casi más horas en una pista de hielo que en el agua. Pero aquí hay más gente que en una final de natación y… Espera. ¿Esos no son Chris y los gemelos? ¡Andrés! ¡Me lo voy a cargar!

—¿Cómo nos has encontrado? —le pregunta Elliot a Julián sin un ápice de preocupación en la voz entre los murmullos del resto.

A Julián se le hinchan las aletas de la nariz. Se le hinchan más. Pues no venía en el coche caliente ni nada.

—Ahora no, Elliot —responde con toda la calma que es capaz de mantener.

—Pe…

—¡Ahora no! ¡¿ESTÁS SORDO ?!

Este último grito de Julián es el que acaba con los últimos murmullos. Hasta Elliot cierra la boca. Ahora solo se escucha el hilo musical. *Uprising*, de Muse.

—¿Alguien nos explica esto? —pregunto yo señalándolos a todos—. Y que no os engañe el tono interrogativo en mi voz, porque no es una pregunta. Es una orden. ¡Que alguien nos explique esto ya! ¿Se os ha ido la olla o qué? —Y como sé que nadie va a atreverse a abrir la boca, elijo yo al afortunado—. ¡Andrés! Te ha tocado. Habla.

No sé si hay algún otro Andrés en la sala, pero desde luego que el noventa y nueve por ciento de la gente que hay aquí saben a qué Andrés me refiero. Aunque él no parece darse por aludido. Porque *él* , al lado de Dami, Chris y su hermano (que va vestido de la misma manera), no tiene ninguna intención de abrir la boca, se lo veo en la cara, lo conozco como si lo hubiera parido yo, pero Chris lo empuja y lo saca a la palestra, así se asegura de que no haya confusión de gemelos. «Oh, no la había, créeme». Y no sé de qué iba la partida de hoy, pero con este par vestidos igual las trampas las huelo desde aquí.

—Hijo de… —masculla Andrés girando la cabeza hacia atrás.

—Habla —le digo yo.

Andrés me mira y pone los brazos en alto.

—Esto no es lo que parece.

—Parece que habéis organizado una partida de bolos clandestina, sin autorización del dueño, a las cinco de la mañana y con menores de edad implicados.

—Admito que puede parecer eso…

—Oh, ¿en serio?

—…, pero todo esto tenía un objetivo final que va mucho más allá. Un objetivo que era de vida o muerte.

¿De vida o muerte? ¿Encima me está vacilando?

—¿Qué objetivo? —le pregunto. Andrés duda—. ¡Andrés!

—No te lo puedo decir.

—¿Perdona?

—Lo siento, pero no te lo puedo decir.

—¿Me estás hablando en serio?

—Súper en serio. Y, por cierto, esa sudadera que llevas puesta es mía.

Me acerco a él con aire amenazador y me coloco justo enfrente. Él, lejos de sentirse intimidado, ahoga una sonrisa, lo que provoca murmullos y risitas por doquier.

—¿Qué tenemos, quince años? —grito, dirigiéndome a todos.

—Yo sí.

—¡Que te calles, Elliot, joder!

—Vale —Aitana, antes de que la sangre llegue al río, se adelanta y se acerca a mí—, te lo cuento yo.

«No me pongas esa cara de buena, rubia. Luego hablamos tú y yo».

—Habla —le digo.

—Nos jugábamos un beso de Chris.

—¿Qué?

—El objetivo de todo esto era un *beso* de *Chris.* El ganador final de la partida conseguía un beso suyo. *Cualquiera* que ganara.

¿Un beso de Chris? Venga ya. Él jamás se prestaría a algo así. Miro a Chris, que permanece inmutable. Espera un momento. Beso. Chris. Cualquiera. No. No puede ser. ¿¿Todo esto tenía como objetivo que Chris besara a Arturo?

—¿Y quién ha ganado? —pregunto con suspicacia.

—¡Arturo! —grita un montón de gente al unísono.

¿En serio?

Pero ¡si es malísimo a los bolos! Miro a Chris y Arturo. Sus ojos ni afirman ni desmienten. Entonces me acuerdo de que los gemelos se han vestido con la misma ropa. Puede que Arturo sea malo a los bolos, pero Andrés, sin embargo… Miro a Andrés, que niega con la cabeza y se señala a sí mismo, sin que nadie lo vea. Oh, no me lo puedo creer.

—Fuera todo el mundo —ordeno al resto—. Os quiero a todos en el CAR en vuestras camas en menos de quince minutos, y en la pista de atletismo a partir de las siete de la mañana. En turnos de quince. Organizaos vosotros, que ya veo que tenéis experiencia.

—¿En la pista de atletismo para qué? —pregunta alguien del fondo.

—Para correr. A ver si así se os quitan las ganas de trasnochar. Y después de correr vais a ir directos a la piscina exterior, por si a alguien aún le quedan fuerzas para otra partida de bolos. Vamos —señalo la puerta de la bolera y chasqueo los dedos—, desfilando. Ya.

Todos van saliendo poco a poco, murmurando entre ellos, hasta que solo quedamos *los de casa* . Más Julián, Elliot, Benji y un chico que no he visto en mi vida y que está recogiéndolo

todo. Me juego una mano a que es pariente del dueño de la bolera.

—¿Me vas a contestar ahora cómo nos has encontrado? —repite Elliot envalentonado.

—¿Que cómo os he encontrado? ¿QUE CÓMO OS HE ENCONTRADO ? ¡¿Eso es todo lo que te preocupa?! —Elliot no responde, tampoco es que Julián le deje—. Bien, pues, para saciar tu curiosidad y antes de que te encierre de por vida en… ¡ya veré dónde!, te diré que ha sido gracias a ti. Me he despertado a las cinco de la mañana porque me meaba y de camino al baño he visto que no estabas en el puto sofá, que era donde tenías que estar. Y cualquiera en mi lugar habría supuesto que habías vuelto a tu dormitorio, pero yo no. Yo sabía que la estabas liando parda en alguna parte, ¡como siempre! Te has dejado el teléfono, por cierto. Y tu reloj está vinculado a tu teléfono. Así te he encontrado. ¡¿He saciado ya tu curiosidad?! —Tampoco le deja contestar esta vez—. Bien. Esperadme en el coche. Aún no he terminado con vosotros.

—¿Más? —pregunta Elliot indignado.

Julián acerca su rostro al de él hasta que tan solo los separan unos pocos centímetros.

—Sí, más. Mucho más. ¿Y dentro de unas horas en la pista de atletismo? Tú vas a dar más vueltas que cualquiera.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque acabas de traicionar mi puta confianza! —le escupe a la cara.

Elliot traga saliva, aprieta la mandíbula y coge a Benji del brazo. Los dos abandonan la bolera sin decir una palabra más, no, al menos, a nosotros.

—Tío —escuchamos que le dice Benji con pesar—, ¿tenías que ir justo a dormir a su casa la noche de la partida?

—Nunca se levanta a mear por la noche. Puta casualidad.

—¡Mala suerte, Elliot! —grita Julián sin volverse.

—¿Mala suerte? —masculla entonces Andrés—. Se sienta en un pajar y se clava la aguja. Hay que joderse.

«No me hagas reír, Andrés. No quiero que me hagas reír».

En cuanto Benji y Elliot salen por la puerta Patrick se acerca a Julián en son de paz, pero este lo frena con la mano.

—Ya hablaremos tú y yo.

—Juls, tienen catorce años.

—Por eso mismo.

Julián gira sobre sus talones y va detrás de sus chicos. Patrick suspira y parece dispuesto a ir tras él, pero yo lo freno.

—No, *patito* . Vosotros vais a quedaros aquí a ayudar a recoger todo esto. Os espero en la pista en un rato. A todos. —Cruzo una mirada con Andrés, que parece indignado. Me lo comería a besos si no estuviera tan cabreada—. Y la próxima vez que queráis hacer de casamenteros os pensáis un poco mejor la puesta en escena.

—¡Nicki! —me llama Andrés—. ¡He tenido que besar a Lacoste! ¡En la boca! ¿No te doy pena?

—¡Ninguna! —grito desde la puerta.

—¡La sudadera te queda de puta madre, por cierto!

MENUDA LA QUE HABÉIS LIADO EN LA BOLERA, ¿NO?

PD: AUNQUE HA ESTADO GENIAL. ;)

@ENIGMATICAR



Unas horas después reconozco que se me ha pasado el cabreo y que estoy disfrutando de lo lindo viéndolos a todos juntos en mi piscina.

—¿Quiero saberlo? —me ha preguntado Julia hace un rato cuando ha venido a husmear.

—No.

—Bien. Entonces me voy.

—Sí, mejor.

Ahora le toca el turno a Andrés, que viene con su querido hermano, con Chris, con Álvaro y con el equipo de *hockey* hielo casi al completo. Tienen el pelo y las camisetas empapadas en sudor después de correr durante una hora por la pista de atletismo. Pues no les queda nada todavía. Los tengo en el agua una hora, haciendo largos sin parar, y en más de una ocasión tengo que esconder una sonrisa. Andrés es muy payaso. No ha dejado de decir tonterías en ningún momento, pero yo le dejo hacer porque no quiero machacarle el hombro. Arturo y Chris han ido a lo suyo, pero juntos. Muy juntos. Álvaro les ha sacado unos cuantos largos de ventaja a todos y el resto no ha dejado de quejarse. Sobre todo Elliot.

—Bien. —Hago sonar el silbato—. Suficiente. Ya sois libres. ¡A las duchas!

—Joder, por fin.

—Esa boca.

Los más jóvenes salen pitando del agua y los tres adultos caminan hacia mí con parsimonia. Con parsimonia pero exhaustos, todo hay que decirlo.

—Claramunt —escucho decir a Chris cuando pasan por mi lado—. Estás muy guapo esta mañana con el pelo mojado.

Arturo se tropieza y todo.

—Gracias —le responde Andrés—. A ti también te queda muy bien.

Chris lo mira con mala cara sin dejar de caminar detrás de Arturo. Andrés le saca la lengua y se detiene a mi lado. Y me doy cuenta de que estamos solos por primera vez en días. Un par de días después de que Chris ganara la final del Abierto de Australia tuve que acompañar a mis chicos a un campeonato y acabo de volver. Andrés y yo apenas hemos hablado. Los dos vamos poco a poco.

—¿Por qué no ha venido Benji? —me pregunta cuando el resto ya se ha alejado.

—Está con Julián.

—¿Y su castigo?

—Está cumpliendo su castigo con Julián.

—¿Por qué?

Le hago un gesto con la barbilla para que me acompañe a la casita de madera de los entrenadores. Tengo que cambiarme y he dejado allí mis cosas.

—Benji no sabe nadar —le explico mientras me quito el silbato y las chanclas—. Elliot le está enseñando, pero aún es pronto y… Julián y yo no queríamos exponerlo.

—¿No sabe nadar?

—¿Por qué te sorprende? Hay mucha gente que no sabe nadar.

—¿Has visto a ese chico en la pista de hielo? Porque yo he ido unas cuantas veces con Patrick y te juro que no había visto en mi vida a nadie patinar como él. Es una puta máquina. Mejor que cualquiera.

—No por eso tiene que saber nadar.

—Ya, ya sé. Solo… me llama la atención que un deportista de su nivel no sepa nadar.

—Hay toda una historia detrás que no me corresponde contar a mí.

—Me lo imagino.

Andrés camina hacia atrás y cierra la puerta de la caseta, dejándonos en penumbra. Solo se cuelan hilos de luz entre las rendijas de los maderos.

—¿Qué haces?

—Oh, vamos. —Se acerca a mí con aire seductor, se lo noto hasta a oscuras—. No disimules. Sé por qué me has traído aquí.

—¿Porque tenía que castigarte? —Pongo los brazos en jarras.

—Acepto. Castígame, entrenadora. —Se quita el bañador.

—Pero ¡¿qué haces?! Aún estoy cabreada contigo.

—Qué va. —Llega a mí y me baja los tirantes del bañador—. He visto cómo me ponías ojitos mientras me pitabas con ese silbato tuyo una y otra vez.

—Te pitaba porque quería que dejaras de hablar. Álvaro casi se me ahoga de la risa y es mi mejor nadador.

A Andrés se le escapa una carcajada. Y qué bien suena. Mierda. Qué bien suena.

—No puedes resistirte a mis encantos y quieres follarme contra la pared. —Se arrodilla y me quita los pantalones cortos y el bañador. Vuelve a subir y alinea nuestros cuerpos—. Reconócelo. Por cierto, me pones un montón cuando te enfadas. Hoy casi me corro en la bolera.

—Eres idiota.

—No tengo preservativo, pero según mis últimos análisis estoy limpio. Y no he estado con nadie desde nuestra última vez. ¿Sigues tomando la píldora?

—Sí.

Andrés me abre los muslos y se coloca en medio. Puede que queramos ir poco a poco, pero ya nos pueden las ganas. Se ayuda con la mano y me va penetrando muy despacio. Se me escapa un gemido. Cuando ya está dentro, le rodeo el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. Nos acomodamos y él comienza a empujar. No nos besamos. Solo nos miramos a los ojos y gemimos cuando cada tres o cuatro golpes empuja hacia dentro todo lo que da de sí. Lo que no sé es cómo le quedan fuerzas después de una hora en la pista y otra en la piscina, pero no me voy a quejar. Hacemos el amor como creo que no lo habíamos hecho nunca y al terminar acabamos en el suelo, yo sentada con la espalda apoyada en la pared y él con la suya en mi pecho. Una de mis piernas está encima de la suya y él la acaricia arriba y abajo. Yo le acaricio el pecho. Y le doy un beso en la cabeza.

—¿Qué tal la prueba de esfuerzo de ayer? —le pregunto.

—Bien.

—¿Y el primer entrenamiento?

—Regular. Estoy oxidado.

—Date tiempo.

—Sí.

—Y hablando de entrenamientos… Quiero contarte una cosa.

—¿Qué?

—Hace unas semanas me hicieron unas pruebas en el oído.

Andrés se tensa bajo mi abrazo, pero no deja de acariciarme.

—¿Y?

—Tengo que decidir qué quiero hacer.

—¿Puedes volver a nadar?

«No dejes de acariciarme, por favor». No lo hace.

—Sí, pero no a largo plazo. En algún momento, más pronto que tarde, tendré que dejarlo. Y tengo que decidir si quiero volver para dejarlo de nuevo o si… lo dejo del todo.

—¿Y ya has decidido?

—Casi. Me encanta nadar, pero… me he dado cuenta de que también me gusta entrenar. Y he pensado que quizá puedo volver a la competición y después de algunos años regresar aquí, o a otro lugar, porque aquí quizá ya no tenga hueco, y entrenar. ¿Te parece una locura?

Andrés se da la vuelta y me da un beso en los labios.

—No. Me parece un planazo.

Sonrío.

—¿De verdad?

—De verdad. Eres una nadadora de la hostia, Nicki, y también eres una entrenadora de la hostia. No hay más que verte. Tú no te ves, pero yo sí. Sacas lo mejor de ti y lo mejor de ellos. Estoy convencido de que vas a ser feliz entrenando. Y la vida trata de eso, ¿no? De ser feliz.

—Sí.

—Y siempre vas a tener un hueco en el CAR. Julia se asegurará de eso. Eres su ojito derecho, entrenadora cañón. —Andrés sonríe y me besa otra vez en la boca, pero más largo y profundo.

«Te quiero».

Toc. Toc.

Ambos nos sobresaltamos.

—¿Habéis acabado, tortolitos? —pregunta alguien. Mmm, esa voz y ese tono…

—¿Chris? —respondo yo en voz alta.

—Sí. Claramunt, vístete y sal. Te espero aquí.

35: «Una pérdida de equilibrio para el lado equivocado y… a la mierda todo. ¿Y sabes lo que puede provocar esa pérdida de equilibrio? Un soplo de aire. Un. Simple. Y. Jodido. Soplo. De. Aire. ¿De verdad quieres seguir jugándotela?»

ANDRÉS

—Necesito hablar contigo —me dice Chris en cuanto salgo.

—¿Ahora?

—Sí. Vamos, que no tengo todo el día. —Me hace un gesto con la mano, muy aristocrático, para que lo siga.

—¿A dónde? —le pregunto. No porque no vaya a seguirlo, sino por tocarle los cojones.

—Tú sígueme.

Aun a riesgo de parecer su perrito faldero, y como me importa una mierda lo que piense la gente que nos vea, acepto sin rechistar porque sé de qué trata todo esto. Me quita el sueño cada noche, a pesar de que Nicki me lo devuelve siempre que estoy con ella. El accidente de Arturo. Una vez pasadas las Navidades, el Abierto de Australia y con mi brazo recuperado, no tengo otro objetivo a corto o medio plazo que descubrir quién jodió los frenos de la moto. Y él tampoco.

Me despido de Nicki y caminamos sin hablar hacia la pista de hielo. Yo descalzo y en bañador. Empapado, claro, y con el puto frío que hace. Cruzamos el descampado y nos aproximamos a los árboles que rodean el edificio. Me apoyo en uno de los troncos y estoy a punto de abrir la boca, pero él se me adelanta.

—Ayer te vi en tu primer entrenamiento después de la rehabilitación.

—Oh, qué honor. ¿Pasabas por ahí y decidiste quedarte?

—No. Fui a propósito.

—¿Por qué?

—Quería verte.

—¿Por qué?

Carraspea.

—Quiero proponerte algo.

—¿Qué?

Se acerca a mí y me mira a los ojos. Los suyos son dos esferas azules que podrían

intimidarme si a mí algo me intimidara.

—¿Cuál es la mayor diferencia entre un tenista número uno y un número diez?

Frunzo el ceño. ¿De qué va todo esto?

—Ya respondo yo —continúa—. La cabeza. La mayor diferencia es la cabeza. Y tu mayor problema en el tenis está en tu cabeza. —Me da un golpecito en la sien—. Arturo y tú tenéis un juego muy similar, pero él sale a la pista con la mente fría. Él sale a ganar y controla cada una de sus emociones. Por eso gana. Tú sales rodeado de todas tus mierdas. Y, aun así, estás entre los veinticinco mejores tenistas de la ATP. ¿Por qué no dejas de hacer el gilipollas y piensas en tu carrera de una puta vez? Te has tomado demasiado en serio lo de ser el malo de la película y te estás cargando tu futuro. Llevas años jugando a ser un funambulista, balanceándote a placer encima de la cuerda que separa a los tenistas buenos de los malos. Una pérdida de equilibrio para el lado equivocado y… a la mierda todo. ¿Y sabes lo que puede provocar esa pérdida de equilibrio? Un soplo de aire. Un. Simple. Y. Jodido. Soplo. De. Aire. ¿De verdad quieres seguir jugándotela?

Le mantengo la mirada con la mandíbula apretada y las manos cerradas. Dos gestos que ha conseguido él solito con cada palabra que soltaba por la boca. Sé que yo tampoco lo intimido a él, no es que sea mi intención. La única persona que ha conseguido tal hazaña ha sido mi hermano, en una pista y fuera de ella, y el mundo entero tiene que estar jodidamente ciego si aún no lo ha visto. Le aplaudiría. Le aplaudiría de verdad por ser un puto genio que ve más allá que los demás o le aplaudiría de mofa en un intento de encubrir que ha visto más allá. Pero la verdad es que no tengo ganas ni para lo uno ni para lo otro. Y no. Claro que no quiero continuar jugándomela.

—No es tan fácil —susurro.

—Yo no he dicho que lo sea. Solo quiero saber si estás dispuesto a cambiarlo.

—¿Crees que no lo intento cada puto día de mi vida?

—¿La verdad? No. No lo creo. Estás demasiado ocupado odiándote y compadeciéndote de ti mismo. Así que te lo pregunto una vez más, y contéstame con la verdad o se acabó, no pienso volver a intentarlo, ¿estás dispuesto a cambiarlo y a que yo te ayude? ¿Estarías dispuesto a poner tu cabeza y tu juego a mi merced?

Suspiro y echo la mirada hacia el cielo, me apoyo en el tronco y cierro los ojos. Me dejo arrastrar por el sonido del CAR. Si te concentras lo suficiente, casi puedes escuchar cada deporte. Los gritos ahogados de la pista de atletismo. Las pelotas que impactan contra una mesa de pimpón. Las deportivas que resbalan en el parqué del campo de voleibol. Los gritos al compás de los movimientos de karate. Los disparos del tiro con arco. Los gritos de Julián en la pista de hielo. Creo que incluso escucho un «cállate, Elliot». El chapoteo del agua cuando Aitana o Patrick se zambullen en ella. El pitido del silbato de Nicki anunciando el comienzo de una carrera en la piscina. Nicki. El CAR suena a Nicki por todas partes. Es abrumador. Y a las cuerdas de mi raqueta que se tensan. Al rebote de pelotas a las que no llego y a las que ansío llegar. Yo entré aquí por mi hermana, por estar cerca de ella, nada me importaba más, pero año tras año, el sonido de este lugar se me ha metido en la piel. Y quiero formar parte de él. No quiero sentirme fuera. Abro los ojos y me encuentro una vez más con la mirada de Christopher Lacoste.

—Sí —respondo—. Estoy dispuesto.

Chris sonríe.

—Bien. Vamos a trabajar en ello. Tú y yo. Desde este momento me convierto en tu entrenador. Te quiero en las pistas interiores a las diez de la noche de lunes a domingo. Sin

excepción. Sin problemas amorosos. Sin malos humores. Sin borracheras. Sin cerrar más bares que el ministerio de Sanidad. ¿OK?

Asiento con la cabeza, entusiasmado. ¿Por qué estoy entusiasmado? Dios, qué puta locura.

—¿Por qué? —le pregunto.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me ayudas?

—Porque quiero.

—¿Por Arturo?

—Directamente no.

—¿Indirectamente sí?

—Sí —reconoce sin dudar.

—¿Qué significa eso?

—Que no lo hago por él. No lo hago para ganarme su beneplácito. De hecho, él no puede saber nada de esto. Quiero mantenerlo al margen, así que tendrás que ocultárselo. Tendremos que ocultárselo.

—Otra mentira más.

—No le estamos mintiendo. Le estamos ocultando información. Son cosas que pasan. Yo le he ocultado un montón de mierdas durante toda mi vida y no por eso lo quiero menos. Tú ahora concéntrate en el juego y olvídate de todo lo demás.

—No puedo olvidarme de todo lo demás. No puedo olvidarme del accidente de Arturo. ¿Tú sí?

—Yo sé manejarlo en la pista. Y tú también tendrás que hacerlo.

—¿Y fuera de la pista? ¿Qué vamos a hacer fuera de la pista, Chris? Ya han pasado dos meses.

—Lo sé. ¿Notaste algo raro en la bolera?

—No. ¿Y tú?

—No. Nadie os dirigió ni a ti ni a Arturo una mirada fuera de lugar. Al contrario.

—Eso no exculpa a nadie. Los psicópatas son expertos en esconder sus emociones.

—Lo sé.

—¿Por dónde empezamos entonces?

—Por mi exentrenador. Tengo un plan.

—Soy todo oídos.

Andrés :
Mientras estemos en el CAR, a partir de mañana necesito que estés con Arturo por las noches. Desde las diez hasta que se acueste. Acompáñalo a la biblioteca o a donde sea que vaya.

Andrés :
Y que no se acerque a las pistas interiores.

Murnuais :
¿Por qué?

Andrés :
Porque no.

Murnuais :
OK…

Andrés :
No lo dejes solo ni para ir al baño.

Murnuais :
Alguna excusa me buscaré para acompañarlo al baño.

Andrés :
No me cabe la menor duda.

36: «Quiero ver una película contigo cada miércoles»

AITANA

¿SOY YO O EL GRUPO DE LA TRIPLE A ANDA REVUELTILLO?
PATITO VUELA LIBRE, LEJOS DE ELLOS. JAMÁS PENSÉ QUE VERÍA ALGO IGUAL
Y LACOSTE VUELA MÁS CERCA DE ELLOS QUE NUNCA. ¿EL ROCE HACE EL CARIÑO?
PUES CUIDADO, PORQUE DEL CARIÑO AL AMOR SOLO HAY UN PASO. ¿VERDAD, ARTURO?

@ENIGMATICAR

VOY A DESCUBRIR QUIÉN ERES
Y NO VAS A TENER SUFICIENTE CIELO PARA «VOLAR»

@ANDRÉS.CLARAMUNT

CÓMO ME PONES, CLARAMUNT
TE ESTOY ESPERANDO
PERO NO ME CABREES. NO ME CABREES AÚN MÁS. NO QUIERES QUE ABRA LA BOCA

@ENIGMATICAR

QUE TE JODAN

@ANDRÉS.CLARAMUNT

JÓDEME TÚ. LO ESTOY DESEANDO



Hay semanas en las que no pasa nada y luego, de repente, en una sola pasa de todo.

El lunes me seleccionan para el equipo nacional del campeonato de Europa de saltos y ¿yo qué hago después de brincar de emoción en el borde de la piscina? Pues voy corriendo a buscar mi teléfono para contárselo a Patrick antes que a nadie.

Tani :
Me han seleccionado.

Patrick :
Enhorabuena, enana.
Patrick :
¿Quieres que te ayude a entrenar?

Tani :
Depende.
Tani :
¿Vas a ir de guay y a exasperarte cuando no me salga como tú quieres?

Patrick :
Sí.
Patrick :
Pero también voy a recompensarte cuando proceda.

Tani :
Mmmm…
Tani :
¿Qué tipo de recompensa?

Patrick :
¿Un beso en la mejilla?

Brinco una vez mas de emoción en el borde de la piscina. Esto va viento en popa.

Tani :
Hecho.

Patrick :
Resérvame las noches de los martes.

Tani :
Hecho.



El martes no me gano el beso en la mejilla, pero no podría importarme menos. Porque, cuando Patrick sube al trampolín de tres metros conmigo y me abraza por detrás para mostrarme la posición en la que quiere que salte, sus dedos en mi piel saben mejor que cien besos. Me estremezco entera y creo que incluso gimo.

—Concéntrate, Claramunt… —me susurra Patrick al oído.

«No puedo contigo detrás de mí».

Son las nueve de la noche y estamos solos en la piscina. Los únicos sonidos que oímos son los del remolino del agua que tenemos debajo y nuestras respiraciones. Porque las respiraciones se oyen, y escuchar la de Patrick al mismo tiempo que noto su aliento cálido en mi cuello es mejor que la sinfonía más espectacular. Es mejor que viajar en el tiempo.

—… Y salta ya.

—Me estás desconcentrando.

—¿Yo? No es verdad.

—Sí es verdad.

—Te estás desconcentrando tú sola. Qué poco profesional.

Poco profesional, ¿eh?

Le cojo la mano y la aprieto en mi cintura.

—Aitana… —me advierte al intuir mi intención. Que no es otra que tirarlo al agua.

—Espero que debajo de ese pantaloncito corto de chándal lleves bañador —le digo un segundo antes de impulsarnos.

—¡Pues no! ¡Aitana!

…

Paf.

Perdemos el contacto en cuanto nos sumergimos. Una pena. Patrick sale jurando en mil idiomas diferentes y yo no puedo contener las carcajadas.

—Hoy no hay recompensa. —Me apunta con el dedo—. Has tirado al agua al entrenador.

Río más fuerte y alto. Y ahora es cuando yo repito eso de que «no me gano el beso en la mejilla, pero no podría importarme menos».

Salgo del agua y le ofrezco uno de mis pantalones largos de chándal. Los acepta y se cambia de ropa delante de mí. Yo lo miro a los ojos. O lo intento.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —me pregunta cuando ha acabado.

«Yo también te quiero», estoy a punto de responderle. Menos mal que no lo hago. Todavía no estamos en ese punto.

«¿Y en cuál estáis, Aitana?».

«No lo sé».

En el que hemos empezado a tratarnos de nuevo. Y a quedar por las mañanas para salir a correr juntos. Y a ver una película los miércoles por la noche en mi cama o en la suya. Y a mensajearnos a todas horas. Oh, y estoy segura de que Patrick ha visto su foto en mi perfil, aunque no me haya dicho nada. En fin, el secreto. Vale, sí.

—¿Es de vida o muerte?

Ríe.

—No.

—¿Es oscuro? —le pregunto.

—Un poco… —responde juguetón. Me encanta el Patrick juguetón.

—¿Es tuyo?

—No. De tu hermano.

Frunzo el ceño.

—¿De cuál de los dos?

—¿Tú de cuál crees?

—En un primer momento diría que Andrés, pero después de los últimos bombazos de Arturo… Ya solo sé que no sé nada.

—Ahí tengo que darte la razón. Y, por cierto, Chris está involucrado. Ese chico tiene un imán infalible para arrastrar a los Claramunt.

—¿Chris?

—Sí.

—Entonces el secreto es de Arturo.

—*Nop*. —La manera en la que le vibran los labios con la «p»… uff—. Es de Andrés.

—¿Andrés y Chris?

—*Sip*. —Y otra vez—. Están entrenando juntos en las pistas interiores. A hurtadillas.

¿Qué?

—¿En serio?

—Totalmente en serio. Y entrenan todas las noches. ¿Quieres verlos?

¡Por supuesto! Me cambio a todo correr y abandonamos la piscina. Hace un frío que pela en la calle y yo tengo el pelo empapado, y Patrick los tobillos al aire, pero de alguna manera me noto… cálida. Oh, ¿y mis pantalones en sus piernas? Vale que le quedan superjustos y por encima del tobillo, pero está guapísimo. Y un poco gracioso también.

—¿Cómo los has descubierto? —le pregunto.

—Porque los he seguido a escondidas.

—¿Y por qué los has seguido a escondidas?

—Porque quería saber a dónde iban.

—¿Y cómo supiste en primer lugar que iban a alguna parte?

—Porque los he seguido.

—Pero ¿por qué empezaste a seguirlos?

—Porque quería saber a dónde iban.

—¿Me estás obligando a dar vueltas en círculo a propósito?

—Siempre a tus pies, pequeña Claramunt.

—Ya no soy tan pequeña.

—Oh, cierto. Siempre a tus pies, Claramunt de veintidós años.

Y entonces llegamos a las pistas. Entramos con sigilo y nos topamos con Nicki, porque por supuesto que Nicki lo sabe. Mi hermano y ella están superliados y yo no puedo estar más feliz por ellos. Ya era hora.

—Shhh —nos dice cuando nos ve—. Hablad bajito.

—¿Qué es esto? —susurro yo, a pesar de que es imposible que nos oigan con los gritos de Lacoste. Lo de este chico es increíble. Está jugando contra Andrés y echándole la bronca al mismo tiempo. Eleva la multitarea a otro nivel.

—Chris está entrenando a Andrés, pero Arturo no puede saberlo —nos explica Nicki—, así

que no traigas aquí a más Claramunts, Figueroa.

—¿Por qué Arturo no puede saberlo?

—Porque Chris no quiere. Lo está conquistando a su manera.

Y tanto que lo está conquistando. En los últimos dos días no ha escatimado en piropos para mi hermano. Le suelta por lo menos un par en cada frase y Arturo tropieza con sus propios pies una y otra vez. A lo que Chris responde poniéndole ojitos o sonriéndole embobado hasta el punto de casi caérsele la baba. Me resulta increíble que sea el mismo chico que ahora mismo le grita a Andrés como un descosido. Madre mía, qué mala leche tiene. Se va a quedar sin voz y no va a poder lisonjear más a Arturo.

—¿Creéis que alguna vez Andrés ganará a Chris en un partido en serio? —pregunto yo sin dejar de observarlos.

—Lacoste es implacable —responde Patrick—. Y, literalmente, el mejor tenista del mundo. No es tan fácil.

—Está machacando a mi hermano.

—Hoy Andrés está un tanto irascible y no da una —nos dice Nicki.

—¿Y eso es raro porque…? —pregunta Patrick.

—No seas idiota, Patrick. Algo le pasa.

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Le noto cosas. Él intenta disimular, pero yo le noto cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas, Patrick. No sé. Ya apenas juega a videojuegos, y sé que parece una tontería, pero es que él *siempre* juega a videojuegos. Ha perdido el interés o no se concentra o… joder, no lo sé.

—¿Quizá se deba al intercambio de mensajes que tuvo ayer con Enigmaticar? —pregunto yo —. Fueron… intensos.

—Andrés no tenía que haber saltado —responde Patrick—. Debió mantener la boca cerrada.

—No pudo evitarlo.

—Pues que aprenda a hacerlo.

Nicki le dirige una mala mirada a Patrick, que, como yo, observa sin pestañear a Andrés en la pista. «¿Qué te ronda la cabeza, tato?».

—¿Y a ti te han encogido los pantalones o qué? —le pregunta de pronto Nicki a Patrick—. ¿Estaba demasiado caliente el agua?

El miércoles es noche de peli con Patrick y le toca elegir a él. Yo me ocupo de las palomitas y todo transcurre con normalidad, como cada miércoles. Nos sentamos en la cama uno al lado del otro y apoyamos el bol en mis piernas. Apagamos la luz. Nos rozamos las manos cuando intentamos coger palomitas a la vez. Vemos la película y Patrick se va.

El jueves Patrick me llama por teléfono. Yo estoy en el vestuario y contesto sin dejar de vestirme. Activo el manos libres.

—¿Sí?

—*Enana, acabo de salir del despacho de Julia. Le he dicho que dejo los saltos.*

Se me detiene el corazón y dejo a la altura del cuello la sudadera que estaba pasando por mi cabeza.

—¿Y qué te ha dicho? —susurro.

—*Me ha preguntado si estoy seguro de querer dejar el CAR.*

—¿Y eso qué significa? ¿Qué vas a hacer en el CAR si no estás en ninguna disciplina deportiva?

Recupero los movimientos. Me bajo la sudadera del todo y me pongo las deportivas.

—*No lo sé. Me ha dicho que eso es lo que tengo que averiguar.*

—¿Te ha impuesto algún tipo de plazo?

—*Sí y no. Puedo quedarme de momento, pero solo hasta que empiece el curso que viene.*

Cojo la mochila y abandono los vestuarios. Abro la puerta y…

—Hola —le digo a Patrick con sorpresa. Me estaba esperando fuera apoyado en la pared de enfrente con despreocupación. Levanta la cabeza al escuchar mi voz y nuestros ojos se encuentran. A mí el corazón me late muy fuerte. Cuelgo el teléfono y me acerco a él.

—Hola —me dice cuando llego a su lado.

—¿Y vas a quedarte?

—¿Qué?

—Julia ha dicho que puedes quedarte hasta el curso que viene. ¿Vas a hacerlo?

—Sí. También ha sugerido que me pase por la pista de hielo de vez en cuando y ayude a Julián con el entrenamiento de los chavales.

—¿Como un segundo entrenador?

—No tanto como un entrenador, porque no tengo ni idea de *hockey* , sino como un ayudante barra preparador físico.

—¿Y te apetece?

—La verdad es que sí.

—Bien.

Sonrío.

—Bien.

Sonríe.

El viernes recibo otro mensaje de Gabriel…

Gabriel :

¡Hola!

Gabriel :

¿Qué tal están tus hermanos?

… y decido ser sincera con él. En diciembre, cuando estuvimos juntos en el campeonato, apenas hablamos con todo el lío que yo tenía encima. A ver, que tampoco es que le haya mentido, pero después de que nos enrolláramos el año pasado y yo me bloqueara él ha estado

muy pendiente de mí y yo apenas le he dado una explicación.

Tani :
Totalmente recuperados los dos.

Gabriel :
¿Sí? ¡Me alegro mucho!
Gabriel :
Estoy en Barcelona. ¿Quedamos para celebrarlo? Y ya de paso brindamos por la convocatoria para el campeonato de Europa.

Tani :
Vale. Y quiero hablar contigo. Quiero explicarte lo que me pasó el año pasado cuando estuvimos juntos. O cuando lo intentamos.

Gabriel :
No tienes que explicarme nada. Solo quiero saber si estás bien.

Tani :
Sí, estoy bien. Y… hay un chico.

Gabriel :
Vale. Y no soy yo, ¿no?

Tani :
No. Lo siento.

Gabriel :
¿Te gusta mucho?

Tani :
Muchísimo.

Gabriel :
OMG.
Gabriel :
¿Me lo cuentas en la cena?

Tani :
Hecho.

—¿Dónde está Andrés?
Levanto la cabeza del teléfono y me encuentro con Patrick.
—¿Qué?

—Andrés. No está en el CAR. ¿Dónde está?

Pero ¿qué se trae este con Andrés? No acaba de hacer las paces con él, pero tampoco lo deja en paz. Empiezo a mosquearme.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Llámalo curiosidad.

—La curiosidad mató al gato. Y no pienso decírtelo si no me dices de una vez la verdad de por qué últimamente estás tan interesado en el paradero de mi hermano, del que aún no quieres saber nada.

Pero justo Arturo tiene que pasar por nuestro lado.

—Arturo —lo llama Patrick.

—¿Qué?

—¿Y tu otra mitad?

—En Zúrich. La última raqueta no le acaba de funcionar y ha ido a ver cuál es el problema.

—Oh, ¿el señorito se ha movido hasta la sede central del patrocinador para ver por qué no le da a la pelota todo lo que debería darle? —pregunta el otro con sorna. Yo elevo los ojos al cielo. Lo adoro, pero qué mala hostia tiene a veces—. Aunque no sé por qué me sorprendo. Es algo que él haría.

—Van a aprovechar su visita para hacer una exhibición. Le han hecho una oferta irrechazable.

—Fantástico —responde con ironía—. De todas formas, no te preguntaba por Andrés. Me refería a Lacoste.

—Oh. —Arturo se queda descolocado durante unos segundos—. Él no… él… Eh, está en Mónaco. Ha ido a visitar a su padre y a Claire por lo del embarazo. ¿Por qué lo preguntas?

—Llámalo curiosidad.

Patrick le guiña un ojo primero a Arturo y luego a mí. Mi hermano me mira confundido y yo veo, con el ceño fruncido, cómo Patrick se aleja por el pasillo. ¿De qué ha ido todo esto?

37: «¿Vosotros os creéis que soy gilipollas?»

ANDRÉS

Apenas nos hemos bajado del taxi cuando vemos a Patrick, con los brazos cruzados, apoyado en la puerta de la entrada del CAR. Esperándonos. No le veo el ceño fruncido porque es noche cerrada, pero me lo imagino. Chris y yo compartimos una mirada y nos acercamos a él con una pizca de precaución disfrazada de naturalidad. Ambos somos expertos en ello. Caminamos a diario por la vida intentando no pisar los huevos que nosotros mismos hemos colocado.

—Buenas noches, parejita —nos saluda de manera casual.

Pero no hay nada casual en él. No hay más que mirarlo a los ojos. Destilan irritabilidad. «¿Qué te pasa, patito? ¿Qué he hecho ahora? ¿Y tienes que venir a decírmelo hoy, que acabo de llegar de un puto viaje de mierda? Porque no estoy de humor».

—Buenas noches, Patricio —responde Chris en el mismo tono.

Yo me mantengo en silencio, a la espera.

—¿Qué tal se encuentran los futuros padres? —le pregunta Patrick a Chris—. ¿Ya tienen nombre para la criatura?

Chris no responde, en su línea.

—Si yo alguna vez tuviera un hijo —continúa el otro—, le pondría de nombre Patrick. Para seguir con la tradición familiar. ¿Y tú?

—No —contesta con sequedad. Tampoco está de humor—. Yo no le pondría de nombre Patrick.

Patrick ríe. Y nunca el CAR había sido testigo de una risa tan falsa.

—¿Y Arturo?

—Arturo, ¿qué? —contraataca Chris un tanto exasperado.

Si lo que pretende Patrick es recibir un guantazo, está a punto de conseguirlo. Y me toca mucho los cojones tener que meterme en medio y evitarlo, porque, de verdad, no estoy de humor. Solo quiero irme a la cama.

—¿Le pondrías a tu hijo de nombre Arturo? —Chris no responde y Patrick continúa—. Dale una vuelta. Y ya nos contarás. ¿Y tú, Andrés? —me pregunta a mí.

—Yo tampoco le pondría Patrick.

—Me rompes el corazón, pero no me refería a eso. ¿Qué tal por Zúrich?

—Increíble.

—Tus patrocinadores te han debido de untar bien de pasta para que hayas dicho que sí a esa

exhibición. Aunque nunca te he visto aceptar nada parecido por dinero. Claro que ibas a ir allí de todas formas para ver qué le ocurría a tu raquetita nueva, así que…

—Mira —le digo con toda la calma y el tacto que tengo, porque es él—, me encantaría seguir charlando contigo, pero acabo de regresar de un viaje agotador y quiero irme a la cama. Otro día seguimos.

—¿Otro día seguimos? —repite con voz de ultratumba.

—Sí, otro día seguimos.

—¿Vosotros os creéis que soy gilipollas?

Suspiro y miro a Chris. Vale. Pues aquí está.

—Vete. Yo me ocupo.

Chris asiente con la cabeza y se larga sin mirar atrás. Una vez más, muy en su línea.

—¿Cuál es tu problema? —le pregunto entonces a Patrick.

—¿Mi problema? Mi problema es que yo he preguntado primero. Mi puto problema es que os debéis de creer que soy gilipollas. Puede que tú seas lo bastante excéntrico, por decirlo de una manera educada, como para querer ir a ver qué le pasa a tu puta raqueta nueva, y puede que Lacoste quiera unir lacitos con su familia ahora que está intentando que la relación con su padre funcione, pero no me creo una mierda. En cuanto me di cuenta de que ninguno de los dos estabais en el CAR, sin partidos a la vista, comencé a sospechar. Después me enteré de dónde estabas tú y tuve una corazonada. El exentrenador de Chris vive en Zúrich y tan solo hay cuatrocientos kilómetros de distancia desde Mónaco. Los Lacoste tienen un jet. Y por si albergaba alguna duda, os veo regresar juntos. Sé que habéis ido allí, así que no intentes negármelo en mi puta cara.

—¿Qué quieres que te diga, Patrick? ¿Qué coño quieres que te diga?

—¡Te pedí que no me excluyeras! —explota—. ¡Te supliqué que no me dejaras de lado en esto!

—¡No te he excluido!

—Oh, ¿en serio? —Eleva los brazos hacia el cielo—. ¿Y cómo llamas tú a largarte a Zúrich con Lacoste sin mí?

—No podías venir con nosotros. Hubiéramos llamado demasiado la atención. Y, además, te necesitaba aquí para que cuidaras de Arturo.

—¡¿Cómo voy a cuidar de Arturo si no sabía que tenía que hacerlo?!

—Sabía que lo harías en cuanto descubrieras que ni Chris ni yo estábamos en el CAR.

Patrick no dice nada en un primer momento porque sabe que tengo razón, pero chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—Eso no es excusa —afirma poco después—. Habríamos encontrado la manera de proteger a Arturo sin mí. Damián podría haberlo hecho. Y mejor que nadie. Yo tenía que haber ido con vosotros.

—Te repito que hubiéramos llamado demasiado la atención. Arturo y Aitana no pueden enterarse de nada.

—Arturo y Aitana no habrían sospechado nada. ¡Al contrario! Lo raro es que yo no haya ido contigo.

Enmudezco y repito su última frase en mi mente. Cuatro veces. «Lo raro es que yo no haya ido contigo». Es un eco tan potente de lo que fuimos que incluso me cuesta respirar.

—Puede que fuera así en el pasado, pero ¿ahora? —le pregunto con dolor—. Ahora habrían hecho preguntas. Tú y yo ya no somos amigos. Ya no vamos juntos a todas partes ni somos el uno una prolongación del otro. Apenas me hablas, Patrick. Con mis hermanos estás de puta

madre, pero de mí no quieres saber nada. Si me hubieras acompañado, habrían flipado. Incluso yo habría flipado.

Patrick me mira con los ojos desorbitados, como si se hubiera acordado de pronto que ya no somos nada. A mí también me costaba creerlo al principio, pero llevo setenta días despertándome con su ausencia en el pecho. He acabado haciéndome a la idea, por pura autopreservación.

—Por eso lo has hecho, ¿verdad? —me pregunta con dolor—. Por eso me has dejado en tierra. Porque estás cabreado conmigo y era otra forma más de hacerme daño.

Sus palabras son como una perforación en el estómago. No es que pueda culparlo. Si yo fuera él, también pensaría lo peor de mí. Sin embargo, está equivocado.

—No. No ha sido porque estuviera cabreado contigo.

—¡Los cojones! Te lo vi en la cara en Navidad, cuando hablamos del accidente de Arturo. Te mosqueaste conmigo, vete a saber por qué mierda, y…

—Me enfadé contigo por la indiferencia con que hablaste de Arturo. Como si estuvieras comentando en una sobremesa el caso de un chico cualquiera que hubieras escuchado en las noticias, en lugar del intento de agresión a *mi* hermano. Pero después Chris habló conmigo y yo… —Ahora soy yo el que chasqueo la lengua—. Sé que no estás pasando por tu mejor momento. Sé que estás cabreado y con un montón de mierdas en la cabeza. Sé que necesitas distancia. Por eso no te he dicho nada sobre este viaje. No quería involucrarte. Quería respetarte. No ha sido por hacerte daño. Te juro —le suplico con los ojos que me crea— que no ha sido por hacerte daño.

—Te supliqué que no me dejaras fuera —susurra.

—No te he dejado fuera. Iba a mandarte un mensaje en cuanto llegara a mi cuarto. Iba a decirte que habíamos ido a ver al exentrenador de Chris e iba a contarte lo que había ocurrido. No sé si a estas alturas mi palabra sirve de algo, pero… Te prometo que iba a escribirte. No me has dado tiempo.

—¿Ibas a mandarme un mensaje? —Patrick se encabrona de nuevo—. ¡¿Un puto mensaje?! ¡No es suficiente, joder!

—¡Pensé que lo sería! —exploto yo también, pero me esfuerzo por calmarme. No quiero gritar a Patrick. No quiero gritar a nadie, joder. Estoy saturado—. Lo pensé de verdad. Pensé que era lo mejor, dadas nuestras circunstancias.

—¡Pensaste mal!

Suspiro y pongo los brazos en jarras.

—¿Qué quieres de mí, Patrick? —le pregunto con el corazón en la mano—. ¿Qué coño quieres de mí?

—Quería que me llevaras contigo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Tú qué coño crees? ¡Para protegerte! ¿Y si llega a hacerte algo?

Oh. Vale. Ahí está. Hace mucho tiempo, cuando teníamos once años, nuestros padres nos subieron en un ferrocarril cremallera con destino a un pueblo cerca de Barcelona situado a dos mil metros de altura para pasar el día en la nieve. Patrick y yo nos perdimos. Poco después nos peleamos porque él quería tirar hacia una dirección y yo hacia otra, y nos separamos durante un par de minutos. El pánico se apoderó de mí. Cuando ambos caminamos hacia atrás sobre nuestros pasos y nos reencontramos, prometimos no separarnos jamás y cuidar siempre el uno del otro, pasara lo que pasara, porque, cuando estábamos juntos, no había espacio para el miedo. Comenzó a nevar. Los cristales de hielo diminutos colisionaban entre sí, se convertían en copos de nieve y se precipitaban sobre nosotros. Eran frágiles a la vista. Pero entonces la tormenta se

intensificó y esos millones de copos unidos ya no eran tan frágiles. Siempre he sentido que aquel día Patrick y yo nos convertimos en una avalancha. Pero ahora no somos más que nieve en polvo sepultada bajo los escombros de mi imposibilidad de quererlo bien.

—Eres demasiado noble —le digo, sintiendo frío de pronto. Me arrebujo en el abrigo—. Tú no tienes que cuidar de mí. Ya no. Sé que juramos protegernos durante el resto de nuestras vidas, pero teníamos once años y las circunstancias han cambiado. Libérate de ese absurdo sentimiento de lealtad hacia mí o no vas a ser libre jamás. No me debes nada, Patrick. Además, Chris estaba allí conmigo.

—¡Me importa una mierda que nuestras circunstancias hayan cambiado y me importa una mierda que Chris estuviera allí contigo! —continúa él enfurecido—. Ese tío, el puto exentrenador, es un cuatro por cuatro. Y supongo que si lo habéis investigado tanto como yo sabéis que no vive con nadie, pero no teníais ni puta idea si os lo encontraríais solo en casa o en compañía. ¿Y si hubiera estado en medio de una fiesta acompañado de cinco amigos igual de cuatro por cuatro que él? La vuestra no era una visita de placer. Fuisteis allí buscando guerra. Podía haber atentado contra vosotros. Si fue capaz de atentar contra Arturo, podría haberte hecho daño a ti. Y tú me has dejado al margen. ¿Es que no lo entiendes? ¡Estaba preocupado por ti! Estaba preocupado porque, a pesar de todo, sigo queriéndote. No puedo dejar de quererte de la noche a la mañana. ¡Quería estar allí contigo y me has dejado al margen! ¿Con qué puto derecho me dejas al margen? ¡Estaba preocupado, joder! ¡Estaba acojonado!

Niega con la cabeza, las lágrimas están a punto de escapársele de los ojos, se da media vuelta y apoya la frente en la primera pared que encuentra a su paso. No espero ni un segundo más. Me acerco a él y lo abrazo por detrás. Le rodeo la cintura con los brazos y apoyo la mejilla derecha en su espalda. Está temblando. Está temblando, joder.

—Ey. Ey —le digo—. Estoy bien. No me ha pasado nada. Estoy bien. Lo siento. Lo siento mucho. Cuando me dijiste que te mantuviera informado pensé solo en eso, en informarte.

—¿Sabes una cosa? —susurra—. Ni siquiera sé de qué me sorprendo. No sé de qué coño me sorprendo, pero te lo voy a repetir una vez más, a ver si te entra en la cabeza. No vuelvas a dejarme fuera. ¿Entendido?

No respondo. Solo trago saliva.

—Prométemelo —insiste.

—No puedo hacerlo —le digo sin dejar de abrazarlo—. Tengo que ir a Cornwall. Y tú no puedes venir conmigo.

Patrick se tensa bajo mi abrazo.

—¿A verlo a *él* ?

—Sí. A él. A Ernesto.

—Voy contigo.

—No. Ni de coña. —Me separo de su cuerpo y lo enfrento—. Llevo siete años preparándome para esto. Siete años preparándome para enfrentar al tío que abusó de mi hermana, y aun así no estoy seguro de cómo voy a reaccionar cuando lo vea. Tú lo tienes todo demasiado reciente. Demasiado a flor de piel. No voy a permitir que pongas tu vida en peligro.

—Chris estará con nosotros.

—No. Chris no puede venir.

—¿Por qué?

—Porque Ernesto no puede vernos juntos. Con el exentrenador de Chris hemos fingido que yo era Arturo, o él lo ha dado por sentado y lo hemos dejado estar, pero eso no servirá de nada con él. Tanto mi presencia con Chris como la de Arturo con Chris llamaría demasiado la atención

ante sus ojos. Y no confío una mierda en él. No voy a arriesgar el futuro de Arturo.

—¿Vas a ir solo?

—Sí.

—¿Y Chris te lo ha permitido?

—No, pero le he mentido. No sabe que voy a ir de todas formas.

—No puedes ir tú solo. Ese tío casi te mata la última vez. Voy contigo.

—No. Ni de coña.

—Si de verdad me has querido alguna vez —me suplica con dolor—, dejarás que vaya contigo.

—Si de verdad tú me sigues queriendo —contraataco—, te quedarás aquí. No puedo hacer lo que quiero hacer si estoy preocupado por ti.

—Entonces no vayas —me pide—. Hazlo por mí. No vayas. No vayamos ninguno de los dos.

—¿Y si ha sido él?

—No lo creo. He estado pensando mucho y he estado investigándolo. Una vez acabó la carrera, se quedó en Cornwall. Lleva viviendo allí desde entonces y solo viene a Barcelona en fechas muy señaladas. Un par de semanas en verano y alguna vez en Navidad, pero no siempre. Y no se movió de allí en las fechas en que sucedió lo de Arturo. Y si lo pensamos en frío, tiene que ser alguien del CAR. La moto de Arturo estaba en perfectas condiciones horas antes. Tan solo horas antes. Lo sé porque lo vi aparcarla antes de ir al cóctel. Llegaba tarde y me acuerdo de que lo vacilé por ello. Quienquiera que lo hiciera fue después de eso. Fue la madrugada de la fiesta. Andrés —reclama mi atención, sujetándome por la barbilla. Yo solo suspiro—, sabes que tengo razón. Lo sabes. Y sé que prefieres que lo haya hecho alguien que está fuera de aquí, bajo el manto de una excusa de mierda, pero la probabilidad es casi nula. Fue alguien del CAR.

Tiene razón. Tiene toda la puta razón. Pero el CAR es familia. Es familia, joder.

—Patrick… ¿Qué coño pudo pasar esa noche para que alguien quisiera hacer daño a Arturo?

—No lo sé. No tengo ni idea. Quizá Arturo hizo algo a alguien, a algún perturbado, o alguien que ya lo tenía en el punto de mira, por lo que sea, aprovechó la oportunidad de que el CAR estaba vacío esa noche. De cualquier forma, es alguien del CAR y cuanto antes lo asumamos, mejor.

—Intentar averiguar si Arturo hizo algo a alguien es un puto callejón sin salida. Necesitaríamos ver y analizar todos sus movimientos y puesto que ni había cámaras en el local ni tenemos el poder de retroceder en el tiempo… Es un puto callejón sin salida.

—Sabemos que Chris se besó con una chica y sabemos que tanto él como Arturo fueron al baño poco después. Yo los vi. Y estuve con ellos.

—¿Quién más estaba en ese baño? Cuando me acerqué a buscar a Arturo vi jaleo, pero pasé de largo.

—Elvira, su amiga Silvia y otra chica que no es del CAR. Pero Arturo no les hizo nada, salvo no dejarlas mear a tiempo.

—Quizá siguieron a Arturo al baño. Quizá alguna de ellas está enamorada de Chris.

—O de ti.

—¿Qué?

—Quizá alguna de ellas está enamorada de ti.

—Elvira.

—Sí. Elvira. Porque quizá no ha sido algo que ha hecho Arturo. Quizá ha sido algo que has hecho tú.

—Esa noche Elvira pudo ver cómo me iba con Nicki —pienso en voz alta—. O puede que

incluso nos viera follar. Lo hicimos en mi puto coche. Pero… yo nunca le he prometido nada a Elvira. Solo follábamos muy de vez en cuando. Me cuesta creer que ella haya atacado a Arturo.

—Puede que para ella no fuera «follar muy de vez en cuando» y puede que quisiera hacerte daño a través de tu hermano. Quizá te vio con Nicki y se volvió loca. La gente hace cosas muy locas por amor. Y no siempre en el buen sentido. ¿Cómo están las cosas con ella? ¿Habéis hablado?

—Un par de veces. Me llamó preocupada en cuanto supo lo del accidente de Arturo y hablamos un rato, pero no demasiado. Ella y yo no hablamos demasiado. Solo follamos, ya te lo he dicho. O follábamos. El otro día en la bolera cruzamos un par de frases y poco más. Se ha dado cuenta de que Nicki y yo estamos juntos, no es que hayamos sido muy discretos, y ha entendido que ya no tiene nada que hacer conmigo.

—¿Cuándo fue la última vez que follasteis?

—La noche de la pelea con Chris en las pistas interiores.

—Eso fue hace más de tres meses.

—Quiero hacer las cosas bien con Nicki. Quiero estar con ella. Solo con ella.

—Vale. ¿Entonces no crees que Elvira tenga algo que ver con toda esta mierda?

—¿La verdad? No. No la creo capaz de hacer algo así.

—Yo tampoco. De todos modos, por si acaso, la tengo en el punto de mira. Ándate con ojo con ella, ¿de acuerdo? Con ella y con toda la gente de este puto centro.

—De acuerdo. Pero también pudo ser alguien de fuera del centro que esperó la oportunidad porque sabía que estábamos en el cóctel. No nos olvidemos de esa posibilidad.

—No la olvido, pero… Tengo una corazonada, Andrés. Es alguien de dentro. Confía en mí. Por favor.

—Confío en ti.

—Bien.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Una lista de todos los que estamos en el CAR.

—¿Y después?

—Empezamos a tachar nombres.

—¿Con base en qué? No podemos eliminar prácticamente a nadie. No podemos confiar en nadie. Y somos más de cuatrocientas personas aquí.

—Hubo gente que no fue a la fiesta. Algunos ya estaban en sus casas, de vacaciones. Otros se encontraban en eventos deportivos. Comenzaremos por ahí. Eliminaremos a todos aquellos que físicamente estuvieran lejos del CAR.

—Bien.

—Bien —repite—. ¿Me cuentas ahora qué ha pasado con el exentrenador de Chris?

—Nos presentamos en la puerta de su casa, entramos casi a la fuerza y Chris lo amenazó de muerte, sujetándolo del cuello. El tío no tenía ni idea de qué hablaba y comenzó a increparnos al pensar que yo era mi hermano. Le explicamos lo que había ocurrido y nos demostró que no se había movido de Zúrich en esas fechas.

—Eso os lo podía haber dicho yo.

—Necesitábamos comprobarlo, Patrick. Él amenazó a mi hermano. Aunque ahora sabemos fue una amenaza vacía. Quiere estar lo más lejos posible de Chris y Arturo. No quiere saber nada. El padre de Chris lo tiene cogido por los huevos. Si se acerca a menos de cien kilómetros de cualquiera de los dos, le arruina la vida. Pero sonrió cuando le contamos lo de Arturo y yo perdí el control. Chris evitó una catástrofe. Nos largamos sin mirar atrás. Y eso fue lo que pasó.

—Muy bien. A partir de ahora, nos ceñiremos a mi plan. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Y para que conste, Arturo sí es algo mío. Si a estas alturas no lo sabes, er…

—Lo sé —lo interrumpo.

—Pues no vuelvas a decir semejante estupidez. Buenas noches.

—Buenas noches. Espera —le pido antes de que se vaya.

—¿Qué?

—Sé que has dejado los saltos. Yo siempre sé lo que pasa en tu vida —le digo cuando veo su cara de confusión—, bueno, menos lo de que estabas liadísimo con mi hermana, de eso no tenía ni idea —carraspeo, saco un papel doblado que llevo en el bolsillo desde hace unos días y se lo ofrezco—. Toma.

Lo coge con recelo.

—¿Qué es esto?

—Tu futuro. Lo que te gustaría ser de mayor, por decirlo de alguna manera. Lo que yo creo que te gustaría ser de mayor. Ábrelo cuando estés preparado para aceptarlo.

Nos quedamos mirándonos y ninguno da un paso hacia la residencia, así que…

—Cuelga tú —le digo con una sonrisa.

Patrick no responde como antaño, solo cuelga de verdad y se da media vuelta, pero a mí la sonrisa no se me borra. Y mis labios silban y tararean una melodía animada porque, de pronto, la vida tiene un sonido diferente. Un sonido mejor.

Has creado el grupo “Apuestas deportivas”
Has añadido a Patito
Has añadido a Chris

Andrés :
A partir de ahora todo lo que tengamos que hablar de ya sabéis qué lo hacemos aquí, ¿OK?

Chris :
OK.

Patito :
OK.

Dos meses y medio después

38: Atrapados entre callejones sin salida

ANDRÉS

Dos meses y medio y seguimos como al principio, en el mismo puto punto muerto.

Nuestros dos sospechosos principales ya no lo son y, de las cuatrocientas personas que somos en el CAR, solo hemos conseguido eliminar a noventa y tres. Eso nos deja trescientos siete sospechosos. Y ni puñetera idea de por dónde seguir. Otra equis en la carretera, pero esta vez sin más caminos por los que tirar. Estamos atrapados entre callejones sin salida.

Mierda.

¡Joder!

39: ¿Cómo consigue un ser humano acercar la mano a la boca de un caimán y alimentarlo?

ARTURO

Dos meses y medio dan para mucho.

Dan para viajar a Río y salirme en los torneos.

Para jugar la Copa Davis y sentirme orgulloso de representar a mi país junto a mi hermano.

Dan para obtener mi primera victoria en el Abierto de Paribas. Y para que Chris me regale una rosa roja de tallo largo a la salida del vestuario.

Para ganar el Abierto de Miami.

Dan para jugar en Montecarlo y perder contra Chris. Para visitar su casa y dar un abrazo a su padre y a Claire. Para descubrir que esperan una niña.

Para jugar el Abierto de Barcelona y ganar en un ambiente único y especial. Y para que Chris me sostenga la puerta del coche cuando mi padre me lleva de regreso al CAR. Justo se encontraba en el aparcamiento y se acercó a saludar.

Mi padre.

Mis padres.

Ellos me están apoyando en todo, tanto dentro como fuera de la pista. No sé qué haría sin ellos. Y siento que nuestra relación ha pasado a otro nivel porque por fin puedo ser yo mismo delante de ellos. Antes no lo era. Antes éramos padres e hijo en un setenta por cierto. Me minaba la moral sin darme cuenta. Ahora lo somos en un cien por cien. Los quiero con locura.

Lo estoy dando todo para poder llegar a Wimbledon y jugar el torneo de mi vida. Mi último torneo. Y lo estoy disfrutando. No odio el tenis, es solo que… Llevo toda la vida dedicándome a ello. Me ha dado muchas cosas pero también me ha quitado otras. Y estoy tan excitado por la oportunidad que supone para mí dejarlo y ser yo mismo que tengo que contenerme porque ahora me toca cerrar esta etapa de mi vida. Y quiero hacerlo bien. Quiero ganar a Chris y quiero pasármelo como nunca. Quiero recordarlo siempre. Quiero que mi último partido sea contra él. Ojalá nos enfrentemos en Wimbledon. Lucho cada día para ello. Sé que, de ser así, me iría con una sonrisa en los labios porque, aunque mi vida vaya a tomar otro rumbo, de alguna manera, yo siempre seré tenis. Tenis con Christopher Lacoste.

Apenas he parado en el centro y Chris y yo apenas nos hemos visto fuera de una pista, y por eso ahora me encuentro en la biblioteca frente a él sin poder dejar de mirarlo de reojo. Él cree que estoy estudiando, pero en realidad estoy observando su cara de concentración al leer, la manera tan sexi en que, sin darse cuenta, se muerde el labio inferior de vez en cuando y la

delicadeza firme con que sus dedos pasan las hojas del libro. Unos dedos que empuñan raquetas y ganan torneos como nadie. Unos dedos que también me tocaban a mí.

«Estadística, Arturo. Concéntrate en la estadística aplicada a la biología marina».

Dios, odio la estadística.

Dami, a mi lado, me da un codazo. Lo miro con inocencia y él me señala el libro con la mirada al tiempo que niega con la cabeza, pero sin dejar de sonreír. Regreso al libro, pero el chirrido de una silla vuelve a desconcentrarme. Levanto la mirada y veo que es Chris, que se dispone a abandonar la biblioteca. Intento ocultar con todas mis fuerzas el bajón emocional.

—Chao, Claramunt —me dice cuando pasa por mi lado. Es la primera vez que me mira en todo este rato.

—*Adeu* — respondo en automático.

Y menos mal, porque me había quedado en blanco. Tan en blanco como van a ser las respuestas de mi próximo examen si no me pongo en serio. Y en eso estoy cuando una hora después vuelven a interrumpirme. Así no hay quien pueda.

—¿Qué haces? —me pregunta mi hermana, asaltando la biblioteca con su voz para nada comedida. Todos nos observan y yo pido disculpas con la mirada.

—Estudiar —susurro.

—Ya… Oye, te propongo algo.

—¿Qué?

—Ven conmigo a las pistas interiores de tenis. Y tú también, Dami.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Para qué? Son más de las diez de la noche.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas.

—A mí me encantan —replica Dami.

—Qué exasperante puedes llegar a ser, tato —me dice Aitana—. ¿Me vas a obligar a sacar la artillería pesada?

—¿Qué artillería pesada?

—Todo esto tiene que ver con Andrés.

—¿Andrés está en las pistas?

—Sí. ¿Vienes o qué?

—Voy.

¿Qué hace mi hermano a estas horas en las pistas? Últimamente no sé dónde se mete ni qué hace. Llevamos desde el día de la borrachera sin ir a por panes de ajo y eso es un récord para nosotros. Nos deben de estar echando de menos casi tanto como nosotros a ellos.

Guardo los libros y los subrayadores en la mochila y abandono la biblioteca detrás de Aitana y Dami. La temperatura de la calle a estas horas de la noche aún no es demasiado cómoda, pero tampoco lo bastante fría como para que no mantenga las mangas del jersey de punto recogidas en los codos. Entramos en las pistas a hurtadillas y lo primero que escucho son los gritos de esfuerzo de dos tenistas cuando las raquetas golpean las pelotas. La cabeza me juega una mala pasada porque juraría que son las voces de Chris y Andrés, pero no puede ser. Hasta que los veo. Sí son Chris y Andrés. Distingo sus siluetas, a pesar de que todo está muy oscuro, excepto la pista del fondo en la que juegan. Nicki y Patrick están apoyados en la pared, a menos de dos metros de nosotros, y observan el partido sin apenas parpadear. Ambos giran la cabeza al sentir nuestra presencia y nos indican con el dedo índice en los labios que mantengamos silencio.

—Que no te vean —me susurra Aitana al oído—. A ti menos que a nadie.

—¿Qué es esto? —susurro de vuelta al mismo tiempo que me apoyo en la pared entre Aitana y Dami, sin poder dejar de mirarlos.

—Esto son Chris y Andrés entrenando juntos. Llevan meses haciéndolo.

—¿Chris ha estado entrenando a Andrés?

—Sí. Cada noche desde hace más de dos meses. No te lo he contado antes porque Chris no quiere que lo sepas. Andrés lo está haciendo genial, a pesar de no haber ganado a Chris ni una sola vez…

—Lacoste es el mejor jugador del mundo —dice Patrick sin mirarnos.

—…, pero ayer jugó mejor que nunca, estaba pletórico, confiado, y he sentido la corazonada de que el gran día podía ser hoy. No quería que te lo perdieras.

Comparto una mirada con mi hermana, son los únicos segundos que dejo de mirarlos a ellos, y sonrío con afecto.

—Gracias —le digo.

Dejo la mochila en el suelo y nos cogemos de la mano. Regreso al partido y pongo todos mis sentidos en él. Por eso Andrés ha mejorado tanto. Ha sido visible a ojos de cualquiera. Rafa, Juan Carlos, Miguel, papá y mamá… todos lo han comentado. Sale a la pista con la cabeza más centrada y se ve reflejado en su juego. No existe periódico deportivo que no se haya hecho eco. Jamás se me habría pasado por la cabeza que Chris tuviera algo que ver. Es cierto que su relación ha mejorado desde mi accidente. Ha pasado de ser fría y distante a ligera y llevadera. Pero esto… Esto es otro nivel. Dos de las personas que más quiero, trabajando juntas. Si ya me sentía orgulloso de Andrés por lo que estaba consiguiendo, ahora lo estoy mucho más. Cómo se ha ganado la confianza de Chris para que le cuente los secretos de su juego (porque aquí los dos le han dado su juego al otro, no hay más que verlos) y lo eleve a la categoría de gran rival es algo que tengo que preguntarle. ¿Cómo consigue un ser humano acercar la mano a la boca de un caimán y alimentarlo?

«Acabas de llamar caimán a tu exnovio». Sí, pero con todo mi cariño.

Y en cuanto al caimán, en cuanto a Chris…

Oh, Chris.

Por fin te estás dando a conocer. Por fin estás mostrando al resto del mundo lo que hasta ahora solo me mostrabas a mí. Mi cervatillo asustado. Estoy tan orgulloso de ti. No puedo dejar de mirarte. No quiero dejar de mirarte. La seguridad en ti mismo, la confianza que irradias. Ese cuerpo tuyo flexionado y a la espera de los golpes de Andrés debería considerarse una de las maravillas del mundo. Desde luego, de mi mundo lo es. Nunca he admirado a alguien en mi vida como te admiro a ti, a pesar de que estás a punto de perder contra mi hermano. Me muerdo el labio inferior. Me cuesta esconder la sonrisa. ¡Va a ganarte! ¡Andrés va a ganarte en un partido de verdad! Está a punto. Casi suelto una carcajada. Y todo gracias a ti.

Punto de partido. Si Andrés lo consigue… Se nos entrecorta a todos la respiración y no recuperamos el aliento, excitados, impacientes, anhelantes, a la espera de ese punto que no acaba de llegar, hasta que llega.

Chris cruza la pelota y la aleja del alcance de Andrés.

Andrés, en una exhibición de su increíble velocidad, llega a la pelota *in extremis* , resbala y lanza un paralelo que Chris no puede devolver.

Un puntazo tan bonito que no olvidaré jamás.

Ni lo olvidará Chris, que se lleva las manos a la cabeza.

Ni lo olvidará Andrés, que grita de pura emoción sin acabar de creérselo.

—Joder. ¡Joder! —grita.

En un gesto tan espontáneo como inevitable nos acercamos corriendo a la pista a abrazar a un Andrés sudoroso que llora en el suelo. Nos tiramos encima de él. Se me saltan las lágrimas. Le doy un beso en la mejilla como puedo, porque los cuerpos de Aitana y Nicki están por todas partes. Lo felicitamos. Lo zarandeamos. Lo alabamos. Lo queremos.

—He ganado al imbécil de Lacoste —me dice a mí, cargado de sentimientos—. Lo he ganado de verdad.

—Has ganado al imbécil de Lacoste —repito yo, riendo y vibrando de emoción.

—Disfrútalo, Andy —responde el otro héroe de esta historia—. Porque va a ser la última vez. Y los entrenamientos acaban aquí y ahora.

Andrés se hace espacio entre nuestros cuerpos, coloca las palmas en el suelo sintético y se incorpora para poder mirar a Chris.

—¿No vas a entrenarme más?

Patrick lo ayuda a levantarse. Patrick no se ha tirado al suelo para abrazarlo, pero tampoco le suelta la mano una vez mi hermano está en pie. No puede dejar de sonreír. Ninguno de nosotros puede. Hasta Dami sonríe, de pie junto a Patrick.

—No soy tu puta niñera, Claramunt Dos. No pienso darte más ventaja. Que tus entrenadores continúen desde aquí.

Andrés asiente con la cabeza. La gratitud le salta de cada poro de su piel.

—Gracias —le dice de corazón.

—No he cambiado tu juego, Andrés. Solo te he ayudado a dejar atrás parte de la mierda con la que sales a la pista. El tenista que ha jugado hoy contra mí siempre ha estado ahí. Sigue así. Y, por cierto —me señala con el dedo—, ¿quién se ha ido de la lengua con Claramunt Uno?

—Yo —responde Aitana orgullosa.

—Traidora.

—Me adoras.

—No es verdad.

—Sí lo eees.

—No lo eees.

Chris sonríe y recoge sus cosas. Todos están ocupados felicitando y abrazando a mi hermano, pero yo no puedo dejar de seguirlo a él con la mirada. Guarda las raquetas, se cuelga la bolsa al hombro y se dispone a marcharse.

—¡Te he ganado! —le grita mi hermano una vez más cuando pasa por nuestro lado.

Chris le enseña el dedo corazón sin girar la cabeza y abandona las pistas. No es hasta que desaparece de mi vista que decido seguirlo. Echo a correr, cojo mi mochila del suelo al vuelo y me la pongo sin detenerme. Lo alcanzo a la altura de la piscina.

—¡Chris! —grito—. ¡Espera!

Se detiene y se gira.

—¿Qué?

Me acerco a él. Aún están los focos encendidos bajo el agua de la piscina y el olor a cloro flota en el ambiente. El canto de las cigarras interrumpe el silencio y siento chispas revolotear, como cuando nos tocamos, pero es imposible porque estamos a un metro de distancia el uno del otro. Está empapado en sudor. El cabello. El cuello. La camiseta. Chris empapado en sudor tiene un puntazo.

—Gracias por ayudar a mi hermano.

—De nada.

—¿Por qué no querías que yo lo supiera?

—Porque esto no tiene que ver contigo. No lo hecho por ti, ni para que tú lo veas.

Nos quedamos en silencio y yo estoy a punto de alargar la mano y coger una de esas chispas, para demostrarme que son reales, pero, en lugar de eso, acorto la distancia que nos separa y le doy un beso en la mejilla. Un beso suave y sincero que despierta tantos recuerdos en mí que…

—Buenas noches —le digo atropelladamente.

… salgo corriendo. Dios, salgo corriendo como un adolescente frente al chico que le gusta, con los mofletes al rojo vivo y muerto de la vergüenza. Pero entonces recuerdo que antes de huir he visto a Chris sonreír y tocarse la mejilla. Y yo también sonrío.

Sonrío durante toda la carrera hasta mi dormitorio.

Sonrío mientras me desvisto y me lavo los dientes, lo que provoca que se me caiga un gotón de pasta y saliva encima.

Sonrío mientras me paso la mano por el estómago y la envuelvo alrededor de mi erección.

Sonrío desvelado en la cama, bocarriba con la mancha en la camiseta y en los calzoncillos, la mirada fija en el techo y los brazos cruzados detrás de la cabeza.

Sonrío cuando me vibra el teléfono en la mesita de noche.

Chris :
Hola, Claramunt.
Chris :
Estoy pensando que…
Chris :
Te invito a cenar.
Chris :
Mañana por la noche.
Chris :
¿Aceptas?

Arturo :
Hola, Lacoste.
Arturo :
Depende.
Arturo :
¿A dónde me llevarías?

Chris :
Mmm… un chico exigente, por lo que veo. No te vale solo con mi presencia.

Arturo :
Eso parece.

Chris :
Te llevaría a un lugar cerca de aquí.

Arturo :

¿Qué lugar? ¿Sirven pescado?

Chris :
Sus especialidades son el pez Napoleón y el atún rojo.

Arturo :
No como ni pez Napoleón ni atún rojo.

Chris :
¿No me digas? ¿Y eso? No te tenía por un rarito.

Arturo :
Son peces en peligro de extinción.

Chris :
Oh. Eres un rarito.

Arturo :
Soy biólogo marino. O estoy a punto de serlo.

Chris :
Lo que yo he dicho. Rarito.

Arturo :
Le saca la lengua como si lo tuviera enfrente

Chris :
Se muerde la suya para no soltar lo primero que le ha venido a la cabeza
Chris :
Pues no sirven nada más a aparte de esos dos bichitos en peligro de extinción.
Chris :
¿Qué hacemos? ¿Vienes o no?

Arturo :
Dame un momento para pensarlo.

Chris :
Se come las uñas mientras el catalán de mirada intensa se lo piensa

Arturo :
Sopesa los pros y contras de salir a cenar con el rubio monegasco a un restaurante donde sirven comida que se niega a probar
Arturo :
Vale. Ya está.

Chris :
¿Veredicto?

Arturo :
Acepto.

Chris :
Pues va a ser que al final sí te vale solo con mi presencia.

Arturo :
Eso parece. :)

Chris :
Quedamos mañana a las 22:30. Te paso a buscar.

Arturo :
No te he dado mi dirección.

Chris :
Ya me la sé. ;)
Chris :
Y ponte guapo.
Chris :
Más, si cabe.
Chris :
Porque el jersey de punto que llevabas hoy con los pantalones de chándal negros y las tenis blancas me han robado la respiración y la sangre del cerebro. Me he empalmado como un quinceañero.

Yo acabo de masturbarme pensando en ti.

Arturo :
No sé qué contestar a eso.

Chris :
Sonríe para sí mismo

Arturo :
Se sonroja. Y no es la primera vez

Chris :
Espera.

Arturo :

¿Qué?

Chris :
Mejor pensado…

Arturo :
¿No te estarás arrepintiendo ya?

Chris :
Ni muerto.
Chris :
Iba a decirte que mejor te pongas un traje.

Arturo :
¿Un traje?

Chris :
Sí. Chaqueta, pantalón de pinzas y camisa.

Arturo :
¿Me vas a llevar a un sitio elegante?

Chris :
Sí.

Arturo :
Vale.

Chris :
Salivando solo de imaginárselo

Arturo :
Se sonroja. Otra vez

Chris :
Bien. Pues hasta mañana, Claramunt.

Arturo :
Bonne nuit, Lacoste. Fais be beaux rêves.

Chris :
¿Hablas francés? Y yo sin saberlo. Al final vas a ser un partidazo y todo.

Arturo :
;)

Chris :
Pd: Con lo que me gustan a mí los partidazos…
Chris :
Pd2: Mándamelo por audio.

Arturo :
AUDIO

Chris :
Cae en la cama desmayado

Desmayado en la almohada caigo yo. Dios, estoy tan locamente enamorado de él que no me cabe más amor en el pecho. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué narices voy a hacer? Por lo pronto, no dejar de sonreír.

40: «El corazón del camarón está en su cabeza»

ARTURO

Toc toc.

Suspiro y cuadro los hombros. Abro la puerta con la intención de hacerme el sorprendido, en plan, «¿ya son las 22:30?», y no como si llevara quince minutos esperándolo con la mano en el pomo y las ganas haciéndome papilla el estómago.

—Hola —le digo de forma casual. Creo que ha quedado natural. Al menos, no he tartamudeado.

Y menos mal que lo he saludado antes de mirarlo de arriba abajo, porque, con la atención de mi cerebro fija en que mis piernas, convertidas en pez babosa, no se derritan y me sigan sosteniendo, me habría quedado sin voz.

Guau.

Qué cosa más bonita.

Postura indolente con medio cuerpo apoyado en el marco de la puerta, brazos cruzados en el pecho y piernas cruzadas en los tobillos. Pantalones pitillo de traje de color verde bosque adheridos a sus piernas a más no poder. Chaqueta a juego. Camisa blanca sin corbata con los tres primeros botones desabrochados (como yo). Y tenis blancas (como las mías). Pelo engominado. Ojos vivaces, tan luminosos, tan transparentes, que te transportan a otro mundo. Sonrisa de infarto. Un pendiente de aro en el lóbulo de la oreja izquierda. Oh, hacía años que no se lo ponía. ¿Desde los dieciocho?

¿Cómo puede estar más guapo cada día? ¿Cómo una sola persona puede gustarme tantísimo, hasta robarme el aliento? ¿Cómo puede llevar dejándome sin palabras durante casi diez años? ¿Cómo es posible que jamás me haya llamado la atención el rostro de ninguna otra persona? Christopher Lacoste ha sido, es y siempre será la imagen más bonita que se grabará en mis retinas durante el transcurso de mi vida. La papilla que se me ha instalado en el estómago da vueltas y vueltas sin parar. Tantas que incluso tiemblo. «¿Por qué estás tan nervioso, Arturo? Solo es una cena. Has cenado cientos de veces con él».

Porque no es solo una cena.

No sé lo que es, lo que va a ser, pero no es solo una cena. Y estoy aterrorizado. No sé qué hacer. No sé si dejarme llevar por el corazón, como en los nueve años en que estuvimos juntos, o si debo escuchar solo a mi cabeza, como en los últimos meses.

«Siempre con el corazón por delante, Arturo».

—Buenas noches, Arturito. El azul eléctrico te sienta bien.

Ahora el repaso me lo pega él a mí, sin ápice de vergüenza ni disimulo. Baja la mirada hasta mis pies y va subiendo poco a poco. Me tambaleo cuando llega a mis ojos y se lame el labio inferior en un acto tan provocativo como consciente, aunque después me mire con cara de inocente, como si no hubiera roto un plato en su vida y el gesto le hubiera salido involuntario. Casi cuela. Casi. Chris no sabe lo que es la inocencia, pero ¿la provocación? Podría dar clases en la universidad. Y yo me sentaría en primera fila. Cada día. Hasta mi último aliento.

—Aunque… ¿zapatillas de tenis con traje y chaqueta? Qué informal.

Bajo la mirada a sus deportivas y le levanto una ceja. Él me guiña un ojo.

—¿Estás preparado? —me pregunta entonces, aguantándose las ganas de reír.

Cierro la puerta y paso por su lado chocando mi hombro con el suyo.

—Nací preparado.

¡Buala! No me río de mí mismo de milagro.

«Ahí te has pasado, Arturito».

«Calla».

Chris ríe detrás de mí y me alcanza enseguida. Caminamos juntos hacia las escaleras y ninguno de los compañeros con los que nos cruzamos nos mira con extrañeza; supondrán que vamos a algún evento que requiere etiqueta. Algunos sí nos lanzan un par de silbidos fiuuu fiuuu, como si se hubieran quedado pasmados ante tanta belleza —Chris tiene ese efecto—, y otros nos gritan piropos. Oh, y un par de ellos nos guiñan un ojo con disimulo. Vale, esos también lo saben.

Abandonamos la residencia y yo me dirijo hacia el aparcamiento, pero Chris me coge de la mano y corrige mi rumbo hacia el edificio principal. El roce solo dura unos segundos, apenas es una caricia de sus dedos en los míos, pero, por muy efímero que haya sido, ha activado más terminaciones nerviosas en mi cuerpo que un feroz aguacero que arrasa contigo en pleno día de verano.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, y disimulo como puedo el temor de rozarme yo mismo los dedos y borrar la marca de sus huellas.

—A un lugar cerca de aquí.

—¿Nos quedamos en el CAR?

—Nos quedamos en el CAR.

Subimos hasta el tercer piso y llegamos a una de las salas que menos se usan en el centro. Es la misma sala donde nos escondimos el día de la fiesta de bienvenida de septiembre. Yo arrugo la frente. En serio, ¿qué hacemos aquí? Chris abre la puerta y… Debo de estar soñando. O tal vez sea cierto eso de que sus ojos te transportan a otra realidad, a una más mágica, como el armario de Narnia, porque es imposible que este sea el mismo lugar. Entro y doy vueltas sobre mí mismo. Despacio. De fondo suena *Apologize*, de OneRepublic.

Las luces están apagadas y reinaría la oscuridad total si no fuera por las miles de luces diminutas en el techo y las paredes que lo iluminan todo de un azul muy potente.

Hay hileras de globos transparentes que simulan ser burbujas que flotan en el aire por toda la sala.

Una máquina de proyección llena la estancia de imágenes subacuáticas alrededor de nosotros. Es como estar debajo del agua.

La mesa donde nos escondimos está cubierta por un mantel azul marino y hay un montón de canapés y un bol gigante lleno de un líquido rojo que… ¿eso es ponche de frutas?

Y también nos rodean medusas cristalinas pero de todos los colores al mismo tiempo,

suspendidas entre nosotros. Me acerco a tocarlas. Son muy suaves al tacto. ¿Silicona? Sí. Son como las de la pecera gigante de mi habitación de Barcelona.

—Estamos en el fondo del mar —susurro.

—Sí.

Chris traga saliva a mi lado. Lo miro. Está asustado. ¿Por qué?

—¿Te ahogas? —me pregunta en otro susurro.

Cierro los ojos ante el reconocimiento. Mis pesadillas. Hace muchísimo tiempo que no tengo ninguna (que yo recuerde), pero no he podido sumergirme en el mar a varios metros de profundidad. Andrés me ha propuesto en un par de ocasiones que vayamos a bucear, pero lo estoy posponiendo. Tengo miedo de sentir miedo ahí abajo. Miedo al miedo. Porque el agua del mar es mi vida. Y mi futuro. Y no solo en el plano laboral. Aún me queda tanto por explorar ahí abajo… Hace un par de años convencí a Chris para que se metiera conmigo en un submarino a cien metros de profundidad. Fue increíble. Y le prometí que algún día lo llevaría hasta la Fosa de las Marianas, el punto más profundo de la Tierra, a casi once mil metros de profundidad. Él se rio en mi cara y me dijo algo así como…

«Ni de coña voy ahí abajo. Y tú tampoco. ¿Estás pirado?».

«No te preocupes, te cogeré de la mano para que no tengas miedo », le respondí yo, y le di un beso casto en la boca.

«Ni por un millón de besos tuyos. Qué coño, ¡ni por un millón de mamadas!».

Entonces reí yo.

«Ya veremos».

«Ni lo sueñes, Arturo. Quítatelo de la cabeza».

Abro los ojos y regreso al presente. Chris sigue a mi lado, expectante. «¿Por eso has creado todo esto? ¿Para asegurarte de que mis sueños sigan estando ahí? Pero ¿cómo has sabido lo que me rondaba la cabeza? ¿Cómo has sabido que tengo miedo a meterme en el agua? Nunca te he hablado de ello. Ni a ti ni a nadie».

—No me ahogo —respondo por fin—. No es ansiedad lo que siento.

—¿Y qué sientes?

—Hogar.

Una sonrisa enorme le ilumina la cara. Yo también sonrío, y le doy un codazo.

—Cómo te la has jugado, ¿no? —le digo en broma. Necesito bajar la intensidad de todo esto.

Chris ríe nervioso.

—La apuesta más arriesgada de mi vida. Pero merecía la pena.

—Gracias —le agradezco de corazón.

Chris carraspea y señala la sala con el brazo.

—Pues ya solo me queda decir que… Bienvenido a tu baile de graduación.

—¿A dónde?

—Oh, ¿no te lo he dicho? Tenemos dieciocho años, vivimos en Estados Unidos y este es nuestro baile de graduación. Yo te he pedido que seas mi pareja y tú has aceptado sin pensártelo un segundo. Tengo la intuición de que me esperabas. Y a mí nunca me falla la intuición.

Se acerca a la mesa y alcanza una caja pequeña transparente. La abre y retira de dentro un ramillete de flores rojas y azules. Viene de nuevo a mí y me coge la muñeca para ponérmelo. El contacto es electrizante, una vez más. Y cuando me recupero y me centro en lo que me ha dicho, registro sus palabras y río sin poder evitarlo.

—¿Por eso te has puesto el pendiente?

—Qué observador, Claramunt.

—¿Y puedo preguntar por qué tenemos que fingir ser americanos y tener dieciocho años?

Chris niega con la cabeza.

—Me temo que eso tendrás que averiguarlo tú solo. De momento… ¿Quieres comer algo?

Acepto con un movimiento de cabeza y nos acercamos a la mesa. Ahora entiendo lo del ponche. Chris llena dos vasos y me ofrece uno. Bebo un sorbo y carraspeo al tragarlo, por no decir que casi lo escupo. Dios, ¡arde! ¿No se supone que el ponche no lleva alcohol? Esto es puro ron. Vuelvo a dejarlo en la mesa.

—Está un poco cargadito…

Chris lo prueba y pone mala cara.

—Un poco bastante —opina.

—¿No querrás emborracharme?

—¡No! —responde al instante.

—Vale vale —levanto las manos—. Te creo.

—Habrá que darle un toque al responsable del *catering* —dice un tanto molesto con el responsable en cuestión. O cagándose en todo—. Aunque cuando te emborrachas tienes un puntito divertido.

—Jo, jo —me burlo, y le saco la lengua.

Chris saca la suya y se chupa el labio inferior; esta vez, inconsciente de verdad. Y a mí me da igual que sea consciente o inconsciente, el efecto es el mismo. «Céntrate, Arturo». Mmm, ¿así que el ponche no lo ha hecho él? Y, entonces, ¿quién lo ha ayudado? No solo con el ponche. Con todo esto. No quiero pasarme de listo, pero el exceso de alcohol lleva la firma de Andrés. Vamos, que me apuesto una mano a que ha sido él y no la pierdo.

Carraspeo, por no reírme, y cambio de tema. Hace días que quiero preguntarle a Chris por las novedades respecto al embarazo de Claire y que finjamos tener dieciocho años no quita que el entorno que nos rodea tenga que ser diferente.

—He oído por los pasillos del insti que vas a tener una hermana. —Cojo un canapé y lo pruebo. Mmm, está muy bueno—. ¿Cómo lo llevas?

Chris suelta tal carcajada que incluso consigue sobresaltarme.

—¿En los «pasillos del insti»?

Le doy un golpe en el brazo.

—Me estoy metiendo en el papel, idiota.

—Claro, claro.

Chris me mira con intensidad y con un brillo que hace que me estremezca.

—¿Por qué me miras así?

—Porque eres una monada, Arturo Claramunt.

Eso por preguntar. «No te sonrojes. Piensa en otra cosa».

—¿Me sigues contando o qué?

—Has conseguido distraerme. ¿Por dónde iba?

—Por cómo te sientes respecto a la noticia de que vas a tener una hermana.

—Ah, sí. Bien, me alegro por ellos, sobre todo por mi padre. A Claire aún no la conozco lo suficiente como para apreciarla y sentir emociones respecto a ella —Oh, mi niño. Siempre tan esquivo y sincero al mismo tiempo—, pero reconozco que es un poco locura. Me cuesta hacerme a la idea.

—¿Por qué?

Agradezco el cambio de rumbo. Estaba a punto de abrazarlo.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

Me como otro canapé y bebo otro sorbo del ron a palo seco con un ligero toque a fruta. Sigue ardiéndome en el esófago una vez ha pasado.

—Imagínate que tú y yo fuéramos novios.

Asiento con la cabeza, muy natural todo, aunque el canapé casi se me atasca en la garganta. Trago. «No cojas otro, Arturo», pero mi mano desobediente coge otro.

—Un día yo te digo que voy a tener una hermana. Y ya no es algo que hayas «oído por los pasillos del insti». Te lo ha contado tu novio. Tu novio que está a punto de tener una hermana. Viéndolo así de cerca impacta un poco más, ¿no? —Vuelvo a asentir. Creo que entiendo su razonamiento—. Hay una diferencia de dieciocho años. Me refiero, tú estás a punto de ir a la universidad y yo de convertirme en uno de los mejores tenistas del mundo.

Creído. Me lo como.

—¿Juegas al tenis?

—Sí.

—Qué sexi.

Mierda. No he podido evitarlo. Culpemos a las hormonas adolescentes. O al ron. Chris me mira con socarronería. Nunca desaprovecha una oportunidad.

—Lo sé —admite, muy pagado de sí mismo.

—Siempre me ha gustado el tenis. Como *hobby* .

—¿Juegas?

—Me defiendo.

—Me lo apunto. Quizá pueda enseñarte algo. —Carcajada involuntaria—. En fin, como te decía, no me interrumpas ni me líes más —sonrío y cojo otro canapé; me estoy poniendo morado —, hay una diferencia importante de edad. Vidas diferentes. Y ahora imagínate que no tenemos dieciocho años y somos novietes. Tenemos veinticinco y somos una pareja estable. Y es muy probable que en poco tiempo acabemos casándonos. ¿Lo tienes?

Ahora el que traga saliva soy yo. Menos mal que el canapé ya me lo había comido.

—Lo tengo —susurro. Y no pretendía susurrar, pero no he podido evitarlo.

—Y entonces yo te digo que voy a tener una hermana. Y que tú vas a tener una cuñada. Una cuñada que es un… bebé. Podrás sostenerla entre tus brazos. Cogerle la manita diminuta. Ver sus primeros pasos y escuchar sus primeras palabras. Mi padre y Claire la dejarán a nuestro cuidado cuando quieran salir a cenar y… Y nosotros tendremos hijos en algún momento y tu cuñada estará más cerca de su edad que de la nuestra. Entablarán una bonita amistad, organizarán fiestas de pijamas en nuestra casa y llegará un día en que nos robarán botellas de alcohol de la cocina. Y creerán que no nos hemos dado cuenta. Y ella también será nuestra niña bonita y… Se supone que los tíos son mayores que los sobrinos y las cuñadas no son compañeras de juegos de tus hijos. Pero a veces sucede y es tan increíble como inusual. Y a eso me refería con que todo esto es una puta locura.

Guau. Me he quedado sin palabras. Y lo entiendo. Entiendo todo lo que me ha explicado. Entiendo la sensación porque… voy a tener una cuñada bebé. O voy a tenerla en esta realidad alternativa. ¿Alternativa, Arturo? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo aquí con él? Por lo pronto, darme cuenta de que este Chris no es el mismo, ni de lejos, que el de hace un año. El Chris de hace un año habría sentido rechazo hacia toda esta situación. Y otra vez tengo ganas de abrazarlo. Porque lo está haciendo tan bien. Tan tan bien. Está aceptando que su madre ya no

está, pero que la vida sigue. Y no tiene miedo. Al contrario, yo solo veo ganas de vivir. Ganas de vivir en voz alta.

—¿Arturo?

—Sí —carraspeo—, perdona. Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que tienes razón. Es una locura.

—¿De verdad lo crees? —susurra. Y no es el susurro lo que hace que me dé un vuelco el corazón. Es la vulnerabilidad. Chris es la persona más fuerte y segura de sí misma que conozco. Verlo vulnerable, inseguro y asustado me rompe el corazón.

—Sí, de verdad lo creo. —Levanto la mano y le acaricio la mejilla y el pelo—. Y es un buen pensamiento, Chris. Racional y aceptable. Sano. No es malo. Ni de coña es malo, ¿me oyes?

—Sí. Gracias —me dice, alternando la mirada entre mis ojos y mi mano, todavía en su pelo.

—De nada.

Carraspeo otra vez, es la noche de los carraspeos, retiro la mano de su cabeza y como ahora no sé qué hacer con ella cojo el vaso con el ron y bebo otro sorbo. «Mierda, ya no queda más».

—¿Qué tal los canapés? —me pregunta Chris divertido—. Te has puesto morado…

—Están muy buenos. Felicita al del *catering* de mi parte.

—Ya veremos…

Dejo salir una carcajada.

—¿Quieres bailar conmigo? —pregunta de pronto.

Alarga el brazo y me ofrece la mano. Se la cojo, en una aceptación tácita, y me lleva al centro de la sala. Ahora suena *Yours* , de Conan Gray.

—Tengo un par de peticiones más —le explico de camino—, tendrá que ser algo rápido.

Chris se hace el ofendido.

—¿Quién te ronda, Claramunt Uno?

—Ese chico con el que me he emparejado un par de veces en las prácticas de laboratorio —me invento sobre la marcha—. ¿Te suena?

Llegamos al centro de la pista. Chris me rodea la cintura con los brazos y yo le rodeo el cuello con los míos, pero mantenemos la distancia. El resto de nuestros cuerpos permanece a unos centímetros razonables. Comenzamos a balancearnos.

—¿El bajito?

—No. El alto. El que juega a baloncesto. Es una máquina.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo. El que sufrió una caída superaparatosa y se ha quedado sin dentadura de por vida. Un poco patoso, para ser deportista…

—No. Ese tampoco es. El que yo te digo tiene unos dientes perfectos. Todos blancos y en su sitio.

—Mmm, vale, ya sé. ¿El moreno bocazas de mirada impertinente y ceño fruncido constante?

—No. Ese es mi hermano.

Los dos rompemos a reír al mismo tiempo.

—Se lo voy a decir —me amenaza.

—No te atreverás.

—Ya lo creo que me atreveré. Aunque puede que, si me das otro beso en la mejilla como el de ayer, se me olvide.

—Me lo voy a pensar.

—Mientras te lo piensas, dile al baloncestista compañero de laboratorio que espere sentado. Me pido una canción más.

—Nos está mirando.

—Bien. Que mire.

Chris me aprieta más entre sus brazos y yo recuesto la cabeza en su hombro. Ahora sí nos tocamos con cada fibra de nuestros cuerpos. Huele tanto a… Chris. Me atrae. Me atrae hacia él sin remedio. Cierro los ojos y me dejo llevar. Permito que él nos meza sin pensar en nada. No quiero pensar en nada. Solo quiero estar aquí con él, bailando al son de esta canción, y que el mundo y nuestros problemas se desvanezcan. Por favor, que se desvanezcan. Que desparezca todo y solo quedemos nosotros.

—Están sonando mis canciones favoritas —murmuro sobre su cuello. Y el impulso de besarlo es tan fuerte que tengo que morderme los labios.

—¿En serio? Como elegidas a medida, ¿verdad? Qué suerte la tuya, Claramunt —bromea.

Sonrío y sigo disfrutando de este momento único que es solo nuestro. Y entonces suena el siguiente tema, *Like my father* , y yo vuelo al instante hacia el recuerdo de aquella tarde de junio en que me dejó sentarme al volante de su Jaguar amarillo. Aquella tarde en que su pelo lucía más rubio que de costumbre. Y sus ojos más azules que la noche previa pero menos que la posterior. La sonrisa más ancha que el río de la Plata. Aquella tarde en que él iba a mi lado, me acariciaba el muslo con una de sus manos y a través de los altavoces sonaba esta canción de Jax.

—Esta es mi canción favorita del mundo —confieso en voz alta.

—¿Por qué te gusta tanto?

—Por la letra.

—¿Qué dice?

—Dice…

Me concentro en la letra. Habla de amar. De que ella quiere que él la ame como su padre ama a su madre. De que de ellos aprendió que el amor verdadero empieza con una bonita amistad. Con un beso en la frente. Con una cita para cenar. Habla de que ella quiere rosas pero también mensajes obscenos. Y que su pareja le sujete la puerta cuando sale del coche. Y que, en un gesto espontáneo, comiencen a bailar pegados en el salón de su casa, como si tuvieran dieciocho años y se encontraran en su baile de graduación. Reírse el uno del otro y dejarse ganar cuando juegan al Scrabble. Ella quier…

Abro los ojos y me congelo. Detengo nuestro balanceo. Mi cabeza captura varios recuerdos de los últimos meses, como relámpagos fulminantes que caen desde el cielo y sacuden el mundo. *Mi* mundo.

Chris regalándome una rosa cuando gané el Abierto de Paribas.

Chris mandándome, ayer mismo, un mensaje obsceno. «Me he empalmado como un quinceañero».

Chris abriéndome la puerta del coche cuando llegué al CAR después de ganar en Barcelona.

Chris recreando un baile de graduación para que podamos bailar pegados, como si tuviéramos dieciocho años.

Levanto la cabeza y lo enfrento con los ojos anegados de lágrimas, más inestable que nunca. Ha recreado la canción para mí. Chris ha recreado la canción de Jax para mí.

—Chris…

—No digas nada, por favor —me suplica—. No digas nada. No tomes una decisión precipitada; ni para bien, ni para mal. Piénsalo. Piensa en nosotros. Piensa en lo que quieres, y en si lo quieres conmigo. Yo sí lo quiero contigo. Hasta mi último día. Tengo muchas cosas que decirte, pero… No quiero correr. Contigo no quiero correr, tete. —Me sujeta la cabeza por detrás y une nuestras frentes. Ahora, los dos lloramos—. Podemos ir poco a poco, dar pasos pequeños,

de algún animal diminuto de esos que solo tú conoces pero que dejen una huella tan firme como las de un mamut. Y que no haya marcha atrás. Sobre todo, que no haya marcha atrás. Que se queden marcadas en la tierra para siempre.

—Chris…

—No llores. —Chris se aleja de mí y me limpia las lágrimas con las yemas de los dedos. Se sorbe la nariz y se limpia las suyas—. Vamos, el baile se ha acabado ya. Te acompaño a casa. Qué menos, ¿no?

Río, en medio de la congoja, y asiento con la cabeza.

—Vale.

Me coge de la mano, entrelazamos los dedos, abandonamos el salón y ya nunca nos soltamos. Y el camino a mi dormitorio pasa demasiado rápido. ¿Tan poca distancia hay? Apenas me da tiempo a recuperar el equilibrio y caminar de nuevo por la línea recta que rige mi vida. Y ni siquiera la recupero del todo. Porque trastabillo. Por él. Siempre por él. Siempre en la cuerda floja por él. Entonces me detengo en medio de esa cuerda, de ese camino que parece interminable, porque no consigo ver algo más allá de un par de metros, y me pregunto: «¿Qué pasaría si saltaras, Arturo? ¿Qué pasaría?».

Y ya estamos en la puerta de mi habitación. Chris me suelta la mano y comienza a darme las buenas noches. Y yo no sé si esto es real o si estoy soñando. Si estamos aquí o si todo ha sido producto de mi imaginación. Sus palabras suenan lejanas, amortiguadas, atenuadas por una voz mucho más potente que me grita: «Salta».

Una y otra vez.

«Salta, salta, salta, salta, salta».

Y otra vez.

SALTA.

—Hasta mañana —me dice Chris.

—*Adeu* —respondo en automático.

Se da media vuelta y se aleja de mí. Pero entonces gira la cabeza y…

—Oh, y con respecto a ese beso en la mejilla que me deb…

…Y entonces salto.

Acorto la distancia que nos separa de una zancada, le sujeto la parte posterior de la cabeza con una mano y una mejilla con la otra y uno nuestros labios en un beso tan abrasador que las llamaradas me queman hasta el alma.

¿Y qué pasa?

Pasa que he caído, sí, pero él me estaba esperando abajo, en tierra firme, con los brazos abiertos. Y el gemido que sale de la boca de Chris es tan agónico, tan ansioso y anhelante, que hace que mi corazón también me salte dentro del pecho. Me mete la lengua más allá de mis labios hasta que se encuentra con la mía. Ahora el que gime soy yo, o los dos, ya no sé. Abrimos la boca para llegar más profundo y nos devoramos el uno al otro. Yo lo empujo hasta que lo empotro contra la pared del pasillo y él desliza una de sus manos desde mi mejilla hasta la parte posterior de mi cuello. Me agarra del pelo y envía destellos de placer a través de todo mi cuerpo. Jadeo. Contengo la respiración. Y jadeo otra vez. Dejamos de besarnos para poder respirar y Chris pasa la punta de la lengua sobre mi labio inferior y luego lo muerde con los dientes.

—Tete…

Suspiro, gimo una vez contra sus labios y ataco de nuevo su boca, chupándole la lengua y conquistándolo todo, apretándome contra él hasta que no queda una sola pulgada de espacio entre nosotros. Mi erección presiona contra la suya mientras lo aplasto más contra la pared con el

peso de mi cuerpo. Su brazo se aprieta alrededor de mi cintura, como si no estuviéramos lo bastante cerca, hasta que de pronto deja de rodearme. Y su otra mano deja de estrujarme el pelo. Entonces noto que me quita la chaqueta y que cae al suelo. Y que intenta desabrocharme los botones de la camisa. Oh, qué buena idea.

Sin dejar de besarlo, yo también le quito la chaqueta y comienzo a soltarle los suyos, pero no voy lo bastante rápido, así que le saco la camisa de dentro de los pantalones pitillo y estiro con fuerza, arrancándolos todos de un tirón. Mi polla salta de pura lujuria dentro de mis pantalones. Oh, Dios. Seguimos devorándonos, pero ahora también se tocan nuestros pechos. Piel con piel. El *piercing* del pezón. Lleva puesto el *piercing* del pezón. Sin poder aguantarme las ganas, abandono su boca y voy directo a él. Me lo meto en la boca, lo chupo, cuelo la lengua por el aro y consigo arrancarle cuatro gemidos más. Es música celestial. Chris vuelve a enredar las manos en mi pelo y tira con fuerza.

Le agarro del culo y encajo nuestras caderas hasta que nuestras erecciones se tocan. Vuelvo a su boca. Y comienzo a moverme. Comienzo a follármelo contra la pared. Aunque no estoy seguro de quién folla a quién, Chris empuja tan fuerte hacia mí como yo hacia él. Todo me cosquillea. Los labios me cosquillean. El estómago me cosquillea. Las piernas me cosquillean. La polla me cosquillea. Fogonazos de placer que… Oh, mierda.

«No te corras en los pantalones, Arturo, por favor. Aguanta un poco más».

—Te prometo una segunda ronda si me corro en los pantalones en este instante —gimo contra su boca sin dejar de empujar.

«Bocazas».

Chris solloza, acelera las embestidas y de pronto siento humedad en sus pantalones. Me aparto de su boca y miro hacia abajo sin dejar de moverme. Se ha corrido. Lo miro a la cara. Él no deja de empujar. Yo tampoco. Chris me mira a los ojos con los dientes cortándole el labio inferior. Gime, gime y gime. No se ha corrido. Se está corriendo. Oh, Dios, se está corriendo. Conozco su cara cuando se corre y aún no ha terminado. ¡Dios! Me corro. Me corro, me corro, me corro. Oh, Dios. Y exploto. Exploto en un orgasmo que parece no tener fin. Mojo los pantalones y no dejo de frotarme contra él hasta que los fogonazos de placer cesan y me dejo caer todo yo contra su cuerpo, derrotado.

Joder.

Por Dios, no nos hemos ni bajado los pantalones.

Él me recibe con un abrazo y un beso en la cabeza. Me froto contra su cuello y ronroneo. Chris sonríe. Nos abrazamos con más fuerza.

—Tete…

Levanto la cabeza y lo miro. Tiene una pinta de recién follado, de recién follado por mí, que da gusto.

—¿Sí?

—Hola.

—Hola.

—Quiero decirte una cosa.

—¿Qué?

—A veces tengo la sensación de que las palabras han perdido parte de su fuerza. Y de que hay que hacer un gran acto de amor para decir «te quiero», cuando ya solo decirlo es una inmensidad. Una puta inmensidad.

Yo me he quedado sin palabras. Chris… Oh, Chris…

—Te quiero, Claramunt. Te quiero desde hace mil años.

Se me corta la respiración, el mundo deja de girar y yo sigo sin poder hablar. Solo puedo llorar. Llorar de pura dicha. ¿Me quiere? ¿Chris me quiere? ¿Esto es real?

—Querer tanto como yo te quiero a ti… —continúa—. Es una sensación increíble, te sientes en el puto cielo, pero también asusta. Asusta como nada. Yo estaba asustado, Arturo. Muy asustado. Tenía miedo a la pérdida, y eso me ha bloqueado siempre, pero te he querido con locura casi desde el primer día. No quería usar el corazón para nada que no fuera mi riego sanguíneo. Pero creo que comencé a quererte con el resto de mi cuerpo. Con cada parte. Una vez me dijiste que el corazón del camarón está en su cabeza. Y yo estoy seguro de que el pecho les palpita de alguna manera por la camarona de turno. —Río y lloro. Y tiemblo. Todo a la vez—. Me refiero a que, querer es querer, ¿no? No hay que hacerlo solo con el corazón. Solo hay que querer, y cada uno queremos como podemos. Yo jamás he querido hacerte daño a propósito. Al contrario, podría besar el suelo que tú pisas. O el agua por la que buceas.

—Las esponjas de mar carecen de cabeza, boca, ojos, huesos, corazón, pulmones y cerebro. Y a pesar de ello están vivas.

«¿En serio, Arturo?».

Mierda, estoy nervioso.

Chris se ríe y niega con la cabeza.

—Shh —me susurra—. No llores y bésame.

Siempre.

Le doy un beso rápido, fuerte contra sus labios, y luego otro. Y otro, y otro y otro. Todos sin lengua. Así también saben de maravilla. No he probado nada mejor. Sigo llorando pero sobre todo río. Río a mandíbula abierta y me siento la persona más feliz del universo. Podría incluso extender los brazos y volar.

—Te quiero. Te quiero, te quiero, te quiero —le digo entre beso y beso mientras nos redirijo a mi habitación—. Nunca he dejado de quererte. Nunca dejaré de quererte. Y estamos en medio del pasillo.

—¿Me quieres?

—Claro que te quiero.

—Pues lo demás me suda la polla.

Carcajada.

Me giro para abrir la puerta y él me abraza de cuerpo entero por detrás, enviando chispas de placer por mi columna vertebral. Sus abrazos suelen tener ese efecto en mí. Comienza a besarme el cuello y a tocarme por todas partes. Así es imposible abrir nada.

—Chsss, estate quieto un momento.

Su única respuesta es besarme y tocarme más. Me quita la camisa y deja que caiga al suelo. Me acaricia los omoplatos con la lengua y me hace cosquillas con las yemas de los dedos en la zona del ombligo. No sé cómo, pero consigo abrir la puerta en medio de tal panorama y nos meto dentro. Me doy la vuelta y lo miro frente a frente. Los ojos azules le brillan de alegría mientras le cojo la mano, tiro de él y lo llevo hacia la cama. En el último momento, él me empuja por los hombros y soy yo el que cae en el colchón, con medio cuerpo dentro, de cintura para abajo, y el otro medio fuera. Chris se sube a la cama de rodillas y se coloca encima de mis caderas. Me ayudo de las manos y subo del todo a la cama. Nos miramos a los ojos. Levanto el brazo y le aparto el pelo de la frente. Con lo peinadito que venía y ahora está hecho un desastre. Un desastre espectacular.

—Tócame, Arturo —me suplica—. Tócame y nunca dejes de hacerlo.

Y entonces escuchamos los gritos.

—¡Podríais al menos no dejar la ropa tirada en el pasillo, joder! ¡Y cerrad la puerta! Alucino.

Andrés.

ANDRÉS

Vemos a Arturo y a Chris abandonar la sala y nos acercamos con sigilo. Con todo el sigilo posible si tenemos en cuenta que llevo en brazos a una coneja que se revuelve como una culebrilla.

—Shh, estate quieta, René.

—Quiere ir con ellos —me dice Patrick.

—Ya, pues va a ser que no. Si todo sale según lo planeado, esta noche se queda a dormir con el tío Andrés.

—¿Crees que les ha ido bien? A Chris y Arturo, me refiero.

—No lo sé.

Eso espero. Iban de la mano y eso es bueno, ¿no? Entramos en la sala, comprobamos que todo está bien y cerramos con llave para que nadie lo vea hasta que lo recojamos todo. Le he prometido a Julia que mañana estaría todo limpio, como si no hubiera pasado nada, y es un curro de la hostia, así que más le vale a Arturo haber caído rendido a los pies del Príncipe Liante. Que por muy príncipe que sea, mañana no se libra de limpiar. Ni de coña.

Dejo a René en el suelo y la llevo con la correa. O ella me lleva a mí. Regresamos a la residencia en un paseo agradable, a pesar de los tirones del animalillo de los cojones. Patrick y yo apenas hablamos, pero no es necesario. Llegamos a mi piso y me planteo por un segundo quedarme quietecito en la habitación, pero ni loco. Sigo subiendo. Patrick me mira con diversión.

—Solo voy a comprobar que esté todo bien —me justifico.

Llegamos a su piso y en cuanto nos internamos en el pasillo vemos ropa tirada en el suelo. Pero ¿qué…?

Nos acercamos y comprobamos que son las chaquetas de Chris y mi hermano. ¡Y una camisa! ¿Se lo han montado en el pasillo?

—La puerta está abierta —susurra Patrick.

—¿Qué?

Me hace un gesto con el dedo para que guarde silencio y señala la puerta de la habitación de Arturo. No está bien cerrada. Hay una rendija.

—Y se están enrollando —susurra de nuevo, con una sonrisa.

Pues sí que debe de estar embrujado Arturo por la lengua de Lacoste para dejarse la puerta medio abierta y que no le entre el tic en el ojo. Yo esto no puedo dejarlo pasar. Me acerco a la rendija y grito:

—¡Podríais al menos no dejar la ropa tirada en el pasillo, joder! ¡Y cerrad la puerta! Alucino.

La única respuesta que obtengo es la de una zapatilla que viene volando y cierra de un portazo. Ouch. Casi me da en la cara, joder. Ese ha sido Lacoste, fijo.

—¿Qué tal estaba el ponche? —grito de nuevo a través de la puerta cerrada.

Y entonces sonrío. Todo ha salido según lo previsto. Recojo la ropa del suelo antes de que alguien la vea y sume dos más dos, me despido de Patrick y regreso a mi habitación. Me encanta que los planes salgan bien.

Andrés :
¿Qué haces?

Nicki :
Trabajar.

Andrés :
¿A estas horas?

Nicki :
Estoy organizando unas clases.
Nicki :
¿Qué tal ha ido la cena de Chris y Arturo?

Andrés :
Se están enrollando en el cuarto de Arturo.

Nicki :
¿En serio? Dios, por fin.

Andrés :
Te invito al mío.
Andrés :
A mi cuarto.
Andrés :
;)

Nicki :
¿Una entrenadora en el cuarto de un alumno?
Nicki :
Tú no tienes vergüenza.

Andrés :
Me voy quitando la ropa.

Nicki :
Me llevo el pijama.

Andrés :
Eh… A ver, el objetivo es otro.
Andrés :
REENVIADO:
Me voy quitando la ropa.

Nicki :
Me refiero a que me quedo a dormir.

Andrés :
No necesitas pijama para eso, entrenadora. ;)

ARTURO

—¿Por dónde íbamos? —me pregunta Chris después de lanzarle la deportiva a mi hermano.

—*¿Qué tal estaba el ponche?*

Chris eleva los ojos al cielo y yo suelto una carcajada. Lo sabía. Sabía que lo había preparado Andrés.

—Mañana me cargo a tu hermano. Ahora, ¿por dónde íbamos?

—Yo estaba a punto de tocarte.

—Ah, sí, eso. Pero antes…

Chris coge mi brazo derecho y lo pone recto sobre la cama, cerca de mi cabeza. Lleva ambas manos a mi muñeca, a mi collar, *su* collar, y lo suelta y desenrosca. Me lo quita y me lo pone en el cuello. Y durante todo el proceso no decimos ni una sola palabra. Solo nos miramos. Cuando termina, Chris inclina la cabeza y me besa en los labios. Yo lo rodeo con los brazos y volamos juntos durante el resto de la noche. Mañana van a tener que sacarme a rastras de esta cama. Porque una vez he vuelto a abrazar a Chris ya no quiero soltarlo nunca más.

—¿Chris? —le pregunto después de hacer el amor por segunda vez, cuando estoy a punto de dormirme entre sus brazos.

—¿Sí?

—¿Entraste al CAR por mí?

—Sí.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Algún día… Lo tenía guardado en la recámara junto a alguna otra confesión.

—¿Como cuál?

—¿Te acuerdas cuando me contaste que al lugar más solitario del mundo se lo conoce como Punto Nemo?

—Sí.

—Pues no es verdad. El lugar más solitario del mundo es cualquiera en el que tú no estés a mi lado.

41: «Quiero verte entrenar»

AITANA

Toc. Toc.

Voy corriendo a abrir la puerta.

—¿Qué? —le pregunto a Patrick—. ¿Ha ido bien?

—Se están enrollando en el cuarto de Arturo. Júzgalo tú misma.

—¡Por fin! —grito y levanto los brazos en señal de victoria.

Patrick ríe y entonces se instala un silencio un poco incómodo entre nosotros. Yo me quedo a un lado de la puerta mientras la sujeto con una de las manos y él está justo frente a mí. Se balancea sobre los talones. Yo trago saliva. Él coge aire.

—¿Quieres pasar? —le pregunto por fin—. Podemos ver una peli.

—Hoy no es miércoles.

—No. No lo es. —Le cojo la mano y lo arrastro hacia dentro. No se resiste—. Pero he visto que han incluido en una de las plataformas la de *Timecop* .

—¿En serio?

—Ajá.

—Peliculón.

—Lo sé.

No importan los años que pasen ni que los efectos especiales brillen por su ausencia en esta película: siempre será una de nuestras favoritas. Patrick se quita las deportivas y nos sentamos juntos en la cama con la espalda apoyada en el cabecero. Se lo ve feliz y excitado. Excitado por ver una peli que ha visto más de cuarenta veces.

—¿Listo?

—Superlisto. Pero primero quiero… quiero contarte algo. Llevo todo el día con ello en la cabeza.

—¿Qué?

—Hoy me he dado cuenta de algo en la pista de *hockey* . Estaba con los chavales, los ayudaba con los saltos y… ¿Sabes cuándo he disfrutado más este año?

—¿Cuándo?

—Cuando te ayudé a entrenar en los escalones de la pista de tenis. Creo que… Creo que me gusta enseñar.

¿Enseñar? ¡Oh, sí! Le pega muchísimo.

—Guau —le digo sin dejar de sonreír.
—Sí, ¿verdad? ¿Qué te parece? ¿Crees… crees que podría dedicarme a ello?
—Absolutamente.
—Quiero intentarlo.
—Bien.
Sonrío.
—Bien.
Sonríe.
—Bien.
Madre mía, qué par de tontos.
—¿Y sabes lo que quiero hacer?
—¿Qué?
—Contárselo a mis padres. Quiero decirles que me gusta enseñar.
—Pues hazlo.
—¿Ahora?
—¡Sí! Llámalos —lo espoleo con un golpecito en uno de sus muslos—. Vamos.

Y lo hace. Llama a sus padres, pone el teléfono en manos libres y a mí se me llenan los ojos de lágrimas durante toda la conversación. Patrick está nervioso y entusiasmado al mismo tiempo. Les habla de cómo me ayudó a mí en su día y de lo que lo disfrutó. Les habla de la pista de *hockey* y del trabajo que está haciendo con los chicos. Y de la fuerza con que se levanta cada mañana. Sus padres se alegran muchísimo por él y lo animan a que lo intente. Lo apoyan, y Patrick está que no se lo cree. Pero ¿quién no lo apoyaría? No hay más que oírlo.

Después ponemos la película y yo solo puedo pensar en lo feliz que está Patrick, en su muslo, que reposa junto al mío, y en su aroma tan característico, que se queda en el aire y lo inunda todo. Y eso que el principio de la peli es una de mis partes favoritas. Menos mal que me sé los diálogos de memoria, porque no sé si voy a atender algo. Soy demasiado consciente de su presencia.

Por eso no entiendo en qué momento caigo en la inconsciencia; eso sí, cuando vuelvo en mí es de día y estoy dormida sobre mi almohada. O abrazada a ella. Es algo que hago desde que tengo uso de razón, más que apoyar la cabeza en ella enrosco los brazos y las piernas a su alrededor. No abro los ojos, estoy demasiado cómoda y todavía no me apetece levantarme, pero percibo la luz y escucho el trino de los pajarillos. Y cómo se nota que estamos en mayo, porque me sobra el edredón. Me sobra hasta el pijama. Qué calor. Calor y… excitación. Noto una especie de excitación que… Muevo las caderas y busco la fricción con la almohada, lo que me provoca un latigazo de placer. Mmm. Mi almohada nunca me había provocado un latigazo de placer. Inhalo su aroma y me excito aún más. Podría vivir en este aroma. Mi almohada nunca me había olido tan bien. Me aprieto contra ella, que se mece con pereza, y la escucho gemir. Mi almohada nunca había gemido y muchísimo menos se había mecido, ni con pereza ni sin ella. Abro los ojos, observo mi alrededor y me doy cuenta de que mi almohada no es mi almohada. Es Patrick.

Oh, madre mía.

Él se tensa, así que entiendo que acaba de darse cuenta de que no está en su cama. Ni solo. Yo no dejo de abrazarlo. Me he quedado paralizada, pero el pulso se me ha disparado por todas partes y en todas las direcciones. Soy más consciente que nunca de nuestras respiraciones, de nuestros pechos que suben y bajan acelerados y de mi necesidad de tocarlo de una vez, acariciarlo y besarlo por todas partes. De hacer el amor con él y ser un Patrick y una Aitana que

lo son todo el uno junto al otro. Me muero por quererlo. Me muero por que me deje quererlo. Y por tocarlo. Me muero por tocarlo. Es una necesidad física tan potente que apenas me deja respirar. Han pasado cinco meses desde la última vez que pude quererlo.

Patrick deja escapar un lamento y se mueve, pero no como yo quiero que se mueva. Se levanta de la cama, tiene los ojos superadormilados, el pelo despeinado y lleva puesta la misma ropa que ayer, y se dirige a la puerta. Voy detrás de él.

—Patrick…

No me da tiempo a detenerlo. Sale y desaparece tras la puerta. Me la cierra en las narices. Apoyo la frente en ella y suspiro. «Patrick…». Pero entonces llaman. Me incorporo y abro con el ceño fruncido y el corazón latiéndome a toda velocidad.

Es él.

—Te echo de menos —me dice, roto de anhelo y dolor—. Joder, Tani, te echo de menos. Te echo de menos y no puedo más. A la mierda el límite que me había impuesto y a la mierda todo.

Entra en el dormitorio, cierra de un portazo y se acerca a mí. Me abraza y une nuestras frentes. Yo lo agarro por las mejillas y cojo todo el aire que me cabe en los pulmones. Su aliento se mezcla con el mío.

—Dime que tú también lo sientes —me implora en un susurro—. Por favor.

—Sí.

«Sí». Una palabra tan potente en sí misma que además de remover todo mi mundo también hace que nuestras bocas salven la distancia que las separa y se unan por fin en un beso que hace que todo me dé vueltas. ¿Y cuando abro los labios y su lengua y su *piercing* se cuelan dentro? Ya podría irse el mundo a la mierda que yo no me enteraría. Porque lo único que me importa ahora somos él y yo. Y su boca perfecta sobre la mía. Y ese *piercing* que me vuelve loca. Y su cuerpo, que aprieta el mío. Y esta sensación de felicidad absoluta que no sentía desde hacía muchísimo tiempo. «Por favor, no dejes nunca de besarme». Patrick me agarra de la cabeza y profundiza el beso al tiempo que nos arrastra hacia la cama. Caigo en el colchón sobre mi espalda y él lo hace encima de mí. Todo me palpita. Todo. Y con cada golpe de su lengua un nuevo estremecimiento me recorre el cuerpo. Y encajamos de tal manera que creo que… estamos hechos el uno para el otro. Nos deshacemos de los pantalones y la ropa interior en tiempo récord. Yo envuelvo las piernas alrededor de su cintura, él está a punto de penetrarme, ya noto la punta y…

Y entonces me suena el teléfono. Nuestra intención es ignorarlo, pero vuelve a sonar. Y otra vez. Y otra vez. Y luego suena el suyo.

Patrick deja de besarme y presiona una sonrisa contra mi mejilla. Oh, dios. Su sonrisa. Y yo perdiéndomela. ¿Por qué tengo los ojos cerrados si él está sonriendo?

—Joder —masculla—. Pero ¿qué coño pasa hoy? ¿Es el cumpleaños de alguien?

—No que yo sepa. Espera, ¿qué día es hoy?

—Creo que doming… ¡Mierda!

—¡El desayuno de los domingos! —gritamos los dos al unísono.

Me estiro y alcanzo el teléfono de mi mesita sin dejar de sonreír, porque… ¿Esto está pasando? ¿De verdad esto está pasando? ¿Patrick y yo estamos juntos otra vez? Desbloqueo el móvil y leo los mensajes en diagonal para asegurarme de que no ha pasado nada mientras él me besa la mandíbula y el cuello. Su erección tantea mi entrada y yo estoy a punto de derretirme.

Mamá :

¡Disfrutad del desayuno, chicos! El próximo no me lo pierdo.

Papá :
Aitana, hija, ¿te vamos pidiendo lo de siempre?

Arturo :
Patrick tampoco ha aparecido. Entendemos que estáis juntos…

Andrés :
Lo que quiere decir Arturo es que llevamos una hora hablando de vosotros dos.
Andrés :
Que sepas que a Patrick padre se le cae la baba solo de pensar en que tú puedas convertirte en su nuera.
Andrés :
Ha intentado excusarse con el cruasán, pero no cuela.

Arturo :
Ha llegado todo orgulloso a la cafetería porque Patrick lo llamó ayer por la noche para contarle a qué quería dedicarse.

Andrés :
Y casi se corre del gusto cuando se ha enterado de que nosotros no lo sabemos.

Papá :
Esa boca, hijo, joder.

Arturo :
Lo que Andrés quiere decir es que le ha hecho mucha ilusión que se lo contara a él en primer lugar. Aunque supongo que tú también lo sabes… ;)

Andrés :
Ahora estamos intentando sonsacárselo, pero no suelta prenda.

Arturo :
Es normal. Quiere que nos lo cuente Patrick. Y estoy seguro de que lo hará cuando esté preparado.

Andrés :
Por lo demás… nada reseñable.
Andrés :
Ah, bueno. Papá ha invitado a Lacoste a venir y aquí que se ha presentado el otro más feliz que una perdiz.
Andrés :
Y se ha sentado al lado de Arturo.
Andrés :
Y te apuesto lo que quieras a que se están haciendo piececitos por debajo de la mesa.

Arturo :
¡Qué mentira!

Papá :
Yo también lo creo…

Arturo :
¡Papá!

Madre mía, lo que me estoy perdiendo, pero no me importa. Tengo los labios de Patrick en el cuello y su erección no ha dejado de juguetear en mi entrada. ¿Puede alguien morirse del gusto? Estoy a punto de arrojar el teléfono por ahí cuando comienza a sonar. Es Andrés. ¡Dios!

—¿Qué?

—*¿Por qué me contestas de mala hostia pero riéndote al mismo tiempo?*

—No me estoy riendo y no te he contestado de mala hostia.

—*¿Estás con patito?* — me pregunta juguetón.

Patito sigue besándome el cuello. O no, espera, que me ha bajado la camiseta y me está mordiendo el hombro.

—¿Patito?

—*Sí, ya sabes. Alto. Rubio. Ojos claros. Ceño fruncido permanente. En fin* — no me deja responder—, *que ya hemos terminado de desayunar y vamos a jugar un partido de tenis. Por si queréis venir.*

—¿Quiénes vais a jugar?

—*Lacoste y yo contra Patrick y papá, que, por cierto, están como locos con el yerno. Creo que se lo quedan para siempre. ¿Te acuerdas de aquellos desayunos en que lo llamábamos «el imbécil de Lacoste»? Qué tiempos, ¿eh? Pues ya no volverán. De hecho, ahora lo llaman «hijo». Los dos. Hay que joderse.*

— ¿Y tú no te lo quedas?

—*¿El qué?*

—A Chris.

—*Paso. Es demasiado estirado.*

Eso no se lo cree ni él.

—¿Por eso vas a hacer equipo con él?

—*No me ha quedado más remedio. Arturo no puede jugar porque tiene tal cara de gilipollas que no va a dar una. ¿Entonces? ¿Venís?*

—Dame diez minutos.

Patrick levanta la cabeza y arquea una ceja. Yo no sé ni cómo soy capaz de contener la carcajada.

—*OK. Te esperamos. ¿Y Patrick?*

—Habla con él, Andrés.

Y cuelgo. Y Patrick me penetra por fin. No me corro de milagro. Estoy más excitada que nunca en mi vida. Nos movemos en una compenetración perfecta y enseguida nos envuelve el sudor y el sonido de nuestros gemidos. De ahí a que ambos nos corramos a la vez no pasan ni dos minutos. Patrick colapsa encima de mí y yo le aprieto el trasero para mantener su erección dentro. No quiero que nos separemos. No quiero que nos separemos nunca.

—En términos de desplazamiento, sería un problema. —Frunzo el ceño. ¿Lo he dicho en voz

alta? Patrick levanta la cabeza y su sonrisa me confirma que sí lo he hecho—. Pero si tú me lo pides… Siempre a tus pies, Claramunt de veintidós años.

—Ha sido el mejor polvo rápido de toda mi vida —le confieso.

—¿Verdad?

Asiento, feliz, con la cabeza. Patrick me da un beso rápido en los labios y se deja caer en la cama a mi lado. Suspira de pura dicha y satisfacción.

—¿Lo has oído? —le pregunto.

—Sí.

—¿Vienes?

—No lo sé.

—Pues piénsalo.

Le doy un pico en los labios, me levanto y voy al baño a darme una ducha rápida y a vestirme. Sé que Patrick necesita sus tiempos y por eso no voy a presionarlo. Por eso voy a marcharme y a dejar que interiorice lo que acaba de suceder, aunque yo me muera por tenerlo de nuevo entre mis brazos. Aunque me muera por decirle que lo quiero con locura. Aunque me muera por amarlo. Cuando salgo él todavía está tumbado en mi cama. Y qué imagen más bonita. La más bonita del mundo.

—Ponte las bambas antes de irte —le digo desde la puerta—. Antes has salido descalzo.

—Me he dado cuenta a mitad del pasillo.

—¿Por eso has vuelto?

—No.

Sonrío y estoy a punto de abandonar la habitación, pero vuelvo la cabeza.

—Yo también te he echado muchísimo de menos —le confieso justo antes de irme, y no se me pierde la manera en que sonríe. ¿Cómo hacerlo si me ha estallado en el corazón?

Ya en la calle me doy cuenta de que el cielo está encapotado, pero yo siento los rayos del sol en el rostro. Y los besos de Patrick en los labios. Y su sabor en la boca. Y sé que esa última sonrisa que me ha dedicado me va a acompañar durante todo el día. Llego a las pistas exteriores y enseguida distingo a mi familia en la del fondo organizándolo todo.

—Y necesitamos un juez de silla —dice mi padre.

—Yo puedo hacer de juez de silla —se ofrece Nicki.

—No —niegan mi padre y el de Patrick al mismo tiempo.

—¿Por qué no?

—Porque no eres imparcial.

—¿Y yo? —me ofrezco al llegar.

—Imparcial —repiten al unísono.

—¿Dami? —sugiero.

—Imparcial.

Y entonces los dos miran a Arturo.

—¡Tú! —le dicen.

—De puta madre —dice Andrés.

—No cantes victoria, chaval —le advierte el padre de Patrick—. Por mucho que hagas equipo con Chris, Arturo cumple las normas a rajatabla. ¡Venga, vamos a la pista!

—¿Y Patrick? —me pregunta Andrés antes de ir.

—No sé si va a venir.

—Pero ¿está bien?

—Lo último que ha hecho cuando nos hemos separado ha sido sonreír.

Andrés extiende los labios y se marcha feliz hacia la pista. Dami, Nicki y yo nos sentamos en las gradas, Arturo se sube a la silla y los cuatro jugadores ocupan sus lados de la pista. Arturo les dice algo, no sé el qué porque no lo escucho desde aquí, y comienza el partido.

Papá y Patrick se compenetran como nadie, es bastante impresionante verlos jugar juntos, y supongo que por eso las gradas comienzan a llenarse de gente. A Andrés y Chris les cuesta más entenderse, nunca han jugado juntos y chocan en la pista, pero enseguida le pillan el truco y es como si llevaran años jugando dobles. Aun así, el primer set lo pierden. Pero el segundo lo ganan de calle. Guau. Qué pasada. Menuda remontada. En un momento dado, Andrés y Chris juntan las cabezas para planificar la estrategia, supongo, y papá y Patrick hacen lo mismo. Entonces a través de los altavoces de la pista comienza a sonar *Juntos* , de Paloma San Basilio, y la gente desde las gradas ríe y aplaude. Nicki la que más. Están jugando un partidazo, digno de los profesionales que son, pero al mismo tiempo resulta… familiar. Un juego familiar. Papá está pletórico. Se lo noto. Pletórico por compartir pista con Andrés, porque le encanta jugar contra mis hermanos, y pletórico por estar por primera vez en una con Chris. Y no solo porque sea el número uno del mundo, sino porque es el novio de Arturo. A papá le flipa el tenis, pero ¿la familia? Eso le flipa aún más. Si estornudara ahora mismo, le saldrían corazones, estoy segura.

Cuando Chris consigue el último punto de set la gente se levanta entre gritos y aplausos. Andrés y Chris se abrazan y…

—¡No ha entrado! —grita Arturo.

—¿Qué? —le responde Chris.

Eso digo yo, ¿qué? Bueno, lo digo yo y toda la grada.

—Que no ha entrado —repite Arturo—. Lo siento, pero el partido continúa.

Papá y Patrick chocan los cinco, Andrés se caga en todo y Chris se acerca a la silla de Arturo. Va a cantarle las cuarenta, no tengo ninguna duda.

—¡¿Me estás vacilando, Claramunt?!

—No ha entrado.

—¡Sí ha entrado! ¡Yo sé cuándo entra y cuándo no entra!

—¡Yo también lo sé y digo que no ha entrado! Y contrólame ese tono o te expulso del partido, Lacoste.

—¡No te atreverás!

—¿Quieres ver cómo me atrevo?

—Vale, vale. Relaja, Arthur. *Putain* , cualquiera te da a ti un silbato.

—No. Ha. Entrado. Y punto.

—¡Baja de ahí y dímelo a la cara!

—¡Expulsado!

—¡¿Qué?!

—¡Lacoste, no me jodas! —le grita Andrés—. No la líes más.

—¡Ha entrado!

—¡No ha entrado!

—Si Arturo dice que no ha entrado es porque no ha entrado —lo apoya mi padre, tajante, aunque muerto de la risa por dentro.

—Estoy de acuerdo —añade el padre de Patrick, jocoso. Vaya par.

—¡Ha entrado!

—¡No ha entrado!

Y en esas están, discutiendo, y yo muriéndome de la risa, cuando Patrick aparece en las pistas y camina directo hacia mí. ¡Ha venido! Ni siquiera me da tiempo a sonreír o a decirle algo

porque en cuanto llega me coge de la mano, me levanta y estrella su boca contra la mía. Y a pesar de que el mundo parece desvanecerse sí escucho los vítores y las exclamaciones de sorpresa alrededor de nosotros.

—Antes se me ha olvidado decirte que lo quiero todo contigo, Claramunt de veintidós años, y he sentido la necesidad de venir y… Necesito que lo sepas. ¿Tú lo quieres todo conmigo? —me pregunta visiblemente emocionado.

—Yo te quiero —le digo por fin.

Patrick deja de respirar y yo sonrío. Y entonces él sonríe. Y volvemos a besarnos. Nos besamos hasta que dejamos de escuchar la cacofonía a nuestro alrededor. Hasta que se levanta una brisa suave que nos remueve el pelo. Hasta que nos sentimos observados. Nos separamos y ahí están nuestras familias, observándonos felices. Papá y Patrick padre le hablan a Patrick. Nicki le habla a Patrick. Y a mi padre. Andrés le habla a Patrick. Arturo le habla a Patrick. Y luego le habla a Chris. Y Chris sigue hablando solo con Arturo. Entonces Andrés se mete en la discusión de Chris y Arturo. Y luego Dami. Y Patrick los responde a todos. Y todos me hablan a mí. Pero yo no escucho nada. Yo solo lo veo a él, que no ha dejado de agarrarme de la mano.

—Te quiero, Tani —me dice mientras los demás siguen a lo suyo—. Te quiero con todo mi corazón.



QUÉ FAMILIA TAN BONITA Y FELIZ LA DE LOS CLARAMUNT
¿ESA CAMADERÍA ENTRE ANDRÉS Y LACOSTE? PARECEN FAMILIA Y TODO.
¿Y HABÉIS VISTO EL BESAZO DE PATRICK Y AITANA? YO TENGO QUE CONFESAROS QUE YA LO SABÍA. ERA BASTANTE OBVIO. A VECES PIENSO QUE ESTÁIS TODOS UN POCO CIEGOS…
EN FIN, QUE QUÉ BUENOS MOMENTOS NOS ESTÁN REGALANDO ESTE AÑO

@ENIGMATICAR

42: He tenido una epifanía

ANDRÉS

«Qué familia tan bonita y feliz la de los Claramunt».

«A veces pienso que estáis todos un poco ciegos…».

«Cómo me pones, Claramunt».

«Te estoy esperando».

«Pero no me cabrees, no quieres que abra la boca».

«Jódeme tú. Lo estoy deseando».

«Menuda la que habéis liado en la bolera, ¿no? Pd: Aunque ha estado genial».

Me despierto sobresaltado. Estiro el brazo y toco a Nicki a mi lado. Cojo aire despacio y lo suelto. Miro la hora en el despertador de mi mesita. No son ni las seis de la mañana. Alcanzo mi teléfono con el corazón a mil por hora. Oh, joder.

Andrés :
Tíos.
Andrés :
He tenido una epifanía.

Patito :
¿Qué epifanía?

Chris :
¿Qué epifanía?

Andrés :
¿Qué hacéis despiertos a estas horas?
Andrés :
Iba a dejarlo aquí para luego.
Andrés :
Esperad, no me lo digáis. Teniendo en cuenta que estáis liados con mis dos hermanos…, prefiero no saberlo.

Chris :
¿Qué epifanía?

Andrés :
¡Lo teníamos delante de las narices! ¿Cómo no lo hemos pensado antes?
Andrés :
Somos gilipollas.

Patito :
Contextualízame antes de insultarnos.

Chris :
Por favor.

Andrés :
Enigmaticar.

Chris :
¿El pirado del Senticar?

Patito :
¿Crees que tiene algo que ver?

Andrés :
Creo que es él/ella.
Andrés :
Pensadlo durante un momento. Yo lo/la tenía en mi punto de mira. Intentaba desenmascarar la cuenta porque empezaba a tocarme los huevos, pero con todo lo que ha pasado en los últimos meses se me había olvidado.
Andrés :
Estamos los tres de acuerdo con que algo pasó la noche del cóctel de Navidad, ¿verdad? Algo que hizo que «alguien» decidiera atacar a Arturo.

Chris :
Sí.

Patito :
Sí.

Andrés :
Bien. Resulta que Enigmaticar tampoco nos atacó directamente hasta esa noche. Justo hasta esa noche. Sí nos vaciló un poco. Pero nada grave. Hasta esa noche.
Andrés :
¿Casualidad?

Andrés :
Ni de coña.

Chris :
Necesitamos recuperar sus senticars. Los que tienen que ver con nosotros.

Andrés :
Los tengo.
Andrés :
Ya os he dicho que lo/la estaba investigando.

Patito :
¿Llegaste a algo?

Andrés :
Apenas me dio tiempo a recuperar y recopilar sus senticars. Luego se lio todo.

Patito :
Pásanoslos. Los analizamos ahora.

Andrés :
Hay seis senticars en los que habla de nosotros antes de la noche del cóctel. Todos de perfil bajo. Nada demasiado agresivo.

Chris :
¿Qué dicen?

Andrés :
Voy adjuntando imágenes:

¿LAS RELACIONES ÍNTIMAS (YA ME ENTENDÉIS *GUIÑO GUIÑO*) ENTRE ENTRENAD@R Y ALUMN@ ESTÁN PERMITIDAS? PORQUE ME DA LA SENSACIÓN DE QUE ESTE AÑO VAMOS A TENER MOVIMIENTO… YO AHÍ LO DEJO. ¡HAGAN SUS APUESTAS!

Chris :
¿Tú y Nicki?

Andrés :
No estoy seguro. Este lo tengo en duda.

Patito :
Yo no lo creo. Me da la sensación de que los tiros van por otra parte. De que se refiere a un mismo deporte. Un cotilleo así sobre Nicki y Andrés no tiene interés. ¿Entrenadora de

natación y tenista? No hay conflicto de intereses. Además, todo el mundo sabe que estuvieron liados antes de que ella fuera entrenadora.

Chris :
¿Y entonces a quién se refiere?

Patito :
¿Con la cantidad de alumnos y profesores que hay en el CAR? Hay muchísimas posibilidades.

Andrés :
Y ninguna nos interesa.
Andrés :
Adjunto el segundo:

GRAN CHARLA LA QUE HA DADO HOY ANDRÉS CLARAMUNT. ¿O ERA ARTURO? PERDONADME, SIEMPRE LOS CONFUNDO. AUNQUE JURARÍA QUE ERA ARTURO… ESA MANERA DE EXPRESARSE TAN ORDENADA… NO SÉ, DADLE UNA VUELTA.

Chris :
El día de la charla motivacional.

Patito :
Parece inocente, pero…

Chris :
Reconoció a Arturo por «esa manera de expresarse tan ordenada».

Patito :
Exacto.

Andrés :
En aquel momento no caí en la cuenta. Solo me cagué en todo. Pero ahora, si lo pensamos en frío…

Chris :
¿Quién coño puede hacer una diferenciación así de vosotros dos?

Andrés :
Tú.

Patito :
Y yo.

Patito :
Damián y Nicki.
Patito :
Aitana.
Patito :
¿Pero fuera de nosotros?
Patito :
Yo creía que nadie.

Chris :
Creías mal.
Chris :
¿Elvira?

Andrés :
Elvira suele confundirnos.

Chris :
¡¿En serio?!

Andrés :
Sí. Acuérdate de la fiesta de bienvenida del CAR.

Chris :
Quizá fingía. Como yo.

Andrés :
Arturo me dijo que una mañana le dio una palmada en el culo al pensar que era yo.

Chris :
Lo vi. Pero Arturo estaba de espaldas y agachado.

Andrés :
Bueno, vamos a dejar esto aquí por el momento.
Andrés :
Sigo. Este senticar es del mismo día.

A PROPOSITO DE LA TRIPLE A, ¿A QUIÉN DE ELLOS MATARÍAIS, CON QUIÉN OS CASARÍAIS Y A QUIÉN OS FOLLARÍAIS?
MI RESPUESTA:
ME CASARÍA CON AITANA, MATARÍA A ANDRÉS Y ME LOS FOLLARÍA A LOS TRES.
ME HA SALIDO UN PAREADO Y TODO. ESO SOLO LO CONSIGUEN LOS CLARAMUNT.
VAMOS, ANIMAOS, QUE OS ESCUCHO JUGAR A ESTE JUEGO A DIARIO POR

LOS PASILLOS.

Andrés :
Se está retratando como alguien del CAR que camina entre nosotros. Como un igual. Es un/una deportista.

Patito :
Estoy de acuerdo. Pero fuera de eso no veo nada más. Es cierto que la gente juega a ese juego a diario. Solo lo ha verbalizado.

Chris :
Sí, pero lo ha verbalizado con la Triple A. Yo lo veo como un ataque. Inocente pero ataque.

Andrés :
Estoy de acuerdo.

Patito :
Vale. Acepto.
Patito :
Quizá ese día pasó algo. Quizá Arturo lo/la cabreó de alguna manera.

Chris :
O pudo ser algo que hizo Andrés. Ese día se intercambiaron.

Patito :
Exacto.

Andrés :
Yo estuve encerrado en la habitación de Arturo toda la mañana. La única persona con la que estuve fue Nicki.

Patito :
Es lo mismo del cóctel. Imposible saber qué pudo hacer Arturo. No estuvimos con él toda la mañana.

Andrés :
Fue el día que se besó con aquella niña. La de hockey hielo.

Chris :
No «se besó». Ella lo asaltó. Yo lo vi.

Andrés :
Joder, las ves todas.

Chris :
Dímelo a mí.

Patito :
Ese beso pudo generar celos en alguien.

Chris :
Ya te digo yo que sí.

Patito :
En alguien más aparte de ti, me refiero.

Andrés :
¿Alguien más lo vio?

Chris :
Nicki.

Andrés :
Sí, lo recuerdo…
Andrés :
¿Y nadie más?

Chris :
No me fijé. Estaba ocupado viendo cómo una niña le metía la lengua hasta la tráquea a tu hermano.

Andrés :
Entonces no tenemos nada.

Chris :
Otro puto callejón sin salida.

Patito :
De todas formas… Tiene catorce años. Por muy celoso que estuviera alguien de su entorno, no son más que unos críos.

Andrés :
Sigamos. Porque ojo con lo que dijo justo después.

¿A CUÁL DE LOS TRES CLARAMUNT CREÉIS QUE SE FOLLARÍA PATRICK VILLAR DE FIGUEROA?
O…
¿A QUIÉN CREEIS QUE SE HA FOLLADO YA?

Patito :
En su día me lo tomé como algo casual. Una burla hacia mi relación de amistad con Andrés. Mucha gente de aquí nos quiere emparejar.
Patito :
Pero… ¿Y si se refería a Aitana?

Chris :
Joder. Pero ¿cómo lo sabía?
Chris :
¿De qué fecha es ese senticar?

Andrés :
Octubre.
Andrés :
¿Quién coño sabía en octubre lo tuyo con mi hermana?

Chris :
Yo.

Andrés :
Tu nombre sale por todas partes, cuñado. Al final vas a ser tú y todo.

Chris :
Cómeme la polla.

Andrés :
No me como nada que mi hermano se haya metido en la boca antes, así que tendrás que conformarte con él.
Andrés :
¿Quién más podía saberlo?

Patito :
Nadie. No lo sabía nadie.

Andrés :
¿Julián?

Patito :
Lo sospechaba. Pero él no es.

Chris :
¿Por qué?

Patito :

Nos ayudó con la moto.

Chris :
¿Y?

Patito :
Él no es. Llámalo corazonada.

Chris :
¿Ahora nos basamos en corazonadas?
Chris :
Pues de puta madre.

Andrés :
Relaja, fiera.
Andrés :
¿Y si sí lo sabía alguien?
Andrés :
¿Y si nos tiene vigilados?
Andrés :
Porque mirad lo que viene ahora.

¿QUÉ OS HA PARECIDO EL PARTIDITO DE TENIS? VAMOS, DADME AMOR Y OS CUENTO UNOS SECRETOS.
VALE. ANTES DE QUE OS EMBALEIS… NO ME REFIERO A QUÉ OS HA PARECIDO A NIVEL DEPORTIVO, SINO PERSONAL ¿NADIE? OH, VAMOS. NO SEÁIS TAN TÍMIDOS. QUE YA SOMOS AMIGOS.
¿Y SI OS CUENTO QUE DE LAS CUATRO PERSONITAS QUE HAN DISPUTADO EL PARTIDO TRES DE ELLAS MANTIENEN RELACIONES SEXUALES HABITUALES CON COMPAÑEROS DEL CAR?

Patito :
En aquel momento pensé que tú y Nicki erais dos. Y que yo era el tercero, en el sentido de que me he follado a medio CAR. No le di más vueltas.

Andrés :
No solo te has follado a medio CAR. El otro día me di cuenta de que también te has enrollado con nosotros tres. La Triple A al completo.
Andrés :
Y respecto al senticar yo tampoco le di más vueltas.
Andrés :
Ahora creo que puede referirse a vosotros dos con Arturo y Aitana. Pero ¿y el tercero? Nicki y yo no nos acostábamos en ese entonces.

Chris :
A propósito de que Patrick se haya enrollado con la Triple A al completo…
Chris :
Que sea la última vez que metes la lengua en la boca de Arturo. Por lo que he oído, la del baño en Navidades no era la primera vez…

Patito :
¡Ahí os estaba salvando el pellejo!

Chris :
Lo que tú quieras, pero que no se repita.
Chris :
Y en cuanto a lo del senticar, yo creo que si se refiriera a ti (Andy) y a Nicki seríamos cuatro personitas las que mantenemos relaciones sexuales habituales con gente del CAR y no tres.

Patito :
Esperad. Creo que lo tengo.
Patito :
Andrés con Elvira.

Chris :
Joder.
Chris :
Nos tiene vigilados. Lo sabía todo. Lo mío con Arturo. Lo vuestro con Elvira y Aitana.

Andrés :
Voy a matarlo/a cuando lo encuentre.
Andrés :
¿Cómo hemos sido tan gilipollas?
Andrés :
¡Nos estaba gritando en la puta cara que sabía todos nuestros secretos!

Patito :
Pensemos un momento. ¿Quién sabía lo tuyo con Elvira?

Andrés :
Solo Arturo y tú.

Chris :
Y yo. Me lo contó Arturo.

Andrés :
Qué majo, mi hermano. Contando mis intimidades al puto Lacoste.

Chris :
Y Elvira.
Chris :
Elvira también lo sabía.

Andrés :
Obviamente.

Chris :
Elvira sale en varias.
Chris :
Y la noche del cóctel te enrollaste con Nicki. Si es ella, es un buen motivo para que explotara. No podemos olvidarnos de la posibilidad de que hicieran daño a Arturo para joderte a ti.

Andrés :
No la olvidamos. Dejemos esto aquí y vamos a seguir.

Patito :
¿Hay más?

Andrés :
Sí:

HAY QUE SER MUY TONTO PARA NO DARSE CUENTA DE QUE CLARAMUNT Y LACOSTE SE HAN LIADO A HOSTIAS. EL ASUNTO ES… ¿POR QUÉ? A MÍ ME HUELE A SEXO.

Patito :
Es del día después de vuestra pelea. Me desconcierta.

Chris :
Para eso lo hace. Para desconcertar. Sabe lo mío con Arturo, de eso no tengo duda, así que lo de emparejarnos sexualmente a Andrés y a mí no tiene sentido.

Patito :
Y que vosotros dos os habíais pegado era obvio para cualquiera que tuviera ojos.

Chris :
Esa tarde estuviste con Elvira.

Andrés :
Solo follamos. Cero conversación.
Andrés :

Y este es el último:

¿QUÉ DECÍAIS DE AQUELLA APUESTA DE LA GASTROENTERITIS? ¿QUE ERA IMPOSIBLE SACAR EL VIRUS DEL GRUPO DE LA TRIPLE A CON OPCIONES REALES? PUES AQUÍ TENÉIS LA OPCIÓN REAL: ANDRÉS SE LO PASÓ A ELVIRA LA NOCHE ANTES DE QUE LACOSTE CAYERA. ELVIRA ES EL PACIENTE ENLACE. NO ES NECESARIO QUE OS HAGA UN ESQUEMA DE CÓMO LO HIZO, ¿VERDAD? YIPI KA YEI.

Chris :
Estaba claro que sabía lo tuyo con Elvira.

Patito :
Yipi ka yei es una referencia a Jungla de cristal. Te está diciendo: te gané, hijo de puta. Es un ataque directo hacia ti, no hacia Arturo. La teoría de que lo atacó a él para hacerte daño a ti cobra más fuerza que nunca. Debiste cabrearlo/a mucho el día del cóctel. ¿Qué coño hiciste?

Andrés :
No lo sé. No tuve ningún altercado con nadie.
Andrés :
Lo único que sé es que es él. Enigmaticar es quien atacó a Arturo.

Chris :
O ella.

Andrés :
No es Elvira.

Chris :
¿Cómo lo sabes?

Andrés :
Corazonada.

Chris :
Joder con las corazonadas de los cojones.

Patito :
Yo confío en ellas.

Chris :
De puta madre. ¿Vamos a eliminar a una sospechosa de la hostia por una corazonada? Todos los caminos nos llevan a ella. ¡Todos!

Andrés :
Confía en nosotros.
Andrés :
Por favor.

Chris :
No me convence, joder. Tiene todas las papeletas.

Andrés :
Vamos a hacer una cosa.
Dentro de tres días hay una competición de natación y Elvira está convocada, lo sé por Nicki. En cuanto se vaya nos colamos en su dormitorio, ¿OK?

Chris :
¿Para qué?

Patito :
Todos los psicópatas guardan movidas de sus obsesiones en sus dormitorios.

Andrés :
Verás que no hay nada, que tengo razón, y podremos seguir con la investigación. ¿OK?

Chris :
OK.

Andrés :
Tres días.
Andrés :
Hasta ese momento no os olvidéis de que, sea quien sea, nos vigila. Puede ser alguien muy cercano a nosotros. Andad con mil ojos.

Patito :
¿Sabéis lo que no me cuadra?

Andrés :
¿Qué?

Patito :
La sutileza.
Patito :
Si está tan cabreado/a desde el cóctel, ¿por qué no ha destapado todas nuestras mierdas? Empezando por el bombazo de que Chris y Arturo son pareja.

Chris :

Porque le gusta jugar. Y quiere guardarse esa baza.

Andrés :
A mí también me gusta jugar.
Andrés :
Veremos quién caza a quién.

Patito :
Tú lo que tienes que hacer es controlarte cuando nos ataque. Ahora más que nunca: NO CONTESTES A LOS SENTICARS.

Andrés :
Lo intentaré.
Andrés :
Esperad.
Andrés :
Acabo de darme cuenta de que el otro día dijo en un senticar que estuvo en la partida de la bolera.

Patito :
Joder.
Patito :
Me entran escalofríos solo de pensarlo. Lo/la tuvimos muy cerca y ni siquiera lo sabíamos.

Chris :
No volverá a pasar.

Andrés :
Tenemos que actualizar la lista de los sospechosos. Hay que eliminar a todos los que no estuvieron en la partida.
Andrés :
Y necesitamos saber quiénes sí estuvieron.

Patito :
Yo me encargo.

Chris :
¿Cómo?

Patito :
Benji pidió confirmación (fueran a jugar o no a los bolos) e hizo una lista con toda la gente que se apuntó. Por eso de calcular la bebida…
Patito :
Con un poco de suerte, aún la conserva.

Andrés :
No puedes pedírsela a Benji.

Patito :
No. Voy a pedírsela a Julián. Él sabrá cómo hacerse con ella sin que los chavales se den cuenta. Estoy seguro.

Chris :
OK. Os dejo. Arturo se está despertando.

Andrés :
¿Ya habéis solucionado eso de si la pelota ha entrado o no ha entrado?

Chris :
Sí. De hecho, ha entrado.

Andrés :
Joder, no sé para qué pregunto.

Patito :
La boca te puede.

Chris :
Sí, por la boca también entró.
Chris :
Luego seguimos, ¿OK?

Andrés :
Sí, lárgate ya, por favor.
Andrés :
Yo me voy a entrenar, pero cualquier cosa, me decís. Estaré atento.
Andrés :
Os veo luego.

Patito :
¿No vas a desayunar?

Andrés :
Un café rápido en la máquina con Nicki.

Patito :
OK. Abrid bien los ojos.

Andrés :
Sí.
Andrés :
Y cuidad de mis hermanos, por favor.

Chris :
Nadie va a acercarse a ellos.

Patito :
Nadie.

43: Andrés…

NICKI

Me despierto y veo a Andrés dejar el teléfono en la mesita de noche. ¿Con quién habla a estas horas de la mañana? Se coloca bocarriba y se mete la mano por debajo de la camiseta para rascarse el pecho. Deja al aire el ombligo y los abdominales y a mí se me hace la boca agua. Se me olvida hasta que hablaba con alguien a estas horas. Pero entonces suspira y noto… algo. Ese algo que llevo notando desde hace tiempo.

—¿Y ese suspiro? —Me acerco a él y lo abrazo. Apoyo la cabeza en su estómago y le doy un beso.

—¿Puedo contarte una cosa?

—Claro. ¿Qué pasa? Ey. —Me incorporo y le acaricio la mejilla. Está nervioso—. ¿Estás bien?

—No. Necesito… necesito que andes con mil ojos y que no te fíes de nadie. De absolutamente nadie. Y no quiero que estés sola en ningún momento. No iba a contarte nada, no quería involucrarte en esta mierda y preocuparte, pero necesitas saberlo para poder estar alerta.

—¿Contarme qué? ¿Qué pasa, Andrés?

Vuelve a suspirar.

—El accidente de Arturo no fue un accidente.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien puso aceite en los discos de freno. A propósito. Cuando Arturo intentó disminuir la velocidad, resbalaron y… no funcionaron.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo lo sabes?

—Chris lo vio y nos lo contó. Solo era una sospecha, pero Julián vio la moto y nos lo confirmó. Y creemos que Enigmaticar anda detrás de todo.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza. Esto no tiene sentido—. ¿Qué tiene que ver Enigmaticar en esto?

—Vamos a la ducha mejor. Te lo cuento todo ahí.

Y eso hace. Yo no lo interrumpo en ningún momento. Tampoco creo que pudiera. Estoy en *shock* . Nos fundimos en un abrazo cuando termina y no me doy cuenta de que estoy llorando hasta que uno de sus dedos me limpia las lágrimas. Dios, Arturo…

—Sabía que te pasaba algo —le digo—. Joder, lo sabía. Andrés…

—Todo va a salir bien —me promete. Me frota suavemente la espalda, algo que ha hecho

tantas veces antes, y que siempre me calma. Su toque me hace sentir segura—. Estamos a punto de pillarlo.

—Vosotros no tendríais que pillarlo. Ese es el trabajo de la policía.

—Ya te he explicado por qué no podemos ir a la policía, y mucho menos ahora que Arturo ya no tiene pesadillas y ha dejado el accidente atrás.

—Tengo miedo. Tengo miedo por Arturo y por ti. —Paso los dedos por su cabello empapado. Le acaricio la mandíbula y la mejilla sin dejar de temblar.

—No nos va a pasar nada. Patrick y Chris nos protegen.

44: «Cuelga tú…»

PATRICK

—*Te dije que estaba limpia* —escucho la voz de Andrés a través de los auriculares.

—*Que no hayamos encontrado nada no significa que esté limpia* —añade Chris.

—*No seas cabezota, joder. Te lo he dicho mil veces, conozco a Elvira desde hace años y ella siempre va de frente. Esconderse detrás de una cuenta falsa no es su estilo. Y mucho menos atacar a mi hermano.*

—*Te la estás follando.*

—*Me la estaba follando.*

—*No eres imparcial.*

—*Yo siempre soy imparcial.*

—*Eso no te lo crees ni tú.*

—Estoy de acuerdo con Andrés —opino yo. Estamos los tres conectados en una llamada a tres.

—*Cómo no…*

—Venga, salid de ahí. No hay moros en la costa —les digo justo después de echar un último vistazo a las escaleras para asegurarme. Es la hora de comer y apenas hay movimiento en la residencia, pero por si acaso. No pueden pillarnos.

Chris y Andrés están dentro de la habitación de Elvira y yo me encuentro sentado en las escaleras, como quien no quiere la cosa, jugueteando con el móvil, vigilando que no venga nadie. No nos preocupa Elvira, esta misma mañana ha dejado el CAR, pero si no es ella y es otra persona la que atacó a Arturo (de lo que estoy seguro) no podemos permitir que descubra que vamos tras sus pasos.

—*Estamos en un puto punto muerto otra vez* —masculla Chris en cuanto salen de la habitación sin colgar la llamada.

Me uno a ellos en el pasillo. Los tres nos soltamos los auriculares y dejamos que nos caigan en el pecho.

—Pues sí —responde Andrés—. Y me viene de puta madre que saques el tema.

—¿Por qué?

—¿Habéis visto lo que tenemos aquí? —Andrés señala la habitación al lado de la de Elvira —. Siempre se me olvida que comparten pared con pared. ¿Y si echamos un vistazo rápido?

—No —niega Chris en rotundo—. Ni de coña.

Yo tampoco lo veo.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero perder el tiempo. ¡Esto no entraba en los planes! Nunca ha entrado en los planes. Mira, es evidente que vosotros dos —Chris señala a Andrés y la puerta en cuestión— tenéis vuestros problemas, pero a mí me importan una mierda. Así que los arreglas de otra manera. A mí no me metas. Quiero ver a Arturo y estar un rato con él antes del entrenamiento de la tarde. Ya he tenido suficiente de vosotros dos para toda la semana.

—¿Y si es la persona que buscamos?

—¡No lo es, *putain* ! Puta obsesión.

—¿Ahora te cae bien?

—No me cae ni bien ni mal, me es indiferente.

—Andrés, Chris tiene razón. Yo taché su nombre de mi lista de sospechosos desde el primer momento. De hecho, fue uno de los primeros nombres que taché.

—Oíd, eh, chicos —Andrés estrecha el círculo que hemos formado y nos mira con seriedad —, escuchadme un momento, por favor. Yo tampoco creo que sea Enigmaticar ni mucho menos que haya atacado a Arturo, pero… —suspira—. Tengo una espina hundida en el pecho que no me deja dormir por las noches. Una puta espina que necesito sacarme de dentro. Y no tengo ni idea de quién me la ha clavado, pero está ahí y… Ya sé que no vamos a encontrar nada ahí dentro. No se trata de eso. Se trata de seguir mi instinto para poder respirar tranquilo. Es algo que tengo que hacer, ¿lo entendéis? Me quito la espinita y a otra cosa. Entramos y salimos. No tenemos nada que perder. Pero yo ya lo habré comprobado. Cuando os dije que no confiaba en nadie lo decía en serio. Por favor. Prometo obedeceros sin rechistar en la próxima sospecha que tengáis cualquiera de los dos. Sin rechistar, os lo juro.

Ahora es Chris el que suspira.

—*Putain.*

—Entrad vosotros —digo yo—. Os espero en las escaleras y os aviso si…

—No —me interrumpe Chris—, vosotros dos os vais a las escaleras y entro yo solo. No quiero que nos eternicemos ahí dentro en la búsqueda desesperada de Andrés del puto Santo Grial.

—Vale —responde Andrés—, pero no te dejes nada sin mirar.

—Que no, joder.

—Poneos los auriculares. —Lo hacemos—. ¿Me oís?

—Sí —respondemos Chris y yo al unísono. La llamada a tres sigue activa.

—Así podrás usar las manos y estar en contacto con nosotros en todo momento.

—Que sí, joder.

—Venga, dale.

—¿Me abres la puerta, por favor?

—Voy.

Andrés se agacha, saca la horquilla y cinco segundos después se abre la puerta. Fue algo que aprendimos a hacer al poco de llegar aquí. Si queríamos colarnos el uno en la habitación del otro para hacernos putadas, teníamos que ser capaces de entrar en los dormitorios sin tener la llave. Es de primero de invasión de la propiedad privada. Tampoco es que sea muy difícil.

—Toda tuya, cuñado.

Andrés le hace un gesto cordial a Chris para que pase y el otro lo hace cagándose en su puta vida. O eso creo, porque está hablando en francés. Pero se le ve en la cara.

—Cinco minutos y salgo. Es todo lo que voy a concederte, Claramunt.

—Suficiente. Vamos —me dice a mí Andrés.

CHRIS

—Bien. ¿Por dónde empiezo? Este cuarto no tiene nada que ver con el de Elvira. Aquí hay que buscar debajo de las piedras.

Elvira tenía todo patas arriba y era fácil buscar. Esto es otro nivel. Echo un vistazo general a la habitación. No es tan insípida como la mía, pero tampoco es la alegría de la huerta. Y está más ordenada. Mucho más ordenada. No hay nada fuera de lugar. Ni una camiseta encima de la silla del escritorio, ni un bolígrafo por ahí tirado, ni una zapatilla en el suelo. Muy al estilo de Arturo. Ahora entiendo por qué se llevan bien. Comparten obsesión.

—*No sé. ¿Dónde guarda la gente ordenada que esconde movidas esas movidas?*

—No lo sé.

—*¿Cómo que no lo sabes? ¿Dónde guardas tú las movidas de mi hermano?*

—Yo no soy ordenado y, de todas formas, ¿qué movidas de tu hermano?

—*Fotos o regalos o alguna mierda de esas. Algo habrás guardado de él en estos nueve putos años de relación, digo yo. Y dado que estabais juntos en secreto, tienes que haberlo escondido. «Piensa, McFly, piensa».*

—Joder, qué puta hostia tienes, Claramunt. Las fotos las tengo en el teléfono. Listo. Que eres un listo.

—*¿No has impreso nunca ninguna?*

—No.

—*Eres un sieso.*

¿Un qué?

—¿Qué coño me has llamado?

—*Un desabrido.* —Y debe de intuir mi ceja arqueada porque continúa buscando sinónimos —. *Insípido, desagradable, arisco…*

—Vale, vale. Lo pillo.

Me acuerdo del colgante del delfín que le regalé en Navidad. Lo llevé encima durante semanas, esperando el momento perfecto para dárselo. Un momento que no llegaba nunca. A veces incluso dudé de que fuera capaz de echarle un par de huevos para sacarlo del bolsillo. «Eso es, Chris, lo llevabas en el bolsillo, así que eso no nos vale». Sigo pensando y recuerdo la goma de pelo que Arturo solía llevar en la muñeca y que le robé hace años. Recuerdo que la colgué en el pomo de uno de los cajones de mi mesita de noche, junto al coletero de mi madre.

—Parece obvio —digo en voz alta—, pero en los cajones de la ropa interior.

—*¿Ves como sí sabías?*

Qué puta paciencia. ¿Y a este tío voy a tener que aguantarlo durante el resto de mi vida?

— Qué pereza, joder.

—*¿Qué pereza el qué?*

— Nada.

—*Debajo del colchón* —dice Patrick, ajeno a nuestra discusión—. *Tani escondía un libro debajo del colchón.*

—Voy a mirar debajo del colchón.

Cuelo la mano por la parte más cercana al cabecero, pero, *a priori,* no detecto nada. Levanto el colchón y echo un vistazo rápido.

—No hay nada.

Lo dejo caer de nuevo y arreglo el edredón. Voy a los cajones. No hay nada en los tiradores y no hay nada dentro. Ni en el primero, ni en el segundo, ni en el tercero. Ni siquiera condones o un triste consolador.

—En los cajones tampoco hay nada.

—*¿Estás dejando todo en su sitio? Es muy especial con sus cosas.*

—No creo que sea más especial que tu hermano. Y, créeme, después de nueve años he aprendido a dejar las cosas en su sitio. Por mi integridad física y mental.

—*Bien. Sigue buscando.*

— Claro. A sus órdenes, majestad.

ANDRÉS

—Bien. Sigue buscando.

—*Claro. A sus órdenes, majestad.*

Me quito uno de los auriculares y me dejo caer en el respaldo de la escalera. Cierro los ojos. Me siento raro. Estoy nervioso. ¿Por qué estoy nervioso?

—Leí tu carta —me dice Patrick a mi lado. Su voz me llega en vivo y en directo y a través del auricular que no me he quitado. Abro los ojos y lo miro.

—¿Y?

—Y tenías razón. Quiero entrenar.

—Pues claro que tenía razón. Yo siempre tengo razón. Aunque espero no tenerla en esta ocasión. —Señalo con la barbilla la habitación donde está Chris.

—No encontrará nada —me dice Patrick.

—Eso espero.

—Pero te entiendo. Entiendo que era algo que tenías que hacer.

—¿De verdad? Porque yo me siento de puta pena.

—¿Por qué?

—Por desconfiar. No se lo merece. O eso creo. Dios —me froto los ojos con las manos—, ya no lo sé.

—¿Quieres saber mi opinión?

—Siempre. Ya lo sabes.

Patrick ignora mi confesión a corazón abierto y sigue a lo suyo.

—No es fácil ganarse tu confianza, pero muchísimo menos tu respeto o… ¿admiración? No lo sé. No sé bien cómo llamarlo, pero tú a Chris, por ejemplo, siempre lo has respetado o admirado. Quiero decir, a pesar de la animadversión que le tienes, o le tenías, lo respetabas. Lo odiabas porque no podías odiar a tu hermano. Te estaban mintiendo a la cara y, como no podías pegarle dos hostias a Arturo porque lo quieres con locura, se las dabas a él. Pero, fuera de eso, lo has respetado siempre. Incluso hacías cosas buenas por él, como cuando te quedaste toda la noche aguardando en la puerta de Arturo para que nadie lo descubriera. Ahí también lo protegías a él. Y podría decirte muchas más.

—¿A dónde quieres llegar?

—Nunca has hecho algo parecido por… —Ahora es Patrick el que señala la habitación con la barbilla— él. Jamás has tenido un detalle. Ni siquiera por deferencia a Arturo. Y no lo has tenido porque no te nace de dentro. Tu rechazo hacia él es total. No encajáis. Nunca lo habéis hecho.

No puedo rebatirle una sola palabra porque tiene razón en todo.

—¿Sabes por qué nunca me ha caído bien?

—¿Por qué?

—Porque no tiene supersticiones. El tío es deportista y no tiene un puto ritual de nada. No me fastidies. Es raro de cojones. Escalofriante incluso.

Patrick ríe y yo me pierdo en mis pensamientos. Es cierto que nunca me ha gustado, e ignoro el motivo. No siempre tiene que haber uno, ¿no? Hay gente que conecta y gente que no. Yo encajé con Patrick desde el primer segundo en que nuestros padres nos juntaron, cuando yo tan solo contaba con unas horas de vida. Por supuesto, no lo recuerdo. Pero sí recuerdo sentirme a

gusto a su lado. Sí recuerdo quererlo desde siempre. De la misma manera que recuerdo sentir indiferencia hacia el otro. No era para mí.

—*Arturo se cambia los calcetines y ni siquiera hay un calcetín diseñado para el pie derecho y otro para el izquierdo* —escucho a Chris a través del auricular. Se me había olvidado que nos escuchaba—, *pero él dice que sí, que hay una especie de magia que le dice cuál es uno y cuál es el otro y…* Merde. *Se le va la olla.*

Sonrío. Es cierto.

—Y es una de las cosas que más te gustan de él —respondo—. Uno de los motivos por los que lo quiero tanto.

—Y uno de los míos —añade Patrick.

Cruzamos una mirada. Patrick apenas nos ha hablado en los últimos meses, así que oírle reconocer en voz alta que quiere a mi hermano me calienta el alma. Y justo después de volver con Aitana. Quizá aún no esté todo perdido con él.

Carraspeo.

—Venga, Lacoste, deja de soñar despierto con mi hermano y sigue buscando.

—*Aquí no hay nada. Lo he revisado todo* .

Suspiro.

—Bien.

—*¿Puedo salir ya?*

—Sí. Pero asegúrate de dejar todo como estaba.

—*Que sí, joder.*

—Esperad —nos dice Patrick—. Esa voz…

—¿Qué voz?

Se levanta a todo correr y mira hacia abajo por el hueco de las escaleras.

—¡Son Arturo y Damián! —grita entre susurros.

Joder, qué puto oído tiene. Y menos mal. Me asomo por el hueco, a su lado. ¡Mierda! Los tenemos casi encima.

En una sincronización digna de admiración, Patrick y yo subimos las escaleras hacia el último piso sin hacer ruido. Si vienen al dormitorio de Arturo, nos escondemos en el de Patrick y si van al de Murnuais… estamos jodidos.

—*Salgo.*

—Ni de coña —susurro—. Ya no te da tiempo. Se supone que acabas de irte al pueblo a comprar un regalo para tu futura hermana. No pueden verte. Escóndete.

—*¿Dónde?*

—Debajo de la cama —le susurra Patrick.

—*¡Voy a mataros en cuanto salga! Si Arturo me encuentra aquí…* Putain.

—Puedes decir que ha sido por un ataque de celos.

—*Yo no tengo celos.*

—Pues deberías. Mi hermano está buenísimo. Un rostro envidiable.

—*Justo igual que el tuyo, ¿no?*

— Exacto. —Miro de reojo por el hueco de las escaleras y los veo internarse en el pasillo de Damián. Mierda—. Chris, van para allí.

—*De puta madre.*

—Escóndete. Y no cuelgues. Quiero saber lo que pasa.

Patrick me hace un gesto con el dedo para que guarde silencio. Y entonces escuchamos cómo ambos entran en la habitación. Se me corta la respiración.

Dios.
Puta movida.

CHRIS

Lo único bueno de estar debajo de la cama de Murnuais es que podemos descartar que su alijo secreto digno de un psicópata profesional se encuentre aquí. Esto está más limpio que la consulta de un puto dentista. Voy a matar a Andrés por meterme en este lío. Cuñadocidio. Y después voy a cargarme a su amigo, por apoyarlo. Amigocuñadocidio.

Arturo y Murnuais justo entran en la habitación y casi al instante noto el peso de un cuerpo que se tumba en la cama. Dejo de respirar y el corazón se me acelera. Tanto que incluso creo que podrían escucharlo. Me llevo la mano al pecho para que se calme.

—Date prisa —dice el de la cama.

Vale, es Arturo.

—Cinco minutos —responde el otro—. Mando el correo y podemos irnos. No me puedo creer que se me haya pasado.

¿Cinco putos minutos aquí abajo? Voy a cargarme a Andrés Claramunt muy lentamente.

—Estás a mil cosas, Dami. Necesitas relajarte.

—¿De la misma manera que te relajas tú últimamente?

Arturo solo ríe.

—¿Qué tal con Lacoste, por cierto? —continúa Murnuais—. Apenas hemos hablado estos días. O estás entrenando o estás con él.

—Muy bien.

—Joder, Art. Te veo la cara de tonto desde aquí, y eso que estoy concentrado en el ordenador.

—*Él sí que es tonto…* — susurra Andrés desde el otro lado.

«Cállate, joder, que van a oírnos».

—Es que… No sé cómo explicarlo. Es como si… Imagínate que eres un pez. O imagínate que yo soy un pez. Cuando Chris está lejos de mí, físicamente lejos me refiero, me siento fuera del agua, siento que me falta el aire. Y según él se acerca y acorta la distancia física que nos separa, es como si… como si me zambullera en el agua.

Cierro los ojos y me aguanto las ganas de salir y abrazarlo con todas mis fuerzas. «Oh, mi vida. Yo también respiro mejor cuando tú estás cerca».

—*No llores, Lacoste. Qué bonito, qué romántico y qué asco dais.*

Me lo cargo. Juro que me lo cargo.

—Me alegro un montón por ti, Art. Te mereces todo lo bueno que te pueda pasar. Y… ¡Listo! Ya he terminado. ¿Vamos?

—Sí. Vamos.

Abandonan la habitación y yo respiro por fin. Joder, qué cerca…

—*Bueno, Damián no es el culpable, pero al menos ha servido de algo que te colaras en su habitación. Arturo ha declarado su amor por ti. ¿Ves? No has perdido el tiempo del todo. Vamos, sal de ahí.*

—Voy.

—*Vamos bajando.*

Salgo de debajo de la cama, pero en lugar de irme me dejo caer en el colchón. Estoy… temblando. Y yo no tiemblo. Necesito que se me bajen las palpitaciones del corazón. Y no sé si

estoy tan alterado por lo que ha dicho Arturo o porque casi me pillan o porque su olor está ahora en la cama. Cojo aire e intento calmarme. Giro la cabeza hacia la derecha, hacia la ventana. Putas vistas que tiene Murnuais. Se ve todo el mar.

Estoy a punto de levantarme, pero entonces me fijo en uno de los libros de la estantería. Tiene un sobre mal metido entre la cubierta y la primera página. Por eso me llama la atención. Es un sobre gordo. O con muchas cosas dentro. Hummm. «¿Qué es eso, Murnuais?». No debería fisgonear, pero me pueden las ganas. Es lo único que no está en su sitio.

—Esperad —les digo a Andrés y Patrick.

—*¿Qué pasa?*

—Quiero ver algo.

—*¿El qué?*

Me levanto y saco el libro.

—Un libro.

—*¿Un libro?*

El príncipe, de Maquiavelo. Gran libro. Lo abro y cojo el sobre. No es que sea gordo, es que el papel que guarda dentro está destrozado, superarrugado, como si Damián lo hubiera hecho bola y tirado a la basura varias veces. Incluso tiene celo aquí y allá. Lo ha roto y pegado de nuevo. ¿Qué coño es esto?

—*¿Chris?*

—*Chris.*

—*¿Qué pasa, joder? ¿Qué libro?*

— Hay una carta dentro.

—*¿Una carta de amor?*

Despliego el papel y comienzo a leer. Y el corazón, que por fin se me había tranquilizado, empieza a palpitar de nuevo con todas sus fuerzas. El latido me estalla en los oídos. Después… después viene la rabia.

Hijo de…

—Voy a matarlo. ¡VOY A MATARLO!

PATRICK

—*Voy a matarlo. ¡VOY A MATARLO!*

Suceden muchas cosas al mismo tiempo.

Andrés baja las escaleras y va hacia la habitación de Damián tan rápido como si el mismísimo diablo lo persiguiera.

Chris sale al pasillo sin dejar de gritar que va a matar a Murnuais. Lo oigo sin necesidad de los auriculares.

Yo no corro.

Yo voy más allá.

Yo me doy cuenta de que, si Chris ha descubierto algo que hace que quiera matar a Damián, Andrés también va a querer matarlo. Y no puedo contenerlos a los dos. A duras penas puedo contener a Andrés. Así que cuelgo la llamada a tres y llamo a Nicki. Siempre lleva el teléfono encima. Tiene que escucharlo. «Vamos. Vamos, por favor. ¡Coge el teléfono!».

—*¿Patrick?*

—¡Ven a la habitación de Damián! ¡Ya! Y sin que nadie te vea. ¡Nadie, Nicki!

—*Pero ¿qué pas…?*

—¡Sin preguntas! No hay tiempo. Ven ya.

—*Estoy en medio de un entrenamiento.*

—Tienes tres minutos.

Cuelgo y corro hacia la habitación de Damián. De camino escucho voces en los pisos de abajo. Mierda. Empieza a haber movimiento en la residencia. Andrés ha conseguido meter de nuevo a Chris dentro y lo está conteniendo con su cuerpo. Chris solo grita «voy a matarlo, voy a matarlo, ¡voy a matarlo!» mientras Andrés lo sujeta con ambos brazos alrededor de su pecho. Lo arroja a la cama, cayendo él encima, se coloca a horcajadas sobre sus caderas e intenta que se calle poniéndole una mano en la boca. Entro y cierro la puerta. Los gritos de Chris han quedado amortiguados por la mano de Andrés.

—¡Estate quieto, joder! ¡Chris!

—¡Callaos los dos! —les digo, acercándome a la cama—. No podemos llamar tanto la atención. Empieza a haber movimiento en los pasillos. Joder, Chris. Si hay que ir a por Damián, iremos a por Damián, pero ahora tienes que calmarte. Tienes que controlarte.

Chris lo entiende, por fin lo entiende. No podemos llamar la atención. Y mucho menos dentro de esta habitación, que no es una de las nuestras. Cierra los ojos y coge aire desde el esternón, controlando su respiración. Andrés le libera la boca, pero no se quita de encima. No se fía.

—¿Qué coño pasa? —le pregunta Andrés cuando Chris se tranquiliza del todo.

Entonces Chris lo mira como si acabara de darse cuenta de algo. Y al instante su rostro se inunda de pena. Y luego de precaución. No me gusta. No me gusta un pelo.

—¿¿Qué pasa?? —insiste Andrés.

Chris le ofrece un papel y… Me alejo de la cama y me coloco en la puerta antes de que comience a leer. Y sé que he hecho el movimiento correcto en cuanto veo cómo muda la expresión de Andrés. Cómo pasa de estar confundido a que se le ensanchen los ojos y que comience a negar con la cabeza.

—Andrés —lo llamo—. ¿Qué pasa?

Se baja del regazo de Chris y camina hacia atrás, hacia el escritorio, como si necesitara apoyarse en algo, sin dejar de negar con la cabeza.

—No. No, no, no, no, no. No, por favor. Esto no es real.

Deja caer los brazos, aún con el papel en una de las manos, y pierde la mirada en algún punto de la pared que tiene enfrente. Varias lágrimas le caen de los ojos. Y yo no puedo soportarlo más. Me acerco a él y le arrebato el papel. No se resiste. Está perdido en sus pensamientos. Camino hacia atrás sobre mis pasos, me apoyo en la puerta y lo leo.

Oh, Dios.

¡Oh, Dios!

No puede ser.

Y es entonces cuando Andrés reacciona y se vuelve loco. Viene hacia mí con los ojos encharcados en lágrimas y en llamas al mismo tiempo. Nunca lo había visto así. Y me asusto.

—Andrés… —Estiro el brazo antes de que llegue a mí.

—¡APÁRTATE O TE APARTO !

Ni de coña. Va a ir a por Damián. Va a ir a por él y en el estado en el que está no puedo permitirlo.

—No. Tendrás que pasar por encima de mí.

Y sé que lo va a hacer. Sé que después de una lucha sinsentido cuerpo a cuerpo pasaría por encima de mí. Por eso he llamado a Nicki, porque a ella no va a poder tocarla. Solo espero que venga ya. «Por favor, ven ya».

—Chris, ayúdame, por favor —le suplico—. ¡POR FAVOR !

Chris está ido, completamente ido, lidiando con sus propios fantasmas. Pero al menos ya no grita y lucha por salir de aquí. Una vez se le ha pasado la impresión inicial, ha dejado que la cabeza tome el control. Pero Andrés es demasiado visceral y jamás podrá controlarlo del todo, por mucho que Chris haya intentado enseñárselo en las pistas de tenis. Hay emociones que son demasiado inherentes a las personas. Puedes acelerar o frenar los latidos de tu corazón, pero no puedes hacer que deje de latir. Andrés siempre tendrá una parte de sí mismo que no podrá controlar.

Chris reacciona ante mi grito y me ayuda a contener a un Andrés que ya se me ha echado encima para intentar abrir la puerta. Lo sujeta con ambos brazos por la cintura y lo echa hacia atrás.

—¡SUÉLTAME !

Toc, toc, toc.

Alguien llama a la puerta. Los tres nos paralizamos.

—¿Qué coño pasa ahí dentro?

Nicki. Por fin. Abro a todo correr y la dejo pasar. La empujo contra la pared y dejo que ocupe mi lugar.

—¿Qué está pasando? —repite Nicki asustada. Ha visto la cara de Andrés. Ha visto sus lágrimas y la desesperación que muestran sus ojos—. ¿Andrés?

—No te muevas de ahí —le digo yo. Y luego me dirijo a Andrés, aún envuelto en el abrazo de Chris—. Por encima de ella no vas a poder pasar, así que te quedas ahí tranquilo y pensamos en frío. Andrés, tenemos que pensar en frío. Por favor.

Nicki intenta abandonar la puerta e ir hacia él, pero no se lo permito. Estiro una mano hacia ella y otra hacia Andrés. Y me quedo, así, en medio de los dos. Y entiendo lo duro que es para ella porque yo también quiero acercarme a Andrés y consolarlo y abrazarlo y decirle que no está

solo, pero… Es más importante que no salga de aquí hasta que se calme.

—¡¿¿Cómo coño quieres que esté tranquilo??! —me grita Andrés—. ¿CÓMO ? ¿Acaso no has visto lo mismo que yo? ¡Dime, joder! ¿Cómo quieres que me calme? ¡Dímelo!

«¡Dímelo, dímelo!», grita sin cesar, y yo me doy cuenta de que no es solo un grito. Es una súplica. Me está suplicando que lo ayude a tranquilizarse. Oh, Andrés.

Cae al suelo sin poder soportarlo más y Chris cae con él. Rompe a llorar. Roto. Inconsolable como nunca. Nicki no puede más. Quiere alejarse de la pared. Quiere ir a hablar con él y abrazarlo y besarlo. Y yo ya no tengo ni fuerzas ni corazón para impedírselo. Va corriendo y se tira al suelo frente a él. Lo abraza con todas sus fuerzas y Andrés le devuelve el gesto. Se sujeta a ella y llora aún más fuerte si cabe. Chris sigue abrazándolo por detrás.

Nicki me mira, en busca de una explicación, sin dejar de abrazar a Andrés, y yo le doy la carta. La coge con una mano mientras con la otra no deja de acariciar la cabeza de Andrés. La lee y nos mira a Chris y a mí horrorizada.

—Ha sido él. Ha sido él, ha sido él, ha sido él… —repite Andrés una y otra vez sin levantar la cabeza del cuello de Nicki.

—¿Ha sido él qué? —responde Nicki.

—Ha sido él, ha sido él, ha sido él…

—Cariño —le dice Nicki con ternura al tiempo que le levanta la cabeza para que lo mire—. ¿Ha sido él qué?

—Él intentó hacerle daño a Arturo.

Nicki vuelve a mirarnos a Chris y a mí. Sabe de lo que habla Andrés. Sabe que el accidente de Arturo fue provocado. Andrés se lo ha debido de contar.

—No —Nicki le limpia las lágrimas a Andrés—, eso es imposible. Y una prueba es este papel. Cariño, sé que esto te habrá…

—Tiene razón —la interrumpe Chris—. Andrés tiene razón. Fue Damián.

Nicki sacude la cabeza y levanta el papel.

—Esto no le da motivos para querer hacer daño a Arturo, al revés, tiene que querer protegerlo muchísimo más de lo que ya lo hacía.

—Es él —afirmo yo.

—Necesito irme a casa —dice de pronto Andrés, levantándose—. Tengo que ir a mi casa.

—Voy contigo —dicen Nicki y Chris al unísono.

—Si tengo a Damián enfrente, lo mato —añade Chris—. Necesito salir de aquí.

Joder, sí.

—Sí, sí. Vale, joder. Id los dos. Despejaos y haced allí lo que tengáis que hacer. Nosotros nos quedamos aquí.

Nicki también acepta, aunque no demasiado convencida. Andrés le quita el papel de la mano y saca una foto con su teléfono. Está temblando.

—Andrés… —me sitúo frente a él y lo sujeto por los hombros. Le digo lo único que es capaz de englobar todo lo que siento ahora mismo mientras se me caen dos lágrimas por las mejillas—. Cuelga tú.

«Te quiero». Es nuestra manera de decirnos «te quiero». Él me lo dijo la noche que regresó de Zúrich. La noche en que me puso por delante de Aitana y Arturo al aceptar no ir a Cornwall a por el hijo de puta de Ernesto. Él no se dio cuenta de que estaba renunciando a defender a sus hermanos por mí, pero yo sí lo hice. Y luego, cuando nos despedimos, me dijo «cuelga tú», pero yo no se lo devolví. No quise hacerlo. No quise ponérselo tan fácil. Porque soy un gilipollas y tenía el orgullo herido. Aún estaba enfadado con él. Pero ya no lo estoy. Hace mucho que no lo

estoy. Solo espero que no sea demasiado tarde. Espero que tenga claro que nunca he dejado de quererlo y que estoy aquí con él. Siempre.

—Cuelga tú —repito.

Andrés me mira y…

—Tú —susurra—. Cuelga tú.

Sonrío en medio del llanto y lo abrazo. Lo sujeto por las mejillas.

—Todo va a salir bien, ¿me oyes? Todo va a salir bien.

Esconde su cabeza en mi cuello durante unos segundos y yo aprovecho para darle un beso en el flequillo.

—Tenemos que irnos ya —dice Chris.

Sí. Carraspeo y lo suelto.

—Sí. Id ya. Nosotros nos ocupamos de todo por aquí. No os preocupéis ni por Arturo ni por Aitana. Cuidaremos de ellos.

Ambos asienten con la cabeza y Nicki abraza y besa a Andrés por última vez.

—Y tú cuida de él, por favor —le suplica a Chris.

Vuelve a asentir y se marchan.

Nicki y yo nos miramos sin saber qué hacer. Ella llora. Yo estoy a punto.

Joder.

45: La familia de Arturo

CHRIS

En el trayecto en coche desde el CAR hasta Barcelona no intercambiamos una sola palabra. Ambos estamos perdidos en nuestros pensamientos. Demasiado perdidos. Sobre todo Andrés, que tiene mucho que procesar. Y conduce lo bastante rápido como para que, si lo pillan en un control o en un radar, le retiren el carné de conducir durante una buena temporada, pero no seré yo el que lo detenga. Cuanto antes lleguemos, mejor.

Y llegamos.

Mientras se abre la puerta corredera de aluminio, lo veo repiquetear los dedos en el volante. La única señal que me hace ver que está vivo. Bueno, y el hecho de que me haya traído hasta aquí. Por dentro está histérico perdido, pero se está conteniendo y no sé si eso es bueno o malo. Cuando escondes entre las manos una bomba a punto de explotar… Es imposible que salga bien.

Nos adentramos y giramos en la pequeña rotonda que hay frente a la fachada principal. Andrés deja el coche justo al lado de la entrada de la vivienda.

Bajamos y lo sigo hasta la puerta. Introduce la llave en la cerradura con una exactitud y parsimonia que dan miedo. Que sea capaz de actuar tan fríamente con la cantidad de emociones que carga ahora mismo sobre la espalda da miedo.

—¡Papá! —lo llama en un grito controlado.

Su padre aparece en el recibidor poco después y nos mira confundido; su cabeza ha hecho la concordancia del binomio Chris y Arturo, pero sus ojos han reconocido a Andrés sin una pizca de duda.

—¿Andrés? ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha pasado algo? ¿Arturo está bien?

Andrés le estampa el teléfono en el pecho, lleno de rabia y dolor. Robert lo coge, lo lee, abre mucho los ojos y mira a su hijo. Lo mira con cara de «¿cómo ha llegado esto hasta ti?» no con cara de «pero ¿qué coño me estás contando?».

—Ya lo sabías —susurra entonces Andrés—. ¡Ya lo sabías!

—Andrés, por favor. Escúchame.

—¡No me lo puedo creer, joder! —Se lleva las manos a la cabeza y da vueltas por la estancia —. ¡Ya lo sabías!

Soy muy consciente de que esto tienen que tratarlo en familia, así que los dejo solos y me encamino hacia las escaleras. Hacia la habitación de Arturo.

—Andrés, vamos al despacho —escucho decir a Robert antes de internarme en el pasillo.

No sé si van o no al despacho. Lo mismo da. Los gritos se escuchan desde aquí.

ANDRÉS

Por primera vez en mi vida, no soy capaz de mirar a mi padre a los ojos.

Por primera vez en mi vida, no me siento orgulloso de ser su hijo.

Por primera vez en mi vida, su presencia me provoca rechazo.

Jamás pensé que podría pasar algo así. Uno jamás piensa que el mundo puede partirse en dos. Pero un día sucede. Y ya nada vuelve a ser igual. Mi mayor problema es que se me ha partido el mundo tantas veces que ya no me quedan fuerzas para juntarlo de nuevo.

—¿Lo sabe mamá? —le pregunto.

—Sí.

—La engañaste.

—No.

—¡Sí la engañaste! —grito de pura frustración. Estoy intentando sobrellevar esto de la mejor manera posible, pero yo también tengo un límite, como todo el puto mundo—. Sé desde cuándo estáis juntos ella y tú. ¡Desde siempre!

—Andrés, escúchame, por favor.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que escucharte ahora, cuando tú no me has dicho una mierda? ¡Llevas toda mi puta vida ocultándomelo!

—No. No, no, no. Yo no lo sabía. Andrés. —Se acerca a mí y me sujeta por los hombros—. Yo no lo sabía.

—¿Cómo que no lo sabías? Es tu hijo. ¡Tu puto hijo y mi puto hermano! Joder, ¡es mi puto hermano! ¿Cómo has podido ocultarnos algo así? ¡¿Cómo pudiste hacerle eso a mamá?

—Yo no le hice nada a mamá. ¡Las cosas no sucedieron como tú crees! Te estás montando una película en la cabeza que no es real.

—¡Si tú me lo hubieras contado, yo no me estaría montando ninguna película! ¿A qué coño esperabas, eh? ¿A que nos hiciéramos mayores? Porque, por si no lo sabes, ¡ya somos mayores!

Mi padre se acerca al armario donde guarda el alcohol y se sirve un *whisky* . Me tomaría uno si no tuviera el estómago cerrado a cal y canto.

—Habla —le exijo—. Quiero saberlo todo.

Mi padre toma otro sorbo y se apoya en el escritorio. Coloca la mano libre en la madera.

—Ya sabes que éramos vecinos. Vivíamos puerta con puerta. Tus abuelos y los abuelos paternos de Damián. Su madre y yo nos criamos casi juntos. Éramos amigos, a pesar de la diferencia de edad. Mamá y yo empezamos a salir juntos desde muy jovencitos y la cosa enseguida se puso seria. No fue a propósito, ninguno de los dos queríamos embarcarnos en una relación seria con la mayoría de edad recién cumplida, simplemente… sucedió. Empezamos a salir sin pretensiones y nos enamoramos. Yo comencé a despuntar en el tenis, a despuntar de verdad, y estaba totalmente volcado en mi carrera. Un día, hablando con tu madre, tocamos el tema «familia» y ella me dijo que en el futuro quería formar una conmigo. Pero yo no quería. Yo solo quería jugar al tenis. Tener hijos no era algo que viera en mi vida, no era algo que añorara o que quisiera. Cuando se lo dije a mamá… Ella sí estaba segura de que quería tenerlos y de que, por mucho que me quisiera, si no nos poníamos de acuerdo en eso…, sin ánimo de nada, me refiero, no fue una amenaza, no fue un ultimátum, fue solo ella entre lágrimas diciéndome que quería tenerlos y que, si yo no quería, nuestra relación tomaba caminos diferentes.

—¿No… no querías tenernos? —le pregunto con dolor.

—No. Al principio, no. Mamá y yo lo dejamos y… La ruptura nos destrozó el corazón a los dos. A los dos. Pero lo hicimos plenamente conscientes de que era lo mejor, porque no queríamos lo mismo. ¿Qué sentido tenía seguir juntos, cuando iba a llegar un momento en el que íbamos a chocar? Lo dejamos y yo… Yo estaba peor de lo que lo que creía. Estaba destrozado. Justo hubo una fiesta. Me emborraché como nunca y…

—¡No me jodas! —lo interrumpo—. ¿En serio? ¡Eso es una puta excusa! Yo me he emborrachado millones de veces y he hecho muchas tonterías, pero las he hecho yo, y no culpo al alcohol.

—No me estoy excusando, te estoy explicando cómo sucedieron las cosas. Bebí. Mucho. Yo ya no estaba con tu madre y…

—Y te follaste a la vecina.

—No me hables así, Andrés. Yo no soy tu colega. Soy tu padre.

—Es la verdad. Es lo que hiciste.

—No fue así. Estábamos juntos en la fiesta. Ella se acercó a mí y comenzó a tontear conmigo. No lo detecté. Ella tenía novio. No vi las señales y para cuando quise darme cuenta era de día y amanecía desnudo a su lado en una cama.

Dios. Me entran ganas de vomitar.

—No quiero saber nada más.

Me doy media vuelta y me tapo los ojos con la mano, aunque no sirve de nada. La imagen ya se ha hecho hueco en mi cabeza, y me temo que es para siempre. Mi padre abandona el escritorio y me coge del brazo, obligándome a darme la vuelta y encararlo.

—Ahora me escuchas hasta el final.

—¡Me da asco! Follaste con la madre de Damián y la dejaste embarazada. Tú eras mi modelo a seguir, joder. Eras mi modelo a seguir. Tú, mamá y vuestra relación tan auténtica. Y todo es mentira. Todo es una puta mentira. Los cimientos que sujetaban mi vida se han ido a tomar por culo. ¡A tomar por culo, papá!

—¡Yo no soy perfecto! Y me arrepentí al instante. Pero ya estaba hecho. *Ya estaba hecho.* Me vestí y me fui.

—Y la dejaste embarazada.

Mi padre me suelta el brazo y regresa a la mesa. Da otro sorbo al *whisky* .

—Seguimos con nuestra vida. Aquello se quedó ahí y yo volví arrastrándome adonde tu madre porque me di cuenta de que el tenis no era tan importante para mí. No era más importante que ella, que estaba por encima de todo. Se lo dije y nos reconciliamos. Le pedí matrimonio y nos casamos semanas después sin grandes ceremonias y sin avisar a nadie. Fue tan espontáneo… Nos fuimos al juzgado y nos casamos. Desaparecimos del mundo durante unas semanas.

Siempre he sabido que mis padres se casaron «en secreto», pero nunca imaginé que las cosas habían sucedido así. En mi cabeza todo era de puto color de rosa.

—Cuando regresamos, me llamó tu abuelo para decirme que Elsa estaba embarazada y que sus padres le habían dado un ultimátum: o acataba sus normas y las cosas se hacían como ellos querían o podía largarse. Eligió largarse. Yo hice cuentas y me acojoné. Entré en pánico. Fui a buscarla antes de que se fuera y se lo pregunté directamente: «¿Es mi hijo?». Ella me vio el anillo en el dedo y me felicitó por la boda. Yo insistí. Y me dijo que no. Me lo negó en mi cara. Me dijo que no era mío. Me dijo que ella y yo ni siquiera llegamos a… terminar. Me dijo que yo no pude, estaba demasiado borracho y no pude. El niño era de su novio, que salió espantado en cuanto se enteró.

—Y tú te lo creíste.

—Pues claro que me lo creí. ¿Por qué iba a mentirme? Al revés, pensé que lo lógico sería que me mintiera para que me ocupara de ellos dos, de su hijo y de ella, pero prefirió ir con la verdad porque éramos amigos. O eso creía yo.

—¿Qué pasó después?

—Ella se fue a Madrid a buscarse la vida. Pasaron un par de años y regresó. No encontraba trabajo, había tenido que dejar de estudiar y… apenas tenía para comer, así que nos pidió ayuda. Y se la dimos. Mamá le buscó un puesto en el departamento de administración de la empresa del abuelo y tanto ella como Damián comenzaron a formar parte de nuestra familia. Vosotros os criasteis con él. Empezasteis a jugar al tenis casi al mismo tiempo. Damián enseguida mostró interés y…

—¿Damián lo sabía? ¿Sabía que era tu hijo? ¿Lo ha sabido desde siempre?

—No. Elsa no se lo dijo a nadie. Ni siquiera a él.

—¿Y cómo hemos llegado a esto? —Cojo mi teléfono de la mesa, lo desbloqueo y señalo la prueba de ADN que Damián guardaba en su dormitorio.

—Yo siempre he tenido cariño a Elsa y ya sabes que ha pivotado de un lado para otro en el terreno sentimental durante toda su vida. Hace unos años fui a su casa y hablé con ella. Hablé con ella como habría hablado con una amiga, con un amigo o con una hermana o un hermano. Hablé con ella porque la aprecio, y le dije que tenía que dejar de dar trompicones. Se enfadó y me respondió que yo le había arruinado la vida. No lo entendí y le pedí explicaciones. Me confesó que está enamorada de mí desde la infancia. Discutimos. Le dije que yo no le había arruinado la vida por estar enamorado de tu madre y ella me gritó que lo hice la primera y única vez que nos acostamos mil años atrás. Pensé que se había vuelto loca. Nada tenía sentido. Damián lo escuchó todo y nos enfrentó. Nos preguntó directamente si yo era su padre. No me preguntes cómo llegó a esa conclusión, porque no lo sé. Yo le respondí que no y ella dijo que sí. Los dos a la vez. Yo estaba… Era como si todo aquello no fuera conmigo. No me lo podía creer. Y no me lo creí. Nos hicimos una prueba de ADN unos días después y… El resto ya lo sabes.

—¿Cuándo ocurrió todo eso? —susurro.

—Hace tres años.

—Damián no dijo nada. Se lo ha estado guardando y…

—No quiere saber nada de mí. Mi relación con él no ha cambiado, sigue tratándome como antes de saberlo, pero no quiere saber nada de mí. Le ofrecí mi ayuda y… no la quiere. Me dijo… —Mi padre titubea—. Me dijo que siempre había pensado que lo trataba como a un hijo y que ha resultado que lo negaba como padre.

—¿Le has contado todo esto a él? ¿La historia completa?

—No. Nunca me ha dado la oportunidad.

—Qué de puta madre todo, papá. Este año te llevas el premio al mejor padre del mundo.

—¡Te he dicho que no me hables así! ¡Andrés, joder!

—¡Te hablo como me da la puta gana!

CHRIS

Lo supe al instante. En cuanto vi que Damián era hijo de Robert Claramunt, supe que él era la persona que estábamos buscando. Un secreto de ese calibre, y que se lo haya guardado para él y haya fingido normalidad delante de los Claramunt, delante de su propio padre, durante vete a saber cuánto tiempo…, todo encajó en mi cabeza. Es él. Él intentó hacerle daño a Arturo.

Me entran ganas de estrangularlo, y no solo porque tuviera el valor de ir a por él, sino porque encima finge ser su amigo. Finge quererlo cada puto día de su vida. Y Arturo lo adora. Confía en él. Confía tanto en él que dejaría su vida en sus manos, con los ojos cerrados. Es… una puta doble traición. Me entran escalofríos solo de pensar que ahora está a su lado. No lo quiero a su lado. Lo quiero en la otra punta del planeta.

El teléfono vuelve a vibrarme en el bolsillo. Lleva así un buen rato, pero no he sido capaz de cogerlo. No sé… no sé qué decirle a Arturo. Oh, tete…

Tete :
No sabes la que se ha liado hoy en el comedor entre Montaño y Schmidheiny. Luego te lo cuento. Vas a morirte de la risa y…
Tete :
He ganado nuestra apuesta.
Tete :
Luego me la cobro. ;)
Tete :
¿Qué tal tú? ¿Aún estás en el Boulevard?
Tete :
Estoy seguro de que vas a encontrar el regalo perfecto para Lucie, porque cualquier cosa que tú le compres será perfecta.
Tete :
Confía en mí.
Tete :
Te quiero.

Tete :
Andrés no ha aparecido en el entrenamiento.
Tete :
Y tú tampoco.
Tete :
¿Sabes algo?

Tete :
Chris, contéstame, por favor. Estoy empezando a preocuparme.
Tete :
¿Estás con Andrés?

Tete :
Dime que estás bien.

No soy capaz de leer ni un mensaje más. Ni de contestar. Y a pesar de la sensación de absoluto bienestar que me provoca estar tumbado en la cama de Arturo con la vista puesta en sus peces de colores, es como vivir dentro de una burbuja donde no existen los problemas, necesito salir y volver al mundo real. Y necesito comprobar que todo está bien ahí abajo. Hace tiempo que no se escucha un grito.

Abandono la habitación y bajo por las escaleras. Me encuentro a su madre, sentada en el primer escalón, llorando. No soy un experto en relaciones sociales, más bien todo lo contrario, el contacto social me repele, pero entiendo de dolor. Así que me siento a su lado y le doy un abrazo.

—Llevo media hora queriendo entrar ahí —me dice en medio de la congoja—, pero no sé qué decirle. No sé qué decirle. Teníamos que haber hablado con ellos, teníamos que habérselo dicho, pero Damián no quería y no quisimos… romper la relación que hay entre ellos.

Yo tampoco sé qué decir. Solo continúo abrazándola. Entonces regresan los gritos.

ANDRÉS

—Todo esto es culpa tuya —le digo a mi padre con rabia—. ¡Es tu puta culpa! ¿Cómo se supone que voy a proteger a mis hermanos si no me cuentas las cosas?

—Tú no tienes que proteger a tus hermanos. Ese es mi trabajo.

—Y lo has hecho de puta madre. ¡De puta madre, papá! Si me lo hubieras dicho, no habría pasado nada. ¡No habría pasado nada! Yo lo habría tenido vigilado, lo habría alejado de nosotros. Y más aún sabiendo el rechazo que siente hacia ti.

—¿Qué quieres decir con que no habría pasado nada?

—¿Te crees que voy a contarte una mierda después de que tú no me cuentas nada a mí?

—Andrés, por favor. ¿Estáis todos bien?

—Perfectamente. Por cierto, Arturo y Aitana no saben nada. Y así tiene que ser. Al menos, de momento. Hazme un favor y no les digas nada. No metas más la pata

—Andrés, mi paciencia tiene un límite. Contrólame ese tono, ¿de acuerdo? —Prefiero callarme la contestación que tengo en la punta de la lengua—. Y ya llamo yo a Rafa y le explico que has estado aquí. Estará preocupado.

—Tú mismo. Adiós, *papá* .

Salgo del despacho y me encuentro con mi madre de frente, que estaba a punto de entrar. Se acerca a mí.

—Andrés…

No dejo que me toque.

—Paso. Paso de todo esto.

Me dirijo a la puerta. No puedo estar ni un minuto más aquí.

—Chris, por favor —escucho decir a mi padre—, conduce tú.

CHRIS

—Dame las llaves del coche —le pido en cuanto salimos a la calle.

Me las da sin rechistar y camina hacia la puerta del copiloto. Yo me siento al volante y arranco. Otra vez nos sumimos en el silencio más absoluto. Ni siquiera pongo la radio. Prefiero no escuchar nada. No quiero escuchar nada. Solo el tic tac de la bomba de relojería que tengo al lado. Sé que está a punto de explotar. No es difícil leer a Andrés Claramunt. O quizá es que lo conozco bien. Por lo que he vivido junto a él y por lo que he visto y oído a través de Arturo. Lo miro de reojo cada pocos segundos; mantiene la vista perdida en algún punto en el horizonte. Hasta que…

—Detén el coche —me dice de pronto.

—¿Qué?

Apenas nos hemos incorporado a la autopista.

—Para el puto coche. No puedo respirar.

Piso el freno y derrapo en el arcén.

—Andrés… —Le pongo la mano en el hombro.

No responde. Solo se toca el pecho y tira del cuello de la camiseta mientras intenta recuperar la respiración. Me bajo del coche y lo rodeo.

—Sal de ahí. —Le abro la puerta del copiloto y sale a todo correr en cuanto se da cuenta de que tiene vía libre. Se inclina, como si fuera a vomitar, y apoya las manos en las rodillas. Escucho su agonía.

—No puedo respirar. No puedo…

—Sí puedes. —Lo obligo a levantarse sin acercarme demasiado. No quiero robarle espacio vital—. Estás respirando, Andrés. Estás respirando. Es un ataque de ansiedad. Necesitas soltar toda la mierda que tienes dentro. Vamos, suéltala. Confía en mí. Te lo está haciendo tu cabeza. Todo esto es tu cabeza tomando el control. No se lo permitas.

—Ayúdame. Por favor… No sé cómo hacer que pare.

Lo abrazo por la cintura desde atrás, sin apretarle, y respiro con fuerza en su oído.

—Respira conmigo. Vamos, respira conmigo. Cierra los ojos. Coge aire con fuerza por la nariz, llénate el estómago y aguántalo ahí durante tres segundos. Ahora suéltalo por la boca. Despacio. Muy despacio. ¿Ves? —le digo cuando se acompasan nuestras respiraciones—. Estás respirando. Y lo estás haciendo genial. Vamos, sigue así.

Respiramos juntos durante más de media hora con el ruido de los coches que pasan a toda velocidad por nuestro lado, pero de alguna manera es reconfortante. Es constante. Como una melodía. Una melodía a la que intentamos acompasarnos.

—¿Estás mejor?

—Sí, pero necesito…

—¿Qué?

—No lo sé, sacarlo de dentro. ¿Cómo lo saco de dentro?

—Grita. Grita fuerte.

Y lo hace. Andrés Claramunt grita en medio de la autopista. Grita y jura. Y grita y jura. Las millones de endorfinas que salen de su cuerpo lo rodean, como si las viera, y hacen que se sienta mejor. Entonces cae al suelo y rompe a llorar. Yo caigo con él, una vez más, y lo sujeto mientras

llora. Apoya la cabeza en mi regazo y deja salir más de esa mierda que lo ahoga por dentro. Hasta que se estabiliza y se queda sin lágrimas. No sé si porque ya no hay nada dentro o si porque nuestro cuerpo solo produce una cantidad de lágrimas limitada y necesita recargarse de nuevo para crear más.

Nos quedamos en silencio y no quiero que esté en silencio. No quiero que se guarde nada más, porque sería como empezar de cero.

—Habla conmigo. No estás solo. Yo estoy aquí.

—¿Estás?

—Sí, por supuesto que estoy.

—¿Por qué? Si tú me odias.

—Yo no te odio.

—¿No?

—No. Arturo es lo que más quiero en la vida y tú eres su familia, así que tú eres mi familia. Todo lo que quiere Arturo yo también lo quiero.

—¿Me quieres?

—Quiero tu bienestar. Quiero que estés bien. Me preocupo por ti.

—¿Por eso te ofreciste a ayudarme con el tenis?

—Sí —confieso.

Andrés se incorpora, abandona mi regazo y se sienta a mi lado. Se rodea las rodillas con los brazos y pierde la mirada en la carretera. Imito su postura.

—Ya lo sabían —me dice—. Mis padres ya lo sabían. Lo sabían desde hace tres años y no nos han dicho nada. ¿Cómo coño se supone que voy a proteger a mis hermanos si no me dan las herramientas?

—Andrés, no puedes estar ahí cuidando de tus hermanos todo el día.

—Entonces, ¿para qué vivo?

—Joder, para muchísimas cosas más.

—Damián odia a mi padre. Lo odia por no haber estado con él. Y por eso atentó contra Arturo. Porque nos odia a todos. Esto… esto va a destrozar a mi hermano.

—Lo sé.

—Quiere mucho a Damián.

—Lo sé.

—No podemos contárselo.

—¿A qué te refieres?

—Hasta que pensemos qué hacer, no podemos decirles nada a mis hermanos. Ellos no son como nosotros. No son fríos y no saben fingir. Damián se daría cuenta y no nos lo podemos permitir.

—No quiero mentirle a Arturo. Ahora que por fin lo he recuperado, no quiero mentirle. Ya te lo he dicho.

—Pues lo siento, pero vas a tener que hacerlo.

PATRICK

—¿Dónde están Chris y Andrés? ¿Están juntos?

Ha pasado demasiado tiempo desde que ambos se fueron y Arturo y Aitana han comenzado a hacer preguntas. Yo también me las he hecho y, como ni Andrés ni Chris responden al puto teléfono, he llamado a Robert. Él me ha dicho que están bien —de manera muy escueta, no quiero ni imaginarme lo que ha sucedido en esa casa— y que venían de camino, hace tres horas. Tres putas horas. Es un trayecto de una.

Tanto Arturo como Aitana tienen la suficiente intuición como para darse cuenta de que Nicki y yo sabemos algo y por eso nos lo están preguntando. Damián está con ellos, así que necesito ser convincente. Le hago un gesto a Nicki para que me deje contestar a mí.

—Ya tendrían que estar de vuelta.

La preocupación no tengo que fingirla. Estoy bastante acojonado de que aún no hayan regresado.

—¿De vuelta de qué? ¿A dónde han ido?

—Había un asunto pendiente entre ellos y han ido a solucionarlo.

—No me jodas —responde Damián—. ¿Han ido a darse de hostias?

«Hostias las que te daría yo a ti. Te cogería del pescuezo y… ».

—¿¿Qué?? —exclama Aitana alterada. Me concentro en Aitana. «Concéntrate en Aitana, Patrick. Concéntrate en tu enana»—. ¿Han ido a pegarse? ¿En serio? Pero… ¿por qué?

Nicki y yo intercambiamos otra mirada. ¿Pegarse? Oh, sí. Esa es una muy buena idea.

—Andrés le ha estampado el puño en la cara en dos ocasiones a Chris —digo yo.

—Y Andrés se sentía en deuda —añade Nicki.

—¿Y que Chris le dé un puñetazo a Andrés es la respuesta? ¡¿Son gilipollas o qué les pasa?!

—Aitana…

—¿Y tú estás de acuerdo con esto? —le pregunta Aitana a Nicki.

—Yo estoy de acuerdo con cualquier cosa que los lleve a hacer las paces del todo.

—Jamás entenderé a los tíos.

—Esto no es cosa de tíos —le dice Damián a Aitana—, es cosa de idiotas.

—¿Y Chris ha aceptado? —insiste Aitana.

Aitana mira a Arturo. Damián mira a Arturo. Nicki mira a Arturo. Yo miro a Arturo. Y él solo… niega con la cabeza. Desconcertado. Incrédulo. Receloso.

«No es el momento, Arturo. No es el momento para que dudes de nosotros».

—Chris no haría eso —susurra Arturo.

—No subestimes las ganas que tiene tu novio de enterrar el hacha de guerra de una vez por todas con tu hermano.

—No —insiste al tiempo que niega con la cabeza—. No puede ser…

—Lo siento, Arturo.

Ni te imaginas cuánto lo siento.

Sin pensarlo, me acerco a ellos dos, a Arturo y Aitana, y los abrazo, los abrazo muy fuerte y me convenzo a mí mismo de que esto que estamos haciendo es por su bien.

—Necesito hablar con Chris —dice Arturo, desembarazándose de mi abrazo. Y lo llama por enésima vez, con la diferencia de que en esta ocasión sí responde al teléfono.

Nicki y yo nos miramos una vez más. Esperemos que los dos se encuentren bien y que Andrés sea lo bastante rápido como para seguirnos el rollo, o se va todo a la mierda.

ANDRÉS

Ha anochecido. Estoy tumbado bocarriba en el capó de mi coche y ha anochecido. Chris está tumbado a mi lado, mirando también hacia las estrellas. El teléfono le vibra en el bolsillo, una vez más. Lleva así toda la tarde. Más o menos igual que el mío.

—Es Arturo. Tengo… tengo que responder.

—Hazlo. Y pon el altavoz.

Chris se incorpora y se sienta. Yo también lo hago. Coge aire y descuelga la llamada.

—¿*Chris* ?

—Tete…

Y entonces mi hermano comienza a llorar. Y Chris cierra los ojos y lo hace también, pero en silencio.

—*¿Dónde estás? ¿Estás con Andrés?*

—Sí. Vamos… Vamos de camino al CAR.

—*¿Qué ha pasado? Chris… ¿Le has pegado un puñetazo a mi hermano?*

Chris y yo intercambiamos una mirada de extrañeza. ¿Un puñetazo? ¿Por qué iba a pegarme Chris un puñetazo? Frunzo el ceño. Oh, espera, creo que lo sé. Me acerco a él y silencio su móvil.

—Ha sido Patrick —le digo—. Nos ha buscado una excusa. Síguele la corriente.

—¿Qué? ¡No! Ni de coña. ¡No puedo mentirle a la puta cara a Arturo con algo así!

—*¿Chris?* — Arturo continúa llamándolo.

—Claro que puedes. No es la primera vez que mientes a Arturo.

—¡Acabo de recuperarlo, joder!

—*¿Chris?*

—Bien. Ya lo hago yo. —Le arrebato el teléfono de la mano y activo la voz—. Arturo.

—*¿Andrés?*

—Tu novio y yo teníamos una cuenta pendiente, pero ya hemos terminado. Regresamos al CAR.

—*¿Estáis bien?*

—Sí, nada grave que no se cure en un par de días.

—*Dios, Andrés…*

— Oye, tengo que dejarte…

—*Déjame hablar con él, por favor.*

Le devuelvo el teléfono a Chris con una clara advertencia en la mirada.

—Tete…

—*Chris… ¿Qué ha pasado?*

Chris cierra los ojos y aprieta los párpados.

—Necesito que sepas que te quiero. Te quiero, Arturo. Más que a nada en el mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—*Sí. Claro que sí, pero…*

—No lo olvides. No lo olvides nunca, por favor. Dímelo. Prométeme que nunca vas a olvidarlo, pase lo que pase.

—*Chris, me estás asustando.*

—Prométemelo, por favor. Por favor…

—*Te lo prometo.*

—Bien. Te veo ahora.

—*Chris.*…

Chris cuelga y se baja del coche. Su expresión es de puro sufrimiento. Se limpia las lágrimas con la mano y me mira suplicante. Lo que no sé es qué me suplica. O si me suplica a mí. Quizá solo le suplica a la vida. A esta puta vida. Yo también abandono el capó y me sitúo frente a él.

—Tienes que pegarme un puñetazo, sé que te va a costar, pero…

Chris me pega un puñetazo que no veo venir pero que siento al instante. ¡Joderrr! ¡Diosss! Me llevo la mano a la nariz y aprieto con fuerza en un intento de paliar el dolor. Me lleno la mano de sangre.

—Era mejor quitárnoslo de encima cuanto antes —me dice.

Levanto la cabeza y lo miro.

—¿Lo has disfrutado?

—La verdad es que no —susurra con pena—. Arturo me dijo, cuando estaba en el hospital, que estaba seguro de que tú y yo no llegaríamos de nuevo a las manos. Supongo que se equivocó.

—Ven aquí.

Le hago un gesto para que se acerqué a mí y lo abrazo.

—Eres la mejor persona que existe para mi hermano —le digo al oído—. Siempre he pensado que si Arturo llevaba contigo toda la vida sería por algo, que debajo de esa pinta de estirado que tienes habría algo. Y no me equivocaba. No quiero que dudes nunca de que eres lo mejor para él. Lo puto mejor. Yo… estaba enfadado. Enfadado con él y contigo porque no me contabais que estabais juntos. Porque no confiabais en mí. Por eso te buscaba la boca. Pagaba mis frustraciones contigo. Lo siento, ¿vale? Lo siento mucho. Pero siempre he sabido que eras bueno para él. Tendrías que ver cómo lo miras. Cómo lo miras desde hace mil años.

—¿Cómo lo miro?

—Como si fuera una pelota de tenis gigante.

Prorrumpo en una carcajada y él lo hace conmigo. Dios, lo necesitaba.

—Eres idiota —me dice.

—Venga —me separo de él—, volvamos al CAR.

—Espera. Quiero decirte una cosa. Yo… Yo también estaba enfadado contigo. Arturo siempre te sacaba la cara y me tocaba mucho los huevos. No lo entendía. Pero ahora sí lo hago. Ahora entiendo que te quiere con locura y que no por eso me quiere menos a mí. Y entiendo que te conoce mejor que nadie porque ve el corazón que guardas bajo esa fachada de subnormal. Entiendo que te defendía porque no quería que yo te odiara. No quería que mi imagen de ti fuera la equivocada.

Vaya… Guau.

—Lo de subnormal podías haberlo omitido. Te ha jodido toda la declaración.

Sonríe y me da un beso en la cabeza. Yo elevo los ojos al cielo, pero en el fondo también estoy sonriendo.

—Anda, vamos.

Subimos al coche, esta vez me siento yo frente al volante, y arrancamos. Chris cierra los ojos y apoya la cabeza en el asiento. Yo me incorporo a la autopista y… mierda, todavía me sangra la nariz.

—Puto derechazo que tienes, joder.

Chris abre los ojos y me mira. Sonreímos al mismo tiempo. Era eso o ponernos los dos a

llorar de nuevo.

—No puedo dejar de pensar en Damián —le confieso.

—Yo tampoco.

—No dejó de venir a los desayunos ni cambió su comportamiento respecto a papá. ¿Qué clase de persona se entera de quién es su padre y continúa como si nada? Ninguno de nosotros nos dimos cuenta, ninguno notamos nada y eso es porque no mostró nada. Y es lo que más he temido siempre de él. Lo veía como alguien que no era transparente, que escondía sus emociones, y esconder una emoción así es inexplicable para mí. Incluso a ti se te veía que estabas loco por mi hermano. No engañabas a nadie que supiera mirar, pero Damián sí engaña. Y por eso es tan peligroso.

—Lo que no entiendo es qué fue lo que lo llevó a atacar a Arturo esa noche. Tuvo que haber un desencadenante. Algo tuvo que pasar. Algo que lo sacó de sus casillas.

—Sí. Esa ha sido siempre la teoría de Patrick. Pero ¿el qué?

—No lo sé. La moto de Arturo ya estaba jodida cuando tú te estrellaste. No te diste cuenta porque no llegaste a frenar, te frenó el golpe con el coche, pero ya estaba amañada desde la noche anterior. Algo pasó esa noche.

—Ni siquiera recuerdo estar esa noche con él.

—Y Arturo y Tani estuvieron conmigo casi todo el tiempo.

—A lo mejor no pasó nada. A lo mejor no es más que un puto psicópata —digo con rabia.

—No lo creo. Siempre hay un disparador. Una gota que colma el vaso.

Yo no estoy tan seguro.

—¿Crees que voy a ir al infierno por querer matar a mi propio hermano?

—Tú no quieres matarlo.

—No estés tan seguro. Se ha atrevido a amenazar la vida de Arturo y nadie le sopla un solo pelo del flequillo sin que tenga consecuencias.

—Tenemos que hacer que confiese. Hay que pensar en algo.

—Sí. Y a propósito de Arturo…

—¿Qué?

—Necesitamos un plan para esta noche. Va a intentar sonsacártelo todo y, dado que no puedes mentirle a la cara, tenemos que encontrar la manera de que no lo haga.

—La única manera de que no lo haga es durmiendo separados.

—Bien. Pues entonces hay que pensar en algo que justifique que durmáis separados.

46: Ojalá tuviera memoria de pez, aunque solo sea un mito

ARTURO

—Te lo prometo.

—*Bien. Te veo ahora.*

—Chris…

Me cuelga y yo sigo con el móvil en la oreja, con los ojos cerrados y sus palabras reproduciéndose en mi cabeza una y otra vez. Me sorbo la nariz y me limpio las lágrimas. Levanto la mirada. Todos me miran.

—Ahora vienen —les digo.

Me encamino hacia el aparcamiento mientras observo la pantalla de mi teléfono sin que nadie me vea.

—Arturo. —Aitana viene detrás de mí—. ¿Qué ha pasado?

Bloqueo la pantalla y me lo guardo en el bolsillo. No respondo. Hay dos cosas que no me encajan en todo esto. La primera, que Chris le haya puesto un dedo encima a Andrés después de todo lo que hemos vivido estos últimos meses. La segunda…

Estaba tan desesperado por encontrar a mi hermano que he hecho algo que me juré no hacer salvo en caso de emergencia. Y no sé si esto era una emergencia, pero ya está hecho, así que ahora solo me queda tirar para adelante con ello.

La última vez que Andrés desapareció lo encontramos en un hospital después de que Ernesto le diera una paliza. Me hice una promesa a mí mismo: no volvería a perderlo de vista, aun en contra de su voluntad, así que instalé una aplicación de localización en su teléfono sin que se diera cuenta. No me había hecho falta usarla nunca. Hasta hoy.

Y así es como he descubierto que ha ido a casa de papá y mamá. Y que un rato después ha emprendido el camino de vuelta hacia aquí, pero se ha quedado parado en la carretera durante tres horas. Hasta ahora. Ha vuelto a moverse unos minutos después de que Chris hablara conmigo por teléfono. No sé desde cuándo Chris está con él, no sé si han ido juntos a casa o si se han encontrado más tarde, lo único que sé es que… no me encaja. No me encaja una mierda.

Me siento en un escalón del aparcamiento a esperarlos, en la zona en la que siempre aparca Andrés. No pueden tardar más de cincuenta minutos. Son las nueve de la noche y la zona está casi desierta. Siento a Dami sentarse a mi lado y pasar uno de sus brazos por mi hombro. Se lo agradezco, pero ahora mismo no estoy para nadie. Tengo la vista fija en la curva por donde tiene que girar Andrés para llegar aquí, y en cuanto advierto el destello verde de su coche, me levanto

y los espero de pie. Chris y Andrés bajan a la vez. Mi hermano tiene sangre seca en la nariz y camina encorvado, sujetándose el estómago. Chris también camina encorvado. Se me cae el alma al suelo. Al final sí se han pegado. Y no ha sido solo un puñetazo.

—Pero ¿qué coño ha pasado? —les pregunta Dami—. ¿Dónde habéis estado?

—No te importa —responde Andrés. Nicki y Patrick se acercan a él y lo ayudan a caminar. Aitana los mira sin entender nada.

—Estáis pirados, joder.

—Aquí te lo devuelvo —me dice a mí Andrés, señalándome a Chris—. Que seáis muy felices juntos, tenéis mis bendiciones.

Y entonces se dirige a la residencia sin darnos más explicaciones. Chris también lo hace. Intento ayudarlo, pero rechaza mi contacto. Es como si me clavaran un puñal. Un puñal del que me va a costar deshacerme. Un puñal difícil de olvidar. Ojalá tuviera memoria de pez, aunque solo sea un mito.

Caminamos todos juntos sin apenas dirigirnos la palabra. Caminamos juntos hasta que nos vamos separando en la residencia. Hasta que solo quedamos Dami, Chris y yo subiendo escaleras. Chris va por delante. Cuando llego a mi habitación y paso de largo, Dami me coge del brazo.

—Art…

—Tengo que intentarlo.

—Está bien. Voy contigo.

Llegamos al dormitorio de Chris. Él ya se ha escondido dentro, así que golpeo la madera con los nudillos.

—Chris. Ábreme, por favor.

—*Vete, Arturo* — responde él justo al otro lado; no se ha movido de la puerta—. *Mañana hablamos todo lo que quieras, pero ahora mismo lo último que quiero es verte la cara. Es igual que la de tu puto hermano.*

«No. Mentira. Tú siempre dices que Andrés y yo no nos parecemos en nada».

—Por favor —le ruego—. Por favor, ábreme. Habla conmigo.

—*Arturo, ahora no, por favor. Déjame solo. Respeta mis deseos por una puta vez en la vida.*

—No puedo. Necesito ver que estás bien…

—*Estoy bien.*

—… y curarte las heridas.

—*No necesito que me cures ninguna herida.*

—Déjame verte, por favor. Estoy preocupado por ti.

—*Te estoy diciendo que estoy bien.*

—Pues déjame besarte al menos. Por favor. Quiero besarte y decirte lo mucho que te quiero.

—*Necesito desconectar y estar solo. Vete, Arturo.*

Cierro los ojos y apoyo la frente en la puerta.

—Art —me dice Dami—, todavía hay movimiento en los pasillos. Vas a llamar demasiado la atención.

—Me da igual. Ya me da todo igual. —Comienzo a llorar sin poder evitarlo y toco una vez la puerta con los nudillos. ¿Qué coño está pasando hoy? ¿Qué coño ha pasado hoy?—. Por favor, Chris, no me rechaces. Otra vez, no. Por favor. Por favor…

—*Arturo…*

—Tete, por favor… Por favor…

Chris abre la puerta, ¡abre la puerta!, y yo me lanzo a sus brazos con cuidado. Necesitaba

abrazarlo como el respirar. René viene a recibirme, pero ahora no tengo tiempo para ella. Tendrá que esperar.

—Gracias por dejarme pasar —le digo—. Gracias, gracias, gracias, gracias.

—Puedes irte, Murnuais —le dice Chris sin acabar de devolverme el abrazo—. Ya me ocupo yo desde aquí.

—No creo que…

—Me importa una mierda lo que creas. Quiero estar a solas con mi novio. ¿Puedo? *René , rentrez chez nous.*

Me giro, sin dejar de rodear a Chris con los brazos, y le hago un gesto con la cabeza a Dami. Él suspira, pero acaba aceptando. Una vez nos quedamos solos dentro del dormitorio intento levantarle la camiseta a Chris para acariciarle las heridas y hacerle unos mimos…

—Déjame ver eso.

…, pero no me lo permite. Arrugo la frente y lo miro a la cara. Lo intento de nuevo y él vuelve a impedírmelo.

—Tete…

Y entonces se lo leo en los ojos. Juro que se lo leo en los ojos. Me está mintiendo.

—Levántate la camiseta —le ordeno.

—Arturo…

—Levántate la puta camiseta.

La palabrota lo asusta lo suficiente como para obedecerme y levantarse la camiseta. Lo hace muy despacio. Y yo ya tengo las manos sobre él en cuanto la deja por encima de su estómago.

—Pero… si no tienes nada —susurro—. No tienes un solo golpe.

—Por favor, confía en mí —me suplica—. No hagas más preguntas y confía en mí.

Y una mierda. Dejo de tocarlo y abro la puerta. Voy corriendo a la habitación de Andrés.

47: «Hay más tontos que ventanas. Y mira todas las ventanas que hay»

NICKI

He tenido el corazón en la boca desde que Andrés se ha ido a casa de sus padres y no respiro con normalidad hasta que estamos de vuelta en su habitación.

—Joder, Nicki —me dice en cuanto cierro la puerta tras de mí—. Damián es mi hermano. Mi puto hermano. Llevamos la misma sangre.

Se hace un ovillo en la cama y rompe a llorar. A mí se me parte el alma. Creo que nunca lo había visto tan vulnerable. Y tan perdido. Voy a su encuentro y lo abrazo con fuerza.

—Shhh. Suéltalo, cariño. Yo te sujeto.

—Ha sido él. Lo sé, Nicki. Sé que ha sido él. Ha sido Damián. Mi padre me ha dicho que no quiere saber nada de él. Está enfadado con la puta vida y lo ha pagado con Arturo. ¡Con Arturo! Se supone que es su mejor amigo, joder. Yo me cortaría la mano antes de hacerle daño a Patrick a propósito.

—Lo sé. Lo sé, cariño. ¿Qué te ha dicho tu padre? Espera —le digo antes de que empiece a hablar—. Déjame que te cure eso primero.

Voy al baño a buscar algo para limpiarle la nariz a Andrés y de pronto aporrean la puerta. Andrés me mira con la frente arrugada.

—Abre la puerta, Andrés —grita Arturo—, o la tiro abajo.

Cruzamos una mirada de desconcierto.

—Pues tírala abajo —tantea Andrés, sin saber muy bien qué decir.

—¡Andrés!

—Abre la puta puerta, Andrés —dice Chris.

Entonces Andrés me mira alarmado. Se levanta de la cama e intenta recomponerse. Se limpia la cara con la camiseta y se la empapa de lágrimas. Arturo y Chris no deberían estar juntos. Ese era el plan, según Andrés. Me lo ha contado un poco por encima antes de llegar a su habitación. Abre la puerta y los mete a los dos dentro.

—Pero ¿tú de qué vas? —le dice a Chris de muy mala hostia—. ¿En qué habíamos quedado?

—¿Has estado llorando? —le pregunta Arturo en cuanto lo ve. Está cabreado. Muy cabreado. Tiene la nariz hinchada. A Arturo cuando algo lo sobrepasa se le hinchan las narices, nunca los cojones.

Andrés se sorbe la nariz y se limpia otra vez los ojos, esta vez con la mano.

—No, no flipes.

—No flipo, te lo veo en los putos ojos.

Arturo va directo hacia Andrés y le levanta la camiseta sin que ninguno nos lo esperáramos. A Andrés no le da tiempo a evitarlo.

—¿Qué está pasando aquí? ¡¿Qué coño está pasando aquí?!

—Tú no digas ni una sola palabra, Lacoste —le advierte Andrés a Chris—. Y en cuanto a ti… —le dice a su hermano—. No podemos decírtelo.

—Pero ¿¿qué me estás contando?? ¡Ya lo creo que podéis decírmelo! Es más, vais a hacerlo en este momento. ¿Por qué habéis fingido pegaros? Quiero una explicación y la quiero ya.

—Baja la puta voz, eso para empezar. Y tú… —Andrés vuelve a dirigirse a Chris y le apunta con el dedo—. Habíamos quedado en que no ibas a abrirle la puta puerta, entonces ¿por qué coño le has abierto la puta puerta?

—¡Porque me estaba rompiendo el puto corazón! Porque estaba llorando y me suplicaba que le abriera. ¿Qué coño querías que hiciera?

—Joder, putos dramas que sois los dos.

—Y Murnuais estaba con él. —Andrés se tensa, pero Arturo no se da cuenta—. Que sea testigo de mis broncas con Arturo no forma parte de mis prioridades.

Arturo se cree la explicación de Chris. Por supuesto que se la cree. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Qué. Está. Pasando? —repite—. ¡¿Qué coño está pasando?!

—¡He dicho que no grites, joder! —responde Andrés en el mismo tono—. ¿Estás sordo?

—Vale ya —tercio yo. Me acerco a la puerta y la abro. Compruebo que no hay nadie—. No hay nadie en el pasillo, pero las paredes son de papel y pueden oírnos. Tenéis que bajar la voz. Todos.

—¿Estás enfadado, Arturo? —pregunta Andrés.

—¿A ti qué te parece? —le responde Chris.

—La verdad es que nos viene de puta madre que Arturo esté cabreado —nos dice a Chris y a mí—. ¿Estás muy enfadado, Arturo? —le repite Andrés a su hermano—. Bien, enfádate, porque así es como te necesito, así es como tienes que estar: cabreado. Porque tienes razón, te estamos ocultando algo y no tienes ni puta idea de lo que es, ni lo vas a saber. Qué se siente, ¿eh? ¿Qué se siente al saber que una de las personas que más quieres te está mintiendo? Oh, te veo la furia en los ojos. Muy bien. —Le da tres tortas en la cara—. Buen chico.

Arturo lo mira con dolor. Andrés es muy buen actor, parece que lo dice con rabia y todo, con mala hostia, cuando en el fondo le está rompiendo el corazón hablarle así a su hermano, pero es necesario.

—Y espero que seas lo bastante inteligente como para darte cuenta de que esto no puede salir de aquí —continúa—. Nadie puede saber lo que has visto o lo que *no* has visto. Y cuando digo nadie, digo nadie. Ni Murnuais, ni Aitana, ni Patrick. Ni se te ocurra contarles que Chris y yo hemos fingido pegarnos. Lo único que vas a decir delante de ellos es que estás enfadado con nosotros. Punto. ¿Me has entendido?

—¿Esperas que me crea que Patrick no lo sabe ya? ¿Tú te crees que soy tonto?

—Hay más tontos que ventanas. Y mira todas las ventanas que hay. Piensa lo que quieras, Arturo, pero que no salga de aquí.

—¿Tú tampoco vas a decirme nada? —le pregunta Arturo a Chris con el mismo dolor con el que le habla a su hermano.

Chris no responde y Arturo abandona la habitación sin decir una palabra más. Chris lo sigue, destrozado. Y no es hasta que la puerta se cierra de nuevo que Andrés deja caer la máscara de imperturbabilidad que se había puesto. Se sienta derrotado en la cama y esconde la cabeza entre

las manos.

—Arturo va a odiarme.

—No. —Me siento a su lado y lo abrazo—. Eso nunca. Tu hermano te adora por encima de todo y una discusión no lo va a cambiar.

Estoy segura. Y no solo eso. Arturo conoce a Andrés y sabe que nunca puedes fiarte de lo que suelta por la boca, pero sí de lo que te grita su corazón. Y el corazón de Andrés le gritaba a Arturo que lo quiere con locura y que confíe en él.

—Creo que… creo que nunca habíamos discutido así. Creo que… nunca le había hablado así. Quiero ir a buscarlo y pedirle perdón de rodillas. Él no se lo merece. No se merece todo esto.

—Y tú tampoco. Tú no eres el villano de esta historia. Ni de esta ni de ninguna. Métetelo ya en esa cabeza tuya. Eres excepcional. Y por eso te quiero, Andrés. Te quiero con toda mi alma.

Andrés levanta la cabeza y me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—¿Sabes desde cuándo te quiero yo? —me pregunta en un susurro.

Río. Río en medio de toda esta mierda.

—¿Desde cuándo?

—Desde que dijiste que no te gustaba el tenis en medio de la comida de Navidad, delante de mi padre y de toda mi puta familia.

—Yo desde que te vi por primera vez cortarle el pelo a tu hermano.

Ahora es Andrés el que ríe.

—¿En serio?

—Sí.

—Joder.

Le doy un beso en la boca y le limpio las lágrimas.

—¿Qué vamos a hacer, Andrés?

—De momento todo lo posible por desviar la atención de mi hermano hacia Damián. Que me odie a mí, que piense que hago esto por venganza porque él me mintió en primer lugar, lo que sea, menos la verdad. No puedo permitirlo. No puedo permitir que Damián piense que Arturo sospecha algo, porque no sé lo que sería capaz de hacer.

—Vale.

Cierro los ojos.

«Todo va a salir bien».

48: El plan

ANDRÉS

¿Cómo recuperas la rutina después de descubrir no solo que tienes un hermano y que nadie te lo ha contado, sino que este ha intentado hacerle daño a propósito a otro de tus hermanos, una de las personas que más quieres en la vida? ¿Cómo se supera la traición que eso supone? La traición de un hermano. La traición de Damián. Joder. Damián. Él nunca me ha gustado, no es ningún secreto. Nunca hemos conectado, ni cuando éramos unos putos críos, y siempre he pensado que había algo en su mirada que no me gustaba, que no me convencía, pero, joder, esto no tendría que estar pasando. Él tenía que estar encaprichado de Arturo, esa era la explicación más lógica para toda la mierda que veía en sus ojos. Ese tenía que ser el puto problema de Damián. Podemos sobrevivir a un despecho. A una pelea entre ellos porque Arturo no lo correspondía. Incluso a que Damián intentara separar a mi hermano de Chris en algún movimiento estúpido. Podemos superar esas mierdas. Pero ¿esto? ¿Cómo se supera esto? ¡¿Cómo, joder?! ¿Cómo se lo perdonará Arturo a Damián? ¿Y Aitana? ¡¿Cómo voy a perdonárselo yo?! ¿Y cómo enmascaras el dolor y finges que todo va bien? Porque nada va bien. Damián es uno de nosotros. Uno de nosotros. Y ha empotrado a Arturo subido en una moto contra un muro y lo ha lanzado al mar. No acabó con él de puro milagro. Me estremezco. Y cierro los ojos. «¿Qué hago contigo ahora, Damián? ¿Qué coño hago contigo ahora?». Chris tendría que haberme destrozado la cara, al menos así la verdad quedaría oculta entre los moretones.

—¿Podéis dejar de mirarlo con esa cara? —nos dice Patrick a Chris y a mí—. Se va a dar cuenta.

Abro los ojos. Arturo y Damián juegan al tenis, o más bien Arturo descarga toda su rabia y frustración en la pista, y nosotros los observamos desde el bosque, escondidos entre los árboles.

—No lo quiero cerca de Arturo —respondemos los dos al unísono.

—Y, de todas formas, no puede vernos —añado yo.

—Pero os acabará viendo. Os lo cruzaréis por los pasillos o…

—Tenemos que hacerlo ya —dice Chris—. Hoy mismo.

Se refiere al plan. Al plan que hemos ideado en las últimas horas para que Damián confiese que fue él el que jodió la moto de Arturo. Ni siquiera sé cómo he sido capaz de idear un plan. Mi cabeza no da para demasiado. O mi cabeza va más allá. Al momento en que Damián lo confiese todo. ¿Qué pasará entonces? ¿En qué vamos a convertirnos? ¿En un pecador y su verdugo? ¿En enemigos a muerte? ¿En hermanos que se odian sin más? «Sin más». Jamás pensé que se podría

odiar a un hermano. No está en mi naturaleza. Para mí, mis hermanos son de lo mejor que tengo en la vida. Para mí la sangre lo es todo. Daría mi vida por ellos. Sin pestañear. ¿Y entonces cómo voy a odiar a Damián? ¿Y cómo no voy a hacerlo si casi acaba con la vida de Arturo? Él sabía que somos sus hermanos. Dios, él lo sabía. Me va a estallar la cabeza.

—Damián siempre me ha sido bastante indiferente —pienso en voz alta—, pero llegó un momento en que me causaba rechazo su forma de mirarnos. Entonces pasé de «me trae sin cuidado» a que no me gustara. Lo más seguro es que coincidiera con el momento en que se enteró de que era nuestro hermano.

—Damián es un psicópata. No le busques una explicación.

¿Cómo no voy a buscarle una explicación? Me pregunto durante cuánto tiempo voy a sentirme así. ¿Cuánto tarda en sanar una magulladura en la rodilla? ¿Unos pocos días? Recuerdo que cuando teníamos nueve años Damián y yo nos tiramos con las bicis por una cuesta a toda velocidad y yo me caí y me hice una. Sí, solo tardó unos días en sanar. Pero, claro, ahí la piel no se había roto. Solo fue un golpe. Otro día me abrí la cabeza, también con Damián. Teníamos trece años y nos tiramos de cabeza hacia atrás en la piscina. Yo calculé mal y me di contra el muro. Tuvieron que ponerme puntos y aquello tardó unas semanas en curarse del todo. La lesión de mi hombro ha durado meses. ¿Cuánto tiempo cuesta superar una herida emocional de este calibre? ¿Y cuánto tiempo le llevará a Arturo?

Dios, Arturo. Arturo no puede saberlo. Arturo jamás se recuperaría de algo así.

—Andrés. ¿Andrés?

Muevo la cabeza y vuelvo a la realidad.

—¿Qué?

—Tenemos que hacerlo esta noche —me dice Chris—. Tú y yo.

—OK.

—Me gustaría estar allí con vosotros —susurra Patrick.

«Y a mí me gustaría que estuvieras allí conmigo».

—Lo sé, pero tienes que quedarte con Aitana y Arturo. Tienes que vigilarlos y asegurarte de que se queden en el CAR. Arturo tiene la mosca detrás de la oreja.

—Necesitamos el móvil de Arturo.

—Yo me ocupo —dice Chris.

—Vale. Tienes que…

—Sé lo que tengo que hacer.

—Y no te olvides de borrar después los…

—*Sé* lo que tengo que hacer.

—¿Sabes desbloquearlo?

—Desde hace siete años.

—Vale. Cuando acabe toda esta mierda hay que enseñarle a Arturo a cambiar sus putas contraseñas de vez en cuando.

AITANA

—Algo está pasando —le digo a Arturo.

Dicen que los ojos son el espejo del alma, y en las últimas veinticuatro horas Patrick ha pasado de mirarme con amor a mirarme con dolor. Incluso con agonía. Nicki lo hace con tristeza y Andrés con tortura. Intentan que no se note, pero a mí no pueden engañarme. Sé que detrás de los ojos de Chris también hay algo, pero todavía no lo conozco lo suficiente como para descifrarlo. Y también sé que no tiene nada que ver con que él y Andrés se pegaran ayer. O no del todo. Los únicos que me miran como siempre son Arturo y Damián. Y por alguna razón, quizá porque intuyo que esto es algo grande, solo soy capaz de hablarlo con Arturo.

—Lo sé —me dice él al tiempo que se limpia el sudor de la frente con una toalla.

Arturo está supercabreado por lo que pasó ayer entre Chris y Andrés y se ha descargado en la pista. Jamás lo había visto jugar con tal agresividad. Arturo no es violento, ni siquiera en una pista de tenis. Arturo es elegante. Pero hoy está muy fuera de su zona de confort. Dami lo ha ayudado. Y lo ha machacado al pobre. Ahora Arturo continúa peloteando solo en la pista porque aún le queda mierda dentro.

—¿Te has dado cuenta de que nunca me dejan solo? —continúa Arturo—. Siempre están Patrick, Chris, Dami o Andrés a mi alrededor. No he sido consciente hasta ahora. Hoy me apetecía estar solo y me he dado cuenta de que hace meses que no estoy solo. Siempre acaba apareciendo alguien. Algo pasa.

Arrugo el ceño.

—Quizá sea una coincidencia —opino.

—No. Me siguen, Tani. Te juro que me siguen.

—Pues ahora vamos a ser nosotros los que vayamos tras ellos. ¿Dónde estuvieron ayer Chris y Andrés?

—No lo sé —responde esquivo. Me da la espalda, se acerca al banco donde tiene la bolsa y guarda la raqueta. Voy detrás de él.

—Sí lo sabes —le susurro y le sujeto del brazo. Lo obligo a que me mire a los ojos—. Tienes el teléfono de Andrés monitorizado y sé que ayer lo usaste. Yo también lo habría hecho, así que deja de sentirte mal. Hicimos un trato, ¿recuerdas? Juramos no permitir que Andrés volviera a ponerse en peligro a sí mismo y juramos contárnoslo todo.

Arturo suspira.

—Están pasando muchas mierdas, Tani. Y ahora mismo no sé de quién fiarme.

—Puedes fiarte de mí.

—¿Sí? Porque de Andrés y de Chris no, y son dos de las personas que más quiero.

—Ey. —Le cojo de la barbilla y lo miro a los ojos—. Puedes fiarte de mí.

Suspira de nuevo.

—En casa de papá y mamá —cede por fin—. Ayer Andrés y Chris fueron a casa de papá y mamá.

Arrugo el ceño una vez más.

—No tiene sentido.

—No.

—¿Has hablado con mamá y papá?

—No me atrevo —me confiesa Arturo en un susurro.

—Vale, tranquilo. Si vuelven a irse, los seguiremos sin que se den cuenta y averiguaremos qué pasa.

—¿Y si no conseguimos nada siguiéndolos?

—Claro que conseguiremos algo. Porque los pillaremos in fraganti y no les quedará más remedio que contárnoslo.

—¿Y si no vuelven a irse juntos?

—Los seguiremos igual, pero dentro del CAR. Últimamente siempre andan muy juntos. Ellos no sabrán que estamos cerca y los escucharemos hablar. Y ahí es cuando sabremos qué se traen entre manos.

—Tani…

—¿Qué?

—Creo que Patrick está metido en el ajo.

Ahora soy yo la que suspiro.

—Lo sé. Y Nicki.

—No vamos a poder seguir a Andrés y Chris, ni por el centro ni fuera, si Patrick está contigo. Y no podemos confiar en él.

—Entonces tendremos que despistarlo.

—¿Y cómo lo despistamos?

—Eso déjamelo a mí. Tú avísame de cualquier movimiento extraño de Andrés dentro o fuera del CAR.

—OK.

49: «En cualquier caso, es el destino el que actúa y decide por mí»

CHRIS

Dami. En línea

Arturo :
Siento haberte machacado antes en el entrenamiento.

Dami :
Ya me has pedido disculpas en persona. Estás enfadado, Art. Y necesitabas desahogarte. No pasa nada.

Arturo :
Pero tú no tienes la culpa.

Dami :
Tú tampoco.

Arturo :
¿Te acuerdas cuando te dije ayer que, si Chris está físicamente lejos de mí, me siento como fuera del agua, como si me faltara el aire?

Dami :
Sí.

Arturo :
Pues ahora es lo mismo, pero cuando está cerca.
Arturo :
Pensé que podría perdonárselo todo, pero…
Arturo :
Se ha abierto una brecha entre nosotros y no sé cómo cerrarla.
Arturo :

Necesito salir de aquí.

Dami :
¿Quieres que vayamos a la feria? Nos montamos en la montaña rusa, gritas todo lo que quieras (y necesites) y sueltas adrenalina.

Arturo :
¿La montaña rusa para niños, dices?

Dami :
Tú imagínatela el triple de grande. ;)
Dami :
¿Qué? ¿Te apuntas?

Arturo :
Me apunto.

Dami :
Genial. ¿Te paso a buscar?

Arturo :
No. Quiero despejarme un poco antes. ¿Nos vemos allí en una hora?

Dami :
OK.

Arturo :
Y gracias por hacerme reír.

Dami :
;)

Durante un segundo, se me pasa por la cabeza la posibilidad de que pueda estar equivocado con él. Quizá debería otorgarle el beneficio de la duda. Quizá él no tiene nada que ver con el accidente de Arturo. Quizá sí lo quiere de verdad. Yo he sido testigo de su amistad, joder. Yo lo he visto. He sido testigo de cómo ellos se quieren de una manera fraternal. Jamás he sentido celos. No es mi estilo. Y si tengo que ser sincero conmigo mismo, no quiero que Murnuais sea el culpable. Rompería a Arturo en mil pedazos. Ojalá no lo fuera, pero… hay algo que me dice que sí es él. Una especie de instinto. Y elijo seguirlo.

Bien. Siguiente paso, entonces. Eliminar… tic, tic, tic.

Eliminar para todos
Eliminar para mí

Eliminar para mí.

Devuelvo el móvil a la raquetera y miro de reojo hacia la ducha donde está Arturo. El cuerpo me pide que vaya y le dé un beso, pero está supercabreado conmigo y no sé cómo va a recibirlo. Por eso me dispongo a abandonar los vestuarios, pero justo antes de salir lo mando todo a la mierda. Camino hacia atrás sobre mis pasos y entro en la zona de las duchas. Encuentro a la primera en la que está Arturo duchándose, no hay nadie más, y entro con ropa y todo. Lo abrazo por detrás.

—Soy yo —le digo cuando salta por la sorpresa y mira hacia atrás. Le doy un beso en el hombro y otro en la mejilla antes de que reaccione y me rechace. Joder, quiero largarme al fin del mundo con él, así como estamos. Yo empapado y él desnudo. Le pondría una toalla por encima y desapareceríamos. Y necesito que lo sepa—. Sé que estás enfadado conmigo, pero necesito decirte que lo que más deseo ahora mismo es cogerte de la mano y llevarte muy lejos. Olvidarme del mundo, del tenis y de todo. Tú y yo, mano a mano. ¿Vendrías?

Arturo no responde en un primer momento, pero tampoco rechaza mi contacto. Solo apoya las palmas en la pared de la ducha y cierra los ojos. Yo no lo suelto. Sigo besándole la espalda. Estoy empapado y no podría importarme menos. Estaría así toda mi vida. Mientras él me deje.

—¿Vendrías? —repito.

—Sí.

Suelto el aire que estaba conteniendo.

—Te quiero.

Y entonces sí me voy.

Chris :
Hecho.

Andrés :
OK.

Patrick :
OK.

Y espero no estar equivocado con Murnuais, porque algo así Arturo no me lo perdonaría en la vida. Tenía que haberlo besado muchísimo más, por si fuera la última vez. Aunque jamás hubiera sido suficiente.

Chris :
Tengo que cambiarme de ropa.

Andrés :
¿Me estás vacilando?

Chris :
No.

Andrés :

Joder, te espero en la entrada en diez minutos.
Andrés :
¡Diez minutos!

Chris :
Quince.

AITANA

Tani :
Chris acaba de salir del vestuario.
Tani :
Empapado.

Arturo :
Lo sé.
Arturo :
Estaba conmigo.

Tani :
¿Haciendo qué?

Arturo :
No lo sé. Parecía… una despedida.

¿Una despedida? ¿Por qué Chris se despediría de Arturo? No tiene ningún sentido. Voy a responderle a Arturo y justo me entra un mensaje de Patrick.

Patrick :
Te invito a ver una película en mi cuarto, aunque no sea miércoles. ¿Qué te parece, enana? Y puedes decirle a Arturo que venga, así desconecta un poco. Hoy le he visto entrenar con Damián y… creo que necesita desconectar.

Tani :
Gracias, enano. Seguro que a Arturo le encanta el plan.

Patrick :
Os espero aquí.

Tani :
OK. Le aviso y vamos.

Entro de nuevo en el chat con Arturo.

Tani :
Patrick nos ha invitado a ver una película en su cuarto.
Tani :

A los dos.

Arturo :
Qué conveniente.
Arturo :
Creo que esta noche va a pasar algo. Entre lo de Chris y esto…
Arturo :
¿Qué le has dicho?

Tani :
Que sí.

Arturo :
¿Y qué vamos a hacer?

Tani :
Ir.

Arturo :
¿Y luego?

Tani :
Luego vamos detrás de Andrés.

Arturo :
¿Y cómo vamos a hacer eso sin que nos lo impida?

Tani :
Donde el silencio se rompe.

Arturo :
¿Qué?

Tani :
Es un libro. Lo he leído hace poco y me ha dado una idea.
Tani :
Mira, esto es lo que vamos a hacer.



Si algo hay hoy en esta cama es tensión. Y no de la sexual. Patrick nos retiene aquí sin saber que lo sabemos y está pendiente de cada uno de nuestros movimientos (fingir normalidad no es su fuerte). Y nosotros apenas nos movemos por miedo a que nos descubra, yo ni siquiera puedo

mirar de reojo a Arturo, ¿y la tensión de mi hermano en todo su cuerpo? Juro que nos habla y todo (supongo que tampoco es lo nuestro). No sé cómo sentirme al respecto. No sé si estoy enfadada con Patrick, dolida o… simplemente a la expectativa.

Patrick se ha recostado con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas cruzadas en los tobillos en el centro de la cama. Yo estoy a su derecha, en una postura similar, y Arturo a su izquierda, con el móvil en la mano. No sé si alguno estamos prestando atención real a la película. Yo no me he quedado ni con el título. Tengo los sentidos alerta, a la espera de la señal de Arturo. En cuanto vea que Andrés sale del CAR, y sabemos que lo hará por toda esta pantomima de Patrick, nos largamos.

La señal llega dos minutos después. Arturo carraspea y yo me pongo en acción con el pulso y el corazón revolucionados. «Por favor, que no nos descubra». Me coloco de costado y me medio recuesto encima de Patrick. Él va a abrazarme, pero yo cojo su brazo y entre caricias se lo coloco detrás de la cabeza, cerca del cabecero. Dios, estoy temblando. Tengo que hacerlo rápido. Meto la mano por detrás de la almohada y agarro el metal que he dejado preparado en cuanto hemos llegado, mientras Arturo lo entretenía en la ventana. Miro a mi hermano. Si su cara de pánico es un reflejo de la mía, estamos jodidos. Patrick levanta la mirada.

—Aitana, ¿qué…?

Vale, es ahora o nunca. Le sujeto la muñeca, cierro la esposa a su alrededor y me levanto de un salto de la cama. Mierda. Acabo de esposar a Patrick al cabecero.

—Pero ¿qué…?

Arturo le mete la mano en el bolsillo del pantalón y le quita el teléfono. No le da tiempo a reaccionar.

—¿Qué coño hacéis?

—Esposarte —respondo yo.

—¡Eso ya lo veo! ¡Soltadme!

Arturo lanza el teléfono fuera de su alcance y se levanta de la cama.

—Disfruta de la película —le dice de camino a la puerta. Creo que nunca lo había visto tan enfadado con Patrick.

—¡Arturo! ¡Ven aquí! ¡No cruces esa puerta!

Mi hermano se da la vuelta y lo mira con dolor.

—¿Por qué? —Pero Patrick no responde—. ¡¿Por qué?! —repite.

—Porque no quieres descubrirlo así. Arturo, por favor, quédate conmigo. Solo te estoy protegiendo.

—¿De qué?

Patrick no responde y Arturo, preso de la frustración, abandona la habitación y yo voy tras él.

—Aitana. —No me doy la vuelta—. Aitana, por favor, no os vayáis. Quedaos y os lo cuento todo. Por favor.

—Tarde.

Lo dejo ahí esposado, cierro la puerta y alcanzo a Arturo.

—¿Dónde está Andrés?

—En la feria —responde sin dejar de mirar la pantalla del teléfono.

—¿Crees que Chris está con él?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Cómo vamos a ir hasta allí?

—En mi moto.

—Nos van a reconocer si nos ven.

—Pues que lo hagan. A la mierda todo.

PATRICK

Nos han descubierto. ¡Joder, nos han descubierto! No sé cómo ni cuándo, pero ya qué más da. Ahora lo importante son ellos. Las esposas no son resistentes, son de juguete, así que es cuestión de tiempo que pueda soltarme. Pero el suficiente para que Aitana y Arturo vayan detrás de Andrés. Lo que no entiendo es cómo. ¿Cómo saben dónde está? ¿Arturo ha encontrado los mensajes que Chris ha mandado desde su teléfono? No, eso es imposible. ¡Se supone que los ha borrado! Dios, tengo que soltarme ya e ir allí. Si Aitana y Arturo lo descubren todo… Si tenemos razón con respecto a Damián… Necesito estar allí con ellos. Necesito cogerles de la mano. Tiro de las esposas con fuerza y respiro de puro alivio cuando el plástico de la cadena que las une comienza a ceder. «¡Sí! Vamos. ¡Vamos!». Tiro, tiro y tiro. Nunca dejo de tirar, hasta que minutos después ceden del todo y se rompe la cadena.

Me suelto y voy corriendo a por mi teléfono. Intento contactar con Andrés o Chris, pero no responden. Salgo de mi dormitorio a toda leche y hago otra llamada.

—*¿Patrick? ¿Has hablado con Andrés? A mí no me coge el teléfono. ¿Ha ido todo bien?*

—¡¿Dónde estás?!

—*Llegando al CAR por fin. La competición se ha alargado más de lo esperado.*

—Arturo y Aitana van detrás de Andrés. Se han dado cuenta de todo.

—*¿Qué? ¿Cómo?*

—No lo sé. Voy para allá.

—*Espérame, por favor. Voy contigo.*

—Te doy cinco minutos. Quedamos en el aparcamiento.

—*Vale.*

Cuelgo y vuelvo a llamar a Chris y a Andrés mientras me cuelo en la habitación de este último y le cojo las llaves del coche.

No dejo de llamarlos durante todo el trayecto, pero no responden.

ANDRÉS

Damián sabe diferenciarnos a Arturo y a mí. Podemos vestirnos con la ropa del otro, hablar usando las muletillas del otro y gesticular como el otro, podemos utilizar la puta identificación facial en el teléfono del otro, y daría igual. Damián nos diferencia el noventa y nueve por ciento de las ocasiones en que nos intercambiamos. Y no estoy tan pagado de mí mismo como para creer que hoy puedo engañarlo ni soy tan gilipollas como para arriesgarme a no hacerlo. Por otra parte, él jamás habría acudido a una llamada mía sin sospechar que algo ocurría ni se habría subido a mi coche por propia voluntad, así sin más. Ni de coña. Por eso la única opción para que crea que yo soy Arturo es… que no me vea en realidad.

Engañarlo al teléfono ha sido fácil, solo teníamos que nombrar de forma casual un dato que, en teoría, solo conocieran él y Arturo, y que Chris escuchara ayer su conversación nos lo ha servido en bandeja. Prueba superada.

Y engañarlo en persona… Solo hay una forma. Y esa forma tiene el pelo rubio, los ojos azules, el acento afrancesado y una actitud de «me importa todo el mundo una mierda» que rivaliza con la mía. Esa forma tiene nombre y apellido: Christopher Lacoste.

Y por eso estamos cerca de la entrada de la feria, abrazándonos, con las frentes unidas y los labios tan juntos que podríamos besarnos. Apenas hay gente, aún no ha empezado la temporada estival (es cuando todo esto se llena de turistas), y que alguien nos reconozca es lo que menos nos importa a los dos. Que estalle todo por los aires. Que estalle, joder. Lo importante, lo único importante, es que cuando Damián venga, en un primer momento, piense que soy Arturo y que me he reconciliado con Chris. Y cuando se acerque lo suficiente para saludarnos… ya será tarde. Tarde para él. Porque no podrá escapar.

AITANA

No sabía qué pensar. No sabía que íbamos a encontrarnos cuando viéramos a Andrés y Chris. Pero desde luego que ser testigo de cómo se enrollan no era una posibilidad. No se me había ni pasado por la cabeza. Pero ahí están, a la entrada de la feria, abrazados y haciéndose carantoñas. Andrés acerca la boca a la oreja de Chris para decirle algo y se la come en el proceso. Le come la oreja. Andrés a Chris. Chris le agarra del pelo a Andrés. Cierro los ojos y muevo la cabeza. Esto es una pesadilla. Estoy soñando y esto es una pesadilla. Pero cuando los abro ellos siguen ahí, abrazados como si estuvieran solos en el mundo. ¿Qué está pasando? ¿Qué es esto?

Arturo se quita el casco de la moto y al estar detrás de él puedo ver que está a punto de vomitar. Pálido y con una expresión tan devastadora en el rostro que… Entonces se baja de la moto y yo también lo hago. Consigo detenerlo sin que nos descubran. En Navidad interpreté erróneamente un beso entre Patrick y Arturo. No pienso cometer el mismo error.

—Arturo, espera. Espera, espera, espera. —Lo abrazo con fuerza por detrás, las lágrimas ya se deslizan por su rostro y el pecho le sube y le baja con intensidad—. Vamos a pensar, ¿vale? Vamos a pensar. A veces las cosas no son lo que parecen.

Arturo asiente con la cabeza y cierra los ojos. El corazón le late a toda velocidad, pero según pasan los segundos se va ralentizando. No sé cuánto tiempo necesita el cerebro humano para creer lo que ven sus ojos. En nuestro caso, supongo que una eternidad. Y aun así seguiría sin creerlo. Esto no… no puede ser.

—¿Qué está pasando, Tani? —susurra Arturo.

—No lo sé.

—Antes, en la ducha, Chris me ha dicho que…

Arturo vuelve la cabeza y abre los ojos, anegados de lágrimas. Me mira.

—¿Qué?

—Si hay algo de lo que estoy seguro es de que él me quiere. Él me quiere.

—Y Andrés jamás te haría algo así.

Conozco tanto a Andrés que pondría la mano en el fuego por él. Y Arturo también. Él jamás lo traicionaría de esta manera. Jamás. Antes preferiría la muerte. Pero, entonces, ¿qué es esto?

—Se está haciendo pasar por mí.

—¿Qué?

—Andrés se está haciendo pasar por mí.

Ostras… ¡claro! Es eso. Pero…

—¿Por qué?

—Esa no es la pregunta. La pregunta es: ¿a quién?

—¿A quién qué?

—¿A quién intentan engañar?

Y entonces aparece Damián.

CHRIS

Qué curiosas son las sensaciones. Hace unos meses tuve que besar a Andrés en la boca y, aunque fingí morirme del asco, la verdad es que no sentí nada. Me dio igual. Solo era un juego. Y ahora que ni siquiera lo estoy besando tengo ganas de llorar. Y de vomitar. De gritar. Siento que estoy traicionando a Arturo. Y supongo que en verdad lo estoy haciendo. Esto no tiene nada que ver con lo que Andrés y yo hicimos en la bolera. Esto se lo estamos ocultando. Si él nos viera en este momento… Puedo imaginarme el dolor que sentiría. Puedo sentirlo en la piel. Y de ahí mis ganas de vomitar.

Cierro los ojos. «Por favor, que acabe toda esta mierda ya».

—Ahí viene —susurra Andrés sobre mi boca.

El corazón me da un vuelvo y me preparo para lo que viene.

—¿Art?

Andrés y yo giramos la cabeza al mismo tiempo y vemos cómo cambia el semblante de Murnuais. Pasa de estar animado en plan «ya veo, Art, que os habéis reconciliado» a fruncir el ceño y…

—¿Andrés?

No le damos tiempo a que llegue a ninguna conclusión. Lo cogemos cada uno de un brazo y lo llevamos hacia el coche de Julián. No podíamos venir en el de Andrés porque llama demasiado la atención. Él intenta soltarse, pero somos dos contra uno.

—¿Qué coño hacéis? ¿Qué es esto?

—Vamos a dar un paseo, mi querido Damián —le dice Andrés.

—Esto no tiene ni puta gracia, Andrés. ¡Suéltame!

—No.

—¡He dicho que me sueltes!

—¡Y yo he dicho que no! —grita Andrés.

—Después —le digo yo con toda la calma de la que soy capaz.

—¿Después de qué?

Lo metemos en la parte de atrás y yo entro con él. Andrés toma asiento detrás del volante, activa el cierre centralizado y arranca. Murnuais intenta abrir la puerta y bajar las ventanas, pero es imposible. Está aquí encerrado con nosotros. Cuando se da por vencido, gira la cabeza hacia mí y me mira con rabia.

—¿Después de qué? —repite.

No contestamos.

—Os la vais a cargar por esto. Hablo en serio. No sé qué coño se os ha pasado por esas cabezas vuestras tan trastornadas, no sé si estáis jugando o si se os ha ido la olla del todo, pero me da igual. Me estáis reteniendo contra mi voluntad y no tiene ni puta gracia. ¡Os la vais a cargar! ¡Estáis locos, joder!

—Sí, igual de locos que tú. Y adivina, ¿qué? —Andrés gira la cabeza y lo mira fijamente—. Sabemos que eres Enigmaticar.

Murnuais frunce el ceño en plan «pero ¿qué me estás contando?». Parece confundido de verdad. O es un actor de puta madre o…

—Yo no soy Enigmaticar, imbécil —responde.

—Claro que lo eres.

Entonces Andrés frena en el arcén, en medio de un puente, y sale del coche.

—Pero ¿qué haces? —grito yo.

Abre la puerta de Murnuais, lo coge de la pechera y lo arrastra hasta la minúscula acera al lado de la carretera. Yo voy detrás.

—¡Andrés! —lo llamo.

—¿Ves eso de ahí? —Andrés señala la comisaría de policía. Murnuais la mira de reojo, pero no responde. Se mantiene a la espera. Cauteloso—. Estaba dispuesto a llevarte y que ellos se ocuparan de ti, pero me lo he pensado mejor. Esto lo vamos a arreglar tú y yo solos. Ahora.

—¿Ibas a llevarme a la policía porque crees que soy el puto Enigmaticar? ¿A la policía? Tú eres imbécil. Y suéltame, joder. —Intenta soltarse del agarre de Andrés, pero no lo consigue.

—Iba a llevarte a la policía porque quería que te pudrieras en la cárcel, pero me lo he pensado mejor y, como te he dicho, esto lo vamos a arreglar tú y yo solos, ahora. Puedes largarte ya, Lacoste. Yo me ocupo a partir de aquí.

—Aunque fuera Enigmaticar —responde Murnuais—, ¡que no lo soy!, no iba a pudrirme en la cárcel, puto pirado. No es más que una puta cuenta falsa de mierd…

—Vamos a arreglar esto como buenos hermanos de sangre que somos, ¿eh, Dami?

Murnuais enmudece y lo mira con gesto horrorizado. Después me mira a mí. Y otra vez a Andrés.

—¿De qué estás hablando? —pregunta con cautela.

Andrés pierde la paciencia y lo empotra contra la barandilla del puente. Le saca medio cuerpo fuera, de cintura para arriba, y le habla al oído, pero estoy tan cerca que puedo escuchar todo lo que le dice.

—No te hagas el imbécil conmigo. Encontramos la prueba de ADN en tu dormitorio, en un libro de Maquiavelo, así que ahórrate toda la mierda de la negación y demás.

—Andrés. —lo llamo yo—. ¡Joder, Andrés! Esto no tenía que estar pasando así. ¡Esto no era parte del plan!

No me escuchan, solo se miran el uno al otro. Andrés con rabia y Murnuais con miedo.

—¿Y qué coño quieres que te diga, eh? —le grita Damián a Andrés lleno de furia y rencor—. ¿Qué coño quieres que te diga?

—¡QUIERO QUE ME DIGAS POR QUÉ INTENTASTE HACER DAÑO A ARTURO, QUE ES TU PUTO HERMANO !

—¡¿Qué?! Pero ¿qué dices?

—¡He dicho que no te hagas el imbécil conmigo! ¡Sé que fuiste tú el que puso aceite en los frenos de la moto! —Andrés lo coge con más fuerza de la pechera—. Cuidado conmigo, Damián. Porque estoy tan loco que soy capaz de tirarte por aquí y acabar con toda esta mierda de una puta vez. Ojo por ojo y diente por diente. Como antaño. Tú le hiciste daño a Arturo y yo te la devuelvo.

—¡Yo no le he hecho daño a Arturo! ¡¿Estás loco?!

—¡Y UNA MIERDA QUE NO !

—Andrés —interfiero yo, acercándome a ellos—, cálmate, ¿de acuerdo? Lo hemos traído hasta aquí para amenazarlo, no para tirarlo de un puto puente.

—¡YA NO PUEDO MÁS, JODER! ¡YA NO PUEDO MÁS !

Sé que Andrés está fingiendo. Lo hace desde que ha frenado en un estrépito, que no era tan estrépito, era parte del plan. Todo esto es parte del plan. Decidimos jugar al poli bueno y al poli malo y a él le tocó ser el malo. Puede que no haya sido la mejor idea del mundo. No teníamos

tiempo y queríamos poner a Murnuais contra las cuerdas, presionarlo y que lo confesara todo, después lo llevaríamos a la policía y… Repito, sé que Andrés está fingiendo, pero, joder, parece todo tan real que empiezo a dudar. Su mirada me da miedo hasta a mí. Hay una brutalidad en ella que roza lo salvaje. Murnuais también lo ve. Traga saliva y está a punto de hablar, pero entonces aparece Arturo y se va todo a la mierda. A la puta mierda.

Ya no hay plan.

Ya no hay nada.

Ya solo queda… improvisar.

DAMIÁN

Lo he sabido desde que he visto a Andrés con Lacoste haciéndose pasar por Arturo. He sabido que por fin había llegado el momento de la verdad. Esa verdad que llevo masticando y engullendo durante tres años. Trozo a trozo. He sentido cómo cada uno de ellos me bajaba por la garganta. He sentido cómo algunos se me pegaban en las paredes del esófago, impidiéndome tragar algo más, y cómo otros se me atascaban en el pecho y me impedían respirar. Llevo tres años imaginándome cómo sería el momento en que los Claramunt se enteraran de que somos hermanos. Imaginándome, en ocasiones, si acaso llegaría o si ellos seguirían toda la vida en la inopia. Pero reconozco que en esas ocasiones siempre me repetía a mí mismo: «¿A quién quieres engañar?». Porque por supuesto que este momento iba a llegar. Tenía que llegar. Y yo he dejado que llegara. Espero que eso le quede claro al imbécil de mi hermano. Yo he dejado que este momento llegara. Yo he dejado que él me trajera hasta aquí. Cuando llevas una máscara durante tanto tiempo que te ha infligido hasta heridas, lo único que deseas es quitártela y ser libre.

El Claramunt que más curiosidad me ha generado siempre es Andrés. A Arturo lo conozco demasiado. Sé cómo va a reaccionar cuando lo sepa. En realidad, sé cómo va a reaccionar el noventa y nueve por ciento de las veces que le ocurre algo. Podría haberle dicho hace meses que iba a perdonárselo todo al gilipollas de Lacoste y le habría ahorrado unos cuantos disgustos. Arturo es fácil. Y tampoco albergo dudas con respecto a Aitana. Es más transparente de lo que ella cree. Pero Andrés… Andrés siempre ha sido la pieza más complicada de colocar en este rompecabezas. Y lo sigue siendo.

Arturo aparca la moto detrás del coche en el que me han traído y viene corriendo hacia nosotros. Aitana está con él. Los distingo por el rabillo del ojo porque en realidad no los veo, no aparto los ojos de los de Andrés, incluso con medio cuerpo en el aire. Un día, hace mucho tiempo, me di cuenta de que son iguales que los míos. Y de que miran el mundo de la misma manera que lo miro yo. Con frialdad. Con indiferencia. Con desdén. Con inclemencia. Él y yo somos más parecidos de lo que nunca lo serán él y Arturo, o él y Aitana, por mucho que se hayan criado hombro con hombro. La sangre es caprichosa.

—¡Andrés! ¡¿Qué haces?! ¿Te has vuelto loco? ¡Se puede caer!

Arturo llega a nosotros e intenta soltarme del agarre de su (nuestro) hermano. Y lo consigue, pero no por eso Andrés y yo dejamos de mirarnos. De retarnos. Por suerte o por desgracia, aún no lo sé, Andrés Claramunt jamás ha empalidecido frente a un reto.

Bueno, al menos mi vida ya no cuelga de una barandilla.

Arturo nos mira confundido, no tiene ni idea de la bomba que está a punto de explotar. Y no tiene ni idea de que va a ser imposible hacer oídos sordos a la onda expansiva. El Porsche de Andrés derrapa a nuestro lado y Patrick y Nicki salen de él.

—¡Llevo media hora llamándoos! —grita Patrick. Es el primero en acercarse a nosotros. Andrés lo mira de arriba abajo, para asegurarse de que está en perfecto estado, supongo, y luego hace lo mismo con Nicki, que viene justo detrás. Vuelve a dirigirse a Arturo.

—¿Cómo coño nos has encontrado?

—Tengo tu móvil monitorizado desde hace siete años.

—¿En serio? —Andrés ríe sin ganas—. ¿Me estás hablando en serio?

—¡Puto en serio! —Oh, oh. Yo sé de uno que está supercabreado. Ver a Arturo así me resulta

refrescante. Es tan inusual. Miro a Lacoste, a su lado. Se lo ve más asustado que otra cosa. ¿No le gusta follarse a Arturo cuando está así de cabreado? Bueno, supongo que él se lo pierde—. ¿Qué coño pasa, Andrés? ¡¿Qué te pasa con Dami?!

—Tu accidente no fue un accidente —le dice entonces—. ¡No fue un puto accidente!

—¿Qué? —Aitana intenta acercarse a nosotros, pero Patrick se lo impide. La sujeta de la cintura y la mantiene a su lado, como si así fuera a impedir… algo. Iluso.

—¡Y no pienso callarme más! —continúa Andrés—. Lo quiero lejos de ellos. ¡Lo más lejos posible! Y si tengo que cargarme la imagen que tienen de él, pues a la mierda todo. De todas formas, esto iba a saberse en un momento u otro. ¡Iba a saberse!

Arturo sacude la cabeza, confundido.

—¿Qué imagen de él? ¿A qué te refieres? ¿Y qué quieres decir con que mi accidente no fue un accidente?

—¡Justo eso, joder! Que no fue un accidente, Arturo. ¡No fue un accidente! Él lo provocó. —Andrés me señala—. Empapó las pastillas de freno de aceite y por eso no funcionaron.

Arturo frunce el ceño y niega con la cabeza. Me mira. No se lo cree.

—¿Qué es esto, Andrés? ¿Una broma de las tuyas? Porque no tiene gracia. ¡No tiene ni puta gracia!

Andrés se acerca a él y le sujeta la cara con ambas manos. Sus labios, casi se tocan. Sus narices, se rozan. Sus frentes, a muy pocos milímetros de distancia. Le obliga a que solo lo mire a él, a que no exista nada más que ellos dos, y por un momento saboreo la envidia en el paladar. Y la rabia. Me trago ambas.

—Andrés, por favor —le suplica Lacoste—. Ten mucho cuidado con cómo se lo dices.

«Se lo diga como se lo diga, tu querido Arturo va a enterarse de todo y no vas a poder hacer nada para evitarlo».

—Habrías muerto —le susurra Andrés—. Habrías muerto si no hubiera sido por Chris. ¡Habrías muerto, joder! La moto ya estaba jodida cuando yo la cogí, pero no nos dimos cuenta porque no llegué a frenar. «Ante un impacto inminente, acelerar y buscar una vía de escape», ¿recuerdas? Es mi filosofía de vida. Ya lo sabes. Pero tú sí intentaste frenar, cuando te diste cuenta de que ibas demasiado rápido, y no pudiste hacerlo. Ese día… Ese día discutimos en la enfermería. Tu relación con Chris salió a la palestra, y la de Tani con patito. Fue… un puto desastre. Estábamos todos muy nerviosos. Tú te fuiste y Chris te siguió. Discutisteis en el aparcamiento. Tú cogiste la moto, después de comprobar que, a simple vista, todo estaba bien, y te largaste. Chris te siguió. Te gritó que disminuyeras la velocidad y no pudiste hacerlo. Los frenos no funcionaban. Ibas a toda hostia y cuesta abajo. Te comías las curvas. Miraste a Chris y… supiste que ibas a matarte. —Arturo intenta girar la cabeza para mirar a Lacoste, que lo mira fijamente, con dolor, como si estuviera recordando aquellos momentos, pero Andrés se lo impide. Solo quiere que lo mire a él—. Te dirigiste al puerto que hay cerca del CAR, a ese al que solemos ir a pasear de vez en cuando, y te lanzaste al agua a propósito. Era tu única oportunidad de sobrevivir. Chocaste con el muro, no pudiste saltarlo, y perdiste el conocimiento al caer al agua con la moto. Cada vez que pienso que podías haber muerto… —Andrés enmudece y Arturo cierra los ojos. Oh, noto las lágrimas desde aquí. Tanto en uno como en el otro. Ambos se sorben la nariz y Andrés continúa—. No había nadie alrededor y la ambulancia no llegó hasta quince minutos después. Habrías muerto si Chris no se hubiera lanzado al agua a por ti. Te sacó en menos de ocho minutos y te hizo la reanimación cardiopulmonar. Te salvó por los pelos. Unos segundos más y ya no serías quien eres. Estarías muerto o con lesiones cerebrales de por vida. Y eso te lo hizo él. Él. Damián.

Andrés por fin suelta a Arturo, que todavía no ha abierto los ojos. Las lágrimas, sin tregua, campan a sus anchas por sus mejillas. Veo cómo interioriza la información. Veo el momento en que entiende la magnitud de la situación. Veo cómo se le congela la sangre. Veo cómo se le atasca la saliva en la garganta. Y veo el momento en que abre los ojos, que se dan de bruces con los míos, y solo me ve a mí. Solo a mí. Y yo también lo miro solo a él. Como tantas otras veces. Hay tempestad en ellos. Hay confusión. Hay dolor. Hay ira. Hay miedo. Hay un mar embravecido, como él diría. Un puto mar embravecido.

—¿Es verdad? —me pregunta llorando—. ¿Es verdad lo que dice Andrés?

—No lo sé, Art, dímelo tú. ¿Es verdad?

—¡¿ES VERDAD ?! —repite. Me sobresalto. Es la primera vez que Arturo me habla así. Intenta acercarse a mí, pero Andrés se lo impide.

—Claro que es verdad —le dice, y le coloca las palmas de las manos en el pecho para detenerlo—. Yo jamás te mentiría. ¡Y no te acerques a él, joder!

—Tú ya me has mentido. ¡Ya me has mentido! —llora Arturo mientras avanza hacia mí y se lleva a Andrés en el proceso—. Y estoy hablando con él! ¡ESTOY HABLANDO CON ÉL, NO CONTIGO !

—¡Es tu hermano, Arturo! —grita Andrés—. Damián es tu hermano. ¡Tu puto hermano!

—¡¿Qué?! —Arturo, con los ojos muy abiertos, instintivamente, se echa hacia atrás.

—Damián es hijo de papá.

Entonces se hace el silencio. Arturo mira a Andrés horrorizado. Aitana también. Patrick, aun abrazándola, cierra los ojos. Nicki no se ha separado del lado de Andrés en ningún momento, pero es ahora cuando apoya las manos encima de las de él, sobre el pecho de Arturo. No sé si porque quiere que lo suelte de una vez o porque necesita sentirlos a ambos de alguna manera. Lacoste, no sé en qué momento, ha abrazado a Arturo por detrás. Me lo he perdido.

—Ayer nos colamos en su cuarto —continúa Andrés. Espera, ¿en mi cuarto? Hijo de puta—, íbamos en busca de Enigmaticar y…

—¡Que yo no soy Enigmaticar, joder! —grito perdiendo un poco los nervios. ¡Estoy hasta los cojones ya! Después me toco el pecho. «Cálmate, Damián. Tienes que calmarte».

Andrés gira la cabeza hacia atrás y me mira.

—… Chris encontró un sobre dentro de un libro. Era una prueba de ADN. Hablé con papá y él me lo confirmó. Damián es su hijo. Y ha intentado hacerte daño porque lo odia. ¡Nos odia a todos!

Andrés me mira con rabia, con su rabia habitual, pero ahora mismo no es él el Claramunt que me interesa. Ahora mismo pueden darle mucho por el culo. Ahora solo quiero hablar con Arturo. Durante mucho tiempo creí que él era mi media mitad. Mi alma gemela. A veces aún pienso en ello.

—¿Desde cuándo lo sabes? —me pregunta él en un susurro—. ¿Desde cuándo sabes que somos hermanos?

—¿Y eso qué importa?

—A mí me importa. ¿Desde cuándo?

—Desde hace tres años.

—Entonces… —Aparta las manos de Nicki y Andrés de su pecho y se separa de Chris. Camina despacio hacia mí—. Entonces no todo fue mentira. Tú y yo no somos todo mentira.

—Pero ¿qué dices? —exclama Andrés cabreado, detrás de él—. ¡Arturo, joder! ¡Hizo que te estrellaras con la puta moto y a ti lo único que te preocupa es…!

—¡QUE TE CALLES ! —le grita Arturo a Andrés. Y vuelve a mirarme a mí—. No todo fue

mentira.

No, no lo fue. O creo que no lo fue. Es difícil recordar emociones que ya no sientes.

Desde que tengo uso de razón, me he llevado bien con Arturo. Pero ya lo he dicho, él es fácil. Es fácil quererlo. Es fácil encariñarse de él. Incluso es fácil enamorarse de él. ¿Quién no lo haría? Es guapo. Inteligente. Encantador. Que se lo digan a Lacoste.

Desde que tengo uso de razón, también he sabido que mi padre me abandonó. La versión inicial de mi madre resultó no ser la verdadera, pero el desenlace fue el mismo. Crecí sin él. O no. Crecí con él, pero sin saber que era mi padre. Lo que es todavía peor. Lo admiraba. Lo veía interactuar con sus hijos y lo admiraba. Veía cómo los quería. Cómo los apoyaba. Cómo los educaba. Cómo los escuchaba. Cómo estaba siempre para ellos. Y deseaba que mi padre hubiera sido como él. Entonces todo se fue a la mierda. Me enteré de la verdad y todo se fue a la mierda. Dejé de admirarlo. ¿Cómo hacerlo? ¿De verdad creyó a mi madre cuando le dijo que no estaba embarazada de él? ¿Semanas después de follársela? Oh, ¿de verdad? ¡Y una mierda! ¡Nadie es tan estúpido! ¡Y ni siquiera lo intentó! No intentó descubrir si era verdad o no. Se desentendió de ella, y de mí, porque así era más fácil. Y me ha visto crecer. ¡Me ha visto crecer, joder! ¿Cómo no se dio cuenta? Tengo los mismos putos ojos que Andrés. Pero eligió mirar hacia otro lado. No me quería en su vida. Y ahí estaba Arturo, mi mejor amigo, mi alma gemela, llevándose todas las atenciones de mi padre. Todas sus putas atenciones. Robert sonríe por y para Arturo. Llora por y para Arturo. Arturo. Arturo, Arturo. No sé cuándo se me desdibujaron mis sentimientos hacia él. La verdad es que no lo recuerdo. Y no sé lo que siento ahora por él. No tengo ni puta idea. Sí recuerdo la rabia. La recuerdo y la siento cada puto día de mi vida.

—No sé si te odio o si te quiero —le confieso entre lágrimas, sin saber ni siquiera cuándo he empezado a llorar. Pensé que estaba preparado para este momento, pero solo me engañaba—. Creo que te odio porque te quiero. Y por eso lo hice —reconozco por fin—. Por eso te jodí la moto. Porque me mata quererte. Me mata cada día. Y no lo aguanté más.

—¡Porque se te fue la puta olla!

Advierto a Andrés venir a por mí, pero también a otro alguien impidiéndoselo. ¿Lacoste? ¿Patrick? ¿Nicki? ¿Aitana? Noto mucho movimiento a nuestro alrededor, muchas voces, muchas preguntas, pero no escucho ninguna. Arturo tampoco lo hace. Este momento es solo nuestro.

—¿Quisiste matarme? —me pregunta—. Con lo de la moto, ¿quisiste matarme? ¿O fue algo que se te fue de las manos?

—No lo sé. Recuerdo sentir muchísima rabia esa noche. Recuerdo odiaros a los tres más que nunca. Pero entonces deseé que tú me abrazaras y… —Me llevo las manos al pelo y tiro de él—. No lo soporté. Quise darte una lección y… no sé si se me fue de las manos. ¡No lo sé! No te soporto, Arturo. No soporto lo que representas. No soporto quererte. ¡Tengo derecho a odiarte, joder! ¡Tengo todo el puto derecho del mundo! —Él no dice nada. Absolutamente nada. Solo me mira con dolor—. ¡Dime algo! Di algo, joder.

—Te voy a perdonar —llora—. Sé que algún día te voy a perdonar. Pero ahora no. Ahora no puedo. Ahora no quiero.

—¡No quiero tu puto perdón! —grito—. ¿Sabes lo que quiero?

—¡No, no lo sé! —explota—. ¡No tengo ni puta idea! Y la verdad es que ahora mismo me importa una mierda. ¡Una mierda, Damián! ¡Dios! —Me mira con ganas de gritarme mil cosas más, pero se las traga—. ¡Joder!

Se da la vuelta, dispuesto a largarse, pero se lo impido. Ahora soy el que le coge la mano y lo retiene.

—Pues ahora vas a escucharme. —Arturo se suelta con rabia y el resto acude a su rescate,

cómo no. Él les asegura con la mirada y un gesto de la mano que está bien y que puede manejarme, así que yo continúo—. Quiero algo que no puedes darme. Quiero que sepas lo que se siente al saber que tu padre no te quiere. Que renuncia a ti cada día de tu vida y eso que te tiene delante de sus putos ojos. Quiero que sepas lo que se siente al ver que cría a tus hermanos pero a ti no. Que a ellos se lo da todo y a ti nada. Tú has tenido todas las comodidades del mundo y lo has tenido a él. Sus besos. Sus abrazos. Su compañía. Su protección. Su apoyo. ¡Yo no he tenido nada! ¡Nada! Tú has podido jugar al tenis y yo he tenido que conformarme con ser un puto esparrin. Tu puto esparrin. ¡Y quieres dejarlo! Lo tienes todo y lo desprecias. Puedes permitirte el lujo de ser un caprichoso de mierda y…

—No es así —me interrumpe—. No es así, Dami. Y lo sabes.

—¡Tú me lo has quitado todo y ni siquiera lo valoras! ¡Yo podría haber sido tú! Yo podría haber jugado al tenis al lado de Robert, como su hijo, y habría hecho que se sintiera orgulloso.

—¡No! —grita entonces Andrés. Tanto Arturo como yo lo miramos—. ¡No tienes razón! No tienes razón, joder. ¡Ya está bien de tanta mierda! Tú seguirías siendo el mismo. ¡Y seguirías jugando igual!

—¡Mentira! Si hubiera tenido vuestro entrenamient…

—¡Lo has tenido! Mi padre te lo ha dado todo. ¡Todo! Te ha tratado como a un hijo, sin saber que lo eras. Pero no todos podemos ser Arturo Claramunt. No todos podemos jugar al tenis como Arturo Claramunt. ¡Ni como Robert Claramunt! Mi hermano y yo llevamos toda la vida entrenando juntos y no somos iguales. ¡No les eches la culpa a ellos y asume tus putos límites! Él no lo hizo a propósito. ¡Mi padre no lo hizo a propósito! Él no sabía que eras su hijo. ¡No lo sabía! Pero tú sí atacaste a Arturo sabiendo lo que hacías. Y ahora sé por qué. Ahora lo entiendo todo. Entiendo de dónde nace tu odio. De la convicción de que mi padre te ha rechazado a sabiendas. Te ha carcomido la ira. ¡Se ha apoderado de ti y ya no ves más allá! Sé lo que es estar ahí, créeme. Es algo que compartimos, como los putos hermanos que somos. Al final tú y yo vamos a ser más parecidos que nadie en esta familia. Pero te has equivocado, lo has entendido todo mal, te has montado tu puta película en la cabeza y has cruzado la raya. ¡La cruzaste en cuanto fuiste a por Arturo!

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡ES CULPA TUYA ! —le grito fuera de mí.

Andrés me coge de la pechera y me mira a los ojos. Ahora son nuestros labios los que casi se tocan, nuestras narices las que se rozan y nuestras frentes las que han quedado a muy pocos milímetros de distancia. Ahora me obliga a que solo lo mire a él, a que no exista nada más que nosotros.

—¿Qué hice? ¿Qué coño te hice? —me pregunta en un susurro.

—En la fiesta de Navidad. Os llamaron por los altavoces para que fuerais a bailar y alguien me ofreció ir con vosotros. Tú dijiste que no. Tú me rechazaste porque era un asunto familiar. —Río—. ¡Un asunto familiar!

—Hijo de puta. —Nos movemos, no sé hacia donde, pero nos movemos. Oímos más gritos a nuestro alrededor, pero ahora solo somos él y yo—. ¿Por qué no me atacaste a mí? ¡¿Por qué?!

—Porque tú no te valoras. Tienes muy poco amor propio. Pero Arturo es tu gran debilidad.

—¡Y también tendría que haber sido la tuya! —me grita, desgañitándose. Tiene los ojos anegados de sangre y dolor. Esto tampoco tendría que estar ocurriendo así. Andrés conmigo es rabia y arrebato. Violencia y delirio. Pero no dolor—. Pusiste en peligro su vida cuando tenías que haberla protegido a toda costa. ¡Es tu hermano! Es tu sangre. ¿Qué coño te corre por las venas? ¿Cómo has podido hacerle algo así? ¿Cómo has podido traicionarlo así? ¿Traicionarnos a todos así? A tu familia. Tu puta familia. Yo confiaba en ti. ¡Confiaba en ti, joder! Y te habríamos

querido. ¡TE HABRÍAMOS QUERIDO ! ¡YO TE HABRÍA QUERIDO !

Cuatro palabras. Cuatro palabras y algo hace clic en mi cabeza. Algo malo. No sé si es rechazo, despecho o rencor. Quizá incredulidad. O un anhelo. Un anhelo tan secreto, tan soñado, tan inalcanzable pero tan vivo al mismo tiempo que me hace perder los estribos. Andrés no puede decirme que me habría querido. No puede. No puede, no puede, no puede. Porque nunca ha sido una posibilidad.

—¡TE ODIOOO ! —grito a la vez que lo empujo con todas mis fuerzas hacia la carretera, plenamente consciente de que un coche se acerca a toda velocidad. Andrés trastabilla y me dirige una última mirada de verdadero pánico, el coche está a punto de arrollarlo y yo…

Yo todavía no sé si los quiero.

O si los odio.

No sé si los mataría con mis propias manos.

O si daría mi vida por ellos.

En cualquier caso, es el instinto el que actúa y decide por mí.

ARTURO

Observo horrorizado cómo Dami, en un ataque de ira, empuja a Andrés y lo lanza a la carretera. Un coche viene a toda velocidad. Andrés pierde el equilibrio y está a punto de caer. Tiene el coche encima. No. ¡No!

—¡Nooo! —grito con todas mis fuerzas.

—¡ANDRÉÉÉS !

Voy corriendo hacia él, pero es demasiado tarde. Es demasiado tarde. Todo sucede en cuestión de segundos. El coche va a atropellarlo. Va a atropell… Pero entonces Dami, que está justo en el borde, sale a la carretera y en el último segundo empuja de nuevo a Andrés, que sale despedido y cae por fin al suelo, lejos de la trayectoria del coche, sano y salvo. Sin embargo, ni a mí ni a mi corazón nos da tiempo a respirar, y mucho menos a calmarnos. Porque al coche no le da tiempo a frenar y se lleva a Dami por delante.

Nunca el chirrido de unas ruedas en el asfalto ha sido tan devastador. Nunca una imagen ha sido tan demoledora.

Sin saber muy bien cómo, salgo a la carretera a todo correr y me agacho junto al cuerpo inerte de Dami.

—¡Dami! ¡Damiii!

No responde. Oh, dios mío. Hay sangre por todas partes. Oh, dios mío. No sé cuál tapar primero. No sé por dónde empezar a curarlo. No sé qué hacer. Por favor, que alguien me ayude. Que alguien nos ayude. ¡Por favor! Noto la presencia de Andrés a mi lado.

—Damián. ¡Damián! —lo llama desesperado.

«Por favor. Por favor», suplico yo una y otra vez.

Entonces Damián abre los ojos. Por fin. Esto tiene que ser bueno. Que Damián abra los ojos tiene que ser bueno.

—Dami.

—Lo siento —me dice. Le sale sangre por la boca.

—No hables. No digas nada. Ahora no.

—Nunca quise hacerte daño. Estaba enfadado.

Le cojo la mano y me la llevo a la boca.

—Ya lo sé. Ya lo sé. No hables, por favor. No hables.

—Lo siento…

Y cierra los ojos.

—Dami. ¡Dami! ¡Damiii!

No sé durante cuánto tiempo lo llamo ni durante cuánto tiempo lo zarandeo en busca de una reacción. Solo sé que cuando me apartan de él ya está muerto.

Dami está muerto.

50: «Y, después de ese todo, lo quiero otra vez. Te quiero otra vez. Y otra vez. Y otra vez…»

AITANA

Las últimas noventa y seis horas son un borrón. El mayor borrón de mi vida. El cuerpo inerte de Dami en la carretera. La desesperación de Arturo. Andrés. La ambulancia. La llegada al hospital. Mis padres. Los padres de Patrick. Los sollozos de la madre de Dami, que han enmascarado los míos. Y los de todos. La vuelta a casa. A Barcelona. El funeral. La despedida. Y no sé si es bueno o es malo. No sé si prefiero que se queden así para siempre en mi memoria o si quiero recordar cada segundo con nitidez. Pero qué más da. Ya no depende de mí. Ha pasado y no podemos echar el tiempo atrás. Podíamos haber hecho tantas cosas de manera diferente. Podíamos haber hecho todo de manera diferente. Definitivamente, los astros también se alinean de la peor manera.

Ahora deberíamos intentar descansar y recuperar algo de sueño. Eso dicen todos. Pero ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo? Arturo está muerto en vida. Andrés… Andrés no sé ni cómo está. Y yo… yo…

—Ey —mi padre me coge de la mano cuando entramos por la puerta de casa e impide que suba las escaleras hacia mi habitación—, esperad un momento, por favor. Quiero hablar con vosotros.

Mi padre no solo me ha cogido a mí la mano, también sujeta a mis hermanos. Nos lleva al sofá y nos sienta a los tres juntos. Él se acuclilla frente a nosotros.

—No sé ni por dónde empezar —nos dice. Y entonces rompe a llorar. Agacha la cabeza y se tapa los ojos con la mano—. Lo siento. Lo siento mucho. Siento todo lo que ha pasado.

—Papá…

Puede que haya sido Andrés el que lo ha llamado, pero los tres nos lanzamos al suelo a abrazarlo al mismo tiempo y a llorar con él. No sé durante cuánto tiempo.

—Os quiero con locura —nos dice en un momento dado—. Necesito que lo sepáis. Sois lo más importante que tengo en la vida. Lo fuisteis desde el instante en que os vi por primera vez. Tan pequeñitos. Tan vulnerables. Pensé que ya os quería cuando mamá estaba embarazada, pero no es comparable con el sentimiento de protección que me nació en el pecho cuando llegasteis al mundo. Mataría por vosotros. Moriría por vosotros. Y no sé si es cuestión de sangre o de crianza. Solo sé que os quiero. Y a Damián… A Damián lo he visto crecer, pero con la creencia de que… no era mío. Le he dado todo el cariño y la ayuda que se le puede dar al hijo de una amiga y… no he tenido tiempo para mucho más. No he tenido tiempo para verlo como a un hijo. Cuando la

verdad estalló por los aires, me sentí confundido. Los sentimientos se me mezclaron y… él no quiso saber nada de mí. Le di espacio porque mis sentimientos eran un caos. Y aún lo son. Aún lo son… —Papá rompe a llorar de nuevo y yo lo abrazo con más fuerza que nunca—. Quería que lo supierais.

—Te quiero papá —le digo yo—. Te quiero mucho.

—Mi vida…

Andrés y Arturo no dicen nada. Aún no están preparados. Pero lo estarán.

No dejamos de abrazarnos hasta muchas horas más tarde. Entonces me voy a la cama, cierro los ojos e intento dormir. Segundos después siento la presencia de alguien detrás de mí. Huele como el mejor de los saltos. Y no puedo evitar llorar.

—Shhh, estoy aquí contigo, enana. Estoy aquí contigo. Y siempre lo voy a estar. Quiero compartir mi vida contigo. Lo sabes, ¿verdad? —Asiento con la cabeza sin dejar de llorar—. Bien. Porque quiero cogerte de la mano todos los días de mi vida. Hasta que seamos dos viejecitos y apenas puedan sostenernos las piernas. Quizá caigamos en algún momento, pero nunca dejaré de cogerte de la mano. Te lo prometo. ¿Y sabes qué más quiero?

—¿Qué?

—Quiero estar en tu regazo dos veces al día, por lo menos.

—Yo quiero que tires bolas de golf siempre que lo necesites —le digo—. Y quiero comprarte helados de *cocholate* en mitad de la noche.

Entonces es Patrick el que llora.

—Quiero que saltemos juntos desde todos los puentes del mundo —continúa.

—Quiero ver una película contigo cada miércoles y quiero verte entrenar.

—Yo… Lo quiero todo, Aitana. Lo quiero todo contigo. Y, después de ese todo, lo quiero otra vez. Te quiero otra vez. Y otra vez. Y otra vez…

Y así es como por fin me quedo dormida. Con él.

A la mañana siguiente voy directa a la habitación de mis padres. Me meto en la cama con ellos y se lo cuento todo. Todo lo que sucedió con Ernesto. Y a pesar de mis lágrimas y de las de ellos y de que se me abre la herida como nunca, me siento bien. No sabía cuánto necesitaba que ellos lo supieran hasta que se lo he contado.

ANDRÉS

Soy una página en blanco. Por primera vez en mi vida, soy una página en blanco. Y no sé cuándo dejaré de serlo. No sé qué decir. No tengo nada que decir.

ARTURO

Me encojo en el suelo de mi habitación y lloro.

Y lloro.

Y lloro.

Más de un mes después

AITANA

Junio. Budapest. Campeonato del mundo. Final de saltos plataforma diez metros

No pensé que llegaría hasta aquí. No después de todo lo que ha pasado. Y no pensé que mis hermanos y el resto de mi familia estarían ahí abajo en las gradas, animándome y gritando en silencio como locos. No sé. Supongo que la vida nos ha acercado aún más, si cabe. Y supongo que el destino, o la magia, ha hecho que nos rodearan las mejores personas del mundo, porque ni Patrick, ni Nicki, ni Chris nos han soltado la mano. No nos han dejado caer.

Enfoco la mirada en Patrick y él la debe de notar porque me lanza un beso. Yo sonrío. Volver a sonreír no ha sido fácil. Pero hace unos días… solo sucedió. La herida que nos ha dejado Dami todavía duele como el primer día, no sé si dejará de doler algún día, pero hemos podido seguir adelante. Más o menos.

Cojo aire y me concentro en la piscina que tengo debajo. En la piscina del centro acuático de Budapest. El agua está a veintiséis grados, como establece la normativa, y mi cuerpo está tibio. Y seco. Mis músculos, calientes.

Estoy nerviosa, pero con los años he conseguido controlar los nervios y hacerlos buenos. Estoy a punto de saltar y por primera vez en mi vida, antes de hacerlo, miro hacia arriba. Hacia Dami.

Entonces cierro los ojos y salto.

…

Y mientras doy vueltas en el aire, me agarro las piernas con las manos y aprieto con mucha fuerza.

…

Paf.

RFEN @rfen_oficial
#Saltos Budapest: final y 1ª posición para Aitana Claramunt. Felicidades,
@aitanaclaramunt. Te esperamos en casa con los brazos abiertos.

51: «No vas a tener suficiente cielo para volar»

NICKI

El CAR está desolado. Sigue desolado. Damián era uno de ellos. Un deportista. Un compañero. Un amigo. Nadie sabe lo que sucedió en realidad, para el resto del mundo lo atropelló un coche cuando quiso salvarle la vida a Andrés. Nadie sabe que fue él quien lo puso en esa carretera en primer lugar. Yo me estremezco siempre que lo pienso. Siempre que lo recuerdo. Fueron los peores segundos de mi vida. Pensé que lo perdía. Pensé que perdía a Andrés para siempre y todo ocurría delante de mis ojos sin que pudiera hacer nada para evitarlo. El resto del mundo tampoco sabe que era hijo de Robert Claramunt y supongo que nunca lo sabrá. Andrés sigue enfadado con él, Andrés solo entiende de sangre y continúa llorándolo cada día. Qué complicados son los duelos. Y los sentimientos.

Hoy Chris y los gemelos Claramunt abandonan el centro para siempre. Chris regresa a Mónaco y Andrés y Arturo vuelven a Barcelona. Arturo va a dejar el tenis y Andrés ya no quiere estar aquí. Aunque la verdad es que apenas se han dejado ver desde el día del accidente. Se me hace raro verlos moviendo cajas de la residencia al aparcamiento y se me encoge un poco el corazón. Las despedidas siempre tienen un sabor agridulce, aunque detrás de ellas venga algo nuevo y bonito.

Estoy perdida en mis pensamientos cuando veo que Chris se acerca a la piscina con decisión. Frunzo el ceño. Chris nunca viene a la piscina con esa decisión. Y va directo a Elvira. La coge del brazo y la lleva a un rincón. Voy corriendo tras ellos.

—Sé que eres Enigmaticar —escucho que le dice apuntándola con el dedo.

—¿Perdona? ¡¿Yo?!

—Ni tenemos quince años ni yo la paciencia suficiente para jugar a esto. Nunca atacaste a los Claramunt a través de la cuenta de los cojones porque te gustaba más Andrés que a un tonto un lápiz, hasta que Nicki regresó al CAR y viste que se acercaban de nuevo. Primero fue sutil, pero cuanto más se acercaban ellos más atacabas tú. Y cometiste varios errores. Dijiste cosas que solo sabías tú, como sacar a la luz la mierda de los contagios de la gastroenteritis o anunciar de manera velada que follabas con Andrés. Supongo que te diste cuenta de que habías metido la pata y por eso has mantenido un perfil bajo en cuanto a Andrés en los últimos meses. También hablaste de otras que ahora sé que sospechabas, como que Patrick se acostaba con un Claramunt. El otro día recordé que cuando los viste a él y a Arturo enrollarse en los baños la noche del cóctel dijiste que a Patrick te lo imaginabas con «otro miembro de la Triple A…». Oh, sí, yo también

estaba en ese baño, pero seguro que eso tú ya lo sabías. Supongo que eres una observadora nata. ¿Y confundir siempre a los gemelos cuando tú te habías tirado a uno? ¿En serio? No te lo crees ni tú. La noche que nos conocimos fingiste que los habías confundido porque te encanta jugar. Y podría darte más datos, pero me das mucha pereza, hoy no estoy de humor y tengo cosas más interesantes que hacer que perder el tiempo contigo. Solo quiero que sepas que, si vuelves a escribir algo sobre alguno de los míos, y tú sabes bien quiénes son los míos, como dijo uno de ellos, no vas a tener cielo suficiente para volar. Y yo no amenazo en vano, créeme. ¿Lo has entendido bien? ¿Sí? Pues hasta nunca.

Chris se da media vuelta, pero Elvira le grita a su espalda.

—¡Deberías agradecer que no sacara toda tu mierda!

Chris se gira y sonríe.

—Sé que no lo hiciste por mí, sino por Arturo. De alguna manera retorcida, supongo que lo aprecias.

—¿Vas a decirlo? —le pregunta con ojos de cervatilla asustada antes de que Chris se aleje—. ¿Vas a contárselo al CAR?

—No. No es mi estilo.

Corro detrás de Chris antes de que se aleje del todo.

—¡Espera! ¿Todo bien? —le pregunto cuando lo alcanzo.

—Todo bien.

—¿Andrés y Arturo?

Chris suspira.

—Más o menos. Aquí hay… demasiados recuerdos.

—Lo sé.

—He pensado… He pensado en algo, pero no sé si es una buena idea.

—Cuéntamela.

—Quiero que Andrés y Arturo dejen el CAR con un buen sabor de boca y he pensado que… Me he acordado de lo bien que se lo pasaban cuando le gastaban aquellas estúpidas bromas a Patrick. En los últimos meses no ha habido nada de eso y no quiero que se vayan de aquí sin una «última vez».

—¿Quieres gastarle una broma a Patrick?

—Sí.

Sonrío.

—Me parece una idea genial.

—¿En serio?

—¡Sí! Cuenta conmigo. Mándame un mensaje con los detalles y luego lo organizamos. ¿Y sabes qué podemos hacer como colofón?

—¿Qué?

—Ir a comer unos panes de ajo.

A Chris se le ilumina la mirada.

—Hecho.

Nos despedimos y regreso al entrenamiento. En cuanto Elvira y yo nos topamos con mi mirada…, no sé lo que verá ella en la mía, pero…

—¿Quieres decirme algo, Nicki? —me pregunta.

Quiero decirle muchas cosas, pero Chris tiene razón: no merece la pena. Sin embargo, hay una cosa que sí quiero que le quede claro.

—Sí. —Señalo con la barbilla la piscina a nuestra derecha—. Nos veremos las caras en el

terreno de juego. Y que gane la mejor.

—¿Vuelves a nadar?

Le guiño un ojo y regreso al entrenamiento.

Sí. Vuelvo a nadar.

52: En Wimbledon todo es blanco

CHRIS

Julio. Semifinal de Wimbledon

Entro en el vestuario de Andrés y voy directo hacia él. Está sentado en el banco, atándose los cordones de las zapatillas, y su padre y Juan Carlos se encuentran junto a él. Hoy no es un día fácil para nadie y por eso he venido. Ninguno de los tres se extraña de mi presencia. Tampoco me preguntan qué hago aquí ni cómo he conseguido colarme.

—¿Podemos hablar? —le pido a Andrés mientras me siento a su lado.

—¿Ahora? —me responden los tres al unísono.

—Sí, ahora.

—¿No irás a pedirme la mano de mi hermano? Porque no es el puto momento —me dice Andrés.

—¿Qué pasa? —me pregunta Robert al mismo tiempo.

Suspiro.

—Pasa que estás a punto de jugar la semifinal de Wimbledon contra Arturo.

—No me digas, Sherlock. No me había dado cuenta —me dice con su desdén habitual. Pero es todo fachada. Está de los nervios. No solo por jugar una semifinal de un Grand Slam, sino porque encima le ha tocado hacerlo contra su hermano. Un hermano que va a dejar el tenis en cuanto acabe Wimbledon. Este partido… podría ser el último para él.

—Escúchame. —Le pongo la mano en el muslo y lo obligo a que me mire a los ojos—. ¿Sabes lo que más odia Arturo en la vida?

—La sobrepesca.

Sonrío y escucho la risa de Robert, en el otro lado de la habitación.

—Vale, sí. Reformulo. ¿Sabes lo que odiaría Arturo, más que la sobrepesca?

—¿Qué?

—Que lo dejaras ganar. —Andrés chasquea la lengua e intenta levantarse, pero yo lo retengo —. Andrés, escúchame. Es lícito, ¿vale? Es lícito que quieras dejar ganar a tu hermano. Es lícito que no quieras que este sea su último partido. A ti te quedan cientos por jugar. Cientos por ganar. Y a él no. Y sería una verdadera putada que hoy perdiera contra ti y que no pudiera enfrentarse a mí en la final, pero tienes que dejar que la vida siga su curso. Tienes que dejar que las cosas… sucedan. No puede depender de tu voluntad que él pierda o gane. Tiene que depender de su

juego. Si te gana, tiene que ser porque su juego ha sido mejor que el tuyo. No le robes eso. Arturo jamás te lo perdonaría. Prefiere perder antes de que tú te dejes ganar. ¿Me oyes? —Andrés no responde y yo se lo repito—. Prefiere. Perder. Antes. De. Que. Tú. Te. Dejes. Ganar.

—Mierda. —Andrés se levanta del banco y se lleva las manos a la cabeza. Voy detrás de él —. ¡Joder!

—Estás haciendo una temporada de puta madre. ¡Estás en la semifinal de Wimbledon! Y si Arturo tiene que perder contra ti, pues que pierda. Le joderá, claro que le joderá, pero más le jodería que lo dejaras ganar. Sería una victoria amarga. No le hagas eso. Por favor.

—¡¿Y qué coño hago?!

—Jugar mejor que nunca. Jugar para ganar. Conoces sus puntos débiles. Úsalos. Piensa que es un rival más.

—Pero no es un rival más. Es mi hermano y él… Él quiere jugar la final contra ti.

—Pues que se la gane. Que se gane la final. No se la regales. Yo no lo haría. Lo respeto demasiado como deportista y lo quiero demasiado como persona.

—¿Has hablado de esto con él?

—No me ha hecho falta. Andrés…, sabes que tengo razón.

Asiente con la cabeza.

—Sí, joder, lo sé.

—Pues sal ahí y hazle sudar.

Vuelve a asentir con la cabeza.

—Vale. Joder, vale.

—Muy bien. —Le doy una palmadita en el hombro—. Pues a por él. ¡Y suerte! La vas a necesitar. Arturito es duro de roer.

Sin más dilación, me dispongo a abandonar los vestuarios.

—Chris —me llama Robert cuando estoy a punto de abrir la puerta. Me giro—. Gracias.

—De nada.

AC 2 6 6 6
AC 6 3 2 4

Tenis España @RFETenis
Arturo Claramunt bate a su hermano, Andrés Claramunt, en un partido épico y se mete en la final.

Tenis España @RFETenis
Arturo Claramunt y Christopher Lacoste se verán las caras de nuevo en la final de Wimbledon.

Tenis España @RFETenis
Si Arturo Claramunt gana mañana la final de Wimbledon, destronará a Christopher Lacoste y se alzará con el puesto número uno en la lista ATP convirtiéndose en el mejor tenista del mundo.

ARTURO

Mañana voy a jugar mi último partido de tenis profesional y no sé cómo sentirme al respecto. Supongo que en unas horas lo descubriré. Unas horas que no pasan nunca. Me muevo inquieto en la cama de nuestro hotel favorito de Londres e intento coger postura por enésima vez.

—Duérmete ya, Arturo. Mañana tengo que estar fresco como una lechuga.

¡Y yo!

—Eso intento.

Chris suspira a mi lado. Estamos cara a cara y él mantiene los ojos cerrados.

Chris.

Hace un año, él y yo también nos disputamos la final de Wimbledon. Me ganó y Andrés le pegó un puñetazo. Acabaron en el suelo, machacándose el uno al otro. En aquella ocasión yo compartía habitación con Andrés. Ahora lo hago con Chris. El mismo Chris con el que voy a enfrentarme mañana. Recuerdo su pelea como si hoy fuera ayer, pero al mismo tiempo es como si hubieran pasado mil años. Ha llovido demasiado desde entonces. Ha dolido demasiado. Mucho y muy fuerte. Tanto que el agua aún nos cala los huesos. Y nos enfría por las noches por mucho que nos tapemos con la manta más cálida. Me pregunto si algún día sentiremos calor de nuevo. La verdad es que no lo sé, solo sé que echo de menos a mi mejor amigo. Lo echo de menos cada día de mi vida. Cada vez que releo su último mensaje en el móvil. Cada vez que veo nuestra última foto juntos. Cada vez que recuerdo su voz cuando me llamaba «Art». Porque a pesar de todo lo que pasó y a pesar de los sentimientos encontrados que me ahogan y me atormentan, lo que más pesa es que… echo de menos a mi mejor amigo.

Suspiro.

«No es el momento de pensar en eso, Arturo. Es el momento de dormir».

Me concentro en mi anguila eléctrica. En mi niño bonito. En el amor de mi vida. «*If every word I said could make you laugh I´d talk forever* ».

—Deja de mirarme —me dice.

—No te estoy mirando.

—Y deja de tararear esa canción de los Beach Boys mientras me miras.

—No estoy tarareando ninguna canción de los Beach Boys mientras te miro.

—Sí lo haces. Y te quiero con toda mi alma, pero cantas fatal.

Suelto una carcajada y le doy un manotazo en el brazo. Chris abre los ojos y comienza a hacerme cosquillas. Cosquillas que le devuelvo.

—Ey —me dice—, no me lesiones, que mañana tengo un partido importante.

—¿Contra quién?

—Un catalán. Alto. Moreno. Guapete. Arturo no sé qué…

—No me suena.

—¿En serio? Pues creo que es el número dos del mundo. Y si mañana me gana… —Chris me acaricia la mejilla y nos quedamos enganchados el uno en los ojos del otro durante unos segundos—. Si mañana me gana se convertirá en el número uno.

—Chris…

—Shhh… —Acerca su boca a la mía y me da un beso suave—. Voy a luchar hasta el final. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—¿Quieres que te ayude a dormir?

Me da otro beso en la boca y yo le arqueo una ceja.

—No pienso follar contigo, Claramunt —me dice entonces—. No voy a darte esa ventaja.

Sonrío. No contaba con ello.

—¿Y entonces?

—Date la vuelta.

Lo hago. Me pongo bocabajo y enseguida siento las manos y la boca de Chris en mi espalda. Y en mi pelo. Y no solo siento sus manos y su boca. También siento la devoción que me profesa. Y el amor. Su gran amor por mí.

Mañana va a ser un gran día para los dos. Y pase lo que pase, gane o pierda, habrá merecido la pena. Todo habrá merecido la pena. Chris y yo nos hemos disputado más de cuarenta victorias desde aquel primer enfrentamiento en Les Petits As. Mañana nos veremos las caras por última vez.

Por última vez.

Me quedo dormido tarareando la canción de los Beach Boys.



En Wimbledon todo es blanco. Tan blanco como el reflejo en el mar de las estrellas y la luna cuando el cielo está despejado. A los jugadores no se nos permite llevar nada de otro color, ni siquiera una muñequera o una cinta en la cabeza. Ni los cordones de las zapatillas. Yo solía tener pesadillas. Soñaba que, al agacharme, sin querer, se me veía la ropa interior azul y que me echaban del torneo. Por eso hace años que llevo hasta los calzoncillos de color blanco.

Hoy me visto con parsimonia. Papá, Rafa y Miguel están conmigo, hablan entre ellos, pero no los escucho. Me pongo los pantalones y la camiseta. Me siento en el banco. Meto el primer calcetín en un pie (el izquierdo en el derecho, por supuesto) y lo dejo perfectamente ajustado. Luego hago lo mismo con el otro. Me pongo las deportivas, me coloco la muñequera y la cinta en la cabeza, me cuelgo las bolsas a los hombros y me miro en el espejo. Me quedo ahí, quieto, durante un par de minutos. Solo mirándome.

—¿Hijo? ¿Todo bien?

—¿Arturo?

Rafa se acerca a mí y me aprieta los hombros. Me encuentro con su mirada en el espejo.

—Ha sido un honor entrenarte y me siento afortunado de poder compartir este último partido contigo —me dice—. Estoy muy orgulloso de ti, Arturo Claramunt. Hoy, pase lo que pase, vas a dejar una huella imborrable en el tenis. Y otra en mi corazón.

Sonrío y contengo las lágrimas. Le doy un abrazo que, irremediablemente, me sabe a despedida. Suspiro y abandono los vestuarios. En Wimbledon todo es blanco.

Cuando entro en el *Centre Court* las gradas vibran de emoción. No queda un solo asiento libre y eso que son catorce mil novecientos setenta y nueve. Lo que significa que hay catorce mil novecientas setenta y nueve personas con la mirada puesta en Chris y en mí. Y se respira tenis. Oh, sí. Se respira tenis más que nunca. Salgo al césped y muevo la raqueta de un lado a otro. Ahora sí sé cómo me siento. Excitado, afortunado y asustado. También nervioso.

Mientras nos presentan a Chris y a mí no dejo de mirarlo. Está más guapo que nunca en esos

pantaloncitos blancos. Y está tan repeinado. Y sin una pizca de estrés, a pesar de que soy una de las pocas personas que puede vencerlo. Me va a encantar hacerlo. Me va a encantar machacarlo. Voy a disfrutar hasta el último segundo. Y a sudar. Porque, aparte de lo que Chris me haga correr, son las tres de la tarde y hace un calor infernal. Y eso que estamos en Inglaterra. El público ruge e iza sus banderas. Yo cojo aire y me lleno los pulmones. Lo suelto lentamente. Cruzo una mirada con mi familia y otra disimulada con Louis y Claire, sonrío y silencio todas las emociones que me desbordan. Las gradas desaparecen. Hasta la pista de tenis desaparece. Y ya solo estamos Chris, la pelota, nuestras raquetas y yo. Vamos a por ello.

Saco yo primero. Lanzo la pelota al aire y miro a Chris, a mi Chris, por última vez, porque antes de mi primer golpe él deja de ser el amor de vida y se convierte en Christopher Lacoste, mi máximo rival. Y, hablando en plata, Christopher Lacoste es un auténtico cabronazo en la pista. Siempre lo ha sido. Frío. Calculador. Intimidante. También me ha guiñado un ojo mientras la pelota estaba en el aire. Capullo. Dios, cómo lo quiero. Aunque me sigue infundiendo el mismo respeto de hace años. No me acercaría a tocarle un pelo de la cabeza ni loco. Podría quedarme sin mano.

Su fuerte es el revés y no duda en utilizarlo contra mí una y otra vez. Y yo no hago más que correr de un lado a otro cuando él apenas se mueve. Tal es su control. Yo estoy sudando la gota gorda y él tiene el flequillo en el mismo sitio. Es increíble. Oh, y esa cara de suficiencia cuando me mete un tanto… Una pedantería que se intensifica cada vez que ataca mis puntos débiles, que los conoce de sobra. Repito: capullo. Pero yo también me sé los suyos. Y soy implacable. Desde luego, nadie diría que somos pareja desde hace diez años. Una pelea entre una orca y un elefante marino sería menos brutal. Yo soy la orca, por cierto.

En el primer set vamos bastante igualados, pero es él quien consigue ponerse por delante con el primer *break* del partido.

AC 4
CL 6

«Vamos. Arturo, que no decaiga». Pero el que caigo soy yo. Me resbalo y me doy de bruces contra el césped. Auch. Duele. Chris me mira con preocupación desde el otro lado de la pista, pero le indico con la mirada que estoy bien y seguimos.

Y seguimos.

AC 4 6 6
CL 6 4 4

No soy tan inconsciente como para confiarme después de haberle ganado el segundo y tercer set. Lo he hecho por los pelos. He sacado mi mejor tenis y lo he hecho por los pelos. Llevamos más de tres horas jugando.

Y seguimos.

AC 4 6 6 4
CL 6 4 4 6

El cuarto set lo gana Chris. Nos lo jugamos todo en el quinto. Llevamos casi cinco horas

jugando y este es uno de esos momentos en que casi odio el tenis. Mi agotamiento físico, mental y emocional me hace casi odiarlo. Pero no voy a rendirme. Es mi último set.

Dos horas después no sé si reír o llorar, pero creo que me decanto por reír. Está siendo el set más largo de mi vida. Para el resto del mundo está siendo épico, pero para mí ya solo es largo, joder. Épicamente largo. Cuando creo que lo tengo, cuando estoy a punto de ganarle con los dos puntos que necesito, Lacoste me marca un tanto y tenemos que volver a empezar. Cuando él cree que me tiene, cuando está a punto de ganarme con los dos puntos que necesita, le marco yo el punto y tenemos que volver a empezar. Es como si ninguno de los dos quisiéramos acabar, pero no puede ser porque nuestro cansancio es extremo. Los dos queremos acabar. O eso creo. La verdad es que no pondría la mano en el fuego. Entonces empatamos a seis juegos y nos toca jugar el *supertiebreak* a diez puntos. Una muerte súbita en toda regla. El primero que consiga más de dos puntos a partir de diez gana. Y se acabó.

Se acabó.

Soy consciente de mis cinco primeros puntos y de los tres primeros suyos. El resto es un borrón. Un borrón con la canción de los Beach Boys de fondo. En bucle. No sé por qué no dejo de reproducirla en mi cabeza. Me estaré volviendo loco… Y de pronto me doy cuenta de que he conseguido nueve puntos y él ocho. Entonces comenzamos a devolvernos pelotas de una manera brutal. Tan brutal como nuestros gemidos. Tan brutal como el último derrape de Chris, en el que consigue devolverme la pelota pero que casi pierde el equilibrio en uno de los extremos de la pista. Son dos segundos. Dos segundos. Y lo veo tan claro. Tan claro.

«Te tengo. Oh, Dios, te tengo».

Es imposible que le dé tiempo a recuperarse. Imposible. Lanzo una dejada y gano.

Gano. ¿Gano?

Los oídos me pitan y el corazón me late como nunca. Las extremidades me arden y mis pulmones me amenazan con salírseme por la boca. Todo da vueltas. Dejo caer la raqueta al suelo. ¿He ganado? Estoy a punto de caer redondo junto a mi raqueta, e intento evitarlo a toda costa, «aguanta, Arturo», pero cedo y me desplomo bocarriba. El cielo está azul y yo he ganado. ¡He ganado! Me llevo las manos a la cara y rompo a llorar. Estoy reventado. Tan reventado que no sé ni cómo me brotan las lágrimas de los ojos. Me siento al borde de la muerte, pero más vivo que nunca. Y no dejo de pensar que ojalá Dami estuviera aquí conmigo. Le habría encantado verme, estoy seguro, y a mí me habría encantado compartirlo con él. Lloro y río a la vez. Y lloro más. Y río más. Hasta que me hago consciente del mundo que me rodea. De las ovaciones del público. De los gritos de mi familia. De Chris. Oh, Dios, Chris. Me levanto y me acerco a la red sin entender cómo aún puedo caminar. Entonces nos damos la mano. La mano. Este chico es el hombre de mi vida, la persona que más quiero, y nos damos la mano.

—Felicidades —me dice con la voz tomada por las emociones.

Ambos apretamos. Yo creo que sigo llorando. Siento las mejillas empapadas. El contacto con Chris es más electrizante que nunca. El contacto con Chris me hace volar y surcar el firmamento. Y ojalá pudiéramos abrazarnos y besarnos, pero estamos rodeados de miles de personas y tenemos que conformarnos con mirarnos a los ojos y decírnoslo todo a través de ellos. Tenemos que decirnos que nos queremos en silencio. Y yo ya no quiero vivir en silencio. Quiero gritar a los cuatro vientos que lo quiero con locura. Pero no puedo hacerle eso a Chris, así que soy yo el que retira la mano primero. Las ganas de estrecharlo entre mis brazos son tan fuertes que temo cometer una locura. Me alejo de él y…

—Tete… —creo escuchar.

Mi familia al completo, pasándose por el forro el protocolo, entra en el césped y corre a

abrazarme. Saben que es la última vez. Me susurran cosas al oído, me tocan, me besan, y yo solo sigo escuchando ese zumbido por encima de todo. Estoy sobrepasado. Estoy…

Alguien arranca a Andrés de mi cuello. No. Alguien no. Chris. Chris ha cruzado la red y ha venido a mi lado del campo. Y sé lo que va a hacer antes de que suceda. Sé lo que va a…

Me coge de la nunca y estrella sus labios con tanta pasión contra los míos y su lengua entra en mi boca con tanta fuerza que ambos caemos al suelo. Me quedo paralizado durante unos segundos hasta que proceso lo que está pasando y le devuelvo el beso a Chris. Porque, reconozcámoslo, yo jamás podré negarle un beso a Christopher Lacoste. Y ya no importa nada. Nada. Solo que somos un lío de piernas, de brazos, de besos y de palabras de amor. El pitido en mis oídos se intensifica, pero los gritos del público consiguen acallarlos. La locura se ha desatado en las gradas. La siento en el pecho.

—No me jodas…

Esos son Andrés, Rafa y mi padre al unísono. No puedo evitar reír. Dios, ¿esto es real? Sí, es real. Tan real como la felicidad que siento ahora mismo. Y la paz. Y solo por eso sé que está bien. Sé que vamos a estar bien.

—Me has ganado con una dejada. ¡A lo perro! —susurra Chris sobre mis labios.

—Aprendí del mejor.

Entonces se pone serio.

—Estoy orgulloso de ti, Arturo. No te imaginas cuánto.

Sonrío y volvemos a besarnos.

Más tarde, cuando el vídeo en el que Chris y yo nos besamos en el suelo del césped de Wimbledon revolucione los medios de comunicación, habrá otros dos vídeos que se reproducirán en bucle en las televisiones y en los dispositivos electrónicos de millones de personas. Y los dos son de Chris.

En el primero se verá el instante en que consigo el tanto de la victoria. Se verá el instante en que la cara de Chris es de puro dolor y frustración cuando se da cuenta de que ha perdido el partido. Pero un segundo después, un segundo después, se verá cómo me mira y su expresión muda del disgusto a la sonrisa más bonita del mundo. Una sonrisa de puro amor y orgullo hacia mí.

En el segundo se verá el instante en que me separo de él después de darnos la mano. Se verá la lucha interna en cada poro de su precioso rostro y se verá el dolor que lo asola cuando mi familia viene a abrazarme. Y entonces se verá el instante en que toma la decisión de mandar todo a la mierda. Cruzará la red con determinación y vendrá hacia mí dispuesto a darme el primer beso público de nuestra historia.

Y yo no dejaré de escuchar la canción de los Beach Boys. *Forever.* Y por fin sabré por qué. Es la canción que escuchaba a través de mis auriculares la primera vez que lo vi jugar al tenis, a través de la pantalla de un televisor. Y pocas veces una letra me ha calado tanto porque mientras lo veía jugar solo podía pensar que «si cada palabra mía te sacara una carcajada, hablaría hasta la eternidad…». No sé de dónde vino ese pensamiento, ¡aún ni nos conocíamos!, pero supongo que ahí comenzó nuestra historia.

$$AC\ 4\ 6\ 6\ 4\ 7_{10}$$
$$CL\ 6\ 4\ 4\ 6\ 6_{\ 8}$$



—Hijo, tengo que preguntártelo —me dice mi padre justo antes de entrar en la rueda de prensa. Me sujeta por los hombros y me mira a los ojos—. ¿Estás seguro? Eres el número uno. Dios, Arturo, eres el número uno del mundo.

Asiento con la cabeza.

—Estoy seguro, papá. Más seguro que en toda mi vida.

—Bien. —A mi padre se le escapan las lágrimas de los ojos. La emoción del día de hoy nos está haciendo papilla a todos—. Pues vamos a por ello. ¿Listo, cariño?

—Listo.

Y si la reacción del público al beso que nos hemos dado Chris y yo es una locura, el momento en que acerco la boca al micrófono y comunico mi deseo de retirarme del tenis no sé cómo bautizarlo. ¿Histerismo colectivo? ¿Delirio? ¿Estupor? No. Ni se le acerca. Menos mal que estoy sentado en una silla porque no creo que me hubieran respondido las piernas. Estoy mareado. Mi padre me coge la mano por debajo de la mesa y la aprieta con fuerza mientras los periodistas formulan cientos de preguntas en inglés y en castellano, todas a la vez. Y cada una de ellas dirigidas a la misma cuestión. A Chris y a mí.

—¿Tiene esto que ver con tu relación con Christopher Lacoste?

—¿Tiene que ver con lo que ha pasado hoy en la final?

—¿Lo teníais pactado?

—¿Os habéis dejado ganar alguna vez?

—¿Te ha dejado ganar Lacoste hoy?

Y la pregunta estrella:

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Miro a mi padre y cojo aire. Acerco la boca al micrófono una vez más y estoy a punto de contestar que eso forma parte de nuestra vida privada cuando Chris irrumpe en la rueda de prensa. Entonces reina el silencio. Cruza la sala con determinación y la frente bien alta y se coloca a mi lado, de pie, serio, bajo el escrutinio de cientos de periodistas y del de mi padre y el mío, y agacha la cabeza hasta que sus labios casi besan el micrófono. Yo trago saliva. ¿Qué va a hacer? Mi padre y yo lo miramos horrorizados. No me hace falta ver el vídeo de después para saberlo.

—Diez años —dice con toda la calma del mundo. A mí se me cae el alma a los pies y mi padre lanza a la mesa los papeles que sostenía en las manos en un gesto de «a la mierda toda la planificación». Y luego se lleva las manos a la cabeza, por supuesto—. Arturo y yo llevamos juntos diez años. Él tenía catorce y yo quince. Estoy harto de ocultarme. En realidad, llevo mucho tiempo harto. Hoy mi novio ha ganado el último partido de su carrera, la final de un Grand Slam, y se merecía una felicitación de mi parte por todo lo alto. De lo contrario, me habría arrepentido durante el resto de mi vida. Seguro que todos lo comprendéis. No, nunca nos hemos dejado ganar, pero no tenéis más que analizar las grabaciones de los más de cuarenta partidos que nos hemos disputado a lo largo de los años para que os lo creáis, los que queráis creerlo. Arturo Claramunt es el mejor tenista con el que he tenido el honor de enfrentarme hasta ahora. Estoy locamente enamorado de él, pero también lo admiro como a nadie. Es el número uno del mundo y, muy a mi pesar, se retira de la competición profesional. Quiere ser biólogo marino — Chris sonríe sin poder evitarlo. Y carraspea—. Así que hoy es un día importante para la historia del tenis. Si yo fuera vosotros, aprovecharía estos últimos minutos de oro que Arturo os está

concediendo para hablar de su tenis y de su carrera, no de su vida privada. Gracias y buenas noches.

Los aplausos no se hacen esperar y a mí el corazón otra vez me va a mil por hora. Chris abandona la sala, no sin antes llevarse un abrazo de mi padre (lo que provoca más aplausos y ovaciones) y yo no lo pierdo de vista. Me guiña un ojo justo antes de salir. Ahora soy yo el que sonríe y carraspea.

—Bien —digo a través del micrófono—, ¿por dónde íbamos?



—Yo creo que ha ido bien —me dice Chris una hora después cuando me reúno con él en los vestuarios. Me rodea el cuello con los brazos y yo hago lo mismo. Nos balanceamos juntos, como si sonara música de fondo. Ambos seguimos con los trajes de tenis de color blanco y ambos los tenemos llenos de mierda de revolcarnos por el suelo.

—Mi padre quiere matarte. Le has fastidiado por partida doble el minucioso plan que había orquestado para hacer pública nuestra relación.

—Se le pasará. Me adora. Soy su «nuero» favorito.

—Ajá…

La verdad es que sí que lo adora.

—¿Y ahora qué, Claramunt?

—Ahora… —suspiro y no dejamos de balancearnos. Nunca dejamos de balancearnos—. Quiero irme contigo.

—Concedido, morenazo. —Me da un beso en la nariz—. Desaparezcamos. Solos tú y yo. ¿A dónde quieres ir?

—A Mónaco.

Chris frunce el ceño.

—¿A Mónaco? ¿Con todos los lugares que existen en el mundo, tú quieres ir a Món…? —Oh, pero entonces lo comprende—. Arturo…

—No, escúchame. Tuve… tuve una especie de epifanía aquella tarde en el Oceanográfico y no he dejado de pensar en ello. Quiero vivir allí contigo. Lo quiero de verdad. Y no se trata de una elección. No se trata de mi familia o tú. Es otra cosa. Es como si yo perteneciera a… como si mi destino… Dios, no sé explicarlo, pero… Estamos a una hora en avión. Estaré a una hora de avión de mi familia y tu padre tiene un jet. Y, de todas formas, Andrés y yo hemos dejado el CAR. Y yo quiero estar contigo. Contigo y con René. Quiero acabar la carrera allí, si es que algún día la acabo, y no quiero… No quiero no estar a tu lado. No quiero una vida sin estar a tu lado.

—Arturo…

—¿Qué me dices? —le pregunto con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Quieres que me vaya a vivir contigo?

—Sí, joder. Claro que sí.

Y ahora es cuando deberíamos besarnos, pero en su lugar Chris coge el teléfono.

—¿Qué haces?

—Buscarnos una casa.

—¡¿Ya?!

—Sí. ¿Te importa que esté cerca de la de mi padre? Enseguida va a nacer mi hermana y…

—Por supuesto que no me importa.
—Gracias.
—Te quiero.
—Te quiero.
Y ahora sí nos besamos. Por siempre jamás.

Epílogo 1

NICKI

Una semana después de la final de Wimbledon

Bruno :
Feliz último día, pitufa.
Bruno :
Nos vemos en un rato.
Bruno :
Te quiero.

Hoy he cruzado el aparcamiento por última vez y ha vuelto a llamarme la atención el Porsche 911 GT3 de color verde lagarto. También he perdido la mirada en él durante unos segundos y he sonreído. Dios, cómo voy a echar esto de menos. ¿Y entrenar? Jamás pensé que dejaría una huella tan profunda en mi alma y en mi corazón. Jamás pensé que me llenaría tanto. En verdad, la vida es una caja de sorpresas. Una caja que hay que ir vaciando durante el transcurso de los años. Y habrá de todo. Habrá cosas buenas y cosas menos buenas, pero es nuestra caja. Nuestra vida. Y solo tenemos una.

Es mi último día en el CAR, el equipo de entrenadores de natación al completo hemos organizado unas jornadas de exhibición y ahora mismo se está disputando la última. Oh, y mi juvenil favorito, mi querido Álvaro St. Claire Cabana, se está llevando la mayoría de las ovaciones. Es una máquina. Lo supe desde el primer día en que lo vi nadar, o mejor, en que lo vi brillar. Tiene un don prodigioso y me da muchísima pena dejarlo a él y al resto de los chicos, pero me consuelo al pensar que… quizá esto no sea una despedida. Quizá sea un hasta pronto. Quizá regrese algún día a este lugar y a ellos. Y será como volver a casa. Porque el CAR es casa. Es hogar. Mire donde mire. Como ahora, que, si miro hacia mi izquierda, veo a Tani disputarse la final de la Liguilla Anual de Voleibol, y si miro hacia mi derecha veo a Andrés hablar y reír con Patrick y Julián sin que ninguno de los tres pierda de vista la piscina (aunque Patrick sí la pierde cada poco para enfocarla en la Liguilla Anual de Voleibol…). Arturo y Chris no están en el CAR, han desaparecido durante unos días después de la revolución mediática que se ha disparado en los medios a partir de su último partido.

Cuando Álvaro gana la carrera, el público se pone en pie, aplaude y enloquece. Y es

increíble, pero sus amigos del equipo de *hockey* no son los más alborotadores (y eso que se los escucha de aquí a Japón), los gritos que brotan de las gargantas de su familia juegan en otra liga. Y son tropecientos mil. Creo que nunca había visto una familia tan grande. Están sus padres y sus hermanos, pero también hay un montón de primos y tíos. Todos bajan para abrazarlo y besarlo, él se encuentra con mi sonrisa entre la marea de cabezas y palmaditas y se escabulle para acercarse a mí, no sin antes coger de la mano a su padre.

—Entrenadora, quiero que conozca a mi padre. La admira mucho.

—Encantado —me dice y me ofrece la mano—. Álvaro no deja de hablar de ti. Estás sacando lo mejor de él y quería darte las gracias.

—Alex St. Claire —respondo yo—, es un verdadero placer conocerte en persona y un honor entrenar a tu hijo. Tiene luz propia. Y se parece a la tuya.

Alexander St. Claire siempre será para mí uno de nuestros mejores nadadores. Tenía una conexión especial con el agua, que traspasaba las pantallas. Mejor dicho, tiene una conexión especial con el agua, que traspasa las pantallas, porque todavía puedo verla en las ocasiones en que nada en una piscina. Y su hijo mayor la ha heredado.

—Sí —A Alex se le empaña la mirada mientras observa a Álvaro con devoción—, sí que la tiene.

—¡Alvarito, ven aquí! —grita uno de sus tíos—. ¿Qué es esto que me están contando por aquí? ¡Qué fuerte, titi!

Álvaro se gira y al ver que es Elliot el que habla con su familia corre a cerrarle la boca con la mano, aunque me temo que ya es demasiado tarde.

—¡Eres un bocazas! —le reprende.

—¡Bésame, Herculito! —le contesta el otro mofándose aún más.

—¡¿Tu alumno favorito es sobrino de Dylan Carbonell?! —me pregunta entonces Andrés. Se acerca a mí y me señala con el dedo al hombre que de pronto se ha visto rodeado por decenas de personas que le piden un autógrafo y alguna que otra foto. Oh, Dylan Carbonell. Es uno de nuestros cantantes más internacionales y está casado con uno de los tíos de Álvaro. Y la chica que ahora mismo le susurra algo al oído a Álvaro creo que es su hija. ¿Paris? Me suena de haberla visto en la prensa.

—¿Tú en qué mundo vives, macho? —le responde Julián.

Eso mismo digo yo.

—Verás cuando se lo cuente a Arturo.

—Arturo ya lo sabe —dice Patrick.

—¡Imposible!

—¿Quieres apostar?

—Dale. ¿Mil pavos? Hostia, —Andrés arruga el ceño y levanta las manos en señal de «espera»—, ¡acabo de acordarme de que le debo mil pavos al imbécil de mi cuñado!

—¿Todavía no se los has pagado?

—¿Le debes mil pavos a Christopher Lacoste? —le pregunta Alex.

—Sí, es una larga historia.

—Las de los cuñados imbéciles siempre lo son.

—¿Tú también tienes uno?

—Ya lo creo…

—Qué raro que Chris no te lo haya recordado.

—Conociéndolo, estará esperando el momento perfecto, el muy cabrón. Voy a llamarlo por teléfono.

—Déjalo tranquilo, está disfrutando de la vida.

—Por eso. Así le toco un poco los huevos. Y no de la manera en la que a él le gusta. Espera, mejor videollamada, así le veo el careto.

—Dios, si es que no puedes vivir sin él.

—¡Qué mentira!

Río y ahí los dejo, llamando a Chris. O intentándolo, porque me parece a mí que no lo va a coger. Me acerco a la piscina y pierdo la mirada y la concentración en ella. Las voces se hacen lejanas y el mundo desaparece un poco.

—Volveré —susurro.

Entonces Andrés me pasa la mano por encima del hombro y me da un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos?

Sí. Nos vamos.

ANDRÉS

Cinco meses después

—¿Cómo has conseguido colarte aquí? —me pregunta Nicki con una mezcla de estupefacción y deleite. Con «aquí» se refiere a los vestuarios femeninos del campeonato de España de natación. Yo la miro de arriba abajo porque está de escándalo en bañador.

—Soy un chico con muchos recursos —respondo. El resto de las competidoras nos miran (entre ellas, Elvira), pero la verdad es que me da igual. He venido aquí con una misión.

—Eres un quinqui.

Se me escapa una carcajada.

—¿Un qué?

—Un quinqui. Mucho Pedralbes y mucho tenis de élite, pero en el fondo eres un bandido que se salta las reglas más que cualquiera.

—Culpable de todos los cargos.

—Me van a echar de la competición…

—Ya verás que no, seré rápido. Nunca he sido un chico de grandes palabras, creo que lo mío son los actos y quería… quería darte algo.

—¿A mí? ¿Ahora?

—Sí. —Saco el brazo izquierdo de detrás de la espalda y le ofrezco la rosa roja que escondía. Nicki abre la boca por la sorpresa. No se lo esperaba y me encanta sorprenderla.

—Andrés…

—Chris le regaló un día una rosa a Arturo. Me pareció un gesto muy bonito, justo me he acordado y… Quería desearte suerte antes de que salieras.

—Gracias.

Coge la rosa y se le anegan los ojos de lágrimas. Sus compañeras nos rodean y dejan caer varios «ohh» aquí y allá, pero yo solo tengo ojos y oídos para ella. Le doy un beso rápido en los labios…

—Te quiero.

… y me dispongo a irme. Una cosa es hacer la gracia y colarme aquí y otra que me pillen y amonesten a Nicki de verdad.

—Te adoro —responde ella.

—Lo sé.

Le guiño un ojo y regreso corriendo a las gradas donde Bruno y el resto de mi familia me esperan. Como se entere mi padre de dónde vengo, me estrangula en vivo y en directo, no me cabe la menor duda, pero mientras me acerco a ellos y los veo reír —mientras veo a Patrick chismorrearle algo al oído a Chris y a este romper en una carcajada, a Arturo mirar algo en el teléfono con mi padre y a Aitana gesticular como loca hacia mi madre y Bruno— no puedo evitar pensar que todos ellos son míos y que me siento afortunado. El más afortunado del mundo. Y no voy a desaprovecharlo. No voy a desaprovecharlos a ellos. Tengo unas ganas locas de vivir.



RFEN @rfen_oficial
#CampeonatodeEspañaInvierno. Espectacular regreso de Nicki Monteserin. Bienvenida de nuevo al agua.

Epílogo 2

PATRICK

Dos años después. Agosto

Cinco anillos olímpicos y seis personas. Jamás había puesto una foto en mi perfil de redes sociales. Hasta hoy. Y no es porque no tuviera fotones increíbles, sino porque paso de esas mierdas. Pero la foto que nos sacamos ayer en los anillos antes de abandonar la ciudad olímpica lo merece todo. Creo que fue uno de los mejores momentos de mi vida. Los segundos en que mi padre tardó en sacárnosla fueron de los mejores momentos de mi vida. Porque solo existíamos nosotros y era todo perfecto.

Arturo quería que Chris saliera besando con una sonrisa la medalla de oro que se lleva a casa, pero Chris le decía que es imposible dar un beso rápido y sonreír al mismo tiempo. Arturo le aseguró que sí, cogió la medalla sin que Chris se la soltara del cuello para demostrárselo y en ese instante, en ese preciso instante, mi padre sacó la instantánea. Salen perfectos y eso que Chris ni siquiera mira a cámara, solo a Arturo.

Andrés y Nicki fueron los primeros en colocarse y posar, y llevaban tiempo en la misma postura, Nicki tumbada encima de dos de los anillos, con sus propias medallas en el cuello, y Andrés a su lado con cara de sobrado. Pero mi padre tardaba tanto en hacernos la foto, porque Arturo y Chris no acababan de solucionar su dilema, que se cansaron y Andrés se inclinó para besar a Nicki. No llegó a hacerlo. O en la foto no llegó a hacerlo. La instantánea capturó los segundos previos a que Andrés llegara a la boca de Nicki.

Aitana, que era la única que tenía los ojos puestos en la cámara, vio venir el momento exacto en que el disparador iba a hacer clic y se lanzó a mis brazos por sorpresa. Ella sale con una sonrisa radiante y con su primera medalla de oro volando cerca de su cuello, yo salgo con cara de gilipollas. Es nuestra mejor foto.

Aitana y yo comenzaremos una nueva aventura en cuanto lleguemos a casa. Ella deja el CAR y yo le he propuesto que vivamos juntos. Hasta ahora lo hacíamos a medias porque ella pasaba más horas en mi cabaña de entrenador que en su dormitorio, pero ahora va a ser de verdad. Nos trasladamos a Barcelona, cerca de donde viven Nicki y Andrés. Muy cerca, en plan, jardín con jardín. Tani va a entrenar allí y yo sigo entrenando en el CAR, voy a tener que meterme en el cuerpo dos horas de coche al día para ir a trabajar y no podría importarme menos. Pero eso será cuando lleguemos a casa. De momento, hemos hecho una parada a mitad de camino, en medio de

la nada. Pero es que en esa nada hay un puente. Un puente precioso del que estamos a punto de saltar. Aitana y yo llevamos años queriendo hacerlo. No es demasiada altura, apenas once metros, la culpa la tiene el puente, que es precioso.

La primera en saltar es Aitana y les enseña a los demás cómo tienen que hacerlo. Arturo y Andrés llevan años tirándose de puentes con nosotros, pero para Nicki y Chris es su primera vez. Una vez ha saltado Tani, como no acaban de decidirse sobre quién es el siguiente, lo hago yo. Y la sensación es increíble. No importa las veces que salte, siempre suma. Me acerco a Tani en el agua y la beso mientras el resto sigue decidiéndose. Nos llega su conversación de fondo, muy de fondo, y desconectamos.

Me encanta besar a Tani en el agua y mientras lo hago siempre vuelvo a la primera vez que lo hice. Recuerdo cómo me tronaba el corazón los segundos previos a lanzarme a su boca y recuerdo los temblores. Recuerdo lo nervioso que me puse de repente. Nervioso como nunca en mi vida. Tirarse al agua desde veinte metros era más seguro que besar a Aitana Claramunt. Mi yo adolescente se avergonzaría, no me cabe la menor duda.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Plaf.

Tani y yo nos separamos y giramos las cabezas a la vez. ¡Por fin han saltado! Nos acercamos a ellos y comentamos la jugada. Reímos. Jugamos. Vivimos.

—¡Quiero vivir en voz altaaa! —grita Arturo de pronto mirando al cielo.

Aitana y Andrés lo siguen.

—¡Quiero vivir en voz altaaa!

—¡Quiero vivir en voz altaaa!

—¡Y quererte en estéreooo! —grita entonces Chris mirando a Arturo.

—¡Y quererte en estéreooo! —repetimos Nicki y yo al unísono.

Quiero vivir en voz alta y quererte en estéreo. Oh, ya lo creo que quiero.

AITANA

Dos semanas después

Un suelo de madera color nogal, unas cajas de pizza con extra de queso y cinco pares de piernas a lo indio cerca de las mías es todo lo que necesito para ser feliz. Y es lo que tengo.

El suelo de madera color nogal es el de mi casa nueva y la de Patrick.

Las cajas de pizza con extra de queso son la cena.

Y los cinco pares de piernas pertenecen a Patrick, Arturo, Andrés, Nicki y Chris.

Es nuestra fiesta de inauguración. Nos hemos mudado hoy, hay cajas con nuestras pertenencias apiladas en torres por todas partes, de fondo suena *No puedo vivir sin ti* , la versión de Coque Malla con Anni B Sweet, y Arturo y Chris han venido desde Mónaco y aún no nos ha llegado el sofá, pero ¿quién lo necesita?

—Yo lo necesito —dice entonces Chris con mala baba. ¿He dicho en voz alta lo del sofá?—. No pienso dormir en el suelo.

—Oh, pobrecito, el Príncipe Guisante.

—Chúpame la polla, Andy.

—Ya te he dicho como un millón de veces que no me como nada que mi hermano se haya metido en la boca antes…

—Qué brutos sois los dos.

—… Por cierto, Arturo. ¿No has probado nunca a ponerle un guisante debajo del colchón a su alteza real?

—La verdad es que no.

—Hazlo y nos cuentas si lo nota.

—Ey, ¿hacemos apuestas? —propone Patrick—. El que gane se lleva algo gordo, ya veremos qué.

—Venga. —Andrés.

—Dale. —Patrick.

—Apunta, patito. —Andrés.

Niego con la cabeza y me levanto del suelo para ir a la cocina a por más agua. Ahí los dejo apuntando las apuestas en un papel que Patrick ha encontrado por ahí.

—Yo digo que…

—¿Perdona? ¡Nicki! Se supone que tú me adoras.

—Lo siento, Lacoste. Una apuesta es una apuesta.

—Pues yo apuesto a que…

—¡Tete!

—Te quiero con locura, pero te digo lo mismo que Nicki. Lo siento, Lacoste. Una apuesta es una apuesta.

—Con Lacoste y todo, ¿eh? Luego no vengas rogando carantoñas en la cama, Arthur.

—¿Qué cama? Si hoy duermes en el suelo.

—No pienso dormir en el suelo.

Elevo los ojos al cielo. A ver, que tampoco es de vida o muerte.

—*Ya veremos…*

…

No puedo evitar apoyarme en el marco de la puerta del salón y observarlos en silencio durante unos minutos. Están sentados en círculo, descalzos, alrededor de las pizzas. Patrick, Andrés, Nicki, Chris y Arturo, en ese orden. El hueco libre entre Patrick y Arturo es el mío. Ahora Anni B Sweet versiona *Take on me* .

—¿Maratón de Star Wars? —pregunta Andrés con medio trozo de pizza en la boca cuando regreso.

—¡No! —gritamos Chris y yo al unísono.

—Me estáis dando la noche… —añade Chris.

—Soy Batman y vivo en una cueva.

—Eres imbécil, Andy.

—Siéntate a mi lado, cuñado. —Andrés se levanta y se sienta entre Chris y Arturo. Después coge la mano de Nicki y la levanta y la sienta en su regazo—. ¿Te he contado alguna vez que Vader es el padre de Luke?

—Joder, qué puta paciencia…

Se adoran.

Entonces comparto una mirada con Patrick, él me guiña un ojo y ambos sonreímos.



Andrés: Se da cuenta de que hay un guisante debajo del colchón y acaba durmiendo en el suelo. Al día siguiente arrastra unas ojeras que no le pegan nada con el tupé del flequillo y Arturo tiene que aguantar su mal humor. Me llama para quejarse y yo lo consuelo como el buen hermano que soy.

Arturo: Se da cuenta de que hay un guisante debajo del colchón y acaba durmiendo encima de mí. ;)

Aitana: No se da cuenta de nada y al día siguiente os llama para restregároslo.

Nicki: Encuentra el guisante y le hace un collar a Arturo. Y Arturo se lo pone, por supuesto.

Chris: Encuentro el guisante y se lo meto a Andrés por el culo. Y luego otro por la boca, a ver si así se calla de una vez.

Patrick: Encuentra el guisante y se lo come porque, reconozcámoslo, Arturo es un desastre en la cocina. ¿No veis a Chris más delgado desde que ya no vive con su padre?

Andrés: Ja, ja, ja, ja, ja. Cuelga tú.

Patrick: Cuelga tú. ;)

Chris: Eso es porque follo más, imbéciles.



Al día siguiente vamos a ver a Dami. Lo hacemos cada cierto tiempo. Le llevamos flores y hablamos con él. Bueno, Arturo y yo hablamos con él. Andrés aún no ha podido decirle una sola palabra, pero nunca deja de venir. Y algún día le hablará, algún día sanará del todo, estoy segura.

Epílogo 3

CHRIS

Un año después. Junio

Mañana es el cumpleaños de los gemelos. Mejor dicho, dentro de unos minutos es el cumpleaños de los gemelos, porque ya son casi las doce de la noche, y yo he llegado a Lucerna por los pelos. Cumplen veintisiete.

Me quito los zapatos en la entrada en cuanto traspaso el umbral, dejo la maleta y subo las escaleras de puntillas sin encender ninguna luz. Hay un silencio sepulcral y no quiero despertar a nadie. Menos mal que me sé el camino de memoria y no tropiezo.

Entro con cuidado en mi habitación y el corazón me salta en el pecho cuando veo la estampa frente a mis ojos. Arturo y mi hermana están dormidos en la cama, la una encima del otro. Ella tiene un traje de tenis de color rosa puesto y él duerme con una camiseta blanca de manga corta y unos pantalones de pijama de rayas. René descansa entre sus pies. Tienen la luz de la mesita y el televisor encendidos. ¿Cómo he podido tener tanta suerte en la vida? Aún me lo pregunto. Si alguien me hubiera dicho que Arturo Claramunt, el chico desgarbado pero con los ojos más expresivos y la cara más bonita que yo había visto en mi vida al que estaba a punto de enfrentarme en una pista de tenis en Les Petits As, iba a convertirse en el centro de mi universo, no me lo habría creído. No me lo habría creído ni de coña. Sonrío al recordarlo. Siempre sonreiré al recordar nuestro primer encuentro. Y si alguien me hubiera dicho que con veinticinco años iba a tener una hermana que removería todo mi mundo… Joder, qué locura todo.

Apago la tele y me acerco con sigilo a la cama. Estoy a punto de apagar también la luz de la mesita cuando…

—¿Chris?

… el chico desgarbado pero con los ojos más expresivos y la cara más bonita que he visto y veré en la vida se despierta.

—Shh, sigue durmiendo. Los padres de la criatura te la han vuelto a encasquetar, ¿eh? —bromeo—. Qué morro tienen.

—Te estábamos esperando —susurra—. Lucie quería ser la primera en recibirte.

Sonrío de nuevo.

—Ya veo… —susurro de vuelta. Me acerco y le doy un beso rápido en la boca. Lucie duerme como un tronco, pero tiene el sueño más ligero de la historia de los sueños ligeros.

—¿Qué tal ha ido la exhibición?

Gruño y él ríe con suavidad. Por eso he llegado tan tarde a casa, porque tenía una maldita exhibición en Abu Dhabi que Arturo me obligó a aceptar porque, cito palabras textuales: «No se puede ser tan estirado, tete. Ve y relaciónate un poquito con el resto del mundo». Pero ya he llegado y no pienso moverme hasta que comience Wimbledon. No se me ha perdido nada en Mónaco. Además, Arturo se queda aquí conmigo. Acabó la carrera y consiguió trabajo en el Oceanográfico de Mónaco, como él quería. Trabaja en el laboratorio, estudia la biodiversidad marina de cetáceos y tortugas y lleva la red de varamientos. Lo hace a media jornada y le dejan teletrabajar, lo que le permite poder acompañarme a la mayoría de mis viajes, aunque se trae demasiado trabajo a casa. En el museo están encantados con él, pero ¿quién no lo estaría? La pasión que vuelca en sus animales no se ve todos los días, la cara de absoluta felicidad con la que conduce su moto cada mañana para ir a trabajar cuando estamos en Mónaco lo corrobora y, además…, es Arturo Claramunt, un campeón mundial de tenis. Lo adoran. Lo que tampoco es una sorpresa. Arturo derrocha tal carisma que lo único que quieres es escucharlo y formar parte de su vida. Y él ni siquiera es consciente de ello.

—Cuéntame qué habéis hecho hoy —le pido.

—Pues nos hemos levantado supertemprano y…

Y mientras él me lo cuenta yo me quito la ropa. Asiento con la cabeza y suelto algún que otro «ajá» cuando soy consciente (como si pudiera olvidarlo) de la caja que *otra vez* guardo en el bolsillo del pantalón desde hace semanas.

—… el chico del restaurante ha flipado y…

Pero ¿qué me pasa a mí con las cajas? ¿Por qué me intimidan tanto? La próxima vez que le compre algo a Arturo les voy a pedir encarecidamente a los dependientes que lo envuelvan en una bolsa sin más.

—… entonces hemos ido a…

Abro el cajón de los pijamas y cojo el primer pantalón que encuentro, que resulta ser de cuadros y de Arturo, pero me lo pongo igual porque me encanta usar su ropa. Paso la dichosa caja del bolsillo del pantalón de traje al bolsillo del pijama. Me acerco a la cama y aparto con cuidado a Lucie del pecho de Arturo, la dejo en uno de los extremos y yo me meto en el otro.

—… te juro que tenía más dientes que un pez gato y que…

Cojo la mano de Arturo, la primera que encuentro y la acaricio. Él no deja de parlotear.

—… Se nos ha ocurrido buscarlo en el desván y, tete, no te vas a creer lo que hemos encontrado…

Hago malabarismos con la mano que tengo libre y consigo sacar el dichoso contenido de la caja. Lo toco una y otra vez. Una y otra vez. Y otra vez. ¿Le gustará? «Venga, Chris, échale un par de huevos, joder».

—… y tu padre nos ha dicho que…

Suspiro en silencio, cierro los ojos y me coloco de costado. Ahora le acaricio a Arturo los dedos con mi otra mano, o, mejor dicho, con mi puño. Sin pensarlo más, coloco el anillo en uno de sus preciosos dedos. Es que Arturo lo tiene todo precioso. Hasta los dedos. ¡Le queda perfecto! Entonces se hace el silencio.

—¿C… Chris? —Abro los ojos. Arturo tiene los suyos muy abiertos y me mira a mí y al anillo de manera intermitente—. ¿Qué… qué es esto?

—Un anillo. —Entonces me doy cuenta de algo—. Mierda. Te lo he puesto antes de pedirte matrimonio.

Jo-derrr.

—¡¿Vas a pedirme matrimonio?!

—¡Mierda! —Joder, qué puto desastre soy—. Quítatelo.

—¡Ni loco! ¡Síii!

—¿Sí?

—Sí quiero casarme contigo. Aunque no sé si estoy soñando. ¿Estoy soñando?

Me lanzo a su boca y lo beso como nunca para que se dé cuenta de que no está soñando. ¿O quizá el que sueña soy yo? Quizá me he dormido en el avión. Pero Arturo me devuelve el beso con tanta fuerza que es imposible que esto no sea un real. Cuando hago el amor con él en sueños la sensación en mi pecho no es tan potente.

—Es la pedida más desastrosa de la historia —susurro sobre su boca—. No se lo cuentes a tu hermano. Me lo recordará el resto de mis días.

—Es la pedida más bonita de la historia.

—Tú eres lo más bonito de la historia. Te quiero.

—Te qu…

—¿Tato?

Oh, mira quién se ha despertado. Me incorpora y hago contacto visual con mi hermana.

—Hola, princesa. Siento haberte despertado.

—No estaba dormida.

—Claro que no.

Lucie se acerca a nosotros y se mete en medio. Me da un beso en la mejilla y vuelve a dormirse. Ha sido un visto y no visto. Arturo y yo sonreímos y nos quedamos mirándonos como dos idiotas, sin decir nada, solo mirándonos y sonriendo cada pocos segundos. Miro la hora en el reloj y…

—Feliz cumpleaños —le digo.

—Gracias.

—Mañana viene toda tu familia con la intención de quedarse aquí unos días. Y con los Figueroa al completo.

—Lo sé.

—Otra vez nos toca poner la música a tope para poder follar tranquilos.

Arturo suelta una carcajada.

—Lo sé.

—Y tu hermano me ha dicho que han organizado unos partidos de tenis. Han hecho una lista con los turnos y todo.

—Yo me he apuntado el primero. Y juego contra ti.

—Oh, ¿en serio? Pues que sepas que voy a machacarte, Arthur.

—He estado entrenando…

—No me digas.

—Sí te digo.

—Estoy deseando verlo.

Y entonces seguimos mirándonos y sonriéndonos como dos idiotas. Hasta que nos quedamos dormidos.

ARTURO

Estoy enamorado de Lucerna y creo que lo he estado desde el primer día. Es como si mi corazón hubiera sabido desde ese primer instante en que me subí en el Jaguar amarillo de Chris que aquí íbamos a vivir algunos de nuestros mejores momentos. O quizá es porque ninguna otra brisa en el mundo remueve el cabello de Chris con la delicadeza con que lo hace esta. O porque el cielo tiene un tono azul increíble, aunque no se disfrute del todo porque hay nubes que lo salpican aquí y allá como ahora. No es ningún secreto que el azul es mi color favorito, pero lo que nunca había dicho es que aquí, en Lucerna, a Chris le sienta mejor que en cualquier otro lugar. Será la luz. No sé.

Nos acercamos dando un paseo al restaurante favorito de Chris frente al lago, donde Andrés y yo vamos a celebrar nuestro cumpleaños, y me quedo rezagado sin poder evitarlo, observándolos en una calle abarrotada de gente. La estampa de todos ellos caminando cerca de los árboles que ya han florecido es sublime.

Mamá, la madre de Patrick y Claire van en primer lugar. Charlan animadamente y señalan con la mano varias tiendas por las que pasamos. Luego van a visitarlas, estoy seguro. Claire empuja la silla de Lucie, pero está vacía.

Patrick y su padre van en segundo lugar. Hablan entre ellos y de pronto Patrick suelta una carcajada.

Aitana y Nicki van en tercer lugar. Señalan la noria gigante a la orilla del lago y oigo un «tenemos que subir» alto y claro.

Chris y Andrés van en último lugar, acompañados por mi padre y Louis. Y por Lucie, que camina al lado de Chris, siempre al lado de Chris, y de vez en cuando le pide que la suba a caballito. Ambos padres rodean con uno de sus brazos los hombros de los hijos, pero es curioso porque papá es el que abraza a Chris y Louis el que abraza a Andrés. Hablan sobre tenis. Y no es una suposición, los escucho desde aquí. Chris recuperó el puesto número uno en cuanto yo me retiré y hasta el momento nadie ha conseguido moverlo de ahí. Andrés se le acerca peligrosamente. Es una pasada lo que ha mejorado en los últimos años. Se está saliendo y yo no puedo estar más orgulloso. Los partidos que se disputan entre ellos son de los más vistos en la historia del tenis. El mundo entero sabe la relación que hay entre ellos. El mundo entero sabe que son cuñados.

Cuñados.

Toco el collar del delfín que llevo en el cuello y sonrío una vez más. Ahora también le acompaña un anillo de compromiso. Chris y yo vamos a decírselo a la familia en los postres y lo he escondido de momento para que no se den cuenta.

Chris se percata de pronto de que no estoy a su lado y mira hacia atrás.

—¿Tete?

Me ofrece la mano y yo, con una sonrisa, cojo impulso para alcanzarlo de nuevo. Siempre cogeré impulso para alcanzarlo y siempre será el impulso más bonito de mi vida.

—¡Voy!

FIN

¿O no? Porque, esperad, ¡que esto no ha acabado todavía!

Arturo Claramunt y **Lucie Lacoste**, fanes incondicionales de Christopher Lacoste. No se pierden un encuentro cerca de casa y en el último la pequeña, de tres años y medio, se llevó toda la atención después de que se quedara dormida en el regazo de su «cuñado» tras más de cuatro horas de partido.

Arturo Claramunt posa feliz ante las cámaras tras el nacimiento de una ballena beluga en el Oceanográfico de Mónaco.

¡Andrés Claramunt gana su primer Grand Slam!

Patrick Villar de Figueroa hijo abandona sus funciones de entrenador en el CAR durante unos días para acompañar a su novia, Aitana Claramunt, a Estados Unidos. ¡El amor está en el aire!

¡Arturo Claramunt y Christopher Lacoste ya se han casado! Su última foto antes del enlace, de la mano en las calles de Mónaco, aquí.

SALTOS DE TRAMPOLÍN deja de ser una de esas disciplinas «que nos cuestan» gracias al nombre de **Aitana Claramunt.**

Andrés Claramunt y Christopher Lacoste se enfrentarán una vez más en la final del Abierto de Estados Unidos.

Tal día como hoy, hace quince años, **Arturo Claramunt** y **Christopher Lacoste** se enfrentaban por primera vez en Les Petits As.

Aitana Claramunt y **Patrick Villar** de Figueroa, el lado más tierno de la pareja en el Campeonato Mundial de saltos.

CHRISTOPHER LACOSTE:
Premio Laureus al Mejor Deportista Masculino Internacional. Acude a la ceremonia de la mano de su marido, Arturo Claramunt.

Andrés Claramunt y Nicki Monteserin
se casan en una ceremonia íntima a la que solo acude la familia más cercana.

Nicki Monteserin se convierte en la primera nadadora española en ganar más títulos europeos.

CHRISTOPHER LACOSTE AMENAZA OTRO RÉCORD DE SU SUEGRO, ROBERT CLARAMUNT.

El encuadre perfecto del salto de trampolín de **Aitana Claramunt en Barcelona**. Las imágenes que dan la vuelta al mundo.

Nicki Monteserin, en uno de los mejores momentos de su carrera, anuncia que se retira de la competición de manera permanente y que regresa al CAR como entrenadora. «No quiero forzar más. Me voy orgullosa de lo que he conseguido y feliz por haber tenido la oportunidad de llegar hasta aquí. Ahora comienza una nueva etapa en mi vida que me apetece muchísimo. Estoy muy ilusionada».

ARTURO CLARAMUNT Y CHRISTOPHER LACOSTE VAN A SER PADRES ¡DE GEMELOS!

Aitana Claramunt y Patrick Villar de Figueroa hijo se muestran felices en la final de Wimbledon. El beso en las gradas que provocó que incluso Andrés girara la cabeza.

¡Nicki Monteserin, embarazada!

Agradecimientos

Gracias y siempre Gracias Arturo, Andrés, Aitana, Chris, Nicki, Patrick y Damián por llegar justo en el momento en que más lo necesitaba.

Gracias a mi familia y amigos por acompañarme en este viaje.

Y Gracias a vosotros, lectores, por estar siempre ahí.

Acerca del Autor

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obligaba a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario confabularon con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara* . Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable* , nunca pensó en escribir sus propias narraciones, pero tampoco ha sido capaz de darles la espalda a sus personajes. Ahora ha cambiado de manera indefinida los viajes en coche por las letras, desde que su pasión por el mar Mediterráneo, cierto pueblo alicantino y un folio en blanco la hicieron volar sin remedio a la serie Cabana, compuesta por *Aquel último verano* , *El chico de la última fila* , *La última vez que vi llover* , *El último lugar en la Tierra* y *Somos el último verano* . En el año 2020 su novela *Y el mundo no dejaba de girar* ganó el Premio Jaén de Narrativa Juvenil, lo que supuso un gran reconocimiento a sus letras y un punto de inflexión en su carrera.

Puedes encontrarla en su blog , su página de Facebook , en Twitter como @susanmelusi , en Instagram y en Pinterest .







